

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE FILOLOGÍA**



**TESIS DOCTORAL**

**El mito del *self-made man* en la cultura estadounidense**

**The myth of the self-made man in US culture**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Alejandro de la Cruz Tapiador**

DIRECTORA

**Carmen M. Méndez García**

Madrid

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE FILOLOGÍA**  
**DOCTORADO EN ESTUDIOS LITERARIOS**



**EL MITO DEL *SELF-MADE MAN* EN LA CULTURA  
ESTADOUNIDENSE**  
**THE MYTH OF THE SELF-MADE MAN IN US CULTURE**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR  
CON MENCIÓN INTERNACIONAL

PRESENTADA POR  
**Alejandro de la Cruz Tapiador**

DIRECTORA  
Carmen M. Méndez García

Madrid, 2019





U N I V E R S I D A D  
**COMPLUTENSE**  
M A D R I D

**DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LA TESIS PRESENTADA  
PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTOR**

D./Dña. **Alejandro de la Cruz Tapiador**, estudiante en el Programa de **Doctorado en Estudios Literarios**, de la Facultad de **Filología** de la Universidad Complutense de Madrid, como autor/a de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor y titulada: **EL MITO DEL SELF-MADE MAN EN LA CULTURA ESTADOUNIDENSE** y dirigida por **Carmen M. Méndez García**,

**DECLARO QUE:**

La tesis es una obra original que no infringe los derechos de propiedad intelectual ni los derechos de propiedad industrial u otros, de acuerdo con el ordenamiento jurídico vigente, en particular, la Ley de Propiedad Intelectual (R.D. legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, modificado por la Ley 2/2019, de 1 de marzo, regularizando, aclarando y armonizando las disposiciones legales vigentes sobre la materia), en particular, las disposiciones referidas al derecho de cita.

Del mismo modo, asumo frente a la Universidad cualquier responsabilidad que pudiera derivarse de la autoría o falta de originalidad del contenido de la tesis presentada de conformidad con el ordenamiento jurídico vigente.

En Madrid, a **10** de **julio** de 2019

Fdo.: Alejandro de la Cruz Tapiador



**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE FILOLOGÍA**

**DOCTORADO EN ESTUDIOS LITERARIOS**



**EL MITO DEL *SELF-MADE MAN* EN LA CULTURA  
ESTADOUNIDENSE**

**THE MYTH OF THE SELF-MADE MAN IN US CULTURE**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**CON MENCIÓN INTERNACIONAL**

**PRESENTADA POR**

**Alejandro de la Cruz Tapiador**

**DIRECTORA**

**Carmen M. Méndez García**

**Madrid, 2019**



## **Nota sobre el formato**

Esta tesis sigue las normas estilísticas para documentos de investigación en artes liberales y humanidades publicados por la Modern Language Association of America (MLA) en la octava edición de su *MLA Handbook* (2016). En dicha edición, los estándares de fuentes de documentación son prioritarios a sus formatos individuales. Debido a ello, hay cambios menores que se aplican fundamentalmente a la manera en que las fuentes bibliográficas son citadas: la puntuación es más simple e intuitiva, los volúmenes y números de publicación son identificados con claridad y la ciudad de publicación o el medio ya no son relevantes para la cita.



## **Agradecimientos**

A la doctora Carmen M. Méndez García, por aceptar la dirección de esta tesis en primer lugar, por una profesionalidad que rivaliza con su cercanía, por su apoyo, visión y paciencia todo este tiempo. Ha sido una fuente de inspiración desde mucho antes del comienzo de este proyecto, y haber contado con su orientación es para mí un privilegio y una fuente de orgullo.

A mi familia por darme no sólo una educación, también valores y convicción. La idea central de esta tesis nació de su ejemplo, de su trabajo duro y honradez. A mi hermano, Antonio Miguel, a mi padre, Isidoro, a mi tía, Esperanza y, especialmente, a Mercedes, mi madre, que aunque ya no esté con nosotros nunca se irá del todo.

A Sandra, por una amistad de la que algún día espero ser digno. Por su apoyo incondicional y por no cejar jamás en su empeño de hacerme ver el lado bueno de las cosas. Por ser mi lugar seguro. A Ester, a Marta, a Jonathan, a Emily, porque no recuerdo la vida sin que estén ahí, pero seguro que era infinitamente menos interesante. A Vicky porque, por suerte para mí, sigue eligiendo ser parte de mi vida. A Manuela y a Pinar, por creer en mí cuando lo más sensato era no hacerlo. A mis compañeros de trabajo, por todo lo que han enseñado y aún me enseñan. A mis alumnos y alumnas, de quienes también aprendo y me enorgullezco.

Por último, quiero agradecer a la Universidad Complutense de Madrid todos los medios que pone a disposición de los y las estudiantes, sin los cuales esta investigación difícilmente hubiera sido posible. También agradezco al excelente cuerpo docente de esta universidad su labor como tal, una labor que a mi entender es inestimable.

## Índice

Resumen .....	1
Abstract .....	9
Introduction .....	17
Introducción .....	13
1. <i>Self-Made Nation</i> : El nacimiento de la mitología estadounidense .....	43
2. Benjamin Franklin, el mito hecho a sí mismo: Vida, obra y pensamiento del padre fundador en la América pre-revolucionaria .....	53
3. Frederick Douglass, humano hecho a sí mismo: La reivindicación de la humanidad frente al discurso frankliniano .....	77
4. Abraham Lincoln, el hombre construido a sí mismo: El <i>Self-Made Man</i> como imagen .....	99
5. R. W. Emerson y el hombre hecho de sí mismo: Reconsideración y reelaboración del mito .....	127
6. Mark Twain y la parodia del mito: La era dorada del <i>Self-Made Man</i> .....	149
7. Gatsby, Capone y Franklin: Reinterpretación del mito .....	171
8. Herbert C. Hoover: La Gran Depresión del mito .....	199
9. Trescientos años de <i>Self-Made Men</i> : Reescribiendo a Franklin desde el postmodernismo .....	225
10. <i>Self-Made Men</i> del capitalismo tardío: Benjamin Franklin como artículo de consumo .....	251
11. Conclusiones .....	275
12. Conclusions .....	289
13. Bibliografía .....	301

## Resumen

Desde antes de que los Estados Unidos pudieran considerarse una nación independiente y de pleno derecho, ha habido una constante sociocultural que ha trascendido mucho más allá de las barreras del tiempo y que, como la nación en sí misma, ha evolucionado, se ha adaptado a cada época. Hoy día, permanece en el imaginario colectivo con la misma vigencia—más, si tal cosa es posible—que en el tiempo que presencié su nacimiento: el mito del *Self-Made Man*. El propósito de esta tesis es el de averiguar, a través de una investigación en profundidad del concepto desde su creación hasta la contemporaneidad, cuánto de mítico y cuánto de real hay en las historias de aquellos que se han erigido como sus portavoces; aclarar, en tanto que sea histórica y documentalmente verificable, si el ideal del *Self-Made Man* es una aspiración honesta para cualquiera que esté dispuesto a trabajar por ella o si, por el contrario, es un engaño donde el resultado de todo intento de seguir los pasos de Franklin está predeterminado por circunstancias ajenas al control del individuo. En muchos casos, como se demostrará, la respuesta no está claramente polarizada, sino que depende de un número nada desdeñable de contingencias contextuales, ajenas todas ellas al control o la voluntad del sujeto. Aunque las máximas del mito son útiles y positivas—trabajo duro, honestidad e incluso la búsqueda del bien de la comunidad—pueden ser, muy frecuentemente, interpretadas de maneras un tanto laxas o incluso utilizadas como instrumento de control de masas.

Para conseguir una visión completa sobre el mito del *Self-Made Man*, sobre su impacto en la sociedad, es de importancia suma entender las circunstancias políticas e históricas que rodearon a los autores, obras o figuras relevantes sometidas a análisis. En consecuencia, se le prestará la debida atención a la producción literaria no como fenómeno aislado, sino como el resultado de una relación obra-contexto, tomando en consideración las etapas históricas y culturales de los Estados Unidos en cada texto, obra o personaje histórico comentado en esta tesis. La investigación, por lo tanto, no sólo será estrictamente literaria, sino que se encuadrará en la disciplina más amplia de los Estudios Americanos. Cuatro estudios exhaustivos de la historia americana, su política, sociedad y economía han sido verdaderamente útiles a este efecto: *The American Political Tradition and the Men Who Made It* (1962), de Richard Hofstadter; *A People's History of the United States* (1980), de Howard Zinn; *The Pricing of Progress* (2013), por Eli Cook; y *Depression to Cold War* (2002), por Joseph M. Siracusa and David G. Coleman. Del mismo modo, se ha observado con detenimiento lo ya dicho sobre el Self-Made Man por autores como Irvin G. Wyllie en *The Self-Made Man in America* (1954); John G. Cawelti en *Apostles of the Self-Made Man* (1965) o, más recientemente, Mark Lipton en *Mean Men* (2017). Es precisamente en este último en el que se analiza una tendencia, en absoluto accidental, del mito

del *Self-Made Man*: su naturaleza excluyente. El propio nombre del mito, sus orígenes y sus máximos representantes han tendido a obviar a la mujer en algo que se presenta como un sesgo cultural claro. De la misma manera, esta mencionada naturaleza excluyente también ha obrado en perjuicio de los grupos étnicos que, aunque cuentan con cierta presencia en esta tesis, es una presencia que evidencia que las circunstancias materiales y sociales de la historia estadounidense en relación con el mito del *Self-Made Man* han tendido a obstaculizar su progreso.

Cada capítulo se centrará en figuras culturalmente relevantes para el imaginario norteamericano en relación al mito frankliniano a través del tiempo, desde el pasado hasta el presente, desde lo literario hasta lo político e histórico: Benjamin Franklin, Frederick Douglass, Mark Twain, Abraham Lincoln, Ralph W. Emerson, Al Capone, etcétera. Se analizará hasta qué punto estas y otra figuras han influido, perpetuado, o malinterpretado el antiguo ideal de “from rags to riches” con los medios—o barreras—que hayan encontrado en su camino, en sus contextos, en su tiempo, en sus Estados Unidos. Debido a la diversidad de figuras y el lapso de tiempo a analizar, la presencia de las mencionadas fuentes principales será variable en función del capítulo, y cada capítulo, a su vez, generará sus propias lecturas principales de las cuales derivarán las secundarias.

Una de las conclusiones que se pueden sacar de este trabajo es que analizar el mito del *Self-Made Man* desde su etapa embrionaria hasta su adultez es analizar la historia y la cultura de la nación que lo alberga y viceversa, considerando que estas instancias coexisten de manera tan íntimamente entrelazada que dibujar las fronteras entre ellas—si tal cosa fuera remotamente posible incluso a nivel simbólico—sería una difícil tarea.

Antes de Benjamin Franklin, aquellas ideas del trabajo duro, la honestidad y la prosperidad como la justa recompensa a semejantes virtudes ya flotaban en el imaginario colectivo de una manera difusa, informe. Fue el propio Franklin quien las recolectó, les dio forma y las transformó en su obra maestra: el mito del *Self-Made Man*, encarnado en su propia persona. No obstante, cada pensamiento de Franklin, cada consideración, aunque en su momento eran—y aún son—tenidas por universales, estaban dirigidas a una audiencia muy concreta: la llamada “clase media”, entendiendo como tal a ese conjunto altamente heterogéneo que sirve como puente entre los estratos sociales más económicamente pudientes y aquellos más empobrecidos. La diferencia más fundamental entre esa clase media y la clase trabajadora, si es que se hubiera de considerar distintas, no es verdaderamente significativa en la medida en que ambas dependen de su trabajo para vivir; pero allí donde la clase trabajadora aspira a la mera supervivencia, la clase media se sitúa en una posición ligeramente superior en términos económicos y sus aspiraciones están más orientadas a la mejora de estatus. El propio Benjamin Franklin nació en el seno de esta

clase y a ello se debe que su discurso, ya desde el principio, esté fundamentalmente pensado para la clase media, aunque se le considere universal.

Otra de las piedras angulares del pensamiento frankliniano es el individualismo. No en un sentido pernicioso o siquiera negativo, el individualismo en Franklin se limitaba a animar a las personas a mejorar, a alcanzar la mejor versión de sí mismas, a compartir esos valores con la comunidad, a ser ejemplo. Las ideas fundacionales del *Self-Made Man*, como se verá, no estaban únicamente enfocadas a lo pecuniario, sino al beneficio común. La meta de esta tesis no es, ni pretende ser, menoscabar los ideales del mito, sino constatar una instrumentalización indebida de éste o una, por así decirlo, mala praxis de dimensiones históricas.

Así, a medida que transcurren los años, las ideas se alteran, los tiempos definen a la gente—y viceversa—y, a medida que la distancia aumenta, el punto de partida se empieza a ver cada vez más borroso. El concepto del *Self-Made Man*, aunque perdurable, no estaba hecho para conservar sus líneas fundamentales más allá de la vida de su creador.

Una demostración clara de que la magnitud de la prosperidad guarda una proporcionalidad directa con el punto de partida se encuentra en la historia de Frederick Douglass. Douglass, nacido en el criminal seno del esclavismo, al igual que tantos otros antes y después de él, tuvo que hacerse a sí mismo en el más estricto de los sentidos, reclamando, para empezar, su misma condición humana. El consentimiento—y el respaldo—al sistema esclavista por parte del gobierno estadounidense de la época no sólo consideraba a seres humanos como poco más que herramientas, sino que traicionaba toda noción de libertad e igualdad, nociones en las que la nación encontró su razón de ser y los motivos para la Revolución. El esclavismo suponía anteponer al relato de la meritocracia todo un sistema económico y político, con todo el rigor y la crueldad de sus cuerpos represivos con el solo propósito de evitar que un más que considerable porcentaje de la población no alcanzase ya no la prosperidad, sino el simple y llano reconocimiento de su humanidad.

En este contexto de los Estados Unidos esclavistas, una personalidad destaca entre todas las demás, cuya historia se sitúa como prácticamente el opuesto diametral a la de Frederick Douglass: Abraham Lincoln, uno de los más reverenciados políticos en la cultura americana. Como se analizará, la razón por la que la vida de Lincoln se puede situar en el polo opuesto de la de Douglass no es su posición *hacia* el sistema esclavista, sino las circunstancias en las que se desarrollaron ambas personalidades, sus posiciones *dentro* del sistema esclavista. Lincoln puede considerarse un digno defensor de los ideales de Franklin en tanto que ambos fueron hombres blancos de clase media en un tiempo en el que las oportunidades que se les brindaban eran infinitamente más prometedoras que aquellas que tenía cualquier hombre nacido en la esclavitud. Además, la vida de Lincoln y su trágico final contribuyó enormemente a la creación de una

leyenda en torno a una figura política que ya era memorable *per se*, una leyenda que también encajaba en los términos del *Self-Made Man*.

El legado de Lincoln es indiscutible, algo que quizá no se puede decir del legado del *Self-Made Man* frankliniano. Durante la etapa de la reconstrucción (1863–1877) el mito empezó a ser seriamente cuestionado por autores como Francis Parkman o James Fenimore Cooper, quienes consideraban el mito del *Self-Made Man* como una barrera para el verdadero progreso cultural de una sociedad demasiado preocupada por satisfacer las más inmediatas y mundanas necesidades como para prestarle la debida atención a las causas más elevadas, una sociedad cuya deificación acrítica del hombre hecho a sí mismo acabaría abocándola a una mera plutocracia sin más aspiración cultural que la veneración del dinero. Así, lo más recomendable según Parkman y Cooper era promover una especie de clerecía intelectual dedicada únicamente a la generación, diseminación y preservación del conocimiento, a expandir los estándares culturales de la joven nación. En el “lado” opuesto—si un término así fuese apropiado, ya que no era un debate abierto en sentido estricto, sino perspectivas que, como se ha demostrado, bien podían considerarse complementarias—estaban autores como Ralph Waldo Emerson o Walt Whitman. De acuerdo con su pensamiento, la manera de conseguir las metas propuestas por Parkman y Cooper no era promover una clase intelectual, sino “intelectualizar” a la sociedad como conjunto, universalizar el conocimiento, la cultura. Estas visiones de Emerson y Whitman se pueden considerar más en sintonía con el legado de Franklin, ya que llamaban al desarrollo del potencial de cada individuo en todos los aspectos, incluyendo el moral y el cultural. Esta base lógica dio lugar al nacimiento del movimiento de la autocultura, y, en el caso de Emerson, a una profunda revisión de la ideología del *Self-Made Man*. A través de su vasta obra, Emerson demostró un intenso conocimiento de lo que debía ser el *Self-Made Man*: un conocimiento, quizás, mayor que el del propio Benjamin Franklin. Desafortunadamente, y por motivos que en absoluto pueden ser achacados a Emerson, su rica corriente de pensamiento, centrada en que el individuo viera y comprendiera el mundo empezando por sí mismo como el primer paso en el camino hacia la prosperidad, dio pie a toda una nueva “filosofía” basada en la reducción al absurdo y la malinterpretación sistemática de universo conceptual emersoniano, conocida en primera instancia como “New Thought”, madre del género de la autoayuda, que en la contemporaneidad goza de cada vez mejor salud.

Una cosa en particular era cierta en las ideas de Emerson, Parkman, Whitman o Cooper, entre otros: la persecución desmesurada de la riqueza por cualquier medio era negativa para el progreso no sólo cultural, sino el social de la nación estadounidense. *The Gilded Age: A Tale of Today* (1873), por Mark Twain y Charles Dudley Warner, ilustra este concepto de la búsqueda maniaca de ganancia económica. Descriptivo del período histórico que debe su nombre a su título, este libro también es ciertamente confesional por parte de Twain y de ciertos aspectos de su vida.

Situado en un período de moderado crecimiento económico en el marco de la Reconstrucción, y con esos tonos satíricos tan característicos de Twain, por un lado, la novela narra de una manera muy aguda el desarrollo industrial y territorial encabezado por el ferrocarril; por el otro, también sirve como ejemplo de lo que supuso en su momento la malinterpretación de la escuela emersoniana de pensamiento en relación al mito del *Self-Made Man*, encarnado en el personaje de Beriah Sellars, un charlatán al estilo del Wilkins Micawber dickensiano. Esa *Gilded Age*, nombre verdaderamente adecuado en tanto que se le aplica a aquello que sólo tiene una leve pátina dorada, fue no sólo un periodo de cuestionable bonanza económica, sino que también conformaría los cimientos de un sistema económico estadounidense extraordinariamente débil, volátil e impredecible que colapsaría de manera casi total en 1929.

Estos frágiles cimientos económicos, junto con la mentalidad del hacerse rico de la noche a la mañana y el individualismo exacerbado le dieron forma a la entrada de los Estados Unidos en el siglo XX. En los tiempos de los *robber barons*, la Ley Seca y la era del jazz, dos figuras, una literaria, la otra histórica, invitan a la reflexión sobre el estado de la ideología frankliniana en el momento: Jay Gatsby y Al Capone. Ambos personajes comparten numerosos factores considerando las bases dispuestas por Franklin y su ulterior elaboración por parte de la escuela emersoniana: voluntad, iniciativa, compromiso, disciplina y visión. Ambos, de manera paralela, recorren el camino que discurre “from rags to riches” de una manera que podría considerarse el resultado de una interpretación simplista—y aun así comprensible—del individualismo en su vertiente negativa con la riqueza como única meta válida. Esta interpretación deriva de una lectura del mito que reduce las máximas franklinianas a mera autoayuda, desvistiéndolas de todo lo que no pudiera ser económicamente productivo, beneficioso o propagandístico de lo que más tarde se conocería como “The American Way”; deshaciéndose de todo sentido del bien común, colaboración o asociacionismo. Gatsby y Capone, indudablemente, tenían un profundo entendimiento del funcionamiento de su entorno sociopolítico y lo usaron en su beneficio. Sus historias son altamente elocuentes de la narración de cómo los mejores y los más adaptados son los que prevalecen; pero esa narración tendría más sentido en el escenario de una igualdad real de oportunidades con unas normas bien establecidas. Así, sus historias, y aquellas que vengan después, demostrarán que la movilidad social es teóricamente plausible, pero prácticamente ilegal en tanto que los medios para lograrla, muy a menudo, implican quebrantar las leyes.

Naturalmente, esta idea nunca ha sido reconocida o mínimamente sugerida por los grandes creyentes en el mito del *Self-Made Man*, como Herbert C. Hoover, que albergaba una ferviente devoción por la excepcionalidad del individualismo americano, el único que, a sus ojos, garantizaba la igualdad de oportunidades y la victoria de la meritocracia en un entorno de libertad y prosperidad con una observación suficiente de unas leyes que evitaban el abuso sin ser coactivas

o excesivamente estrictas. El colapso del sistema económico norteamericano en octubre de 1929 no tardaría en contradecirle, aunque Hoover, un *Self-Made Man* de pleno derecho, permanecía inasequible al desaliento ante una realidad que le acosaba durante la Gran Depresión. Los “Dirty Thirties”, sus rigores hacia el pueblo de los Estados Unidos, casi le asestaron al mito del *Self-Made Man* su golpe mortal, dejando al ideal frankliniano herido de gravedad hasta su tricentenario, relegándolo al perfil bajo hasta su gran renacimiento durante la segunda era dorada de Wall Street en los años ochenta. Los denominados *Long Sixties*—esto es, el lapso de tiempo que se extiende desde finales de los años cincuenta hasta mediados de los años setenta—fueron un período de progreso, de una conquista de derechos civiles largamente pospuesta, un período en el que las figuras y patrones sociales tradicionales casi quedaron arrinconados en el ostracismo. El mito del *Self-Made Man* no fue una excepción, considerando que es, fundamentalmente, un ideal de clase media, blanco y masculino. Pero en los ochenta, el giro conservador de la política estadounidense durante la administración Reagan (1981–1989) le dio un nuevo impulso a una nueva versión del *Self-Made Man*, preparándola para el siglo XXI.

Acabados los *Long Sixties*, esa nueva versión del *Self-Made Man* basada en consideraciones *a posteriori* se puede considerar una mercancía lista para ser adquirida por esa nueva clase de hombres franklinianos: los ejecutivos de Wall Street y los titanes empresariales. Dos entidades, una literaria, real la otra, han sido analizadas para ilustrar este concepto: Eric Packer, protagonista de la novela de Don DeLillo *Cosmopolis* (2003) y Jordan Belfort, más conocido por su sobrenombre “The Wolf of Wall Street”, el título de su narrativa autobiográfica de 2007. Ambas personalidades tienen una buena relación con los términos contemporáneos del *Self-Made Man* en tanto que ambos lograron amasar una considerable fortuna con su trabajo y, por lo tanto y a los ojos de la sociedad, se puede considerar que son personas trabajadoras y que su riqueza es bien merecida. Ambos ilustran la dimensión resultadista en la que entró el mito del *Self-Made Man* con el nuevo milenio: los medios no importan, sólo la consecución del objetivo. Además son un extraordinario ejemplo de ese individualismo tan presente en los tiempos modernos: son exitosos, pero han alcanzado—deben alcanzar, de hecho—la cima solos.

No es sorprendente, por tanto, que el mito del *Self-Made Man*, más de tres siglos después de su nacimiento, no sólo sea promocionado, sino que goce de tan buena salud. La situación socioeconómica actual necesita desesperadamente modelos de comportamiento que justifiquen unas exigencias disfrazadas de valores. Como se ha demostrado, el mito del *Self-Made Man*, aparte de su naturaleza mítica, es verdaderamente necesario para resolver las innumerables contradicciones sistémicas presentes en la esfera socioeconómica actual con su brillante simplicidad. Semejante esfera, semejante estado de las cosas, necesita disimular su absoluta incapacidad de proporcionar una vida digna a aquellos que lo mantienen en funcionamiento fomentando la iniciativa individual y el llamado ímpetu empresarial. Las historias sobre empezar

desde cero, sobre compañías multinacionales fundadas en garajes, y cualquier narrativa que confirme la famosa máxima “from rags to riches” son de gran utilidad para demostrar que tales hazañas son aún posibles aunque, como este estudio ha demostrado, el concepto del *Self-Made Man* en la contemporaneidad ha sido reducido a una mercancía o a una impostura *a posteriori*.



## Abstract

Since the very dawn of the United States as a nation, an event which could be dated even before it was a full-fledged, independent country, there has been a sociocultural constant, one especially, that has gone far beyond the barriers of time and, like the nation itself, has evolved, being fashioned by every single era. Today, it remains in the collective imaginary with equal validity—or greater, if possible—than in the time that witnessed its birth: the myth of the Self-Made Man. The aim of this work is to find out, through an in-depth research of the concept from its creation to contemporaneity, how much of the mythical there is in the stories of those who have risen as its most faithful spokesmen; to elucidate, as far as possible and through the textually and historically verifiable, if the Self-Made Man ideal is an honest aspiration reachable by anyone with the will to work for it or if, on the contrary, it is a game played with marked cards where the starting point is determined by circumstances beyond individual control. In many cases, as will be proved, the answer is not clearly polarized but depending on a substantial number of contextual contingencies, alien to the control or the will of the individual. Albeit the maxims of the myth are positively virtuous—hard work, honesty, and even the search of collective welfare—they can, very frequently, be interpreted in quite lax ways or even be used as an instrument for mass control.

In order to achieve as complete a vision as possible about the myth of the Self-Made Man, its impact on society, it is exceedingly important understanding the historical and political circumstances around authors, works, and relevant figures to be analyzed. Consequently, due attention will be paid to literary production not as an isolated phenomenon, but as an outcome of a close work-context relation, taking into consideration the world, the eras, the stages of History and American culture of every single literary work and/or historical character analyzed in this project. The research, hence, will not only be strictly literary, it will also be culture-oriented, fitting into the discipline of American Studies. Four exhaustive studies of the American history, its politics, society and economy, have been highly useful for this task: Richard Hofstadter's *The American Political Tradition and the Men Who Made It* (1962); Howard Zinn's *A People's History of the United States* (1980); Eli Cook's *The Pricing of Progress* (2013) and *Depression to Cold War* (2002), by Joseph M. Siracusa and David G. Coleman. Likewise, due attention has been paid to those things already said and written about the Self-Made Man by authors like Irvin G. Wyllie in *The Self-Made Man in America* (1954); John G. Cawelti in *Apostles of the Self-Made Man* (1965) or, more recently, Mark Lipton in *Mean Men* (2017). It is precisely in the latter that a tendency—not an accident at all—in the myth of the Self-Made Man is thoroughly studied: its excluding nature. The conceptual map—starting with the very name of the myth—of the Self-Made Man is inclined to obviate nuances of gender, or include women, but this is more than a mere tendency: it is an evident cultural bias. Apart from the obvious gender issue is the ethnic

question, which, although having certain presence in this work, is illustrative of the material and social circumstances of American history regarding the myth of the Self-Made Man concerning ethnic groups.

Every chapter will focus on a culturally relevant figure in the North-American imaginary concerned with the myth of the Self-Made Man over time, from past to present, from the literary to the politic and historic: Benjamin Franklin, Mark Twain, Frederick Douglass, Abraham Lincoln, Ralph Waldo Emerson, Al Capone, etcetera. The analysis will clarify to what extent these figures have followed, influenced, improved, perpetuated or misinterpreted the ideal of starting from naught and achieving prosperity with the means—or barriers—they found along the way, in their contexts, in their times, in their America. Due to the diversity of figures and the time span included in the analysis, the presence of the aforementioned main sources will vary depending on the chapter, and each chapter will, logically, have its own main readings from which the secondary ones will be subsequent.

One of the conclusions to be made from this work is that analyzing the myth of the Self-Made Man from its embryonic stage to its adulthood is to analyze the history and culture of the nation that harbors it, and vice versa, since these entities coexist so intimately intertwined that drawing dividing lines amongst them—if such a thing was remotely possible, even in a symbolic level—entails an arduous task.

Before Benjamin Franklin, those ideas of hard work, honesty and prosperity as its righteous reward were already suspended in the collective imaginary, diffuse, shapeless. It was him who collected, cohered and made from it his *opus magnum*: the myth of the Self-Made Man, incarnated in his very own public persona. Every single consideration of Franklin's, deliberately or not, and even though since the beginning these considerations were held as universal, they had—have—a very precise target audience: the so-called “middle class”, understanding as such a social aggregate highly heterogeneous which works as a bridge between the most affluent social strata and those most impoverished. In Franklin's time, small landowners, small merchants and skilled craftsmen/workers belonged to this group. The difference of the so-called middle class with the working one, if they happen to be mentioned as different instances, is not truly substantial insofar both classes depend on their work to live; but while the working class has mere survival as its ultimate goal, the aspirations of the middle class tend to aim in the direction of transcending, of improving their status. Franklin himself emerged from this class. That is the main reason why the discourse of the Self-Made Man, even from the beginning, is profoundly middle-class, although thought of as universal.

Another cornerstone of the Franklinian discourse is individualism. Not an intrinsically pernicious nor negative idea as thought by Franklin: individuals willing to improve, to reach the

best version of themselves, to amend the community, to be an example. The Self-Made Man foundational ideas were not aimed solely to the worldliness of the pecuniary, but to the common benefit.

But as years go by, ideas are altered, time defines people (and vice versa) and, as the distance increases, the starting point becomes blurred by the day. The concept of the Self-Made Man, although lasting, was not bound to preserve its essence beyond the life of its main architect.

A self-evident demonstration of prosperity, its magnitude, is correlated with the starting point can be found in the chapter dedicated to Frederick Douglass who, like all of his fellowmen born in criminal slave system, had to become Self-Made Men in the strictest of senses: they had to start by claiming their very humanity. The government's consent to slavery in the time not only reduced human beings to beasts, but betrayed every ground of freedom, equality and the narrative of meritocracy on which the United States were said to have their *raison d'être*, by posing an entire economic and political system, with its cruelly rigorous repressive bodies, with the sole purpose of preventing an important section of society from not only achieving the maxims of the Self-Made Man, but from getting the mere recognition of their human condition.

In the context of these United (Slave-Holding) States of America, one personality stands out high above every other and is practically the exact opposite to Frederick Douglass' story: Abraham Lincoln, one of the most revered politicians in American—an almost worldwide—culture. As will be analyzed, the reason why Lincoln's and Douglass' lives can be placed as poles apart is not their position *towards* slavery, but the circumstances in which one had developed compared to the other, their positions *within* slavery. Lincoln may well be a worthy defender of the Franklinian ideals inasmuch as both were white, middle-class men in the context of a time when their opportunities were infinitely more promising than those of a man born in slavery. In addition, Lincoln's life, its tragic outcome, contributed enormously to the creation of a legend around an already memorable political and historical figure; a legend, too, within the terms of the Self-Made Men.

Lincoln's legacy is undisputable, but it is not so in the case of Franklin's and the Self-Made Man. During the Reconstruction, the myth began to be seriously questioned by reputed authors such as Francis Parkman or James Fenimore Cooper, who regarded the Franklinian ideal as a barrier to true cultural progress in a society which was too busy satisfying its most immediate and mundane needs to be able to focus properly on more elevated causes, a society whose uncritical deification of the Self-Made Man would end up turning it into a mere and brute plutocracy, with no more cultural criteria than the worship of money. Thus, the position in this regard was, from Cooper and Parkman's point of view, to promote an intellectual class devoted to the generation, dissemination and preservation of knowledge, to expand the cultural standards

of the young nation. On the opposite “side”—if such term were remotely appropriate, for it was not an open debate but perspectives which, as will be shown, could certainly be complementary in some respects—were authors as Ralph Waldo Emerson and Walt Whitman. According to them, the way to achieve those goals proposed by Parkman and Cooper was *not* by means of an intellectual “priesthood”, but through the universalization of knowledge, of culture. That vision of Whitman’s and Emerson’s can be considered the ones most attuned to Franklin’s legacy as they appealed to the development of individual potential in its strictest sense, including the cultural and moral. Such rationale gave birth to the Self-Culture movement, and, in the case of Emerson, a profound, top-down revision of the Self-Made Man ideology. Throughout his vast work, Emerson demonstrated a deep understanding of what the Self-Made Man should be, even greater, perhaps, than Franklin’s own. Regrettably, and for reasons which he could not be the one to blame, his rich current of thought, centered on the individual, his vision and his comprehension of the world as the driving force on the pathway to prosperity, sparked a whole “philosophy” based on the oversimplification and misinterpretation of the Emersonian conceptual universe, known in its first stage as “New Thought”, and the germ of the whole genre of self-help paraphernalia, which even today enjoys an increasingly better health.

One thing, particularly, was true in Emerson, Whitman, Parkman or Cooper, *inter alia*: the excessive pursuit of wealth by any means was malicious for the cultural, and especially social, progress of the American nation. *The Gilded Age: A Tale of Today* (1873), by Mark Twain and Charles Dudley Warner, illustrates the concept of that maniacal chase after money, a book written in a time that owes its name to the title, as well as some aspects of the life of Mark Twain himself, under the perspective of the Self-Made Man. Set in a period of moderate economic growth fostered by the Reconstruction, and with those satirical undertones so characteristic of Twain, the book narrates in a very acute manner the industrial and territorial development led by the railroad, and, on the other hand, a clear example of what the misinterpretation of the Emersonian school of thought entails in concerning the myth of the Self-Made Man, incarnated in the character Beriah Sellers, a Dickensian Wilkins Micawber-fashioned chatterbox. Such Golden Age, a truly appropriate name insofar as it has only a slight patina of gold, was not only a period of questionable economic bonanza, but also would conform the foundations of an extraordinarily weak, volatile and unpredictable economic system in the United States which ultimately collapsed in 1929.

These weak economic foundations, along with a rising get-rich-quick mentality and exacerbated individualism shaped the entrance of the United States in the twentieth century. In the times of the robber barons, the Prohibition, the Roaring Twenties and the Jazz Age, two figures, one fictional, the other real, invite reflection on the state of the Franklinian ideology at the time: Jay Gatsby and Al Capone. Both characters share several important factors considering

the bases laid by Franklin and their further elaboration by the Emersonian school of thought: volition, initiative, commitment, discipline and vision. Both, likewise, walk the road that goes from rags to riches in a way that could be considered the result of a profit-seeking, simplistic interpretation—and nonetheless understandable—of an exacerbated individualism with wealth as the only valid goal. This interpretation derives from a reading of the myth which reduces the Franklinian maxims to mere self-help, denuding them of all that could not be economically productive, profitable or propagandistic of what would later be called “The American Way”; getting rid of every sense of common good, collaboration, associationism. Gatsby and Capone, undoubtedly, had a deep understanding about how their sociopolitical environment worked and used it in their own private benefit. Their stories are highly eloquent of a so-called historical truth, an ever-lasting narration about how the best and the fittest are the ones who prevail; but such a thing would make more sense in a scenario of real equality of opportunity and well-established rules. Thus, their stories, and those stories to come, will demonstrate that social mobility is theoretically plausible but practically illegal inasmuch as the means to achieve that upward mobility, very frequently, implies breaking the law.

Naturally, this idea has never been recognized or minimally implied by the great believers in the Self-Made Man, such as Herbert C. Hoover, who harbored a fervent devotion for the exceptionality of American individualism, the only one which, in his eyes, guaranteed the equality of opportunity and triumph of meritocracy in an environment of freedom and prosperity with a sufficient observation and guardianship of the rules to avoid abuse without being coercive or excessively strict. The collapse of the American economic system in October 1929 would soon prove him wrong, although Hoover, himself a true Self-Made Man in his own right, remained unaffected by discouragement in the face of a reality that besieged him during the Great Depression. The “Dirty Thirties”, and its rigors against the people of the United States almost dealt the myth of the Self-Made Man its mortal blow, leaving the Franklinian ideal severely wounded until its tercentenary, making fall to a relatively low profile until its great rebirth during Wall Street’s second golden age in 1980s. Those so called *Long Sixties*—that is, the span extending from the late 50s to mid-70s—were a period of progress, of a long-postponed conquest of civil rights, a period in which traditional figures and patterns almost fell to ostracism. The myth of the Self-Made Man being, as it is, a fundamentally middle-class, male, white ideal, became outdated for a long while. But in the eighties, the conservative turn of American politics during the Reagan administration (1981–1989) gave momentum to a new and ready for the twenty-first century version of the Self-Made Man.

*Long Sixties* over, that new version of the Myth of the Self-Made Man, under *a posteriori* considerations, can be considered a commodity prone to be purchased by the new class of Franklinian men. Such new version, if thought *a posteriori*, can be considered a very logical one

taking into account those features of its ideological corpus that, as this dissertation will study, have been promoted throughout history to the detriment of others that could be less productive or convenient: individualism, wealth as the ultimate goal and meritocracy only as a *fait-accomplis* story and only as long as it serves as a justification. All this is excellently reflected in Tom Wolfe's *The Bonfire of the Vanities* (1987), which shows that stratified, warring and stagnant New York society of the eighties, with its social-class subtypes and their common interest: attaining wealth by any means. Concerning the myth of the Self-Made Man, Wolfe's novel portrays a socio-economic system where commodity fetishism reigns supreme, where the personal virtues that must necessarily accompany the Franklinian man have their space increasingly reduced, and where the hard work to achieve the independence of the individual is beginning to be replaced by the notion of productivity, where those very individuals—especially the working class—are valued as commodities which are considered useful for the amount of economic output that can be extracted from them. Personal fulfillment began to become a contingency external to the individual and not identifiable in objective and absolute terms, but through the valuation of third parties within the social contract of the acquisition of fetish-goods. However, in Wolfe's novel these circumstances are only suggested in a fictionalized and almost parodic manner, which does not make them less certain, but more subtle and less premonitory. But Wolfe, in *The Bonfire of the Vanities*, in an undoubtedly conscious way, was criticizing these values—or, perhaps the lack of them—that were already dehumanizing society and therefore the Self-Made Man, which would continue to evolve and reach their highest ground in the times of late capitalism

This strictly economic, individual-oriented focus entailed the emergency of a whole “new race”—taking the concept from Crèvecoeur—of potential Self-Made Men in the American scene: Wall-Street executives and entrepreneurial juggernauts. Two instances, one literary, the other real, have been analyzed to illustrate this concept: Eric Packer, protagonist of Don DeLillo's *Cosmopolis* (2003) and Jordan Belfort, better known by the nickname “The Wolf of Wall Street”, the title of his 2007 autobiographical narrative. Both entities are in a good relationship with the contemporary terms of the Self-Made Man as both achieved a considerable prosperity with their work, and thus, in the eyes of society, it can be considered that they are hard workers and that their wealth is well deserved. Both of them illustrate the result-oriented dimension in which the myth of the Self-Made Man entered the new millennium: means do not matter as long as the objective is achieved. Besides, Belfort and Packer stand as a remarkable example of that individualism so present in modern times: they are successful, but they have reached—must reach, indeed—the top alone.

It is not surprising, thus, that the myth of the Self-Made Man, more than three centuries after its birth, is not only supported, but also enjoys extraordinary good health. The current socioeconomic situation desperately needs models of behavior to justify its demands, disguising

them as values. As will be demonstrated, the myth of the Self-Made Man, apart from its very mythical nature, is utterly necessary to solve the innumerable systemic contradictions present in today's socioeconomic sphere with its brilliant simplicity. Such a sphere, such a state of things, needs to conceal its absolute inability to provide a dignified life to those who keep it functioning by appraising individual initiative and the so-called entrepreneurial impetus. Stories about starting from nothing, companies founded in garages, and any narrative that confirms the famous maxim "from rags to riches" are highly useful to show that such feats are still possible although, as this study has shown, the concept of Self-Made Man in the contemporaneity has been reduced to a commodity or an *a posteriori* imposture.



## Introduction

Since the dawn of the United States as a nation, a birth that would not be too audacious to date even before the very United States could be called a full-fledged, independent country, there has been a sociocultural constant, a very specific one, that has transcended the barriers of time and, like the nation itself, has evolved, taking shape according to every epoch. Today, this constant remains in the collective imaginary with equal validity—even greater, if such a thing was possible—than in the time that witnessed its creation: the myth of the Self-Made Man. The purpose of this work is to find out, by tracing the concept from its birth to contemporaneity, how much of the mythical or how much of the real there is in those who have risen as its faithful spokesmen; to elucidate, as far as possible and through the textually and historically verifiable, if the Self-Made Man ideal is an honest aspiration, reachable by anyone with the will to work for it or, on the contrary, it is a game played with marked cards where the starting point is determined by circumstances beyond individual control. In many cases, as will be further proved, the answer is not clearly polarized into a *yes* or a *no*, but depending on a substantial number of contextual contingencies, beyond the control or the will of the individual. Albeit the maxims of the myth are positively virtuous—hard work, honesty, and even the search of collective welfare—they can, very frequently, be interpreted in quite lax terms or even be used as an instrument for mass control.

In order to achieve as complete a vision as possible of the myth of the Self-Made Man, and its impact on society, it is exceedingly important to understand the historical and political circumstances around authors, works, and relevant figures to be analyzed. Consequently, due attention will be paid to literary production not as an isolated phenomenon, but as an outcome of a close work-context relation, taking into consideration the world, the eras, the stages of History and American culture of every single literary work and/or historical character analyzed in this project. The research, hence, will not be strictly literary: it will also be culture-oriented, fitting into the discipline of American Studies. Four exhaustive studies of American history, its politics, society and economy, have been highly useful for this task: Richard Hofstadter's *The American Political Tradition and the Men Who Made It* (1962); Howard Zinn's *A People's History of the United States* (1980); Eli Cook's *The Pricing of Progress* (2013) and *Depression to Cold War* (2002), by Joseph M. Siracusa and David G. Coleman. Likewise, due attention has been paid to what was already said and written about the Self-Made Man by authors like Irvin G. Wyllie in *The Self-Made Man in America* (1954); John G. Cawelti in *Apostles of the Self-Made Man* (1965) or, more recently, Mark Lipton in *Mean Men* (2017). It is precisely in the latter that a tendency—not an accident at all—in the myth of the Self-Made Man is thoroughly studied: its excluding nature. The conceptual map—starting with the very name of the myth—of the Self-Made Man is inclined to obviate nuances of gender, or include women, but this is more than a mere tendency: it is an evident cultural bias. On the grounds of diverse nature studies, statistical, sociological,

psychological and even epidemiological—on the incidence of antisocial behaviors, substance abuse, anxiety disorders, etcetera—Lipton concludes that, socially speaking, the “assessment” of certain situations or behavioral patterns is directly gender-connected. The externalization of a given feeling, anger for instance, tends to be considered as a result of the direct influence of external, objective circumstances, naturally instantiated, if the one who manifests this feeling happens to be a man. In case the very same rage is expressed by a woman, continuing with Lipton’s argumentation, the tendency is to consider such emotion as personality-triggered, without any need of an external instigation. Thereby, the same behavioral traits which are often considered “leadership skills” or “initiative” in the male gender are perceived—and labelled—in much more negative ways in the female gender. It is not complicated, especially in modern times, to find examples of economically successful and/or famous men whose difficulty—or inability—to manage certain temperamental outbursts is not only minimally questioned, but considered acceptable and even rewarded. Therefore, it does make sense to assert that the story of the Self-Made Woman possesses in itself sufficient material to conduct further research. An investigation on the Self-Made Man from the perspective of Masculinity Studies would also be extremely pertinent, considering that many of the behavioral traits which, especially nowadays, a number of archetypical Franklinian men show are traditionally attributed to the “man” as a social construct.

Apart from the obvious gender issue is the ethnic question, which, although having certain presence in this work, is illustrative of the material and social circumstances of American history regarding the myth of the Self-Made Man concerning ethnic groups. A study of the Self-Made Man with an ethnic focus would also be of utmost importance since, as will be elaborated on in this work, the ethos of the myth is fundamentally oriented towards white people for a matter of mere convenience and survival of the myth itself: going after Franklin’s legacy, following his steps, fulfilling this part of the American Dream, is not something available for everyone, not even the majority. Those basic elements which were considered to indicate starting from scratch in such relevant personalities as Benjamin Franklin or Abraham Lincoln were, as it will be demonstrated in chapter three, the great goal to meet for people like Frederick Douglass. Nonetheless, that pursuit of the maxim “from rags to riches” and/or the everlasting American Dream has been, and still is, a key factor in most migratory movements with the United States as destination.

A study of the Self-Made Man using Myth-Criticism would also be interesting, since the present research does not focus on the archetypal level of the myth or the symbolic organization of the imaginary as proposed by Gilbert Durand in *Les structures anthropologiques de l’imaginaire* (1960). Likewise, this research could not be framed within the discipline of Cultural Myth Criticism as proposed by José Manuel Losada in *Mito y Mundo Contemporáneo* (2010) since, although certainly multidisciplinary in nature, this research is not standard myth

criticism inasmuch as it does not analyze the myth separately from any notion of ideology, but as an instrument historically ascribed to it. The most plausible Myth-Criticism approach for this research would be as proposed by Max Horkheimer and Theodor W. Adorno in *Dialektik der Aufklärung* (1944), for whom the myth in modernity is a negative concept, only suitable for propaganda, political demagoguery and manipulation, and thus something illusory, false or fictitious. The myth of the Self-Made Man has surely had an evolution from its start to contemporaneity which has put it very close to those concepts proposed by Adorno and Horkheimer, but neither its birth nor its fundamental ideals were intrinsically negative; on the contrary, they represented an ideal whose fruition would bring positive repercussions for the community as a whole.

Each of the main works used in this research provide valuable information in more ways than one. For instance, Richard Hofstadter offers pertinent historical and political analyses of the most notable American presidents with exhaustive documentation and a sufficient critical distance so as not to fall neither into acritical celebration nor into systematic, pointless criticism. Howard Zinn's *A People's History of the United States* is already a classic approach to American history oriented to its social aspects and those facts which, too often, tend to fall into oblivion. Undoubtedly, there is a certain ideological bias in Zinn that permeates his work to some extent, but since the text has been chosen as a work of reference for verifiable historical facts, this precise authorial bias does not acquire great relevance beyond the purely narratological. The aforementioned research by Eli Cook provides a historical study oriented to the North American economic and cultural spheres, with utterly interesting points of view regarding the transition from a slave economy to a wage-labor-based economy, an ineluctably relevant question, bearing in mind the strong connections between the myth of the Self-Made Man and work as a means to achieve prosperity.

Each chapter will focus on a culturally relevant figure of the American imaginary in relation to the myth of the Self-Made Man over time, from its birth to the present, from the literary to the political and historical: Benjamin Franklin, Mark Twain, Frederick Douglass, Abraham Lincoln, Ralph W. Emerson, Al Capone... The analysis will clarify to what extent these figures have followed, influenced, improved, perpetuated or misinterpreted the ideal of starting from naught and achieving prosperity with the means—or barriers—that they were provided by the contexts of each era. Due to the diversity of figures and the time span embraced by the analysis, the use of the main sources above will vary depending on the chapter, and each chapter will, logically, have its own main readings from which the secondary ones will derive.

The history of the United States began to be written in November, 1620, when those religious separatists known as the Pilgrims, disembarked from the Mayflower in the place that would later become the city of Plymouth and its homonym colony. The intentions of these first

colonists were far from breaking relations with England or forming a nation. In fact, theirs was a voyage in search of religious freedom, in search of a place to profess their religiosity away from pressure or prosecution of official Anglicanism and, at the same time, remain English, both the Pilgrims themselves and their descendants. The British colonies in America represented the ideal place for this purpose. The feat of the Pilgrims, their morality, their idealism and their utopian vision based on the theological belief of being the chosen people were, unintentionally, part of the very seed of American exceptionalism, the set of sociopolitical beliefs that would mark the development of the country ever since and forever: freedom, egalitarianism, a sense of community and individualism, the notion that the American nation has a unique history or, more modestly, some highly distinctive historical and cultural characteristics in comparison with the rest of Western countries. This mixture of boldness, determination and religious self-denial will produce what authors like John Hector St. John de Crèvecoeur or Alexis de Tocqueville will consider a new—in Crèvecoeur’s own words—“race” of man and, in the short and medium term, will settle the most elementary lines in the sketch of the Self-Made Man ideal, as will be developed in depth in the first chapter, “Self-Made Nation,” of the present work.

However, the sublimity of the image of the American farmer as the man—the individual—who dominates ungodly nature with the sole strength of his determination, his perseverance and his work, would soon begin to blur. Apart from propaganda and other written idealizations, colonial intra-history showed a very different narrative, a narrative of indentured servitude, forced recruitment and importation of slaves as key elements in the consolidation, growth and prosperity of colonial America until the very dawn of the Revolution. Authors such as Heike Paul in *The Myths That Made America* (2013), Richard Hofstadter in *America at 1750: A Social Portrait* (1973) and Kenneth A. Lockridge in *A New England Town* (1985) offer in-depth analyses of colonial society in its broadest spectrum and provide an interesting vision that, although critical, is complementary to those descriptions more prone to the apologetic or that avoid the less favorable details of pre-revolutionary America.

The ideological substratum of colonial America, composed of that mixture of religiosity, promises of social justice and prosperity, was the primary element in the construction of the myth of the Self-Made Man, and Benjamin Franklin was its principal architect. His life and his legacy will be the subject matter of the second chapter, “The Self-Made Myth.” From the very beginning, the myth was a powerful tool in an America in which this new race of men described by Crèvecoeur, the farmers who carved out a decent life based on hard work, were becoming a minority compared to the enormous numbers of people who came to the “New” World under indentured servitude or in slavery. The latter are hardly present in the writings of Benjamin Franklin and his considerations towards work and the path to prosperity, because Franklin came from a moderately wealthy middle-class family which he considered to be the greater part of

colonial population, and the ones with the bigger will to work. In a parallel manner to the analysis of Franklin's canonical works such as his *Autobiography* (1793) or *Poor Richard's Almanack* (1732), among others, the history of his life will be studied, from the arrival of his family to the colonies until his death in 1788. The profound account of his life by Walter Isaacson in *Benjamin Franklin: An American Life* (2003) provides sufficient evidence of how much is true and how much is to be questioned in the celebrated quote "from rags to riches" by Franklin, the very founding father of the myth of the Self-Made Man, a myth bigger than Franklin himself and even more lasting than his words: an ideal that encouraged men to pursue the best version of themselves through work, perseverance and honesty, to achieve a well-deserved prosperity that not only benefited them, but the entire community. The basic problem lies, on the one hand, in that the individualism of Franklinian thought could be—and has been, as will be proved in the following pages—interpreted in less positive ways and, on the other hand, in a result-oriented conception of wealth: prosperity as a self-justified value and the story of the Self-Made Man as an *a posteriori* consideration.

The notion of the Self-Made Man story as a retrospective consideration does not make it necessarily questionable or false. An example of this can be found in Frederick Douglass, whose story in relation to the myth will be studied in the chapter "Frederick Douglass, Self-Made Human." Born in slavery, he fought not only for his freedom, but for being recognized as a human being, a status systematically denied to African slaves. The story of Frederick Douglass is relevant in itself because it serves as an example of hundreds of thousands of people like him, who were born and died under the yoke of slavery, a story that took place in the prelude to an armed conflict that would divide the American nation before, during and long after the first battle broke out: the Civil War. Slavery had been one of the fundamental cornerstones of American economy since the colonial era, especially in the southern states and, although the importation of slaves had been forbidden by Thomas Jefferson in 1807, the number of people subjected to this humanly unjustifiable condition kept increasing. Apart from the writings of Frederick Douglass, *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made* (1976) by Eugene D. Genovese and *Slavery and the Numbers Game* (1975) by Herbert G. Gutman, have been taken as fundamental readings for this; or *Nation Within a Nation* (2011) by John Ernest, *inter alia*, to place Douglass' story in the context of the situation of African American population under slavery. The story of Douglass has also been complemented by that of others who shared their experiences, such as David Walker in *Walker's Appeal* (1829). The ineluctable conclusion in the investigation of the story of Frederick Douglass is that he is a Self-Made Man in the broadest sense, although the discourse of the Self-Made Man does not tend to be too frequent in ethnic minorities: it is not only that he made himself within the terms established by Benjamin Franklin, but he also made his own humanity starting from a state of absolute deprivation of it. Cases like Frederick Douglass' show that, in addition to

effort and hard work, there is a series of material circumstances that are independent to the will of the individual and that condition him in a more substantial manner. The Franklinian maxims are important indeed, but they are not the only criteria that must be considered when talking about Self-Made Men.

After Frederick Douglass and in a way that could be understood as his counterpoint, in the chapter titled “Abraham Lincoln, or, the Self-Constructed Man,” the figure of the sixteenth president of the United States will be analyzed. Lincoln stands as one of the undoubtedly most esteemed personalities in American imaginary in both political and human scene, and holds, in addition, a high position in the altars of the myth of the Self-Made Man. His legend challenges any comparison to any precedent or successor in political mythology. The story of Abraham Lincoln symbolizes a drama about greatness and quasi-religious individual achievement, about a man beleaguered by the torment and moral burden of a fratricidal war, a man who will be entrusted with reconciling something that seemed irreconcilable in an arduous task that will end claiming his very life. Central readings for this chapter orbit around the already mentioned *The American Political Tradition* by Richard Hofstadter, the extensive research of Lincoln’s life by Sidney Blumenthal in *A Self-Made Man: The Political Life of Abraham Lincoln* (2016) and William H. Herndon’s *Herndon’s Lincoln: The True Story of a Great Life* (1920), as well as speeches, correspondence and other documents written by Lincoln himself, and also others, compiled by different authors. Eli Cook, in *The Pricing of Progress*, provides valuable socioeconomic commentary on the state of affairs in the US economy during and after the abolition of slavery. All things considered after the contribution made by the selected bibliography about Lincoln’s person—and persona—there is an apparently trivial but actually noteworthy detail that, considering the almost deified image of the sixteenth president that has transcended over the centuries, continues being relevant: Abraham Lincoln was a person. A human being. The figure of the great liberator of the oppressed, the man who fought against a whole system using only his solid conviction and won is not so or, at least, not totally, inasmuch as that image is more a construct, an interested transformation of Lincoln into a consumer good, as will be seen in the following pages.

One of the goals in this analysis of the American foundational myth of the Self-Made Man, as it has been pointed out, is to study not only its maximum exponents, but also those who have in some way contributed, influenced or updated the narrative in such a way so as to allow its indelible presence through the different historical stages which this work will visit. The fifth chapter, “R. W. Emerson and the Man Made of Himself” has the aim of analyzing how, at the end of the nineteenth century, a revision of the concept of the Self-Made Man was undertaken by some of the most important thinkers of the time, such as Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman, James Fenimore Cooper, etcetera. At that time the ideological structure of the myth was going

through hard times, and was an object for criticism by such authors as historian Francis Parkman or the aforementioned Cooper, who advocated for the figure of the gentleman, of a cultural elite parallel to the economic one to serve as a model for the masses. Their vision of a sort of “cultural priesthood,” however, was weighed down by its own snobbery. Walt Whitman would stand on the opposite side: he did not criticize the concept of the Self-Made Man, only some of its maxims, such as the pursuit of wealth as the only goal of life. On the other hand, Whitman was in tune with Franklin in the aspect of believing that the good of society as a whole was the true and most noble goal. Emerson believed—broadly speaking—that each individual contained in himself the most transcendent potential, and that the key to developing it resided in self-sufficiency, in independence and in the harmony with the laws of nature. The true Self-Made Man, according to Emersonian thought, should be the living representation of these values. Although this may seem awkwardly idealistic, Emerson, as will be elaborated, had an utter sense of pragmatism—though not as much as Whitman did. Both visions do not differ to the point of opposition; rather in the right proportions to be considered complementary. Unfortunately, Emersonian thought, its philosophy about independence, self-reliance and the individual will as crucial factors ended up laying a path wide open to a whole series of superficial or flawed interpretations that distorted Emersonian individualism into a noxious distillation, known as New Thought (a founding genre of self-help), in which the search for success, power over other people, and material prosperity are the highest goals to aspire to. Such an interpretation of the myth was totally at odds with the proposals of Emerson, Whitman and other architects of the Self-Culture movement, as will be demonstrated through the analysis of William Ellery Channing’s *Self-Culture* (1839), *Democratic Vistas* (1871) by Walt Whitman, an intensive study of the most important essays and speeches by Emerson himself, with the support of those things said and written about by John G. Cawelti in *Apostles of the Self-Made Man* (1965).

In the sixth chapter, “Mark Twain and the Parody of the Myth,” the study focuses on how the utterly necessary updating of the Franklinian myth did not exempt it, however, from an equally necessary criticism. An example of this, in addition to the critical voices mentioned above, is *The Gilded Age, A Tale of Today*, a novel written by Mark Twain and Charles Dudley Warner in 1873. The story takes place during the homonymous era—which took its name, precisely, from this very book—between Reconstruction (1863–1877) and the end of the nineteenth century. At this time the American economy experienced a moderate growth, a growth that served to mask a troubled social context of political corruption and poverty derived from the ravages of the Civil War. The novel is relevant to the Self-Made Man issue, mainly, because of Beriah Sellers, a character that seems to be fashioned after Dickens’s Wilkings Micawber, with those characteristic satirical traits of Twain’s and that stands as a parody of Benjamin Franklin. The central theme of the novel is the savage speculation that took hold of the American economy of the time, in which everyone

wanted to get rich overnight, at the expense of government contracts, land sales for prices far beyond their real value, unjustified infrastructural development, etcetera. In this context of institutionalized embezzlement, Beriah Sellers stands as the supreme king of the nonsensical. The character appears, in a quite deliberate manner, as a man of multidisciplinary interests: he does not only stick to speculation, but extends his sights to the invention of all sorts of mechanical devices—like a stove, for example—or to miraculous medicine and pseudoscientific discourse. The *Gilded Age*, as will be demonstrated, is presented as a *roman à clef* on the Self-Made Man and on the supposed opportunities to rise socially that the United States offer to anyone who is willing to strive and take advantage from them. Apart from that, it is revealed as a novelized manifestation of Mark Twain’s own mixed feelings towards the world of American finance and towards the Franklinian man—a concept he often criticized. Likewise, *The Gilded Age* advances one of the conclusions of the present work: the discourse of the Self-Made Man as a story of accomplished facts, a golden varnish for stories incapable of shining by themselves.

The excesses of the Gilded Age were soon reflected upon the US economy, leading to a concatenation of banking panics and economic recessions. Already in the very same year of the publication of Twain and Warner’s novel that gives its name to the era, 1873, one of the most serious panics took place after the fall of the Jay Cooke & Company bank. Unfortunately, it would neither be the last nor the most important recession in American history in the late nineteenth and early twentieth centuries. More banking panics, of greater or lesser severity and always, time after time, accompanied by their concordant recessions, would happen after the 1873 one in 1893, 1917 and 1919. The American government, fundamentally during Woodrow Wilson’s administration (1913–1921) and during a period that came to be known as the Progressive Era, was adopting measures appropriate enough to solve the succeeding crisis *en passant*, but prudent enough not to unduly bother the financial community and the business elite. So, more than full-fledged solutions, the governmental measures did not much more than to prop up a ruinous construction and to postpone the disaster. World War I (1914–1918) also brought some extra momentum to the American economy. In the eighth chapter, “Gatsby, Capone and Franklin: Reinterpretation of the Myth,” the historical and political context of this time is especially relevant to the figure of the Self-Made Man because of the reflection the era had on it, considering the subject matter, that is, two characters—one fictitious, one real—who achieved prosperity in circumstances directly due to the ethos of their time: Jay Gatsby and Al Capone. Both figures traversed the road from rags to riches interpreting the Franklinian maxims in a quite concordant manner to the years they were living in: in a strictly individual and result-oriented way, where the highest purpose was wealth, and achieving it would justify any method used for the purpose, such as, for example—but not only—basing their economic success in breaking the law and going against Prohibition, one of the most (in)famous amendments to the constitution of the United States. Regarding

contextual analysis, the previously mentioned works by Howard Zinn and Richard Hofstadter will be used along with others written in the same period, such as Walter Lippmann's *Drift and Mastery* (1914), as well as chronicles written by and about Woodrow Wilson to understand the economic and political situation of the period. In addition to *The Great Gatsby* (1925) by Francis Scott Fitzgerald, *The Jazz Age* (1931) will be used as a bridge between the historical and the literary, where the author relates, from his personal experience, the shadows shed by the lights of the Roaring Twenties. Concerning the figure of Alphonse Gabriel Capone, the narrative biography written by Fred D. Pasley in 1930 with the eloquent title of *Al Capone: The Biography of a Self-Made Man* will be especially useful, along with the story of the gangster told by his niece Deirdre Marie: *Uncle Al Capone* (2011).

The aforementioned Roaring Twenties were a period of unparalleled prosperity and economic growth but, as the ninth chapter, "Herbert C. Hoover and the Great Depression of the Myth" will demonstrate, that prosperity and growth were relative and offered a powerful contrast to the Great Depression that hit the country during the fateful 1930s. The figure of the thirty-first president of the United States (in office from 1929 to 1933) will be observed from two different perspectives: one, that of his being one of the most famous ambassadors of the Self-Made Man ideal of his time; the other, to prove to what extent of disbelief the Franklidian ideal fell during the Great Depression. The chapter will analyze how Hoover's story, his training, his election as the President, implied, firstly, his source of pride and, ultimately, his downfall. Hoover was characteristic for being blinded by a cognitive bias that made him think that, if he had been able to get where he got starting from a typical, middle-class family, his story, his values, his beliefs, were suitable to everyone, in every case. Thus, his strong belief in individualism led him to travel along the roads of the easy answer, the empty self-help discourse that emanated from a simplistic interpretation of the Emersonian postulates previously commented on. Due to this, Hoover clung strongly to his vision that, in the United States, prosperity was regulated by meritocracy. However insistently the real world challenged his beliefs, Hoover continued to see in the American system the best of all possible worlds, a system in which healthy competition was fostered, individualism was watched over, and business developed in a law-and-ethics-abiding manner and in the framework of a properly supervised *laissez-faire*, with no unnecessary interference. Obviously, the prosperity of the 1920s had fueled his theories and had made him a philosopher of prosperity and that system called by him "American Individualism" in his 1922 homonymous book. But the events that took place in October 1929, the crash of Wall Street Stock Exchange that marked the beginning of the Great Depression and the subsequent Dust Bowl, overshadowed the hitherto brilliant and proud Self-Made President. Dedicating due attention to both Herbert C. Hoover and the series of circumstances in which the American Nation got immersed, as well as the relation of all this with the Self-Made Man will require a fairly broad corpus including history, economy

and politics. Eli Cook's *The Pricing of Progress* along with *The Great Crash 1929* (1954) by John Kenneth Galbraith will be used to explain the economic details that led to the crash. The thesis will take into account a representative part of Hoover's works: the aforementioned *American Individualism* (1922), *Addresses on the American Road* (1938), *The Challenge to Liberty* (1934), as well as *The Memoirs of Herbert Hoover* (1952) and *The Hoover Administration, A Documented Narrative* (1936) by William S. Myers and Walter H. Newton, where some unofficial statements are produced along with commentary by the authors. In addition, the series of articles published by John Steinbeck under the title of "The Harvest Gypsies" (1936) and the more recent work by Elizabeth D. Esch *The Color Line and the Assembly Line* (2018) will provide further relation of the consequences of the Great Depression and the Dust Bowl for the working class.

The light amongst the darkness of dust storms and the slum settlements resulting from internal migration began to be glimpsed during the long F. D. Roosevelt administration (1933–1945), which was characterized mainly by those economic measures to mitigate the ravages of the Great Depression known as the New Deal. Apart from Roosevelt's economic measures, there was another factor that had a more than moderate effect, that really brought the necessary impetus to the US economy. It was, once again, a global conflict: World War II. In a series of policies that those most conservative in the political sphere considered "socialist"—though, as it will be explained, it was simple Keynesianism—the industrial and agricultural production during the Roosevelt administration and the continuation of these policies after his death in 1945 reached unparalleled numbers, and placed the United States in a privileged position in the global economy, starting an unprecedented period of prosperity that would extend until the mid-70s, or—speaking from a literary or cultural point of view—well into the period of postmodernism. The gradual changes in the paradigm of the Self-Made Man up to the time of its tercentenary lead to something that could already be glimpsed at the end of the nineteenth century and became evident with Jay Gatsby and Al Capone: honesty, the will to associate, collaborate and procure benefit for the community, had all blurred into the background, or had even been thrown down the road as if they were ballast. In postmodern times, the only important thing is money, reaching it, treasuring it and spending it on commodities which denote the status of the possessor. Due to this, in the tenth chapter, "Three Hundred Years of Self-Made Men," the 1960s and 70s, which are highly relevant for American culture and society, are slightly bypassed, for reasons to be given in the chapter, to enter directly into the epicenter of the creation of the New Self-Made Men: Wall Street and its second golden age. In the context of a pandemonium of atomized social classes, and in the chaotic New York City of the eighties, Tom Wolfe's *The Bonfire of the Vanities* (1987) narrates the story of a sample element—either *de facto* or aspirational—of each of these classes. In this chapter the study centers on how the myth of the Self-Made Man has reached its three hundred

years of age; on how much remains of the true Franklinian spirit, if at all; and on how to interpret those things that do remain and what it means to represent a modern Self-Made Man through the stories of Peter Fallow, Larry Kramer and Sherman McCoy, three of the main characters in Wolfe's novel, who present a remarkable obsession over the demonstration of status, over being seen as successful and prosperous men. Wolfe's novel will be analyzed with the support of studies like "Race and the Infernal City" (1999), by Joshua Masters; "Urban Decline and (Post)National Mythologies in *Bonfire of the Vanities*" (1997) by Liam Kennedy (among others); and the sociological aspects of the context in which it takes place will be elaborated thanks to the works of James Oliver *The Selfish Capitalist* (2008) and Frederic Jameson *Postmodernism, Or the Cultural Logic of Late Capitalism* (1991).

Finally, the rise of multinational capitalism will be pervasive in all aspects of politics, economy—obviously—and society, including, of course, the myth of the Self-Made Man. If, at its very beginning, it was already a hard-to-reach goal if the starting point was not adequate, in the context of the twenty-first century the Franklinian ideal has been reduced to a consumer good, adapted and used at will by very specific individuals and/or very particular interests. In the chapter about Wolfe's *The Bonfire of the Vanities* the fact that being a Self-Made Man is increasingly becoming more restricted to a certain socioeconomic environment starts to be hinted at. In the era of the so-called late capitalism, what was glimpsed in Wolfe is already an overwhelming reality. Due to this, and in a similar manner to the chapter on Al Capone and Jay Gatsby, in "Self-Made Men of Late Capitalism," the tenth and last chapter of this research work, two figures will be studied and held as representative of the new Franklinian men: one belonging to the literary realm, Eric Packer, the protagonist of Don DeLillo's *Cosmopolis* (2003), another belonging to the sphere of the real, Jordan Belfort, with his autobiographical story *The Wolf of Wall Street* (2007). The study of both characters will take Black Monday (October 19, 1987) as its starting point and will cover up to the present, analyzing the evolution of the globalized economy and its impact on society and the individual. Certain reference works are suitable for such a purpose, like *Business Cycles and Depressions: An Encyclopedia* (2013) by David Glasner, and studies like the aforementioned James Oliver's *The Selfish Capitalist*; or *Capitalist Realism* (2009) by Mark Fisher and *Zombie Capitalism* (2010) by Chris Harman. For a better understanding not only of the main work of this chapter and their main characters, but also of their motivations, the cultural framework that encourages and validates them, and their great relevance in relation to the Self-Made Man, the fields of psychology and sociology of these new "Self-Made Men of Late Capitalism" will be explored by means of Mark Lipton's *Mean Men* (2017), as well as studies and articles *ad-hoc* for each of the instances.

As will be demonstrated through the diachronic analysis of the chosen subject matter, of its evolution up to present times, of its nature, often mythical and unreachable for most, the myth

of the Self-Made Man, in many cases throughout its history, has tended to serve more as an instrument of mass control than as an inspiring ideal. Such an instrument abstracts the individual from his material circumstances in order to place upon him all the responsibility for his future and works as a factor of exclusion, as a made-up story to disguise the truth of those who have claimed the title of having made themselves and, ultimately, as a mere commodity.

## Introducción

Desde el amanecer de los Estados Unidos como nación, hecho que no sería osado datar incluso antes de que pudiera ser denominado un país independiente *de facto*, ha habido una constante sociocultural, una especialmente, que ha trascendido a las barreras del tiempo y que, al igual que la propia nación, ha ido evolucionando, adaptándose a sus épocas. Hoy día permanece en el imaginario colectivo con igual vigencia—o mayor, si cabe—que en los tiempos que la vieron nacer: el mito del *Self-Made Man*, el hombre hecho a sí mismo. El propósito del presente trabajo es el de averiguar, a través de un seguimiento del concepto desde su nacimiento hasta la contemporaneidad, cuánto hay de mítico y cuánto de real en aquellos que se han erigido como sus fieles representantes; dilucidar, en medida de lo posible y a la luz de aquello que sea textual e históricamente comprobable, si el ideal del *Self-Made Man* es una aspiración honrada al alcance de cualquiera que esté dispuesto a trabajar por ella o si es un juego trucado en el que la casilla de salida está determinada por circunstancias ajenas al individuo. En muchos casos, como se verá, la respuesta no está claramente polarizada, sino que depende de una muy considerable cantidad de circunstancias contextuales y ajenas a la voluntad o al control del individuo, y aunque las máximas del mito sean virtudes en términos objetivos e incontestables—trabajo duro, honradez e incluso búsqueda del bienestar colectivo—muchas veces pueden ser interpretadas de maneras más laxas o incluso ser utilizadas como instrumento de control.

En aras de conseguir una visión lo más completa posible sobre no sólo el mito del *Self-Made Man*, sino también su impacto sobre la sociedad, comprender las circunstancias históricas y políticas de los autores, obras o figuras analizadas es importante en grado sumo. Debido a ello, en este trabajo se tomará en debida consideración la producción literaria no como fenómeno aislado, sino como el resultado de una relación obra-contexto, atendiendo al mundo, a las épocas, a las etapas de la historia y la cultura estadounidenses, que presenciaron el nacimiento de cada una de las obras literarias y/o personajes históricos diversos analizados en este trabajo. La investigación, por lo tanto, no será únicamente literaria, también será cultural, encuadrándose en la disciplina de los Estudios Americanos. Cuatro estudios de la historia estadounidense, de su política, sociedad y economía, han sido de gran ayuda a tal efecto: *The American Political Tradition and the Men Who Made It* (1962); de Richard Hofstadter; *A People's History of the United States* (1980), de Howard Zinn; *The Pricing of Progress* (2013), de Eli Cook y *Depression to Cold War* (2002), de Joseph M. Siracusa y David G. Coleman. Asimismo, se ha tenido en debida consideración aquello ya escrito con anterioridad a propósito del *Self-Made Man* por autores como Irvin G. Wyllie en *The Self-Made Man in America* (1954), John G. Cawelti en *Apostles of the Self-Made Man* (1965) o, más recientemente, Mark Lipton en *Mean Men* (2017). Es en esta última obra en la que se analiza en más profundidad una tendencia que no es en absoluto accidental en el mito del *Self-Made Man*: su naturaleza excluyente. El plano conceptual del

hombre hecho a sí mismo tiende a obviar a la mujer ya en la misma denominación del ideal, pero es algo más que una simple tendencia: es un sesgo cultural evidente. Respaldándose en estudios de diversa índole, estadísticos, sociológicos, psicológicos e incluso epidemiológicos—sobre incidencia de conductas antisociales, abuso de sustancias, trastornos ansio depresivos, etcétera—Lipton concluye que, socialmente hablando, la “evaluación” de determinadas situaciones o comportamientos está directamente vinculada al género. La externalización de un sentimiento dado, de rabia por ejemplo, se tiende a considerar el resultado de la influencia directa de circunstancias externas y objetivas, algo natural, si aquel que la manifiesta es un hombre. En el caso de que la misma rabia la exprese una mujer, siguiendo con Lipton, la tendencia es considerar que dicha emoción proviene de la personalidad, y no tiene por qué estar externamente instigada. De este modo, los mismos rasgos conductuales que se suelen considerar “dotes de liderazgo” o “iniciativa” en el género masculino son percibidos—y denominados—de maneras mucho más negativas en el género femenino. No es complicado, especialmente en los tiempos modernos, encontrar ejemplos de hombres económicamente exitosos y/o célebres cuya dificultad—o incapacidad—para gestionar ciertos arrebatos temperamentales no sólo no es mínimamente cuestionada, sino que es considerada aceptable e incluso recompensada. Aparte de la obvia cuestión de género está la cuestión étnica, que si bien tiene cierta presencia en este trabajo, es ilustrativa de las propias circunstancias materiales y sociales de la historia estadounidense respecto al *Self-Made Man*. Por lo tanto, no es en absoluto atrevido asegurar que la historia sobre la *Self-Made Woman* posee en sí misma material suficiente para la elaboración de un trabajo de investigación adicional al presente. No menos relevante sería una investigación sobre el *Self-Made Man* desde los estudios de construcción de la masculinidad, considerando que muchos de los rasgos de comportamiento que muestran, especialmente hoy en día, algunos de los prototipos de hombre frankliniano, son características comúnmente atribuidas al “hombre” como construcción social.

Un estudio del *Self-Made Man* con un enfoque étnico sería también de importancia suma puesto que, como se verá en este trabajo, el ideario del mito está fundamentalmente orientado hacia el hombre blanco por una cuestión de mera conveniencia y supervivencia del propio mito: recorrer el camino de Franklin, seguir sus pasos, cumplir esa parte del sueño americano, es algo que no está al alcance de todo el mundo, ni siquiera de la mayoría. Lo que en personas del calado de Benjamin Franklin o Abraham Lincoln suponía empezar desde cero era, como se verá en el capítulo dedicado a Frederick Douglass, prácticamente el objetivo a conseguir, no el punto de partida. A pesar de ello, esa persecución del “from rags to riches” y/o en pos del sueño americano ha sido, y es en la actualidad, la razón determinante de la mayoría de movimientos migratorios con los Estados Unidos como destino.

Una aproximación al *Self-Made Man* desde la perspectiva de la mitocrítica sería también interesante, ya que esta investigación no incide con el suficiente denuedo en el nivel arquetípico del mito ni en la organización simbólica del imaginario, como propondría Gilbert Durand en *Les structures anthropologiques de l'imaginaire* (1960). Tampoco podría ser encuadrado dentro de la mitocrítica cultural propuesta por José Manuel Losada en *Mito y Mundo Contemporáneo* (2010) puesto que, aunque este estudio es, ciertamente, de naturaleza interdisciplinar, no es auténtica mitocrítica en tanto que no se analiza el mito al margen de toda noción de ideología, sino como un instrumento históricamente adscrito a ésta. La aproximación a la mitocrítica más plausible para este trabajo sería aquella propuesta por Max Horkheimer y Theodor W. Adorno en *Dialektik der Aufklärung* (1944), para quienes el mito en la modernidad es un concepto negativo utilizado para la propaganda, la demagogia política y la manipulación en general, considerándolo algo ilusorio, falso o ficticio. Ciertamente el mito del *Self-Made Man* ha tenido una evolución hasta la contemporaneidad que lo ha convertido en algo muy cercano a los conceptos propuestos por Horkheimer y Adorno, pero ni su nacimiento ni sus ideales fundamentales fueron intrínsecamente negativos, sino al contrario: representaban un ideal cuya realización tendría repercusiones positivas para la comunidad casi al completo.

Cada una de las obras destacadas aporta información valiosa en más de un sentido. Por ejemplo, Richard Hofstadter ofrece pertinentes análisis históricos y políticos de los más notables presidentes estadounidenses con una documentación exhaustiva y una distancia crítica suficiente como para no caer en la celebración propagandística o en el ataque sistemático. Howard Zinn, con *A People's History of the United States*, es ya una aproximación clásica a la historia estadounidense con un enfoque orientado al aspecto social de ésta y a aquellos hechos que tienden a caer en olvidos interesados. Es indudable que hay cierto sesgo ideológico en Zinn que propende a permear en su obra, pero dado que el texto ha sido elegido como obra de referencia para hechos históricos verificables, el sesgo autorial no adquiere gran relevancia más allá de lo puramente narratológico. El trabajo mencionado de Eli Cook proporciona un estudio histórico orientado al ámbito económico y cultural norteamericano, con interesantes puntos de vista respecto a la transición de la economía esclavista a la economía del trabajo asalariado, una cuestión de ineluctable pertinencia, teniendo presentes las férreas uniones entre el mito del *Self-Made Man* y el trabajo como medio para alcanzar la prosperidad.

Cada capítulo se centrará en una figura culturalmente relevante para el imaginario estadounidense en relación con el mito del *Self-Made Man* a través del tiempo, desde su nacimiento hasta la actualidad, desde lo literario hasta lo político e histórico: Benjamin Franklin, Mark Twain, Frederick Douglass, Abraham Lincoln, Ralph W. Emerson, Al Capone... Se analizará en qué medida esas figuras han seguido, influido, mejorado, perpetuado o malinterpretado el ideal de empezar desde cero y alcanzar la prosperidad con los medios—o

impedimentos—que les proporcionaban los contextos de cada una de sus épocas. Debido a la diversidad de figuras y al lapso de tiempo comprendido en el análisis, la presencia de las fuentes principales anteriormente mencionadas variará en función del capítulo, y cada capítulo tendrá, lógicamente, sus propias lecturas principales de las cuales derivarán las secundarias.

La historia de los Estados Unidos comenzó a escribirse en el mes de noviembre de 1620, cuando los separatistas religiosos, conocidos como peregrinos, que iban a bordo del Mayflower desembarcaron en lo que más tarde se convertiría en la ciudad de Plymouth y en la colonia homónima. La intención de estos primeros colonos no era la de romper relaciones con Inglaterra, y mucho menos la de formar una nación. De hecho, el suyo fue un viaje en pos de la libertad de credo, en busca de un lugar en el que poder profesar su religiosidad sin presiones del anglicanismo oficial y, a la vez, seguir siendo ingleses, tanto los propios peregrinos como sus descendientes. Las colonias inglesas en América representaban el lugar idóneo a tales efectos. La gesta de los peregrinos, su moralidad, su idealismo y su utópica visión basada en la teología de ser el pueblo elegido para la salvación, sin ser conscientes de ello, supusieron en parte el germen del excepcionalismo americano, el conjunto de creencias sociopolíticas que marcarían el desarrollo del país desde entonces y para siempre: la libertad, el igualitarismo, el sentido comunitario y el individualismo, la noción de que la nación estadounidense tiene una historia única y un destino único o, más modestamente, unas características históricas y culturales altamente distintivas en comparación con el resto de países occidentales. No cabe duda de que la historia de los Estados Unidos desde el período colonial hasta la época post-revolucionaria no tuvo parangón en su tiempo, y ningún observador quedó, ni queda, indiferente al escenario, entorno y recursos naturales de los que dispuso Estados Unidos en la época. No obstante, también es de destacar que gran parte de la población de las colonias se componía, en un principio, de agricultores y artesanos que tuvieron una considerable capacidad de conquistar a una naturaleza adversa con éxito. Esa mezcla de arrojo, denuedo y abnegación religiosa supondrá lo que autores como John Hector St. John de Crèvecoeur o Alexis de Tocqueville considerarán un nuevo hombre, una nueva raza y, en el corto y medio plazo, asentarán las líneas más elementales en el boceto del ideal del *Self-Made Man*, como se desarrollará en el capítulo primero, “Self-Made Nation”, del presente trabajo.

No obstante, la sublimidad de la imagen del granjero americano como el hombre—el individuo—que domina a una naturaleza impía con la fuerza de su determinación, su constancia y su trabajo no tardaría en empezar a desdibujarse. Escritos propagandísticos e idealizaciones aparte, la intrahistoria colonial presentaba un relato bien distinto, un relato sobre servidumbre por contrato, reclutamiento forzoso e importación de esclavos como elementos clave en la consolidación, el crecimiento y la prosperidad de la América colonial hasta los albores de la Revolución. Autores como Heike Paul con *The Myths That Made America* (2013), Richard Hofstadter con *America at 1750: A Social Portrait* (1973) y Kenneth A. Lockridge con *A New*

*England Town* (1985) ofrecen análisis exhaustivos y profundos sobre la sociedad colonial en el más amplio espectro y aportan una interesante visión que, aunque crítica, es complementaria a aquellas descripciones más tendentes a lo apologético o que soslayan los detalles menos favorables de la América prerrevolucionaria.

El sustrato ideológico de la América colonial, compuesto por esa mezcla de religiosidad, promesas de justicia social y prosperidad fue el elemento primario en la construcción del mito del *Self-Made Man*, y Benjamin Franklin su principal arquitecto. De su vida y de su legado se hablará en el capítulo segundo, “El mito hecho a sí mismo”. Ya desde sus inicios, el mito fue una poderosa herramienta propagandística en una América en la que esa—en palabras de Crèvecoeur—nueva raza de hombres que describía Crèvecoeur, los granjeros que se labraban una vida digna a base de trabajo duro, eran cada vez más minoría frente a las ingentes cantidades de personas que llegaban al “Nuevo” Mundo bajo contratos de servidumbre o en condiciones de esclavitud. Abbott E. Smith y Kenneth A. Lockridge ofrecen, en *Colonists in Bondage* (2014) y *A New England Town* (1970) respectivamente, amplias visiones respecto a la situación de gran parte de la población de las colonias en la época anterior a la Revolución que apenas tienen presencia en los escritos de Benjamin Franklin y en sus consideraciones hacia el trabajo y el camino hacia la prosperidad, debido a que Benjamin Franklin provenía de una clase media moderadamente adinerada a la que él consideraba el sector mayoritario de la población y con mejor disposición para el trabajo. De manera paralela al análisis de obras canónicas de Franklin como su *Autobiography* (1793) o *Poor Richard's Almanack* (1732), entre otras, se analizará la historia de su vida, desde la llegada de su familia a las colonias hasta su fallecimiento en 1788 gracias al profundo estudio de ésta realizado por Walter Isaacson en *Benjamin Franklin: An American Life* (2003) para aportar evidencia suficiente de cuánto hay de cierto y cuánto de matizable en ese recorrido comúnmente aceptado que es el célebre “from rags to riches” en Benjamin Franklin, padre fundador del mito del *Self-Made Man*. Los años en los que Franklin empezó a adquirir cierto renombre en el contexto americano también fueron convulsos en algunos aspectos, de una manera que se antoja acorde a la situación en la que se encontraba una parte considerable de la población de las colonias, aquellos que intentaban ganarse la vida con su trabajo, pero cuya realidad distaba mucho de esa idealización del granjero americano. Richard Morris da debida cuenta del estado del mundo laboral en *Government and Labor in Early America* (1946) y de cómo existía entre las élites económicas coloniales un temor, más o menos fundado, de una rebelión conjunta de trabajadores, siervos y esclavos. El discurso frankliniano, a pesar de que acabaría convirtiéndose en una herramienta útil y apta para personas de toda condición, en sus inicios estaba fundamentalmente orientado a los oídos y ojos de la llamada—valga el anacronismo—clase media, es decir, un agregado social heterogéneo con una capacidad económica suficiente para contar con lo necesario y cuya voluntad reivindicativa no suele exceder la seguridad económica individual o la mejora en

el estatus. Para Franklin este sector de la población era el verdaderamente representativo en tanto que se trataba de gente con trabajos medianamente cualificados que vivía honradamente de ellos, con lo suficiente para llevar dicha vida honrada y con expectativas de mejorar de cara al futuro. No obstante, esa franja poblacional estaba lejos de ser mayoritaria ya en tiempos de Franklin, y el paso de los años sólo contribuiría a acentuar esas desigualdades que ya estaban enquistadas en Europa y habían empezado a arraigar en un Nuevo Mundo que reproducía los errores del antiguo. Pero Benjamin Franklin puso la primera piedra de algo más grande que él y aún más perdurable que sus palabras, el mito del *Self-Made Man*, un ideal que animaba al hombre a perseguir la mejor versión de sí mismo a través del trabajo, la perseverancia y la honradez, a lograr una merecida prosperidad que no sólo le beneficiase a él, sino que le fuera de provecho a su comunidad. El problema de base radica, por un lado, en que el individualismo del pensamiento frankliniano podía ser—y ha sido, como se demostrará en las siguientes páginas—interpretado de maneras menos positivas y, por otro lado, en una concepción resultadista de la riqueza material: la prosperidad como valor autojustificado y el relato del *Self-Made Man* como consideración subjetiva y *a posteriori*.

El hecho de que el relato del *Self-Made Man* sea una consideración *a posteriori* no lo hace necesariamente cuestionable o falso. Ejemplo de ello es Frederick Douglass, cuya historia con relación al mito del *Self-Made Man* se estudiará en el capítulo tres, “Frederick Douglass, humano hecho a sí mismo”. Nacido en esclavitud, luchó ya no sólo por su libertad, sino por ser reconocido como ser humano, estatus que se le negaba a los esclavos africanos de manera sistemática. La historia de Frederick Douglass es relevante en sí misma porque sirve como ejemplo de otros cientos de miles de personas como él, que nacían y morían bajo el yugo de la esclavitud, y tuvo lugar en la antesala de un conflicto armado que dividiría a la nación estadounidense antes, durante y mucho después de que estallase la primera batalla: la Guerra de Secesión. El sistema esclavista llevaba siendo uno de los pilares fundamentales de la economía estadounidense desde la época colonial, especialmente en los estados del sur, y, a pesar de que la importación de esclavos había sido prohibida por Thomas Jefferson en 1807, el número de personas sometidas a estas condiciones de vida humanamente injustificables seguía en aumento. Aparte de los escritos de Frederick Douglass, se han tomado como lecturas fundamentales *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made* (1976) de Eugene D. Genovese y *Slavery and the Numbers Game* (1975) de Herbert G. Gutman, o *A Nation Within a Nation* (2011) de John Ernest, entre otras, para situar en el debido contexto la historia de Douglass dentro del marco de la situación de la población afroamericana en el sistema esclavista. También se ha complementado la historia de Frederick Douglass con la de otros que compartieron sus vivencias, como David Walker en *Walker’s Appeal* (1829). Lo que sin duda se concluye con la investigación de la historia de Frederick Douglass es que es un *Self-Made Man* en el más amplio de los sentidos aunque el discurso del *Self-Made Man*

no suele ser demasiado frecuente en minorías étnicas: no sólo se hizo a sí mismo dentro de los términos asentados por Benjamin Franklin, sino que hizo su propia humanidad empezando desde un estado de absoluta privación de ésta. El *Self-Made Man* propuesto por Benjamin Franklin tiene su punto de partida en un “cero” relativo: el de ser un hombre con cierta libertad de elección y movimiento. En cambio, Frederick Douglass, David Walker y otros tantos como ellos tuvieron que arriesgar seriamente sus vidas en primer lugar para poder alcanzar ese cero que en muchos casos se da por sentado. Aun así, su etnia siguió suponiendo un obstáculo prácticamente insalvable durante el resto de sus vidas, y de muchas otras vidas después de las suyas, considerando la brecha racial existente en los Estados Unidos que aún hoy es perceptible ya que, como la historia ha demostrado, la emancipación afroamericana no se debió al resultado de la Guerra de Secesión. Casos como el de Frederick Douglass ponen de manifiesto que, además del esfuerzo y el trabajo duro, hay una serie de circunstancias materiales que son independientes de la voluntad del individuo y que lo condicionan de un modo más que sustancial. Las máximas franklinianas son importantes, pero no son los únicos criterios a los que hay que atenerse para hablar del *Self-Made Man*. Obviamente el individuo tiene cierta responsabilidad sobre su lugar en el mundo, pero las circunstancias materiales pueden ampliar o disminuir el abanico de elecciones disponibles, máxime en el mundo en el que vivió Douglass, uno en el que ciertos aspectos que podrían considerarse derechos fundamentales e inalienables (vivienda y trabajo dignos, libertad de movimientos, igualdad ante la ley y un largo etcétera) casi eran privilegios.

Tras Frederick Douglass y de una manera que bien podría entenderse como la otra cara de una moneda, se analizará en el capítulo cuatro, “Abraham Lincoln o el hombre construido a sí mismo” la figura de una de las personalidades sin duda más estimadas del imaginario estadounidense tanto en el panorama político como en el humano, y que ostenta, además, una posición elevada en los altares del mito del *Self-Made Man*. Su leyenda desafía toda comparación con cualquier precedente o sucesor en mitología política. La historia de Abraham Lincoln simboliza un drama de grandeza y superación cuasirreligioso, sobre un hombre atribulado por el tormento y la carga moral de un pueblo en guerra contra sí mismo, al que se le encomendará reconciliar lo que parecía irreconciliable en una dura tarea que acabará reclamando su vida. La bibliografía para este capítulo ha orbitado alrededor del ya mencionado *The American Political Tradition* de Richard Hofstadter, la amplia investigación sobre la vida de Lincoln realizada por Sidney Blumenthal en *A Self-Made Man: The Political Life of Abraham Lincoln* (2016) y por William H. Herndon en *Herndon’s Lincoln: The True Story of a Great Life* (1920), así como los discursos, correspondencia y demás documentos elaborados por el propio Lincoln y recopilados por diferentes autores. Eli Cook, en *The Pricing of Progress*, aporta valiosos comentarios de carácter socioeconómico sobre el estado de las cosas en la economía estadounidense durante y después de la abolición de la esclavitud. A la luz de lo aportado por el corpus bibliográfico

principal y secundario acerca de la persona de Lincoln, cabe destacar un detalle en apariencia trivial pero que, considerando la imagen—casi deificada—del decimosexto presidente que ha trascendido a través de los siglos, sigue siendo pertinente: Abraham Lincoln era una persona. Un ser humano. La figura del gran liberador de los esclavos, la del hombre que luchó contra todo un sistema valiéndose únicamente de sus férreas convicciones y venció es, cuanto menos y como se verá con el debido detalle en las próximas páginas, matizable, en tanto que esa imagen es más una elaboración *a posteriori*, la creación interesada de una especie de Lincoln como bien de consumo. Abraham Lincoln fue una de las figuras políticas más—merecidamente—importantes en la historia de los Estados Unidos, afirmación que no será contrariada en este trabajo. También fue un *Self-Made Man*, y será ese aspecto sobre el que se aplicarán matices. Abraham Lincoln tenía elevadas aspiraciones, inteligencia para saber qué hacer y voluntad para hacerlo; sin embargo, no es menos cierto que nació, creció, fue educado y medró en un sistema en el que todo estaba dispuesto para favorecer a un hombre blanco con formación académica y pretensiones políticas. Esta realidad no ha de ser considerada un demérito para su figura, sino el producto de un contexto concreto y de unas circunstancias personales y materiales concretas. Más aún, Lincoln fue fiel, como pocos lo han sido, a la máxima frankliniana de no sólo alcanzar la prosperidad, sino emplear dicha posición para procurar el bien de la comunidad.

Uno de los propósitos del análisis del mito fundacional estadounidense del *Self-Made Man*, como se ha apuntado, es el de estudiar no sólo a sus máximos exponentes, sino a aquellos que de alguna manera contribuyeron, influyeron o actualizaron el relato de tal manera que propiciase su indeleble presencia a través de las diferentes etapas históricas por las que este trabajo discurre. El capítulo siguiente al de la historia de Lincoln, “R.W. Emerson y el hombre hecho de sí mismo” se dedica a analizar cómo, a finales del siglo XIX, comenzó una revisión del concepto del *Self-Made Man* por parte de algunos de los más relevantes pensadores de la época, como Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman, James Fenimore Cooper, etcétera. En aquel momento la estructura ideológica del mito no atravesaba su mejor momento, y era objeto de críticas por algunos autores como el historiador Francis Parkman o el mencionado Cooper, que abogaban más por la figura del *gentleman*, de una élite cultural paralela a aquella económica que sirviera de modelo para las masas. Sus visiones de una suerte de “sacerdocio cultural”, no obstante, se veían lastradas por el peso de su propio esnobismo. Walt Whitman podría situarse en el extremo contrario: no criticaba directamente el concepto de *Self-Made Man*, sólo algunas de sus máximas, como la de la persecución de la riqueza como meta de la vida. En cambio, Whitman sí estaba en buena sintonía con Franklin en tanto que él también creía que el beneficio de la sociedad como conjunto era la verdadera y más noble meta. Enmarcado en este debate de ideas nació el movimiento de la autocultura (o “Self-Culture”) y las llamadas *Franklin Lectures*, cuyo propósito era el de ofrecer instrucción y educación a cualquier persona de toda condición que quisiera asistir

a ellas y el de favorecer la movilidad social a través de la formación. Entre todos los defensores del movimiento de la autocultura, uno de ellos destacó por encima de todos, uno que verdaderamente tenía fe en el potencial de todas las personas independientemente de sus circunstancias o procedencia: Ralph Waldo Emerson. Emerson creía—a grandes rasgos—que cada individuo encerraba en sí mismo el más trascendente potencial, y que la clave para desarrollarlo residía en la autosuficiencia, en la independencia y en la existencia en armonía con las leyes de la naturaleza. Y el *Self-Made Man* verdadero, según el pensamiento emersoniano, debía ser la representación viviente de estos valores. Aunque su pensamiento pueda parecer bastante idealista, Emerson, como se elaborará, era bastante pragmático, si bien no tanto como Whitman. Las visiones de ambos no difieren hasta la contraposición, sino en la justa medida para ser consideradas complementarias. Lamentablemente, el pensamiento emersoniano, su filosofía sobre la independencia, la confianza en uno mismo y la voluntad individual como factor determinante acabó abriendo la puerta a toda una serie de interpretaciones superficiales o viciadas que distorsionarán el individualismo emersoniano para transformarlo en un nocivo destilado, conocido como *New Thought* (género fundacional de la autoayuda), en el que la búsqueda del éxito, el poder sobre otras personas y la prosperidad material son las más elevadas metas a las que aspirar. Semejante interpretación se encontraba en las antípodas de las propuestas de Emerson, Whitman y demás artífices del movimiento de la autocultura, como se demostrará a través del análisis de *Self-Culture* (1839) de William Ellery Channing, *Democratic Vistas* (1871) de Walt Whitman, un intensivo estudio de los más relevantes ensayos y discursos del propio Emerson, y el respaldo de lo dicho al respecto de todo ello por John G. Cawelti en *Apostles of the Self-Made Man* (1965).

En el sexto capítulo, “Mark Twain y la parodia del mito”, se estudia cómo la necesaria actualización del relato del *Self-Made Man* no lo eximió, sin embargo, de una igualmente necesaria crítica. Ejemplo de ello, además de las voces críticas anteriormente mencionadas, es *The Gilded Age*, novela escrita por Mark Twain y Charles D. Warner en 1873. El argumento transcurre durante la época homónima—que tomó el nombre, precisamente, de este libro—entre la Reconstrucción (1863–1877) y finales del siglo XIX. En esta época la economía estadounidense experimentó un crecimiento moderado, crecimiento que sirvió para enmascarar un contexto social problemático de corrupción política y pobreza por los estragos de la Guerra de Secesión. La novela es relevante para la cuestión del *Self-Made Man*, principalmente, gracias a Beriah Sellers, personaje tipo al más puro estilo del Wilkins Micawber dickensiano con los característicos tintes satíricos de Twain y que se erige como una parodia del mismísimo Benjamin Franklin. La temática central de la novela es la especulación salvaje que se apoderó de la economía estadounidense de la época, en la que todo el mundo quería enriquecerse de la noche a la mañana a costa de concesiones de contratos gubernamentales, venta de terrenos por importes muy

superiores a su valor real, desarrollo injustificado de infraestructuras, y un largo etcétera. En este contexto de malversación institucionalizada, Beriah Sellers se erige como el rey de los despropósitos. El personaje, no sin intención por parte de los autores, se presenta como un hombre de actividades multidisciplinares: no se ciñe a la especulación, sino que extiende sus miras a la invención de toda suerte de artilugios mecánicos—como una estufa, por ejemplo—o a la medicina milagrosa y el discurso pseudocientífico. *The Gilded Age*, como se demostrará, se presenta como una *roman à clef* sobre el *Self-Made Man* y sobre las supuestas oportunidades de ascender socialmente que se brindan en los Estados Unidos a todo aquel que esté dispuesto a esforzarse para aprovecharlas y no sólo eso, sino que se revela como una manifestación novelada de los sentimientos encontrados del propio Mark Twain hacia el mundo de las finanzas estadounidenses y hacia el propio hombre frankliniano—concepto con el que siempre fue crítico. Además, si se contrastan ciertos aspectos biográficos de Twain con el argumento de *The Gilded Age*, se pueden encontrar, de una manera velada, cierto reconocimiento de culpa y propósito de enmienda en uno de los personajes principales, Washington Hawkins. Asimismo, *The Gilded Age* adelanta una de las conclusiones del presente trabajo: el discurso del *Self-Made Man* como relato a hechos consumados, como barniz dorado para historias incapaces de brillar por sí mismas.

Los excesos de la *Gilded Age* no tardaron en tener su reflejo en la economía estadounidense, dando lugar a una concatenación de pánicos bancarios y recesiones económicas. Ya en el mismo año de la publicación de la novela de Twain y Warner que le da nombre a la época, 1873, tuvo lugar una de los más graves tras la caída de la entidad bancaria Jay Cooke & Company. Por desgracia, no sería la última ni la más importante recesión en la historia estadounidense de finales del XIX y principios del XX. Más pánicos bancarios, de mayor o menor gravedad y siempre acompañados de sus consabidas recesiones, sucederían al de 1873 en 1893, 1907 y 1919. El gobierno estadounidense, fundamentalmente bajo la administración de Woodrow Wilson y durante un período que pasó a ser conocido como *Progressive Era*, iba adoptando medidas lo bastante apropiadas para ir solucionando las crisis *en passant*, pero lo bastante prudentes como para no incomodar excesivamente a la comunidad financiera y a la élite empresarial. De esta manera, más que soluciones propiamente dichas, las medidas gubernamentales no hacían más que apuntalar una construcción ruinoso y aplazar el desastre. La Primera Guerra Mundial (1914–1918) también aportó cierto impulso extra a la economía norteamericana. En el séptimo capítulo, “Gatsby, Capone y Franklin: reinterpretación del mito”, el contexto histórico y político de esta etapa es especialmente relevante para la figura del *Self-Made Man* por el reflejo que tuvo en ésta, considerando los sujetos de análisis del capítulo: dos personajes—uno literario, otro real—que alcanzaron la prosperidad en unas circunstancias directamente debidas a la época: Jay Gatsby y Al Capone. Ambas figuras recorrieron el camino “from rags to riches” interpretando las máximas franklinianas de una manera muy en consonancia

con lo que los años iban dejando de ellas: de una manera estrictamente individual y resultadista, donde el más elevado propósito era la riqueza, y lograrla justificaría cualquier método empleado a tal fin, como, por ejemplo pero no únicamente, fundamentar su medra económica en quebrantar la Ley Seca, una de las más famosas enmiendas a la Constitución de los Estados Unidos. En lo concerniente al análisis contextual se emplearán las anteriormente mencionadas obras de Howard Zinn y Richard Hofstadter junto con otras escritas en la propia época, como *Drift and Mastery* (1914) de Walter Lippmann, amén de crónicas escritas por y acerca de Woodrow Wilson para entender en la máxima medida posible la situación económica y política del período. De Francis Scott Fitzgerald, además de la necesaria *The Great Gatsby* (1925), se utilizará, a modo de puente entre lo histórico y lo literario, *The Jazz Age* (1931), donde el autor relata, en primera persona, las sombras que arrojaban las luces de los “felices” años veinte. Para estudiar la persona de Alphonse Gabriel Capone se utilizará la biografía novelada escrita por Fred D. Pasley en 1930 y de elocuente título: *Al Capone: The Biography of a Self-Made Man*, junto con la historia del gánster contada por su sobrina Deirdre Marie: *Uncle Al Capone* (2011).

Los mencionados años 20, o *Roaring Twenties* según se les denomina en Estados Unidos, fueron un período de prosperidad y crecimiento económico sin precedentes pero, como se demostrará en el octavo capítulo, “Herbert C. Hoover y la Gran Depresión del mito”, esa prosperidad y crecimiento serían muy relativos y supondrían un poderoso contraste con la Gran Depresión que azotó el país en la aciaga década de 1930. La figura del trigésimo primer presidente de los Estados Unidos (1874–1964) se observará desde dos perspectivas distintas: una, la de ser uno de los más célebres embajadores del mito del *Self-Made Man* de su tiempo; otra, la de constatar el grado de descreimiento que llegó a alcanzar el ideal frankliniano durante la Depresión. La ascensión de Hoover, su obra escrita, su mandato, su tipo de discurso y su posterior caída en desgracia guardan sorprendente simetría con el sistema de creencias que es sujeto de este estudio, y que durante la Gran Depresión se vería prácticamente herido de muerte. Se analizará cómo la historia de Hoover, su formación, su ascenso hasta la presidencia, fueron, en primera instancia, su fuente de orgullo y, en última, su perdición. Hoover se caracterizó por estar cegado por un sesgo cognitivo que le inducía a pensar que, si él había podido llegar donde llegó proviniendo de una familia normal, su historia, sus valores, sus creencias, eran aplicables a todas las personas en todo momento. Así, su férrea creencia en el individualismo le llevó a discurrir por los caminos de la respuesta fácil, del discurso de autoayuda vacío que emanaba de una interpretación simplista de los postulados emersonianos anteriormente comentados. Debido a ello, Hoover se aferraba con fuerza a su visión de que, en los Estados Unidos, la prosperidad era regulada por la meritocracia. Por mucho que el mundo real insistiera en desafiar sus creencias, Hoover seguía viendo en el sistema estadounidense el mejor de los mundos posibles, un sistema en el que se fomentaba la sana competencia, se velaba por el individualismo, y los negocios se desarrollaban de acuerdo

con las leyes y la ética en el marco de un *laissez-faire* debidamente vigilado, pero sin excesiva intromisión. Obviamente, la prosperidad de los años veinte le había dado alas a sus teorías y le había convertido en todo un filósofo de la prosperidad y lo que él mismo llamaba *American Individualism* en su libro homónimo de 1922. Pero los sucesos acaecidos en octubre de 1929, la caída de Wall Street que marcó el comienzo de la Gran Depresión, opacaron al hasta entonces brillante y orgulloso *Self-Made President*. Aunque el siempre optimista Hoover rechazó buscar las causas del desastre en la economía estadounidense e infravaloró la magnitud de dicho desastre, lo peor de la crisis aún no había llegado. Al desempleo masivo y la consiguiente depauperación de la clase trabajadora en la industria y el comercio pronto se sumaría el *Dust Bowl*, que generaría una crisis humanitaria de terribles proporciones. Dedicarle la debida atención tanto a Herbert C. Hoover como a la serie de circunstancias en las que se vio inmersa la nación estadounidense en la difícil década de 1930 y la relación de todo ello con el *Self-Made Man* requerirá un corpus bastante amplio que abarque historia, economía y política. El trabajo de Eli Cook *The Pricing of Progress* (2013) volverá a tener presencia junto con *The Great Crash 1929* de John Kenneth Galbraith (1954) para explicar las circunstancias económicas que condujeron al *crack* del 29. Sobre Herbert C. Hoover se recabará una parte más que representativa de su obra y declaraciones públicas: el ya mencionado libro *American Individualism* (1922), *Addresses upon the American Road* (1938), *The Challenge to Liberty* (1934), así como *The Memoirs of Herbert Hoover* (1952) y *The Hoover Administration, A Documented Narrative* (1936) de William S. Myers y Walter H. Newton, donde se recopilan, incluso, algunas declaraciones extraoficiales junto con comentario de los autores. Además, se dará cuenta de las consecuencias de la Gran Depresión y el *Dust Bowl* para la clase trabajadora a través de la serie de artículos publicados por John Steinbeck bajo el título de “The Harvest Gypsies” (1936) y el reciente trabajo de Elizabeth D. Esch *The Color Line and the Assembly Line* (2018) sobre las condiciones laborales en los complejos industriales de la Ford Motor Company.

La luz entre la oscuridad de las tormentas de polvo y los asentamientos chabolistas fruto de la migración interior empezó a vislumbrarse mínimamente durante la larga administración de Franklin Delano Roosevelt, que tuvo lugar entre 1933 y 1945 y se caracterizó principalmente por el paquete de medidas económicas para paliar los estragos de la Gran Depresión conocido como el *New Deal*. Sin quitarle mérito a sus medidas económicas, que tuvieron un efecto más que moderado, lo que verdaderamente le aportó el impulso necesario a la economía estadounidense fue, una vez más, un conflicto bélico: la Segunda Guerra Mundial. En una serie de políticas que los sectores más conservadores de la política consideraron de corte socialista—aunque, como se explicará, fue simple keynesianismo—la producción industrial y agrícola durante el mandato de Roosevelt y por la continuación de sus políticas tras su fallecimiento en 1945 alcanzaron números que no tenían parangón, y situó a los Estados Unidos en una posición privilegiada en la economía

global, dando lugar a un inusitado período de prosperidad que se extendería hasta mediados de los años setenta. Los paulatinos cambios en el paradigma del *Self-Made Man* desde su nacimiento en la figura de Benjamin Franklin hasta la época de su tricentenario dieron lugar a algo que ya se vislumbraba a finales del siglo XIX y que se hizo evidente con Jay Gatsby y Al Capone: la honradez, el asociacionismo, la colaboración y el beneficio para la comunidad han pasado a un segundo plano e, incluso, han sido arrojados por el camino como si de lastre se tratara. En los tiempos postmodernos, la única cuestión es el dinero, alcanzarlo, atesorarlo y gastarlo en mercancías que denoten el estatus del poseedor. Debido a ello, en el décimo capítulo, “Trescientos años de *Self-Made Men*”, se soslayan ligeramente las décadas de los 60 y los 70, relevantes en grado sumo para la cultura y la sociedad estadounidenses, para entrar directamente al epicentro de la creación de los nuevos *Self-Made Men*: Wall Street y su segunda edad de oro. En el contexto de un maremágnum de clases sociales atomizadas, que Elizabeth C. Hirschman describe en “Secular Immortality and the American Ideology of Affluence” (1990) desde *upper-upper* hasta *lower* pasando por conceptos como *lower-upper* y *upper-middle*, y en la caótica ciudad de Nueva York de los años ochenta, se narra la historia de un elemento de muestra de cada una de esas clases—*de facto* o aspiracionales—en la novela de Tom Wolfe *The Bonfire of the Vanities* (1987). En este capítulo se estudiará cómo ha alcanzado el mito del *Self-Made Man* los trescientos años de edad, cuánto queda de las máximas franklinianas, cómo se interpreta lo que queda y en qué puede consistir ser un *Self-Made Man* moderno a través de las historias de Peter Fallow, Larry Kramer y Sherman McCoy, tres de los personajes principales de la novela de Wolfe que presentan una destacable obsesión con la demostración de estatus, con hacer ver que han alcanzado la prosperidad sirviéndose únicamente de su perseverancia y trabajo duro. La novela de Wolfe será analizada con el apoyo de estudios sobre ésta como “Race and the Infernal City” de Joshua Masters (1999), “Urban Decline and (Post)national Mythologies in *Bonfire of the Vanities*” (1997) de Liam Kennedy (*inter alia*); y los aspectos sociológicos del contexto en el que transcurre se elaborarán gracias a los trabajos de James Oliver *The Selfish Capitalist* (2008) y Frederic Jameson *Postmodernism, Or the Cultural Logic of Late Capitalism* (1991).

Finalmente, el auge del capitalismo multinacional invadirá todos los aspectos de la política, la economía—obviamente—y la sociedad, incluido, por supuesto, el mito del *Self-Made Man*. Si en sus inicios ya era una meta difícilmente alcanzable si no se contaba con ciertos mínimos, en el contexto del siglo XXI el ideal frankliniano ha quedado reducido a bien de consumo, adaptado y utilizado a la discreción de individuos muy concretos y/o de intereses muy particulares. En el capítulo sobre *The Bonfire of the Vanities* ya se empieza a vislumbrar que el calificativo de ser un hombre hecho a sí mismo está cada vez más restringido al ámbito económico y empresarial. En la era del llamado capitalismo tardío, lo que se dejaba entrever en Wolfe es ya una abrumadora realidad. Debido a ello, y de un modo análogo al capítulo sobre Al Capone y Jay

Gatsby, en “Self-Made Men del Capitalismo Tardío”, último capítulo de este trabajo de investigación, se estudiarán dos figuras: una perteneciente al ámbito de lo literario, Eric Packer, protagonista de la novela de Don DeLillo *Cosmopolis* (2003), y otra perteneciente al ámbito de lo real, Jordan Belfort, con su relato autobiográfico *The Wolf of Wall Street* (2007). El estudio de ambos personajes se encuadrará en torno al *Black Monday* (19 de octubre de 1987) y abarcará hasta el tiempo presente, analizando la evolución de la economía globalizada y su impacto en la sociedad y el individuo. A tal propósito sirven obras de referencia como *Business Cycles and Depressions: An Encyclopedia* (2013) de David Glasner y estudios como el anteriormente mencionado de James Oliver, *Capitalist Realism* (2009) de Mark Fisher o *Zombie Capitalism* (2010) de Chris Harman. Para una mejor comprensión de no sólo las obras principales de este capítulo y sus personajes principales, sino también sus motivaciones, el marco cultural que las fomenta y valida, y su gran relevancia en lo relativo al *Self-Made Man*, además de estudios y artículos *ad-hoc* para cada una de las instancias, se ahondará en el ámbito de la psicología de estos nuevos “*Self-Made Men* del capitalismo tardío” gracias al trabajo de Mark Lipton *Mean Men* (2017).

A través del análisis diacrónico del tema elegido para este estudio, de su evolución hasta la época presente, se demostrará la naturaleza, en muchas ocasiones mítica e irrealizable para la mayoría, del ideal del *Self-Made Man* y cómo, en muchas ocasiones a lo largo de su historia, el mito frankliniano ha servido más como instrumento de control de masas que abstrae al individuo de las circunstancias materiales para depositar sobre él toda la responsabilidad sobre su devenir; como factor de exclusión, como relato elaborado *a posteriori* para maquillar las verdaderas historias de quienes se han arrogado el título de haberse hecho a sí mismos y, en última instancia, como bien de consumo.

## 1. *Self-Made Nation*: El nacimiento de la mitología estadounidense

What do we mean by the Revolution? The war? That was no part of the Revolution; it was a consequence of it. The Revolution was in the minds of the people. (McCullough 15)

De la misma manera que George III (1761–1820) puede ser un símbolo útil en el propósito de *sobresimplificar*—esto es, identificar como única causa—la Revolución Americana, la intolerancia de James I (1603–1625) puede servir entender la historia de los peregrinos como la huida hacia la libertad política y religiosa de un pueblo oprimido por un terrible gobierno. En ambos casos, no obstante, la verdad es bastante más compleja, y los símbolos, aunque enseñen una parte de ésta, pueden oscurecer otras. Así ocurre también con el mito del *Self-Made Man*: constituye un poderoso símbolo del imaginario norteamericano en términos históricos, tan revelador por lo que cuenta como elocuente por lo que oculta; y aunque está revestido de unos ideales de esfuerzo, trabajo duro, perseverancia, frugalidad y propósito, tanto individual como colectivo, también puede ser empleado para justificar el ansia irrefrenable de riqueza, la concepción del dinero como fin en sí mismo, el individualismo exacerbado y la codicia.

A finales de julio de 1620, un grupo de separatistas religiosos que, siguiendo la reforma calvinista renunciaron tanto a la iglesia católica como a la anglicana, los mencionados peregrinos<sup>1</sup>, zarparon de Inglaterra en el famoso navío *Mayflower*, con destino a Jamestown. Sin embargo, una serie de eventos climatológicos adversos arrastraron el navío unos ochocientos kilómetros al norte, hasta Cape Cod, adonde llegaron el 9 de noviembre de 1620. Allí se fundó la ciudad (y la colonia) de Plymouth, que existió de manera autónoma hasta 1691, año en que pasó a formar parte de la colonia de Massachusetts Bay. Los peregrinos que iban a bordo del *Mayflower* no huyeron de Inglaterra para no volver, más bien al contrario: sus sentimientos de lealtad al Imperio Británico sobrevivieron a su huida a Holanda, y determinaron en gran medida su decisión de zarpar a América. Durante sus primeros años de existencia, el parentesco inglés fue una parte significativa de la política interna de la colonia de Plymouth, su posición imperial fue de gran relevancia y una continua fuente de orgullo. No obstante, debido a una falta de concreción o definición clara de su estatus político y administrativo, también fue una fuente de preocupación.

Es importante tener presente que, según señala Thomas W. Perry en “New Plymouth and Old England” (1961), los peregrinos en Inglaterra sufrieron acoso y persecución por parte de sus conciudadanos anglicanos ortodoxos, sin duda, pero no de la propia Iglesia Anglicana a nivel

---

<sup>1</sup> Heike Paul señala que, en aras de la precisión histórica, “peregrinos” y “puritanos” no han de considerarse términos sinónimos: “The Pilgrims were religious separatists who reached America in 1620 on board of the *Mayflower* with William Bradford (1590–1657); ... the Puritans—originally having been a derogatory term, they did not refer to themselves as such—arrived in 1630 in board of the *Arbella* and several other ships under the guidance of John Winthrop (1588–1643)” (138).

oficial e institucional, o del gobierno (1). Por supuesto, el *establishment* fue un factor importante en la decisión de los peregrinos de huir, pero quizá no tanto porque ejerciese una opresión activa hacia ellos<sup>2</sup>, sino porque, simplemente, *existía*, en un flagrante—y peligroso, a sus ojos—desafío a los mandatos divinos. Pero, antes de que sus pies hollaran tierras americanas, los viajeros del Mayflower elaboraron el “Mayflower Compact”, el primer documento de gobierno para la colonia de Plymouth, en el cual los peregrinos prometen de manera abierta su lealtad al rey de Inglaterra:

In the name of God, amen. We, whose names are underwritten, the loyal subjects of our dread sovereign lord, King James, by the grace of God, of Great Britain, France and Ireland, King, Defender of the Faith, etc., having undertaken, for the glory of God, and advancement of our king and country, a voyage to plant the colony in the northern parts of Virginia, do by these presents, solemnly and mutually, in the presence of God and of one another, covenant and combine ourselves together into a civil body politic, for our better ordering and preservation, and furtherance of the ends aforesaid. (Bradford et al. 1)

Los peregrinos tuvieron buenas razones para abandonar Inglaterra en su momento, como los tuvieron después para abandonar Holanda y la creciente inestabilidad política europea, pero uno de los motivos que no ha de ser pasado por alto fue su fuerte sentimiento nacional y el miedo a que sus descendientes perdieran su fe o no siguieran con sus tradiciones. Como explica Thomas W. Perry en “New Plymouth and Old England: A Suggestion” (1961):

The fear that in time the little group would be absorbed and lose its national identity. As Secretary Nathaniel Norton put it, “that their posterity would in few generations become Dutch, and so lose their interest in the English Nation; they being desirous rather to enlarge his Majesty’s dominions, and to live under their natural Prince.” (Perry 3)

Teniendo esto en debida consideración, es posible ver la naturaleza de la épica travesía de los peregrinos hasta América. Eran, se sentían, ingleses y no querían vivir como exiliados en tierras extranjeras. No podían ejercer el “verdadero” cristianismo en Inglaterra, ni tampoco podían ser verdaderamente ingleses en tierras holandesas, pero podían tenerlo todo en las lejanas tierras del Nuevo Mundo. De este modo, los peregrinos en realidad estaban regresando a Inglaterra cuando se embarcaron en el Mayflower, a una nueva Inglaterra en la que podrían ser, al mismo tiempo, buenos cristianos y buenos ingleses. Sin embargo, a la hora de hacerse a la mar, reclutaron

---

<sup>2</sup> William Bradford, en *Of Plymouth Plantation*, habla de que Inglaterra “persecuted ye poore servants of God ... even so farr as to charge (very unjustly, & ungodly, yet prelatelike) some of their cheefe opposers, with rebellion & hightreason against y<sup>e</sup> Emperour, & other such crimes” (Bradford 7); si bien es cierto que la situación se alivió “under gracious queene Elizabeth” (Bradford 7), y se les permitió mantener parte de sus ceremonias de culto en los ámbitos más privados. Este detalle mejoraba, sin duda, la situación de los peregrinos en Inglaterra, pero la levedad con la que se les obligaba a profesar su fe, según Bradford, haría que los peregrinos “become slaves to them & their popish trash, which have no ground in y<sup>e</sup> word of God (Bradford 8) hizo temer a los peregrinos que su fe, su forma de vida, se diluyeran en Inglaterra, lo que motivó su emigración a Leiden, donde sus prácticas religiosas gozaban de mayor aceptación.

a cierta cantidad de colonos que no compartían su religiosidad, lo que, según se apunta en Perry, fue un serio error y un motivo de crisis a bordo:

Serious scholars no longer talk about the Compact as a Declaration of Independence and a constitution rolled into one. Indeed, it is difficult to see how anyone could have ever done so, since the Compact begins with an avowal of loyalty to “our dread sovereigne [sic] Lord, King James, by the Grace of God, of Great Britaine, Franc and Ireland King, defender of the faith” and ends with an elaborate regnal date. What the Compact was, rather, was a temporary political expedient, intended by the Pilgrim leaders to silence the mutinous “strangers” who had so embarrassingly called attention to their lack of authority. (Perry 5)

El empleo de ciertas formas discursivas en el “Mayflower Compact” tenía precisamente ese propósito, reafirmar la autoridad de las leyes inglesas, no la de enmascarar una declaración de independencia, sino poner de manifiesto la solemnidad del documento y la ocasión y, más específicamente, hacer creer a los amotinados potenciales que, de algún modo, la soberanía y el poder del mismísimo rey de Inglaterra respaldaban la autoridad de los peregrinos. Como resultado de ello y en los años siguientes, los problemas que ya había a bordo del Mayflower, una mezcla falta de autoridad real por parte de los peregrinos—más allá de aquella fáctica—y una desafección hacia ésta por parte de quienes no compartían su credo, los llamados “extraños”, persistieron en Plymouth “in a chronic rather than acute form” (Perry 7). La esperanza de los peregrinos radicaba en que los procedimientos administrativos llevados a cabo con la aparente sanción real impondrían el debido respeto y temor, y servirían como una especie de barrera psicológica que, con suerte, impediría a los descontentos caer en la cuenta de cuán frágiles eran los cimientos en los que se asentaba el constructo político de la colonia de Plymouth antes de su incorporación a la de Massachusetts Bay. Los peregrinos siempre fueron conscientes de su delicada posición, como se apunta en Perry:

They themselves never possessed by patent or otherwise any political authority which was not seriously open to question, and they therefore from the first deemed it wiser not to have the question raised, or, if it were, it should not be pushed by them into an open issue or trial of strength. (Perry 11)

Finalmente, la independencia de Plymouth o, más concretamente, su autonomía como entidad sociopolítica individual, concluyó en 1691. No supuso un cambio cualitativamente significativo, pero tuvo el “sabor” de una independencia negada: aquellos colonos, se sugiere en Perry, sentían cierto orgullo en tratar directamente con el gobierno inglés y, en los primeros años, en ser la punta de lanza, los participantes de primera línea en la misión de ampliar los dominios territoriales de Su Majestad. Este deseo de los peregrinos de erigirse como un órgano

administrativo *de facto*—aunque dependiente de/sujeto a la corona—puede interpretarse como el primer conato de “voluntad estadounidense”. En un sentido estricto, y como se ha apuntado anteriormente, nada parece apuntar que su intención real fuera la de independizarse de Inglaterra y fundar una nueva nación, pero, considerando su intención constante de permanecer como un organismo autónomo, tampoco son de extrañar ciertas interpretaciones de dicha intención. Al final, todo ello se perdió, y el desenlace fue menos heroico y dramático que el inicio:

But in the early years of migration and settlement the tie with England was both stronger and more important than writers on Plymouth have generally recognized. The Pilgrim story is an American one only in retrospect; and he who would truly understand it must remember that the Pilgrims, full as much as the gentlemen of Jamestown, were Englishmen, and thought of themselves as such. (Perry 15)

En cualquier caso, los peregrinos que se asentaron en las colonias de Inglaterra en aquella primera mitad del siglo XVII, sólo un poco más tarde que los colonos de Jamestown, consiguieron trascender conceptualmente, convirtiéndose en todo un mito fundacional que ha sobrevivido a través de los siglos como la historia del germen de la nación estadounidense. Como se ha señalado anteriormente, en algunos casos se ha considerado a los peregrinos como los primeros “estadounidenses” en su espíritu de lo que más tarde se transformaría en toda la noción del excepcionalismo norteamericano, caracterizado por su religiosidad, idealismo, sacrificio y su utópica visión de la sociedad derivada de la teología. No es difícil encontrar en los criterios fundacionales del mito del *Self-Made Man*, muy cercano a la historia de los peregrinos en términos cronológicos, este poso de abnegación, sacrificio y frugalidad. Otro detalle muy interesante que señala Heike Paul en *The Myths That Made America* (2013) es la comparación que se hacía de los peregrinos con los colonos de Jamestown:

Often, they have been contrasted favorably to the settlers in Virginia, who were seen as “adventurers” supposedly interested in material gain only, ... whereas the Pilgrims and Puritans, it was claimed, came for spiritual reasons and considered themselves religious refugees. (Paul 138)

Si se unen estas dos maneras de ver a los primeros habitantes de las colonias de Inglaterra en América, la que aludía, por un lado, a las razones espirituales y la que refería, por el otro, a los motivos más mundanos, se puede vislumbrar un pequeño esbozo de los valores más elementales del mito del *Self-Made Man*: el ser una persona ciertamente intrépida y centrada en la ganancia material, pero al mismo tiempo, y como se desarrollará con profundidad en el próximo capítulo, tener unos valores determinados que orienten las metas del individuo no sólo hacia lo pecuniario—aunque sí principalmente—sino también hacia aquello que resulte útil y beneficioso al prójimo. Esta disensión de consideraciones entre los peregrinos de Plymouth y los colonos de

Jamestown no es en absoluto moderna: se remonta a los primeros años de existencia de los Estados Unidos como nación de pleno derecho. Sirva como ejemplo *Democracy in America* (1835), de Alexis de Tocqueville, uno de los primeros y más intensivos estudios de la cultura estadounidense. Los fundadores de Plymouth, a ojos de Tocqueville,

Emigrants, or, as they deservedly styled themselves, the pilgrims, belonged to that English sect, the austerity of whose principles had acquired for them the name of puritans. Puritanism was not merely a religious doctrine, but it corresponded in many points with the most absolute democratic and republican theories. ... A democracy, more perfect than any which antiquity had dreamed of, started in full size and panoply from the midst of an ancient feudal society. (Tocqueville 40)

Sin embargo, en lo concerniente a los colonos virginianos, que es adonde los peregrinos se dirigían en primera instancia, el jurista galo manifiesta más mesura en sus halagos:

The men sent to Virginia were seekers of gold, adventurers without resources and without character, whose turbulent and restless spirits endangered the infant colony. The artisans and agriculturists arrived afterward; and although they were a more moral and orderly race of men, they were in nowise above the level of the inferior classes in England. (Tocqueville 35)

No obstante, en los fragmentos citados, Tocqueville proporciona un valioso material sobre la percepción de la nación estadounidense desde su historia más temprana: en primer lugar, esa tierra prometida—la que los peregrinos habían cruzado el océano para encontrar—en la que la democracia fluía en su más perfecto destilado; por otra parte, un lugar en el que tanto buscadores de oro como gente trabajadora, de moralidad y orden, podían vivir y prosperar. La narrativa regional de la Nueva Inglaterra de los peregrinos, la tierra de las oportunidades, tornó así en mito nacional y fundacional, tan profundamente arraigado que se convertiría en la razón de ser de movimientos migratorios en los años—y siglos—venideros. Tampoco ha de pasar inadvertida su elección de palabras en “a more moral and orderly race of men”. Alexis de Tocqueville, al escribir *Democracy in America* en el siglo XIX, no fue el primero en hablar del ciudadano estadounidense como una suerte de nueva “raza” en el sentido más metafórico del término. En 1782, Michel Guillaume Jean de Crèvecoeur—más conocido por el nombre que adoptó tras su naturalización en los Estados Unidos, John Hector St. John de Crèvecoeur—publicó *Letters from an American Farmer*, uno de los más fieles retratos sobre qué significa convertirse en estadounidense. Crèvecoeur retrató los Estados Unidos como un lugar idílico libre de esas creencias enquistadas, tradiciones, política y costumbres que malograban al continente europeo y su sociedad. En los Estados Unidos, según Crèvecoeur, había emergido una nueva raza:

What then is the American, this new man? He is neither an European, or the descendant of an European, hence this strange mixture of blood, which you will find in no other country. ... *He* is an American, who leaving behind him all his ancient prejudices and manners, receives new ones from the new mode of life he has embraced, the new government he obeys, and the new rank he holds. He becomes an American by being received in the broad lap of our great *Alma Mater*. Here individuals of all nations are melted into a new race of men, whose labours and posterity will one day cause great changes in the world. (Crèvecoeur 44)

Las palabras de Crèvecoeur sobre los individuos de toda nación siendo forjados en una “nueva raza de hombres” quedaron grabadas a fuego en el imaginario estadounidense desde entonces. Como explica Norman S. Grabo en “Crèvecoeur’s American” (1991), Crèvecoeur nació en el seno de una familia de la baja nobleza en Francia. Tras veinte años de viajes por las colonias, desde las Carolinas hasta Maine y desde Nueva Escocia hasta los Grandes Lagos, Crèvecoeur adquirió una granja en Nueva York donde se familiarizó con “the pleasures of property” (Grabó 3). Semejantes placeres no fueron ganados sin coste. Vivir de lo que daba la tierra en su época—en este caso, pero no únicamente—solía estar abocado a la precariedad. El granjero americano necesitaba trabajar duro para luchar contra el rigor de la naturaleza: las cercas para el ganado habían de ser construidas, el forraje dispuesto y almacenado para el invierno, la comida conservada, la leña tenía que estar seca y a buen recaudo y las prendas de abrigo preparadas. Aun así, el granjero americano siempre podía apoyarse en sus vecinos cuando la naturaleza se volviera inclemente, o, en palabras de Grabo: “against the dangers of Nature and isolation the American farmer who is prudent, observant, tolerant, sagacious, diligent, and industrious can, with a little help from his friends, prevail” (Grabó 4). Debido a esto, lo que para Crèvecoeur hacía única en el mundo a la sociedad americana era aquello en lo que ya hacía hincapié Benjamin Franklin, esto es, la posibilidad real de alcanzar la prosperidad mediante el trabajo: “A great prosperity is not the lot of every man, but there are various gradations; if they all do not attain riches, they attain an easy subsistence” (Crèvecoeur 126); algo que, ya en aquella época, era verdaderamente difícil lograr en Europa, según afirma el propio autor tan solo unas pocas líneas después:

After all, is it not better ... to live free and independent under the mildest governments, in a healthy climate, in a land of charity and benevolence; than to be wretched as so many are in Europe, possessing nothing but their industry; tossed from one rough wave to another; engaged in the most servile labours for the smallest pittance, or fettered with the links of the most irksome dependence, even without the hopes of rising? (Crèvecoeur 126)

Esta, y similares celebraciones de la sociedad norteamericana como lugar de justicia, como un mundo nuevo donde todo lo que un hombre necesitaba para prosperar era buena

disposición para el trabajo duro y perseverancia, donde no importaban los apellidos o la posición que les hubiera otorgado—o impuesto—la sociedad europea, donde las ciudades no tenían memoria y la frontera la marcaba la propia naturaleza inexplorada, ejerció una poderosa influencia al otro lado del océano. En 1751 Benjamin Franklin escribió un pequeño tratado sobre el crecimiento de las colonias al que, cuando salió de la imprenta cuatro años más tarde, tituló “Observations Concerning the Increase of Mankind, Peopling of Countries, &c.”. En este tratado, y con unos cálculos un tanto rudimentarios, aseguró que la población de las colonias “must at least be doubled every twenty years” (Franklin 4). Con esa progresión en mente, Franklin llegó a asegurar que la población de las colonias americanas “will in another century be more than the people of *England*, and the greatest Number of *Englishmen* will be on this side of the water” (9). Pese a tan generosos cálculos, Franklin se acercó sorprendentemente a la cifra real. Entre el desarrollo natural de la población ya asentada en las colonias y aquella que llegaba desde todos los lugares del mundo conocido en busca de ese sueño de oportunidad y prosperidad, el número de habitantes de las tierras americanas crecía drásticamente cada año. Según apunta Richard Hofstadter en *America at 1750* (1971):

During the years from 1730 to 1750, the colonial population had grown from 629,000 to 1,170,000, and in the next twenty years would grow to 2,148,000. ... Pennsylvania, showed by far the most impressive growth of all the colonies: it had leaped from 51,000 in 1730 when Franklin was still establishing himself as a young printer to 119,000 the year he wrote this pamphlet [Observations Concerning the Increase of Mankind, Peopling of Countries, &c.], and in another twenty years would rise to 240,000. (Hofstadter, *America at 1750* 5)

Como estas cifras ponen de manifiesto, la propaganda y las promesas del Nuevo Mundo como tierra de igualdad, justicia, derechos y oportunidades ya estaba teniendo efecto antes del inicio de la Revolución. No obstante, los grandes ideales de la vida en las colonias siempre estaban precedidos por una siniestra certeza: el largo y peligroso viaje a través del océano, al cual muchos podían no sobrevivir. Mucha gente no lo haría *motu proprio* a no ser que fueran atraídos por estas grandes expectativas, por un profundo resentimiento o desesperación, algún irresistible ideal, o bien por la fuerza. La migración a las colonias no siempre era voluntaria o libre: el tráfico de seres humanos, la servidumbre por contrato o la trata de esclavos, circunstancias que se desarrollarán en más profundidad en el próximo capítulo, también eran prácticas habituales. La clase de personas que cruzaba el océano para desembarcar en el Nuevo Mundo—mundo que se empeñaba denodadamente en reproducir los vicios del antiguo—era una heterogénea mezcla de blancos y negros, libres, semi-libres y esclavizados. Si se observan detenidamente los varios pueblos—escoceses, irlandeses, holandeses, suecos, finlandeses, suizos, judíos—que llegaban a las colonias inglesas, el pluralismo de la América blanca de finales del siglo XVII resulta impresionante. Pero,

If one counts people rather than varieties and gives due weight to numbers, the basically English character of the colonies as they entered upon the eighteenth century emerges. Except for the Dutch in New York, who made the only sizable dent in the English culture of the colonies, and a mixed area around Philadelphia, the homogeneous Englishness of the white colonials stands out. (Hofstadter, *America at 1750* 16)

Teniendo esta visible—aunque no real—diversidad, no es difícil entender por qué, a ojos de los propios colonos y, especialmente, de los propagandistas de la excepcionalidad americana, las colonias fueran un verdadero Nuevo Mundo, una nueva Arcadia donde personas de toda condición y procedencia convivían en paz y armonía, donde las relaciones de poder que aquejaban a una Europa en permanente riesgo de guerra no tenían un sentido real. No obstante, cabe recordar que esa supuesta diversidad e integración sólo funcionaba en el caso de que los pobladores tuvieran procedencia europea. La ya plenamente operativa importación de esclavos negros contradecía esa idílica visión de las personas de toda procedencia viviendo en igualdad.

Por otro lado, las ideas de la Ilustración, aunque son el sustento ideológico y el tono general de las ideas liberales de la época, no eran las creencias que verdaderamente conformaban el imaginario de la población de las colonias americanas en la misma medida que sí lo hacían en Europa. Bernard Bailyn elabora un argumento verdaderamente interesante en “Central Themes of the American Revolution”:

We know that the abstruse points of constitutional law that so engaged the mind of John Adams and the other high-level polemicists did not determine the outcome one way or another; they did not in themselves compel allegiance to the American cause or lead people rebel against the constituted authorities. In the foreground of people’s minds was a whole world of more immediate, more commonplace, and more compelling ideas... . These ideas ... were a part of an elaborate map of social reality, part of a pattern that made life comprehensible. (Kurtz y Hutson 7)

Los habitantes de las colonias, si bien estaban preocupados por los aspectos políticos de la administración de los territorios de ultramar, no lo estaban de la misma manera que los principales ideólogos revolucionarios. Con los rescoldos de la Guerra de los Siete Años<sup>3</sup> aún

---

<sup>3</sup> La Guerra de los Siete Años fue un conflicto global acaecido entre 1756 y 1763 por el control de la región de Silesia (territorio que actualmente forma parte principalmente de Polonia y, en menor medida, de República Checa y Alemania), así como por el control colonial de América del Norte y la India. Los bandos beligerantes fueron, por un lado, Prusia, Gran Bretaña, Portugal, Hanover, el Principado de Brunswick-Wolfenbüttel, el Landgraviato de Hesse-Kassel, la Confederación Iroquesa y el Imperio Ruso; por el otro lado, Francia, Austria, España, Suecia, Sajonia, Nápoles, Piamonte-Cerdeña y el Imperio Mogol. En el territorio de las colonias británicas en América la Guerra de los Siete Años fue el contexto en el que tuvo lugar el conflicto Franco-Indio (1754–1763), con Gran Bretaña y la Confederación Iroquesa enfrentadas a Francia y España.

humeantes, los principales mandatarios británicos se vieron en la obligación de tomar una serie de decisiones acerca de las colonias que habían estado posponiendo largo tiempo, y que podrían en marcha una serie de acontecimientos que acabarían fragmentando un imperio cuyo dominio del mundo rivalizaba con el romano. No obstante, la estructura política y administrativa de este imperio no respondía a las necesidades que debiera, dado su tamaño. Como se explica *The American Revolution: A History* (2002) de Gordon Wood,

Royal officials had been interested in reforming the ramshackle imperial structure and in expanding royal authority over the American colonists. But most of their schemes had been blocked by English ministries more concerned with the patronage of English politics than with colonial reform. ... The relationship that had developed reflected the irrational and inefficient nature of the imperial system—the variety of offices, the diffusion of power, and the looseness of organization. Even in trade regulation, which was the empire’s main business, inefficiency, loopholes, and numerous opportunities for corruption prevented the imperial authorities from interfering substantively with the colonists’ pursuit of their own economic and social interests. (Wood 5)

De este modo, los colonos americanos se vieron en una situación ciertamente incomprensible: a pesar de las distintas formas de delegaciones gubernamentales que pudiera haber en las colonias, estas no eran más que un símbolo de poder vicario, una representación, y la fuente de ese poder estaba a un océano de distancia—a meses de viaje en la época—en forma de organismo sin cara, invisible, inmaterial, caprichoso. En los albores de la Revolución, los habitantes de las colonias ya no se estaban enfrentando a las amenazas locales e inherentemente inestables de los gobernadores designados por el gobierno inglés, sino a una bestia panatlántica<sup>4</sup> que, manejada por autócratas del más alto nivel en Inglaterra, se alimentaba de la forma de vida y de la libertad que tanto habían trabajado para lograr. Estas ideas fueron excelentemente articuladas y contextualizadas por ideólogos continentales y panfletistas (Thomas Paine, Ebenezer Baldwin, James Otis, etcétera), que transformaron descontento general e informe en resistencia, y esa resistencia, en Revolución. Las nobles ideas de la Ilustración estaban, ciertamente, muy presentes en el imaginario colectivo, pero no constituían su totalidad ni explican la imagen completa. Detrás de los ideales ilustrados había una nación, incipiente en términos políticos pero plenamente desarrollada *de facto*, que llevaba más de un siglo progresando de manera autónoma, una nación hecha a sí misma. Lester H. Cohen indica en “The American Revolution and Natural Law Theory” (1978) que los firmantes de la Declaración de Independencia no tenían la intención de comunicar un “*fait accompli*”, sino de justificar una separación de Inglaterra como algo históricamente necesario:

---

<sup>4</sup> Debo este concepto a Bernard Bailyn, utilizado en Kurtz y Hutson (10).

[The Declaration of Independence] stated that a revolution is justified only when the course of human events makes it “necessary”; only when conditions become “intolerable”; only “when a long train of abuses and usurpations, pursuing invariably the same object, evinces a design to reduce them under absolute despotism.” Under such conditions, a people has not merely the right but the obligation to revolt, and therefore, its revolution is justified. (Cohen 2)

De acuerdo con las máximas de la teoría política del siglo XVIII, el gobierno es, en sí mismo, una mera contingencia, y se asienta sobre los cimientos de la ley positiva, la ley creada por los hombres (la elección de la palabra es deliberada, considerando por quiénes estaban hechas las leyes y que la mujer solía ser obviada en la mayoría de los aspectos de éstas) para la administración del Estado. Un gobierno correctamente constituido deriva su autoridad del consenso popular y, en teoría, su objetivo es asegurar la felicidad de las personas y sus derechos inalienables, derechos que están arraigados en las leyes de la naturaleza y cuyo principio motor es la deidad. Un gobierno debidamente constituido, por ende, convierte las leyes de los hombres en una extensión de las leyes divinas. De esta manera, la Revolución Americana y la subsecuente Declaración de Independencia de los Estados Unidos se revelan al mismo tiempo como principio y como fin: las políticas de Inglaterra para con las colonias habían subvertido los valores de su propia constitución, convirtiéndose así en un despotismo absoluto y convirtiendo la Revolución en una consecuencia lógica y en una conclusión ineluctable, en una necesidad moral, histórica y autojustificada.

En 1607, dos pequeñas ciudades, Jamestown y Popham, se convirtieron en la colonia de Virginia, primer asentamiento permanente de Inglaterra en el Nuevo Mundo. A pesar de las pocas perspectivas de futuro, el asentamiento consiguió resistir, incluso prosperar. A aquellos pequeños asentamientos se sumaron otros. Las aldeas se convirtieron en pueblos, los pueblos en ciudades, las ciudades en colonias. Cientos de años después, aquellas colonias obtuvieron su libertad arrancándola de las manos del Imperio Británico porque consideraban que la independencia era un derecho irrevocable, el legítimo fruto del trabajo de todo un pueblo. Visto en perspectiva, la historia de los Estados Unidos es la historia del *Self-Made Man*, del empezar desde cero y andar el camino *from rags to riches*, de los pequeños asentamientos que apenas lograban sobrevivir al invierno hasta el país que venció a un imperio. Asimismo, y de manera análoga al mito del hombre hecho a sí mismo, las luces de la historia estadounidense arrojan no pocas sombras que muchas veces se prefiere omitir, bien por interés, bien por omisión o bien por licencia narrativa, dando lugar a silencios de gran elocuencia. El propósito de los próximos capítulos es el de analizar cómo el mito del *Self-Made Man*, con sus luces y con sus sombras, ha discurrido paralelo al devenir histórico de la nación estadounidense, evolucionando, adaptándose e incluso ejerciendo influencia sobre éste.

## **Benjamin Franklin, el mito hecho a sí mismo: Vida, obra y pensamiento del padre fundador en la América pre-revolucionaria**

¿Qué es el éxito? La respuesta a esta pregunta siempre varía en función de a quién se le formule. En la política, generalmente, el éxito se identifica con el poder, sea éste ejercido para el beneficio colectivo o para su perjuicio. El éxito es la fama, dirían otros. Profesores, filósofos o moralistas equipararían el éxito a la medida en la que hayan sido capaces de influir en la vida de otras personas, a cuánto hayan podido contribuir a la gran responsabilidad de configurar el devenir futuro del prójimo. Hay quien vincula el éxito con la realización personal, con la búsqueda y el hallazgo de la felicidad. Aquellos comprometidos con el servicio o con la justicia verán el éxito en la alteración del orden social, en el avance hacia la abolición de la desigualdad impuesta. Para las personas de fe el éxito es la salvación, suya y de quienes les rodean. Cada una de estas consideraciones encierra ideales que, de entrada, son válidos y valiosos, buenos. Y cada una de estas maneras de ver el mundo tiene a sus ídolos, a sus referentes. Pero ninguna de ellas goza de una aceptación tan generalizada en los Estados Unidos<sup>5</sup>—por ejemplo, pero no únicamente— como la que equipara el éxito a la prosperidad. Y ninguna de ellas es tan cálidamente acogida en el imaginario cultural como la del *Self-Made Man*, el hombre que logra amasar fortuna empezando desde cero y apoyándose únicamente en su iniciativa individual, su esfuerzo y su honrada perseverancia. “No man is more pleasing unto God than the morally upright millionaire”, asegura Irving G. Wylie en *The Self-Made Man in America* (1954). Aunque a fecha de hoy la aprobación o desaprobación divina sigue siendo incognoscible, no le falta razón en su pensamiento de que la riqueza suele obrar grandes beneficios en la imagen de quien la ostenta, y no sólo materiales. Como se tratará de demostrar en este capítulo, en este trabajo, se trata de una mentalidad tan estadounidense que se remonta hasta antes de la existencia del propio país como tal, hasta uno de los mismísimos Padres Fundadores: Benjamin Franklin, el *Self-Made Man* original<sup>6</sup>.

En los siglos XVII y XVIII, ya fuera por exilio, por promesas de todo tipo, falsas o verdaderas, por secuestro o, simplemente, por la urgente necesidad de huir de las condiciones de vida de sus distintos países de origen, la voluntad de viajar a las colonias británicas en América por parte de personas con escasas posibilidades económicas se convirtió en un activo económico

---

<sup>5</sup> Aunque el mito del *Self-Made Man* esté tan profundamente unido al sueño americano y sea connatural a la existencia de la nación estadounidense, también está dotado de presencia en la literatura inglesa. Marta Miquel Baldellou ofrece una interesante visión al respecto en su artículo “From Boys to Men in Edward Bulwer-Lytton’s *Pelham* and Horatio Alger’s *Struggling Upward: The Dandy and the Self-Made Man Coming of Age*”. *E. H. Filología*, Nº 30, 2008, pp. 401–412.

<sup>6</sup> Contrariamente a lo que pueda sugerir este capítulo, el análisis no va a estar centrado exclusivamente en la autobiografía de Benjamin Franklin, sino en su vida y sus escritos más allá de dicha autobiografía, puesto que es una manera muy adecuada de lograr una mejor comprensión no sólo de sus memorias, sino de todo lo que las rodeó e influyó en ese pensamiento que acabaría forjando el mito del *Self-Made Man*. Esta idea no es nueva, autores como Gregorio Gallego ya acometieron la vida de Franklin más allá de su autobiografía en *Benjamín Franklin* (1972).

altamente lucrativo para comerciantes, traficantes, capitanes de embarcaciones y, en última instancia, para quienes serían los dueños de esas personas que emigraban al llamado “Nuevo Mundo”. Abbott E. Smith, en su intensivo estudio sobre la servidumbre por contrato, *Colonists in Bondage* (1947), asegura:

From the complex pattern of forces producing emigration to the American colonies one stands out clearly as most powerful in causing the movement of servants. This was the pecuniary profit to be made by shipping them. Labor was one of the few European importations which even the earliest colonists would sacrifice much to procure, and the system of indentured servitude was the most convenient system next to slavery by which labor became a commodity to be bought and sold. (Smith 4)

Como se explica en Smith, tras la firma de un contrato—cuya vigencia podía extenderse años—por el cual los emigrantes se comprometían a pagar el coste de su pasaje trabajando para un dueño, muy habitualmente eran encarcelados de inmediato por los titulares de los contratos para asegurarse de que no huían (85). En 1619, la Virginia House of Burgesses, nacida aquel mismo año como la primera asamblea de representantes en las colonias americanas (también fue 1619 el año en que dio comienzo la importación de esclavos africanos), comenzó a tomar constancia formal y documental de los contratos y a vigilar el cumplimiento bilateral de éstos. Como ocurre en cualquier contrato entre fuerzas desiguales, las partes aparecían como iguales en el documento pero, lógicamente, hacer cumplir los términos del convenio era mucho más fácil para el dueño que para el siervo. Según explica Paul R. Wanning en *Colonial America History Stories* (2017), el viaje a América podía durar entre ocho y doce semanas, y los siervos eran hacinados en los barcos con el mismo fanático celo hacia el beneficio económico que imperaba en cualquier embarcación de transporte de esclavos. Ejemplo de ello puede ser la corbeta *Seaflower*, cuyo trayecto hacia Boston, debido a dificultades imprevistas, se prolongó en su duración más de lo necesario, perdiendo casi a la mitad de pasajeros y abocando a los supervivientes al canibalismo:

The *Seaflower* departed Belfast, Ireland in July 10, 1741. The greater part of the 106 passengers on board was indentured servants bound for Boston. These passengers had contracts for periods that ranged for five to seven years. ... The ship developed problems after the departure, which delayed its passage. ... The passengers ran out of food and fresh water. Starvation set in and the passengers began to die. After consuming everything else, like tallow candles, the desperate passengers turned to the bodies of the dead. Forty-six passengers died. The starving survivors consumed six of the dead. (Wanning 287)

En el trayecto del navío holandés Osgood, 32 niños murieron de hambre y fueron arrojados al mar. Gottlieb Mittelberger, músico que viajó desde Alemania hasta América a bordo de la mencionada embarcación en torno a 1750, escribió sobre su viaje:

The ship is full of pitiful signs of distress—smells, fumes, horrors, vomiting, various kinds of sea sickness, fever, dysentery, headaches, heat, constipation, boils, scurvy, cancer, mouth-rot, and similar afflictions, all of them caused by the age and the highly salted state of the food, especially of the meat, as well as the very bad and filthy water, which brings about the miserable destruction and death of many. Add to all that shortage of food, hunger, thirst, frost, vexation, and lamentation as well as other problems. Thus, for example, there are so many lice, especially on the sick people, that they have to be scrapped off the bodies. All this misery reached its climax when in addition to everything else one must suffer through one or three days and nights of storm, with everyone else convinced that the ship with all aboard is bound to sink. In such misery all the people on board pray and cry pitifully together. (Hofstadter, *America at 1750* 39)

Naturalmente, la migración a las colonias británicas en América no era siempre en las condiciones descritas ni bajo los términos de la servidumbre o el esclavismo. Había cierta franja de población en la que se podría denominar la “clase media” de la época—esto es, dueños de negocios o comerciantes moderadamente adinerados—que tenía capacidad para pagar su pasaje al “Nuevo” Mundo sin necesidad de recurrir a préstamos o contratos. A pesar de las ya descritas condiciones de vida de muchos colonos, las historias de esa franja de población económicamente autosuficiente para costear su viaje a las colonias servirán para ilustrar la propaganda sobre la vida en las colonias y serán las que sirvan de ejemplo para el mito del *Self-Made Man*. Ejemplo de ello fue la llegada de la familia Franklin a Boston. No puede decirse que el viaje fuera en condiciones de lujo, pero el precio que Josiah Franklin (padre de Benjamin) pagó para hacerlo posible estaba, ciertamente, fuera del alcance de la mayoría. Como se describe en *Benjamin Franklin: An American Life* (2003) de Walter Isaacson:

Josiah Franklin was 25 years old when, in August 1683, he set sail for America with his wife, two toddlers, and a baby girl only a few months old. The voyage, in a squat frigate crammed with a hundred passengers, took more than nine weeks, and it cost the family close to £15, which was about six months’ earnings for a tradesman such as Josiah. It was, however, a sensible investment. Wages in the New World were two or three times higher, and the cost of living was lower. (Isaacson 10)

Al llegar a Boston, sin embargo, Josiah se encontró con que la moralidad puritana respecto a la indumentaria no le permitiría seguir siendo un empresario textil, de modo que adoptó el oficio de cerero, es decir, convertir el sebo de animales en velas y jabón. Seis meses de ganancias por

un pasaje a las colonias para toda la familia en esas condiciones no sólo era un desembolso más que considerable, sino que además suponía un riesgo para la integridad física de los miembros más vulnerables de la familia. Sin embargo, desde el momento en que sus pies hollaron tierras americanas, tanto Josiah Franklin como su familia—la que ya tenía y la que estaba por venir—eran personas libres. Los siervos por contrato, por el contrario, eran comprados y vendidos como esclavos. Un anuncio en el *Virginia Gazette* del 28 de marzo de 1771 declaraba: “Just arrived at Leedstown, the ship Justitia with about one hundred healthy servants, men women & boys ... The sale will commence on Tuesday the 2<sup>nd</sup> of April (Zinn 44). Contra los adornados testimonios de la próspera forma de vida en las colonias americanas hay que tener en cuenta muchos otros, como la carta enviada por un inmigrante desde las colonias: “Whoever is well off in Europe must remain there. Here is misery, distress, same as everywhere, and for certain persons and conditions incomparably more than in Europe” (Zinn 44), una visión bastante lejana de esa América idealizada a la que muchas personas viajaban en busca de su oportunidad. El trato a las personas sujetas a servidumbre por contrato no era muy distinto de aquél al que eran sometidos los esclavos—si bien no hay que olvidar que era más probable obtener la libertad para un siervo/a que para un esclavo/a: los latigazos y demás correctivos físicos no eran infrecuentes. En 1671, el gobernador Berkeley de Virginia informó que cuatro de cada cinco sirvientes fallecieron de enfermedades diversas el año anterior. Muchos eran niños pobres, reunidos por centenares de entre las calles de las ciudades inglesas y enviados a las colonias. En el caso de las mujeres, los dueños de las sirvientas intentaban controlar todos y cada uno de los aspectos de su existencia, incluida la vida sexual. Evitar que contrajeran matrimonio o quedasen embarazadas obraba en el beneficio económico del dueño, ya que el embarazo podía interferir en su labor. No en vano, el mismo Benjamin Franklin aconsejaba en *Poor Richard's Almanack* (1732): “Let thy maid-servant be faithful, strong and homely” (39). Las sirvientas no podían contraer matrimonio sin el permiso del titular del contrato, podían ser separadas de sus familias y podían ser azotadas por todo tipo de ofensas. La ley de Pensilvania en el siglo XVII decía que el matrimonio de sirvientas “without consent of the Masters ... shall be proceeded against as for Adultery, or fornication, and children to be reputed as Bastards” (Zinn 44). A pesar de que existían leyes coloniales para evitar que se cometieran excesos contra sirvientas, no solían aplicarse con toda la eficacia deseable. Se sabe a través del exhaustivo estudio de Richard Morris *Government and Labor in Early America* (1946) que los sirvientes, en caso de celebrarse juicios concernientes a la situación de la servidumbre, no podían formar parte de jurados, al contrario que los dueños. Al no disponer de propiedades, tampoco tenían derecho al sufragio. En 1666, un jurado de Nueva Inglaterra absolvió a una pareja acusada de la muerte de un sirviente después de que la dueña le amputara los dedos de los pies:

From the earliest settlement of the New England colonies the courts were concerned with curbing excessive punishments that were sometimes so severe as to cause the death of a

servant. Nicholas Weekes of Kittery and his wife Judith were indicted by a coroner's inquest in 1666 on suspicion of causing the death of a servant whose toes the mistress confessed she had cut off. Nevertheless, the jury cleared them. The flagrant disregard of simple justice caused the Assembly to have the trial proceedings reexamined. The court on review found that the acquittal jury "were noe [sic] grand Jury, but a particular Jury of paires [sic]." (Morris 472)

En 1668, dos años más tarde, Henry Smith fue encausado por un tribunal de Virginia. Una de sus sirvientes le denunció alegando estar "hard worked ill dieted and bad Cloathed [sic]" (Morris 491), y ser "most Cruelly beaten without any cause given him but Only his angry and discontented humors of wch [sic] she made severall proofes" (Morris 492). A pesar de que las acusaciones contra Smith fueron probadas, el tribunal no determinó que fuera apartado de sus sirvientes, y Smith no enmendó su comportamiento. Entre 1668 y 1670 se presentaron contra él más cargos, algunos menores, otros considerablemente más graves: por un lado, dos de sus sirvientes obtuvieron una orden judicial para poder disponer de los sábados por la tarde como más les pluguiese, orden que Smith se negó a acatar (Morris 493); por otro lado, el desacato de la orden sobre el tiempo libre de sus sirvientes no fue el peor de sus crímenes: "More serious, however, were the accusations against Smith of raping two maidservants, Mary Hewes and Mary Jones; and of causing the death of a manservant, 'Ould John' by name, by administering a cruel beating" (Morris 494). Asimismo, fue condenado por maltratar a su mujer e hijos, los tribunales le obligaron a compensar a su familia con "three thousand pounds of tobacco ... for their relief and for the purchase of a bed to lie upon" (494), pero Smith en aquel momento trasladó todos sus negocios a Maryland, eludiendo la compensación impuesta. A pesar de todo, fue exculpado de los cargos de violación.

Ante tales flagrantes injusticias, los sirvientes organizaban rebeliones, pero no llegaban a tener gran relevancia, ya que escapar siendo un sirviente blanco era más fácil y menos arriesgado que la rebelión: "Numerous instances of mass desertions planned by white servants took place in the Southern colonies" (Morris 177). Según se apunta en Zinn, más de la mitad de aquellos que llegaron a las costas norteamericanas en el período colonial lo hicieron como sirvientes, la mayoría ingleses en el siglo XVII, o irlandeses y alemanes en el XVIII. Paulatinamente los esclavos irían reemplazándolos, ya que aquellos sirvientes que no se fugaban concluían su contrato, obteniendo automáticamente su libertad. Sin embargo, en 1755, siguiendo con Zinn, los sirvientes blancos aún constituían el 10 % de la población de Maryland. Y, ¿qué ocurría con los sirvientes cuando quedaban liberados? El relato tradicional estadounidense sugiere que una vez finalizaban sus obligaciones contractuales, nada habría de impedirles abrirse camino hasta la prosperidad a base de esfuerzo, trabajo duro, frugalidad, y llegar a convertirse en grandes terratenientes o

importantes empresarios. Pero Abbott Smith sugiere en *Colonists in Bondage* que la realidad no podía estar más alejada de semejante relato:

Concerning the servants themselves, as individuals in the New World, we do not read much. Colonial society was not democratic and certainly not equalitarian; it was dominated by men who had enough money to make others work for them. Few of these men were descendent from indentured servants, and practically none had themselves been of that class. (Smith 7)

A la luz estas consideraciones de Smith, cuya veracidad, como se verá en siguientes capítulos, es demostrable en términos históricos, cabe preguntarse cómo es posible que el relato imperante, ese de las colonias inglesas en América como lugar donde prosperar a base de trabajo duro y honrado, afirme justamente lo contrario. El propio fragmento sugiere la explicación más lógica: no se sabe mucho de la gran mayoría de aquellos que trabajaban para ganarse la vida. Son una masa informe, una amalgama sin nombre ni rostro, una mayoría que, paradójicamente, es víctima de su propia superioridad numérica. Son los cimientos de una construcción: ocultos a la vista, pero indispensables para sostener cualquier estructura superior. El hecho de que no se sepa mucho sobre esta gran mayoría es un factor fundamental para entender por qué los escritos de Franklin, sus ideales del *Self-Made Man*, fueran dirigidos a la clase media: por un lado, era la clase que él conocía de primera mano, nació en ella, creció en ella y se relacionó con ella la mayor parte de su vida, y, para él, era una clase intrínsecamente virtuosa por su voluntad de mejorar, de trabajar honradamente y por disponer de los medios para ello. Las clases más bajas, individuos que se desdibujaban entre su aplastante multitud, no puede decirse que tuvieran menos disposición para el trabajo ni que careciesen de esa virtud que Franklin atribuía a las clases medias, pero no tenían su consideración idealizada del trabajo como un medio para mejorar, sino como su único medio de sobrevivir.

En este presunto Nuevo Mundo que, pese a sus promesas de romper con las maldades que aquejaban al antiguo, hacía denodados esfuerzos por repetirlas nació, en 1706, el que se convertiría en una de las figuras más relevantes de su historia: Benjamin Franklin. Franklin nació en una ciudad de Boston que entonces ya tenía setenta y seis años de edad y ya distaba mucho de aquel pequeño asentamiento puritano que cuyas costumbres forzaron el cambio de profesión de Josiah Franklin. Pero prosperó, y la infancia de Franklin fue muy distinta de aquella que tenían los niños que eran vendidos como esclavos. Según se explica en Isaacson, la infancia de Franklin transcurrió plácida, lejos de los contratos de servidumbre o las plantaciones, “playing along the Charles River” (16). Incluso, cuando Franklin contaba seis años de edad, la situación económica de la familia pudo permitir la mudanza a una casa más grande en el centro de Boston.

La imagen de la familia Franklin mudándose no era en absoluto inusual. Las dificultades de la vida en las ciudades de las colonias no eran óbice para que siguiera aumentando su población. No es de extrañar, puesto que la vida en Europa no era más fácil, y la promesa de un nuevo continente con gran parte de su territorio por descubrir y su plenitud de recursos era inevitablemente atractiva. Con el crecimiento de ciudades como Boston, Nueva York, Filadelfia, las clases adineradas consolidaban sus beneficios económicos y comenzaban a monopolizar el poder político, ya que el crecimiento demográfico en núcleos urbanos conllevaba el ineluctable crecimiento de la pobreza, pero la carencia de propiedades también suponía no tener derecho a voto. Kenneth Lockridge, en su estudio sobre la sociedad de la Nueva Inglaterra colonial *A New England Town* (1985), encontró que los vagabundos en los núcleos urbanos iban siempre en aumento y que “the wandering poor” eran un factor distintivo de las colonias a mediados del siglo XVIII. Las colonias, al parecer y a la luz de estudios como el de Lockridge, eran sociedades de clases con intereses en conflicto permanente. Apunta Jack P. Greene en “The Social Origins of the American Revolution”,

Colonial society by the middle decades of the eighteenth century was everywhere fraught with severe class conflict arising out of an even greater concentration of wealth in the hands of the privileged few and an ever more rigid social structure, an increasingly aristocratic social system, and severe resentment among the masses who were being more and more being deprived of any opportunity to realize their own economic and political ambitions. (Greene 3)

Teniendo en debida consideración estos conflictos de clase derivados del advenimiento de una nueva aristocracia colonial, de una estructura social más rígida incluso que la que había en Inglaterra, no sería errado asumir que la Revolución Americana trascendiese de ser un simple movimiento independentista de las diferentes colonias del Imperio Británico para convertirse en una guerra contra la “nueva” aristocracia colonial; un razonamiento también presente en Greene: “the American Revolution thus came to be thought of as the product not merely of a quarrel between Britain and the colonies, but also of deep fissures within colonial societies and as a social upheaval equal to the French, if not the Russian, Revolution” (Greene 3). Resulta innegable que la Revolución Americana alteró profundamente algunos aspectos de la esfera socioeconómica colonial y representó un avance significativo—que no una realización auténtica—hacia una democracia más equilibrada. No obstante, teniendo en cuenta el estado de las cosas en el recién creado país de la época posbélica y los cambios sociales experimentados se puede ver que, lejos de ser comparable a la Revolución Francesa, la estadounidense fue una revolución eminentemente “americana” en el sentido de que no fue un levantamiento colectivo auténtico, no se experimentaron cambios reales en la estructura social prerrevolucionaria dentro del continente. De este modo, la Revolución Americana ha de ser interpretada y valorada en la medida de sí

misma, como un acontecimiento principalmente político con poco contenido social específico. No fue un evento derivado de la voluntad unánime de ciudadanos de toda condición en pos de la libertad, sino de la voluntad de una nueva aristocracia aspiracional de terratenientes de obtener más control político y económico sobre la tierra y las personas en el Nuevo Mundo por un lado; y de un intento de mejorar sus condiciones de vida y de tener cierta voz en la esfera política por parte de las clases trabajadoras por el otro. Esas clases trabajadoras eran en gran parte hombres blancos y “libres”, en tanto que no estaban atados a contratos de servidumbre, y aunque vivían mejor que los sirvientes o los esclavos, sufrían condiciones de trabajo deplorables por parte de sus empleadores. Ya en el siglo XVII empezaron a tener lugar las primeras huelgas de trabajadores en las colonias americanas:

The first lock out in American labor history took place in Gloucester yards, when a group of obstreperous shipwrights were forbidden by the authorities “to worke a stroke of worke more” upon a certain ship without further orders of the Governor. In 1741 the Boston caulkers, one of the earliest well-knit occupational groups and traditionally radical in sympathy, entered into an agreement to refuse to accept notes from their “Employer of Employers” on shops for goods or money in payment of their labor, specifying penalties for breach thereof. The newspaper, in its account of the agreement, expressed the opinion that “this good and commendable Example will soon be follow’d by Numbers of other Artificers and Tradesmen,” desirous of protecting themselves against paper money inflation. (Morris 196)

En este período Inglaterra se encontraba luchando una serie de guerras (Queen Anne’s War, 1702–1713; King George’s War, 1744–1748, etc.) que supusieron que algunos grandes comerciantes amasaran ingentes cantidades de dinero; pero para el pueblo llano estas guerras suponían prácticamente lo contrario: más impuestos, reclutamiento forzoso y embargo de caballos, navíos, alimentos, etcétera para ponerlos a disposición del ejército en tiempos de guerra. El descontento hacia esta clase de medidas se manifestó en forma de movimientos ciudadanos de naturaleza tumultuaria en la ciudad de Boston en 1747:

In 1746 Captain Forrest of the “Wager” began a press in which two sailors were killed. Riots were now inevitable whenever a press was threatened in the harbor. When, the following year, Commander Knowles undertook the wholesale impressment of “sailors, ship carpenters and laboring land-men” in the port of Boston, three days of rioting followed. A barge thought to belong to the royal squadron was burned, Governor Shirley was forced to quit Boston for his own safety, and had to call upon the militia of neighboring counties when the Boston militia were slow in responding. (Morris 276)

Con el paso de los años, a medida que la Guerra de la Independencia se acercaba, la élite adinerada que controlaba las colonias en el continente ya contaba con más de un siglo de experiencia sobre cómo gobernar. Había varios factores de carácter contingente que podían considerarse poco deseables (rebeliones, tumultos...), pero también habían aprendido y desarrollado tácticas para lidiar con aquello que temían. Los nativos americanos que habían encontrado eran demasiado indomables como para mantenerlos como fuerza de trabajo. Los esclavos africanos, secuestrados en su tierra de origen y llevados a lugares que desconocían eran más fáciles de controlar, y además no suponían un obstáculo para la expansión de las colonias, cosa que sí suponían los territorios de los nativos. Los esclavos pronto empezaron a ser rentables para las plantaciones del sur, de tal manera que su importación sistemática pronto los convirtió en mayoría en algunas colonias. Pero no eran tan sumisos como sus dueños esperaban y, a medida que su número aumentaba, la perspectiva de una rebelión de esclavos iba tomando cuerpo. Al problema de la hostilidad tribal y el peligro de la rebelión de esclavos pronto se sumó una nueva preocupación, el odio de clase: la servidumbre blanca depauperada, la población que no podía pagar un recurso habitacional digno, los desposeídos, los trabajadores, soldados y marinos afectados por las requisiciones, pagadores de impuestos todos ellos por igual. A medida que las colonias cumplían su primer siglo de existencia y llegaba el ecuador del siglo XVII, a medida que el abismo entre la élite adinerada se hacía cada vez más evidente y la violencia o la amenaza de ésta aumentaba, el problema del control se agravó. ¿Y si estos grupos de descontentos pudieran combinarse? Hasta entonces semejantes problemas habían sido abordados de manera individual y compartimentada, pero el riesgo de una fuerza conjunta era inasumible. En términos económicos, nativos americanos, esclavos, sirvientes y trabajadores no eran nada, pero en términos numéricos lo eran todo. Incluso antes del drástico crecimiento de la población afroamericana en el siglo XVII había, en palabras de Smith, “always a vague fear that servants might join with Negroes in a servile rising” (264). Sin embargo, ese miedo planteaba un escenario improbable debido a que “the indentured servants and redemptioners, who certainly formed a distinct social class in all the colonial communities, were practically never ‘class conscious’ to the point of seriously threatening the order of society, either by rebellions of their own or by joining the forces of an invader” (Smith 264). La necesidad de un discurso que dirigiera el descontento hacia fuerzas exteriores a las colonias empezaba a ser evidente. Asimismo y de manera complementaria, hacían falta más discursos de naturaleza no tan política como social que recordasen a los habitantes de las colonias que su malestar no sólo se debía a ese gobierno inglés que desatendía las necesidades del pueblo, sino que otra América, una donde cada persona pudiera vivir y prosperar a base de trabajo sin ser expoliada por la voraz maquinaria imperialista, era posible y necesaria. Las cuestiones políticas en muchas ocasiones podían ser complicadas para la mayoría de la población, pero discursos sobre el trabajo, la libertad y la prosperidad como el de Benjamin Franklin (*inter alia*) eran de vital importancia para que la Revolución arraigara, para

convertirla en una causa transversal, en un objetivo compartido entre todas las personas de toda condición.

Había escasas posibilidades de que blancos y nativos se unieran en el norte de América como lo estaban haciendo en el sur y en el centro, donde la escasez de población daba lugar al contacto diario entre distintos grupos étnicos en las plantaciones. En las colonias, los nativos americanos eran apartados, por norma general, a los lugares más lejanos posibles, aunque un hecho resultaba harto incómodo—y aun así innegable: había casos de ciudadanos blancos que huían de la sociedad “civilizada” para unirse a los nativos, o que eran capturados en combate y, ante la opción de regresar a su antigua vida o permanecer en las tribus, elegían lo segundo. Hector St. John de Crèvecoeur contó en *Letters from an American Farmer* (1782) cómo los niños capturados durante la Guerra de los Siete Años que crecieron con las tribus de nativos rechazaban abandonarlas si se daba el caso de que sus padres los volvieran a encontrar:

By what power does it come to pass, that children who have been adopted when young among these people, can never be prevailed to re-adopt European manners? ... Those whose more advanced ages permitted them to recollect their fathers and mothers, absolutely refused to follow them. ... The Indians, their old masters, gave them their choice, and without giving any consideration, told them, that they had been long as free as themselves. They chose to remain. (Crèvecoeur 202)

Pero las afirmaciones de Crèvecoeur tal vez sean un tanto exageradas. Por norma general los nativos solían mantener las distancias, salvo en eventualidades como conflictos bélicos o territoriales. Y la administración colonial, por su parte, había encontrado una manera de aliviar el peligro monopolizando la tierra en la cornisa atlántica y forzando, por tanto, a los colonos sin tierras a expandirse hacia el oeste, hacia la frontera, entrando en territorios tribales y sirviendo de muro de contención para los grandes terratenientes del este frente a los mencionados conflictos territoriales. De esta manera, el racismo se convirtió en una útil herramienta de control: según Edmund Morgan en *American Slavery, American Freedom* (1975), el racismo no es algo natural nacido de las diferencias físicas obvias, sino algo derivado del desdén clasista, un auténtico mecanismo de vigilancia: “If freemen with disappointed hopes should make common cause, ... the answer to this problem, obvious if unspoken and only gradually recognized, was racism, to separate dangerous free whites from dangerous slave blacks by a screen of racial contempt” (Morgan 328). Con el crecimiento y la consolidación de las ciudades y su población aumentaba el número de trabajadores cualificados, y los gobiernos cultivaban el apoyo de éstos protegiéndolos de la competición con afroamericanos, ya fueran esclavos o personas libres. Las clases altas, para mantener su control político, necesitaban hacer concesiones a las clases medias sin dañar su propia economía, y tal cosa se conseguía a expensas de esclavos, nativos o blancos

pobres. Esto les granjeaba la lealtad de pequeños empresarios, no tan numerosos como la población menos acomodada, pero con una influencia socioeconómica nada desdeñable. Y unir esa lealtad a algo más poderoso incluso que la propia ventaja económica, sería todavía más útil y perdurable. Así, la clase dominante encontró en las décadas de 1760 y 1770 el lenguaje de la libertad y la igualdad, lo bastante poderosos para unir a ciudadanos blancos y libres de toda condición para luchar en una revolución contra Inglaterra, pero no lo suficiente como para acabar con la esclavitud u otras lacerantes desigualdades.

Alrededor de 1776, ciertas personas notables de las colonias inglesas hicieron un descubrimiento que demostraría ser enormemente útil ya no sólo en los años venideros, sino en los siglos que estaban por llegar: averiguaron que creando una nación, un símbolo, una unidad legal llamada “Estados Unidos” podían tomar el control de tierras, economía, personas y poder político, arrebatándolo al Imperio Británico en primera instancia y negándose a gran parte de la población en última. En el proceso, podían contener y sofocar cualquier rebelión potencial y crear un consenso de apoyo popular a la autoridad de una nueva élite privilegiada. Si se mira la Revolución Americana desde este ángulo, se la puede considerar una verdadera obra maestra que hace merecedores a los Padres Fundadores del impresionante tributo que se les ha brindado a través de los siglos: crearon el más eficaz sistema de control imaginable en los tiempos modernos, y le mostraron a las generaciones futuras de líderes políticos la gran ventaja de combinar el orden, la autoridad—y hasta la violencia, si tal cosa se hace necesaria—con el paternalismo. En aquel momento ya había emergido, según asegura Jack Greene en el ensayo “An Uneasy Connection” (1973), recogido en *Essays on the American Revolution* por Kurtz y Hutson, una élite “americana”, es decir, un grupo de hombres económicamente pudientes y sociopolíticamente relevantes en el ámbito colonial que eran contrarios a Inglaterra y su administración:

The first of these conditions was the emergence of stable, coherent, effective, and acknowledged local political and social elites. We do not know nearly enough about the nature, structure, and functioning of these elites. But it is certainly clear from what we already know that their size, cohesion, self-confidence, sense of group identity, openness, and authority over the public varied considerably from one colony to another according to their antiquity, experience and effectiveness and according to the political and socio-structural characteristics of their particular society. (Kurtz y Hutson 35)

En estas élites locales se encontraba, entre otros notables, Benjamin Franklin. En un principio, la actitud de Franklin hacia Inglaterra era muy propia de cualquiera que no incurriera en el fanatismo. Abogaba por que las colonias tuvieran *más* independencia, no por *la* independencia:

Short of representation in Parliament, Franklin wrote: “the next best thing” would be the traditional method of requesting funds to be appropriated by each of the colonial legislatures. In the notes he wrote for his conversation with ministers, he suggested a third alternative that would be a step toward independence for the colonies: “empowering them to send delegates from each assembly to a common council.” In other words, the American colonies would form their own federal legislature rather than be subject to the laws of Parliament. The only thing that would then unite the two parts of the British Empire would be loyalty to the king. (Isaacson 229)

Ciertamente Franklin, como puede verse, aún en 1776 creía en una vía federalista, es decir, una administración autónoma de las colonias dentro de la soberanía británica, como solución a la cuestión del estatus político de las éstas, no en la emancipación total y en la declaración unilateral de independencia del Imperio Británico. Esta actitud, sin embargo, no era óbice para que señalara vehementemente aquellas acciones de Inglaterra para con las colonias que le parecieran inadecuadas o injustas:

The Americans, Franklin countered, had defended themselves, and by doing so had defended the interests of the British as well. “The colonies raised, clothed and paid, during the last war, near 25,000 men and spent many millions,” he explained, adding that only a small portion had been reimbursed. The larger issue, Franklin stressed, was how to promote harmony within the British Empire. Before the Stamp Act<sup>7</sup> was imposed, asked a supporter named Grey Cooper, “What was the temper of America towards Great Britain?”

Franklin: The best in the world. They submitted willingly to the government of the Crown, and paid, in all their courts, obedience to the acts of Parliament ... They cost you nothing in forts, citadels, garrisons or armies to keep them in subjection. They were governed by this country at the expense of only a little pen, ink and paper. They were led by a thread. They had not only a respect but an affection for Great Britain; for its laws, its customs and manners, and even a fondness for its fashions, which greatly increased the commerce.

Cooper: and what is their temper now?

Franklin: Oh, very much altered. (Isaacson 230)

Que Franklin no erraba en su análisis del “pulso” de las colonias fue algo que secundaron la gran mayoría de sus contemporáneos y que, según Greene, “has been the considered judgement

---

<sup>7</sup> La impopular *Stamp Act* o Ley del Timbre de 1765 imponía un impuesto exclusivo a las colonias sobre todo tipo de documento legal emitido en éstas. Según se explica en *The American Revolution: A History* (2002) de Gordon Wood: “Greenville’s ministry, convinced that the customs reforms could not bring the necessary revenue, was determined to try a decidedly different method of extracting American wealth. In March 1765, Parliament by an overwhelming majority passed the Stamp Act, which levied a tax on legal documents, almanacs, newspapers, and nearly every form of paper used in the colonies. Like all duties, the tax was to be paid in British sterling, not in colonial paper money” (192).

of the most sophisticated students of the problem over the past quarter of a century” (Kurtz y Hutson 33). De este modo resulta confuso, si se tiene el análisis de Franklin como acertado, explicar cómo, en menos de doce años, las colonias pasaron a sentirse tan alejadas de Inglaterra como para levantarse en armas y, poco más de un año después, declarar la independencia, a no ser que esa asunción de que las afirmaciones de Franklin y el consenso en torno a ellas no sea tan acertada. Si la relación entre Inglaterra y las colonias era tan satisfactoria antes de 1763, y si el sistema imperial existente funcionaba tan bien para Inglaterra como Franklin aseguraba, ¿por qué iba el gobierno británico a adoptar medidas que, en cualquier caso, viciarían una relación tan sumamente fructuosa?

Como se ha apuntado anteriormente, en las colonias se había estado gestando una élite política que derivaba directamente de la económica. Complementariamente al nacimiento de esta élite político-económica colonial se creaban centros e instituciones locales cuya autoridad funcional era reconocida de manera conmensurada a su tamaño, es decir, centros e instituciones en los cuales se concentraba la influencia política y desde ellos se dispersaba hacia el exterior a través de un entramado bien establecido de delegaciones más pequeñas hasta los perímetros más exteriores de la sociedad colonial. Ya fueran meras sedes administrativas en núcleos urbanos de pequeño tamaño como Williamsburg o Annapolis, o delegaciones más grandes en puntos comerciales clave como Filadelfia, Boston, Nueva York o Charleston, las capitales coloniales proporcionaban a los colonos puntos concretos dentro de las propias colonias en los que buscar liderazgo político y modelos de funcionamiento como sociedad. Más importante que esto, quizá, sea el nacimiento de un conjunto de instituciones de gobernación viables tanto a nivel local en asentamientos, pueblos y condados como, y esto es de una sustancial significancia, a nivel colonial con la forma de cámaras bajas electas. Más que cualquier otra institución política de las colonias, estas cámaras bajas de asamblea estaban dotadas de la más, por así decirlo, carismática autoridad porque, como representantes de los colonos, se confiaba en ellos como grandes fiduciarios de todos los derechos, libertades y privilegios del pueblo, y también debido a que se les otorgaba una presunción de equivalencia—imagen que ellos mismos fomentaban y cultivaban de manera activa—con el Parlamento británico, ese emporio de la libertad de los ingleses y la representación institucional de todo lo más sagrado para cualquier buen británico. Como instituciones poderosas e influyentes—en la mayoría de las colonias eran los principales vehículos a través de los cuales las élites locales ejercían su liderazgo y socializaban sus aspiraciones—con una fuerte tradición de oponerse a cualquier intento de las autoridades “externas” de invadir sus derechos, y con la confianza general de la población, las cámaras bajas eran unos mecanismos de una extraordinaria eficacia potencial para que las quejas o el malestar contra Gran Bretaña cristalizaran y fueran expresadas. Junto con esas élites que hablaban a través de ellas, los centros y delegaciones locales, particularmente las casas bajas, proporcionaban de este modo símbolos

de autoridad para las colonias, erigiéndose así como una alternativa local a la autoridad del Imperio preexistente ya al mismo nacimiento de la Revolución.

Mientras tanto, y a medida que se aproximaba el verano de 1771, Franklin decidió apartarse de los asuntos públicos por un tiempo indefinido, ya que sus misiones políticas habían llegado a un *impasse*, como se apunta en Isaacson. Pero aún no se planteaba volver a casa:

So, instead, he escaped the pressures of politics on the manner he loved best, by taking an extended series of trips that lasted until the end of the year: to England's industrial midland and north in May, to a friend's estate in southern England in June and again in August, and then to Ireland and Scotland in the fall. (Isaacson 222)

A finales de julio, cuando se dirigía a Twyford a pasar una temporada con unas amistades, el temperamento de Franklin parecía más reflexivo de lo que era habitual en él: su carrera política se encontraba estancada y él se sentía lejos de casa. Estas circunstancias movieron a Franklin a comenzar la elaboración de la que se convertiría en su más perdurable obra: *The Autobiography of Benjamin Franklin*. Para cuando abandonó Twyford a mediados de agosto ya había escrito la primera de las cuatro entregas (la última quedaría inacabada) que compondría lo que el propio Franklin inicialmente pretendía que fueran sus memorias. Esta primera entrega transcurre a través de su infancia y sus años como joven impresor, y acaba con la fundación de la Library Company of Philadelphia<sup>8</sup> en 1731. Sólo en las últimas líneas de esta primera entrega se vislumbra cierto contenido de comentario político:

And now I set on foot my first project of a public nature, that for a subscription library. I drew upon the proposals, got them put into form by our great scrivener, Brockden, and, by the help of my friends in the Junto, procured fifty subscribers of forty shillings each to begin with, and ten shillings a year for fifty years, the term our company was to continue. We afterwards obtain'd a charter, the company being increased to one hundred. This was the mother of all the North-American subscription libraries, now so numerous. It is become a great thing itself, and continually increasing. These libraries have improved the general conversation of the Americans, made the common tradesmen and farmers as intelligent as most gentlemen from other countries, and perhaps have contributed in some degree to the

---

<sup>8</sup> La Library Company of Philadelphia o LCP es una organización sin ánimo de lucro fundada en 1731 por Benjamin Franklin. La LCP ha acumulado a través de los años una de las más significativas colecciones en los Estados Unidos de manuscritos y material impreso con valor histórico. La colección actual consta de alrededor de 500.000 libros y 70.000 artículos de toda índole, incluyendo el "Mayflower Compact", unos 2150 objetos pertenecientes al propio Benjamin Franklin, compendios de documentos y panfletos de la era revolucionaria y primeras ediciones de clásicos de la literatura como *Moby-Dick* de Herman Melville o *Leaves of Grass* de Walt Whitman, según explica Edwin Wolf en "At the Instance of Benjamin Franklin: A Brief History of the Library Company of Philadelphia" (1976).

stand so generally made throughout the colonies in defence of their privileges. (Franklin, *Autobiography* 74)

La autobiografía de Franklin se ha considerado tradicionalmente uno de los más importantes e influyentes libros estadounidenses, debiéndose esto, quizá, más a la mano del autor que la firma que a su contenido formal. Se ha tendido a aceptar al mítico Franklin que parece alzarse de entre sus páginas. Pero, si se estudia el texto con detenimiento, su discontinuo proceso de composición y su historial de publicación revelan un libro significativamente diferente y un Franklin algo distinto de la leyenda en que se convirtió. Como se puede leer en “Reinterpreting Benjamin Franklin’s *Autobiography*”, de William Shurr,

To begin with, the critical literature on the book has not yet taken into full account the fact that no version of the *Autobiography*, anything like what we now read was published until the 1840s—fifty years after Franklin’s death. The publishing history shows that some of the early editions were only partial and that some actually contained portions of Franklin’s manuscript that had been translated into French and then translated back into English by yet another hand. ... In fact, there exists no version of the *Autobiography* approved by Franklin himself. (Shurr 1)

A pesar de las insinuaciones de Shurr, sus conclusiones apuntan a que *The Autobiography of Benjamin Franklin* fue muy probablemente escrita con los impulsos que se escriben gran parte de los trabajos confesionales: puntuales e irregulares, y de ahí los lapsos de tiempo de separación entre cada una de las partes y la disparidad de tonos y formas de la escritura, así como la selección de acontecimientos e incidentes que el autor eligió plasmar. Considerar esa selección de acontecimientos como algo digno de análisis *per se*, afirma Shurr, “brings readers closer to the inner life of Franklin, whom all critics and biographers have found to be a remarkably distant figure” (Shurr 16).

Como se ha apuntado con anterioridad, las influyentes élites económicas fueron artífices de su propia trascendencia a ser también referentes sociales, contribuyendo al sentimiento de identidad nacional desde el sentimiento de excepcionalidad cultural, entre otros. A través de los años y en este preciso sentido de lo político y lo comunitario, Franklin desarrolló un punto de vista social que, en su mezcla de ideas liberales, populistas y conservadoras, se convertiría en el arquetipo de la filosofía de y para la clase media. Exaltaba el trabajo duro, la iniciativa individual y la frugalidad. Pero al mismo tiempo también promovía la cooperación cívica, la compasión y los planes voluntarios que pudiesen obrar en beneficio de toda la comunidad. Albergaba la misma desconfianza hacia la élite que hacia el vulgo—aunque siempre estuvo más cerca de los primeros que de los segundos—e igual de poco dispuesto a entregar el poder a un colectivo de aristócratas con apellidos de pretendido prestigio que a una revoltosa multitud. Creía fervientemente en la

movilidad social en tanto que él mismo creía haberla experimentado, cosa que ciertamente hizo, aunque quizá sobrevaloraba el recorrido de su ascenso en la pirámide social.

With his shopkeeper's values, he cringed at class warfare. Bred into his bones was a belief in social mobility and the bootstrap values of rising through hard work. His innate conservatism about government intervention and welfare was evident in the series of questions he had posed ... in 1753. Back then, he had asked whether laws "which compel the rich to maintain the poor have not given the latter a dependence" and "provide encouragement of laziness." (Isaacson 267)

Frases como esta ponen de manifiesto, al mismo tiempo, cómo veía Franklin a aquellos económicamente menos favorecidos que él y cuán selectiva era su memoria respecto a la llegada de los Franklin a las colonias—el suyo no fue exactamente un comienzo desde cero—y por qué un discurso tan rayano en la aporofobia tuvo tanto calado entonces y lo tendría en los siglos venideros. Considerando lo anteriormente dicho sobre los orígenes de Franklin, sobre cómo sus padres, a pesar del esfuerzo económico que les supuso emprender el viaje a las colonias desde Inglaterra, cabe recordar que no tuvieron que cumplir un contrato de servidumbre para pagar su importe, como otros tantos, sino que fueron libres desde el momento de su llegada al Nuevo Mundo. Además, no hay que obviar el hecho de que en aquel momento el liderazgo político—y el discurso hegemónico por ende—lo tenían las élites económicas coloniales, contrapuestas a las británicas sólo en algunos aspectos como la administración de los territorios y la economía. Muy probablemente sea cierto que Franklin desconfiaba de un modo "bilateral", tanto de la aristocracia como del pueblo llano; pero no es descabellado aventurar que su estatus lo acercaba más a la aristocracia colonial que pasaría a la historia con el sobrenombre de "Padres Fundadores", hasta un punto tal que él mismo acabó convirtiéndose en uno de ellos. Su conservadurismo fue reafirmando a medida que publicaba sus escritos. En Isaacson se hace referencia a una pieza publicada en el *Gentleman's Magazine* de 1768, titulada "On the Labouring Poor" y firmada bajo el pseudónimo de MEDIUS. En este ensayo, atacaba a los escritores que agitaban a los pobres diciéndoles que estaban siendo oprimidos por los ricos:

I have met with much invective in the papers for these two years past, against the hard-heartedness of the rich, and much complaint of the great oppressions suffered in this country by the labouring poor. Will you admit a word or two on the other side of the question? I do not propose to be an advocate for oppression or oppressors. But ... in justice then to this country, give me leave to remark that the condition of the poor here is by far the best in Europe, for that, except in England and her American colonies, there is not in any country of the known world, not even in Scotland or Ireland, a provision by law to support the poor. Everywhere else necessity reduces to beggary. This law was not made by

the poor. The legislators were men of fortune. By that act they voluntarily subjected their own estates, and the estates of all others, to the payment of a tax for the maintenance of the poor.” (Franklin, “Labouring Poor” 156)

Estas leyes para garantizar unos mínimos de supervivencia a los más desfavorecidos, a simple vista, podían parecer solidarias y compasivas, son muy evocadoras del concepto de esa gente que ha alcanzado la prosperidad y se solidariza con quienes no han tenido la misma suerte. Visto desde otro ángulo, dar unas condiciones mínimas de subsistencia a las masas trabajadoras es útil en tanto que sirve de mecanismo de control por parte de la propia clase hacia aquellos inferiores en lo económico pero muy superiores en lo numérico. Sin embargo, Franklin no tenía semejante punto de vista:

But I fear that the giving mankind a dependence on any thing [sic] for support in age or sickness, besides industry and frugality during youth and health tends to flatter our natural indolence, to encourage idleness and prodigality, and thereby to promote and increase poverty, the very evil it was intended to cure. (Franklin, “Labouring Poor” 156)

Franklin no sólo advertía sobre el riesgo de dependencia del auxilio social, sino que además tenía una particular visión del funcionamiento de la economía que aún hoy puede resultar aceptable en ciertos marcos teóricos: según Franklin, cuanto más dinero ganasen los ricos, más posibilidades había de que los pobres percibiesen parte de ese dinero:

Much malignant censure have some writers bestowed upon the rich for their luxury and expensive living, while the poor are starving &c. not considering that what the rich expend, the labouring poor receive for their labour. It may seem a paradox if I should assert, that our labouring poor do in every year receive *the whole revenue of the nation*; I mean not only the public revenue, but also the revenue, or clear income, of all private estates, or a sum equivalent to the whole. In support for this position I reason thus. The rich do not work for one another. Their habitations, furniture, cloathing, carriages, food, ornaments and everything in short that they, or their families use and consume, is the work or produce of the labouring poor, who are, and must be, continually paid for their labour in producing the same. (Franklin, “Labouring Poor” 157)

En apariencia, las afirmaciones de Franklin pueden tener cierto sustento teórico, pero la tendencia pragmática contradice sus ideas. Ciertamente, el consumo y compraventa de mercancías se traduce en la percepción de un salario por parte de los mencionados “labouring poor”. Esto es una parte fundamental en la dinámica empleado-empendedor porque si el trabajador no percibe un sueldo por su labor, no sigue acudiendo a trabajar, al menos dentro del marco conceptual del trabajo asalariado y esclavismo aparte, obviamente. Pero también una regla crucial del trabajo asalariado es que el trabajador nunca va a recibir el valor total de su trabajo, del

producto que es fruto de su labor. La fracción de beneficio que genere el precio final de venta del producto, descontándole salario del trabajador, coste de los materiales, etcétera, acaba en el haber del empleador, que se servirá del trabajo del empleado en tanto que éste tenga la capacidad de seguir proporcionando un valor adecuado a las expectativas del empleador. De manera que las afirmaciones de Franklin en el fragmento anteriormente citado sólo serían ciertas de manera parcial o limitada a unas circunstancias muy concretas, por ejemplo, que el trabajador obtenga la totalidad del beneficio generado por la venta del producto, lo que requeriría que la propia mano de obra fuera dueña de los medios de producción de su mercancía, dejando fuera de la ecuación, por lo tanto, al empleador. Que aquellas personas más económicamente pudientes obtengan más ingresos no ha de traducirse necesariamente en que el resto de la población los obtenga, puesto que dentro del marco productivo del trabajo asalariado estas personas deciden qué porcentaje de beneficios es aceptable embolsarse y qué porcentaje es adecuado pagar al trabajador, teniendo en mente variables como la demanda de producto o los precios de la competencia, de haberla. Así, y de manera simplificada, una parte sustancial de los ingresos de esa fracción poblacional adinerada es en realidad un reembolso de su inversión con intereses y no se sigue necesariamente del “derrame”<sup>9</sup>, por así decirlo, de ese dinero a los estratos inferiores. Y esto es cierto también a la luz de otra afirmación del propio Franklin dentro del mismo texto para *The Gentleman’s Magazine*:

Should they [the labouring poor] get higher wages, would that make them less poor, if in consequence they worked fewer days of the week proportionably [sic]? I have said a law might be made to raise their wages; but I doubt much whether it could be executed to any purpose, unless another law, now indeed almost obsolete, could at the same time be revived and enforced; a law, I mean, that many often have heard and repeated, but few have ever duly considered. *SIX days shalt thou labour*. (Franklin, “Labouring Poor” 157)

Al parecer, el mejor argumento al que Franklin podía recurrir a la hora de desaconsejar las subidas salariales era una cita bíblica (Éxodo 20: 9–11, concretamente). Según su razonamiento, los salarios más altos sólo conseguirían que la gente trabajase menos porque, al parecer y según lo que sugiere Franklin, alcanzado cierto mínimo de ingresos que permita afrontar únicamente los gastos cotidianos sin imprevistos, el ciudadano medio dejaría de trabajar, ya que no todo el mundo está dotado de las excepcionales virtudes que son “industry and frugality” (Franklin, *Autobiography* 86) y que sirven de piedra angular de todo el pensamiento frankliniano. Según Franklin, y como queda plasmado en su *Autobiography*, la totalidad del día había de ser

---

<sup>9</sup> Como se comentará en su momento, esa noción del “derrame” o *trickle-down economics* acabaría convirtiéndose en una de las principales medidas económicas de la administración Reagan (1981–1989), conocidas como *Reaganomics*, aunque no estaba orientada a los salarios, sino a recortar cargas tributarias a los grandes capitales.

planificada minuciosamente para no incurrir en el ocio vacuo, a sus ojos uno de los principales vicios humanos y gran obstáculo a superar en el camino hacia la prosperidad:

The precept of *Order* requiring that *every part of my business should have its allowed time*, one page in my little book contained the following scheme of employment for the twenty-four hours of a natural day:

**THE MORNING.** Question—What good shall I do this day?

{5, 6, 7} Rise, wash and address Powerful Goodness! Contrive day's business, and take the resolution of the day; prosecute the present study and breakfast.

{8, 9, 10, 11} Work.

**NOON.**

{12, 1} Read, or overlook my accounts, and dine.

{2, 3, 4, 5} Work.

**EVENING.** Question—What good have I done to-day?

{6, 7, 8, 9} Put things in their places. Supper or diversion, or conversation. Examination of the day.

**NIGHT.**

{10, 11, 12, 1, 2, 3, 4} Sleep. (Franklin, *Autobiography* 94)

Es, sin duda, un horario completo y bien pensado en el que hay un momento para todo, incluido el ocio y el entretenimiento. Seguirlo, como bien apunta Franklin, requiere orden, rectitud y voluntad en iguales proporciones; y no es de extrañar que su seguimiento se vea recompensado con resultados útiles y espléndidos. Pero también hay una *conditio sine qua non* para el cumplimiento de este estricto horario que queda soslayada por el autor de las memorias: ser dueño del tiempo propio, privilegio que no todo el mundo ostenta, más aún si su modo de ganarse la vida es trabajando para un tercero. Algo que, al parecer, Franklin no tuvo en cuenta, es cuán escarpado se vuelve el camino del *Self-Made Man* hacia la prosperidad si ni tan siquiera tiene capacidad de decisión sobre sí mismo. Esta mentalidad resulta un tanto conflictiva con su firme creencia en la movilidad social y en la capacidad de superación connatural a la condición humana y es reveladora, al mismo tiempo, de una creencia más profundamente arraigada y subyacente a la de la movilidad social: ha de existir una franja de población cuya condición permanente sea la de pertenecer a la clase baja, a los trabajadores asalariados, no a la clase media de la que él provenía, y mucho menos a la clase (muy) adinerada a la que Franklin pertenecía en 1768, año en el que escribió "The Labouring Poor" para *The Gentleman's Magazine*, llevando ya, como apunta J. Weinberger en "Benjamin Franklin: Philosopher of Progress", veinte años retirado de la vida laboral: "Benjamin Franklin was by the age of forty-two, when he retired, a very rich man. He

made money in lots of different ways, but much of it was as a writer and publisher” (2). ¿Cabe la posibilidad de que el mito del *Self-Made Man* ya se supiera difícilmente realizable desde su mismo principio? Quizá no de un modo consciente ni malintencionado, pero, a la luz de las palabras del propio Franklin se puede inferir que, a su modo de ver, el buen funcionamiento de la economía ha de estar basado en una masa trabajadora con un nivel económico lo más limitado posible para la subsistencia:

If it be said that their wages are too low, and that they ought to be better paid for their labour, I heartily wish any means could be fallen up on to do it, consistent with their interest and happiness; but as the cheapness of other things is owed to the plenty of those things, so the cheapness of labour is, in most cases, owing to the multitude of labourers, and to their underworking one another in order to obtain employment. How is this to be remedied? A law might be made to raise their wages; but if our manufactures are too dear, they will not vend abroad. (Franklin, “Labouring Poor” 157)

Resulta obvio que con unos ingresos de subsistencia es complicado cumplir máximas franklinianas como “For Age and Want save while you may; No morning Sun lasts a whole Day”, e históricamente hablando los datos confirman que el mito del *Self-Made Man* y de la movilidad social era—es—irrealizable en la mayoría de los escenarios o, como asegura Hofstadter, “it will surprise no one to learn that the chance of emergence from indentured servitude to a position of wealth or renown was statistically negligible” (62). Y esos casos, los que demuestran el mito, de tan escasa incidencia cuantitativa que resultan estadísticamente marginales, son atesorados por historiadores y narradores y revisitados tantas veces como sea necesario para demostrar que, en efecto, la voluntad unida al esfuerzo puede obrar milagros en los Estados Unidos. Pero muchos de esos relatos de superación, siguiendo con Hofstadter, “deal with Northern servants who came with education or skills” (62). Franklin, conscientemente o no, gozó de una vida acomodada desde su misma infancia, máxime si se la compara con la de la mayoría de sus contemporáneos de las colonias; no obstante, su discurso era de una conveniencia política, social y económica tal que la historia de su ascenso “from rags to riches” suele atenerse a la que él mismo contaba. En aquel momento de consolidación de las élites económicas coloniales y de su transubstanciación en élites políticas era de vital importancia un símbolo de complicidad de éstas para con el pueblo, un hombre supuestamente cercano a las clases menos económicamente acomodadas que aparentase hablar en su nombre y velar por ellas. Esta afirmación no ha de ser interpretada como una acusación de intención dolosa por parte de Franklin, sino, simplemente, como una sugerencia de que la visión del merecidamente célebre bostoniano de su propia trayectoria vital estaba un tanto sesgada hacia la hipérbole. Es innegable que el conservadurismo político en Franklin estaba equilibrado por un profundamente arraigado sentimiento de búsqueda del beneficio para la comunidad, “by his fundamental belief that actions should be judged by how much they benefit

the common good” (Isaacson 268). Para James Campbell, en *Recovering Benjamin Franklin* (1999),

His ideal was of a prosperous middle class whose members lived simple lives of democratic equality. Those who met with greater economic success in life were responsible to help those in genuine need; but those who from a lack of virtue failed to pull their own weight could expect no help from society. With democracy, the citizens of this new country would be free to direct the choices of the society toward the common good.” (Campbell 236)

Desgraciadamente, la lógica de esta clase de razonamientos siempre acaba abocada a la profecía autocumplida. En la interpretación de este pensamiento frankliniano el dinero (casi) siempre equivalía a la virtud, porque quien lo tuviera en abundancia era porque sabía ganarlo, invertirlo o gastarlo con prudencia y medida. O, en palabras del propio Franklin, “At the working man’s house hunger looks in, but dares not enter” (*Almanack* 3). Así, quedaba a ojos de aquellos que gozasen de prosperidad el juicio de si el pobre merecía serlo. Probablemente esta fuera una interpretación simplista de la línea de pensamiento de Franklin, máxime considerando lo afirmado por Campbell respecto a la cuestión de juzgar a los menos favorecidos:

A further mitigation of the apparent harshness of Franklin’s discussion of the poor is his larger theme of the public ownership of wealth, a kind of partial and sketchy socialism that sounds little like the individualism of many of Poor Richard’s familiar aphorisms. ... Franklin criticized those who pursue wealth without end and who believe there is importance in amassing, ... a great “dying worth.” He asserts, on the contrary, the superiority of claims of human need to claims of property ownership, writing that “what we have above what we can use, is not properly *ours*, tho’ we possess it.” (Campbell 234)

Ya se ha dicho en líneas anteriores que Franklin siempre orientaba su pensamiento y voluntad a maximizar el bien de la mayoría, pero hay acierto en las palabras de Campbell sobre el individualismo imperante en *Poor Richard’s Almanack*, quizá el libro que más impacto editorial de Franklin—del que vendió en su momento más de un cuarto de millón de copias según se apunta en Weinberger (1). Si una obra de semejante difusión tiene un poso de individualismo y materialismo tan obvio, no es de extrañar que tales cualidades le sean atribuidas al pensamiento del autor y gozasen de tanta aceptación. Esto también puede ser debido a que a su marmágnnum filosófico de libertad conservadora Franklin fue añadiendo una creciente y fervorosa defensa de los valores ingleses—y subsecuentemente estadounidenses—de (algunos) derechos y libertades individuales. Tardaría muchos años en abordar la gran cuestión de la esclavitud, al menos en términos humanos y morales. Según recoge Isaacson, en 1770 publicó anónimamente “Conversation on Slavery”, en el cual un ciudadano norteamericano era acusado por uno inglés de hipocresía respecto a la trata de esclavos:

The American participant tries to defend himself against charges of hypocrisy. Only “one family in a hundred” in America has slaves, and of those, “many treat their slaves with great humanity.” He also argued that the condition of the “working poor” in England “seems something a little like slavery”. At one point, the speaker’s argument even lapses into racism: “Perhaps you imagine the Negroes to be a mild tempered, tractable kind of people. Some of them are indeed so. But the majority are of a plotting disposition, dark, sullen, malicious, revengeful and cruel in the highest degree.” (Isaacson 268)

En su desesperado deseo de vender una imagen idealizada de América, Franklin incurrió en uno de los peores argumentos jamás escritos para defender el indefendible sistema esclavista. Además, en Isaacson también se señala que incluso los hechos son incorrectos: la proporción de tenencia de esclavos en América no era “one family in a hundred”, sino más bien una de cada nueve: 47.664 familias de un total 410.636 tenían esclavos en 1790 (Isaacson 269). Además de sus argumentos, los hechos tampoco hablaban bien de la postura de Franklin, ya que su familia estaba entre aquellas que tenían esclavos. Afortunadamente, su postura y su visión del aberrante sistema esclavista también evolucionaron satisfactoriamente en los veinte años que le restaban por vivir en aquel momento.

A medida que transcurrían los años la salud de Franklin se iba deteriorando. Ya en la firma de la Constitución de los Estados Unidos en 1787 se vio a un anciano deteriorado y frágil, y esta fue una de sus últimas apariciones públicas de mencionable notoriedad. Además de un problema de gota que llevaba años acompañándole debido a su sobrepeso, Franklin también sufría problemas pulmonares, concretamente una pleuritis derivada de una neumonía complicada. Lamentablemente esta condición no le proporcionaría una muerte plácida: “for ten days he was confined to bed with a heavy cough and labored breathing” (Isaacson 469). Sólo durante un breve período en aquellos tormentosos diez días tuvo ocasión de levantarse de la cama, hecho que los presentes interpretaron como signo de mejora, de que a Franklin aún le quedaban algunos años de vida por delante: “I hope not”, he calmly replied”. “He asked that his bed be made up so that he could ‘die in a decent manner’” (Isaacson 469). Entonces un absceso de sus maltrechos pulmones se abrió, impidiéndole prácticamente la respiración. Finalmente, a las once de la noche del 17 de abril de 1790, Benjamin Franklin murió a los ochentaicuatro años de edad. Su funeral congregó a más asistentes que ningún otro acontecimiento anterior en la historia de Filadelfia.

Benjamin Franklin dejó tras de sí un legado científico, político y filosófico difícilmente cuantificable. En lo concerniente a este capítulo, a este trabajo, aún cabe formular una última pregunta, la gran pregunta en realidad: ¿fue Benjamin Franklin un verdadero *Self-Made Man*? La respuesta es sí. No lo fue en el sentido más comúnmente aceptado, en el lugar común del “from rags to riches” porque, como se ha demostrado, ese “empezar desde cero” en Franklin no era tal

cero en realidad. Pero desde muy joven Franklin no quiso conformarse con la vida que ya tenía asegurada como hijo de un empresario textil, sino que decidió adentrarse en las tierras salvajes de la ciencia, la invención, la política. Abjuró del rol y las formas de *gentleman*, era más conocido por los suyos como “Ben” que como “Mr. Franklin” y personificó a la clase media norteamericana en el amanecer de la nación de tal modo que ni siquiera esperaba que su hijo William ascendiese de ella:

Benjamin Franklin, planning for his son William at sixteen, envisaged for him a way of life rooted not in those topmost colonial strata to which Franklin had access but in the middle ranks from which he had come. “I don’t want him to be what is commonly called a gentleman,” Franklin wrote a friend. “I want to put him to some business by which he may, with care and industry, get a temperate and reasonable living” (Hofstadter, *America at 1750* 139)

Para Franklin la clase media equivalía a la virtud que se le atribuye al término medio, es decir, gente que se gana la vida de manera generalmente honrada, con lo suficiente para vivir mejor que muchos pero aún con un sentido de la humildad que les aleja de creerse superiores a sus vecinos. Esa era su visión, al menos. Es notorio, sin embargo, que no esperaba la vida de un *Self-Made Man* para su hijo, al menos a priori. A pesar del ya mencionado individualismo de su obra, el autor consideraba el bien de la mayoría un objetivo importante en grado sumo. El motor que impulsaba sus investigaciones, inventos, la mayoría de sus escritos, era el de mejorar la vida de la comunidad, con mayor o menor acierto. Sin embargo, ese incesante apremio a sus lectores sobre amasar fortuna y su predilección por la iniciativa individual abrieron la puerta a una manera de interpretar su pensamiento que, por desgracia, ha sido la que ha perdurado a través de los siglos, en detrimento del sentimiento de pertenencia a una comunidad y de buscar el beneficio y la felicidad de ésta, en detrimento de la colaboración y la solidaridad. Con esta selección interesada del pensamiento de Franklin, habrá no pocos ejemplos de hombres, a lo largo de la historia de los Estados Unidos, que no tendrán reparo en arrogarse el hábito del *Self-Made Man*, ejemplos que en algunos casos serán opinables, en otros más que dudosos, y en ocasiones hasta verdaderos *Self-Made Man* silenciados por las circunstancias en las que tuvieron que vivir.



### **3. Frederick Douglass, humano hecho a sí mismo: La reivindicación de la humanidad frente al discurso frankliniano**

Una parte importante de la historia de los Estados Unidos bien podría abordarse a través de las guerras y del grado de implicación del país en las mismas. Ciertamente es que cualquier análisis basado únicamente en conflictos armados sería superficial y sesgado, de modo que se impone la conveniencia de ir paso a paso, de avanzar desde lo general hasta lo específico o en el sentido opuesto, desde lo específico hasta lo general. La historia temprana de los Estados Unidos se vio marcada por varias conflagraciones<sup>10</sup>, dos de ellas especialmente notorias: la Guerra de la Independencia, en la que se luchó contra un adversario externo; y la Guerra de Secesión, en la que el país se dividió para luchar contra sí mismo. Sobre todas las cuestiones subyacentes al segundo conflicto, ya sean sociales, económicas, territoriales o políticas, una palabra clave destaca sobre cualquier otra: “esclavitud”, una de las causas—una entre muchas—de aquella guerra que dividiría a la nación estadounidense durante mucho más tiempo del que duró la contienda. La esclavitud como sistema de producción llevaba siendo parte connatural a la economía de los Estados Unidos desde su misma fundación como país, de modo que su abolición no iba a ser fácil ni pacífica. Muchas grandes riquezas se basaban en el esclavismo o dependían de él a distintos niveles.

Muchas personas nacían, vivían y morían en plantaciones, a merced de quienes empuñaban el látigo. Un número inabarcable de historias empezaban en el trabajo esclavo, en la humanidad negada, en la vida como medio de producción. Muchas eran las personas que intentaban romper sus cadenas en rebeliones o en fugas, y muchas hallaban la muerte en el intento. Pero también había quien lo lograba, quien se sacudía el yugo que le era impuesto al nacer y lograba empezar de nuevo en libertad. Empezar de nuevo, romper con ese estatus de posesión que se le daba al esclavo y construir una identidad, una nueva condición, esta vez una de ser humano. Muchas historias de *Self-Made Men* empezaron con una huida de la esclavitud, y esta es la historia de uno de ellos: Frederick Douglass.

Frederick Douglass, nacido en esclavitud en 1818, pasó a la historia como orador, escritor y abolicionista. Su infancia y parte de su juventud transcurrieron en ese estado de humanidad enajenada que sufría el pueblo afroamericano en la época. Su existencia no valía más que el beneficio que sus dueños pudieran sacar de su trabajo. Sin ese trabajo, él no valía nada. Tomó la

---

<sup>10</sup> Desde la Guerra de la Independencia (1775–1783) hasta la Guerra de Secesión (1861–1865) tuvieron lugar numerosos conflictos armados con distintos grados de implicación de los Estados Unidos, como las Guerras Seminolas (1816–1858), la Guerra Estados Unidos-México (1846–1848), o las diversas guerras contra los nativos americanos, por ejemplo la Guerra Chickamunga contra los Cherokee (1776–1795), las Guerras Apache (1851–1900), la Guerra Cayuse (1847–1855), las Guerras Navajo (1858–1866) y un largo etcétera.

determinación de arriesgar su integridad física, su vida, y empezar desde cero: de hacerse a sí mismo. Su historia, representativa de muchas otras, merece por lo tanto ser analizada en detalle, recorriendo ese camino de ida y vuelta que discurre desde lo político hasta lo personal. Se tomarán en consideración las diversas circunstancias históricas que rodearon a la figura de Douglass, ese tiempo y ese país que permitían la esclavitud, ya fuera por omisión o por comisión.

El apoyo del gobierno de los Estados Unidos a la esclavitud, ya fuera directo o indirecto, estaba sustentado en una practicidad y un rendimiento económico abrumadores. En 1790 se producían en el sur alrededor de mil toneladas de algodón; para 1860, se producían más de un millón de toneladas. En este mismo período, la población de esclavos creció de alrededor de medio millón a más de tres millones según el censo de 1860 (Zinn, 171). Un sistema que, no obstante, se veía acosado por constantes rebeliones y conspiraciones cuyo número crecía en directa proporcionalidad al número de aquellos que se veían sometidos a la vida en esclavitud. En consecuencia, se desarrollaron una serie de controles y “cortafuegos” en los estados sureños que serían respaldados por leyes, tribunales, fuerzas armadas y, en última instancia, por los prejuicios raciales tan profundamente arraigados en los dirigentes ya no de los estados del sur, sino en los dirigentes de la misma nación norteamericana<sup>11</sup>.

Acabar con semejante sistema requeriría bien una rebelión a gran escala entre la población esclava o bien un conflicto armado, también a gran escala, entre esclavistas y abolicionistas. El problema de una rebelión es la volatilidad de su naturaleza: se corría el riesgo de que escapase rápidamente a todo control y no se detuviese tras acabar con el sistema esclavista, sino que siguiese adelante, boicoteando el sistema de enriquecimiento capitalista más eficiente que el mundo había conocido hasta la fecha. En el caso de una guerra, las consecuencias de ésta podían ser, en efecto, más dañinas para la población civil; pero las partes beligerantes que dictasen los términos del conflicto también tendrían la capacidad de controlar sus límites. De este modo, fue Abraham Lincoln quien “liberó” a los esclavos en 1865, y no John Brown.

En 1859, John Brown fue ahorcado, con el visto bueno del Gobierno Federal, por conspirar para desencadenar actos violentos de bajo impacto en reivindicación de aquello que Lincoln consiguió tras cuatro años de “actos violentos” (Guerra de Secesión) de más alto impacto: acabar con la esclavitud. Con la abolición de la esclavitud por mandato del Gobierno Federal y no mediante una revuelta popular o una revolución, los límites de la emancipación de la población afroamericana podían ser controlados por los propios artífices de la supuesta liberación. De este

---

<sup>11</sup> El Acta de Esclavos Fugitivos (Fugitive Slave Act), como se verá en las sucesivas páginas, había sido aprobada nueve años antes, bajo el mandato del presidente Millard Fillmore (en el cargo desde 1850 hasta 1853). Su sucesor, Franklin Pierce (1853–1857), no sólo mantuvo esta ley en vigor, sino que consideraba el abolicionismo como una amenaza a la unidad de la nación. James Buchanan, presidente en el cargo el año de la ejecución de John Brown, era considerado por sus contemporáneos un hombre del norte con mentalidad sureña.

modo, una liberación que venga dada desde las altas esferas gubernamentales va a llegar tan lejos como los intereses de los grupos y clases dominantes le permitan llegar. Por tanto, cuando el conflicto armado llegó a su fin y comenzó esa Reconstrucción supuestamente basada en la reciente abolición de la esclavitud, no fue una reconstrucción radical y profunda desde un punto de vista político y económico—ni qué decir tiene que desde un punto de vista social tampoco; sino una reconstrucción segura, quizá la mejor que se pudieron permitir dadas las circunstancias. Pero también fue una reconstrucción económicamente provechosa.

El sistema de plantaciones se basaba fundamentalmente en el cultivo de tabaco y arroz en Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Kentucky, y más tarde se expandiría a Alabama, Georgia, Misisipi, etc. en forma de plantaciones para el cultivo de algodón. La extensión del método de producción aumentó por ende la demanda de más mano de obra esclava. No obstante, en 1807 ya se había promulgado *An Act to prohibit the importation of slaves into any port or place within the jurisdiction of the United States, from and after the first day of January, in the year of our Lord, One Thousand Eight Hundred and Eight*: aprobada el 2 de marzo de 1807, esta ley propuesta por Thomas Jefferson prohibía la *importación* de esclavos tras su entrada en vigor el 1 de enero de 1808. La idea era que cortando el suministro de esclavos el sistema esclavista acabase colapsando por sí solo. Sin embargo, la ley jamás llegó a ser ejecutada de un modo tangible, ni siquiera en el periodo inmediatamente posterior a su entrada en vigor. John Hope Franklin da cuenta del fenómeno en *From Slavery to Freedom* (1947): “The long, unprotected coast, the certain markets, and the prospects of huge profits were too much for the American merchants and they yielded to the temptation” (J. H. Franklin 120). Según estimaciones, más de 250.000 esclavos fueron introducidos en el país ilegalmente desde la prohibición en 1808 hasta el comienzo de la Guerra Civil en 1861, momento en el que la población negra de Estados Unidos ascendía a más de cuatro millones de personas (Genovese 5).

¿Cómo describir la esclavitud en territorio norteamericano? Quizá la manera más fiable de aproximarse a la idea pase por conocer los testimonios de aquellos que la sufrieron, como John Little o Frederick Douglass. Algunas suposiciones populares llegaron considerar la esclavitud una especie de transición necesaria hacia la civilización por parte del esclavo. Se puede encontrar una muy buena explicación de esta idea en *Roll, Jordan, Roll* (1976) de Eugene Genovese, donde se desarrolla la idea de las relaciones de paternalismo dueño-esclavo (interpretadas de modos radicalmente distintos por cada uno de los extremos en dicha relación). Este vínculo daba cuenta de una contradicción elemental: por un lado, el esclavo era tratado como una cosa; por el otro, esa insistencia en las obligaciones mutuas del dueño para con los esclavos y de éstos para con el dueño—deberes, responsabilidades, protección, etcétera—reconocía de manera implícita cierto grado de humanidad en el esclavo (Genovese 5). De este modo, algunos economistas intentaban “evaluar” el sistema esclavista en función del dinero gastado por el dueño en alimentación y

cuidado médico de la mano de obra. Pero es muy dudoso que tales números y estadísticas puedan describir qué significaba para un ser humano vivir y morir en condiciones de esclavitud; que casi ningún aspecto de su existencia no fuera enajenado para servir a los intereses de su dueño. John Little, antiguo esclavo, escribió:

They say slaves are happy, because they laugh and are merry. I myself or four others, have received two hundred lashes in the day, and had our feet in fetters; yet, at night, we would sing and dance, and make others laugh at the rattling of our chains. Happy men we must have been! We did it to keep down trouble, and to keep our hearts from being completely broken: that is true as gospel! (Drew 210)

¿Pueden las estadísticas dar debida cuenta de lo que significaba para una familia que un negrero, por beneficio económico o por pura y simple arbitrariedad, vendiese a un marido, a una esposa, a un hijo, a una madre? *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery, vol. 1* (1974), un libro de habitual referencia en lo relativo a la economía de la esclavitud escrito por Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, habla de la plantación Barrow en Luisiana, que tenía en su haber alrededor de 200 esclavos. En la mayoría de las plantaciones se llevaban registros sobre cualquier dato que pudiera resultar relevante, incluidos castigos físicos u otros tipos de medidas disciplinarias. En la plantación citada se llevaba un recuento de los castigos administrados en forma de latigazos a lo largo de un año. Los resultados en términos relativos arrojan promedios leves—sólo en apariencia: cada esclavo recibía latigazos una media de 0,7 veces al año (Gutman 31). Visto así puede parecer que la frecuencia no era tan alta, ya que siendo un número inferior a uno se puede extraer la conclusión de que había esclavos que no eran azotados en todo el año. Considerando el mismo dato desde otro ángulo se puede deducir también que más de la mitad de los esclavos eran azotados, y que cada pocos días alguno era sometido a castigo. Tampoco hay que olvidar, además, que los recién nacidos no eran azotados, obviamente, lo que ayudaba a “suavizar” las cifras; por no hablar de aquellos castigos que no quedaban registrados, que podrían considerarse extraoficiales y que sucederían con una frecuencia desconocida. Barrow no era, al parecer, un dueño de plantación especialmente cruel. Según sus datos biográficos, incluso gastaba dinero en vestimentas, concedía celebraciones de días festivos e incluso llegó a construir un salón de baile para sus esclavos (Zinn 173). No obstante también construyó una cárcel, y estaba “constantemente diseñando castigos ingeniosos, ya que cayó en la cuenta de que la incertidumbre era una poderosa herramienta para mantener a sus esclavos bien a raya” (Gutman 33).

Los latigazos o los castigos físicos, sea cual fuere su naturaleza, eran disciplinas laborales y en teoría servían para mantener sumisa a la mano de obra. Sin embargo, Herbert G. Gutman (*Slavery and the Numbers Game*) encuentra, tras analizar las estadísticas, que “over all, four in

five cotton pickers engaged in one or more disorderly acts in 1840–1841. ... As a group, a slightly higher percentage of women than men committed seven or more disorderly acts” (Gutman 28). Eso sin contar, naturalmente, aquellas y aquellos que se vieron involucrados en conatos de rebelión y/o que llevaron a cabo acciones no detectadas o indetectables<sup>12</sup>. De este modo, Gutman argumenta la crítica a la tesis que sostienen Fogel y Engerman en *Time on the Cross* de que, al combinar la disciplina física con el incentivo, los esclavos de la plantación Barrow—por ejemplo, pero no únicamente—se convertían en “devoted, hard-working, responsible slaves who identified their fortunes with the fortunes of their masters” (Gutman 40): la propia condición de esclavitud era *per se* lo bastante ofensiva desde un punto de vista moral y humano como para contentarse con pequeños incentivos que intentasen equilibrar la imposición de severos castigos físicos y las lamentables condiciones habitacionales en que tenían que sobrevivir.

Según E. D. Genovese, las revueltas de esclavos en EE. UU. no eran tan frecuentes ni a tan gran escala como aquellas en las islas del Caribe o Sudamérica. Probablemente la revuelta más multitudinaria de esclavos en EE. UU. tuviese lugar en Luisiana en 1811, en una plantación cerca de Nueva Orleans. Poco se sabe de ella, sin embargo, aunque ostente la privilegiada posición de ser una de las más grandes de la historia del país norteamericano. Entre 300 y 500 esclavos armados con machetes, hachas y palos (pero pocas armas de fuego) llegaron a marchar sobre Nueva Orleans. Y es este hecho precisamente el que le otorga el mencionado privilegio a la rebelión: organizar y llevar a cabo semejante ofensiva con tan escaso armamento y contra todo un sistema socioeconómico requería no poco valor. Aquellos implicados eran conscientes de que la revuelta reclamaría su vida, y aun así siguieron adelante. Según Genovese, los esclavos liberados normalmente daban apoyo al régimen esclavista y ayudaban a sofocar las revueltas, en parte por agradecimiento y en parte por cierto sentimiento de superioridad derivado de su estatus de hombres libres; pero se sabe que al menos uno de los líderes rebeldes era Charles Delondes, nativo de Saint-Domingue (Haití) y esclavo liberado. Los rebeldes se organizaron razonablemente bien, dividiéndose en compañías comandadas por oficiales, pero rápidamente sucumbieron a las milicias bien provistas de armamento de Luisiana y a las tropas regulares a las órdenes de Wade Hampton. Sesentaiséis esclavos fueron apresados y posteriormente ejecutados, y dieciséis más murieron en los enfrentamientos (Genovese 592).

Tres revueltas más durante el siglo XIX, dos de ellas frustradas, recibieron la notoriedad que aquella de 1811 no recibió a pesar de su alcance. Quizá esto se deba a que Luisiana acababa de anexionarse a EE. UU. (la firma del tratado fue en abril de 1803), y lo que allí pasaba todavía se percibía por la opinión pública como una especie de incidente propio de una región salvaje y

---

<sup>12</sup> Considérense acciones no detectadas, por ejemplo, actos de sabotaje sin autoría conocida; e indetectables aquellas acciones de incitación a la rebelión. Sin un rastro documental o sin delación por parte de sujetos implicados, la autoría intelectual y/o la incitación son casi imposibles de demostrar.

fronteriza en la periferia de la nación estadounidense. Las otras revueltas, que ocurrieron en las más antiguas y estables regiones esclavistas de los EE. UU. tuvieron un mayor impacto en el imaginario de todo el sur. En Southampton, Virginia, Nat Turner sólo consiguió reclutar a unos setenta hombres, pero adquirió fama gracias a un número sin precedentes de bajas de blancos a manos de esclavos rebeldes. Supuestamente inspirado por visiones religiosas, Turner y sus aliados marcharon de plantación en plantación creciendo en número; pero acabarían siendo capturados al quedarse sin munición. Turner y diecinueve de sus cómplices fueron colgados.

Ya que las anteriores conspiraciones y revueltas habían fracasado en sus intentos de hacer correr la sangre de esclavistas blancos, el éxito de Turner destacó sobre todos los demás intentos. Otro conato de revuelta a tener en consideración fue aquél encabezado por Denmark Vesey en 1822. Vesey era un esclavo que compró su libertad tras trabajar como marinero (Genovese 593). Su plan era quemar Charleston (Carolina del Sur), que entonces era la sexta ciudad más grande de los EE. UU., e iniciar una revuelta masiva de esclavos en la zona. Según algunos testimonios había miles de esclavos implicados a distintos niveles<sup>13</sup>. Habían fabricado unas 250 puntas de lanza, bayonetas y unos 300 cuchillos según recuentos. Pero el plan fue frustrado, y 35 de los implicados fueron capturados y colgados, Vesey incluido. Los registros del juicio fueron destruidos por temor a la posibilidad de que sirvieran de inspiración para posibles revueltas futuras (Zinn 174).

¿Podría decirse que estas rebeliones hicieron retroceder la causa abolicionista? Una posible respuesta vino de la mano de James Hammond, rico esclavista y notable rostro de la política de Carolina del Sur:

But if your course was wholly different—if you distilled nectar from your lips and discoursed the sweetest music, could you reasonably indulge the hope of accomplishing your object by such means? Nay, supposing that we were all convinced, and thought of Slavery precisely as you do, at what era of “moral suasion” do you imagine you could prevail on us to give up a thousand million of dollars in the value of our slaves, and thousand millions of dollars more in the depreciation of our lands, in consequence of the want of laborers to cultivate them? (Aptheker 33)

Como puede deducirse de la cita anterior, las rebeliones de esclavos, tanto exitosas como abortadas, eran poco más que una excusa frente a una razón subyacente e inapelable: la economía. Pero la razón económica no es un argumento novedoso: podría decirse que desde el feudalismo, pasando por la abolición del trabajo infantil, la creación de sindicatos, la jornada de ocho horas y un largo etcétera, cualquier intento de progreso en materia laboral siempre ha contado con la

---

<sup>13</sup> En el libro *American Negro Slave Revolts* (1936) Herbert Aptheker estudia de manera más amplia la cuestión de las rebeliones de esclavos.

misma oposición: el hacer las cosas de un modo distinto supondría el colapso económico. A pesar de ello, los terratenientes esclavistas no hicieron oídos sordos a las rebeliones de esclavos, por muy infrecuentes que éstas puedan considerarse: en muchos casos, estas insurrecciones se interpretaron como el preludio de algo a mayor escala. En algunos Estados, como Virginia, se prepararon concienzudamente para esta posibilidad. Henry Tragle, en *The Southampton Slave Revolt of 1831* (1973), relata:

In 1831, Virginia was an armed and garrisoned state (...). With a total population of 1,211,405, the state of Virginia was able to field a militia force of 101,488 men, including cavalry, artillery, grenadiers and light infantry! It is true that this was a “paper army” in some ways, in that the country regiments were not fully armed and equipped, but it is still an astonishing commentary on the state of the public mind at the time. During a period, when neither the state nor the nation faced any sort of exterior threat, we find that Virginia felt the need to maintain a security force of roughly 10 percent of the total number of its inhabitants: black and white, male and female, slave and free!

De este modo, la situación de las rebeliones de esclavos cae en una especie de razonamiento circular: las rebeliones empezaron a decrecer en número por la certeza del fracaso ante una fuerza militar y paramilitar pensada para que las rebeliones fracasasen y acabasen decreciendo en número. Por otro lado, las rebeliones, aunque escasas, no dejaron de ser una preocupación constante entre los propietarios de esclavos.

En su amplio estudio del sistema esclavista, Genovese toma constancia de una especie de situación contradictoria en la que la “acomodación y resistencia a la esclavitud” (Genovese 597) coexistían en un mismo plano temporal. La resistencia suponía acciones de bajo impacto como robo de la propiedad, sabotaje o lentitud deliberada en el desarrollo de la labor; y otras acciones más directas como matar a dueños o capataces o huidas. En la “acomodación” también se percibía de manera generalizada un marcado espíritu crítico o acciones subversivas más encubiertas que en la resistencia. La mayor parte de la resistencia, según Genovese, carecía de una insurrección organizada, pero gozaba de una gran significancia tanto entre esclavos como entre esclavistas: entre los esclavos, la insurrección siempre estaba presente en forma de esperanza o en forma de meta, era una idea que bien podía servir de amuleto; entre los dueños de las plantaciones, la insurrección siempre estaba presente como amenaza, como una contingencia para la que habría que estar preparado convenientemente. En un contexto así, huir era una iniciativa mucho más realista que la insurrección armada. Durante la década de 1850 escapaban al norte, Canadá o México unos mil esclavos al año. Miles escapaban por cortos periodos de tiempo, y todo esto pese a los horrores a los que se enfrentaban en la huida. Los perros usados para rastrear fugitivos

“mordían, rajaban, mutilaban, y, si no eran detenidos a tiempo, mataban a su presa”, asegura Genovese<sup>14</sup>.

Harriet Tubman, nacida en esclavitud bajo el nombre de Araminta Ross, se abrió camino hacia la libertad por su propio pie, cuando no tenía más que quince años, convirtiéndose en la más célebre conductora del Underground Railroad. Llevó a cabo diecinueve peligrosos viajes de ida y vuelta, a menudo disfrazada, escoltando a cientos de esclavos hasta la libertad. Siempre portaba un revolver, y prometía a sus fugitivos la libertad o la muerte, justo lo que esperaba para ella misma:

“For,” said she, “I had reasoned dis out in my mind; there was one of two things I had a *right* to, liberty, or death; if I could not have one, I would have de oder; for no man should take me alive; I should fight for my liberty as long as my strength lasted, and when de time came for me to go, de Lord would let dem take me” (Bradford 29)

En la mayoría de los casos, los esclavos que decidiesen rebelarse o emprender la peligrosa huida al norte no contaban con más apoyo que el de sus semejantes, y a veces ni siquiera eso. No obstante, hay constancia de ciertas ocasiones en las que blancos pobres colaboraban con esclavos en sus actos de desobediencia. Dichas ocasiones no eran ni remotamente frecuentes, pero sí ocurrían lo bastante a menudo como para que surgiese la necesidad de enfrentar a los esclavos con ese sector social de población blanca y económicamente desfavorecida. Siguiendo con Genovese:

The slaveholders had other worries. Many suspected that non-slaveholders would encourage slave disobedience and even rebellion, not so much out of sympathy for the blacks as out of hatred for the rich planters and resentment of their own poverty. White men sometimes were linked to slave insurrectionary plots, and each such incident rekindled fears. (Genovese 23)

Pese a que, como se ha apuntado antes, estas alianzas entre blancos pobres y esclavos rebeldes ocurrían con una frecuencia anecdótica, era necesario tomar medidas para atajarlas. Por un lado, se consideraba que aquellos blancos de clases bajas que se aliasen con negros eran de naturaleza “degradada”, lo que justificaba las duras medidas policiales contra dichos blancos y además evitaba ahondar en la reflexión sobre si podía llegar a existir camaradería entre blancos y negros. Por otro lado, esta necesidad de controlar a los esclavos y a la vez de evitar que se aliasen con los blancos llevó a un “ingenioso” recurso: contratar a blancos pobres para ser capataces de

---

<sup>14</sup> “The dogs more than the men struck terror into the slaves. They bit, tore, mutilated and if not pulled off in time, killed their prey” (Genovese 651).

plantación, convirtiéndose así en personajes infames y odiados para los esclavos, y no en aliados potenciales<sup>15</sup>.

La religión también jugó su papel como herramienta de control de masas. Un libro consultado habitualmente por muchos dueños de plantación era el *Cotton Plantation Record and Account Book*, escrito alrededor de 1848 por Thomas Affleck. Era una suerte de manual de administración para una plantación, con sugerencias de contabilidad y métodos de registro. Al final del volumen se encuentra un ensayo del autor, “The Duties of an Overseer”, con las siguientes observaciones:

You will find that an hour devoted every Sabbath morning to their moral and religious instruction, would prove a great aid to you bringing about a better state of things amongst the negroes. It has been thoroughly tried, and with the most satisfactory results, in many parts of the south. As a mere matter of interest, it has proved to be advisable<sup>16</sup>.

Aunque fuese una práctica recomendable, predicar la religión entre los esclavos no era una cuestión que los dueños de la plantación pudieran tomar a la ligera. Los predicadores más eficaces por cuestión de cercanía y calado del mensaje eran los afroamericanos, obviamente. Pero tenían que tener cuidado con su discurso y usar un lenguaje lo bastante desafiante como para inflamar el ánimo del rebaño, pero no tan incendiario como para llevarles a iniciar batallas que no podían ganar, ni tan ominoso como para despertar la ira de aquellos que ostentaban el poder (Genovese 266). El pragmatismo fue decisivo en esta cuestión: las comunidades de esclavos, inmersas como estaban entre blancos que quizá no eran numéricamente superiores pero eran claramente más potentes militarmente, aconsejaban jugar la baza de la paciencia, de la aceptación de una vida que no podía ser evitada, del esfuerzo obstinado para mantener viva y sana a la comunidad negra; una estrategia de supervivencia en la que primaba la permanencia en el mundo sobre todas las demás cosas.

Mientras los esclavos en el sur esperaban y resistían en la medida que les fuese posible, los hombres y mujeres liberados de la esclavitud del norte (alrededor de 200.000 en 1850) se agitaban por la abolición de la esclavitud en todo el territorio norteamericano (Zinn 179). David Walker, hijo de esclavo y mujer libre y nacido en 1785, mostró un odio innato al sistema esclavista. Siendo apenas un adolescente declaró que el sur esclavista no era el lugar para él:

---

<sup>15</sup> El caso de John Brown, anteriormente mencionado, da cuenta de que las alianzas entre blancos y negros eran infrecuentes, pero no imposibles. *John Brown*, escrito por W.E.B. Du Bois (1909) analiza en profundidad no sólo la vida del abolicionista, sino la idea de obreros blancos colaborando en insurrecciones de esclavos.

<sup>16</sup> Información obtenida en la colección electrónica de University of Texas ([www.cah.utexas.edu](http://www.cah.utexas.edu)). Identificador NTC\_0075d.

If I remain in this bloody land, I will not live long. As true as God reigns, I will be avenged for the sorrow which my people have suffered. This is not the place for me—no, no. I must leave this part of the country. It will be a great trial for me to live on the same soil where so many men are in slavery; certainly I cannot remain where I must hear their chains continually, and where I must encounter the insults of their hypocritical enslaver. Go, I must. (Walker 11)

Walker emprendió un viaje sólo de ida hacia el norte, hasta Boston, donde estableció su residencia permanente. Fue allí donde aprendió a leer y escribir, y al cabo del tiempo consiguió abrir un negocio textil en la calle Brattle. No escapó de la pobreza debido a su desmedida hospitalidad, porque nunca tuvo problema en comprometer sus bienes o escasos ahorros si con ello podía ayudar o contribuir de algún modo en su causa (Walker 12), pero al menos escapó de la esclavitud y logró una vida decente basada en el trabajo. El panfleto que publicó en 1829, “Walker’s Appeal”, ganó gran fama y reconocimiento. Tal fama no fue sólo entre abolicionistas, sino también entre dueños de esclavos, a quienes enfureció especialmente. Georgia ofreció una recompensa de 1.000 dólares por la cabeza de David Walker, 10.000 dólares si era entregado vivo (Walker 12).

No ha habido, históricamente hablando, peor esclavitud que aquella que sufrieron los negros en los Estados Unidos, ni siquiera la del pueblo de Israel en Egipto, decía Walker:

But to prove farther that the condition of the Israelites was better under the Egyptians than ours is under the whites, I call upon the professing Christians, I call upon the philanthropist, I call upon the very tyrant himself, to show me a page of history, either sacred or profane, on which a verse can be found, which maintains, that the Egyptians heaped the *insupportable insult* upon the children of Israel by telling them that they were not of the human family. Can the whites deny this charge? (Walker 24)

Walker también reservaba palabras notablemente duras para aquellos afroamericanos que fuesen partidarios de la “asimilación”, es decir, de los matrimonios con blancos o blancas: “I would not give a *pinch of snuff* to be married to any white person I ever saw in all the days of my life” (Walker 22). En un día de verano de 1830, apenas un año después de la publicación de “Walker’s Appeal”, David Walker, de cuarentaicinco años de edad, fue hallado muerto cerca de su tienda debido a la tuberculosis que sufría. Vivió y murió como un hombre libre, muy a pesar de los tiempos que tuvo que presenciar.

Algunos esclavos, sin embargo, podían realizar el sueño de aquellos muchos millones que no podían, y de los muchos miles que lo intentaban infructuosamente. Frederick Douglass, nacido en esclavitud, enviado a Baltimore a trabajar como sirviente en una casa y más tarde a un astillero, aprendió a leer y escribir casi de manera autodidacta; y a los veiniún años, en 1838, emprendió

su camino al norte, donde consiguió romper las cadenas de la condición de esclavo que le venía impuesta de nacimiento y convertirse en uno de los hombres negros más famosos de su tiempo, cambiando la servidumbre por el oficio de escritor, conferenciante y editor de un pequeño periódico. En su autobiografía, *Narrative of the Life of Frederick Douglass* (1845), da cuenta de los primeros recuerdos de su vida en esclavitud:

My mother and I were separated when I was but an infant—before I knew her as my mother. It is a common custom, in the part of Maryland from which I ran away, to part children from their mothers at a very early age. Frequently, before the child has reached its twelfth month, its mother is taken from it, and hired out on some farm a considerable distance off, and the child is placed under the care of an old woman, too old for field labor. For what this separation is done, I do not know, unless it be to hinder the development of the child's affection towards its mother, and to blunt and destroy the natural affection of the mother for the child. This is the inevitable result. (Douglass 16)

La suposición de Douglass sobre esta práctica sistematizada de “arrancar” a los recién nacidos de los brazos de sus madres no es en absoluto errada. La idea era disolver todo concepto de familia para evitar apegos innecesarios, dificultando así una confraternización excesiva entre los esclavos. La idea, quizá, fuese que sin relaciones sociales no hay asociación; y sin asociación no hay rebelión. Como indica Douglass, a las mujeres demasiado ancianas para labores en los campos se les encomendaba el cuidado de aquellos que aún eran demasiado jóvenes para servir en los cultivos. Sin embargo, en el intento de disolver la familia—al menos en el sentido convencional del concepto—este sistema de desapego forzado entre madres e hijos acabó cambiando la unidad familiar nuclear (padre, madre e hijos) por la familia comunal. George P. Rawick da cuenta de este fenómeno en *From Sundown to Sunup* (1972): se podía observar que la comunidad esclava empezó a funcionar acorde a una especie de sistema de parentesco generalizado en el que todos los adultos cuidaban de todos los niños, difuminando las barreras entre “mis hijos, de los cuales yo soy responsable” y “tus hijos, de los cuales tú eres responsable” (Rawick 93). Esta especie de relación familiar comunal—siguiendo con Rawick—era más funcionalmente integrativa y servía mejor para solucionar los problemas concretos de los esclavos que el patrón de familias nucleares convencionales, compuestas de miembros altamente individualizados. De hecho, este modelo de “familia” hizo mucho más que limitarse a evitar la destrucción de la personalidad (desarraigo, sentimiento de no pertenencia y de abandono, etcétera), y cubrir los huecos fruto de la separación parental forzosa: fue parte fundamental del proceso social del cual surgen, ya a mediados del siglo XX, el *black pride*, la identidad negra, su cultura y comunidad y, en última instancia, la rebelión del colectivo afroamericano en EE. UU.. Fue dentro de este sistema de “familia colectiva” en el que creció Frederick Douglass en su vida como esclavo. Aunque nunca llegó a estar seguro de quién era su verdadero padre, todo apuntaba

a que era el dueño de la plantación en la que nació. Lo fuese o no, poco importaba, porque las leyes estipulaban que cualquier hijo de madre esclava soportaría la misma vida que ésta, independientemente de quién fuera su padre:

The whisper that my father was my master, may or may not be true; and, true or false, it is of but little consequence to my purpose whilst the face remains, in all its glaring odiousness, that slaveholders have ordained, and by law established, that the children of slave women shall in all cases follow the condition of their mothers; and this is done too obviously to administer to their own lusts, and make gratification of their wicked desires profitable as well as pleasurable; for by this cunning arrangement, the slaveholder, in cases not a few, sustains to his slaves the double relation of master and father. (Douglass 17)

Como apunta Douglass, aquellas mujeres que tuviesen hijos fruto de las violaciones de los negreros no sólo les hacía ahondar en los niveles del concepto de esclavitud, además contribuían a aumentar el capital de mano de obra del dueño que las explotaba. Por su parte, aquellos hijos e hijas de dueños de esclavos no sólo no disfrutaban de mejores condiciones de vida, sino que tenían aún peores expectativas que los demás esclavos: su mera existencia, apunta Douglass, era una ofensa para la esposa del negrero, ya que le recordaban las execrables debilidades de su marido, y jamás estarían contentas salvo cuando estos esclavos se hallaban bajo el látigo. De este modo, se convertían no sólo en cómplices, sino en parte activa a la hora de agravar las nefastas condiciones de la vida en esclavitud.

Huir de una plantación, emprender el camino marcado por la estrella polar y conseguir alcanzar el norte a salvo tampoco garantizaba deshacerse de la condición de esclavo de por vida. En 1850 se aprobó en el Congreso el Fugitive Slave Act, que supuso una importante concesión a los estados del Sur, quizá en compensación por admitir como estados no esclavistas de la Unión a aquellos territorios obtenidos tras la guerra México-Americana<sup>17</sup>. El acta nació para facilitar a los dueños de esclavos “recuperar” a ex-esclavos fugados o, simplemente, atrapar a ciudadanos de color asegurando que eran esclavos fugados<sup>18</sup>. Los ciudadanos negros del norte organizaron la resistencia a la nueva ley, a Millard Fillmore (décimo tercer presidente de los Estados Unidos) por ser el firmante de dicha ley y al senador Daniel Webster por apoyarla. Al año siguiente, en 1851, en Syracuse (New York), un esclavo fugado fue capturado y llevado a juicio. Una

---

<sup>17</sup> La Guerra México-Americana se desarrolló entre 1846 y 1848. La firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo puso fin al conflicto, y supuso la anexión a los EE. UU. de los territorios—hoy estados—de Texas, Luisiana, Oklahoma, Nuevo México, Arizona, California, Nevada, Utah y parte de los estados de Colorado y Wyoming. Semejante cesión de territorio supuso para México una pérdida de más de la mitad de su extensión.

<sup>18</sup> El relato *Twelve Years a Slave*, de Solomon Northup (1853), ofrece otro interesante testimonio sobre la huida de la esclavitud y sus peligros, y de cómo podía apresarse a un hombre libre bajo la suposición de que era un esclavo fugado.

muchedumbre irrumpió en el juzgado, redujo a los *Marshals* a punta de pistola y liberó al acusado (Zinn 181). A la luz de semejantes acontecimientos, se puede afirmar que Frederick Douglass sabía que la vergüenza de la esclavitud no pertenecía únicamente al sur, sino a toda la nación por ser cómplice de ella. En su discurso del Día de la Independencia de 1852, Douglass proclamó:

Fellow citizens, pardon me, and allow me to ask, why am I called upon to speak here today? What have I or those I represent to do with your national independence? Are the great principles of political freedom and of natural justice, embodied in that Declaration of Independence, extended to us? And am I, therefore, called upon to bring our humble offering to the national altar, and to confess the benefits, and express devout gratitude for the blessings resulting from your independence to us? ... There is not a nation of the earth guilty of practices more shocking and bloody than are the people of these United States at this very hour.

Go search where you will, roam through all the monarchies and despotisms of the Old World, travel through South America, search out every abuse and when you have found the last, lay your facts by the side of the everyday practices of this nation, and you will say with me that, for revolting barbarity and shameless hypocrisy, America reigns without a rival.” (Douglass, “Independence Day Address” 4)

Este discurso fue pronunciado en 1852, casi diez años después de la publicación de *Narrative of the Life of Frederick Douglass, An American Slave*. En un sentido muy general se puede decir que el tono del discurso para el Día de la Independencia es algo más afilado que el tono de la autobiografía, si bien es cierto que habría que evitar hacer una lectura de ambos textos con idénticos criterios. En la autobiografía, como puede extraerse del propio título, el cometido del texto es narrar una vida en esclavitud y la huida de esta vida, narrar los horrores del sistema esclavista de un modo puramente descriptivo. Pero los años que transcurrieron entre su huida y su discurso en el Día de la Independencia no sólo no trajeron mejoras cualitativas para la población afroamericana, sino que ocurrió más bien al contrario, a tenor de la promulgación del Fugitive Slave Act de 1850 mencionada anteriormente. Se puede entender, de este modo, la apreciable evolución del discurso de Douglass entre 1845 y 1852, la evolución entre la voluntad de narrar y conmovedor, y la voluntad de agitar e inflamar. Su autobiografía tuvo la utilidad de enfrentar a la opinión pública con el mundo en el que vivían, con aquello que no salía de las plantaciones, con aquello que ocurría a su alrededor y que muchos no querían creer. Frederick Douglass no sólo se rehízo a sí mismo cuando huyó de aquella condena de vida esclava impuesta desde su nacimiento, sino que también contribuyó a reconfigurar la percepción de una realidad que muchos blancos preferían ignorar, como reconoce el abogado y abolicionista Wendell Phillips en una carta dirigida al propio Douglass:

After all, I shall read your book with trembling for you. Some years ago, when you were beginning to tell me your real name and birthplace, you may remember I stopped you, and preferred to remain ignorant of all. With the exception of a vague description, so I continued, till the other day, when you read me your memoirs. I hardly knew, at the time, whether to thank you or not for the sight of them. ... In all the broad lands which the Constitution of the United States overshadows, there is no single spot—however narrow or desolate—where a fugitive slave can plant himself and say, “I am safe.” The whole armory of Northern Law has no shield for you. (Douglass 13)

La sola militancia abolicionista en el norte no servía de mucho si todo el aparataje legislativo, judicial y ejecutivo seguía consintiendo—cuando no fomentando—el sistema esclavista. Este detalle, en apariencia trivial, acabó llevando a conflictos tácticos en el seno del propio movimiento abolicionista, incluso entre Frederick Douglass y William Lloyd Garrison, periodista, amigo personal de Douglass y autor mismo del prólogo de su *Narrative*. La aparente trivialidad de la cuestión reside en la obviedad de que la esclavitud no terminaría si no terminaba la colaboración gubernamental con el sistema esclavista. Pero, mientras un sector de la militancia abolicionista podía permitirse esperar a la llegada de reformas graduales, había otro sector de la militancia que no tenía tanto tiempo: los esclavos fugados, aquellos que tenían a todo el mencionado aparataje legislativo, judicial y ejecutivo en su contra. Douglass expresó las diferencias tácticas entre abolicionistas blancos y negros en un discurso de 1857:

Let me give you a Word of the philosophy of reform. The whole history of the progress of human liberty shows that all concessions yet made to her august claims have been born of struggle. The conflict has been exciting, agitating, all-absorbing, and for the time being, putting all other tumults to silence. It must do this or it does nothing. If there is no struggle there is no progress. Those who profess to favor freedom and yet depreciate agitation, are men who want crops without plowing out the ground, they want rain without thunder and lightning. They want the ocean without the awful roar of its many waters.

This struggle may be a moral one, or it may be a physical one, and it may be both moral and physical, but it must be a struggle. Power concedes nothing without demand. It never did and it never will. (Douglass “Two Speeches” 21)

Los abolicionistas blancos se preciaban de su rectitud moral, creían en el cambio a través de los mecanismos políticos existentes, a través del diálogo, porque sabían que la razón estaba de su parte y se impondría tarde o temprano. Si bien es cierto que muchos abolicionistas blancos ponían su libertad y su integridad física en juego por la causa, no es menos cierto que, a pesar de todo, ellos no eran más que actores secundarios en el escenario de la esclavitud en los Estados Unidos. La comunidad afroamericana, que soportaba los rigores del sistema en toda su intensidad,

entendía de otro modo la selección de herramientas para luchar contra el esclavismo. Tanto en el norte como en el sur, los esclavos y esclavos liberados se mostraban más dispuestos a la acción directa, a involucrarse en revueltas o insurrecciones armadas. No renegaban de los mecanismos tradicionales, también abogaban por el uso de las leyes, las urnas, la Constitución... cualquier herramienta que les granjeara avances efectivos y reales era bienvenida. Los abolicionistas blancos hicieron una labor valiente, pionera y necesaria desde púlpitos, atriles, imprentas, editoriales y publicaciones, con su colaboración activa en el Underground Railroad<sup>19</sup>. Los abolicionistas negros, aunque menos publicitados, eran la columna vertebral del movimiento contra la esclavitud. Antes de que W. L. Garrison empezara a imprimir en 1831 el *Liberator* en Boston, que sería la publicación de referencia del movimiento abolicionista, la primera convención nacional de afroamericanos ya se había celebrado en Filadelfia, en septiembre del año anterior (Ernest 59); David Walker ya había escrito su “Appeal” (1829) y otra publicación abolicionista editada por ciudadanos afroamericanos, el *Freedom’s Journal*<sup>20</sup> ya estaba en circulación. Los abolicionistas blancos, aunque en muchos casos acabaron siendo las figuras más visibles a ojos de la historia, no hicieron sino sumarse a un movimiento que ya estaba en marcha.

Por otro lado, y a pesar de que la aportación de los blancos al movimiento abolicionista fue considerable e innegable, los negros se vieron obligados a librar una batalla paralela y casi constante contra el racismo inconsciente—aunque profundamente arraigado—entre sus compañeros de movimiento. Esta realidad tampoco pasó desapercibida para Douglass, compañero de Garrison en su *Liberator* hasta que en 1847 fundó su propia publicación en Rochester, el *North Star*, lo que le llevó a fuertes desavenencias con el que fuera el autor del prólogo en su *Narrative*. En 1854, durante una conferencia de ciudadanos afroamericanos, Frederick Douglass declaró:

Our people must assume the rank of a first-rate power in the battle against caste and Slavery; it is emphatically our battle; no one else can fight it for us, and with God’s help we must fight it ourselves. Our relations to the Anti-Slavery movement must be and are changed. Instead of depending upon it we must lead it. (Duberman 155)

A pesar de semejante toma de conciencia por parte del sector afroamericano del movimiento abolicionista, había otro sector dentro de éste obstaculizado por triplicado: las mujeres. Eran abolicionistas en un país esclavista, eran negras en un mundo de blancos, y eran

---

<sup>19</sup> En la obra de ficción *Underground Railroad* de Colson Whitehead (2016) y en la biografía escrita por Catherine Clinton *Harriet Tubman: The Road to Freedom* (2004) se desarrolla de manera más extensiva el fenómeno del Underground Railroad. Es digno de mención el hecho de que Whitehead se recrea en lo ficcional de su narración y convierte el *Underground Railroad* en una red de túneles subterráneos.

<sup>20</sup> El *Liberator* se imprimió y distribuyó entre 1831 y 1865, y el *Freedom’s Journal* entre 1827 y 1829. El primero, además de ser una publicación abolicionista, también abogaba por los derechos de la mujer. El segundo ostenta el honor de ser la primera publicación fundada y editada por ciudadanos afroamericanos en los Estados Unidos. Se puede encontrar más información sobre ambas publicaciones en Ripley, C. Peter: *The Black Abolitionist Papers* o en Rhodes, Jane: “The Visibility of Race and Media History”.

mujeres en un movimiento liderado por hombres. A pesar de la notable labor de mujeres como Harriet Tubman o Sojourner Truth, el hecho de que las mujeres afroamericanas ocupasen una posición secundaria (en el mejor de los casos) no es difícil de creer, habida cuenta de que la desigualdad entre géneros sigue siendo un pesado lastre aún hoy en día. Sojourner Truth fue una abolicionista nacida en esclavitud con el nombre de Isabella Baumfree, que consiguió huir al norte con su hija. En 1853, durante una convención por los derechos de la mujer, Truth habló ante una muchedumbre dividida entre quienes habían asistido a prestar apoyo y quienes habían ido a boicotearlo:

I know that it feels a kind o' hiss'n' and ticklin' like to see a colored woman get up and tell you about things, and Woman's Rights. We have all been thrown down so low that nobody thought we'd ever get up again; but we have been long enough trodden now; we will come up again, and now I am here. ... I do not want any man to be killed, but I am sorry to see them so short-minded. But we'll have our rights; see if we don't; and you can't stop us from them; see if you can. You may hiss as much as you like, but it is comin'. Women don't get half as much rights as they ought to; we want more, and we will have it. (Pullon Fitch y Mandziuk 112)

Frederick Douglass estaba presente en aquel discurso como defensor del derecho a voto para las mujeres; también estaba W. L. Garrison. A pesar de sus diferencias de método, ambos coincidían en que la lucha por la emancipación de los esclavos debía incluir a las mujeres. Este hecho es destacable si se considera que en la mayoría de las historias de *Self-Made Men* impera el individualismo, no es frecuente que el personaje en cuestión se concentre en nada más allá que su propio éxito y su prosperidad.

Viendo en retrospectiva la vida de Frederick Douglass, se puede llegar fácilmente a la conclusión de que nos encontramos ante un ejemplo de auténtico *Self-Made Man*. En su *Narrative of the Life of Frederick Douglass* podemos aprender cómo consiguió escapar de la vida que le fue impuesta por nacimiento, cómo se rebeló ante el determinismo de su condición, cómo se negó a ser el hombre que el sistema económico de su época quería obligarle a ser. Y fue precisamente ese propio sistema el que contribuyó al nacimiento de la idea de escapar de él, casi por casualidad, al cambiar el lugar de explotación, al llevarle a la ciudad. El propio Douglass cuenta cómo fue a parar a la casa de una mujer, Sophia Auld, que no había tratado antes con esclavos y que antes de contraer matrimonio dependía únicamente de su oficio de tejedora para ganarse la vida, lo que sin duda había contribuido a mantenerla lejos de los “destructivos y deshumanizantes efectos de la esclavitud” (Douglass 38). Esta primera visión de una mujer independiente y trabajadora, ganándose la vida tan dignamente como la época permitía, y que no se servía de mano de obra esclava para aumentar sus ganancias, encaja bastante bien en la posterior posición de Douglass

respecto al sufragio femenino. Volviendo a la cuestión anterior, la llegada de Douglass a la ciudad como catalizador de su idea de huir al norte, el autor nos cuenta que existían diferencias sustanciales entre la vida de un esclavo de ciudad y la vida de un esclavo de plantación:

A city slave is almost a freeman, compared with a slave on the plantation. He is much better fed and clothed, and enjoys privileges altogether unknown to the slave on the plantation. There is a vestige of decency, a sense of shame, that does much to curb and check those outbreaks of atrocious cruelty so commonly enacted upon the plantation. ... Every city slaveholder is anxious to have it known of him, that he feeds his slaves well; and it is due to them to say, that most of them do give their slaves enough to eat. (Douglass 40)

Fue a través del contacto con la esclavitud que el alma bondadosa de Sophia Auld se pervirtió, en esa ebriedad de “irresponsable poder” (Douglass 38) que supone saberse superior y con control absoluto sobre la vida de otro ser humano, privado de su humanidad misma y degradado a mera propiedad. No obstante, antes de ser corrompida por ese desmedido poder sobre el otro que otorgaba el tener la propiedad de un esclavo, Sophia Auld enseñó a Douglass algunos fundamentos de lectura. Naturalmente estas enseñanzas fueron fruto de una inusitada convergencia de buenas intenciones en la dueña, puesto que no era frecuente ni aconsejable enseñar a un esclavo a leer. En el momento que Thomas Auld supo que su esposa estaba enseñando a leer a un esclavo, puso fin a tales enseñanzas. Enseñar a leer a esclavos, como apunta Douglass, no sólo era peligroso, sino que era ilegal:

Mr. Auld found out what was going on, and at once forbade Mrs. Auld to instruct me further, telling her, among other things that it was unlawful, as well as unsafe, to teach a slave to read. To use his own words, further, he said, “If you give a nigger an inch, he will take an ell. A nigger should know nothing but to obey his master—to do as he is told to do. Learning would spoil the best nigger in the world. Now,” said he, “if you teach a nigger (speaking of myself) how to read, there would be no keeping him. It would at once become unmanageable, and of no value to his master. As to himself, it could do him no good, but a great deal of harm. It would make him discontented and unhappy”. (Douglass 39)

En ese momento, Douglass estaba en la ciudad de Baltimore, Maryland. No hay constancia de que el estado de Maryland en concreto prohibiese expresamente enseñar a leer a los esclavos, aunque sí es cierto que tras la rebelión de Nat Turner en 1831 muchos estados perseguían oficial u oficiosamente instruir a los esclavos en las letras. Eugene Genovese señala que el pánico post-insurreccional influyó directamente en la legislación de estados del sur como Alabama, pero que tuvo reflejos constatables hasta en estados más septentrionales. En Arkansas, Tennessee o

incluso Maryland los códigos penales se resistieron a reprimir explícitamente la enseñanza a esclavos, pero la opinión pública estaba muy lejos de apoyar tal actividad (Genovese 562). No obstante, aquellos esclavos, pocos, que aprendían a leer solían difundir sus conocimientos entre los demás esclavos. Y las ciudades solían ser entornos especialmente propicios para este efecto:

The estimate by W.E.B. Du Bois that, despite prohibitions and negative public opinion, about 5 percent of the slaves had learned to read by 1860 is entirely plausible and may even be too low. Undoubtedly, most of the literate slaves lived in the towns and cities or had worked in them for some time. Towns and cities provided a friendlier climate, not so much because of a more liberal white public opinion as because of the favorable opportunities that local conditions opened up to black initiatives. Free Negroes and literate slaves had some space to teach others, even at the risk of punishment. Black efforts appear to have been more important than white in this respect, although some whites either out of a sense of duty or for pecuniary gain, conducted illegal schools. (Genovese 563)

En este fragmento se puede ver el fundamento general de la negación rotunda de Thomas Auld a que su esposa Sophia enseñase a leer a Douglass: semejante conocimiento en poder de un esclavo le sitúa en un lugar de cierta igualdad intelectual ante su dueño. Esa “igualdad”, esa constatación de que la lectura no es un arte inalcanzable para el esclavo, invita al desafío. El desafío, de no ser atajado a tiempo, invita a la insurrección: primero, una insurrección de bajo impacto como es enseñar a otros esclavos a leer, saltándose la ley o el contrato social (hubiese o no leyes que lo prohibiesen, enseñar a leer a los esclavos no estaba bien visto en ningún caso); después, insurrecciones de más recorrido, como la de Nat Turner o similares. Además, la lectura en un esclavo ponía en peligro las relaciones de poder no sólo por esa sensación de igualdad anteriormente mencionada, sino también porque la habilidad para leer le abría la puerta al contenido de toda la propaganda abolicionista que había en circulación. Definitivamente, no era seguro enseñar a un esclavo a leer. El otro motivo por el que Thomas Auld no quería que Douglass aprendiera a leer porque eso le volvería un infeliz tampoco es tan descabellado como pueda parecer en un principio. Josiah Henson, esclavo fugado a Canadá desde Maryland, reflexionó sobre lo que supuso para él aprender a leer:

It was, and has been ever since, a great comfort to me to have made this acquisition; though it has made me comprehend better the terrible abyss of ignorance in which I had been plunged all my previous life. It made me also feel more deeply and bitterly the oppression under which I had toiled and groaned. (Genovese 562)

El autoritarismo de Thomas Auld al no permitir que Douglass fuera instruido en la lectura no era desacertado desde el punto de vista de la perpetuación del esclavismo. Tales medidas no

eran veleidosas y ocultaban el miedo a una amenaza real al *statu quo* del dueño respecto al del esclavo. Sin embargo, la prohibición que Auld pronunció delante de Douglass, como cabe suponer, no hizo sino suscitar más su interés: lo único que consiguió fue despertar en el esclavo el irrefrenable deseo de seguir aprendiendo a leer, fuera cual fuere el coste. Más aún, entendió que el hecho de ostentar esa habilidad era una parte fundamental en el camino hacia la libertad:

I now understood what had been to me a most perplexing difficulty—to wit, the white man’s power to enslave the black man. It was a grand achievement, and I prized it highly. From that moment, I understood the pathway from slavery to freedom. ... Though conscious of the difficulty of learning without a teacher, I set out with high hope, and a fixed purpose, at whatever cost of trouble, to learn how to read. (Douglass 39)

Aquí radica uno de los motivos por los que se puede considerar a Douglass uno de los pocos *Self-Made Men* originales. El concepto de *Self-Made Man*, como se pretende demostrar en esta investigación, está rodeado de no poco ornamento y teatralidad. Muchos de aquellos que se arrojan esta especie de título lo hacen olvidando privilegios o ayudas con las que contaban ya en el punto de partida. Frederick Douglass, en cambio, no sólo no ostentaba privilegio alguno, sino que tenía en su contra todo un aparataje económico y social dispuesto para que él mismo, todos aquellos que le precedieron en similares circunstancias y todos aquellos que le imitarían no lograsen alcanzar sus metas. Se tiene en muy alta estima la máxima de “empezar desde cero”, y no sin razón; muchos lo han hecho, pero no tantos han llegado verdaderamente lejos. La vida de Douglass no ha de considerarse un comienzo desde cero, sino un comienzo desde más atrás. En un discurso titulado “Self-Made Men”, pronunciado en 1859, Frederick Douglass da su propia visión a este respecto:

I have said “Give the Negro fair play and let him alone.” I meant all that I said and a good deal more than some understand by fair play. It is not fair play to start the Negro out in life, from nothing and with nothing, while others start with the advantage of a thousand years behind them. He should be measured, not by the heights others have obtained, but from the depths from which he has come. For any adjustment of the seals of comparison, fair play demands that to the barbarism from which the Negro started shall be added two hundred years heavy with human bondage. Should the American people put a school house in every valley of the South and a church on every hill side and supply the one with teachers and the other with preachers, for a hundred years to come, they would not then have given fair play to the Negro. (Douglass, *Speeches* 577)

Que el *Self-Made Man* afroamericano no empezaba desde cero es una de las ideas centrales de este capítulo y que el propio autor corrobora. Ni siquiera empezar con las mismas oportunidades—educación, trabajo asalariado, etcétera—que un hombre blanco en el año en que

fue pronunciado este discurso significaba una igualdad *real* de oportunidades, a tenor de los siglos de opresión a la población afroamericana que los Estados Unidos tenían en su haber. El sistema socioeconómico estaba opuesto en su totalidad a que esta población disfrutase de una igualdad auténtica, mientras que la población blanca contaba con justamente lo opuesto: un sistema hecho por y para hombres blancos. El Frederick Douglass que pasó a la posteridad, el escritor de libros, orador, abolicionista, director de un periódico, etc. no es el Frederick Augustus Washington Bailey nacido en febrero de 1818 en Maryland. Ese hombre no era considerado una persona, era una propiedad. Como ocurre con las propiedades, con las herramientas y con las mercancías, su existencia misma se limitaba a su “vida útil”, a tanto tiempo como fuese capaz de generar ganancias para su propietario. Ese hombre tenía una vida determinada, un futuro determinado. Frederick Bailey murió en 1838, cuando renunció a la vida de esclavo y obtuvo su libertad tras superar innumerables peligros. Así nació el hombre nuevo, en aquella época en la que los “recién nacidos” de más de veinte años de edad eran frecuentes, por suerte, y también por desgracia. Y como se hace aquellos que acaban de venir al mundo, recibió un nuevo nombre:

The name given me by my mother was, “Frederick Augustus Washington Bailey.” I, however, had dispensed with the two middle names long before I left Maryland so that I was generally known by the name of “Stanley”. When I got to New York, I again changed my name to “Frederick Johnson,” and thought that would be the last change. But when I got to New Bedford, I found it necessary again to change my name. . . . I gave Mr. Johnson the privilege of choosing me a name, but told him he must not take from me the name of “Frederick.” I must hold on to that, to preserve a sense of my identity. Mr. Johnson had just been reading the “Lady of the Lake<sup>21</sup>”, and at once suggested that my name be “Douglass.” From that time until now I have been called “Frederick Douglass,” and as I am more widely known by that name than by either of the others, I shall continue to use it as my own. (Douglass, 96)

Al Frederick Douglass que *nació* en libertad en 1838 aún le quedaban muchas cosas por ver y por hacer: ensayos, publicaciones, conferencias, lucha... El país en el que ahora vivía como hombre libre seguía tolerando lo intolerable, seguía consintiendo la ignominia de la esclavitud y seguía haciendo de su libertad y de la libertad de aquellos ciudadanos afroamericanos que compartían su camino algo puramente circunstancial y contingente, algo que podía serles arrancado en cualquier momento para devolverles a la vida de la que habían conseguido escapar.

Douglass tomó conciencia de la libertad que había conseguido, y en qué términos la había conseguido. Para Benjamin Franklin el auténtico *Self-Made Man* habría de gozar de una libertad

---

<sup>21</sup> “The Lady of the Lake” es un poema narrativo de Walter Scott, publicado por primera vez en 1810. Dos de sus protagonistas son James y Ellen Douglas, por lo que el apellido aparece muy frecuentemente.

de actos y movimiento que en un hombre blanco como el propio Franklin, en el contexto estadounidense, se daba por sentada hasta tal punto que ni siquiera es algo en lo que se ahonde en sus obras. La realización última del *Self-Made Man* consistiría en lograr la independencia económica, siendo esta independencia la que garantizaría de facto cualquier otra libertad o independencia necesarias para el pleno desarrollo del individuo. En un discurso pronunciado en 1865, al concluir la Guerra de Secesión, “What the Black Man Wants”, Frederick Douglass demuestra que la liberación de los esclavos y la obtención de la libertad no eran circunstancias sinónimas, que ni siquiera estaban unidas por la causalidad. La guerra había acabado, y aquellos a quienes antes se privaba hasta de su misma humanidad pasaron a ser ciudadanos estadounidenses. No obstante, como la historia ha demostrado, la emancipación afroamericana en los Estados Unidos no la trajo el fin de la Guerra de Secesión. El fin de la guerra supuso únicamente el comienzo de una nueva etapa. Ahora disfrutaban de libertad pero, ¿era realmente así, o sólo era una consideración formal? Opinó Douglass en su discurso:

I hold that policy is our chief danger at the present moment; that it practically enslaves the Negro, and makes the Proclamation of 1863<sup>22</sup> a mockery and delusion. What is freedom? It is the right to choose one's own employment. Certainly it means that, if it means anything; and when any individual or combination of individuals undertakes to decide for any man when he shall work, where he shall work, at what he shall work, and for what he shall work, he or they practically reduce him to slavery. He is a slave. (Douglass, “What the Black Man Wants” 1)

Teniendo presente el fragmento citado, podría decirse que pocos o ninguno de aquellos que alcanzaron la libertad antes, durante o tras la Guerra de Secesión fueron verdaderamente libres, dueños de su vida e independientes. Ni siquiera el propio Frederick Douglass, que, de algún modo, acabó siendo *esclavo de su libertad*: el relato de sus hazañas, el patrocinio de abolicionistas blancos como Garrison, su relación con la prensa escrita, su posterior empleo como reclutador... No cabe duda de que Douglass disfrutó de una cierta independencia económica, máxime si es comparado con la situación media del ciudadano afroamericano en la posguerra. Douglass pudo formar una familia y vivir con dignidad. Pero, ¿se puede decir que Douglass llevó una vida de acuerdo con las máximas de Franklin? Probablemente no. Su independencia económica lo era en tanto que podía sustentar a una familia mediante sus ingresos, pero cabe plantear la duda razonable respecto a si podría haber logrado lo mismo sin el patrocinio inicial. Entiéndase esta consideración no como un demérito de lo que logró Douglass, sino como una necesaria revisión

---

<sup>22</sup> Aquí Douglass se refiere a la Proclamación de Emancipación de 1863, según la cual todo esclavo que se encontrase en cualquiera de los Estados declarados en rebelión contra la Unión quedaba automáticamente liberado. Sobre esta Proclamación se hablará con más detenimiento en el capítulo dedicado a la figura de Abraham Lincoln.

a las máximas franklinianas. El pensamiento hegemónico en la cultura y economía estadounidenses—y prácticamente en todo el ámbito occidental—se precia de haber conseguido un sistema basado en el esfuerzo personal y la meritocracia. En este pensamiento, cualquiera puede abrirse camino hasta la cima del éxito material y la relevancia social aunque parta desde cero, siempre y cuando su camino sea el del trabajo duro, el esfuerzo, la honradez y la austeridad. Estas creencias actúan en base a una mentalidad retributiva propia de una religión: quien llegue a la cima se da por sentado que ha seguido el buen camino; quien no, lo ha intentado, pero en algún momento, a lo largo de su camino a la cima, ha cometido un error, ha sido negligente o descuidado, ha plantado la semilla de lo que a la postre se convertiría en su fracaso. Pero la responsabilidad siempre recae sobre el sujeto, no sobre las circunstancias en que se haya desenvuelto. Aplicando estas consideraciones al caso específico de Frederick Douglass, puede concluirse que en efecto fue, y ha de ser considerado, un *Self-Made Man*. Haciendo balance de su historia, es cierto que sin esas pequeñas ayudas de las que disfrutó no habría alcanzado la relevancia necesaria para que su nombre pasase a la historia. Pero teniendo presente todo aquello que tuvo que superar en su camino, esos apoyos que recibió posteriormente no bastan para restar valor lo conseguido.

Hasta el 20 de febrero de 1895, el día de su fallecimiento, Frederick Douglass veía cómo la crispación se iba apoderando del panorama político estadounidense hasta alcanzar el punto de no retorno aquel 12 de abril de 1861 en Fort Sumter; veía al país consumirse en los fuegos de la guerra sin que esto quebrantase su compromiso con su causa, que era la de tantos otros como él, convirtiéndose en agente de reclutamiento para el 54º Regimiento de Infantería de Massachusetts en 1863, en el que también sirvieron dos de sus hijos, Charles Remond y Lewis Henry (Douglass, XXXIII). Vio al país intentar volver a levantarse en una reconstrucción fallida que se cimentó en falsas promesas de igualdad y reconciliación. Vio que, a pesar de todo, había alguna esperanza en las palabras de uno de los hombres con más eco en el imaginario estadounidense a lo largo del tiempo: Abraham Lincoln, la promesa de un futuro de “malicia hacia nadie y caridad para todos<sup>23</sup>”.

---

<sup>23</sup> Palabras de Abraham Lincoln en su segundo discurso de investidura, pronunciado el 4 de marzo de 1865.

#### **4. Abraham Lincoln, el hombre construido a sí mismo: El *Self-Made Man* como imagen**

I, John Brown, am quite certain that the crimes of this guilty land will never be purged away, but with blood. I had, as I now think vainly, flattered myself that without very much bloodshed it might be done. (Du Bois 365)

Numerosos abolicionistas fueron ajusticiados en el sur ya no con el mero conocimiento del Gobierno Federal, sino con su beneplácito y amparo legal. John Brown, abolicionista ejecutado en 1859, es un ejemplo de ello. También fue el Gobierno Federal el que, por un lado, aplicaba con debilidad las leyes que supuestamente acabarían con el comercio de esclavos y, por otro lado, aplicaba con mano firme e implacable aquellas leyes que garantizasen la recuperación de los esclavos fugados por parte de sus dueños. Fue el Gobierno Federal quien, durante la administración de Andrew Jackson (séptimo presidente de los EE. UU., en el cargo desde 1829 hasta 1837), colaboró con los gobiernos del sur para mantener la propaganda abolicionista fuera de los Estados sureños. Fue la Corte Suprema de los EE. UU. quien declaró en 1857 que el esclavo Dred Scott no se encontraba en disposición de exigir legalmente su libertad porque no era una persona, sino una propiedad<sup>24</sup>.

Semejante gobierno de la nación jamás aceptaría el final de la institución esclavista mediante una insurrección armada, como fue el caso de John Brown o Denmark Vessey, mencionados en el capítulo centrado en Frederick Douglass de esta tesis. La única posibilidad de acabar con un pilar económico de semejante calibre en la nación habría de ser en condiciones controladas por el gobierno y/o las élites económicas. La naturaleza volátil de las insurrecciones las hace poco deseables para los poderes fácticos en tanto que ni las condiciones, ni el resultado, ni el fin del conflicto están bajo su control en ningún momento. De manera que el planteamiento de poner punto final al sistema esclavista se consideraría seriamente sólo cuando las élites políticas y económicas, las del norte en particular, así lo requirieran. Llegado el momento, se necesitaría una figura política lo bastante versátil como para poder disfrazar los motivos económicos de motivos humanitarios o éticos de manera convincente. Fue Abraham Lincoln quien dio con la fórmula perfecta para combinar la necesidad de negocio, las ambiciones políticas del recién creado Partido Republicano<sup>25</sup> y la retórica necesaria del humanitarismo y los Derechos

---

<sup>24</sup> Dred Scott fue el primer esclavo de los Estados Unidos en presentar una demanda reclamando su libertad y la de su familia ante los tribunales, en el caso *Dred Scott contra Sandford* de 1847. En algunas obras citadas, como Zinn o Du Bois, se refieren a este evento como *Dred Scott Decision*.

<sup>25</sup> El fundamento ideológico del Partido Republicano, en el momento de su fundación en la década de 1850 como respuesta a la abolición del compromiso de Misuri, se basaba en el liberalismo clásico y la búsqueda de la prevalencia de las libertades individuales bajo el imperio de la ley. Tras la elección de Lincoln en 1860, el partido ganó los apoyos de las grandes corporaciones, pequeños empresarios, profesionales cualificados y ciudadanía afroamericana. La diferencia fundamental con el Partido Republicano actual

Civiles. Lincoln fue capaz de mantener la idea de la abolición de la esclavitud no como la primera de sus prioridades, pero lo bastante cerca de serlo, de forma que pudiera ponerla en primera posición temporalmente por las presiones de los abolicionistas o, simplemente, por puro pragmatismo político. Lincoln tuvo la gran habilidad de saber mezclar o hacer coincidir los intereses de los muy ricos con los intereses de la comunidad afroamericana en un momento concreto de la historia en el que sendos intereses discurrían paralelos en ciertos aspectos; y, al mismo tiempo, podía usar como aglutinante a un sector creciente en la sociedad norteamericana de la época: la clase media blanca, económicamente ambiciosa y prometedora, así como políticamente activa. Es por esto que Abraham Lincoln es merecedor de un apartado propio en este estudio: es uno de los más fieles representantes del ideal frankliniano del *Self-Made Man* en tanto que no obtuvo su posición por herencia o de nacimiento, sino que supo abrirse camino hasta la cima a base de esfuerzo y constancia. No obstante, como Mark Twain apuntaría muy acertadamente en su momento, semejantes cualidades por sí solas no van a hacer un Benjamin Franklin de cualquiera que las posea<sup>26</sup>. Hay otras muchas variables en juego, como por ejemplo ese tópico tan recurrente en el imaginario popular del “lugar apropiado y el momento oportuno” o algo tan aleatorio como la suerte, por muy macabro que pueda resultar atribuirle esta virtud al personaje que ocupa este capítulo. Como se expondrá a continuación, Abraham Lincoln nunca destacó por ser una persona de grandes dotes físicas y dada al trabajo duro, al menos en el mencionado aspecto físico. Pero pasó merecidamente a la historia como pensador político, orador y defensor de los derechos de la mayoría, disciplinas en las que el trabajo físico queda supeditado a planos más secundarios. Además de sus ya sobradamente conocidas virtudes en el terreno de la política, Lincoln poseía una no menos meritoria capacidad de cálculo, anticipación y oportunidad. Tenía una sobresaliente destreza para adaptar su discurso al público al que se dirigiese, aunque eso supusiera, como se verá en este capítulo, incurrir en contradicciones ya fueran superficiales o bien severas. Dado que gran parte del mito construido alrededor de la figura de Abraham Lincoln proviene de todos los sucesos que rodearon a la cuestión de la esclavitud y la Guerra de Secesión, este capítulo se centrará prioritariamente en estas circunstancias. Considerando además el estudio previo a este capítulo sobre la vida de Frederick Douglass, el estudio de Lincoln con relación a la mitología del *Self-Made Man* ofrecerá puntos de vista desde el lado opuesto al caso de Douglass: el del hombre blanco proveniente de una clase media emergente en el contexto de la época con posibilidades bastante más prometedoras que las de un hombre nacido en esclavitud.

---

viene dada por una alternancia de periodos más progresistas (Lincoln, T. Roosevelt, Eisenhower...) seguidos de periodos mucho más conservadores y regresivos. Tal alternancia se debe a la profunda tensión entre dos de las creencias fundamentales en los EE. UU.: la igualdad de oportunidades y la protección de la propiedad privada, según apunta la autora Heather Cox Richardson en *To Make Men Free: A History of the Republican Party* (2014).

<sup>26</sup> “It is time these gentlemen were finding out that these execrable eccentricities of instinct and conduct are only the evidences of genius, not the creators of it (Twain, *Sketches* 198).

La leyenda de Lincoln ha llegado a tener un calado en el imaginario norteamericano que desafía cualquier posible comparación con cualquier posible precedente en mitología política. Su persona encarna un drama de grandeza y superación, la historia de un hombre que soporta sobre sus hombros el tormento y las cargas morales de un pueblo torpe y pecaminoso, que sufre por ese pueblo y lo redime a través de esos valores tan cristianos de la “malicia hacia nadie y caridad para todos”<sup>27</sup>. El sacrificio último llegaría cuando, en la cima de su éxito, esa empresa de volver a unir a una nación rota reclamara su vida. John Hay, que conoció a Lincoln tanto como éste permitía dejarse conocer, dijo de él en una carta a William Herndon en 1866:

I consider Lincoln Republicanism incarnate, with all its faults and all its virtues. As, in spite of some evidences, Republicanism is the sole hope of a sick world, so Lincoln, with all his foibles, is the greatest character since Christ. (Hertz 308)

Semejante comparación no se puede imaginar en cualquier otra figura política de los tiempos modernos, y es muy elocuente de todo el constructo ideológico—casi religioso—que ya se estaba empezando a formar en torno a la figura del gobernante. Lo que se puede considerar como “saber popular” acerca de Lincoln refleja el contenido de textos como el citado—por ejemplo, pero no únicamente—y simbología conmemorativa. Este imaginario colectivo interpreta estos textos y revitaliza los símbolos a lo largo del tiempo mediante estudios históricos, escultura, arquitectura en forma de monumentos, pintura, etc., creando la llamada “empresa de la reputación” (Schuman 187): representaciones tan repetitivas y sistemáticas que acaban formando la columna vertebral del imaginario colectivo. En el caso de Abraham Lincoln, sería acertado analizar también este conjunto de creencias arraigado en el imaginario colectivo, ya no *en lugar de*, sino también *además de* los vehículos historiográficos considerados objetivos. De este modo, la imagen que ha trascendido del decimosexto presidente, su eco a lo largo de la historia en el imaginario norteamericano puede considerarse una herramienta más en el análisis de la figura.

That man who thinks Lincoln calmly sat down and gathered his robes about him, waiting for the people to call him, has a very erroneous knowledge of Lincoln. He was always calculating, and always planning ahead. His ambition was a little engine that knew no rest. The vicissitudes of a political campaign brought into play all his tact and management and developed to its fullest extent his latent industry. (Herndon 376)

---

<sup>27</sup> Referencia al segundo y último discurso de investidura de Abraham Lincoln, pronunciado el 4 de marzo de 1865. Quedaban treintaiséis días para la rendición del bando confederado en Appomattox (9 de abril), y todos los ojos estaban puestos en aquella declamación, la cual se esperaba fuera un anticipo de la política de postguerra. El discurso mantuvo un tono conciliador, y sus líneas finales servirían de referencia a éste en la posteridad: “With malice toward none, with charity for all, with firmness in the right as God gives us to see the right, let us strive on to finish the work we are in, to bind up the nation’s wounds, to care for him who shall have borne the battle and for his widow and his orphan, to do all which may achieve and cherish a just and lasting peace among ourselves and with all nations” (Van Doren 178).

Aunque su fuerte no fueran los negocios<sup>28</sup> sino la política, Lincoln siempre ha sido un ejemplo preeminente de esfuerzo personal, cualidad tan admirada en el ideario norteamericano. Obviamente, no fue el primer político estadounidense en poner en valor sus orígenes humildes para sacar partido de ellos en forma de rédito político o electoral; pero no es menos cierto que pocos han sido capaces de lograr semejante ascenso desde el relativo anonimato a la eminencia en tan poco tiempo. Tampoco son muchos los que puedan decir que durante un ascenso tan meteórico hayan sido capaces de mantener intacta esa imagen de sencillez—casi simplicidad. Ninguno ha dado con la manera de combinar la consecución del éxito y el poder con una consciencia de la humanidad y la responsabilidad moral tan intensa. Fue precisamente en sus logros como hombre común que Lincoln tomó consciencia de su excepcionalidad, y fue bajo ese “foco” que Lincoln interpretó su papel de cara al mundo. Plenamente consciente de ser un ejemplo viviente del ideal del *Self-Made Man*, desarrolló esta faceta con una inamovible consistencia, tan inamovible que casi elevó su actuación a la categoría de arte. El primer actor, el primer dramaturgo de la leyenda de Abraham Lincoln, y también el más apasionado, fue el propio Abraham Lincoln. Como ya se ha mencionado, William Henry Herndon, compañero de Lincoln en la abogacía y futuro biógrafo, dijo de él que “su ambición era un pequeño motor que no conocía descanso”: Lincoln tuvo su objetivo y los medios para llegar hasta él muy presentes desde el principio de su carrera política y supo ejecutar su plan.

El hecho de que Lincoln usase su sencillez como, por así decirlo, “imagen de marca”, no implica que no fuera real o, al menos, estaba cuidadosamente elaborada para parecerlo. Llamaba “madre” a su esposa, y, si recibía a invitados en su domicilio, lo hacía en mangas de camisa, independientemente de la distinción de éstos. Pero, por paradójico que pueda resultar, su aparente sencillez ocultaba un carácter más complejo, en palabras de Richard Hofstadter, “lo bastante complejo como para ser consciente del valor de su propia sencillez” (93). Es por esto que hay motivos para pensar que Lincoln se las ingenió para hacer de su sencillez un telón de fondo y no una pátina o una impostura puntual, como suele ser el estilo habitual de las personalidades políticas de cierto renombre. Se podría decir que Lincoln desarrolló su propia “personalidad política” intensificando o destacando ciertas cualidades que ya poseía *per se* en distintos grados. Incluso durante sus primeras andanzas en política, cuando sus discursos estaban llenos de esa típica rimbombancia de atril en campaña electoral, Lincoln ya empezó a jugar la carta de sus orígenes humildes:

---

<sup>28</sup> A pesar de no ser un gran hombre de negocios, Lincoln ostenta el honor de ser el único presidente de los Estados Unidos con una patente a su nombre. La patente N° 6.469, registrada el 22 de mayo de 1849, presenta un mecanismo para ayudar a las embarcaciones a superar bajíos en caso de encallar. Nunca llegó a fabricarse (Blumenthal 422).

Every man is said to have his peculiar ambition. Whether it be true or not, I can say for one that I have no other so great as that of being truly esteemed of my fellow men, by rendering myself worthy of their esteem. How far I shall succeed in gratifying this ambition, is yet to be developed. I am young and unknown to many of you. I was born and have ever remained in the most humble walks of life. I have no wealthy or popular relations to recommend me. My case is thrown exclusively upon the independent voters of this county, and if elected they will have conferred a favor upon me, for which I shall be unremitting in my labors to compensate. But if the good people in their wisdom shall see fit to keep me in the background, I have been too familiar with disappointments to be very much chagrined. (Van Doren 224)<sup>29</sup>

Es bien sabido que la humildad es uno de los valores cristianos más importantes, junto con la piedad. Pero también hay que tener presente que las virtudes cristianas son poco compatibles—cuando no directamente antagónicas—con el éxito económico o la notoriedad. Sin embargo, no ha de subestimarse el poso ideológico que dejó el Puritanismo en el pensamiento estadounidense respecto a la cuestión del éxito y la notoriedad. Entre los puritanos, semejantes dones eran señal evidente de que habían sido elegidos por Dios. No obstante, mantener una actitud humilde en semejantes circunstancias era obligatorio. Aunque muchas veces esa humildad degenerase en la soberbia de alguien que se sabe elegido por Dios, la modestia, el recogimiento, la moderación, eran las piedras angulares sobre las que descansaba el constructo social y religioso en las comunidades puritanas:

Humility is one of the major Puritan virtues, but the virulence with which the Puritans berated, scorned, and reviled themselves goes far beyond an ordinary concept of humility. Self-hatred was endemic among the Puritans, and were it not the fact that suicide was a sin, one might well have expected much higher suicide rates than actually appear. (Murphey 147)

La figura mítica del *Self-Made Man* nace y se desenvuelve en la sociedad estadounidense, una sociedad en la que, en términos generales, puede decirse que se valora positivamente la ambición y la acumulación; una sociedad en la que surge la igualmente mitificada máxima del *from rags to riches*, y en la que hay un poso bastante notable de darwinismo social en la noción ideológica del Destino Manifiesto, concepto derivado del “excepcionalismo” estadounidense. Esa idea del excepcionalismo nació antes incluso que la propia nación, cuando John Winthrop se

---

<sup>29</sup> Extracto del primer discurso de campaña de Lincoln, pronunciado en New Salem, Illinois, el 9 de marzo de 1832. En aquel momento, Lincoln contaba veintitrés años de edad y presentaba su candidatura para la Cámara de los representantes del estado de Illinois. Competía contra otros doce candidatos para cuatro escaños en la Cámara. Acabó octavo, a 150 votos de poder optar a escaño, lo cual es bastante meritorio, porque Lincoln en aquel momento no llevaba ni siquiera un año viviendo en el distrito.

refería a los primeros asentamientos coloniales como “a city upon a hill”. Semejante sociedad puede aceptar esas llamadas “virtudes cristianas”, incluso puede dar un paso más allá e instrumentalizarlas para cimentar determinados constructos ideológicos—como el ya mencionado Destino Manifiesto; pero esa aceptación nunca excederá los límites de lo teórico. De hacerlo, esas virtudes religiosas pasarían de ser un apoyo ideológico a ser un obstáculo. El auténtico principio motor del éxito y la riqueza material es la ambición, que fácilmente puede tornar avaricia o soberbia dependiendo del ángulo de observación. Y, siguiendo con la retórica religiosa, la avaricia y la soberbia no son virtudes precisamente, son pecados capitales. En un mundo movido por el interés privado y el esfuerzo individual—nunca colectivo—en que casi podría decirse que se premia la depredación, la piedad y la humildad no pasan de ser meras imposturas, artilugios de control para inculcar el conformismo en las masas.

En semejante entorno, ¿puede un hombre satisfacer sus aspiraciones y aun así permanecer moralmente íntegro? La respuesta, como tantas otras cosas, dependerá del punto de vista, y es difícilmente expresable en términos absolutos. Pocos *Self-Made Men* reconocerán, una vez alcanzada la cima de su éxito, que se han servido de herramientas moralmente censurables para dicho fin. Obviamente eso desmerecería la épica de su relato y pondría en evidencia una retórica del éxito en torno a la cual se ha construido buena parte de todo el sistema sociocultural y económico de los Estados Unidos.

La clave para entender gran parte de aquello fundamental en el pensamiento y el carácter de Lincoln reside en el hecho de que, por elección propia y por preparación, él era político. Sería difícil pensar en cualquier hombre de estatura comparable cuya vida se viera tan completamente absorbida por su entidad pública. Lincoln se sumergió en la política de manera prácticamente inmediata al comienzo de su vida adulta y nunca se ocupó en ninguna otra carrera profesional, salvo ese breve período en el que un desfavorable giro en la situación política le devolvió casi forzosamente a la práctica de la abogacía. Su vida se reduce en su mayoría a juntas políticas y convenciones, congresos del Partido Republicano y discursos, proyectos de ley, recomendaciones, estratagemas, ardides y ambiciones. El 29 de diciembre de 1885, pocos meses después de su muerte, Herndon escribió sobre Lincoln en una carta: “It was in the world of politics that he lived. Politics were his life, newspapers his food, and his great ambition his motive power” (Hertz 116). Otra observación, también de Herndon:

In common with other politicians, he never overlooked a newspaper man who had it in his power to say a good or bad thing of him. The press of that day was not so powerful an institution as now, but ambitious politicians courted the favor of a newspaper man with as much zeal as the same class of men have done in later days. I remember a letter Lincoln once wrote to the editor of an obscure little country newspaper in southern Illinois in

which he warms up into him the following style. “Friend Harding: I have been reading your paper for three or four years and have paid you nothing for it.” He then encloses ten dollars and admonishes the editor with innocent complacency: “Put it into your pocket, saying nothing further about it.” Very soon thereafter, he prepared an article on political matters and sent it to the rural journalist, requesting its publication in the editorial columns of his “valued paper”. (Herndon 376)

Como si de una estudiada partida de ajedrez se tratase, Lincoln rara vez hacía algo de manera ociosa o sin un propósito, en su cabeza ya tenía planeados todos los movimientos posibles. Al igual que su padre, era perezoso para el trabajo físico (Herndon 325). Pero, al contrario que su progenitor, él gozaba de una mente activa y analítica. El fragmento citado de Herndon da buena cuenta de ello. A los quince años de edad ya se entretenía ensayando discursos políticos hasta que su padre le devolvía a sus tareas. Le interesaba escuchar alegatos de abogados y ocupar su mente con ellos (Hofstadter 95). Sólo leía si la lectura tenía un fin particular y concreto, y consideraba inútil todo aquello que no fuera a tener una utilidad práctica inmediata (Hertz 95). Durante años, Herndon mantuvo en su despacho el *Westminster Review*, el *Edinburgh Review* y otras publicaciones periódicas inglesas; las obras de Darwin, Spencer y otros escritores británicos. Pero su éxito a la hora de despertar el interés de Lincoln fue más que discreto. Cuando leía, prefería hacerlo en voz alta. Herndon se interesó por esa particular costumbre, a lo que él respondió: “I catch the idea by two senses, for when I read aloud I hear what is read and I see it; and hence two senses get it and I remember it better, if I do not understand it better” (Hertz 95)<sup>30</sup>. Estos son los hábitos de lectura de alguien ya no pragmático, sino de alguien que se entrena para el atril.

Para un joven con estas costumbres y sin mucho talento para los negocios, las mejores oportunidades en las praderas de Illinois pasaban por el ministerio de la fe, el derecho o la política. Pero sus inquietudes discurrían muy lejanas al sacerdocio:

Lincoln’s religious skepticism at New Salem, which some of his latter-day admirers have found hard to accept, rests on a broader foundation than his attraction to Burns<sup>31</sup>. There is strong evidence of his familiarity in New Salem with the two authors whose names at that time were synonymous with religious skepticism, Thomas Payne and Constantin de Volney. (Wilson 77)

No obstante, siendo Lincoln un hombre de fuertes convicciones religiosas—si bien muy poco ortodoxas—como se dice de él que era en su vida privada, cabe la posibilidad de que la personalidad política en la que habría de convertirse en los años que estaban por llegar aunase

---

<sup>30</sup> Extracto de una carta de Herndon escrita el 21 de octubre de 1885.

<sup>31</sup> El autor se refiere a Robert Burns (1759–1796), uno de los más célebres poetas escoceses. En el libro de Ferenc Morton Szasz *Abraham Lincoln and Robert Burns: Connected Lives and Legends* (SIU Press, 2008) se estudia en más profundidad la relación entre ambas personalidades históricas.

cierta parte de jurista, otra de político y otra de reverendo. Y puede que esa fuera en cierta medida una de las claves de su éxito político. A los veintitrés años, sólo siete meses después de haber llegado a la pequeña comunidad de New Salem, Lincoln ya era candidato a la Cámara del estado de Illinois. Previamente a ello había tenido dispares oficios, como barquero, topógrafo, administrador de correos, leñador o peón de labranza (Hofstadter 95). Y de pronto, sin más preparación que los mencionados oficios, pretendía ostentar un cargo electo estatal. No ganó, pero dos años más tarde, en 1834, el condado de Sangamon le enviaría a la Cámara Baja. No fue hasta que su primer mandato prácticamente había acabado que Lincoln estuvo lo bastante cualificado como abogado para ser admitido en el Colegio de Abogados de Illinois. Desde este momento y hasta el final de sus días—salvo el período entre 1849 y 1854, lapso de tiempo en el que sus perspectivas políticas se volvieron poco alentadoras—Lincoln siempre estuvo ocupado en la política, ya fuera como cargo electo o como aspirante. Pero esta vida previa a ella, la historia del leñador que se abrió camino hasta la presidencia de los Estados Unidos, es la que permanece en el imaginario colectivo y añade a la historia de Lincoln, un hombre tan destacable como destacado, la retórica casi épica del *Self-Made Man*.

Como político, no se puede decir que Lincoln fuera ningún disidente. En la cuestión bancaria, en las mejoras internas de los Estados Unidos como país, en la Guerra México-Estadounidense (incluso a perjuicio de su imagen política<sup>32</sup>), en los aranceles, precios e impuestos, siempre fue un firme y ortodoxo miembro del partido *Whig*<sup>33</sup>. Tras la disolución del partido, Lincoln no tardaría en convertirse en un icono dentro del Partido Republicano, fundado en 1854. Fue durante este periodo, sus primeros años en el partido, que Lincoln aprendió ese deliberado y responsable oportunismo que más tarde sería tan característico en su manera de entender la política. En 1848, mientras todavía seguía en el Congreso con el partido *Whig*, Lincoln se unió al sector más conservador del partido al apoyar la candidatura a la presidencia del poco experimentado—pero disponible—Zachary Taylor en lugar del estadista más experimentado del partido, Henry Clay<sup>34</sup>. Lincoln defendió los errores de Taylor diciendo que, lejos de carecer de principios, Taylor se atenía al más elevado de todos ellos: permitir que la gente haga lo que quiera

---

<sup>32</sup> Lincoln fue un firme opositor a la Guerra México-Estadounidense, hasta el punto de llegar a ser denominado por sus rivales del Partido Demócrata “ranchero”, que era como se conocía a los guerrilleros mexicanos; traidor, “miserable man” (Blumenthal, 362), y demás apelativos acabaron haciendo mella en su imagen. Herndon llegó a intentar persuadirle para que adoptara un perfil más bajo en la cuestión, pero fue en vano: “his sense of justice and his courage made him speak, utter his thoughts, as to the war with Mexico” (Hertz 172).

<sup>33</sup> El partido *Whig*, o los *Whigs*, en el contexto estadounidense, fue el partido en el que Lincoln comenzó su carrera política. Toma su nombre de los *Whigs* británicos, caracterizados por su oposición al pleno poder de la corona. El partido *Whig* se disolvió en 1856 para dar paso al Partido Republicano, activo en el presente.

<sup>34</sup> En lo tocante a la cuestión de la esclavitud, Henry Clay se postulaba como equidistante. No se declaraba “amigo de la esclavitud”, pero prefería “la paz de la supremacía blanca” (Blumenthal 194).

con sus propios asuntos<sup>35</sup>. En aquel momento Lincoln estaba sujeto a un pacto de rotación de candidaturas, por lo que no estaba postulándose para el cargo en el Congreso. De haber sido así, la derrota habría sido casi segura, ya que se oponía abiertamente a la guerra México-Estadounidense. Durante un tiempo pareció que sus andanzas en política habían llegado a su fin, de modo que volvió a su carrera en la abogacía en 1848, preso de una melancolía y depresión considerables. En palabras de Albert Beveridge, “a sadness so profound that the depths of it cannot be sounded or estimated by normal minds” (2: 228). Sus ambiciones apuntaban hacia la vida pública, no tenía aspiraciones de cara a la abogacía, por muy lucrativa que esta práctica pudiera ser. Algunos años más tarde, mientras William Herndon y Jesse Weik (también abogado) estaban preparando su estudio sobre la figura de Lincoln, Herndon se opuso a la voluntad de Weik de resaltar la faceta de Lincoln como eminencia de la abogacía: “how are you going to make a ‘great lawyer’ out of Lincoln? His soul was afire with its own ambition, and that was not law” (Hofstadter 97).

La derogación del Compromiso de Misuri<sup>36</sup> en 1854 supuso la disolución de los dos grandes partidos (Demócrata y Whig) y dio lugar a una situación política más fluida—o convulsa, según se quiera entender. En el caso de Lincoln, esto significó una oportunidad de volver a la política. Durante algún tiempo, la cuestión de la extensión de la esclavitud reavivó al Whig Party, y Lincoln, a pesar de no ocupar ya ningún cargo en éste, se resistía a abandonarlo. Mientras tanto, el Partido Republicano empezó a formar organizaciones locales y estatales en el noroeste a las que Lincoln no quiso unirse, aunque apoyase a John C. Frémont, su candidato (Hofstadter 97). Durante un tiempo jugó sus cartas de tal manera que sus movimientos no molestasen al núcleo duro de los Whigs pero tampoco comprometiesen su posible carrera futura en el Partido Republicano. El objetivo era ser propuesto como candidato a senador en 1855. No obstante, tuvo que afrontar otro fracaso. Con toda su silenciosa pasión, Lincoln anhelaba progresar, llegar a lo más alto, trascender su propia existencia y figurar en—o ser parte fundamental de—la Historia. Fue este impulso tan típicamente americano el que le dominaba en el largo transcurso de su carrera, mucho antes de interesarse siquiera en la cuestión de la esclavitud. Entender las implicaciones de tener semejante impulso como guía es clave para entender gran parte de su ideario político.

---

<sup>35</sup> Cita original: “And to us it appears like principle, and the best sort of principle at that—the principle of allowing the people to do as they please with their own business” (Basler 1: 504).

<sup>36</sup> El Compromiso de Misuri, también denominado el Compromiso de 1820, fue un acuerdo entre representantes de estados de economía esclavista y estados de economía industrial con relación a la regulación de la esclavitud en los territorios occidentales que en un futuro habrían de convertirse en estados, para mantener la mayoría, o igualdad al menos, entre el número de estados contrarios a la esclavitud y los esclavistas. Para un análisis más detallado sobre las implicaciones del Compromiso, ver *The Missouri Compromise and Its Aftermath: Slavery and the Meaning of America*, de Robert Pierce Forbes (2007).

Si se juzgan las épocas históricas por las oportunidades que ofrecen a las personas con talento para destacar y ascender a posiciones de riqueza, poder y prestigio, la época que vio crecer a Lincoln se puede considerar una de las más propicias en este sentido—siempre que se fuera un hombre blanco, obviamente. Mientras que muchas historias sobre las dificultades que Lincoln atravesó durante su juventud son ciertas, no es menos cierto, e igualmente digno de señalar, que el éxito le llegó de una manera bastante repentina y a una edad bastante temprana. A los veinticuatro años de edad, Abraham Lincoln era un personaje moderadamente anónimo. A los veintiocho ya era líder de su partido en la cámara baja del estado de Illinois, gozaba de cierto renombre por haber traído la capital a Springfield, era extremadamente popular en el condado de Sangamon así como en la propia capital y compañero de uno de los más hábiles abogados del estado. Sobre sus primeros años en Springfield, Herndon escribió:

No man ever had an easier time of it in his early days, in boyish, in his young, struggles than Lincoln; he had always had influential and financial friends to help him; they almost fought each other for the privilege of assisting Lincoln; he was most certainly entitled to this respect. I have watched men and women closely in this matter. Lincoln was a pet, a faithful and an honest pet in this city; he deserved it. Lincoln was a poor man and must work his way up, he was ambitious, fired by it; it eclipsed his better nature, and when he used a man and sucked all the uses out of him, he would throw away the *thing* as an old orange peeling. (Hertz 135)

Teniendo presente que Herndon idolatraba a Lincoln, se puede considerar que el fragmento citado no constituye una crítica hostil *per se*. Sin embargo, también da cuenta de que esa naturaleza apacible y bondadosa que se le atribuye a Lincoln no era una constante, también gozaba de un sentido del pragmatismo rayano en la depredación. En lo tocante a esas “amistades influyentes” en lo social y financiero que menciona Herndon tampoco hay ningún escándalo. La política estadounidense—por ejemplo, pero no únicamente—y las élites económicas siempre han disfrutado de una muy cordial y pública amistad, de ahí la naturalidad con la que Herndon habla de ellas. El caso de Lincoln no es una excepción, y su historia de orígenes humildes y trabajo duro no era sino un motivo más por el que tenerle como amigo servía de propaganda. Como se viene exponiendo, el mito del *Self-Made Man* es muy fuerte en la cultura americana, y tiene una amplia influencia porque satisface un igualmente amplio espectro de necesidades. En política, como es el caso, el mito sirve para hacer patentes unos ideales de progreso democrático e individualismo. A nivel económico, como también es el caso considerando la estrecha relación que mantiene con la esfera política, el mito sirve para enmascarar la perturbadora presencia del poder corporativo sobre el devenir de toda una nación. El mito proporciona, también, la idea de crear una identidad individual que satisfaga las necesidades de la sociedad para lograr la posición de prestigio y/o riqueza. Dicho de otra manera, el mito del *Self-Made Man* es un libreto teatral que anima al actor

a protagonizar la obra; pero aun siendo protagonista el actor ha de ceñirse al libreto. El mito del *Self-Made Man* invita a *destacar sin destacar*, a alcanzar una posición sobresaliente siempre y cuando dicha posición se ciña a unos valores sociales y económicos muy concretos. Lincoln sabía interpretar este papel como pocos.

En una carta de 1858 en la que hablaba del crecimiento del Partido Republicano, Lincoln observó: “much of the plain old democracy is with us, while nearly all the old exclusive silk-stocking Whiggery is against us. I do not mean nearly all the old Whig party; but nearly all of the nice exclusive sort” (Basler 3: 340). Este agudo sentido de no-pertenencia a esa “buena y exclusiva clase” era un valor político de doble sentido, del que podría sacar partido o que podría perjudicarlo. La clave fundamental se reduce a saber qué decir en función de la audiencia presente. A lo largo de su carrera política, especialmente al comienzo, este sentido de desapego permitía Lincoln hablar con cierta propiedad, y hasta sinceridad, de principios jeffersonianos mientras apoyaba medidas hamiltonianas<sup>37</sup>. Por razones públicas y privadas, a Lincoln no le gustaba ser relacionado con la aristocracia por sus afiliaciones políticas, y llegó a quejarse de ser considerado el candidato preferido de la oligarquía (Hofstadter 99). Aun así es cierto que, al menos en su etapa política más temprana, nunca llegó a ser abierta y francamente demócrata. En el clima social de Illinois subió posiciones siendo considerado un conservador moderado, y el Partido Demócrata, en la época de Lincoln, era fundamentalmente conservador. Al igual que el Partido Republicano fue tomando giros conservadores a lo largo de su historia, el Partido Demócrata recorrió el mismo camino, pero en sentido contrario: a lo largo de su trayectoria ha ido adoptando políticas de corte más socialmente progresista, si bien en lo económico nunca se han apartado demasiado del liberalismo, al igual que el Partido Republicano. En la campaña de su reelección para la legislatura de 1836, Lincoln envió al periódico *Sangamo Journal* una declaración con sus ideas en la que se incluía lo siguiente:

I go for all sharing the privileges of the government who assist in bearing its burdens. Consequently I go for admitting all whites to the right of suffrage who pay taxes or bear arms (by no means excluding females). (Beveridge 1: 152)

En la sección primera del artículo VII de la Constitución de 1818 del estado de Illinois ya se otorgaba el sufragio a todo varón blanco que excediese los veintiún años de edad, sin más

---

<sup>37</sup> En la tradición política estadounidense siempre se ha hablado de la dicotomía *Hamiltonian-Jeffersonian*. De manera muy resumida, se puede decir que los principios hamiltonianos sostienen que el ser humano es irracional y corrupto por naturaleza y, en consecuencia, el gobierno ha de ser fuerte, muy centralizado e indiferente a la voluntad popular. En el lado contrario, la política de corte jeffersoniano sostiene que el ser humano es racional y con voluntad de superación personal; de modo que el gobierno ideal ha de responder a esta naturaleza protegiendo el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, y siendo un gobierno de poder limitado, sensible a la voluntad del pueblo. En la colección de ensayos compilada por Joseph Dorfman y R. G. Tugwell *Early American Policy: Six Columbia Contributors* (1960) se ofrecen visiones más detalladas sobre el contraste entre políticas hamiltonianas y jeffersonianas.

requisitos; de modo que la proposición de Lincoln aparentaba ser progresista en tanto que se mostraba favorable al sufragio femenino, pero globalmente suponía un paso atrás al pedir también una acreditación económica. Sin embargo, la inclusión parentética de la mujer, asumiendo que fuera en serio, ya era lo bastante atrevida. La democracia de Lincoln aún no era lo bastante amplia como para trascender la barrera del color de la piel, pero a pesar de ello seguía teniendo más amplitud que la democracia profesada por muchos de sus vecinos, compañeros y contemporáneos. Había, no obstante, un extraño contraste en su personalidad en aquello tocante a la esclavitud. Su práctica política era, como poco, prudente, casi temerosa; pero su discurso desarticulaba con facilidad toda posible—y supuesta—lógica del argumentario pro-esclavitud. Sus agudos ataques contra el sistema esclavista delatan las preocupaciones de un hombre más comprometido con la causa de lo que sus acciones políticas serían capaces de revelar. Un compromiso discursivo sin acción política real para respaldarlo puede ser indicativo de varias circunstancias: bien puede deberse a una hoja de ruta oportunista que vio un nicho electoral creciente del que podría sacar partido; o bien puede deberse a unas fuertes convicciones morales que quedan estériles a la hora de traer un cambio tangible, aun ostentando una posición política prominente. En cualquier caso, ninguno de los dos escenarios dice mucho en favor del sistema político estadounidense de la época, subordinado a los intereses económicos y que se opone a una realidad flagrantemente inhumana sólo de palabra.

No sería hasta 1854, siete años antes del estallido de la Guerra de Secesión, que Lincoln llevase la cuestión de la esclavitud a la primera línea de su discurso público. En esta ocasión fue particularmente agudo al señalar que la lógica de los defensores de la esclavitud era profundamente antidemocrática. No sólo en el escenario sureño, sino en las relaciones humanas en general. La esencia de esta posición era que el principio de exclusión no tiene un sentido más profundo que la mera exclusión, que impedir, denostar o agraviar arbitrariamente a una minoría podía sentar un precedente y una suerte de aprobación moral que justifique impedir o excluir a cualquier otra minoría en el futuro con la misma arbitrariedad, y que semejantes antecedentes crean un estado mental colectivo en el que nadie puede esperar justicia o seguridad. En agosto de 1855, Lincoln escribió en una carta a Joshua F. Speed<sup>38</sup>:

I am not a Know-Nothing. That is certain. How could I be? How can any one who abhors the oppression of negroes, be in favor of degrading classes of white people? Our progress

---

<sup>38</sup> Joshua Fry Speed era un viejo amigo de Abraham Lincoln, a quien conoció en Springfield. Speed era un inversor inmobiliario que acabaría siendo cargo electo durante una legislatura en Kentucky. La relación entre Lincoln y Speed ha sido objeto de numerosas especulaciones sobre la orientación sexual del decimosexto presidente de los EE. UU. En una biografía de tres tomos publicada en 1926, Carl Sandburg habla de la relación entre Lincoln y Speed como “a streak of lavender, and spots soft as May violets” (Sandburg 128). En el momento en que semejante biografía fue publicada, el concepto de *lavender* tenía ciertas connotaciones relativas a la homosexualidad. De hecho, en posteriores ediciones de la misma biografía, esta palabra sería eliminada.

in degeneracy appears to me very rapid. As a nation, we began by declaring that “*all men are created equal.*” We now practically read it “all men are created equal, *except negroes.*” When the Know-Nothings get control, it will read “all men are created equal, except negroes, *and foreigners, and Catholics.*” When it comes to this I should prefer emigrating to some country where they make no pretense of loving liberty—to Russia, for instance, where despotism can be taken pure, and without the base alloy of hypocrisy. (Basler 2: 324)

A los ojos de Lincoln la Declaración de Independencia vuelve, de este modo, a ser lo que fue para Jefferson: no sólo una teoría formal de derechos, sino un instrumento democrático. Era Jefferson hacia quien miraba Lincoln como fuente de inspiración política, de quien decía que “era, es y quizá continuará siendo el más distinguido político de nuestra historia” (Beveridge 3: 245). “Los principios de Jefferson son las definiciones y los axiomas de la sociedad libre”, declaró en 1859 en un discurso en Springfield. La Declaración de Independencia no era únicamente un texto de cabecera en el credo de Lincoln, también constituía su más formidable fuente de munición política. No obstante, la Declaración nunca fue mucho más que eso, un texto de referencia, y nunca formó parte consistente de su programa. La Declaración era un texto revolucionario—en el sentido histórico del término—y esto Lincoln lo sabía y lo tenía aceptado. En una de sus primeras declaraciones públicas, asegura:

Any people anywhere being inclined and having the power have the right to rise up and shake off the existing government, and form a new one that suits them better. This is a most valuable, a most sacred right—a right which we hope and believe is to liberate the world. Nor is this right confined to cases in which the whole people of an existing government may choose to exercise it. Any portion of such people that can may revolutionize and make their own of so much of the territory as they inhabit.

More than this, a majority of any portion of such people may revolutionize, putting down a minority, intermingled with or near about them, who may oppose this movement. Such minority was precisely the case of the Tories of our own revolution. It is a quality of revolutions not to go by old lines or old laws; but to break up both, and make new ones. (Beveridge 2: 129)

Así habló Lincoln, el teórico de la revolución. Había otro Lincoln, el abogado, el que daba prioridad a las reglas establecidas y reverenciaba la sanción constitucional. Este otro Lincoln siempre condenaba públicamente a los abolicionistas que luchaban contra la esclavitud por medios *extraconstitucionales*. Este Lincoln, antes incluso de cumplir los treinta años de edad, advertía a los jóvenes de Springfield que el no respetar las observaciones legales acabaría por destruir las “instituciones libres” en los Estados Unidos, y les animaba a conseguir que la

reverencia por las leyes “se convirtiera en la religión política de la nación” (Beveridge 1: 229). Uno de estos dos Lincolns suprimió la secesión y rechazó reconocer ese derecho a la revolución que, como tan atrevidamente aseguró, obraba en poder del pueblo. Uno de estos dos Lincolns pospuso todo lo posible tomar medidas contra la secesión como—por así decirlo—“medio revolucionario”. ¿A qué puede deberse este conflicto ideológico? ¿Gozaba Lincoln, como *Self-Made Man*, de la total autonomía de un hombre que sabe que no se debe a nadie más que a sí mismo?

Como pensador económico, Lincoln era un apasionado de la clase media, la gran y abrumadora mayoría. Hablaba para esos millones de estadounidenses que habían empezado sus andanzas como mano de obra asalariada y habían prosperado hasta las esferas de los pequeños empresarios, de los abogados de renombre, de los terratenientes o los propietarios. Hizo suyas las grandes máximas de la ética frankliniana: trabajo duro, frugalidad, perseverancia... estas virtudes, conjugadas con algo de talento y habilidad durante el tiempo suficiente, habrían de poder elevar a cualquier hombre de entre las masas a la clase de los grandes profesionales y le brindarían independencia y respeto, si no riqueza y prestigio. Lincoln era uno de tantos feligreses en la parroquia del *Self-Made Man*. El análisis de esta faceta del pensamiento de Lincoln difiere entre autores. En palabras de Hofstadter, esta percepción del mundo y sus posibilidades de prosperar no era tan errónea en tiempos de Lincoln como pudiera parecer ahora:

This conception of the competitive world was by no means so inaccurate in Lincoln's day as it has long since become, neither was so conservative as time has made it. It was the legitimate inheritance of Jacksonian<sup>39</sup> democracy. It was the belief not only of those who had arrived but also of those who were pushing their way to the top. If it was intensely and at times inhumanly individualistic, it also defied aristocracy and class distinction. (Hofstadter 103)

Por otro lado, Eli Cook, en un exhaustivo estudio sobre la socioeconomía estadounidense, apunta:

---

<sup>39</sup> *Jacksonian democracy* refiere a una filosofía política decimonónica de los EE. UU. iniciada en el mandato de Andrew Jackson. En términos generales, este período se caracterizó por un espíritu democrático construido sobre unos supuestos principios de igualdad política en lugar de los que Jackson denominaba un “monopolio” del gobierno por las élites. Aunque al comienzo del mandato de Jackson el sufragio ya se había extendido a una mayoría de ciudadanos adultos, varones y blancos, se buscaba reforzar la participación del público en el gobierno, en la elección de jueces y en la reescritura de varias constituciones estatales. En otras cuestiones, los jacksonianos apoyaban el concepto del Destino Manifiesto y a menudo coincidían con el partido Whig en que las disputas sobre la cuestión de la esclavitud era mejor evitarlas. En la obra *American Political Thought*, de Alan P. Grimes (1960), se elaboran con más detalle los pormenores de la democracia jacksoniana y la relación de ésta con la cuestión de la esclavitud.

Wage-laborers had no chance at becoming their own employers because wages were far too low and therefore they could not accumulate any savings. Like Abraham Lincoln and most other Americans of era, the (statistical) bureau chiefs conceded that if the laborer could earn enough to accumulate his own capital, the wage-system could be legitimized as a stepping-stone to republican, proprietary independence. Their statistical inquiries, however, illustrated that if the current status quo remained, few workers would have the opportunity to attain self-employment, leaving the wealthy few with a monopoly on credit and capital. (Cook 260)

Quizá el fallo de concepto en Hofstadter reside en la suposición de que en la América de Lincoln el ascenso a la cima se daba en igualdad de condiciones para todo aquel que quisiera intentarlo. Como se ha visto en capítulos anteriores, suponer igualdad *real* de condiciones es, como poco, suponer demasiado. No todos los hombres empezaban desde cero, al menos no en un “cero” equiparable en términos absolutos, aplicable a todos los individuos en todos los escenarios. El “cero” de Lincoln fue un mundo de clase media blanca estadounidense. El “cero” en muchos otros casos era la esclavitud, como fue el caso de Frederick Douglass, o la inmigración. De este modo, lo que para Lincoln significaba el principio del camino, para otros podía suponer el resultado de toda una vida de lucha. La idea de que esta visión del mundo “desafiaba a la aristocracia y a la distinción entre clases” (Hofstadter 103), como se demuestra con Cook, quizá sea también un tanto exagerada. Ciertamente, la historia de los Estados Unidos como nación comienza con una revolución contra la corona británica, de modo que en este preciso contexto quizá no sea aplicable la noción tradicional de “aristocracia” de las monarquías europeas de la época, es decir, el derecho a ejercer el poder u ostentar una posición de prestigio por pertenecer a determinado linaje en el que la hipóstasis de su nobleza es Dios. Pero, una vez obtenida la independencia, Estados Unidos cambió la aristocracia de título nobiliario por una aristocracia nueva, la de los títulos de propiedad. Los grandes terratenientes al principio, después los grandes industriales, se convertirían en la nueva aristocracia. Esto, sumado a la mentalidad retributiva tan característica en sociedades fundamentadas en sentimientos religiosos, confiere a la nueva aristocracia las mismas implicaciones que ya tenía la antigua: Dios como garante de su posición de prestigio. En este sentido, la Guerra de Secesión puede entenderse en parte como la abdicación simbólica de la aristocracia latifundista en favor de la aristocracia industrial.

Pero la vida de Lincoln era una conveniente dramatización del ideal del *Self-Made Man*, ideal que validaba la supuesta capacidad de cualquier individuo de entrar en esa aristocracia estadounidense mencionada. O, al menos, tenía material suficiente como para construir un relato ideológico convincente a su alrededor. La propia—y bastante convencional, dicho sea de paso—

visión de esta ideología del esfuerzo personal queda reflejada en una carta que Lincoln escribió a John D. Johnston<sup>40</sup> en enero de 1851:

Your request for eighty dollars I do not think it best to comply with now. At the various times I have helped you a little you have said: ‘We can get along very well now,’ but in a short time I find you in the same difficulty again. Now this can only happen through some defect on you. What that defect is I think I know. You are not lazy, and still you are an idler. I doubt whether since I saw you you have done a good, whole day’s work in any one day. You do not very much dislike to work, and still you do not work much, merely because it does not seem to you that you could get much for it. This habit of uselessly wasting time is the whole difficulty. It is vastly important to you, and still more to your children, that you break the habit. (Nicolay y Hay 3: 39)

Este fragmento, en el que Lincoln critica la holgazanería de su hermanastro, podría perfectamente haber sido escrito por el mismo Benjamin Franklin. También refleja ese pilar maestro en la religión del *Self-Made Man* que es el trabajo duro y la consiguiente demonización del ocio. Más adelante en la misma carta, Lincoln aconseja a su hermanastro dejar la granja en manos de su familia y conseguir un trabajo por cuenta ajena de la siguiente manera:

You are now in need of some money, and what I propose is that you shall go to work, “tooth and nail,” for somebody who will give you money for it. ... I promise you that for every dollar you will get for your labor between this and the 1<sup>st</sup> of May, either in money or in your indebtedness, I will then give you one other dollar. ... If you will do this you will soon be out of debt, and, what is better, you will have acquired a habit which will keep you from getting in debt again. (Nicolay y Hay 3: 40)

Para Lincoln, darles la oportunidad de hacerse valer a los frugales, a los industriosos y a los capaces, significaría que la sociedad jamás se volviera a ver dividida en compartimentos estancos. No habría gente atrapada a perpetuidad en la base que sostiene la pirámide social, sino que esos “cimientos” estarían en renovación constante, como lo estaría también la cima de dicha pirámide. Dijo a este respecto en 1859:

There is no permanent class of hired laborers amongst us. Twenty-five years ago, I was a hired laborer. The hired laborer of yesterday, labors on his own account to-day; and will hire others to labor for him to-morrow. Advancement—improvement in condition—is the order of things in a society of equals. (Basler 3: 462)

---

<sup>40</sup> John D. Johnston era el hermanastro de Abraham Lincoln. Cuando su madre, Sarah Bush Johnston quedó viuda, contrajo matrimonio con Tom Lincoln, con quien tenía relación de amistad desde la infancia.

Para Lincoln, el examen fundamental de una democracia era el económico, su capacidad para proporcionar oportunidades de ascenso social a aquellos nacidos en sus niveles más bajos. Esta firme creencia en el conjunto de ideas que más tarde conformarían los cimientos del mito del *Self-Made Man* es una de las claves para comprender la práctica totalidad de su carácter político. Explica su popularidad, y en teoría, constituye el núcleo de sus críticas al sistema esclavista. En cierto modo, hay una gran apología del trabajo en la mayoría de los discursos de Lincoln. Una de sus declaraciones más imponentes a este respecto, y quizá una de las más acertadas, fue escrita en 1847:

Inasmuch as most good things are produced by labor, it follows that all such things of right belong to those whose labor has produced them. But it has so happened, in all ages of the world, that some have labored and others have without labor enjoyed a large proportion of the fruits. This is wrong and should not continue. To secure to each laborer the whole product of his labor, or as nearly as possible, is a worthy object of any good government. (Van Doren 296)

El fragmento citado puede parecer, como señala Hofstadter, un pasaje de un manifiesto socialista, pero nunca es adecuado considerar una cita textual sin tener en cuenta las circunstancias en que fue escrita. Esta declaración no es el prefacio de un ataque sobre la acumulación privada de capital ni un argumento a favor de la distribución de la riqueza; es parte de un alegato en defensa de aranceles. Como acertadamente se apunta en Van Doren, el trabajo parece ser el factor económico en el que Lincoln, sin ser economista, estaba realmente interesado, debido al hecho de que, al haber conocido él mismo de primera mano lo que era, estaba muy sensibilizado respecto a su valor (296). En la época de Lincoln, especialmente en las comunidades más reducidas de sus años de juventud, el trabajador aún no había sido capaz de desprenderse, semánticamente hablando, de ser considerado un todo junto con sus herramientas y medios. Los derechos laborales todavía se asociaban a conceptos al estilo de Locke y Jefferson, es decir, el derecho del trabajador a conservar o disponer de su propio producto, del resultado de su trabajo; cuando se hablaba de la sacralidad de la labor, se hablaba, de forma más o menos velada, del derecho a poseer. Estas ideas, que pertenecían más a una edad de trabajadores artesanos, Lincoln las trasladó a un escenario moderno, al mundo industrializado. El resultado es una pintoresca equivocación sobre la que vale la pena detenerse, porque muestra el esquema mental de un hombre dividido entre una economía y otra, que además desea traer justicia para todos los habitantes de la nación y responder a todos y cada uno de sus intereses. Mientras que Lincoln proclamaba la sacralidad del trabajo, la clase obrera en los estados del norte experimentaba una pauperización gradual que, siendo ya notable en etapas *antebellum*, no haría sino agravarse en la América de la posguerra. En 1860, un año antes del estallido del conflicto, Lincoln recorría el país pronunciando discursos para su campaña electoral. El 6 de marzo fue a parar a New Haven (Connecticut), donde el gremio de

zapateros se encontraba en huelga. Los demócratas atribuían a los republicanos el haber instigado las revueltas con fines políticos. Lincoln se encontró con los huelguistas y pronunció un discurso que se convertiría en su declaración oficial de apoyo al derecho de huelga:

I am glad to see that a system of labor prevails in New England under which laborers can strike when they want to, where they are not obliged to work under all circumstances, and are not tied down and obliged to labor whether you pay or not! I like the system which lets a man quit when he wants to, and wish it might prevail everywhere. One of the reasons why I am opposed to slavery is just here. What is the true condition of the laborer? I take it that it is best for all to leave each man free to acquire property as fast as he can. Some will get wealthy. I don't believe in a law to prevent a man from getting rich; it would do more harm than good. So while we do not propose any war upon capital, we do wish to allow the humblest man an equal chance to get rich with everybody else. When one starts poor, as most do in the race of life, free society is such that he knows he can better his condition; he knows that there is no fixed condition of labor for his whole life. ... That is the true system. (Van Doren 592)

Si este discurso tuviera, como de hecho tiene, alguna afirmación discutible, Lincoln nunca hubiera llegado a verla. De haber vivido hasta los setenta años o, simplemente, de no estar cegado por un discurso en el que convenía creer, habría visto cómo esa generación criada con las máximas del esfuerzo personal y el “hacerse a uno mismo” crecería para ver cómo corporaciones empresariales opresivas cerraban la puerta a todas esas supuestas oportunidades que atesoraban los “hombres pequeños”. También habría llegado a ver cómo su partido se revelaría como un chacal económico que pondría el dólar muy por delante del ser humano<sup>41</sup>. De un modo muy retorcido, podría decirse que su prematura muerte le salvó de ver adónde conducían sus políticas—las políticas del partido que presidía, y lo que supondrían en la fallida etapa de la Reconstrucción, la era que sancionó los honestos compromisos del mandato de Lincoln. A pesar de la supuesta devoción de éste por aquellos industriales, por su oficio, por su labor, por la idea de que cada hombre se abriese camino hasta una vida más decente con honradez y trabajo duro, la América que legó Lincoln apenas dejaba lugar a la realización del *Self-Made Man*, idea cada vez más cercana al mito. Cuatro años después del fin de la Guerra de Secesión y de la muerte del presidente, el 8 de junio de 1871, el semanal *The Nation* publicaba lo siguiente:

The proofs are numerous and unmistakable to the almost incredible fact that the condition of the working-classes throughout Massachusetts is a declining one, that the contrast

---

<sup>41</sup> En una carta escrita en 1859, Lincoln critica al Partido Demócrata con una frase que parece pensada para ser recordada: “The Democracy of today holds the liberty of one man to be absolutely nothing, when in conflict with another man's right of property; Republicans, on the contrary, are for both the man and the dollar, but in case of conflict the man before the dollar” (Van Doren 539).

between the relative positions of employer and employed is steadily becoming greater, that the number of men who emerge from the condition of workmen is extremely small, and that the relations between employers and employed are becoming more and more hostile and defiant. ... When we read such things as these, we are introduced to a condition of affairs of which is far from generally known. (Cook 263)

Lejos de ser una consideración *a posteriori*, la certeza de Lincoln de que no existe una clase permanente de trabajadores asalariados apenas tardó diez años en ser desacreditada por la realidad material. Ese consenso colectivo en torno a la igualdad de oportunidades, la creencia en que el trabajo por cuenta ajena sólo era una parada temporal de la clase media blanca en su camino hacia los negocios en propiedad, hacia la independencia económica, ya se había convertido en un mito antes de acabar el siglo. En lo tocante a la cuestión de la esclavitud, no se necesitó ni siquiera una década para constatar que la emancipación de los ciudadanos afroamericanos estaba lejos de ser una realidad. Llegado este punto es cabal preguntarse cuánto había realmente de abolicionista en la persona de Lincoln, siendo esta una de las facetas, junto con su brillante oratoria y su historia de esfuerzo y sacrificio, la que le haría pasar a la historia. Cabe preguntarse si Lincoln tuvo, desde el principio, la abolición de la esclavitud como entre sus objetivos prioritarios. Cabe preguntarse si Lincoln fue un abolicionista concienciado, *hecho a sí mismo* o si, por el contrario y como se ha señalado anteriormente, fue un nicho electoral del que pudo sacar partido en un momento dado. Y, de ser así, cuáles fueron sus motivaciones para este proceder.

Lincoln podía argumentar con lucidez y pasión contra la esclavitud en términos morales mientras que actuaba con una conveniente cautela en la práctica política. Creía que “the institution of slavery is founded on both injustice and bad policy”, pero que “the promulgation of Abolition doctrines tends rather to increase than abate its evils” (Van Doren 605). Lincoln leyó la Constitución con el enfoque más riguroso y ajustado posible—como haría cualquier abogado que respete su oficio—para acabar asegurando que la Décima Enmienda<sup>42</sup> no permitía abolir la esclavitud sin contar con las administraciones de cada estado, ya que aquellos poderes que no se hubieran otorgado explícitamente al gobierno federal pasaban automáticamente a depender de los gobiernos estatales. Cuando, en 1837, se propuso abolir la esclavitud en el Distrito de Columbia, que no tenía los derechos de un estado, sino que estaba sujeto directamente a la jurisdicción del Congreso, Lincoln votó en contra. Arguyó que, siendo constitucional esta propuesta, no podría llevarse a cabo en tanto que no fuera reclamada por la población del propio Distrito sin incurrir en “una violación manifiesta de la buena fe”:

---

<sup>42</sup> Décima Enmienda a la Constitución de los EE. UU.: “The powers not delegated to the United States by the Constitution, nor prohibited by it to the States, are reserved to the States respectively, or to the people” (Norton, 226).

In 1837, as a member of the Illinois Legislature, Mr. LINCOLN, with only four others, voted against the following resolution:

“*Resolved*, that the Government cannot abolish slavery in the District of Columbia against the consent of the citizens of said District *without a manifest breach of good faith.*” (Basler, 4: 104)

La resolución de abolir la esclavitud en el Distrito de Columbia se sometió entonces a votación entre la población. La mayoría de dicha población del distrito era blanca, por lo que esta votación supuso el fin de la iniciativa. Asimismo, Lincoln se negó a condenar públicamente la Ley de Esclavos Fugitivos (*Fugitive Slave Act* o *Fugitive Slave Law*) de 1850. Aun siendo ese hombre de fuertes convicciones éticas que sus más allegados decían que era, también era capaz de abstraerse de esas convicciones, de ignorar el rumbo que le marcaba su brújula moral, y ceñirse del modo más estricto imaginable a las leyes, aun conociendo su intrínseca injusticia. El verdadero principio que se acababa imponiendo era el de una intransigente insistencia en ser moderado. Respecto a la mencionada Ley de Esclavos Fugitivos, dijo Lincoln:

In regard to the fugitive-slave law, I have never hesitated to say, and I do not hesitate to say, that I think, under the Constitution of the United States, the people of the Southern States are entitled to a congressional fugitive-slave law. Having said that, I have had nothing to say in regard to the existing fugitive-slave law, further than that I think it should have been framed so as to be free from some of the objections that pertain to it, without lessening its efficiency. (Van Doren 477)

Por otro lado, en una carta personal a su viejo amigo Joshua F. Speed, reconocía: “I confess I hate to see the poor creatures hunted down and caught and carried back to their stripes and unrequited toil; but I bite my lips and keep quiet” (Van Doren 392). Lincoln se oponía a la esclavitud de manera oficial sólo en lo concerniente al terreno de lo moral, pero se resistía a considerar a los esclavos como iguales. Una temática habitual en su retórica era liberar a los esclavos y “devolverles a África<sup>43</sup>”. Un sinsentido considerable, teniendo presente el hecho de que gran parte de los esclavos que había en la época de Lincoln habían nacido en los Estados Unidos, o bien no procedían de África. En 1858, en su campaña para senador por Illinois, con Stephen Douglas como rival, se puede percibir cómo Lincoln hablaba de manera distinta en función de la audiencia, en función de la posible opinión de ésta sobre la cuestión tratada o incluso en función de la proximidad de los comicios. El 10 de julio, en un discurso en Chicago, expuso:

---

<sup>43</sup> En un discurso pronunciado en 1857 en Springfield, Illinois, y recuperado en Van Doren (427), Lincoln aseguró: “Let us be brought to believe it is morally right, and at the same time favorable to, or at least not against, our interest to transfer the African to his native clime, and we shall find a way to do it, however great the task may be”.

My friends, I have detained you about as long as I desired to do, and I have only to say, let us discard all this quibbling about this man and the other man, this race and that race and the other race being inferior, and therefore they must be placed in an inferior position. Let us discard all these things, and unite as one people throughout this land, until we shall once more stand up declaring that all men are created equal. (Van Doren 451)

Dos meses más tarde, el 18 de septiembre de 1858, Lincoln se encontraba dando un discurso en Charleston, unos trescientos kilómetros más al sur, también en el estado de Illinois, cerca de la frontera con Indiana. En ese discurso, Lincoln declaró:

I will say then that I am not, nor ever have been, in favor of bringing about in any way the social and political equality of the white and black races—that I am not, nor have ever been, in favor of making voters or jurors of Negroes, nor of qualifying them to hold office, nor to intermarry with white people; and I will say in addition to this that there is a physical difference between the white and black races which I believe will forever forbid the two races living together on terms of social and political equality. And inasmuch as they cannot so live, while they do remain together there must be the position of superior and inferior, and as I as much as any other man am in favor of having the superior position assigned to the white race. (Van Doren 493)

Considerando estos fragmentos, la idea de que Lincoln adoptaba públicamente el discurso del abolicionismo como herramienta meramente propagandística cobra fuerza. Independientemente de sus convicciones personales, que no saldrían del ámbito privado hasta después de su muerte, parece evidente que la preocupación por lo inhumano del sistema era un medio y no un fin. Es por esto que, al menos a priori, se puede asumir que el Lincoln abolicionista también se “hizo a sí mismo” de cierta manera. Los motivos para ello, como se verá, son algo más complejos que el puro electoralismo.

Tras la secesión del sur de la Unión, después de que Lincoln fuera elegido presidente en el otoño de 1860, ya como líder del Partido Republicano, tuvo lugar una larga serie de choques políticos entre el sur y el norte. Semejante choque no se debió a la esclavitud como—por ponerlo de este modo—“institución moral”; la mayor parte de la ciudadanía del norte no tenía tantos reparos éticos sobre la cuestión (cosa que ya se demostró en el anteriormente mencionado intento de abolición de la esclavitud en el Distrito de Columbia), y aquellos que sí los tenían se limitaban al activismo de bajo impacto. Su compromiso era claro, pero no tanto como para considerar prestarse al enorme sacrificio de la guerra. El conflicto armado no fue un choque de pueblos, la mayoría de los blancos del norte no gozaba de una economía desahogada ni de poder político; la mayoría de los blancos del sur eran granjeros pobres, también políticamente irrelevantes. La élite del norte quería expansión económica: tierra libre, trabajo libre, tierra libre, mercado libre—

aunque con aranceles altamente proteccionistas, un banco federal de los Estados Unidos, etcétera. Los intereses de las élites esclavistas del sur se oponían a todo aquello, veían a Lincoln y al Partido Republicano como un obstáculo insalvable a su tranquilo y próspero modo de vida, un obstáculo cuyas políticas acabarían por imposibilitar este modo de vida si no se hacía nada por evitarlo. De este modo, cuando Lincoln fue elegido, siete estados del sur se separaron de la Unión: Alabama, Carolina del Sur, Florida, Georgia, Luisiana, Misisipi y Texas. Lincoln comenzó las hostilidades el 12 de abril de 1861 en el intento de tomar la base federal de Fort Sumter, y Carolina del Norte, Arkansas, Virginia y Tennessee se separaron, formando así la Confederación. La Guerra de Secesión había comenzado.

El primer discurso inaugural de Lincoln, en marzo de 1861, tuvo un tono más bien conciliador para con los estados del sur que se habían separado de la Unión. Como señala Rose Strunsky en su obra sobre Lincoln, éste mantenía una y otra vez que no tenía la más mínima intención de interferir con la esclavitud en ningún estado (Strunsky 275). Y en el propio discurso inaugural Lincoln hace especial hincapié en esta idea: “I have no purpose, directly or indirectly, to interfere with the institution of slavery in the States where it exists. I believe I have no lawful right to do so, and I have no inclination to do so” (Van Doren 647). Cuando la guerra definitivamente estalló y cuatro meses más tarde el general John C. Frémont declaró la ley marcial en Misuri y decretó que todo esclavo cuyo dueño se resistiera a la Unión sería liberado, Lincoln revocó la orden inmediatamente, alegando que semejante táctica era “purely political and not within the range of military law or necessity” (Strunsky 170). El presidente estaba desesperado por evitar la secesión de los estados esclavistas de Maryland, Kentucky, Delaware y Misuri. Solamente cuando la guerra se prolongó y las bajas aumentaron fue que la acuciante necesidad de una victoria se hizo patente. Además, las críticas de los abolicionistas amenazaban con disolver la ya débil alianza que respaldaba a Lincoln. Fue entonces, y sólo entonces, cuando Lincoln empezó a actuar contra la esclavitud de manera más tangible. En palabras de Hofstadter, “like a delicate barometer, he recorded the trend of pressures, and as the Radical pressure increased he moved toward the left” (128). Wendell Phillips, abogado y abolicionista, aseguró que si en semejantes circunstancias Lincoln aún era capaz de crecer, “it is because we have watered him” (Hofstadter 128).

El racismo en el norte, más abierto o más inconsciente, estaba tan atrincherado como el sistema esclavista en el sur, y se necesitaría una guerra para remover ambas posturas. Por ejemplo, los ciudadanos afroamericanos en el estado de Nueva York no podían ejercer el derecho a voto si no tenían una propiedad demostrable de al menos 250 dólares, cualificación que no se requería para los blancos:

No male citizen, other than white, shall be subject to taxation, or entitled to vote at any election, unless in addition to the qualifications of age and residence, last above mentioned, he shall be seised [sic] and possessed in his own right of a freehold estate of the value of two hundred and fifty dollars, over and above all debts and incumbrances charged thereon, and shall have been, within the next year preceding the election, assessed, and shall have actually paid a tax to the state or county. (Fox 262)

La propuesta de abolición de esta política se llevó a las urnas en 1860 y perdió abrumadoramente, quedando esta ley en vigor hasta 1870 (Fox 262). Frederick Douglass comentó:

The black baby of Negro suffrage was thought too ugly to exhibit on so grand an occasion. The Negro was stowed away like some people put out of sight their deformed children when company comes. (Zinn 189)

Pese a esa creencia general tan extendida de que esa guerra “encabezada” por el presidente Lincoln tenía como objetivo erradicar la esclavitud, su significado más profundo era muy distinto: el verdadero objetivo siempre fue la reintegración de los estados que abandonaron la Unión. Los abolicionistas, mientras tanto, siguieron con sus presiones al Ejecutivo y lograron llevar al Congreso dos peticiones de emancipación en 1861 y 1862. En julio de 1862, el Congreso aprobó el Acta de Confiscación, en virtud de la cual aquellos esclavos que luchasen del lado de la Unión quedarían liberados. Entonces aún quedaban casi tres años de guerra, pero la necesidad de ponerle fin cuanto antes, así como de aportar efectivos a las filas de los unionistas era ya acuciante. El verdadero talento de Lincoln, como se ha señalado en páginas anteriores, fue su sentido de la estrategia. Mientras se libraba una guerra para recuperar aquellos estados del sur que se rebelaron contra el gobierno federal, Lincoln supo aprovechar la coyuntura para canalizar el descontento de los abolicionistas y atajar una insurrección futura por parte de éstos. Tal insurrección podía no ser violenta, podía ser únicamente a través de mecanismos políticos y activismo de bajo impacto; pero teniendo en cuenta los conatos de rebelión violenta que ya habían ocurrido y la necesidad de Lincoln de contar con todos los apoyos posibles, era un riesgo que no merecía la pena correr. Así, el 22 de septiembre de 1862, Lincoln emitió la Proclamación de Emancipación, advirtiendo que se procedería a ordenar la emancipación de todos los esclavos en aquellos estados que se encontrasen en rebelión contra la Unión. La Proclamación se haría efectiva el 1 de enero de 1863:

That on the first day of January, in the year of our Lord one thousand eight hundred and sixty-three, all persons held as slaves within any State, or designated part of a State, the people whereof shall then be in rebellion against the United States, shall be then, thenceforward, and forever free; and the Executive Government of the United States,

including the military and naval authority thereof, will recognize and maintain the freedom of such persons, and will do no act or acts to repress such persons, or any of them, in any efforts they make for their actual freedom. (Van Doren 746)

Semejante declaración puede parecer atrevida, y ciertamente lo fue, pero todo ha de ser valorado en su justa medida. En el fragmento citado ya se dice que se liberará a los esclavos de aquellos estados que se encuentren *en rebelión* con los Estados Unidos. Más adelante, en el mismo documento, se enumeran qué estados se encuentran en rebelión: Arkansas, Texas, Luisiana, Misisipi, Alabama, Florida, Georgia, Virginia, Carolina del Norte y Carolina del Sur. Todos los estados que aparecen en la Proclamación eran esclavistas, pero no todos los estados esclavistas aparecen en la Proclamación. Los estados de Kentucky, Maryland, Delaware y Misuri ni siquiera son nombrados en el documento, porque aunque eran esclavistas no se encontraban en rebelión ni estaban en manos confederadas. La Proclamación calmó el ánimo de los abolicionistas, animó el espíritu de los ciudadanos afroamericanos, tanto libres como esclavos, y sirvió de antesala para la Decimotercera Enmienda<sup>44</sup>. De este modo, la Proclamación sirvió a esos elevados principios que Lincoln decía defender, perjudicó a los rivales de la Unión, satisfizo a los abolicionistas y, además, tuvo otros efectos de carácter colateral que redundarían en beneficio político para Lincoln, aunque esto último fue de manera más soslayada.

Retomando una idea mencionada al principio de este capítulo, Lincoln tuvo la extraordinaria habilidad de hacer coincidir los intereses de las élites económicas con los intereses de los abolicionistas y, obviamente, con los intereses de aquellos que sufrían los rigores de la esclavitud. Para ilustrar los intereses de las élites económicas se puede tomar el ejemplo de Edward Atkinson, citado en la obra de Eli Cook. Atkinson era un potentado en la industria de la manufactura del algodón, oriundo de Massachusetts. Entre sus preocupaciones habituales como empresario había una muy concreta: los costes de la mano de obra. En 1861 escribió un libro titulado *Cheap Cotton and Free Labor*, en el cual sostenía que la esclavitud debía acabar porque los costes de la producción del algodón podrían ser reducidos si se basaban en un régimen de trabajo asalariado (Cook 281). Algunas factorías de tratamiento de algodón trascendían de la época del concepto de mera fábrica, convirtiéndose prácticamente en ciudades autónomas. Los trabajadores vivían en los alrededores de la fábrica, muy frecuentemente en alojamientos contruidos *ad hoc* por el propio dueño de la compañía. Atkinson no era una excepción en este aspecto. Aunque su principal ocupación era el algodón, Atkinson también tenía otros intereses:

He (Atkinson) was also a one-man political juggernaut. As illustrated by the stunning breadth of his personal papers, which spans 78 volumes and 50,000 pages, while Atkinson

---

<sup>44</sup> La Decimotercera Enmienda fue aprobada el 31 de enero de 1865 y entró en vigor en diciembre del mismo año. Esta enmienda aboliría definitivamente la esclavitud y la llamada “servidumbre involuntaria” (trabajos forzados) salvo en casos de condena por crímenes.

never officially entered politics he was, without a doubt, one of the most powerful political forces in America for nearly half century. Publishing an amazing 291 pamphlets, articles and books in his lifetime and corresponding at a dizzying rate with the most powerful men in the country, from businessmen John Murray Forbes and Andrew Carnegie to Presidents Grover Cleveland, William McKinley and James A. Garfield, Edward Atkinson was—as historian James Livingstone has eloquently put it—a “ubiquitous” presence in the most important political disputes of the era, be it money and tariff reform, the labor question or foreign policy. (Cook 282)

Las élites económicas en el norte rara vez se opusieron al fin de la esclavitud, al menos no desde un punto de vista financiero. Básicamente, la preocupación principal de dichas élites era el coste de producción y las políticas arancelarias más o menos proteccionistas. Lincoln contaba, como reconoce el propio Herndon en sus cartas, con amistades financieramente influyentes ya desde el principio de sus andanzas en política. Su excepcional visión de conjunto le permitió hacer encajar los intereses de lo económico, lo político y lo humano en todos los aspectos en los que le fue posible hacerlo. Su ambición y su capacidad estratégica hicieron el resto.

¿Es Abraham Lincoln representante de ese ideal del *Self-Made Man* tan pródigo en el imaginario estadounidense? La respuesta a esta pregunta es demasiado compleja para poder enmarcarse en la dicotomía del sí y el no. Ciertamente es que Lincoln, nacido en el seno de una familia de clase media, alcanzó las más altas cotas concebibles del éxito ya no sólo material, sino también simbólico. Pasó del anonimato a la relevancia en meteórico ascenso, y el eco de su legado resonaría mucho más allá de su tiempo. Muchas figuras importantes en el panorama político estadounidense reivindicarían la figura de Lincoln en los años que estaban por venir, muchas figuras importantes en el panorama político estadounidense basarían y justificarían sus decisiones asumiendo que “es lo que Lincoln haría”. Varios ejemplos de esta última afirmación pueden encontrarse en la obra de Merrill D. Peterson *Lincoln in American Memory*:

As the Great Depression began, the Republican Party still claimed to be the political house of Lincoln. His birthday was the Republican feast day throughout the country. On February 12, 1931, President Herbert Hoover delivered a nation-wide radio address from the White House. He spoke of Lincoln’s invisible presence in the corridors of power. (Peterson 316)

Este ejemplo sirve para ilustrar la reverencia con la que se trataba a Lincoln más de medio siglo después de su muerte. No obstante, el Lincoln que pasó a la posteridad en el imaginario colectivo no fue el Lincoln que se oponía a considerar a los ciudadanos afroamericanos como iguales. No fue el Lincoln que prefería la posición de superioridad asignada a la raza blanca. Tampoco fue el Lincoln que, aún con la sombra de la inminente Guerra de Secesión cerniéndose

sobre el país, recalcó en su primer discurso como presidente que acabar con la esclavitud estaba lejos de ser una prioridad para él. No fue ese Lincoln al que Wendell Phillips, rival político, llamaba “*that slave-hound*<sup>45</sup> *from Illinois*” (Hofstadter 109). El Lincoln que ha pasado a la posteridad, en muchos sentidos, no es el Lincoln real, sino una especie de producto, una mercancía. La empresa de la reputación que se construyó a su alrededor implicó a biógrafos desde ya desde el propio Herndon, compañero de Lincoln en la abogacía, que le consideraba el personaje más importante desde Jesucristo. Como se ha señalado en este capítulo, esa empresa de la reputación empezó a producir la imagen de Lincoln mucho antes de ese trágico final que le impuso John Wilkes Booth. Lincoln gozaba de amistades influyentes, y tuvo el buen juicio de no contrariarlas. De este modo, su ascenso hasta la cima no tendría más obstáculos de los estrictamente necesarios. ¿Consiguió Lincoln llegar a la prosperidad mediante esa constancia y ese trabajo duro que predicaba Benjamin Franklin? Sin duda. ¿Se valió únicamente de la perseverancia y la honradez para lograr tales metas? Esa es la cuestión verdaderamente opinable. Como se ha demostrado, Lincoln podía tener unas convicciones morales y éticas rígidas en su ámbito privado, pero no dudaba en dejarlas de lado en aras del aplauso del electorado o los poderes económicos, siempre ligados de manera tan indisoluble a la política estadounidense. Incluso en discursos pronunciados en el mismo estado con pocos meses de diferencia se puede percibir esa modulación de sus principios éticos en función de la audiencia. Su actitud en muchas cuestiones se puede reducir a oportunismo moderado por un sentido de la justicia o, si se prefiere, un sentido de la justicia moderado por el oportunismo. Es innegable que Lincoln se hizo a sí mismo y que tras su paso por el mundo la manera de hacer política nunca volvería a ser igual. Blumenthal ofrece una descripción bastante acertada sobre este aspecto:

By almost every ordinary measure he was a paragon of success. Familiar to everybody in Springfield, he was still a new kind of man. Just as he was of the first generation of men to become part of a class of professional party politicians, he was of the first class of relatively prosperous lawyers in the state capital. He had, one of just a few professional townspeople, reached a high rung of social mobility. (Blumenthal 447)

Este hecho no implica que el Lincoln que se recuerda, el *Lincoln-mercancía*, no sea un producto de versiones interesadas. Lincoln fue un *Self-Made Man*, pero sobre todo fue un *Man*. Un ser humano que nació, creció, fue educado y medró en un sistema en el que todo estaba dispuesto para favorecerle. Su ambición y su saber hacer casi siempre le guiaron por los más provechosos senderos, que, siendo un varón blanco con formación académica, eran mucho más numerosos que aquellos senderos a la disposición de, por ejemplo, un varón blanco iletrado—por no hablar de mujeres o esclavos liberados. Lincoln se hizo a sí mismo, y además tuvo la

---

<sup>45</sup> En las plantaciones se empleaban sabuesos para seguir el rastro de esclavos fugados. Estos animales recibían el nombre de *slave-hounds*.

encomiable capacidad de reinventarse hasta cierto punto, lo cual no es óbice para reconocer que el hecho de situar a Lincoln como la más preeminente figura del abolicionismo en los Estados Unidos es, por decir lo menos, de cuestionable justicia.



## 5. R. W. Emerson y el hombre hecho de sí mismo: Reconsideración y reelaboración del mito

Las muertes de Thomas Jefferson y John Adams el 4 de julio de 1826 supusieron un punto de inflexión tanto en la historia estadounidense como en el concepto mismo de la identidad americana. El fervor de la Revolución se vio reemplazado por las políticas jacksonianas, y el idílico agrarismo del período federal<sup>46</sup> fue reemplazado paulatinamente por una rápida industrialización. Los Estados Unidos se encontraban en el umbral de los tiempos modernos, lo que los americanos fueran a hacer con su nueva nación dependía de ellos y sólo de ellos, y el riesgo de fracaso político, económico y moral era una vívida presencia en sus mentes. La generación de americanos que maduró en las primeras décadas del XIX, los que acometieron la dura tarea de darle forma a la identidad de la nación y a su dirección, sabían que la oportunidad y la responsabilidad de formar a este nuevo gigante descansaban sobre sus hombros. Y fue así como encontraron un cometido y una identidad en la corriente de la autoformación, convirtiendo la necesidad en un mito, y declarándose una nación de *Self-Made Men*.

A finales de la década de 1870, Francis Parkman, historiador estadounidense, cargó contra el concepto del *Self-Made Man*:

Our civilization is weak in the head, though the body is robust and full of life. With all the practical vigor and diffused intelligence of the American people, our cultivated class is inferior to that of the leading countries of Europe; for not only does the sovereign Demos think he can do without it, but he is totally unable to distinguish the sham education from the real one. The favorite of his heart is that deplorable political failure, the “self-made man”, whom he delights to honor, and to whom he confides the most perplexed and delicate interests, in full faith that, if he cannot unravel them, then nobody else can. He thinks that he must needs be [sic] a person of peculiar merit and unequalled vigor. His idea of what constitutes him is somewhat singular. He commends as self-made the man who picks up a half education at hap-hazard; but if, no matter with what exertion, he makes use of systematic and effective methods of training and instructing himself, then, in the view of Demos, he is self-made no longer. (Parkman 17)

El ataque de Parkman, en su momento, representaba una aproximación crítica típica de la época contra el ideal del *Self-Made Man*. Previamente, en la etapa de Andrew Jackson<sup>47</sup>, esta

---

<sup>46</sup> Se conoce como período federal a la etapa en que los Estados Unidos se consolidaron como nación. Abarca desde la ratificación de la Constitución en 1788 hasta la primera victoria del Partido Republicano, con Thomas Jefferson al frente, en 1800.

<sup>47</sup> Andrew Jackson (1767–1845) fue el séptimo presidente de los Estados Unidos, en el cargo desde 1829 hasta 1837.

corriente crítica había tenido representación en novelistas como James Fenimore Cooper. Al igual que Parkman, Cooper rechazaba la idea del *Self-Made Man* en favor del concepto de la “aristocracia natural”, la idea del *gentleman* en el sentido tradicional del término. En *The American Democrat* (1838) Cooper defiende la idea de que, a pesar de tener una estructura democrática en el ámbito político, el pueblo estadounidense necesitaba de una clase cultivada que, de algún modo, preservase los valores, el buen gusto y las formas que sirviesen para mantener la distinción y la civilización de toda la sociedad norteamericana:

The social duties of a gentleman are of a high order. The class to which he belongs is the natural repository of the manners, tastes, tone, and, to a certain extent, of the principles of a country. They who imagine this portion of the community useless, drones who consume without producing, have not studied society, or they have listened to the suggestions of personal envy, instead of consulting history and facts. If the laborer is indispensable to civilization, so is also the gentleman. While the one produces, the other directs his skill to those arts which raise the polished man above the barbarian. (Cooper 91)

Según el autor, la masa de la población se encontraba legítimamente comprometida con la satisfacción de las necesidades más inmediatas de la vida. Debido a ello, no disponía del tiempo, o bien de la educación necesaria para avanzar y preservar los valores de una sociedad civilizada y moderna. Para Cooper, si la sociedad únicamente dependiera de la mera satisfacción de sus necesidades naturales o biológicas para perdurar, no habría sociedad en absoluto. Aquello que marca la diferencia entre la condición humana y la condición animal o lo salvaje, sostiene Cooper, es aquello que se haya avanzado en dirección al concepto del *gentleman*, aquello que se haya conseguido progresar más allá de la simple satisfacción de necesidades inmediatas.

Contrariamente a lo que pueda parecer, ni Cooper ni Parkman se oponían a la democracia como forma de gobierno. De hecho, Cooper creía en la democracia como forma política superior, ya no por suprimir el factor hereditario en la jefatura del Estado, sino porque pensaba que la democracia alejaba a la clase cultivada de la corrupción connatural al ejercicio del poder. En una democracia, los hombres adinerados y ociosos teóricamente no tienen por qué ostentar una posición política hereditaria. Liberados así de las luchas de poder, pueden usar su mayor cultivación para guiar la moral y el desarrollo artístico de la sociedad. Pero, en palabras de John G. Cawelti, al rechazar el liderazgo social e intelectual de la clase cultivada “and turning instead to a ridiculous admiration of the Self-Made Man, Americans had embarked on a path that could only lead to a barbaric plutocracy” (Cawelti 79).

Por su parte, Francis Parkman tenía menos inclinación que Cooper a culpar a la masa del pueblo norteamericano. Para él, era la clase más cultivada la que había abdicado de sus

responsabilidades de generar y preservar el conocimiento, de lograr esa posición de prestigio para la cultura estadounidense:

All the vigor of the country drifted into practical pursuits, and the New England man of letters, when he happened not to be a minister, was usually some person whom constitutional defects, bodily or mental, had unsuited for politics or business. He was apt to be a recluse, ignorant of the world, bleached by a close room and an iron stove, never breathing the outer air when he could help it, and resembling a mediæval monk in his scorn of the body, or rather in his utter disregard of it. Sometimes he was reputed a scholar merely because he was nothing else. The products of his mind were as pallid as the hue of his face, and, like their parent, void of blood, sinew, muscle and marrow. (Farnham 243)

Para Parkman, renunciando a los azares de la vida, al mundo exterior, los hombres de letras en Nueva Inglaterra estaban convirtiéndose en “caballeros emasculados” (Cawelti 79) que habían renegado de su función principal, la de mantener, consolidar y dilatar los estándares culturales de la nación por el hecho de haber desconectado de ella, de su gente. Podían tenerse a sí mismos como productores de bellas artes o elevados pensamientos, pero sus semillas no germinarían jamás si no hablaban un idioma que la mayoría pudiera comprender, uno con el que identificarse, un pensamiento que pudiera guiar a la gente en lugar de un pensamiento que les aislase de ella. Como señala Parkman, abandonar la arena política había sido un error capital del hombre de letras. El caballero y estudioso debía regresar a la política, a la primera fila del discurso—discurso que, cada vez más, se veía monopolizado por la temática pretenciosa de autoproclamados *Self-Made Men*. Parkman consideraba vital que esa clase cultivada retomase la autoridad que había perdido tratando de demostrar una estéril superioridad intelectual, retornar a las ásperas y tumultuosas arenas de ese coliseo que es la democracia, vencer al mito del *Self-Made Man* en su propio terreno.

Como críticos del ideal del *Self-Made Man*, se podría decir que Cooper y Parkman eran los análogos estadounidenses de la gran tradición inglesa de Coleridge, Ruskin, Arnold o Carlyle<sup>48</sup>. Los argumentos de Cooper, como se ha podido ver en líneas anteriores, tendían hacia la idea de crear un *establishment* cultural, un sistema organizado de administración del conocimiento, lo que le acercaba a las ideas de Samuel Taylor Coleridge. Coleridge, en *On the Constitution of Church and State* (1839), acuñó el concepto de una “clerecía” mantenida y respaldada por el gobierno con el único cometido de preservar la tradición cultural:

---

<sup>48</sup> Thomas Carlyle ya habló sobre el ideal de la clase cultivada y los hombres de letras en su libro *On Heroes, Hero-Worship, and The Heroic in History* (1841). Asimismo, Emerson escribiría su *Representative Men* nueve años más tarde, obra que también guarda gran similitud con el mencionado trabajo de Carlyle.

The Clerisy of the nation, or national Church, in its primary acceptation and original intention, comprehended the learned of all denominations, the sages and professors of the law and jurisprudence, of medicine and physiology, of music, of military and civil architecture, of the physical sciences, with the mathematical as the common organ of the preceding; in short, all the so called liberal art and sciences, the possession and application of which constitute the civilization of a country, as well as the theological. (Coleridge 49)

Si bien es cierto que las ideas de Parkman o Cooper sobre la clase cultivada les acercaban a aquellas de Coleridge sobre la “clerecía cultural”, no es menos cierto que, de realizarse las ideas de éste, los productos resultantes de esa clerecía serían estériles, inútiles y caducos por provenir de un colectivo totalmente aislado del mundo real, como ya apuntó Parkman. En lo relativo a atacar la invasión de la economía a los dominios de lo cultural y enfatizar la importancia de la cultivación intelectual y artística para poder desarrollar una genuina cultura americana, Cooper y Parkman coincidían con algunas ideas de Matthew Arnold<sup>49</sup>. Pero Arnold no sólo anatematizaba a las clases medias, sino que era también un vigoroso crítico de la aristocracia—a quienes denominaba “filisteos<sup>50</sup>”. Parkman y Cooper, en cambio, no estaban preparados para ir tan lejos. Al contrario que Arnold, ellos aún tenían fe en la virtud e inteligencia de la clase a la que pertenecían: la aristocracia mercantil y terrateniente nacida en los EE. UU. con esa tradición de educación refinada y servicio público que se remontaba hasta los Padres Fundadores. El ataque de Cooper al *Self-Made Man* se veía debilitado por su propio esnobismo y falta de visión política. El hecho de imaginarse que una clase social pudiera ejercer un liderazgo cultural significativo sin tener al mismo tiempo cierto grado de poder político da cuenta de dicha falta de visión. Quizá por provenir de una generación posterior (Cooper nació en 1789 y Parkman en 1851), Parkman reconocía que para guiar al país, la clase cultivada debía también adquirir cierta autoridad política. Aquellos que compartían su punto de vista apoyaban la reforma de los servicios civiles—educación especialmente—como un movimiento político práctico para traer a hombres de educación y cultura al plano de lo público. Pero su visión no llegó a tener el calado que les hubiera gustado. Señala Cawelti:

And yet, insofar as it was supposed to establish the dominance of a specially educated class, this movement this movement only achieved a partial success. The thrust of American democracy was against the ideal of gentlemanly leadership in politics and culture. However valid their criticism of the state of public culture in nineteenth-century

---

<sup>49</sup> Aunque Matthew Arnold es recordado principalmente por ser uno de los grandes poetas ingleses de la era victoriana, también tiene en su haber trabajos como la serie de ensayos *Culture and Anarchy* (1867–68), más enfocados a la crítica sociológica.

<sup>50</sup> Filisteo, en el sentido figurado del término, refiere a una persona indiferente a la cultura e ignorante de las artes. Matthew Arnold lamentaba en *Culture and Anarchy* que gran parte de la sociedad inglesa de su época cayese en el filisteísmo de pensar que la grandeza y bienestar de la nación se debían únicamente a factores económicos.

America, Cooper and Parkman's gentleman could not unseat the self-made man from his place in the public esteem. (Cawelti 80)

Cooper y Parkman creían que la ambición en general, y aquella centrada únicamente en la búsqueda de riqueza en particular, amenazaba los estándares culturales y llevaba inexorablemente a la decadencia de los modales y la moral. Aunque esta especie de sentimiento de clase acomodada tradicionalista o de minoría influyente no llegase a materializarse en un movimiento político concreto, es indudable que siempre ha influido en el desarrollo de la cultura americana desde el mismo nacimiento de la nación. No obstante, el ideal del *Self-Made Man*, como se ha venido demostrando, siempre ha gozado de gran número de defensores filosóficos y culturales. Aunque sus ideas oscilaban desde el concepto de “autocultura” expresado por William Ellery Channing (de quien se hablará más adelante) en su obra “Self Culture” (1838), bastante convencional y siguiendo las líneas marcadas por Benjamin Franklin, hasta las vistas más radicales de Walt Whitman, los defensores intelectuales del *Self-Made Man* estuvieron siempre de acuerdo en que la democracia en lo político y la—supuesta—movilidad económica no eran suficientes hasta que no se complementasen con el pleno desarrollo del potencial espiritual de cada ciudadano a nivel individual. De un modo muy similar al de aquel caballero renacentista ideal descrito por Baldassarre Castiglione en *Il Cortegiano* (1528)<sup>51</sup>, para Whitman, Cooper, Channing, etc., el hombre moderno y democrático en todo su esplendor no sólo debía ser un *Self-Made Man*, sino también un individuo moral e intelectualmente significativo.

Walt Whitman expresó este modelo de pensamiento en *Democratic Vistas* (1871). Su tesis fundamental era que la revolución democrática verdadera no se reducía a la política, sino que también debía de abarcar la cultura y la economía. Whitman estaba lejos de oponerse a la búsqueda del éxito, pero no para el autor el éxito verdadero tenía que trascender las barreras de lo individual:

The extreme business energy, and this almost maniacal appetite for wealth prevalent in the United States, are parts of amelioration and progress, indispensably needed to prepare the very results I demand. My theory includes riches, and the getting of riches, and the amplest products, power, activity, inventions, movements, etc. Upon them, as upon substrata, I raise the edifice design'd in this Vistas. (Whitman 27)

Para Whitman, la riqueza no era un concepto negativo *per se*, pero era necesario explorar y limitar los métodos para obtenerla y orientarlos hacia el bien de la mayoría. El “edificio”

---

<sup>51</sup> En el libro primero de la mencionada obra, Castiglione asegura que el cortesano ideal “querría yo que fuese en las letras más que medianamente instruido, á lo ménos [sic] en las de humanidad . . . por las muchas y diversas cosas que en ella maravillosamente están escritas. No dexé [sic] los poetas ni los oradores, ni cese de leer historias; exercítese [sic] en escribir en metro y en prosa, mayormente en esta nuestra lengua vulgar” (Castiglione 111).

diseñado por Whitman en sus *Vistas* se asentaba sobre unos cimientos consistentes en “the planning and putting on record the political foundation rights of immense masses of people—indeed all people” (Whitman 55). Sobre esos cimientos se construiría una segunda etapa de prosperidad material, riqueza, producción de máquinas que ahorren trabajo, pleno empleo, organización de grandes ciudades, creación de accesorios y electrodomésticos baratos que hicieran la vida más cómoda, apertura de escuelas técnicas para el aprendizaje de oficios, edición de libros y periódicos para la formación y el entretenimiento de la población, etcétera. En el cumplimiento de esta segunda etapa, la tercera y culminante consistiría en la emergencia de una nueva cultura artística e intelectual:

The Third Stage, rising out of the previous ones, to make them and all illustrious, I, now, for one, promulge, announcing a native Expression Spirit, getting into form, adult, and through mentality, for These States, self-contain'd, different from others, more expansive, more rich and free, to be evidenced by original authors and poets to come, by American personalities, plenty of them, male and female, traversing the states, none excepted—and by native superber [sic] tableaux and growths of language, songs, operas, orations, lectures, architecture—and by a sublime and serious Religious Democracy sternly tasking command, dissolving the old, sloughing off surfaces, and from its own superior and vital principles, entirely reconstructing Society. (Whitman 56)

Un principio fundamental conformaría el núcleo de esta etapa final, la etapa del completo desarrollo de la personalidad individual: unido a una inflexible búsqueda del bien de la mayoría, siguiéndola de cerca e indispensable para su cumplimiento, estaría el principio de la individualidad, “the pride and centripetal isolation of a human being in himself -Identity-Personalism” (Whitman 35). Es importante desembarazarse de la carga negativa de la noción contemporánea del individualismo para valorar este concepto en su justa medida o, al menos, valorarlo en los términos que expresó Whitman. Para Whitman este reconocimiento de la individualidad consistía en ver al ser humano como principio y como fin, como medida de todo lo demás, y es por ello por lo que el bienestar de la mayoría era el objetivo fundamental, sin el cual no podría darse el desarrollo máximo del individuo. Podría decirse, pues, que en una mala interpretación de esta *individualidad whitmaniana* surgiría el concepto del individualismo moderno, en el que lo único que importa es el bien individual por encima de la mayoría. En Whitman un conjunto de personas que se saben seguras y con todas sus necesidades primarias cubiertas pueden iniciar el camino hacia el pleno desarrollo de su individualidad, al conocimiento más profundo de sí mismas y de su realidad. En el concepto moderno de individualismo se anima a seguir el camino a la inversa: centrarse en lo individual primero para, quizá, lograr un conjunto de individualidades plenas, aunque éstas no sean mayoría.

Whitman creía realmente que era posible hacer realidad este conocimiento profundo del yo a través del poder del arte. Anunció una nueva escuela de poetas americanos de la que él mismo se consideraba el precursor, el primer testigo de una imagen de la personalidad humana adecuada al gran potencial de la democracia moderna. Para allanar el camino a estos nuevos poetas, era necesaria una nueva idea de cultura:

I should demand a programme of Culture, drawn out, not for a single class alone, or for the parlors or lecture-rooms, but with an eye to practical life, the West, the working-men, the facts of farms and jackplanes and engineers, and of the broad range of the women also of the middle and working strata, and with reference to the perfect equality of women, and of a grand and powerful motherhood. I should demand of this programme or theory a scope generous enough to include the widest human area. It must have for its spinal meaning the formation of a typical Personality or character, eligible to the uses of the high average of men—and *not* restricted by conditions ineligible to the masses. (Whitman 40)

Aunque Whitman tenía los ojos puestos en el futuro y su programa parece desprender ciertos aires proféticos o idealistas, su visión de una nueva cultura americana surgió en una era en la que no pocas instituciones culturales pretendían proporcionar oportunidades tanto artísticas e intelectuales como económicas y laborales para el grueso de la población. Como se apunta en Cawelti, en 1826, por ejemplo, un inmigrante inglés llamado Timothy Claxton fundó la Boston Mechanics' Institution y el *Young Mechanic*, una publicación periódica que animaba a los artesanos y mecánicos a “autoeducarse” (Cawelti 83). Pronto aparecieron otras instituciones del mismo tipo, así como bibliotecas, series de conferencias y otras organizaciones creadas para dar a los miembros de la clase trabajadora toda clase de oportunidades de formación autodidacta. En estas instituciones eran típicas las llamadas *Franklin Lectures*, establecidas en Boston en 1831 “to give entertainment and instruction, upon terms so moderate, that every body [sic] might attend them. They have been continued, with the exception of one year, every winter since they were founded, and have been always very fully attended” (Channing 58). En el mismo año de la inauguración de la Boston Mechanics' Institution, Josiah Holbrook, un granjero adinerado de Milbury (Massachusetts), fundó el primer Liceo americano. La idea de los liceos se extendió rápidamente por el país, y ya en 1831, cuando se pusieron en marcha las *Franklin Lectures*, los delegados de alrededor de mil liceos municipales organizaron el National American Lyceum en la ciudad de Nueva York (Cawelti 83). En la década de 1850 numerosas instituciones para la cultura autodidacta cubrían los estados del norte y el oeste.

Detrás de cualquier movimiento popular de este tipo con tanta amplitud no es de extrañar que haya una considerable diversidad de motivos e intereses dándole forma. Y el caso de este movimiento de la autocultura no es una excepción. En parte, el gran interés que suscitaban estas

instituciones educativas populares era reflejo de la demanda de un marco educativo/escolar común que los estadounidenses pronto asumirían como una responsabilidad pública. Pero otro tipo de intereses encontraron que sus objetivos discurrían temporalmente paralelos a aquellos el movimiento de la autocultura: había trabajadores y agricultores que querían aumentar o mejorar sus habilidades de cara a conseguir un mayor rendimiento económico de su labor; había también filántropos que sentían la obligación moral de extender algunos de los beneficios culturales de los que disfrutaban a aquellos menos favorecidos. Y también había empresarios buscando mano de obra cualificada que encontraron en el movimiento de la autocultura una manera de no sólo encontrar dicha mano de obra, sino de educarla moldeándola con un discurso de acuerdo a sus intereses; o aristócratas que esperaban que la educación enseñaría a posibles clases medias emergentes a respetar el liderazgo de sus superiores en lo social y económico. Finalmente, había hombres, como Whitman, que soñaban con una sociedad en la que cualquiera tuviera la oportunidad de desarrollar todo su potencial creativo si así lo deseaba, sin más impedimento que la propia voluntad de hacerlo o no.

En una de las expresiones clásicas del ideal de la autocultura, William Ellery Channing indicó claramente la diferencia entre la idea tradicional de la superación personal y la autocultura propiamente dicha: la meta de la autocultura gozaba de mayor amplitud de miras. Channing creía en la idea de crear una sociedad móvil en la que se acabase con el conflicto histórico que enfrentaba a ricos contra pobres:

The vast and ever-growing property of this country, where is it? Locked up in a few hands? Hoarded in a few strong boxes? It is diffused like the atmosphere, and almost as variable, changing hands with the seasons, shifting from rich to poor, not by the violence but by the industry and skill of the latter class. (Channing 39)

Huelga decir que para Channing esa idea de movilidad social no era una entelequia, sino que se había conseguido de facto en los Estados Unidos. Ya que, en teoría, el dinero estaba disponible para cualquiera que estuviese dispuesto a trabajar por él, la sociedad era estable, justa y generalmente ordenada. Siguiendo con la línea de pensamiento de Channing, aquellos económicamente menos favorecidos contaban con una cantidad sin precedentes de medios para mejorar su situación nunca y se plantearían quebrantar la paz social para repartirse entre ellos un botín que no alcanzaría a sustentar a la comunidad ni siquiera un mes<sup>52</sup>. La línea discursiva de Channing y adláteres sirve para justificar el interés de empresarios y aristócratas en el movimiento

---

<sup>52</sup> “Nor do I regard as less calumnious the outcry against the working classes, as if they were aiming at the subversion of property. When we think of the general condition and character of this part of the population, ... they possess unprecedented means of bettering their lot. ... can we imagine that they are so insanely blind to their interests, so deaf to the calls of justice and religion ... as to be prepared to make a wreck of social order, for the sake of dividing among themselves the spoils of the rich, which would not support the community for a month?” (Channing, 40).

de la autocultura y, al mismo tiempo, como ejemplo de la conveniencia ideológica de promover el mito del *Self-Made Man* en última instancia: se pone a aquellos que menos tienen en un escenario en el que son responsables no sólo de su situación, sino también de quebrantar el orden y la paz social si intentan cambiarla o mejorarla fuera de los límites del marco socioeconómico determinado por la clase dominante. En la obra citada de Channing, el autor también desprecia cualquier idea de redistribución de la riqueza. Para el autor, las clases bajas ostentan el dudoso privilegio de poder “decidir” qué camino elegir para mejorar—no se dice en qué medida—su situación. De este modo, si alguien no consigue alcanzar la riqueza nunca se atribuirá su fracaso a las injusticias o desigualdades que son inherentes al propio marco socioeconómico en que se han desenvuelto, sino a una mala decisión o a una falta de esfuerzo por parte de aquellos que fracasen. El propio discurso del *Self-Made Man* se retroalimenta en base a la inclusión selectiva de ejemplos que lo justifiquen y la exclusión interesada de cualquier caso que pueda refutarlo, proceso que se podría calificar como falacia de evidencia incompleta o, en términos más contemporáneos si se prefiere, el llamado *cherry picking*. Así, y de acuerdo con el punto de vista de Channing, los problemas que habían de ser afrontados en América no eran políticos ni económicos, sino culturales. El americano medio necesitaba tener la oportunidad de desarrollar su mente, su manera de comprender la realidad, y de adquirir riqueza o bien de ascender socialmente—como si no hubiera una relación de causalidad entre ambas circunstancias. Sin educación, aquellos menos favorecidos quedarían atrapados en un bucle del proceso de la superación personal. En este bucle, cabía la posibilidad de que algunos individuos considerasen recurrir a métodos indebidos o socialmente disruptivos para progresar. Pero, en el ideario de Channing, había otra razón aún más importante para apoyar el movimiento de la autocultura:

I have all along gone on the principle, that a man has within him capacities of growth, which deserve and will reward intense, unrelaxing toil. I do not look on a human being as a machine, made to be kept in action by a foreign force, to accomplish an unvarying succession of motions, to do a fixed amount of work, and then to fall to pieces at death, but as a being of free spiritual powers; and I place little value on any culture, but that which aims to bring out these and to give them perpetual impulse and expansion. I am aware, that this view is far from being universal. The common notion has been, that the mass of the people need no other culture than is necessary to fit them for their various trades; and though this error is passing away, it is far from being exploded. But the ground of a man's culture lies in his nature, not in his calling. His powers are to be unfolded on account of their inherent dignity, not their outward direction. He is to be educated, because he is a man, not because he is to make shoes, nails, or pins. (Channing 22)

Este fragmento de Channing puede considerarse una advertencia de no confundir la superación personal con la medra, con la mera ambición de ascender socialmente. Motivaciones

tan innobles sólo podían resultar en un crecimiento incierto, parcial y limitado. Insistía, sin embargo, en que la autocultura, si se perseguía adecuadamente, no quedaría sin aplicación práctica. Una de sus finalidades principales era preparar a los hombres para la acción, no limitarse a enseñarle al individuo cómo tener éxito en los negocios, sino enseñarle a descubrir y desarrollar el potencial creativo oculto en lo profundo de su ser. Desde este punto de vista, la autocultura no se reducía a la ventaja social y económica, sino que se trataba de una responsabilidad casi espiritual, una obligación solemne.

Los partidarios de la autocultura compartían las preocupaciones de Parkman y de Cooper por los logros intelectuales y artísticos, pero nunca aceptarían la existencia de una clase cultivada hereditaria, como si de una especie de “dinastía intelectual” se tratase. El movimiento de la autocultura creía firmemente en el formidable poder creativo inherente a cada individuo, lo que le situaba, en muchos aspectos, más cercano a las ideas de la movilidad e innovación social que a apóstoles moralistas de la ética protestante como T. S. Arthur o Henry Ward Beecher<sup>53</sup>. Quizá el mejor lugar para confirmar los postulados del movimiento de la autocultura y su fe en el potencial del individuo sea el pensamiento del más elocuente y leído portavoz de éstos: Ralph Waldo Emerson. En sus ensayos y discursos, Emerson consiguió una impresionante síntesis de las diversas ideas—e ideales—de la superación personal, el éxito y la autocultura que se habían desarrollado en el amanecer del siglo XIX, y les dio forma aunándolos con su propia filosofía trascendentalista<sup>54</sup>. Ardiente defensor de la idea de superación personal, Emerson decía en “Self-Reliance”:

Welcome evermore to gods and men is the self-helping man. For him all doors are flung wide; him all tongues greet, all honors crown, all eyes follow with desire. Our love goes out to him and embraces him, because he did not need it. We solicitously and apologetically caress and celebrate him, because he held on his way and scorned our

---

<sup>53</sup> Thomas Shay Arthur (1809–1885) fue un autor estadounidense que abogaba por la prohibición de las bebidas alcohólicas. Una de sus obras más conocidas es *Ten Nights in a Bar-Room and What I Saw There* (1854). Henry Ward Beecher (1813–1887) fue un célebre orador y clérigo congregacionista estadounidense, hermano de la autora Harriet Beecher Stowe. Detractor de la teoría de la evolución de Darwin, Beecher tenía, sin embargo, un pensamiento progresista en otros ámbitos, y se distinguió por ser un ferviente defensor del abolicionismo y el sufragio femenino.

<sup>54</sup> *The Oxford Companion to American Literature* define el Trascendentalismo como “a philosophic and literary movement that flourished in New England, particularly at Concord (c.1836–60), as a reaction against eighteenth-century rationalism, the skeptical philosophy of Locke and the confining religious orthodoxy of New England Calvinism” (Hart 772). En líneas generales, el Trascendentalismo predicaba la inmanencia de Dios en todas las cosas y todas las personas. Esto significaba que cualquier ser humano esconde el potencial de la divinidad en su ser, haciendo innecesarias las jerarquías eclesásticas convencionales. El Trascendentalismo surge en el pensamiento y discurso de William Ellery Channing, y entre sus más célebres defensores destacan Emerson, Thoreau, Fuller o Whitman. El término que da nombre al movimiento está tomado de la obra de Immanuel Kant *Crítica de la Razón Práctica* (*Kritik der praktischen Vernunft*, 1788), en la que el autor habla del “conocimiento trascendental”.

disapprobation. The gods love him because men hated him. “To the persevering mortal,” said Zoroaster, “the blessed Immortals are swift”. (Emerson 143)

Su filosofía trascendental apoyaba su fe en la autocultura, porque el potencial del ser humano, a través de ese espíritu universal—lo que Emerson denominaba *Oversoul*—inmanente en todas las cosas, era prácticamente ilimitado. La confianza del individuo en sí mismo, la *self-reliance* que da nombre a su ensayo, la autosuficiencia, la independencia, la existencia en armonía con el principio fundamental del ser constituía, para Emerson, el cometido más esencial de toda cultura humana. Las ideas tradicionales de cultura, según se interpretasen, podían revelarse bien como barrera, como impedimento, o bien como medio para el desarrollo pleno. La clave residía, como se ha visto en el fragmento citado de Emerson, en que el individuo se valorase en su justa medida, no en la medida que le valorasen los demás. El propio Emerson estaba “ashamed to think how easily we capitulate to badges and names, to large societies and dead institutions” (Emerson 135). Por esto, animaba a cada persona a construir su propio mundo, a adaptar su vida a la idea pura de cómo que debería ser en su mente. En la medida en que la vida del individuo se fuera pareciendo a su idea de lo que debería ser y fuera cambiando su entorno de manera acorde, su potencial se iría desplegando en su mayor proporción. Emerson exploró el concepto del *Self-Made Man* como el del hombre que vive en comunión ya no con el sistema en que se desenvuelve, sino con la naturaleza más profunda de la existencia, en comunión con la *Oversoul*.

If young men miscarry in their first enterprises they lose all heart. If the young merchant fails, men say he is *ruined*. If the finest genius studies at one of our colleges and is not installed in an office within one year afterwards in the cities or suburbs of Boston or New York, it seems to his friends and to himself that he is right in being disheartened and in complaining for the rest of his life. A sturdy lad from New Hampshire or Vermont, who in turn tries all the professions, who *teams it, farms it, peddles*, keeps a school, buys a township, and so forth, in successive years, and always like a cat falls on his feet, is worth a hundred of these city dolls. (Emerson 142).

Es decir, para Emerson, intentar algo, fracasar, volver a intentarlo, volver a fallar y aun así seguir adelante, puede incluso tener más valor que acertar en el primer intento. La clave es el proceso. El proceso, la construcción, el desarrollo. El *Self-Made Man* para Emerson había de ser vigoroso y de constante iniciativa, un símbolo del significado de ser un espíritu libre e independiente: la personificación de su idea de *Self-Reliance*. Aunque el, por así decirlo, “sueño fundacional” de Emerson consistía en la realización de las leyes divinas y espirituales en su vida individual, no puede decirse que confinara su atención en el ámbito de lo ideal. Su propia experiencia le había demostrado que los hombres no podían conducir sus vidas satisfactoriamente sin una disciplina para el cuerpo y la mente además de la del cultivo del alma. Lejos de ser un

idealista poco práctico, Emerson intentaba comprender las leyes más inferiores de las cosas y, al mismo tiempo, las leyes más elevadas de los hombres: “We live amid surfaces, and the true art of life is to skate well on them” (Emerson 247). Con semejantes máximas, Emerson se convirtió en un filósofo del éxito y en un apóstol del más elevado equivalente espiritual del éxito: la verdadera autosuficiencia.

Comparadas con los cantos al trabajo duro, la frugalidad, la integridad y la piedad que llenaban la mayor parte de la literatura de superación personal de la época, las ideas de Emerson sobre el éxito material eran sorprendentemente realistas. El primer requisito para el éxito radicaba en conocer y obedecer las leyes mundanas. Porque las cosas, al igual que los hombres, tienen sus leyes. Pero las leyes de las cosas suelen ser menos negociables, y romperlas—o intentarlo—abocaba casi ineludiblemente al fracaso.

Success consists in close appliance to the laws of the world, and, since those laws are intellectual and moral, an intellectual and moral obedience. Political Economy is as good a book wherein to read the life of man, and the ascendancy of laws over all private and hostile influences, as any Bible which has come down to us. (Emerson 524)

De semejantes afirmaciones se puede inferir que la posesión de dinero y propiedades a menudo puede ser señal de que un hombre se halla también en posesión de ciertas virtudes o conocimientos. Por supuesto, el dinero no era siempre indicativo de que su poseedor tuviese un gran entendimiento de las leyes terrenales y un profundo conocimiento de la naturaleza. Algunos hombres obtenían su riqueza por herencia, a veces por medio de la suerte, a veces por medios criminales y nefarios. La riqueza como indicativo de virtud o de conocimiento del mundo no tiene por qué ser algo aplicable en todos los casos. Pero, en conjunto, Emerson sostenía que un hombre que hubiese ganado su riqueza por medio de su propia labor y no por circunstancias más adventicias, había demostrado una alta cultivación en su conocimiento del mundo. La cultivación en el entendimiento del mundo, en la mente de Emerson y en lo relativo a ser un medio para obtener el éxito, requería ciertas convicciones y cualidades mentales:

All successful men have agreed in one thing,—they were *causationists*. They believed that things went not by luck, but by law; that there was not a weak or a cracked link in the chain that joins the first and last of things. A belief in causality, or strict connection between every trifle and the principle of being, and, in consequence, belief in compensation, or, that nothing is got for nothing,—characterizes all valuable minds, and must control every effort that is made by an industrious one. The most valiant men are the best believers in the tension of the laws. “All the great captains,” said Bonaparte, “have performed vast achievements by conforming with the rules of the art,—by adjusting efforts to obstacles.” (Emerson 510)

Quizá Emerson no fuera muy desencaminado en su creencia cuando decía que aquel que consiguiera obtener riqueza era debido a su conocimiento profundo de las leyes naturales y humanas, pero posiblemente esto no tenga implicaciones tan positivas como pudiera parecer de entrada. Históricamente se ha hecho patente que la mayoría de los llamados *Self-Made Men* más célebres han contado con más “contribuciones externas”—suerte, patrimonio inicial, herencia, oportunismo o malas artes—de las que estarían dispuestos a admitir y en las que no es conveniente hacer demasiado hincapié para no comprometer la integridad ni la vigencia del mito. Conocer las leyes naturales y, sobre todo, conocer las leyes de los hombres, bien puede ser el primer paso para eludirlos, para manipularlos o para saber cómo hacer para que no se vuelvan en contra.

Para Emerson, había otras cualidades de disposición de ánimo, cualidades mentales si se prefiere, que también se consideraban sumamente importantes en la época. Ya que la “propiedad” sobre un bien o mercancía dada es una abstracción humana, su adquisición requería la cantidad adecuada de otros conceptos igualmente abstractos: serenidad, raciocinio, prontitud y paciencia. Es decir, que algo tan contingente como estar en el lugar adecuado y en el momento oportuno jugaba un papel casi más importante que la industria o la frugalidad para Emerson. Pero quizá el rasgo intelectual clave en el hombre de éxito era la habilidad para combinar la planificación a largo plazo con la cuidadosa y detallada observación de los hechos presentes. Además de estas cualidades mentales, el éxito requería unos rasgos del temperamento y unos rasgos físicos concretos. Como el resto de creyentes en el esfuerzo personal, Emerson insistía en que el éxito no siempre tenía por qué ser accesible a cualquiera:

Commerce is a game of skill, which every man cannot play, which few men can play well. The right merchant is one who has the just average of faculties we call *common sense*; a man of a strong affinity for facts, who makes up his decision on what he has seen. He is thoroughly persuaded of the truths of arithmetic. There is always a reason, *in the man*, for his good or bad fortune, and so, in making money. (Emerson 524)

La salud, por supuesto, era esencial. Casi igualmente importantes eran la fuerza personal, el magnetismo. Para describir estas cualidades, Emerson utilizaba una metáfora de la electricidad, indicando la correspondencia entre la fuerza humana y la fuerza natural, indicando que una onza de potencia debía equilibrarse con una onza de peso<sup>55</sup>. Sin embargo, esta “potencia” no era siempre una buena cosa, a menudo aparecía de manera desequilibrada, en exceso, lo que la convertía en algo peligroso y destructivo. Emerson observaba esta fuerza en hombres de negocios exitosos, y en líderes políticos cuyas acciones a menudo desaprobaba, aunque les reconocía un vigor personal que bien podía ser la solución a muchos problemas. Emerson creía que, como en

---

<sup>55</sup> “Success goes thus invariably with a certain *plus* or positive power: an ounce of power must balance an ounce of weight. And, though, a man cannot return into his mother’s womb, and be born with new amounts of vivacity” (Emerson 515). En “The Conduct of Life” (1860).

todas las cosas, este poder era lícito, y que, si no se poseía de manera natural, podía ser logrado en mayor o menor medida por cualquier hombre que pusiera su mente y su voluntad al servicio de tal propósito. Para ello existían dos vías complementarias entre sí: la primera era la concentración, detener cualquier otra actividad que fuera accesoria y centrar toda la atención únicamente en los puntos más importantes para conseguir el objetivo propuesto. La segunda, la rutina, crear el hábito y la disciplina mediante el uso y la práctica. “In chemistry, the galvanic stream”, decía Emerson, “slow, but continuous, is equal in power to the electric spark, and is, in our arts, a better agent” (Emerson 515).

En esta de Emerson sobre el éxito también se le concedía valor a las dificultades personales, lo que algunos de los pensadores más toscos en este campo llamaban “the school of hard knocks” (Cawelti 89). La pobreza y la deuda podían ser desmoralizantes, pero también se podían aprovechar como fuente de valiosa disciplina. En “Nature” se puede encontrar la siguiente afirmación:

Debt, grinding debt, whose iron face the widow, the orphan, and the sons of genius fear and hate;—debt, which consumes so much time, which so cripples and disheartens a great spirit with cares that seem so base, is a preceptor whose lessons cannot be forgone, and is needed most by those who suffer it most. (Emerson 17)

Son posibles varias interpretaciones de este fragmento. La primera resulta obvia: conocer la teoría no basta, lo que le da verdadero valor al conocimiento es la experiencia; y lo mismo ocurre con los bienes materiales: es importante saber cuánto *valen*, pero saber cuánto *cuestan* es fundamental, es la auténtica clave. En “The Conduct of Life” Emerson asegura que todos los grandes hombres han surgido de las clases medias, por lo tanto no hay que sentir vergüenza de la pobreza que ha hecho surgir los talentos del hombre trabajador y ha afinado su ingenio. Un hombre pobre y joven podría mirar con envidia a los hijos del dinero, a aquellos nacidos en el seno de la fortuna. Pero, siguiendo esta teoría de la “fortuna” del pobre:

The first-class minds, Aesop, Socrates, Cervantes, Shakespeare, Franklin, had the poor man’s feeling and mortification. A rich man was never insulted in his life: but this man must be stung. A rich man was never in danger from cold, or hunger, or war, or ruffians, and you can see he was not, for the moderation of his ideas. ‘Tis a fatal disadvantage to be cockered, and to eat too much cake. What tests of manhood could he stand? Take him out of his protections. (Emerson 573)

Llegados a este punto, quizá lo cabal sería preguntarse qué pruebas de hombría *necesitaría* soportar un hombre nacido en el seno de la riqueza, que no conoce lo que es pasar frío o hambre. Porque ya goza, por nacimiento, de una posición y de unos privilegios dados, algo por lo que los demás deben esforzarse y que, en la mayoría de los casos, no llegan a conseguir.

Efectivamente, Esopo, Sócrates, Cervantes, Shakespeare o Franklin surgieron de las “clases medias” de sus respectivas épocas. ¿Cuántos hombres se pierden en el camino por cada Franklin? Obviamente se desconoce, porque sólo se llega a conocer la historia de aquellos que sí lo consiguen. En este punto se puede apreciar un choque de ideas entre Emerson y Whitman. Como se ha indicado, para Whitman lo fundamental era construir un sistema en el que primase la satisfacción de las necesidades más básicas de la mayoría y su bienestar, dado que sólo así, sabiéndose seguras y a salvo, las individualidades se desarrollarían para trascender de su informalidad como masa a personalidades únicas y en armonía consigo mismas y con el mundo. Para Emerson, por el contrario, era necesario que el individuo conociera la necesidad, las inclemencias del mundo, comprenderlo en toda su crudeza, para poder alcanzar el éxito. De una manera resumida, el *Self-Made Man* en Whitman se *desarrolla*; en Emerson, el *Self-Made Man* se *forja*. En cualquier caso, las visiones de Emerson y Whitman tampoco pueden decirse antagónicas, sino más bien complementarias, ya que ambas implican un conocimiento muy profundo del “yo” y de la naturaleza de las cosas y las personas. Por desgracia, el pensamiento de Emerson se presta mejor a la mala interpretación o, lo que es peor, a la interpretación interesada, la interpretación que sólo toma algunos esquejes del ideario de Emerson para implantarlos en un discurso trufado de religiosidad, conformando así un marco ideológico de romantización de la pobreza y regocijo en la miseria que ha perdurado hasta nuestros días. Semejante marco ideológico se ha venido reproduciendo, refinando, y adaptando a los distintos contextos históricos debido a la plasticidad de sus conceptos. Lo que en su día fue una máxima religiosa de abnegación y servidumbre al prójimo, esa creencia de que Dios somete a sus elegidos a las más duras pruebas, hoy ha mutado en los conceptos de la cultura del esfuerzo y la meritocracia: aquellos que han alcanzado la cima sin duda lo merecen, son los elegidos; ergo, aquellos que no, es que no se han esforzado lo suficiente. El discurso del esfuerzo, del “empezar de cero”, prosperar *from rags to riches*, está obviando todo un sistema socioeconómico con sus evidentes injusticias para depositar toda la responsabilidad sobre los hombros del individuo, adoctrinándolo en la creencia de que la desigualdad es el necesario tamiz que separa el barro de las pepitas de oro, haciéndole olvidar que absolutamente nadie, si tuviera verdadera capacidad de elección, elegiría ser el barro pudiendo ser el oro.

De una manera muy similar a los *Héroes* de Thomas Carlyle anteriormente mencionados, Emerson también escribió sobre su idea de hombres significativos en “Representative Men”, figuras históricas que representaban una cualidad concreta en grado sumo, hombres que, a su juicio, habían alcanzado la más elevada comprensión de la naturaleza y las leyes de sus respectivos mundos. Platón era el filósofo; Swedenborg, el místico; Montaigne, el escéptico; Shakespeare, el poeta; Goethe, el escritor y, por último, Napoleón: el hombre del mundo. Para Emerson, el conquistador corso era el modelo definitivo del éxito, poseía aquellas cualidades de

carácter y entendimiento que Emerson consideraba fundamentales, y las poseía en un nivel que no tenía parangón; además de un conocimiento plenamente desarrollado de las leyes del mundo y esas virtudes esenciales para el éxito anteriormente mencionadas: serenidad, oportunidad, atención a los hechos, cálculo y planificación cuidadosos y la facultad de saber combinar la vigilancia al más mínimo detalle con la proyección a gran escala. Además de poseer todas estas virtudes, para Emerson, Napoleón era un *Self-Made Man*:

To these gifts of nature, Napoleon added the advantage of having been born to a private and humble fortune. In his later days he had the weakness of wishing to add to his crowns and badges the prescription of aristocracy; but he knew his debt to his austere education and made no secret of his contempt for the born kings, and for “the hereditary asses”, as he coarsely styled the Bourbons. He said that, “in their exile, they had learned nothing, and forgot nothing.” Bonaparte had passed through all the degrees of military service, but also was citizen before he was emperor. (Emerson 382)

Napoleón, como agente histórico de las clases medias vigorosas y emprendedoras, era para Emerson el representante viviente de los jóvenes y los pobres con toda la fortuna por obtener, de aquellos que deseaban mantener abierto el camino para la sana competencia y la búsqueda de esa gran oportunidad que aguardaba a cada uno que saliese a buscarla. Si Napoleón era la encarnación suprema del éxito terrenal, su carácter y su trayectoria también podían servir para demostrar la trágica insuficiencia que podía haber en ese ideal. Emerson lamentaba que esa imagen tan brillante que era Napoleón tuviera su reverso, aunque esa era la fatal cualidad que se descubría en la búsqueda de la riqueza: que es traicionera, y que a menudo conseguirla se paga con la ruptura o la debilitación de la sensibilidad<sup>56</sup>. O, visto desde otra perspectiva:

Bonaparte was singularly destitute of generous sentiments. The highest-placed individual in the most cultivated age and population of the world,—he has not the merit of common truth and honesty. He is unjust to his generals; egotistic, and monopolizing, ... he is a boundless liar. Like all Frenchmen, he has a passion for stage effect. Every action that breathes of generosity is poisoned by this calculation. ... In short, when you have penetrated through all the circles of power and splendor, you were not dealing with a gentleman, at last, but with an impostor and a rogue; and he fully deserves the epithet of *Jupiter Scapin*, or a sort of Scamp Jupiter. (Emerson 387)

El fracaso definitivo de Napoleón no fue debido—al menos no totalmente—a un vicio personal, sino que resultaba inevitable en ese momento y ese estado de la cultura humana. El

---

<sup>56</sup> “I am sorry that the brilliant picture has its reverse, but that is the fatal quality which we discover in our pursuit of wealth, that it is treacherous, and is bought by the breaking or weakening of the sentiments” (Emerson 386).

sistema democrático de las oportunidades para todos era, de acuerdo con Emerson, el mejor para su presente. Desde un punto de vista más elevado, los defensores de la libre movilidad social sólo se diferenciaban de los defensores de la, por llamarla así, “riqueza establecida”, en tanto que ambas partes tenían la riqueza como meta, pero unos buscaban obtenerla, y los otros, mantenerla. El patrimonio y el poder eran los ideales más indignos en el concepto de éxito, eran las metas más perecederas y más susceptibles de ser arrebatadas por las leyes naturales o humanas. Perseguir únicamente el poder o el dinero, en la mayoría de las ocasiones, no conducía a ningún lado, salvo a la frustración:

As long as our civilization is essentially one of property, of fences, of exclusiveness, it will be mocked by delusions. Our riches will leave us sick; there will be bitterness in our laughter, and our wine will burn our mouth. Only that good profits, which we can taste with all doors open, and which serves all men. (Emerson 388)

Uno de los puntos más olvidados en la noción moderna del éxito es que éste no sólo se reduce al dinero y al poder sobre los demás, sino que también ha de incluir los logros de los que toda la comunidad, toda la humanidad en última instancia, pudiera beneficiarse. Es una de las tesis fundamentales en los ensayos sobre los hombres representativos de Emerson y se demuestra con su conclusión en el caso de Napoleón: un hombre de cualidades extraordinarias que sucumbe a lo mundano y acaba desvirtuando sus muchos logros. Lo que podría significar el éxito en un mundo cuyas instituciones y organización social fueran más concordantes con las elevadas leyes de la *Oversoul* ni siquiera Emerson se atrevía a predecirlo. Él estaba seguro, no obstante, de que el hombre podía—y debía—aspirar a metas muy por encima de la riqueza y el poder:

At present, man applies to nature but half his force. He works on the world with his understanding alone. He lives in it and masters it by a penny-wisdom; and he that works most in it, is but half-man, and whilst his arms are strong and his digestion good, his mind is imbruted and he is a selfish savage. (Emerson 29)

En uno de sus últimos ensayos, “Success”, publicado en *Society and Solitude* (1870), Emerson intentó fijar los cánones y métodos para lograr el auténtico éxito, en contraposición con lo que él consideraba una maligna, trasnochada y agotada carrera en pos de la suerte<sup>57</sup> en que se estaba convirtiendo la búsqueda del éxito en América. El auténtico éxito habría de estar marcado por la autosuficiencia, por la confianza en uno mismo, la sensibilidad, el homenaje a la belleza y la verdad y lo que Emerson llamaba “embrace the affirmative” (51) en *Natural History of Intellect* (1893). Pero su concepción del éxito no se basaba en el optimismo fácil. Afirmó esta concepción

---

<sup>57</sup> “Our success takes from all what it gives to one. ‘Tis a haggard, malignant, careworn running for luck” (Emerson, *Society and Solitude* 272).

de la manera más tajante cuando insistió que lo que había que averiguar a la hora de evaluar el éxito de alguien, si éste era verdadero, era:

What does he add? And what is the state of mind he leaves me in? Your theory is unimportant; but what new stock you can add to humanity, or how high you can carry life? A man is a man only as he makes life and nature happier to us. (Emerson 290)

A largo plazo, Emerson creía que el sistema americano de oportunidades y la concepción tradicional de la aristocracia hereditaria estaban basados en los principios falsos de la exclusividad y la propiedad. Sin embargo, tenía seguridad en que, de los dos sistemas, la sociedad abierta y móvil, sin compartimentos estancos, era la mejor opción porque hacía que la propiedad y el poder cayeran en manos de aquellos más vigorosos y progresistas, aquellos que Jefferson llamaba la “aristocracia natural”. Ya que una sociedad basada en la exclusividad desemboca necesariamente en la existencia de una aristocracia, lo mejor sería asegurarse de que ésta fuera una aristocracia real, no una aristocracia por título. Por desgracia, y como se ha venido apuntando, se suele confundir el dinero y el poder con la virtud, o se supone arriesgadamente que todos los aquellos que gozan de dinero, éxito y/o poder es porque lo merecen, porque se han esforzado para conseguirlo. Así, la opinión pública se ve influida con más facilidad por el prestigio que otorga la riqueza que por el genio y la virtud, y al final acaba mostrando una inexplicable predilección por aquello que sólo se obtiene de manera hereditaria, por las tradiciones y los linajes. Las personas que constituyen la aristocracia natural, según Emerson, son en su mayoría *Self-Made Men*, demasiado ocupados ganándose la vida como para preocuparse de encajar en los cánones del *gentleman* de la aristocracia tradicional. Pero esa aristocracia tradicional—y artificial—no puede defender su estatus durante mucho tiempo contra las incursiones de esa nueva clase de prestigio que para Emerson eran los *Self-Made Men*:

The objects of fashion may be frivolous, or fashion may be objectless, but the nature of this union and selection can be neither frivolous nor accidental. Each man's rank in that perfect graduation depends on some symmetry in his structure or some agreement to the symmetry of society. Its doors unbar instantaneously to a natural claim of their own kind. A natural gentleman finds his way, and will keep the oldest patrician out who has lost his intrinsic rank. (Emerson 268)

De este modo, la historia típica de la aristocracia, de no estar protegida por barreras hereditarias y prescripciones legales, sería bien distinta: los nuevos miembros llegarían por mérito y no por título, y así sus hijos y las generaciones que estuviesen por venir. Pero, a pesar de vivir en un país que se había fraguado en la rebelión contra una monarquía, Emerson sentía que el sistema político americano no estaba cumpliendo con todo su potencial. Los líderes del Partido Demócrata, según Emerson, no tenían en sus corazones los fines que le daban al nombre de la

democracia la esperanza y la virtud que encierra su significado; y los Whigs eran tímidos a la hora de hacer valer el concepto, y lo único por lo que mostraban verdadero interés era defender la propiedad privada. Con todo, creer que el desarrollo de la sociedad humana era un proceso unidireccional en el cual la renovación del individuo tenía que preceder, necesariamente, a la creación de nuevas instituciones sociales no dejaba de ser excesivamente idealista, incluso para Emerson, máxime considerando que el discurso dominante era fundamentalmente individualista. Pero él se conformaba con asumir que el futuro ya se encargaría de solucionar sus propios problemas, como se refleja en su ensayo “The American Scholar” (1837). Su abrumadora fe en el poder de la *Oversoul* y en la grandeza del destino americano sólo le hacía temer por el poder político, capaz de erigir barreras artificiales para el discurrir natural de la evolución humana, del progreso real. Emerson y la mayoría de los defensores de la autocultura vigilaban con gran celo la educación y abogaban por la creación del más amplio rango de oportunidades para todo el mundo. No obstante, al no confiar en la política o no estar en absoluto interesados en estas cuestiones, no lograban darse cuenta de que ningún sistema educativo podría llegar mucho más allá de los valores sociales y políticos hegemónicos en la comunidad. Así, el movimiento de la autocultura tenía cierta tendencia a atacar al sistema político vigente, pero lo hacía a un nivel erróneo. Abstrayéndose totalmente de toda noción política acababan cayendo en esa clerecía intelectual de la que hablaba Coleridge y de la que Whitman se declaraba en contra y, además, acababan en un *impasse* al chocar contra el mundo real: en el marco socioeconómico de la América de Emerson—por ejemplo, pero no únicamente—intentar aplicar las ideas de Franklin sin tener en cuenta las circunstancias políticas era ocioso. Ni siquiera intentar aplicarlas de un modo más colaborativo era sostenible: cuando no desconectaban de la realidad, y de la realidad de su público objetivo por tanto, esas ideas acababan en manos indebidas que las manipulaban al amparo de la imagen de la filantropía.

Al igual que Lincoln supuso la culminación de la figura del *Self-Made Man*, la filosofía de Emerson era, en términos de amplitud y alcance de su visión, el cénit de la autocultura en América. Lincoln no llegó a tener sucesores válidos en esos altares de los héroes hechos a sí mismos, pero Emerson fue el gran pensador americano que expresó los máximos ideales de la autocultura. Como conferenciante demandado, siempre tuvo la virtud de mantenerse en comunicación directa y continua con las esperanzas y los sueños de la mayoría de sus conciudadanos, nunca perdió la comunicación con el pueblo. En las generaciones sucesivas, los líderes culturales americanos empezaron a desencantarse con el movimiento de la autocultura. Sus críticas no agitaron inmediatamente lo que hasta entonces había sido una fructífera interacción entre las aspiraciones populares, y la, llámese así, filosofía “seria” elaborada por pensadores como Emerson, Whitman y un largo etcétera. Pero, aunque estas nuevas corrientes de pensamiento no

tuvieran un efecto inmediato, la mencionada conexión entre lo popular y lo filosófico empezó a desaparecer gradualmente.

Es difícil que la mayoría de contemporáneos de Emerson fueran capaces de seguir todos los giros dialécticos de su pensamiento a medida que éste iba evolucionando, pero, sin embargo, sus ideas fueron capaces de obrar un profundo cambio en el imaginario popular. Su concepto de *Oversoul* y su creencia de que el individuo plenamente autosuficiente podía transformarse mediante la comunión con las fuerzas universales y, a su vez, transformar su realidad, fue simplificado por el movimiento del “New Thought” a principios del siglo XX, y aquello que Emerson llamaba *Self-Reliance* se reformuló como “magnetismo personal”. Según este movimiento del New Thought, el magnetismo personal era la clave del éxito financiero, y estaba al alcance de cualquiera. En *The Conquest of Poverty* (1901), un tratado *New Thought* de Helen Wilmans, se puede ver claramente la influencia de Emerson, aunque de una manera degradada, simplificada y pervertida:

Can a person by holding certain thoughts create wealth? Yes, he can. A man by holding certain thoughts—if he knows the Law that relates effect and cause on the mental plane—can actually create wealth by the character of the thoughts he entertains. This creation must, at this time, be supplemented by courageous action, intensified by creative thought and knowledge of the self; but such action is only a part of the thought. This Law is easy to understand, if one will only take the pains to investigate it. (Wilmans 84)

Así, el *New Thought* anunciaba el fin de la filosofía del éxito y el movimiento de la autoformación, y el principio de la autoayuda, industria cultural que aún en pleno siglo XXI goza de una gran presencia en el imaginario popular. No se puede culpar a Emerson de la manera en que sus autoproclamados seguidores simplificaron sus ideas con el *New Thought*. Tampoco hay que olvidar que aún había otras importantes líneas de influencia emersoniana, aquellas que iban de la mano de Whitman hacia el arte americano del siglo XX. El problema es que ni Whitman ni los pensadores que siguieron su estela tenían la clase de relación con la cultura popular del esfuerzo personal que Emerson sí tenía. De esta manera, el ideal de la autocultura se volvió cada vez más estrecho y rígido. Sus apóstoles repetían una y otra vez versiones simplificadas de la filosofía de Emerson, y erraban a la hora de responder a los desafíos de la sociedad moderna. Al final, la vigorosa corriente de pensamiento de Emerson se fue desvaneciendo en el ritual de autoengaño del *New Thought* y sus ramificaciones en el siglo XX, mientras que los líderes culturales americanos le daban la espalda a la emocionante—aunque limitada—aventura de la autocultura para mirar hacia concepciones más formales e individualistas de educación.

El movimiento de la autocultura, aunque no acabase de la manera que sus principales defensores hubieran querido, fue capaz de remover algunos de los pilares del mito del

*Self-Made Man*. El *Self-Made Man* es emprendedor, su esfuerzo es siempre personal. En cierta medida, se aplaude que esta figura renuncie a una tendencia tan humana como es la asociación. En las historias de *Self-Made Men* más celebradas, hay pocas asociaciones, pocos equipos, pocos compañeros de viaje más allá del mero espectador. Los papeles de cada uno en estas historias se suelen polarizar en dos: visionario y lastre. Se romantiza la necesidad y el desamparo y se mitifica a aquel que consigue vencer aparentemente sin ayuda, victoria tanto más valiosa cuantos menos personajes hayan tomado parte en alcanzarla<sup>58</sup>. En ese individualismo se revela la verdadera naturaleza del mito y su conveniencia ideológica: encumbrar a ejemplos de hombres que demuestren que no hace falta la ayuda de nadie, que lo único que importa es el individuo y su determinación individual. La escuela trascendentalista, su influencia en el movimiento de la autoformación y la filosofía emersoniana supusieron las bases de un cambio de paradigma, pero no en el sentido que pretendían, sino en el sentido de ofrecer unas bases discursivas que, simplificadas y distorsionadas, allanarían el terreno para toda una corriente de pensamiento basada en soluciones fáciles, supercherías pseudofilosóficas, autoengaño e individualismo exacerbado. El desarrollo industrial y económico que experimentarían los Estados Unidos tras la Guerra de Secesión, denominado como *The Gilded Age* y que será comentado en las páginas sucesivas, vería también la puesta en práctica de las ideas emersonianas mal interpretadas aplicadas al período de actualización y modernización del mito del *Self-Made Man*.

---

<sup>58</sup> Debo esta idea a la obra de Susan L. Robertson, *Emerson in His Sermons: A Man-Made Self* (University of Missouri Press, 1995), incluida en las referencias bibliográficas.



## 6. Mark Twain y la parodia del mito: La era dorada del *Self-Made Man*

La Guerra de Secesión norteamericana llegó a su fin arrojando unas cifras de víctimas que la joven nación aún no había visto en su corta historia: según datos del censo, el total de víctimas oscila entre 750.000 y 900.000 sumando ambos bandos, las bajas en combate o por las heridas derivadas de los mismos y las bajas civiles o de carácter colateral (en torno a las 50.000). Según Francis Amasa Walker, superintendente del censo en 1870, se estima que el número de muertos (en masculino) era “no menos de 850.000”:

The losses of the Union armies are fixed by the Surgeon General's Office at something over 304,000. This sum, however, embraces only those who died during their term of service. There were discharged 285,000, on account of the several causes of disability recognized by the medical authorities of the Army. Probably two-thirds of these were discharged for disabilities not immediately affecting the duration of life. It is probably fair to assume that the remaining third may be added to the direct losses of the Army from wounds or disease.

... The losses of the so-called confederate armies are less easily and satisfactorily determined. We know that the total number of men enlisted into that service was scarcely more than half the aggregate of enlistments on the Union side. But, as an offset, three things are notorious: First, the average term of service was much longer, being generally “for the war”; second, the material of the confederate armies was more completely and continuously used; third, a much larger proportion of the sick and wounded died, from the want of skilled medical and surgical attendance, of proper medical supplies, and of stimulating and nourishing food. Without attempting to deal at all nicely with this subject, it is difficult to see how any one could, upon reflection, place the losses of the confederate armies at less than 350,000 men.

We reach, therefore, the total result of a direct loss to the male population of the country of not less than 850,000. Popular opinion would undoubtedly place this total much higher, and, in such a matter, popular judgements are quite as likely to be correct as judgements formed from the contemplation of statistical data necessarily partial and incomplete. (Amasa Walker 18)

Aunque las labores de identificación, recuento e inhumación de los caídos en el conflicto empezaron inmediatamente después de haber acabado la guerra, pronto se llegó a la conclusión de que dar con las cifras exactas era tarea imposible. Tanto el ejército unionista como el confederado carecían de un procedimiento sistemático concreto para la identificación de muertos, heridos o desaparecidos, así como de un medio oficial por el que notificar de la muerte de un

soldado a sus familiares. Se perdían personas en un laberinto de campos de batalla, hospitales, cuarteles, fuertes o prisiones. Los informes, partes o registros eran totalmente imprecisos cuando no inexistentes, se enterraban cuerpos sin identificar, y los familiares en la mayoría de los casos tenían que inferir el destino de un soldado si éste no volvía a casa una vez acabada la guerra.

Si bien a la luz del recuento de víctimas puede afirmarse que las pérdidas humanas fueron devastadoras para ambas facciones, el desenlace de la guerra en el terreno económico fue más dispar según el bando, así como la Reconstrucción de la postguerra y la emancipación de los esclavos liberados y su ciudadanía. De un modo muy general, y siempre teniendo en mente que una guerra civil nunca será positiva para la economía de un país dadas las bajas humanas y los casi incuantificables daños materiales, se puede asumir que la economía de los estados del norte y el este resultó menos dañada que la de los estados del sur. Como apunta Paul Collier en “The Economic Consequences of Civil War”, las maneras en las que un conflicto de las características de la Guerra de Secesión—o de casi cualquier guerra civil, por extensión—dañan a la economía de un país resultan bastante obvias *a priori*. El daño más inmediato a la economía reside en la destrucción de algunos recursos. Por ejemplo, parte de la fuerza de trabajo o mano de obra se pierde durante el conflicto o se ve incapacitada como resultado de éste. Como en cualquier conflicto armado, los puentes se convierten en objetivos de valor estratégico, y la mayoría son destruidos, lo que dificulta el restablecimiento de las comunicaciones y el comercio. No obstante, las guerras civiles normalmente requieren un despliegue tecnológico menor que las guerras internacionales, por lo que tienden a ser menos destructivas, al menos, en lo referente a capital físico (Collier 169). Un segundo efecto sobre la economía es el trastorno ocasionado por la guerra y el desorden social derivado. Por ejemplo, algunas rutas de comercio o carreteras se vuelven inseguras, de modo que conseguir el mismo resultado que en tiempos de paz incurre costes adicionales, lo que tiene indudables efectos negativos tanto en los salarios como en el coste de los productos, y por lo tanto en el poder adquisitivo en general. En tiempos de guerra suele darse el caso de una supresión temporal de las libertades civiles, ley marcial, etc., lo que tiende a reducir la eficiencia del gasto público. Si bien esto no es una característica exclusiva de las guerras civiles, sí hay que notar también que el colapso del orden social y la ausencia de un frente o campo de batalla concreto son más comunes en las guerras civiles que en las internacionales. Un tercer efecto derivado del descenso de la eficiencia del gasto público es la desviación de dicho gasto: “For example, as the army and its powers are expanded, the police force and the rule of law diminish. The enforcement costs of contracts consequently rise and the security of property rights is reduced” (Collier 169). En cuarto lugar, en la medida que estas pérdidas de ingresos y poder adquisitivo se contemplan como temporales, habrá ahorro negativo (o desahorro), lo que se puede considerar similar en términos analíticos a la destrucción de capital social (importe económico total de una persona o país). En última instancia, a consecuencia del deterioro del entorno

económico, los agentes privados comenzarán procesos de sustitución de cartera, trasladando sus activos humanos, físicos y/o financieros fuera del país (Collier 169).

Tras la restauración de la paz, los efectos de la destrucción, el desahorro y los trastornos ocasionados por el desorden social se intentan atajar con más o menos eficacia. Sin embargo, las sustituciones de cartera y sus efectos dependen enteramente de decisiones privadas, por lo que no se pueden tomar grandes medidas al respecto para contrarrestar sus consecuencias, que en algunos casos son amplias. Parece ser que este es uno de los motivos, aunque no el único, por los que la recuperación del Sur tras la Guerra de Secesión fue más lenta: la liberación de los esclavos encareció la producción—y el producto, por ende. Tómese el algodón como ejemplo más inmediato: según se apunta en Temin, “The main reason for the slow recovery of southern states incomes after the Civil War was the drastic slowdown in the rate of growth of demand for cotton” (3).

La destrucción de la Guerra de Secesión es un tema familiar en la literatura histórica que aborda el tema. Debido a que casi todos los combates significativos y movimientos relevantes de tropas tuvieron lugar en territorio confederado (Spotsylvania, Appomattox, Shiloh, los sitios de Vicksburg y Port Hudson, etcétera), los estados rebeldes sufrieron la mayoría del daño físico causado por la guerra. Numerosos recuentos contemporáneos y algunas—no muchas, dada la época—fotografías de fábricas y hogares arrasados de los que sólo quedaban en pie sus chimeneas, así como de vías y trenes destruidos, sugieren una amplia devastación. No obstante, y pese a lo aparentemente obvio del asunto, aún no hay una respuesta empírica firme sobre cuánta culpa tiene el daño infligido por la guerra en la economía del Sur. En el imaginario colectivo sureño se ha atribuido la pobreza relativa de los estados de la antigua Confederación durante finales del XIX y principios del XX a la destrucción de la infraestructura de la región causada por la guerra. Caracterizado como la “gran coartada” por autores como Robert Penn Warren y utilizado por otros para justificar algunos fallos estructurales del sur posbélico, este razonamiento se fusionó rápidamente con cierta ideología de la “Causa Perdida<sup>59</sup>” que buscaba ennoblecer la rebelión y ensalzar los dolorosos—y duraderos—sacrificios hechos en su honor. A pesar de que la mayoría de los historiadores rechazan, o toman con prudencia, la interpretación del Sur de la postguerra, existe un acuerdo generalizado en el gran daño material causado por la guerra, y que tal daño tendría un papel significativo en la vuelta al desarrollo y crecimiento económico de la región en épocas previas a la guerra.

Este contexto de economía deprimida es donde se desarrolla *The Gilded Age: A Tale of Today*, relato de Mark Twain y Charles D. Warner. Y ciertos aspectos de la vida de Mark Twain,

---

<sup>59</sup> Warren, Robert Penn: *The Legacy of the Civil War*. Bison Books, 1961.

más allá de su carrera como novelista, son también de gran relevancia para el contexto analítico de este estudio.

Nacido en 1835 como Samuel Langhorne Clemens, Mark Twain es sobrada y merecidamente célebre por novelas como *The Adventures of Tom Sawyer* o *Huckleberry Finn*, una de las más relevantes novelas del panorama literario norteamericano. Ya en 1907, tres años antes del fallecimiento de Twain, escribía William L. Phelps para la *North American Review*:

Indeed, it seems to me that Mark Twain is our foremost living American writer. He has not the subtlety of Henry James or the wonderful charm of Mr. Howells; he could not have written “Daisy Miller,” or “A Modern Instance,” or “Indian Summer,” ... but the natural endowment of Mark Twain is still greater. Mr. Howells has made the most of himself; God has done it all for Mark Twain. If there be a living American writer touched by true genius, whose books glow with the divine fire, it is he. ... No amount of industry could ever have produced a “Huckleberry Finn.” (Phelps 3)

Lo que no quizá no sea tan de dominio público son las ocupaciones “extraliterarias”—esto es, empresariales—de Twain. Amigo personal de Nikola Tesla<sup>60</sup> y Thomas Edison<sup>61</sup>, Mark Twain siempre fue un gran amante de la ciencia y la tecnología, aunque su visión empresarial estaba bastante atrofiada. A pesar de que gozaba de fama y prestigio suficientes como para poder vivir desahogadamente gracias a su literatura y a la herencia familiar de su esposa, Olivia Langdon, Twain dilapidó la mayor parte de su dinero en proyectos empresariales fallidos. Un ejemplo de ello se encuentra en *A Critical Companion to Mark Twain* (2007) de R. Kent Rasmussen, donde se habla de máquina de composición tipográfica de Paige (828). Twain invirtió en ella en torno a unos 300.000 dólares del siglo XIX, que en términos contemporáneos y ajustados a la inflación equivaldrían a más de ocho millones de dólares en la época actual<sup>62</sup>. También perdió bastante dinero en Charles L. Webster & Co., su editorial. De este modo, se puede apreciar cómo Twain, nacido en el seno de una familia de clase media estadounidense, encaja en la línea de pensamiento del *Self-Made Man*: trabajó duro durante su adolescencia y juventud, en barcos de vapor (oficio de alta tasa de mortalidad en la época, y que de hecho le costó la vida a su hermano) e incluso en una imprenta, como ya hizo el mismísimo Benjamin Franklin en su día. Pero sin embargo, Twain no compartía ni remotamente esa visión frankliniana del “*from rags to riches*”. De hecho, Twain es uno de los autores de la época que más intenta ridiculizar la idea de la virtud

---

<sup>60</sup> Krumme, K.: “Mark Twain and Nikola Tesla: Thunder and Lightning” (2000), University of California, Berkeley (Conferencia).

<sup>61</sup> Fishkin, Shelley F.: *Lighting out for the Territory: Reflections on Mark Twain and American Culture* (OUP, 1998).

<sup>62</sup> Estimaciones según “Consumer Price Index (Estimate) 1800-.” Banco de la Reserva Federal de Minneapolis, [www.minneapolisfed.org/community/financial-and-economic-education/cpi-calculator-information/consumer-price-index-1800](http://www.minneapolisfed.org/community/financial-and-economic-education/cpi-calculator-information/consumer-price-index-1800).

como camino al éxito material. En novelas como *The Story of a Bad Little Boy* y *The Story of a Good Little boy*, escritas alrededor de 1895, el autor muestra cómo los preceptos morales dictados por los grandes hombres hechos a sí mismos, de ser seguidos escrupulosamente, son el camino a un final prematuro y deshonoroso. La raíz de estos grandes mandatos morales no es otra que el propio Benjamin Franklin, de cuyas enseñanzas Twain ofrece su opinión en el ensayo “The Late Benjamin Franklin”, incluido en *Sketches: New and Old* (1875):

The subject of this memoir was of a vicious disposition, and early prostituted his talent to the inventions of maxims and aphorisms calculated to inflict suffering upon the rising generation of all subsequent ages. His simplest acts, also, were contrived with a view to their being held up for the emulation of boys forever—boys who might otherwise have been happy. ... With a malevolence which is without parallel in history, he work all day, and then sit up nights, and let on to be studying algebra by the light of a smoldering fire, so that all other boys might have to do that also, or else have Benjamin Franklin thrown up to them.

Not satisfied with these proceedings, he had a fashion of living wholly on bread and water, and studying astronomy at meal-time—a thing which has brought affliction to millions of boys since, whose fathers had read Franklin’s pernicious biography.

His maxims were full of animosity toward boys. Nowadays a boy cannot follow out a single natural instinct without tumbling over some of those everlasting aphorisms and hearing from Franklin on the spot. ... And that boy is hounded to death and robbed of his natural rest, because Franklin said once, in one of his inspired flights of malignity:

*Early to bed and early to rise*

*Makes a man healthy, wealthy and wise.* (Twain, *Sketches* 195)

Twain, ya en su época, y siempre con su particular sentido del humor, lamenta el potencial daño que supone esperar que cualquier persona se convierta en todo un *Self-Made Man* mediante la sola emulación de las costumbres de Franklin, como si éstas, por sí solas, fueran a convertir a cualquiera en un hombre de éxito, fama y prosperidad comparables a las del padre fundador. Contrariamente a lo que pueda parecer a primera vista, la principal crítica de Twain, no es contra la persona de Franklin:

I merely desired to do away with somewhat of the prevalent, calamitous idea among the heads of families that Franklin acquired his great genius by working for nothing, studying by moonlight, and getting up in the night instead of waiting till morning like a Christian; and that this program, rigidly inflicted, will make a Franklin of every father’s fool. It is time these gentlemen were finding out that these execrable eccentricities of instinct and conduct are only the evidences of genius, not the creators of it. (Twain, *Sketches* 198)

Twain también puso en duda otra de las mayores máximas de la cultura del *Self-Made Man*: que el éxito o el fracaso de un hombre es enteramente debido a su carácter y a su propio esfuerzo. Esto no ha de interpretarse sino como un signo de las corrientes deterministas que influían en el pensamiento de finales del XIX. De un modo gradual, y como se puede apreciar en el relato *The Gilded Age: A Tale of Today* (1873), Twain se acabó convenciendo de que un hombre era lo que su herencia (en el más amplio sentido del término, desde lo genealógico hasta lo económico) y su educación hacían de él. En sus primeras obras, puede percibirse cómo aún acepta cierta libertad de elección a nivel moral, pero para cuando escribió el diálogo “What Is Man?” (1906), Twain ya estaba seguro de que cualquier noción de libre albedrío o elección moralmente incondicionada o desinteresada era una mera ilusión: “Whatsoever a man is, is due to his *make*, and to the *influences* brought to bear upon it by his heredities, his habitat, his associations. He is moved, directed, COMMANDED, by *exterior* influences—*solely*. He *originates* nothing, not even a thought” (Twain, “What Is Man” 5).

En cualquier caso, la actitud de Twain para con el éxito material era, como poco, ambigua. Había hombres de éxito a los que, dada la naturaleza satírica de sus trabajos hubiera sido razonable que criticase, pero que sin embargo, como se detalla en Rasmussen, eran conocidos suyos o incluso amigos cercanos, como Henry Huttleston Rogers, fundador de la Standard Oil; o el general Ulysses S. Grant, para muchos el símbolo viviente del período conocido como Gilded Age. Andrew Carnegie también era conocido suyo (Rasmussen 628), si bien no tan amigo como los mencionados.

También resulta ciertamente contradictorio que ataque la economía especulativa y la búsqueda frenética de riqueza de su época considerando sus muchas (y fallidas) aventuras empresariales. No obstante, puede que esta ambivalencia ayudase a Twain a ver la América de la postguerra con una mezcla de simpatía y desprecio, lo cual tiene un claro reflejo en el tono de su producción literaria. Sin duda, las cuestiones económicas siempre han desempeñado un papel importante en la literatura de Twain. De hecho, para algunos críticos, dichas cuestiones económicas proporcionan un bagaje imprescindible para las letras de Twain. Sobre si dicho bagaje ha de ser considerado una ventaja o una traba el desarrollo del “Twain artista” hay cierta división de opiniones. Para las primeras generaciones de analistas de la obra de Twain, su relación con las cuestiones económicas condicionó negativamente sus escritos:

Van Wyck Brooks issued an eloquent opening salvo in the debate, arguing in *The Ordeal of Mark Twain* (1920) that the crass materialism of Sam Clemens’ frontier environment stunted and perverted his inclinations as an artist. (Wonham 1)

Para otros críticos como Bernard De Voto, las cuestiones económicas no distorsionan, sino que dan forma a la obra de Twain. Esa mezcla de economía especulativa, materialismo y

provincianismo son para De Voto las claves de la peculiaridad y amplitud del realismo de sus obras.

*The Gilded Age: A Tale of Today* es la novela que Mark Twain dedicó al período posterior a la Guerra de Secesión, que abarca el último tercio del siglo XIX, y que pasaría a la posteridad como “Gilded Age” gracias a la novela de Twain. Aquella época se caracterizó por su moderado crecimiento económico, que sirvió para enmascarar con un manto dorado un contexto social más que problemático. Es por eso que se denomina al período con el término *gilded* (dorado) y no *golden* (de oro).

La autoría del relato no pertenece sólo a Twain, sino que es una colaboración de éste con Charles Dudley Warner, escritor, editor, crítico literario, vecino y buen amigo. Nacido en 1829 en Plainfield, Massachusetts, y de orígenes humildes, C. D. Warner trabajó en una granja durante gran parte de su infancia, experiencia de la que habló en su obra *Being a Boy* (1877). Tras graduarse en el Hamilton College en 1851, Warner se enroló en el cuerpo de ingenieros que examinaban las tierras donde se extendería el ferrocarril, siendo destinado a Misuri. Concluida esta labor, regresó al este, se casó con Susan Lee en 1856 y se graduó en derecho por la Universidad de Pensilvania dos años más tarde. Ejerció la abogacía en Chicago hasta que se mudó a Hartford, Connecticut, donde inició su carrera como periodista y trabó amistad con Mark Twain. Como periodista, ensayista y novelista su temática nunca se alejaba de la necesidad de reforma social. Ejemplo de ello serían sus ensayos “A Study in Prison Management” y “The Education of the Negro”, donde defendía sentencias flexibles y el sufragio de la población afroamericana, respectivamente<sup>63</sup>.

*The Gilded Age* no es considerado precisamente una de las obras maestras de sus autores, y la crítica en su momento la redujo a poco más que un juego de salón entre dos amigos que querían, como apunta Christopher Wilson en el ensayo “American Naturalism and the Problem of Sincerity” (1982), ridiculizar la ficción sentimental y melodramática que dominaba el panorama literario popular de la época. Los nuevos hombres y mujeres de letras, en teoría, pretendían librarse de los clichés que asociaban la literatura con el decadente mundo de la literatura victoriana, dominado por el esnobismo, el amateurismo y el elitismo de aquellos escritores que se negaban a aceptar al público como árbitros del valor literario según las ventas del producto (Wilson 3). La novela trata sobre los esfuerzos de una familia rural media de Tennessee, los Hawkins, por enriquecerse vendiendo una propiedad de 30.000 hectáreas del modo más ventajoso posible. Los denodados intentos del cabeza de familia—Silas Hawkins—por conseguir el mejor trato por las tierras fracasan en su totalidad, y acabará muriendo con el

---

<sup>63</sup> Información obtenida en “Charles Dudley Warner”, por Donna M. Campbell. Washington State University, 2015.

sentimiento de culpabilidad de no haber dejado una herencia decente para su familia. Tras la muerte de Silas, Laura Hawkins, su hija adoptiva, intentará abrirse camino en la alta sociedad de Washington D.C. para intentar persuadir al gobierno de la nación de que adquiriera las tierras familiares que no pudo vender su padre.

De manera paralela a la historia de los Hawkins, escrita por Twain, transcurre la historia de Phillip Sterling y Henry Brierly, dos jóvenes de clase acomodada que buscan obtener fortuna a través de la adquisición de tierras y la posterior especulación con éstas. Las peripecias de Sterling y Brierly son obra de Charles Dudley Warner. Además de los personajes principales, la obra cuenta con la casi constante presencia del eternamente optimista Coronel Beriah Sellers. El Coronel es un personaje tipo que recuerda en gran medida al Wilkins Micawber de Dickens: el embaucador eternamente endeudado que intenta toda suerte de tretas e ingenios para enriquecerse de la noche a la mañana: especulación, medicina milagrosa, artilugios mecánicos... obviando el más elemental de los métodos, es decir, el trabajo.

La temática central de la novela es que el ansia de riqueza y la especulación salvaje dominaban la sociedad norteamericana de la época, y que, como viene siendo habitual, el camino hacia la riqueza material no es precisamente el de la virtud y la rectitud como proponía Franklin. A pesar de las críticas desfavorables que se apuntaban antes, *The Gilded Age* puede considerarse un certero compendio de la corrupción política y el cinismo económico y social que dominaban los Estados Unidos de la época de postguerra, con perspectivas más amplias que la simple parodia. También es cierto que, a pesar del intento de crítica de los autores, *The Gilded Age* acaba capitulando ante las propias convenciones literarias que pretendía atacar. Un ejemplo de ello sería el personaje de la hija adoptiva de los Hawkins, Laura.

Al principio del relato, los Hawkins viajan en un barco de vapor por el río Mississippi, evento que no sería descabellado catalogar como autobiográfico de Twain<sup>64</sup>, ya que él mismo pasó gran parte de su juventud entre barcos de vapor—y debe su pseudónimo<sup>65</sup> literario a esta etapa de su vida. Tras un grave accidente del que los Hawkins escapan milagrosamente, dan con Laura, cuyos padres no han sido tan afortunados. Así comienza la historia de la heroína del relato, que en el capítulo VI ya es una joven belleza, inteligente y confiada, que posteriormente intentará abrirse camino en las altas esferas de la capital del país y convertirse en una lobista. Ya en el

---

<sup>64</sup> “These memories of his boyhood world were the literary capital that would underwrite his greatest work, *The Adventures of Tom Sawyer*. Set against the background of this romantic and nostalgic evocation of the antebellum Mississippi Valley, he calls his desire to be a steamboat pilot the ‘one permanent ambition’ in his life” (Trombley y Kiskis 88).

<sup>65</sup> “Mark twain” era la expresión que utilizaban los capitanes de barcos fluviales para referirse a una profundidad de doce brazas (algo más de tres metros y medio), profundidad mínima para que un barco de vapor navegara con cierta seguridad.

principio del libro, el autor da debida cuenta de que, si alguno de los Hawkins consigue hacer fortuna, no va a ser gracias al trabajo duro, al menos de entrada:

The younger children were born and educated dependents. They had never been taught to do anything for themselves, and it did not seem to occur to them to make an attempt now. The girls would not have been permitted to work for a living under any circumstances whatever. It was a southern family, and of good blood; and for any person except Laura, either within or without the household to have suggested such an idea would have brought upon the suggester the suspicion of being a lunatic. (Twain y Warner 39)

El resto de los personajes—Silas, Nancy y Clay Hawkins, etcétera—acaban quedando relegados a un segundo plano para ceder espacio y tiempo a las historias de Laura y Washington Hawkins, Henry Brierly, Philip Sterling y Beriah Sellers, lo que no hace sino proporcionar más detalles sobre el modo de vida y las ocurrencias de los personajes que mejor se prestan para el análisis de la figura del hombre hecho a sí mismo en el contexto norteamericano de la época.

Quizá uno de los personajes que ofrecen la imagen más paródica sobre el *Self-Made Man* sea precisamente el propio Beriah Sellers, más conocido como “El Coronel”, amigo cercano de los Hawkins. O de algunos de los Hawkins, para ser más exactos. La primera mención que conocemos del Coronel es bastante temprana, apenas empezado el primer capítulo:

“Spoken like yourself, my child! But we’ll not starve, Nancy. Far from it. I have a letter from Beriah Sellers—just came this day. A letter that—I’ll read you a line from it!”

He flew out of the room. A shadow blurred the sunlight in Nancy's face—there was uneasiness in it, and disappointment. A procession of disturbing thoughts began to troop through her mind. ... This pantomime was the elocutionary expression of an unspoken soliloquy which had something of this shape:

“I was afraid of it—was afraid of it. Trying to make our fortune in Virginia, Beriah Sellers nearly ruined us and we had to settle in Kentucky and start over again. Trying to make our fortune in Kentucky he crippled us again and we had to move here. Trying to make our fortune here, he brought us clear down to the ground nearly. He's an honest soul, and means the very best in the world, but I'm afraid, I'm afraid he's too flighty. He has splendid ideas, and he'll divide his chances with his friends with a free hand, the good generous soul, but something does seem to always interfere and spoil everything.” (Twain y Warner 9)

La aflicción con la que Nancy Hawkins recibe la sola mención del nombre de Beriah Sellers ya es bastante reveladora en sí misma: todas y cada una de las ocasiones en que han confiado sus ahorros a Sellers para alguna de sus prometedoras y potencialmente lucrativas

inversiones han acabado igual: con los Hawkins en la ruina, teniendo que abandonar su hogar para empezar desde cero en cualquier otra parte. Si bien es cierto que la propia Nancy reconoce que en el fondo Sellers es un alma bondadosa y que sus intenciones nunca han sido malas, también es cierto que eso poco importa cuando todas sus ideas acaban fracasando y dejándoles arruinados. Las distintas evaluaciones críticas sobre el personaje del Coronel carecen de consenso en líneas generales. Una de las más certeras se puede encontrar en el ensayo de Christopher D. Morris “Hermeneutic Delusion in Mark Twain and Charles Dudley Warner’s *The Gilded Age*” (2011). Al igual que Franklin, Beriah Sellers siempre tenía varios negocios y aventuras empresariales en marcha. El apellido “Sellers”, como cabe imaginarse, no está escogido al azar; Sellers es una alegoría que encarna la esencia del capitalismo norteamericano de su época. En el capítulo XLV Twain llama a Sellers “the great speculator” (249), y semejante calificativo resulta acertado en más de un sentido. Primero, como apunta Morris, a pesar de la lamentable escena de los nabos crudos para cenar (de la que se hablará debidamente más adelante), Sellers se tiene a sí mismo como un inversor a gran escala, y diseña un número considerable de planes de enriquecimiento rápido cuya gran mayoría implican terrenos y bienes inmuebles. En segundo lugar, Sellers tiene la mirada puesta en el futuro de un modo más general que el de la especulación, y se muestra abierto al potencial de nuevos inventos, ideas y posibilidades. En el capítulo XXVII despliega un mapa sobre el posible desarrollo futuro de Stone’s Landing sobre la mesa del comedor, usando cualquier cosa que tuviese a mano—un tenedor, un salero, un peine, etcétera—para representar los diferentes pueblos y ciudades de la zona. Es decir, elabora un mapa a base de signos a lo que él les asigna un significado concreto y arbitrario (Morris 231). Aquí tenemos una anticipación velada de lo que van a ser las bases de la mayoría de sus aventuras económicas: interpretaciones arbitrarias de situaciones y circunstancias que bien pueden ser señales reales o bien pueden no serlo, pero que dada su infinita plasticidad, se prestan fácilmente a que Sellers les dote del significado que él considere apropiado para reforzar su argumento. El mapa del supuesto desarrollo de Stone’s Landing es el correlativo visual a su propio discurso, obviamente infundado, pero que deja el terreno abierto para que sus ávidos oyentes acepten las asunciones hermenéuticas del Coronel como significados alternativos y válidos, ya que la manera del Coronel de asignar valor a conceptos abstractos no dista mucho de la manera en que el capitalismo financiero asigna valores económicos en el marco de la especulación.

Las descripciones que se ofrecen de su estilo de vida, de su hogar, de la forma en que vive su familia, dejan ver que vivía de manera humilde y frugal. Pero aquello que según Franklin había de ser un modo de vida voluntario, a Beriah Sellers se lo imponían sus sucesivos fracasos económicos. En el capítulo VII Washington Hawkins visita al Coronel Sellers en su residencia de Hawkeye, Misuri, y es ahí donde el relato da cuenta de hasta qué punto al Coronel le daba importancia a la apariencia: lo que desde fuera parece una gran casa, digna de un genio con la

visión empresarial de Sellers, no es más que un trampantojo para una familia que vive en la más absoluta de las miserias. Las paredes están plagadas de disonancias en la tonalidad del papel pintado, indicio indudable de la anterior presencia de cuadros y demás ornamento enmarcado que ha tenido que ser vendido o empeñado para poder poner algo de comida en la mesa al menos un día más. La vestimenta de la familia, aunque de aspecto decente, limpio y cuidado, “showed many evidences of having seen a long service” (Twain y Warner 41), y el ambiente de la casa era insoportablemente frío. La constante teatralidad e inventiva de Sellers para intentar enmascarar una miseria acuciante y más que evidente, las estancias desiertas de mobiliario, los tristes recordatorios de tiempos mejores que ofrecían los huecos en esas paredes de papel pintado desahuciado de cuadros, la felicidad—a todas luces impostada—de la familia y los vanos intentos del Coronel de desviar miradas indiscretas por parte de Washington consiguen trasladar al lector la sensación de desazón del ambiente en casa de los Sellers. Una de las escenas culminantes de esa incomodidad tiene lugar cuando Washington, sentado alrededor de la estufa con el resto de la familia, intenta acercarse un poco más a ésta para librarse del frío que le cala hasta los huesos:

Washington was not able to ignore the cold entirely. He was nearly as close to the stove as he could get, and yet he could not persuade himself, that he felt the slightest heat, notwithstanding the isinglass’ door was still gently and serenely glowing. He tried to get a trifle closer to the stove, and the consequence was, he tripped the supporting poker and the stove-door tumbled to the floor. And then there was a revelation—there was nothing in the stove but a lighted tallow-candle! The poor youth blushed and felt as if he must die with shame. (Twain y Warner 44)

Con todos sus negocios potencialmente millonarios, su brillante habilidad para la especulación y un ingenio ilimitado para la invención, el Coronel ni siquiera tenía dinero para poner combustible a la estufa. Tras un corto lapso de estupor y vergüenza tanto del visitante como de sus anfitriones, Beriah Sellers no tarda en salir al paso con una improvisación que salvase la caída del decorado:

A little idea of my own, Washington—one of the greatest things in the world! You must write your father about it—don’t forget that, now. I have been reading up some European Scientific reports—friend of mine, Count Fugier, sent them to me—sends me all sorts of things from Paris—he thinks the world of me, Fugier does. Well, I saw that the Academy of France had been testing the properties of heat, and they came to the conclusion that it was a nonconductor or something like that, and of course its influence must necessarily be deadly in nervous organizations with excitable temperaments, especially where there is any tendency toward rheumatic affections. Bless you I saw you in a moment what was the matter with us, and says I, out goes your fires!—no more slow torture and certain

death for me, sir. What you want is the appearance of heat, not the heat itself—that's the idea. Well how to do it was the next thing. I just put my head, to work, pegged away, a couple of days, and here you are! ... Stove with a candle in it and a transparent door—that's it—it has been the salvation of this family. Don't fail to write you father about it, Washington. And tell him the idea is mine—I'm no more conceited than most people, I reckon, but you know it is human nature for a man to want credit for a thing like that. (Twain y Warner 44)

Semejante discurso deja patente la intención de los autores de la obra de parodiar a Franklin: discurso científico (*pseudocientífico*, en el caso del Coronel), supuestas amistades en Francia (no hay que olvidar que Franklin fue comisionado de los Estados Unidos en Francia entre 1776 y 1785), y la más que elocuente alegoría de la estufa hueca, que no sólo pasa de ser una consecuencia de la vida en la miseria a un genial invento, sino que recuerda a uno de los inventos de Franklin, la estufa salamandra o *Pennsylvania Fireplace* (1741), que resultó innovadora en tanto que aumentó la eficiencia en el consumo de combustible (Isaacson 131), aunque sin llegar a la “eficiencia”—por así decirlo—de la estufa de Sellers, que únicamente necesitaba una vela para “funcionar”.

Las situaciones incómodas de pobreza disfrazada se suceden de manera implacable durante toda la estancia de Washington Hawkins en el hogar de los Sellers, aunque ninguna escena parece ser lo bastante evidente como para convencer al joven de que lo del Coronel no era más que charlatanería hueca: “The Colonel's tongue was a magician's wand that turned dried apples into figs and water into wine as easily as it could change a hovel into a palace and present poverty into imminent future riches.” (Twain y Warner 45) En el imaginario popular norteamericano al respecto de la época del relato se puede encontrar una figura casi tan inherente a este tiempo como los vaqueros, las diligencias y la construcción del ferrocarril: los curanderos charlatanes, personajes que recorrían en sus carromatos los pequeños asentamientos que iban naciendo durante la expansión hacia la costa oeste. Semejantes personajes aprovechaban las supersticiones y el analfabetismo de la población para vender productos de supuestamente milagrosas propiedades a precio de oro, pero resultaban del todo ineficaces sin el público adecuado. Para Beriah Sellers, ese público era Washington Hawkins, “poor little country-bred know-nothing” (Twain y Warner 48) según sus palabras, un joven inexperto e impresionable que poco o nada sabía del mundo más allá de su hogar y su familia. No se podría decir con certeza si algún otro miembro de la familia Hawkins—Laura, Nancy, etcétera—habría acogido las fantasiosas maquinaciones financieras del Coronel con tanto fervor como el joven Washington, sobre todo teniendo en cuenta las experiencias anteriores.

Washington was one of that kind of people whose hopes are in the very clouds one day and in the gutter the next. He walked on air now. ... He ran up the stairs and wrote glowingly, enthusiastically, to his mother about the hogs and the corn, the banks and the eye-water—and added a few inconsequential millions to each project. And he said that people little dreamed what a man Col. Sellers was, and that the world would open its eyes when it found out. And he closed his letter thus:

‘So make yourself perfectly easy, mother—in a little while you shall have everything you want, and more. ... This money will not be for me alone, but for all of us. I want all to share alike, and there is going to be far more for each than one person can spend.’ (Twain y Warner 49)

Como ya hiciera su padre antes que él, Washington Hawkins había alcanzado tal grado de sometimiento a la oratoria de Sellers que le habría dado hasta su alma al Coronel si éste se la hubiera pedido. Y el hecho de que sea precisamente Washington el personaje más encandilado por Sellers tampoco ha de considerarse un hecho azaroso, si entendemos que Washington es tanto un nombre propio como la capital de los Estados Unidos. Como apunta Morris, se puede leer aquí la alegoría política “*Washington in thrall to sellers*” (nótese el uso de *sellers* como sustantivo): *The Gilded Age* desarrolla esta alegoría con la imagen del Congreso en manos de lobistas y de su ambición de poder, dinero y sexo (Morris 233). Quizá la duda más razonable llegados a este punto sea acerca de las intenciones del Coronel. ¿Se cree verdaderamente su propio discurso? ¿Pretende, como asegura, hacer ricos a los Hawkins, o sólo los está usando como medio para obtener algo de dinero rápido y así poder ir sobreviviendo? Tras la muerte de Silas Hawkins, la mudanza de la familia a Hawkeye y la vuelta al trabajo de Washington, da la impresión de que el joven empieza de algún modo a madurar—o quizá a ser un poco más consciente de cómo funciona el mundo más allá de su *microclima* familiar—y a vislumbrar el grandísimo fraude que es el Coronel. Puede percibirse cierto cambio de actitud para con éste, cierta variación en la disposición de Washington a la hora de recibir el discurso de Sellers. Hay un pasaje en el capítulo XI en el que Washington se presenta sin avisar en la residencia de los Sellers, interrumpiendo su cena. La escena es de un patetismo superlativo:

The Sellers family were just starting to dinner when Washington burst upon them with his surprise. ... Was this the plain family dinner? And was it all present? It was soon apparent that this was indeed the dinner: it was all on the table: it consisted of abundance of clear, fresh water, and a basin of raw turnips—nothing more. ... I’m a plain man and I want my food plain—none of your embellishments for Beriah Sellers—no made dishes for me! And it’s the best way—high living kills more than it cures in this world, you can rest assured of that. (Twain y Warner 64)

Washington, al presentarse sin avisar, fue testigo involuntario e inmediato de la miseria que azotaba a los Sellers. Por un lado, las explicaciones que da el coronel para semejante cena (“I’m a plain man and I want my food plain”) parecen ajustarse al ideal frankliniano de la frugalidad; pero, ¿nabos crudos y agua del grifo, dos veces al día? Resulta difícil creer que una dieta así sea por su supuesto beneficio para la salud y no por esa obligación categórica que impone la necesidad. Por otro lado, la difícilmente enmascarable vergüenza de la señora Sellers ante la aparición inesperada de Washington es muy elocuente en sí misma; por no hablar del variopinto catálogo de justificaciones del que hace gala el Coronel, justificaciones que acaban siendo contradictorias entre sí, como por ejemplo “high living kills more than it cures in this world, you can rest assured of that” comparada con “These are from New Jersey—I imported them myself. They cost like sin, too; but lord bless me, I go in for having the best of a thing” (Twain y Warner 62). Todo ello embellecido por el consabido discurso pseudocientífico ya habitual en el personaje del Coronel. No obstante, y a pesar de que el tiempo que Washington ha guardado las distancias con el Coronel parece que le ha ayudado a romper ese encantamiento que Sellers había lanzado sobre él, no tarda en volver a caer en las redes de esa inagotable fuente de discurso infundado que es Sellers. A pesar de las apariencias, no se puede asegurar que Washington llegue a ver a Sellers como lo que es en ningún momento. Su renuncia a una idea descabellada del Coronel nunca prelude un despertar de su “edad dorada” particular. El producto médico en el que Sellers trabaja a lo largo de casi todo el relato quizá pueda ofrecer cierta explicación a este hecho a modo de metáfora: el “Infallible Imperial Oriental Optic Liniment and Salvation of Sore Eyes—the Medical Wonder of the Age” (Twain y Warner 47). Una medicina que promete sanar las deficiencias en la vista, las dificultades para ver, circunstancia que puede deberse tanto al terreno físico como al psicológico: la dificultad para “ver” como estado mental. La medicina en desarrollo de Sellers posee capacidades ciertamente extraordinarias y milagrosas: promesas de infalibilidad, imperialismo, salvación... todos los componentes del espejismo americano, de la *Gilded Age*:

Because Sellers plans to market not just a commodity but these larger promises as its supposedly signified referent, limitless consumption will be incited, since material acquisition could never fulfill them. This is the mad logic of the West as it is played out from Enlightenment Europe through America. Twain had examined this dementia in European and Near Eastern history (in *The Innocents Abroad*) and in the silver fever of Western prospectors (in *Roughing It*). In *The Gilded Age* all of the characters, not just Washington, remain “in thrall to Sellers” in this larger sense. (Morris 234)

Llegados a este punto, es cabal plantearse ciertas preguntas: ¿es Beriah Sellers una parodia de Benjamin Franklin o sólo un lamentable imitador? Ya que estas partes de la obra en las que interviene el Coronel están en su mayoría escritas por Charles D. Warner y no por Mark Twain también cabría preguntarse si el personaje de Sellers no es una parodia un poco más sucinta

del propio Twain, sabiendo las muchas—y fallidas—aventuras empresariales en las que se embarcó, aunque esta teoría no tiene demasiado sustento en el propio texto y, más aún, habría que obviar no pocos detalles del carácter de Beriah Sellers para darle sustento, como su racismo.

Hump it on the door-step, Jerry—the blackest niggro [sic] in the State, Washington, but got a good heart—mighty likely boy, is Jerry. And now I suppose you’ve got to have ten cents, Jerry. That’s all right—when a man works for me—when a man—in the other pocket, I reckon—when a man—why, where the mischief is that portmonnaie! (Twain y Warner 41)

O bien:

“You educate the niggro and you make him more speculating than he was before. If he won’t stick to any industry except for himself now, what will he do then? ... He would only have a wider scope to injure himself. A niggro has no grasp, sir. Now, a white man can conceive great operations, and carry them out. A niggro can’t. (Twain y Warner 111)

Si bien es cierto que algunos detalles biográficos de Mark Twain le sitúan—de un modo muy efímero—en el bando confederado durante la Guerra de Secesión<sup>66</sup>, no es menos cierto que el resto de su vida estuvo marcado por su compromiso con la igualdad de derechos, independientemente de raza o género. Con las dos citas anteriores, muy reveladoras del carácter de Beriah Sellers para con la situación de la población de color, se puede desechar definitivamente que este personaje sea un intento de parodia de Mark Twain. Porque Twain podía ser un empresario con una lamentable falta de visión y criterio; pero también luchó por los derechos civiles y la emancipación de mujeres y afroamericanos. Sin embargo, la tesis de Beriah Sellers como parodia del hombre frankliniano adquiere más cuerpo a la luz de lo escrito por Twain en “What is Man?”, donde el autor hace notar la tendencia a confundir el estilo de vida de Franklin y su genialidad con una relación de causalidad. Es decir, que cualquiera podía convertirse en un genial, próspero y notorio personaje como Franklin si seguía sus preceptos y estilo de vida. No obstante, apunta Twain, las excentricidades en el comportamiento de Franklin han de ser entendidas como el producto de su genio, no como la causa de éste. Prueba de ello es el personaje de Beriah Sellers. En cuanto a su racismo, se puede entender como una alusión a la instrumentalización amoral del ser humano en el marco económico de la época. Las circunstancias en las que se da el debate sobre la educación de los afroamericanos tienen lugar en el capítulo XX, cuando el Senador Dilworthy es recibido por Sellers en Hawkeye. La imagen de Dilworthy es la de un político progresista que espera mejorar de alguna manera la situación socioeconómica de

---

<sup>66</sup> El breve paso de Twain por el ejército confederado queda recogido en su relato breve y autobiográfico titulado “The Private History of a Campaign that Failed” (1885), publicado junto con otros en *Merry Tales* (1892).

los afroamericanos emancipados; Sellers, sureño, sostiene que los negros son incapaces por naturaleza de mejorar. En su diálogo sobre la raza, Sellers insiste en que su situación material no va a cambiar debido a que “they are a speculating race” (Twain y Warner 110). Considerando que Sellers caracteriza a los negros como “maldecidos” con un rasgo que él mismo encarna de manera tan evidente, su racismo pone de manifiesto ya no sólo hipocresía, sino una ceguera incorregible. Sellers ve en sí mismo una virtud en aquello que considera un defecto cuando se trata de los demás.

En los capítulos XIV y XVI, cuando Philip Sterling y Henry Brierly conocen casi por casualidad al Coronel, da la impresión de que el Coronel ha renunciado a Washington para buscar amistades con más potencial de beneficio económico, porque aquella venta con enormes beneficios de los terrenos de la familia Hawkins sigue siendo esa eterna promesa que ya era al principio de la novela. Aunque Sterling y Brierly se convierten en el nuevo blanco de Beriah Sellers, no se les puede considerar equiparables a Washington Hawkins en lo tocante a ingenuidad: son dos jóvenes de ciudad que pretenden amasar fortuna trabajando como ingenieros en la compañía del ferrocarril. El problema, naturalmente, es que las nociones de Henry sobre ingeniería son muy limitadas, y las de Philip, nulas. Las características del personaje de Philip apuntan directamente a la vida de Charles Dudley Warner: ambos intentaron abrirse camino en el mundo de la literatura y el periodismo, y ambos acabaron de ingenieros en la industria del ferrocarril:

Life has no moment so sweet as that in which a young man believes himself called into the immortal ranks of the masters of literature. It is such a noble ambition, that it is a pity it has usually such a shallow foundation. At the time of this history, Philip had gone to New York for a career. With his talent he thought he should have a little difficulty in getting an editorial position upon a metropolitan newspaper; not that he knew anything about newspaper work, or had the least idea of journalism; he knew he was not fitted for the technicalities of the subordinate departments. But he could write leaders with perfect ease, he was sure. The drudgery of the newspaper office was too distasteful, and besides it would be beneath the dignity of a graduate and a successful magazine writer. He wanted to begin at the top of the ladder. (Twain y Warner 67)

Pero la “aventura” ferroviaria de Henry, Philip y el Coronel parece que empieza a funcionar. Se les adjudica una obra de magnitud considerable en la localidad de Stone’s Landing, y nada menos que “\$20,000 of Uncle Sam’s money” (Twain y Warner 135), lo suficiente para ponerlo todo en marcha e incluso para poder permitirse algún gasto discrecional. La idea era anticiparse a la llegada del ferrocarril del Pacífico comprando terrenos a bajo coste para venderlos con importantes ganancias cuando el paso del ferrocarril aumentase su valor. Sin embargo, el

proyecto fracasa cuando la compañía se declara insolvente al haberse gastado todo el dinero de la asignación otorgada por el Congreso en sobornos; de modo que el dinero deja de llegar y los trabajadores de Stone's Landing dejan de percibir sus salarios. Henry y Sellers se enfrentarían a serios problemas si la mano de obra contratada no empezaba a ver dinero pronto; especialmente Henry, ya que el Coronel Sellers había desaparecido muy oportunamente. En última instancia, Henry se ve en la obligación de huir a caballo de Stone's Landing, ya que empezaba a existir una amenaza real a su integridad física. Sin embargo, el Coronel reaparece cuando la situación empezaba a ponerse verdaderamente tensa, y se las ingenia para aplacar a la muchedumbre enfurecida:

The second month closed with a riot. Sellers was absent at the time, and Harry began an active absence himself with the mob at his heels. But being on horseback, he had the advantage. He did not tarry in Hawkeye, but went on, thus missing several appointments with creditors. He was far on his flight eastward, and well out of danger when the next morning dawned. He telegraphed the Colonel to go down and quiet the laborers—he was bound east for money—everything would be right in a week—tell the men so—tell them to rely on him and not to be afraid.

Sellers found the mob quiet enough when he reached the Landing. ... They had a liking for the Colonel, but still they had some idea of hanging him, as a sort of make-shift that might answer, after a fashion, in place of more satisfactory game.

But they made the mistake of waiting to hear what he had to say first. Within fifteen minutes his tongue had done its work and they were all rich men. He gave every one of them a lot in the suburbs of the city of Stone's Landing, within a mile and a half of the future post office and railway station, and they promised to resume work as soon as Harry got east and started the money along. Now things were blooming and pleasant again, but the men had no money, and nothing to live on. (Twain y Warner 138)

La idea más inmediata que se puede extraer de este fragmento es que, al fin y al cabo, Washington Hawkins no era el único en sucumbir a la charlatanería—no tan—barata de Beriah Sellers. Considerando al personaje como defensor de su época, puede verse que los proyectos de Sellers no distaban mucho de la manera de obrar en Washington y Wall Street: un sistema económico autosustentado en sus propias “fantasías”, que genera valores en constante aumento sin referentes u orígenes identificables o tangibles en el mundo real—no así las consecuencias de un mal funcionamiento de dicho sistema. El problema de Sellers es que su discurso y sus proyecciones rara vez van en la misma dirección que las del sistema dominante, si bien es cierto que ambos discursos parten de las mismas premisas infundadas. A un nivel más profundo, toda la historia de Philip Sterling, Henry Brierly, Beriah Sellers y el ferrocarril no hace más que ofrecer

una instantánea del momento de la historia norteamericana en que tiene lugar, esa “era dorada”—no de oro—en que los Estados Unidos estaban experimentando un crecimiento económico e industrial sin precedentes en toda su historia, pero con una problemática social subyacente a la que ese crecimiento económico nunca llegaba, y con un auge de la especulación financiera que se convertiría en el prólogo de la posterior depresión:

Beautiful credit! The foundation of modern society. Who shall say that this is not the golden age of mutual trust, of unlimited reliance on human promises? That is a peculiar condition of society that enables a whole nation to instantly recognize point and meaning in the familiar newspaper anecdote, which puts into the mouth of a distinguished speculator in lands and mines this remark: ‘I wasn’t worth a cent two years ago and now I owe two millions of dollars.’ (Twain y Warner 144).

Como se apuntaba al principio, *The Gilded Age: A Tale of Today* no gozó de buen recibimiento por parte de la crítica ni se considera una obra clave de ninguno de sus dos autores. Ciertamente, siendo una novela que intentaba criticar el melodrama fácil y excesivo predominante en la ficción de la época, acaba cayendo, con la historia del desamor de Laura Hawkins, en la mayoría de los tópicos que pretendía satirizar. Pero tampoco sería adecuado reducir todo el relato a un intento fallido de novela sentimental. Valga como ejemplo el último fragmento citado para dar cuenta de que, si conseguimos abstraernos de gran parte del ornamento argumental y de algunas de las tramas secundarias, podemos encontrar en *The Gilded Age* una *roman à clef* que abunda en una crítica social seria y afilada. Además, el desenlace de la novela tampoco puede considerarse el típico en una novela sentimental al uso; quizá la ausencia de un final feliz para los Hawkins sea uno de los pocos clichés en los que no incurrieron los autores. Tal vez un final menos dramático para Laura, que a pesar de ser exonerada de los cargos de asesinato contra su persona acaba muriendo en la soledad de su habitación; quizá un golpe de suerte para Washington, que acaba malviviendo en una habitación alquilada con el Coronel y sin un dólar a su nombre. Pero he aquí otro relato realista, empapado de ese determinismo tan característico de esta corriente literaria: no hay más suerte que la que cada uno pueda comprar, o aquella que le venga dada por nacimiento. El hombre hecho a sí mismo, aquel que asciende “*from rags to riches*”, es un relato que se ha mantenido vivo de manera interesada, y que data de una época que hace mucho que quedó atrás.

Considerando la infancia de Mark Twain, quizá el personaje que más se acerca a su historia es el de Washington Hawkins. Van Wyck Brooks aseguraba en *The Ordeal of Mark Twain* (1920) que el materialismo en el entorno de Twain ya desde su misma infancia pervirtió sus inclinaciones como artista. Para Brooks y otros críticos psicoanalíticos posteriores, la personalidad de Twain, o al menos los rasgos más sustanciales de ésta, se formaron al pie del

ataúd de su padre, donde le formuló a su madre la promesa de que él (Twain) recuperaría la fortuna de su padre y alcanzaría esa riqueza que hasta entonces había sido un espejismo puesto ante sus ojos:

He is to go forth the Good Boy by *force majeure*, he is to become such a man as his father would have approved of, he is to retrieve his father's failure, to recover the lost gentility of a family that had once been proud, to realize that "mirage of wealth" that had ever hung before his father's eyes. (Brooks, 41)

Para Brooks, la concatenación de infortunios económicos que marcó la vida adulta de Mark Twain tuvo su origen en la aceptación de esos imperativos financieros que deformaron su capacidad artística. Para otros críticos, en cambio, este materialismo tan provinciano que le fue grabado a fuego durante su infancia más que deformar, *conforma* muchos de los rasgos más característicos su producción literaria. En resumen, la cultura de la acumulación de capital en la que se desarrolló Twain puede alimentar o bien desfigurar al artista que había en Samuel Langhorne Clemens, dependiendo del punto de vista y desde dónde abordemos la crítica. Quizá lo más sensato sea aceptar la relación contradictoria de Mark Twain con el dinero y la máxima frankliniana del *from rags to riches*, habida cuenta de su vida y amistades por un lado, y de su producción literaria por otro, en lugar de posicionarse en un bando u otro dentro del debate de si dicha ambivalencia de cara a la economía obró beneficio o perjuicio en su obra. Robert Sattelmeyer lanzó un comentario bastante certero en *Constructing Mark Twain: New Directions in Scholarship* (2001) cuando explicó que "whatever he may have said about the American economic system in satirical works such as *The Gilded Age*, his own practices constituted an uncritical endorsement of it" (Trombley y Kiskis, 89). Así, podemos concebir a Twain al mismo tiempo como un ávido e ingenuo entusiasta de las finanzas estadounidenses y a la vez como un feroz crítico de éstas. Como si se hablase de dos personalidades opuestas contenidas en una misma persona: Samuel Clemens, temerario hombre de negocios propenso a la especulación y a construir castillos en el aire; y Mark Twain, el hombre de mundo, escritor escéptico, sarcástico y siempre alerta ante la impostura y el fraude. La versión atrevida de Samuel Clemens nunca dejó de creer que la siguiente inversión arriesgada sería la que haría de él un hombre obscenamente rico; mientras que el Mark Twain escritor se entretenía con todos esos pobres ingenuos que pretendían amasar grandes fortunas con pequeñas inversiones y esa pizca de suerte que nunca llegaba. Esta historia binaria de personalidades opuestas, como una especie de Dr. Jekyll escritor y un Mr. Hyde empresario parece reconciliarse en el personaje de Washington Hawkins, que para Twain debió ser como leer la biografía de un alter ego. Hay, de hecho, un diálogo que Washington mantiene con el Coronel Sellers hacia el final de la obra bastante revelador de la carga con la que Twain tuvo que vivir tras la muerte de su padre y la responsabilidad de recuperar su riqueza:

Never mind the Tennessee Land, Colonel. I am done with that, forever and forever. ... My father, away back yonder, years ago, bought it for a blessing for his children, and ... it proved a curse to him as long as he lived, and never a curse like it was inflicted upon any man's heirs. ... I depended on it all through my boyhood and never tried to do an honest stroke of work for my living. ... We might all have been prosperous, now; we might all have been happy, all these heart-breaking years, if we had accepted our poverty at first and gone contentedly to work and built up our own wealth by our own toil and sweat. ... Instead of that, we have suffered more than the damned themselves suffer! I loved my father, and I honor his memory and recognize his good intentions; but I grieve for his mistaking ideas of conferring happiness upon his children. I am going to begin my life again, and begin it and end with good solid work! I'll leave my children no Tennessee Land! (Twain y Warner 337)

También puede decirse que el Coronel Sellers obtiene ciertas enseñanzas de todos los avatares que han conformado su historia a lo largo del relato. En su última conversación con Washington decide que lo suyo no es la medicina—curandería más bien, ni la ingeniería, ni el oficio de inventor; decide, por lo tanto, abjurar de la especulación y consagrarse al estudio del derecho y las leyes. Obviamente no es el noble ideal de la justicia ni la lucha por el indefenso lo que le mueve, no ha de olvidarse que es Beriah Sellers el personaje en cuestión: “There's worlds of money in it!—whole worlds of money in it!” (Twain y Warner 337). Lo que le mueve es otro espejismo más, el de una vida “dorada”, llena de dinero y prestigio. En cuanto a Washington y las tierras de Tennessee, cuando el Coronel le comunica sus intenciones y abandona la estancia, Washington se queda solo contemplando una factura que reclama \$180 en impuestos por las tierras. Y todos los ahorros de Washington juntos sumaban poco más de \$200. Todo lo que le quedaba en el mundo le daba para pagar una factura y poder volver a casa. Tras vacilar unos instantes, Washington rompe la factura en pedazos y los echa por la ventana, mientras contempla cómo se los lleva el viento. El momento es relatado como el fin de una maldición: se cerraba la opción de conseguir una fortuna con la venta de aquellas tierras legadas por su padre, sí; pero también se acababa la vida de esclavitud a la espera de una fortuna que nunca llegaba, de perseguir una quimera, de cumplir una condena heredada y de, llegado el momento, dejarla en herencia a aquellos que habrían de sucederle: “‘The spell is broken, the life-long curse is ended’ he said. ‘Let us go.’” (Twain y Warner 338)

Quizá el tono final del desenlace sea un tanto pesimista, si bien es cierto que el determinismo era una tendencia al alza en la época en que está escrito el relato. Tal vez un final menos dramático para Laura Hawkins, un golpe de suerte para Washington o su familia, o incluso alguna de las descabelladas ideas del Coronel (personaje al que es inevitable acabar apreciando de algún modo, aunque sea a nivel irónico) teniendo éxito... algo que aliviase la miserable suerte

de los Hawkins, aunque fuera de modo indirecto, para dejar satisfecho al lector adicto a los finales felices. Pero el realismo es así; Mark Twain es así, al menos el Mark Twain que desempeña el papel de escritor, y no el de empresario idealista.

*The Gilded Age* aporta importantes ideas ya no sólo al mito del *Self Made Man* en la literatura estadounidense, sino también como comentario al contexto socioeconómico de la época en que se desarrollan las historias entrelazadas que conforman la trama del relato. Cada uno de los personajes principales se desarrolla de un modo tal que ofrecen distintos puntos de vista, valiosos tanto a nivel individual como a nivel colectivo. A nivel individual se ve de qué manera el concepto de adquirir riqueza a base de trabajo duro, honradez y constancia constituye un relato comúnmente aceptado, pero que en la mayoría de los casos es una impostura que se emplea *a posteriori* para intentar disfrazar los verdaderos medios que han llevado a la consecución de dicho fin. A nivel colectivo se puede extraer la enseñanza de que todos los personajes principales son víctimas y a la vez sostén de dicho relato de autosuperación. Washington Hawkins participa de todas las ideas descabelladas de Beriah Sellers, sin reparar en ningún caso en que semejantes ideas carecen de fundamento real y que en la mayoría de los casos el éxito dependerá de numerosas variables imposibles de controlar. Del mismo modo, Beriah Sellers, el artífice de dichas ideas, en ningún momento cae en la cuenta de que las premisas de sus aventuras económicas no son hechos comprobables, sino puras abstracciones hermenéuticas, realidades deformadas de tal modo que encajen en sus hipótesis. Así, se llega a otra de las enseñanzas del relato: dejarse seducir por una ilusión, por un sueño dorado, deriva en más ilusiones, hasta alcanzar una especie de punto de no-retorno en el que se hace imposible vivir sin esas ilusiones. La incesante concatenación de ideas descabelladas de Sellers o la aparentemente irreversible ceguera de Washington para con él dan cuenta de cómo las fantasías de éxito se convierten en la razón de ser de dichos personajes. De una forma paralela, podemos ver cómo en el personaje de Laura Hawkins el engaño hermenéutico sumado a las ilusiones y expectativas del marco cultural dominante sobre las relaciones sentimentales—con el coronel Selby, en su caso—se convierten literalmente en su razón de ser, de tal manera que en última instancia acabarán por reclamar su vida.

De este modo, la ilusión de la que derivan todas las demás radica en el propio título de la novela: *The Gilded Age*, la edad dorada, aquello que se ha de revestir con una pátina de respetabilidad para esconder un interior bastante menos deseable. En este mundo *dorado*, el éxito es consustancial a la adquisición de riqueza. Con la riqueza, las palabras adquieren significado, y su emisor se vuelve alguien significativo: “The words of the proprietor of a rich coal mine have a golden sound, and his common sayings are repeated as if they were solid wisdom” (Twain y Warner 343). Esto hace que se imponga la necesidad de adherirse a ese relato del *Self-Made Man*, el relato que a lo largo del tiempo ha dignificado a sus portadores y ha ocultado bajo un barniz dorado ese interior menos “deseable”.

El desarrollo económico e industrial, la corrupción política, así como las carencias sociales que no vieron solución en el período de la *Gilded Age*, tendrían cierta continuación en el periodo histórico subsiguiente conocido como *Progressive Era*, una época marcada por el reformismo social y económico, a veces, como se verá en el próximo capítulo, más en grado de tentativa que *de facto*; época marcada, también, por fenómenos como el movimiento sufragista, que culminó con la Decimonovena Enmienda, o por otros, más controvertidos, como la Decimoctava Enmienda, más conocida como Ley Seca.

## 8. Gatsby, Capone y Franklin: Reinterpretación del mito

Pocos años antes del final de sus días, tanto Emerson (1803–1882) como Twain (1835–1910) volverían a ver a la nación devastada por la crisis. Emerson, de mayor edad que Twain, presenció el Pánico de 1837, el Pánico de 1857, la Guerra de Secesión, la fallida Reconstrucción y, en 1873, un nuevo Pánico. Jay Cooke, el banquero que durante la guerra ganaba tres millones de dólares al año sólo con las comisiones derivadas de la venta de bonos del gobierno (Zinn 242), cerró la sede central de su entidad bancaria, lo que desencadenaría la ola de pánico. Con el presidente Ulysses S. Grant alojado como invitado en la mansión del propio Cooke en Filadelfia, el 18 de septiembre de 1873 cabalgaba al centro de la ciudad a cerrar la central de Jay Cooke & Company. Según se apunta en Zinn, aquello supondría poner en una situación comprometida a una cantidad considerable de personas, que se verían incapaces de pagar sus préstamos o sus hipotecas. En torno a 5.000 negocios se verían en la obligación de cesar su actividad (242), dejando sin empleo a cuantos trabajadores tuvieran contratados.

Pero el problema no era Jay Cooke. La crisis nació en una economía cuya naturaleza misma es caótica, en el que únicamente aquellos muy ricos se pueden considerar verdaderamente a salvo, un sistema fundamentado en crisis cíclicas: 1837, 1857, 1873, y las que aún estaban por llegar, es decir, 1893, 1907, 1919 y 1929. Estas crisis, de manera ineluctable, barrían pequeños negocios y traían desempleo, hambre y frío a las clases trabajadoras, mientras que las fortunas de los llamados *robber barons*<sup>67</sup>, como Vanderbilt, Astor, Rockefeller y Morgan seguían creciendo en la guerra y en la paz, en la crisis y la recuperación. En el contexto del Pánico de 1873, Andrew Carnegie se hacía con casi la totalidad del mercado del acero, y Rockefeller extinguía prácticamente a cualquier competidor en el negocio del petróleo.

Tras el Pánico de 1873, la subsiguiente crisis y su recuperación, llegó la década de 1880, en la que se experimentó una industrialización sin precedentes en los Estados Unidos. Esta industrialización estuvo encabezada por el ferrocarril, que empezó a crecer de manera desmesurada. Y con este crecimiento desbocado del ferrocarril tuvo lugar no poca especulación, como se detalló en el capítulo dedicado a la obra *The Gilded Age*, de Mark Twain. De este modo se construyó la antesala habitual a cualquier crisis económica: la sobreproducción. Muchas compañías aseguraron su crecimiento adelantando a sus competidores a cualquier precio mediante el desarrollo de más infraestructura, necesaria o no, comprometiendo así su propia estabilidad.

---

<sup>67</sup> Se denominaba *robber barons* a los grandes empresarios estadounidenses de finales del siglo XIX por sus poco escrupulosos métodos para expandir y aumentar su capital. Se analiza el fenómeno de manera extensa en volúmenes como *The Robber Barons: The Great American Capitalists, 1861–1901* de Matthew Josephson (1934) o en artículos como “The Robber Barons Revisited”, de Edward C. Kirkland (1960). No menos digno de mención es el libro de Anna Rochester *The Rulers of America: A Study of Finance Capital* (1936), donde se analiza con detalle el proceso por el cual los mencionados *robber barons* llegaron a controlar la industria, la economía y, en última instancia, la política estadounidense de su tiempo.

Además, se empezaron a abrir gran cantidad de minas, a menudo conectadas al ferrocarril, y sus productos, fundamentalmente plata, empezaron a inundar el mercado. Mientras tanto, la agricultura—particularmente aquella del Medio Oeste<sup>68</sup>—sufrió una serie de sequías que hicieron mella en la capacidad de pequeños terratenientes para afrontar sus deudas, lo que devaluó considerablemente el precio del terreno. El drástico aumento de la actividad minera y de la circulación de plata trajo el movimiento “Free Silver”. Este movimiento perseguía la acuñación de moneda basada en la plata, en lugar del tradicional oro. La idea no tardaría en ganar apoyos entre ganaderos y agricultores, que buscaban causar inflación para saldar sus deudas con dólares más baratos y poder revitalizar así su economía<sup>69</sup>. El movimiento también resultó conveniente para aquellos con intereses en la minería, que buscaban convertir la plata directamente en dinero. La *Sherman Silver Purchase Act* de 1890, aunque no coincidía apenas con las metas del movimiento “Free Silver”, requirió que el gobierno comprase millones de onzas<sup>70</sup> de plata (quitando de la circulación una cantidad considerable del metal y subiendo el precio de éste, lo que satisfizo al sector minero) para acuñar dinero (contentando así a granjeros y agricultores).

Una de las primeras señales de aviso de lo que se avecinaba fue la bancarrota de Philadelphia and Reading Railroad el 23 de febrero de 1893, diez días antes de la segunda investidura de Grover Cleveland. En el momento de tomar el cargo, Cleveland se enfrentó al riesgo de bancarrota del Tesoro, y consiguió convencer al Congreso de derogar la *Sherman Silver Purchase Act*, a la que consideraba culpable de la crisis. Como indica Lauck en *The Causes of the Panic of 1893*, la preocupación por el estado de la economía aumentó, y la población se apresuró a retirar sus ahorros de los bancos, provocando el fenómeno conocido como *bank run* o asedio bancario. A su vez, el asedio bancario suele ser el factor desencadenante de una crisis crediticia donde las propias entidades caen víctimas de su funcionamiento mismo al no guardar la totalidad del dinero depositado en ellas. Esta desconfianza en el sistema financiero estadounidense se extendió por Europa, donde los inversores empezaron a vender valores norteamericanos para obtener fondos respaldados por el oro. En Estados Unidos, la población intentaba deshacerse del dinero basado en la plata en favor del dinero basado en el oro. Así, las reservas de oro del país alcanzaron los cien millones de dólares, su reserva mínima estatutaria (Lauck 98) y el cambio de billetes “de plata” por billetes “de oro” (se emitió tanto dinero físico

---

<sup>68</sup> La región del Medio Oeste norteamericano comprende los estados de los Grandes Lagos y las Grandes Llanuras, es decir, Illinois, Indiana, Iowa, Michigan, Minnesota, Ohio, Wisconsin, Dakota del Norte, Dakota del Sur, Kansas, Misuri y Nebraska.

<sup>69</sup> Estas son las conclusiones que se pueden obtener en “A Plea for Free Silver”, el manifiesto escrito por Senador por Indiana Daniel Wolsey Voorhees y recogido en el volumen 153 de *North American Review* (1891). Respecto a la misma cuestión se puede encontrar una interpretación moderna del fenómeno en el artículo de Marshall y Phil Gramm “The Free Silver Movement in America: A Reinterpretation” (2004).

<sup>70</sup> Una onza equivale a 28,3 gramos, de modo que un kilogramo serían poco más de 35 onzas.

de curso legal como certificados por valor de ese dinero) se detuvo. Las inversiones durante el tiempo de pánico se financiaron principalmente mediante la emisión de bonos a altos intereses.

Debido a que la demanda de plata y papel moneda basado en la plata habían bajado, el precio y el valor de la plata cayeron en picado. Los compradores de bonos se preocuparon por la pérdida del valor nominal de éstos, y muchos, de hecho, lo perdieron prácticamente en su totalidad. Una serie de quiebras bancarias siguió a continuación, y la Northern Pacific Railway, la Union Pacific Railroad y la Atchinson, Topeka & Santa Fe, entre otras, también quebraron (Lauck 107). Considerando que la disminución de actividad en cualquier sector industrial tiene tendencia a afectar a los negocios indirectos (desde empresas inmobiliarias hasta tiendas de comestibles), las pérdidas en este sentido son difícilmente cuantificables, aunque según estimaciones los cierres de negocios dejaron más de 121 millones de dólares en deudas y unas quinientas entidades bancarias—en torno al 5 % del total—también tuvieron que cerrar (Hoffmann 158). En el momento álgido del Pánico, un estudio de las ganancias anuales con relación al coste de la vida reveló una subida aproximada de la tasa de paro hasta el 18 % (Hoffmann 151). Semejante tasa de desempleo combinada con la pérdida de los ahorros de toda una vida depositados en bancos quebrados significaba que aquella supuesta clase media floreciente se encontrase totalmente incapaz de afrontar sus obligaciones hipotecarias. Como resultado, gran cantidad de familias tuvieron que abandonar, de maneras más o menos forzosas, hogares recién construidos.

El Pánico se manifestó con gran severidad, tanto en las ciudades industriales como en las poblaciones agrícolas. La Sherman Silver Purchase Act de 1890 junto con, quizá, la McKinley Tariff <sup>71</sup> del mismo año, fueron culpadas por ser responsables en gran medida del Pánico y la subsiguiente crisis económica, y, por extensión, se culpó a los demócratas y a Grover Cleveland. El ya mencionado alarmante descenso de las reservas de oro del país forzó al presidente Cleveland a tomar prestados 65 millones de dólares al banquero de Wall Street J. P. Morgan para tratar de paliar la inestabilidad de la economía. A raíz de ello, los demócratas sufrieron un acusado varapalo electoral en favor del Partido Republicano en las elecciones de 1894:

After careful consideration of every detail until a late hour of night, an agreement was made by which J. P. Morgan & Co., of New York, for themselves and for J. S. Morgan & Co., of London, August Belmont & Co., of New York, for themselves and for N. M. Rothschild & Sons, of London, were to sell and deliver to the Government 3,500,000

---

<sup>71</sup> La McKinley Tariff fue una revisión fiscal basada en impuestos *ad valorem* que redujo de manera muy acusada la tributación de determinadas mercancías en un espacio breve de tiempo. Por poner un ejemplo, la recaudación por la importación de azúcar en el ejercicio de 1889 se acercaba a los sesenta millones de dólares. En el ejercicio de 1892, tras la puesta en marcha de la McKinley Tariff, la recaudación cayó hasta rondar los 75.000 dólares (Hoffmann 162).

ounces of standard gold coin of the United States, to be paid for in bonds bearing annual interest at the rate of 4% per annum, and payable [in coin] at the pleasure of the Government after thirty years from their date, such bonds to be issued and delivered from time to time as the gold coin to be furnished was deposited by said parties in the Sub-Treasuries or other depositories of the United States. (McElroy 88)

La decisión de Cleveland de contraer una deuda perdurable con una entidad bancaria privada no fue perdonada por el electorado, que le otorgó la victoria a William McKinley con un amplio margen en las elecciones presidenciales de 1897.

Gran cantidad de las minas de plata del oeste cerraron de manera definitiva, afectando seriamente a las compañías del ferrocarril que habían sobrevivido al Pánico de 1893, y esta parada casi en seco de la producción minera junto con su industria asociada llevó al Pánico de 1896, aunque sería de menor impacto que el del 93. Tras la elección de McKinley la confianza se recuperó con la fiebre del oro de Klondike y la economía empezó un recorrido de diez años de rápido crecimiento, hasta el Pánico de 1907.

En abril de 1906 el terremoto de San Francisco causó un daño equivalente a más del 1 % del producto nacional bruto (o PNB) de Estados Unidos (Odell y Weidenmier 1). Aunque el efecto real de este evento era localizado, Odell y Weidenmier sostienen que tuvo un impacto financiero a nivel internacional: grandes cantidades de oro entraron en el país en otoño de aquel mismo año para reparar los desperfectos, lo que provocó que las entidades bancarias del resto del mundo (lideradas por Inglaterra) adoptasen medidas “defensivas” para mantener estables sus respectivas reservas de oro atrayendo importaciones del metal, reduciendo considerablemente el flujo que iba a parar a Estados Unidos. Para mayo de 1907, EE. UU. caería un periodo de recesión de gran severidad y poca duración. Con unos mercados ya debilitados, el pánico económico cobraría dimensiones globales con la caída del Knickerbocker Trust Company en Nueva York. El pánico llevó a uno de los cambios más significativos en la arquitectura financiera estadounidense: la creación de la Reserva Federal en diciembre de 1913, ya bajo mandato de Woodrow Wilson.

De hecho, la administración de Wilson provocó una de las revisiones económicas más profundas desde la Guerra de Secesión. En la Federal Reserve Act de 1913 se modernizó considerablemente el sistema bancario del país, así como su sistema de crédito, poniéndolo bajo control público (Hofstadter 253). Para beneficio de la economía agraria aprobó la Federal Farm Loan Act, poniendo al gobierno en el negociado de la concesión de créditos para el mundo de la ganadería y la agricultura. También diseñó un programa destinado a las clases medias encarnado en la Clayton Act<sup>72</sup>, que tenía el propósito de hacer efectivas las medidas dispuestas en la Sherman

---

<sup>72</sup> En “The Clayton Act”, de W. H. S. Stevens, se desgana de manera resumida la ley y sus prohibiciones, medidas para su cumplimiento y consideraciones hacia empresas y/o sindicatos.

Anti-Trust Act, una ley antimonopolística. Para beneficiar a las clases medias fue también la creación de la Comisión Federal del Comercio, que pretendía poner orden en lo que Wilson consideraba “competición ilícita” (Hofstadter 254). La clase trabajadora también experimentó ciertas mejoras, principalmente en una cláusula de la Clayton Act de 1914, que libraba a los sindicatos del acoso empresarial al involucrar al gobierno en la interposición de demandas antimonopolísticas; también la La Follette Seamen’s Act (1915), que perseguía mejorar las condiciones de trabajo y el pago de salarios en la marina mercante; la Adamson Act (aprobada en 1916 bajo la amenaza de una gran huelga en el ferrocarril), que establecía la jornada de ocho horas para los trabajadores ferroviarios en el comercio interestatal; una ley contra el trabajo infantil (que, no obstante, no tardaría en ser declarada anticonstitucional en una curiosa decisión de la Corte Suprema<sup>73</sup>) y una ley de compensación para trabajadores funcionarios. Por primera vez en mucho tiempo, tras tantos años de pánicos financieros con sus consiguientes crisis económicas, la clase trabajadora estadounidense podía empezar a sentir cierto respaldo, incluso protección, por parte de los cargos electos gracias a su sufragio. Tal protección dentro de un sistema manifiestamente desigual no solucionaba demasiado aquellos problemas subyacentes que ese mismo sistema ocasionaba, pero daba algo de margen de maniobra a quienes aspirasen a poder ganarse la vida honradamente con su trabajo, a quienes trataban de realizar el mito del *Self-Made Man* y demostrar que, aun con una clase (cada vez más) adinerada en clara ventaja y que se sabía intocable, en los Estados Unidos todavía se podían seguir los pasos de Benjamin Franklin y alcanzar la prosperidad a través del esfuerzo, el trabajo, la perseverancia y la honradez.

Dentro del marco del capitalismo financiero de principios del siglo XX, el gobierno de los Estados Unidos difícilmente podría seguir adelante sin la cooperación, al menos pasiva, de la comunidad financiera. Wilson consiguió sacar adelante la mayoría del trabajo de su primer mandato sabiendo que todo podría hacerse siempre que no se produjera ninguna alteración severa del orden económico/financiero, aunque semejante alteración tampoco estaba entre sus objetivos: Wilson, como apunta Hofstadter, creía en la sana competencia, el individualismo, la empresa, la oportunidad... cosas que él consideraba vitales en el legado histórico del país—aunque, ya en tiempos de Wilson, era más que evidente que la supuesta competencia en el libre mercado tendía al monopolio. No obstante, en lo tocante a regulación, Woodrow Wilson había cambiado considerablemente de opinión respecto a sus anteriores posiciones, más cercanas al concepto del *laissez faire* (Hofstadter 255). Tras la aprobación de la Clayton Act, Wilson dio su programa por cumplido. En su mensaje al Congreso del 8 de diciembre de 1914, declaró:

---

<sup>73</sup> En el artículo “The Federal Child-Labor Law”, Thomas I. Parkinson ya anticipa que el recorrido de esta ley podría ser muy limitado debido a su choque frontal con la Décima Enmienda: “This [the 10<sup>th</sup> Amendment] is the warrant for all the power Congress may exercise over interstate commerce. It is the source of all congressional sovereignty over that subject. And every act of sovereignty must be authorized by this charter. And any act not authorized by this delegation of power is unconstitutional” (Parkinson 2).

Our program of legislation with regard to the regulation of business is now complete. It has been put forth, as we intended as a whole, and leaves no conjecture as to what is to follow. The road at last lies clear and firm before business. It is a road which it can travel without fear or embarrassment. It is the road to ungrudged, unclouded success. In it every honest man, every man who believes that the public interest is part of his own interest, may walk with perfect confidence. (A. Hart 56)

Si bien Wilson emprendió medidas regulatorias para el mundo de los negocios y finanzas, no es menos cierto que se pueden considerar medidas *ad hoc*, medidas que no protegían verdaderamente a la economía ante ciertas prácticas predatorias y especulativas que ya habían supuesto varios pánicos financieros en la historia reciente de Estados Unidos, y que no librarían al país de aquello que estaba por llegar. Respecto a estas políticas wilsonianas comentó el periodista y analista político Walter Lippmann:

The New Freedom means the effort of small business and farmers to use the government against the larger collective organization industry. Wilson's power comes from them; his feeling is with them. ... no hint that it may be necessary to organize the fundamental industries of the country on some definite plan so that our resources may be developed by scientific method instead of by men "on the make"; no friendliness for the larger, collective life upon which the world is entering, only a constant return to the commercial chances of young men trying to set up business. That is ... a freedom for the little profiteer, no freedom for the nation from the narrowness, the poor incentives, the limited vision of small competitors—no freedom from clamorous advertisement, from wasteful selling, from duplication of plants, from unnecessary enterprise, from the chaos, the welter, the strategy of industrial war. (Lippmann 137)

A la luz del fragmento, no cabe duda de que las políticas de Wilson, pese a ser bienintencionadas, eran insuficientes para mantener a la economía bajo control. Y, al tratarse de un texto escrito en 1914, no puede ser tachado de ser una conclusión *a posteriori* extraída con más información de la que Wilson pudiera contar en su momento. Aspirar a fomentar únicamente la creación de empresas e inundar el mercado de una cantidad innecesaria de oferta no sólo demostraría ser una medida ineficaz en el futuro cercano, sino que ya había sido probado en el pasado con los distintos pánicos a finales del siglo XIX y en los primeros años del XX. Pero esta marcada inclinación de Wilson hacia el pequeño negocio quedaría relegada a un segundo plano con la participación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. La filosofía clásica de Wilson de la sana competencia y la pequeña empresa se sometería a prueba no en un escenario normal, sino en el marco de un continente entero en conflicto al otro lado del océano, mientras la política estadounidense de cara a dicho conflicto consistía en hacer la guerra mientras hablaba de

paz. No obstante, cabe recordar que Woodrow Wilson creció en una América en la que el sur se recuperaba muy lentamente de los estragos de la Guerra de Secesión, de modo que su percepción de cualquier conflicto bélico siempre estaría condicionada por un sesgo moral profundamente arraigado. Desde el principio de las hostilidades en Europa, Wilson instaba al país y a su equipo de gobierno a ser “impartial in thought as well as in action” (A. Hart 45), pero tanto sus consejeros más importantes como él mismo fueron completamente incapaces de atenerse a semejante petición, dado que las simpatías de Wilson y sus círculos cercanos eran evidentes, y en el momento de su entrada en el conflicto estaba meridianamente claro que los EE. UU. trabajarían para lograr un desenlace del conflicto en Europa que favoreciese los intereses de la alianza establecida por el Reino Unido, Francia y el Imperio Ruso.

Un factor crítico a la hora de convertir la mera simpatía por uno de los bandos beligerantes en alianza abierta fue el creciente compromiso económico en Estados Unidos con los aliados en la Entente. Durante 1914 el país norteamericano había comenzado a caer en recesión, una recesión que amenazaba con convertirse en la primera gran depresión desde aquella de 1893. No obstante, en 1915, los pedidos de suministros por parte de las naciones aliadas empezaron a estimular la economía de manera sensible. Para abril de 1917 alrededor de 2.000 millones de dólares en mercancías diversas habrían sido vendidos a dichas naciones aliadas (Hofstadter 259). De este modo, se puede asegurar que Estados Unidos estableció una relación de codependencia con la Entente, una relación de guerra y prosperidad. Pero este flujo de suministros norteamericanos hacia Inglaterra y Francia no tardaría en llamar la atención de Alemania (unida a Italia y Austria-Hungría en la Triple Alianza), cuyo gobierno anunció en febrero de 1915 que destruiría cualquier navío enemigo divisado en una zona de guerra establecida alrededor de las Islas Británicas. De este modo, el hundimiento del transatlántico RMS Lusitania en la primavera de 1915 confirmó la cada vez más extendida impresión en Estados Unidos de que los alemanes eran la verdadera amenaza para el mundo. En una carta a un senador en febrero de 1916, Wilson afirmaba:

For my own part, I cannot consent to any abridgement of the rights of American citizens in any respect. The honor and self-respect of the Nation is involved. ... Once accept a single abatement of right, and many other humiliations would certainly follow, and the whole fine fabric of international law might crumble under our hands piece by piece. What we are contending for in this matter is of the very essence of things that have made America a sovereign nation. She cannot yield them without conceding her own impotency as a Nation and making virtual surrender of her independent position among the nations of the world. (Hart 107)

Aquella Gran Guerra ya no suponía para Wilson una cuestión meramente económica sobre la cual convenía mantener cierta equidistancia, sino que suponía, aunque fuese de un modo

extraoficial, una cuestión rayana en lo personal: como ciudadano estadounidense, y como máximo representante de su país, no podía permitir que ningún derecho les fuera conculcado bajo ninguna circunstancia, por una cuestión de honor en primer lugar, y porque permitir semejantes ofensas podría llevar en última instancia a la destrucción del derecho y la ley a nivel mundial.

Poco antes de la primavera de 1916, Wilson envió una misiva a las partes beligerantes reclamándoles afirmar sus términos para la paz, misiva en la que incluía la observación imparcial de que “the objects which the statesmen of the belligerents on both sides have in mind in this war are virtually the same, as stated in general terms to their own people and to the world” (A. Hart 168). En enero de 1917 pronunció un discurso ante el Senado en el que analizaba las posibles consecuencias de una derrota aplastante de cualquiera de los dos bandos en la contienda, y declaraba que una paz duradera debía ser una paz sin victoria<sup>74</sup>. Semejante declaración no fue ni remotamente bien recibida por la Entente que, considerando los movimientos de Estados Unidos durante el conflicto, esperaban más compromiso con su bando, y entendieron que lo que pretendía Wilson era solamente la paz a cualquier precio. Cuando se le reclamó un posicionamiento claro, la respuesta de Wilson fue clara: “there will be no war” (Hofstadter 264). No obstante, el comportamiento de Estados Unidos durante el conflicto, favoreciendo manifiestamente a la Entente, ya suponía para la Triple Alianza un posicionamiento más que obvio. Cuando Alemania tomó la decisión de usar sus submarinos para volver a la ofensiva naval de manera irrestricta, tomando como blanco navíos tanto neutrales como beligerantes, civiles o militares, Wilson recogería la tempestad nacida de los vientos que había estado sembrando con su falsa neutralidad desde prácticamente el principio del conflicto. El documento con la decisión alemana fue enviado con urgencia a la Casa Blanca, pero, como recoge David Loth en *The Fifteenth Point*, hubo problemas con su entrega y Wilson acabó enterándose por la prensa:

The Document was rushed to the White House, but there was some confusion in its delivery, and Wilson’s first intimation was in the form of an Associated Press bulletin which Tumulty put on his desk without a word at about five o’clock. The color went out of his face as he read, but Tumulty noted a sudden clamping of the strong jaw. (Loth 162)

La reacción del presidente fue tajante: “This means war. The break that we have tried so hard to prevent now seems inevitable” (Tumulty 255). El momento en el que Estados Unidos entró *de facto* en el conflicto, la situación era crítica para la Entente. La guerra submarina que convirtió las aguas alrededor de las Islas Británicas en zona de exclusión suponía el cierre de su única vía de abastecimiento. La moral en Francia era verdaderamente baja, al saberse sobrepasada por un enemigo más poderoso; y Rusia tenía sus propios problemas dentro de sus fronteras.

---

<sup>74</sup> Discurso pronunciado el 22 de enero de 1917: “it must be a peace without victory. It is not pleasant to say this. ... Victory would mean peace forced upon the loser, a victor’s terms upon the vanquished. It would be accepted in humiliation” (A. Hart 175).

Económicamente hablando la práctica totalidad de las naciones implicadas se acercaba a la bancarrota. Una victoria de Alemania supondría a Estados Unidos granjearse el odio tanto de vencedores como de derrotados, ver desvanecerse cualquier influencia en Europa y todo lo ganado en años anteriores se perdería en una carrera armamentística. Finalmente, la interceptación del telegrama Zimmermann<sup>75</sup> pondría a Wilson en una situación en la que no podría afrontar las consecuencias de *no* ir a la guerra. La visión de Wilson de Estados Unidos como nación observadora e imparcial, como garante de los más elevados valores, como pacificadora en tiempos de conflicto, se perdió entre el humo de los campos de batalla. Asistió a las conferencias de paz bajo la premisa que la única paz duradera es aquella entre iguales, pero la paz que resultó ser fue una de patrones y esclavos, una paz en la que Woodrow Wilson se encontró empuñando el látigo junto con los demás vencedores, haciendo cargar a Alemania con las más severas sanciones económicas por el conflicto: “It is a very severe settlement with Germany, but there is not anything in it that she did not earn” (Hofstadter 269).

La paz que se firmó en Versalles era una paz política en la que los convenios económicos de la Europa decimonónica se daban por sentados. El propio Wilson no mostró demasiado interés en las cuestiones económicas que se discutían en París. En cierta medida, el final de la carrera política de Wilson a veces se puede considerar como una lucha entre el antiguo mundo, aquel en el que creció, y el nuevo mundo, aquel que llegaba tras la Gran Guerra; pero, en realidad, y a la luz de lo que estaba por venir, sólo fue una “escaramuza” dentro del antiguo mundo para zanjar sus propios asuntos. Con la guerra acabada y Wilson fuera de la vida política el estado de las cosas, tanto a nivel global como a nivel nacional en Estados Unidos, seguía recordando bastante a aquel estado de las cosas del siglo XIX. Las reformas llevadas a cabo durante la Era Progresista (1897–1920), aunque muy probablemente bienintencionadas y sin duda necesarias, sólo apuntalaron un sistema que necesitaba reformas más profundas. El capitalismo norteamericano necesitaba de la rivalidad internacional y la guerra para crear una comunidad artificial de intereses compartidos entre ricos y pobres. Acabada la guerra, ese interés compartido empezó a desvanecerse. Llegados los años veinte, los *Roaring Twenties*, el Congreso empezó a despojarse de los atavíos de la Era Progresista aprobando leyes coercitivas y regulando considerablemente los flujos migratorios según el país de origen.

---

<sup>75</sup> Como se explica en el artículo de Thomas Boghardt “The Zimmermann Telegram: Diplomacy, Intelligence and the American Entry into World War I” (2003), en enero de 1917 Arthur Zimmermann, Ministro de Exteriores alemán, enviaba un telegrama al embajador de Alemania en México con el propósito de formar una alianza germano-mexicana contra los Estados Unidos. El telegrama ofrecía apoyo a la nación centroamericana para reconquistar los territorios perdidos de Texas, Nuevo México y Arizona en un intento de llevar la guerra hasta los Estados Unidos desde sus fronteras en el sur. Sin embargo, la inteligencia naval británica interceptó el telegrama y lo envió a la embajada estadounidense en Londres. La prensa norteamericana publicó el texto íntegro del telegrama el 1 de marzo de 1917. Desde la perspectiva de Estados Unidos, la proposición de Zimmermann a México se interpretó como una amenaza directa.

Las condiciones de inestabilidad socioeconómica de la Europa posbélica supusieron un aumento en el flujo migratorio hacia los Estados Unidos, lo que culminó con la llamada Ley de Cuotas de 1921. Esta limitaba el número de extranjeros de cualquier nacionalidad al 3 % de las personas extranjeras que viviesen en los Estados Unidos. Es decir, admitía la entrada de inmigrantes en una función porcentual de las personas de su misma nacionalidad que ya tuvieran la ciudadanía estadounidense. La cuantía total de esos porcentajes se calculaba según los residentes en los Estados Unidos continentales en el censo de 1910. Los países con menor presencia entre la población estadounidense podrían “enviar” un máximo de cien personas. Así, la suma total de todas las nacionalidades permitiría la entrada de 357.803 personas (Auerbach 75). Lo que la matemática frialdad de este cálculo oculta es una segregación oficializada de la admisión de inmigrantes según su procedencia. Bajo este baremo, ningún país africano, asiático o latinoamericano podría enviar más de cien personas. Se admitían menos personas de Rusia que de Italia. En resumen, el mayor número de personas admitidas procedía de países anglosajones o de Alemania.

El Ku Klux Klan también vio cómo sus filas se hacían más nutridas en los años 20 y avanzaban hacia el norte. Para 1924 ya contaba con cuatro millones de miembros (Zinn 382). La NCAAP (National Association for the Advance of Colored People) se veía impotente ante la violencia callejera y el odio racial que se extendían por todo el país. No obstante, hay algo de verdad en la idea general de representar los años veinte como una década de prosperidad y diversión: la edad del jazz, los *Roaring Twenties*. El desempleo bajaba, del 11,7 % en 1921 al 2,4 % en 1923 (Smiley 3). El nivel general de los salarios subió; incluso en la economía agraria había granjeros que ganaban una cantidad considerable de dinero. Casi la mitad de las familias, el 40 %, ganaba en torno a los 2.000 dólares al año (Zinn 382), lo que les permitía adquirir ciertos artículos como radios, frigoríficos o automóviles. Millones de personas atravesaban una época de bonanza. No eran la mayoría, pero eran las suficientes como para ser representativas de la práctica totalidad de la sociedad, sacando de la foto a agricultores arrendatarios, blancos o afroamericanos y a familias de inmigrantes de las grandes ciudades que, con empleo o sin él, no ganaban lo suficiente como para cubrir necesidades básicas.

Pero la prosperidad seguía concentrada en la cúspide de la pirámide. Mientras que, como señala Zinn, entre 1922 y 1929 el salario fabril (esto es, aquél perteneciente o relativo a las fábricas y/o a sus trabajadores) neto subió un 1,4 % per cápita al año, los accionistas titulares ganaban un 16,4 % más cada año. Seis millones de familias (un 42 % del total) ganaban menos de 1.000 dólares al año. Una décima parte del 1 % de esas familias de clase alta ganaba tanto como la suma de ese 42 % de familias de clase trabajadora. Cada año, durante la década de 1920, alrededor de 25.000 trabajadores morían en su puesto de trabajo, y alrededor de 100.000 quedaban incapacitados permanentemente. Dos millones de personas en Nueva York vivían en

apartamentos de alquiler en condiciones infrahumanas (Zinn 383). Pero, como se ha señalado anteriormente, había suficiente gente lo bastante acomodada como para fingir que, siendo una minoría, eran una muestra verdaderamente representativa de la sociedad, haciendo pasar a segundo plano a toda aquella población que estaba muy lejos de disfrutar de desahogo económico. Pero las protestas ante semejantes realidades normalmente no se notaban de manera amplia o efectiva. Esto era en parte el resultado de la gran estrategia de los principales partidos políticos, y en parte debido al hecho de que las principales avenidas hacia la opinión pública estaban bien controladas por los peajes de las grandes empresas editoriales. Algunos escritores como Theodore Dreiser, Sinclair Lewis, o Francis Scott Fitzgerald, sin embargo, intentaron abrirse camino. En un artículo de 1931, “Echoes of the Jazz Age”, este último decía:

It ended two years ago [1929], because the utter confidence which was its essential prop received an enormous jolt, and it didn't take long for the flimsy structure to settle earthward. And after two years the Jazz Age seems as far away as the days before the war. It was borrowed time anyhow—the whole upper tenth of the nation living with the insouciance of grand dukes, and the casualness of chorus girls. But moralizing is easy now and it was pleasant to be in one's twenties in such a certain and unworried time. (Fitzgerald, *The Jazz Age* 13)

A pesar de la aparente nostalgia de las últimas líneas del fragmento, Fitzgerald ya veía ominosos augurios entre la aparente prosperidad de los años 20: alcoholismo, infelicidad, violencia...

By this time contemporaries of mine had begun to disappear into the dark maw of violence. A classmate killed his wife and himself on Long Island, another tumbled “accidentally” from a skyscraper in Philadelphia, another purposely from a skyscraper in New York. One was killed in a speak-easy in Chicago; another was beaten to death in a speak-easy in New York and crawled home to the Princeton Club to die; still another one had his skull crushed by a maniac's axe in an asylum where he was confined. These are not catastrophes that I went out of my way to look for—these were my friends; moreover, these things happened not during depression, but during the boom. (Fitzgerald, *The Jazz Age* 11)

Como apunta Fitzgerald en los fragmentos seleccionados, esa era del jazz, aunque agradable para ciertas clases sociales, no podía durar. Esa manera de vivir con aparente despreocupación implicaba desviar la mirada de todo aquello que no encajase, enturbiar el juicio con whiskey de contrabando, olvidar a esa décima parte de la población viviendo a costa de las otras nueve partes a las que la supuesta prosperidad de la década nunca llegó. Y no puede acusarse al autor de usar discurso de hechos consumados: su novela de 1925, *The Great Gatsby*, muestra

que los cimientos económicos de esa década dorada eran muy poco consistentes. Ejemplo de ello pueden ser las administraciones de Warren G. Harding (1921–1923) y Calvin Coolidge (1921–1929). En dichas administraciones, el Secretario del Tesoro fue Andrew Mellon, banquero y uno de los hombres más ricos del país. En 1923 se presentó ante el Congreso el llamado *Mellon Plan*, solicitando lo que parecía una bajada de impuestos sobre la renta. Y así era: rebajaba un 25 % los impuestos a la franja de mayores ingresos y un 1 % a la franja de menor renta. El *Mellon Plan* fue aprobado por la administración de Calvin Coolidge. Visto con perspectiva, quizá el *Mellon Plan* fuese una de las medidas menos restrictivas adoptadas por el gobierno estadounidense en la década de 1920, debido muy posiblemente a que era una medida que apuntaba a esa décima parte de la población que Fitzgerald mencionaba. No obstante, gracias a una ley bastante más constrictiva, nuevas y grandes fortunas pudieron amasarse en la misma década: la Decimoctava Enmienda, popularmente conocida como la Ley Seca (aprobada en 1919), propició el nacimiento de toda una economía que discurriría paralela a la oficial.

La Decimoctava Enmienda prohibía la “manufactura, venta o transporte de licores embriagadores”, no así su consumo, posesión privada (ya fuera en domicilios o almacenes) o su fabricación casera. Semejante vacío legal fue la clave para todas las redes de contrabando y crimen organizado que surgieron a la sombra de esta Enmienda. Tal ley no se elaboró de la noche a la mañana, sino que nació como respuesta a una corriente popular que reclamaba al gobierno tomar medidas de algún modo para atajar el abuso en el consumo de bebidas alcohólicas entre la población. Ejemplo de estas corrientes populares es el *temperance movement*, que abogaba por la abstención de consumir bebidas alcohólicas. No fue un movimiento *ad-hoc* para conseguir sacar adelante la Decimoctava Enmienda: sus orígenes se remontan al período anterior a la Guerra de Secesión:

Early in the life of the fledgling republic, moreover, popularly rooted membership associations were organized on a national scale. They took shape at the critical sociopolitical juncture between 1820s and 1840s, when voting rights were extended to most U.S. adult males and competing political parties (themselves federations of local and state organizations) emerged to mobilize the mass electorate ... The American Temperance Society, the American Anti-Slavery Society, and the General Union for Promoting the Observance of the Christian Sabbath ... all aimed for large size and geographical spread because their organizers wanted to change the national mores and influence state and national legislation. (Skocpol et al. 6)

Sin embargo, este movimiento estaba lejos de ser mayoritario, lo que haría que la prohibición del alcohol estuviera abocada al fracaso desde el momento mismo de su entrada en vigor. Ya en 1922 señalaba Walter Carrington, congresista de Virginia:

Two fundamental truths, of vital import in the making of laws, may be based upon the lessons to be drawn from history, the experience of mankind under the restraint of law. These are that any law to be effectually enforced in any community must have the moral support of the majority of the people in that community, and that a law which attempts to regulate the private morals of the individual apart from his public duties and obligations as a citizen, not only cannot be effectually enforced but will inevitably lead to evils greater than those which it attempts to suppress. (Carrington, 1)

La ascensión de Carrington no podía ser más acertada: una ley que no contase con el respaldo moral de la mayoría de la población no sólo no sería cumplida, sino que provocará una reacción igual o mayor en sentido contrario. Fitzgerald plasmó esta dualidad moral de la sociedad norteamericana respecto al alcohol en la figura de Jay Gatsby y todo cuanto le rodeaba; Al Capone fue el referente real de esos males mayores a los que se refiere Carrington, la reacción de igual fuerza y en sentido contrario respecto a la Ley Seca. El nexo entre estos dos personajes, más allá del tráfico de bebidas alcohólicas en tiempos de prohibición, es que ambos eran, ante los ojos de los demás y a los suyos propios, *Self-Made Men*. Y, en cierto modo, no se equivocaban al creerlo. En las siguientes páginas se analizarán de manera paralela y complementaria las vidas de ambos personajes, el literario y el real, en la época que compartieron. Esto es debido a que, si se tienen en consideración las leyes que ambos infringieron y cómo amasaron sus fortunas, ambas historias se pueden fundir en un “espacio” en el que aquello que es real se solapa con lo literario. Por un lado, la vida de Al Capone siempre ha gozado de ese halo de épica que rodea a la historia de ciertos criminales. No en vano, una de las principales fuentes de información sobre la vida del gánster de Chicago empleadas en este capítulo es *Al Capone: The Biography of a Self-Made Man*, de Fred D. Pasley. Por otro lado, en el terreno de lo literario, está *The Great Gatsby*, donde se describe la vida de un *Self-Made Man* que alcanza la prosperidad mediante las mismas actividades ilícitas que aquellas de Capone, pero revestida con una pátina de romanticismo. En última instancia, ambas personalidades acaban cayendo, de maneras distintas y por motivos distintos, pero compartiendo un factor esencial: realizaron la máxima frankliniana, aquel *from rags to riches*, y alcanzaron una esfera de la sociedad que no les correspondía por nacimiento, hecho que influirá tanto en la historia de Gatsby como en la de Capone.

Considerando la información que se puede obtener acerca de Jay Gatsby en la novela de Fitzgerald, se puede asumir que nació con el nombre de James Gatz en torno a 1895 en Dakota del Norte, en el seno de una familia pobre. Además, considerando el ya descrito Pánico de 1893 y la subsiguiente crisis económica que azotó al país—la mayor conocida antes de la Gran Depresión—cabe suponer que en aquella época las familias pobres eran aún más pobres. La fecha de nacimiento de Gatsby es una estimación basada en el año de publicación de la novela, 1926, y la descripción ofrecida por el narrador, Nick Carraway, en su primer encuentro con Gatsby:

“Precisely at that point it vanished—and I was looking at an elegant young rough-neck, a year or two over thirty, whose elaborate formality of speech just missed being absurd” (Fitzgerald, *Gatsby* 49). Por otro lado, la información sobre su vida previa, la pobreza que azotaba a su familia y hasta su mismo lugar de nacimiento son facilitadas a lo largo de la obra de una manera tal que no es necesaria ninguna estimación al respecto:

Just why these inventions were a source of satisfaction to James Gatz of North Dakota, isn't easy to say.

James Gatz—that was really, or at least legally, his name. . . . I suppose he'd had the name ready for a long time, even then. His parents were shiftless and unsuccessful farm people—his imagination had never really accepted them as his parents at all. (Fitzgerald, *Gatsby* 95)

Alphonse Gabriel Capone, también conocido como “Scarface” (Capone 28) “Big Boy” (Pasley, 309) nació en 1899, en el seno de una familia de inmigrantes italianos llegada a Nueva York a través de Canadá pocos años atrás. Sus padres, Gabriel y Teresa, tuvieron dificultades, tanto documentales como económicas, para adaptarse a su nueva vida en la ciudad:

Gabriel tried opening a grocery store in Brooklyn but met with little success. He soon fell back on the training of his youth and opened a barbershop. The family was beginning to see a glimmer of possibility in their new life. In 1899, four years after they arrived in the United States, Theresa gave birth to Alphonse, who would become the famous Al Capone. He was the first of the Capone children to be conceived and born in the U.S., and my great-grandparents saw all their hopes and dreams of becoming an American family in him. (Capone 22)

Al cumplir los 17 años, el joven James Gatz cambió su nombre por aquél que le haría famoso, el de Jay Gatsby, en lo que bien podría considerarse su segundo nacimiento. Con este mero hecho, trivial en apariencia, Gatsby se embarca en el ideal frankliniano—o lo que quedaba de él—de una manera completa. Siendo un niño, ya se había impuesto un estricto horario para cada día, notablemente similar a aquél que se puede encontrar en la autobiografía de Benjamin Franklin y que el autor aplicaba para sí:

*Rise from bed ... .. 6.00 A.M.*

*Dumbbell exercise and wall-scaling ... .. 6.15–6.30 A.M.*

*Study electricity, etc. ... .. 7.15–8.15 A.M.*

*Work ... .. 8.30–4.30 P.M.*

*Baseball and sports ... .. 4.30–5.00 P.M.*

*Practice elocution, poise and how to attain it 5.00–6.00 P.M.*

*Study needed inventions ... .. 7.00–9.00 P.M.*

## GENERAL RESOLVES

No wasting time at Shafters or [a name, indecipherable]

No more smokeing [sic] or chewing

Bath every other day

Read one improving book or magazine per week

Save \$5.00 [crossed out] \$3.00 per week

Be better to parents (Fitzgerald, *Gatsby* 164)

Así, Gatsby no sólo ha cambiado su nombre: ha cambiado su pasado para labrar su futuro. La visión de Gatsby es crear la totalidad de una vida, hacerse a sí mismo en el más estricto de los sentidos. El problema, como ocurre en muchas ocasiones, es el dinero. Una vez creó su nueva identidad, su “platonic conception of himself” (Fitzgerald, *Gatsby* 95), se encontró con que eso era lo único que tenía. Su entrañable amistad con el millonario Dan Cody, su mentor y, prácticamente, la única figura paterna que Gatsby aceptó como suya, terminó con la muerte de éste. El dinero que iba a recibir por herencia, 25.000 dólares, nunca llegó:

And it was from Cody that he inherited money—a legacy of twenty-five thousand dollars. He didn’t get it. He never understood the legal device that was used against him but what remained of the millions went intact to Ella Kaye. He was left with his singularly appropriate education; the vague contour of Jay Gatsby had filled out to the substantiality of a man. (Fitzgerald, *Gatsby* 97)

De modo que Jay Gatsby había nacido, pero no así su colosal fortuna. De todo el esfuerzo y de todo el aprendizaje con Dan Cody sólo quedaba una máscara, una pose, una actitud impropia de alguien con su pasado. A pesar de las sabidas reticencias de Woodrow Wilson a tomar parte en la Gran Guerra de manera activa, la situación en Europa reclamó la entrada de Estados Unidos en el conflicto. Gatsby fue llamado a filas, como todo aquel que fuera joven y capaz en el momento. Y fue estando en el ejército donde conoció a Daisy, su más venerado objeto de deseo, algo que decidió que habría de ganarse, al igual que el dinero. Es difícil discernir si, en la mente de Gatsby, Daisy es un fin en sí misma o es acaso otro objeto de lujo al que sólo se puede acceder ostentando una grandiosa fortuna. Gatsby parece sentir un amor sincero por Daisy, pero renuncia a ella al sentir que no puede permitírsela. Daisy aparece, de este modo, retratada como un artículo exclusivo en tiempos de un fetichismo por la mercancía exacerbado, en el que poseer determinados bienes supone un determinado estatus:

But he knew that he was in Daisy’s house by a colossal accident. However glorious might be his future as Jay Gatsby, he was at present a penniless young man without a past, and at any moment the invisible cloak of his uniform might slip from his shoulders. So he made the most of his time. He took what he could get, ravenously and unscrupulously—

eventually he took Daisy one still October night, took her because he had no real right to touch her hand. (Fitzgerald, *Gatsby* 142)

Gatsby se enamora de Daisy y es correspondido, pero este hecho aparece descrito casi como un crimen, como si Gatsby estuviera cometiendo un robo o una tenencia ilícita, todo porque, con sus modales y saber estar, provoca la idea de que pertenece a un estrato social mucho más alto del que pertenece en realidad. Sin embargo, la guerra le puede proporcionar una oportunidad de prosperar y poder volver a reunirse nuevamente con Daisy, y, con suerte, en unas circunstancias económicas más propicias. Esta representación del romance de Gatsby con Daisy, ese sentimiento de inadecuación, no parece ser casual. Según apunta Rebeca Gualberto Valverde en *Representation and Reinterpretation of the Waste Land Myth in Anglo-American Literature* (2015):

In *The Great Gatsby*, the representation of this generation that has replaced their dead God with money takes the form of the tragic life journey of the novel's protagonist, Jay Gatsby, which brings about a deeply pessimistic reinterpretation of the traditional mode of romance. Retrospectively, this interpretation might be interpreted as articulating a reflection upon the ineluctable degeneration of the "American dream," that is, the communitarian ideal par excellence in the United States. (Gualberto 242)

Esta degeneración del sueño americano es asimismo elocuente de la degeneración del mito del *Self-Made Man* en este momento de la historia, mito estrechamente unido a dicho "Sueño", a ese ideal de la movilidad social, esa atractiva promesa de prosperidad y libertad que atraía a personas de todo el mundo, como la familia Capone. Mientras tanto, en Nueva York, los Capone ven cómo los varones de la familia son llamados a filas, empezando por uno de los hermanos mayores de Al: Raffaele James (también conocido como Ralph "Bottles") Capone. Sin embargo, ni Al ni sus hermanos llegaron a entrar nunca en combate:

In June 1914, as World War I erupted, my grandfather Ralph enlisted in the Navy and was sent to Paris Island. But it was quickly discovered that he had flat feet, and they sent him home. Flat feet run in the family—all Capone men, including Al, had them. So, Ralph returned safely to Gabriel and Theresa. He would not be among the one hundred thousand Americans who died in that war. (Capone 26)

En aquel mismo contexto, Al ya empezó también se inició en la vida sentimental, aunque fue más a su manera, de bastante menos profundidad narrativa que la de Jay Gatsby: en 1918, a los diecinueve años de edad, ya había contraído la sífilis y engendrado a su primer hijo. Probablemente debido a la enfermedad, la madre sufrió una gestación muy complicada y falleció en el alumbramiento. El propio bebé también contrajo la enfermedad y sufrió problemas de salud toda su vida. Como relata Deirdre M. Capone en la biografía de su tío, Teresa, madre de Al, acabó

averiguando que la relación de Al había traído un bebé huérfano al mundo, de modo que insistió en que éste permaneciese con la familia. Se le bautizó como Albert Francis Capone, posteriormente conocido como Sonny. Teresa quería que el pequeño Sonny no creciese sin una madre, y, a pesar de estar ya bien entrado el siglo XX, los matrimonios concertados seguían siendo perfectamente corrientes:

She found a devout Irish Catholic woman, Mary (Mae) Coughlin, in her parish who was twenty one years old, nearing spinsterhood in those days. Mae was sterile due to a birth defect, and so when my grandmother pleaded with her to marry Al and raise his son as her own, she agreed. She would be a devoted mother to Sonny and wife to Al for the rest of her life. (Capone 26)

Parecía que la vida en la familia Capone podía transcurrir como cualquier otra en la gran ciudad: gente humilde y discreta, con vidas humildes y discretas. Sin embargo, en noviembre de 1920 Gabriel Capone, el padre de Al, sufrió un ataque al corazón y murió a la edad de 55 años. Sin él, Teresa no podía mantener abierto el negocio familiar de la barbería y el medio de supervivencia de la familia se perdió para siempre. Aunque Al y su hermano Ralph ya tenían su propia familia, eran los únicos capaces de mantener a su recién enviudada madre y a los cinco hermanos que aún tenía a su cargo. Al Capone, al igual que Jay Gatsby, se encontró en una situación en la que necesitaba ganar mucho dinero—aunque por motivos más nobles.

Los años veinte, *The Roaring Twenties*, la “Era del Jazz” (concepto debido a Francis Scott Fitzgerald), también trajeron la Ley Seca, y, con ella, toda una nueva raza de crimen organizado, a niveles nunca vistos en la nación estadounidense. Y es que, como se apunta en Zinn, la década de 1920 fue, en términos generales, considerablemente próspera para una parte importante de la población. Una parte que no era mayoría, ni siquiera la mitad, pero que era suficiente para enmudecer a todos aquellos a quienes no les iba ni remotamente bien. Y la familia Capone, al principio de la década, es un ejemplo de ello. El dinero no llegaba, ni siquiera con la ayuda de Al y Ralph, a cubrir las necesidades mínimas de la familia. Hasta los más jóvenes tuvieron que contribuir para que, por lo menos, la suma de todas aquellas pequeñas cantidades de dinero alcanzase para malvivir:

Working six days a week at hard labor, a young man could hope to make around \$900 a year in the early 1900s. But milk at that time was 33¢ a gallon. There were nine Capone mouths to feed. If the family drank only one gallon of milk a day—which is less than a glass for each person—fifteen percent of a paycheck could disappear just for milk. What about food, rent, clothing, coal, medicine... the endless list of expenses any family with young children incurs? ... Gang activity was one answer. (Capone 27)

En 1920, Al Capone tenía 21 años y un oficio legítimo: era contable en un negocio de Nueva Jersey. Sin embargo, en su más salvaje juventud había demostrado su potencial en pequeñas bandas callejeras de Brooklyn y conocido a otras celebridades de la infamia como Charles “Lucky” Luciano, Meyer Lansky, Bugsy Siegel o Johnny “the Fox” Torrio. Este último, había abandonado Nueva York hacía años para buscar fortuna en Chicago. Y la había encontrado: la llegada de la Ley Seca en 1920 convirtió a un hombre con unos cuantos locales de ocio y salas de juego en el dueño de un imperio de lo indecoroso.

Pero llegaría el momento en que Torrio se diera cuenta de que ya no podía manejar sus negocios él solo, y entonces recordó a su amigo Al, a quien llamó e hizo una oferta. En aquel momento, Torrio ganaba 100.000 dólares al año, y la oferta consistía en pagarle a Al 25.000 dólares anuales más el beneficio del contrabando de licores a partes iguales (Capone 29). Al aún seguía en su empleo de contable en Nueva Jersey, era un buen empleado y tenía buena relación con su jefe. A su jefe le pareció que Capone había conseguido un buen trabajo en lo relativo a sueldo—sin entrar en detalles en cuanto a la naturaleza o proveniencia de éste—y se despidió de Al pagándole quinientos dólares para el viaje de Nueva York a Chicago. Capone llegó a la ciudad como matón a sueldo de Torrio, una llegada muy discreta y nada espectacular:

Making a lowly début into the Chicago underworld at the behest of Johnny Torrio, [Capone] was ostensibly just one of the bourgeoisie; loud of dress, free of profanity, no paunch then; stout-muscled, hard-knuckled; a vulgar person; a baby from Five Points, New York City; bouncer boss of the Four Deuces<sup>76</sup>; Torrio’s all-round handy man. (Pasley 11).

Como viene siendo habitual en la historia de muchos *Self-Made Men*, Al Capone empezó desde abajo y trabajó duro. Durante un tiempo, al menos. Sin duda completó el recorrido que Benjamin Franklin llamó en su día *from rags to riches*, pero no puede decirse que no tuviera ayuda externa, ni tampoco alcanzó la prosperidad convirtiéndose en una figura precisamente modélica. Pero, por ahora, sólo se puede decir que Al Capone había llegado a Chicago.

Gatsby también hizo una entrada discreta en Nueva York. Poco se sabe de lo que ocurrió desde que acabó la guerra y Gatsby emprendió el viaje desde *Oggsford*—en palabras de su socio, Meyer Wolfsheim—hasta el West Egg en la bahía de Long Island. Sí se sabe, hacia la mitad de

---

<sup>76</sup> El *Four Deuces* se convirtió en el cuartel general de las actividades ilícitas de Torrio y Capone. El establecimiento era un edificio de cuatro plantas que albergaba “57 varieties of divertissement and skullduggery” (Pasley 18). En la primera planta estaban las oficinas de Torrio, una taberna y un café. La segunda y la tercera plantas estaban dedicadas al juego, y la cuarta planta estaba dedicada a la trata de mujeres. El nombre del local era un juego de palabras con la ubicación del mismo, el 2222 de South Wabash Avenue, y una jugada de dados.

la novela, que él sí llegó a combatir en el frente. Primero, por boca del propio Gatsby, cuando apabulla a Nick con el insólito relato de sus aventuras por el mundo:

“Look here, old sport,” he broke out surprisingly. “What’s your opinion of me, anyhow?”

A little overwhelmed, I began the generalized evasions which that question deserves.

“Well, I’m going to tell you something about my life,” he interrupted. “I don’t want you to get a wrong idea of me from all these stories you hear.”

So he was aware of the bizarre accusations that flavored conversation in his halls.

“I’ll tell you God’s truth.” His right hand suddenly ordered divine retribution to stand by. “I am the son of some wealthy people in the middle-west—all dead now. I was brought up in America but educated at Oxford because all my ancestors have been educated there for many years. It is a family tradition.”

... “What part of the middle-west?” I inquired casually. “San Francisco.”

“I see.”

“My family all died and I came into a good deal of money.” ... “After that I lived like a young rajah in all the capitals of Europe—Paris, Venice, Rome—collecting jewels, chiefly rubies, hunting big game, painting a little, things for myself only, and trying to forget something very sad that happened to me long time ago.”

“Then came the war, old sport. It was a great relief and I tried very hard to die but I seemed to bear an enchanted life. I accepted a commission as first lieutenant when it began. In the Argonne Forest I took two machine-gun detachments so far forward that there was a half mile gap on either side of us where the infantry couldn’t advance...”  
(Fitzgerald, *Gatsby* 65)

En este punto de la novela, Gatsby ya se había hecho a sí mismo a todos los niveles, especialmente al nivel económico que tanto ansiaba. Pero, por supuesto, la mayoría de la historia que le cuenta a Nick es una fantasía. En esa década de desenfreno en la que está ambientada la novela de Fitzgerald parece que sigue habiendo cierta presencia de los valores tradicionales: Nick quiere ser escritor y, entretanto ganarse la vida honradamente con su trabajo—un trabajo que consiste, fundamentalmente, en contribuir a ese frenesí de un Wall Street que caminaba hacia el desastre; Tom Buchanan finge venerar la “sagrada” institución del matrimonio mientras tiene un largo historial de infidelidad y una hija que parece no importarle a nadie en ningún momento. Gatsby quiere ser un miembro respetable de la comunidad, pero ha amasado una fortuna a través de actividades ilícitas y lo que más fama le ha dado son esas interminables fiestas en su mansión del West Egg. No fue su sobresaliente labor en el campo de batalla, que de todo su relato para Nick es, quizá, lo menos exagerado:

He did extraordinarily well in the war. He was a captain before he went to the front and following the Argonne battles he got his majority and the command of the divisional machine guns. After the Armistice he tried frantically to get home but some complication or misunderstanding sent him to Oxford instead. He was worried now—there was a quality of nervous despair in Daisy’s letters. She didn’t see why he couldn’t come. She was feeling the pressure of the world outside and she wanted to see him and feel his presence beside her and be reassured that she was doing the right thing after all. (Fitzgerald, *Gatsby* 143)

“Doing the right thing after all”. ¿Quién no estaba haciendo lo correcto? Gatsby había huido de una vida en Dakota donde la miseria parecía ser su única expectativa, a pesar de, como más tarde contará su padre, llevar un estricto horario de trabajo, estudio, ejercicio y ahorro (Fitzgerald, *Gatsby* 164) que parecía ideado por el mismísimo Benjamin Franklin. Había creado una nueva y mejor versión de sí mismo, una versión con modales y elegancia, gracias a la ayuda de Dan Cody. Había demostrado el valor de arriesgar su vida en el campo de batalla por defender algo más grande que él mismo. Y todo eso no bastaba para alcanzar la prosperidad que le hiciera digno de Daisy—a quien, por otra parte, no le pide opinión en ningún momento acerca de sus planes, sólo intenta imponérselos y que ella los acepte sólo bajo sus términos. Daisy, mientras tanto, deja de esperar a ese hombre al que quizás jamás vuelva a ver y contrae matrimonio con otro hombre cuya posición, garantizada por nacimiento, hace que la unión sea legítima o aceptable a ojos de la sociedad. Pero, a pesar de ser un militar condecorado, alguien digno de ser una personalidad de cierto prestigio, Gatsby se encuentra donde empezó: en casa de Daisy, sin un dólar a su nombre:

He came back from France when Tom and Daisy were still on their wedding trip, and made a miserable but irresistible journey to Louisville on the last of his army pay. He stayed there a week, walking the streets where their footsteps had clicked together through the November night and revisiting the out-of-the-way places to which they had driven in her white car. ... He left feeling that if he had searched harder he might have found her—that he was leaving her behind. The day-coach—he was penniless now—was hot. He went out to the open vestibule and sat down on a folding-chair, and the station slid away and the backs of unfamiliar buildings moved by. (Fitzgerald, *Gatsby* 145)

En esta época de la historia estadounidense puede percibirse cierto desencanto con el mito del *Self-Made Man*, al menos en autores como Fitzgerald. Ni siquiera hacía un siglo desde aquel Abraham Lincoln que tuvo la visión de un país donde no existiese una clase obrera permanente, donde el orden natural de las cosas consistía en que todo el mundo alcanzase la prosperidad si se esforzaba por ello. La visión de Lincoln y de aquellos que la compartieron había tenido poco

recorrido: en la segunda década del siglo XX ya era obvio que la movilidad social era un espejismo interesado, que el esfuerzo y el trabajo duro eran un modo de supervivencia, pero una futilidad si lo que se pretendía era el ascenso social. Gatsby tuvo que afrontar esta realidad, y en esa platónica concepción de sí mismo en la que su única dirección posible tenía que ser hacia arriba, descubrió la manera de seguir subiendo. Jay Gatsby, al igual que Al Capone, necesitaba dinero pronto—mucho dinero. Y quebrantar la ley era una alternativa válida.

Y de repente, Jay Gatsby aparece en una fastuosa mansión del West Egg, el lugar de la Bahía de Long Island reservado para los nuevos ricos, para los *parvenus*, para los aspirantes al East Egg, con dinero pero sin apellidos. Gatsby había, por fin, alcanzado la posición que ansiaba, todo un *gentleman* de fama y renombre que además gozaba de una economía que justificaba su posición privilegiada, con un castillo de innumerables habitaciones para demostrarlo. ¿Se puede decir, pues, que al fin Gatsby era el verdadero *Self-Made Man*, considerando su recorrido *from rags to riches*? En general puede decirse que sí, aunque en lo peculiar del proceso no podría afirmarse de la misma manera sin apostillar un “pero”. Gatsby creció de manera meteórica, *pero*, al igual que se dijo de Abraham Lincoln en su momento, si Gatsby creció tanto es porque fue “regado”. Tras la muerte de Gatsby a manos de George Wilson, Nick Carraway mantiene una conversación con Meyer Wolfsheim:

“My memory goes back to when I first met him,” he said. “A young major just out of the army and covered over with the medals he got in the war. He was so hard up he had to keep on wearing his uniform because he couldn’t buy some regular clothes. First time I saw him was when he come into Winebrenner’s poolroom at Forty-Third Street and asked me for a job. He hadn’t eaten anything for a couple of days. ‘Come on and have some lunch with me,’ I said. He ate more than four dollars’ worth of food in half an hour.”

“Did you start him in business?” I inquired.

“Start him! I made him.”

“Oh.”

“I raised him up out of nothing, right out of the gutter. I saw right away he was a fine appearing, gentlemanly young man, and when he told me he was at Oggsford I knew I could use him good. I got him to join the American Legion and he used to stand right there. Right off he did some work for a client of mine up to Albany.” (Fitzgerald, *Gatsby* 162)

Gatsby consiguió lo que pretendía, un tiempo al menos, pero se apartó de la senda fundacional del auténtico *Self-Made Man*: a partir de un punto concreto, su camino discurrió por una senda que no podía servir de ejemplo para los jóvenes en las generaciones futuras. Quizá Gatsby como *Self-Made Man* se acerque más al replanteamiento del mito según Ralph Waldo

Emerson, para quien el verdadero hombre hecho a sí mismo debía ser alguien lleno de vigor y de constante iniciativa, un símbolo vivo del significado de ser un espíritu libre e independiente: la personificación de su idea de *Self-Reliance*, una persona que comprendiese las leyes más inferiores de la naturaleza y, al mismo tiempo, las más elevadas leyes de los hombres. Se puede encontrar que, en gran medida, Gatsby es el *Self-Made Man* emersoniano. En gran medida, pero no completamente. Está lleno de vigor, (a ojos de Nick) es el hombre más optimista de cuantos haya conocido, es una persona que se aferra a cualquier oportunidad que se presente. Comprende el funcionamiento del mundo, en lo bueno y en lo malo, así como el funcionamiento de las personas—en casi todos los sentidos. Pero carece por completo de esa libertad e independencia de espíritu de las que habla Emerson.

Por un lado está Daisy. Daisy es el cometido último de la existencia de Jay Gatsby como concepto, es su objetivo, su principio y su trágico final. Si en la ecuación de Jay Gatsby se elimina el factor Daisy Buchanan, el resultado sólo es James Gatz. Por otro lado, el gran impedimento para la independencia de Gatsby es que es un producto, un activo económico, una inversión. Jay Gatsby tiene dueños, y el teléfono es su collar. El teléfono, su apremiante estruendo, es ese personaje omnipresente que se manifiesta siempre en el momento menos apropiado para arrastrar a Gatsby fuera de la escena. No faltan ejemplos de ello en la obra de Fitzgerald: la noche que Nick acude a una fiesta de Gatsby, el único que lleva una invitación, conoce por fin al misterioso dueño de la mansión colindante a su pequeña casa, y ambos personajes entablan conversación. Nick se disculpa por no haberle reconocido, y justo en ese momento aparece el circunspecto mayordomo de Gatsby: “Philadelphia wants you on the phone, sir” (54). La mañana que Gatsby lleva a Nick a almorzar en la ciudad, aquella en la que le cuenta la rocambolesca historia de sus hazañas, Nick acaba sentado a solas con Meyer Wolfsheim: “Suddenly he looked at his watch, jumped up and hurried from the room leaving me with Mr. Wolfsheim at the table. ‘He has to telephone,’ said Mr. Wolfsheim” (70). El día en que, por fin, Daisy acude a casa de Nick a tomar el té y se reúne con Gatsby después de tantos años, Gatsby está maravillando a Daisy y a Nick con un recorrido por su mansión, enseñándoles cuantos productos exóticos y artículos de lujo allí acumula. La felicidad del reencuentro, la diversión de tres personas que se quieren—cada una a su manera—pasando un rato agradable, si se tiene la suerte de estar leyendo el relato de Fitzgerald por primera vez, da la impresión de que es un momento perfecto y que nada puede malograrlo; sin embargo: “they stood side by side examining it [the telephone]. I was going to ask to see the rubies when the phone rang and Gatsby took up the receiver” (90). Tras un período de visitas a escondidas, Daisy acude a casa de Gatsby acompañada de Tom, a una de sus célebres fiestas. En lo que podría haber sido el momento idóneo para decirle la verdad a Tom, en presencia de Gatsby y Nick, el propio Nick se acabó viendo sentado a la mesa con Daisy y diversos desconocidos en estado de embriaguez. Tom se encontraba en alguna otra parte de la fiesta y Gatsby... “Gatsby

had been called to the phone” (102). Gatsby no puede liberarse del yugo telefónico ni siquiera tras morir:

“Hello!” I interrupted breathlessly. “Look here—this isn’t Mr. Gatsby. Mr. Gatsby’s dead.”

There was a long silence on the other end of the wire, followed by an exclamation... then a quick squawk as the connection was broken. (Fitzgerald, *Gatsby* 158)

Los autores de tantas llamadas nunca son dotados de identidad, lo máximo que se llega a saber es la ciudad desde la que llaman, como Filadelfia o Chicago. De hecho, la primera llamada que saca a Gatsby de la escena en la novela tiene lugar casi inmediatamente después de que éste revele su identidad ante Nick, y es de Chicago de donde proviene. Casi parece una advertencia velada de las actividades en las que está involucrado el excéntrico anfitrión de la fiesta. La última llamada, con los restos del protagonista descansando en su féretro, también proviene de Chicago. La frialdad del emisor de la llamada ante la noticia de la muerte de Gatsby, que la da por concluida sin siquiera responder ante semejante información, junto con la voluntad de Meyer Wolfsheim, su más cercano compañero de negocios, de no involucrarse lo más mínimo en el asunto, dan cuenta del hecho de que el producto, la herramienta conocida como Jay Gatsby, ha sido amortizada. No era necesario invertir más tiempo en ella.

Al otro lado de la línea telefónica estaba Chicago, la ciudad donde Al Capone, napolitano de ascendencia y “neandertal de instinto” (Pasley, 11) había revolucionado el mundo del hampa gracias al negocio de quebrantar la Decimoctava Enmienda. Su padrino, Johnny Torrio, se había hecho con la mayoría de la ciudad, y Al había ascendido de guardaespaldas a socio. Juntos, gobernaban con mano de hierro y, de un modo similar al del mundo de los negocios lícitos y las grandes compañías dentro del marco del—supuestamente—libre mercado, su empresa tendía al monopolio. Y, como siempre ocurre, una gran empresa tiende a favorecer otras industrias de manera colateral. Del mismo modo que el aumento de las prospecciones mineras fue provechosa para el desarrollo de la infraestructura ferroviaria antes del Pánico de 1893, la meteórica expansión de los negocios de Al Capone estimuló considerablemente y de manera colateral la economía de abogados, enterradores y floristas:

The lawyers were to profit by quantity production of habeas-corpor writs; the undertakers by intense rivalry in funeral pomp and insistence on ever more elegant and higher priced caskets; and the florists by an insatiable demand for profuseness in floral pieces. (Pasley 25)

Ya en 1925, quebrantar la Ley Seca se había convertido en uno de los negocios más rentables conocidos hasta entonces. El dinero fluía y cambiaba de manos en cantidades tales que en los bajos fondos hubo que acuñar un nuevo término para hablar de dinero, el “grande”:

A word had been coined to reduce the conversational overhead. The word was “grand”, abbreviated to “gran”. A gran’ was \$1,000, and was the basic medium of exchange. There was, to be sure, the C—\$100—but in the vocabulary of the new gentry, the gran’ overshadowed all else. ... The Volstead gold rush was at its peak. (Pasley 37)

Como se apuntaba anteriormente, la Decimoctava Enmienda junto con la *Volstead Act*—creada paralelamente para intentar garantizar el cumplimiento de dicha enmienda—no sólo fue flagrantemente ineficaz al no contar con un respaldo moral por parte de la población; además, propició un crecimiento sin precedentes del crimen organizado y la violencia. Bajo la premisa de hacer las calles más seguras y decentes se consiguió todo lo contrario. Más aun considerando que la cantidad de gente en los Estados Unidos de la época que no podía sobrevivir con los ingresos de un trabajo normal. El crimen quizá rebajaba la esperanza de vida y significaba comprometer la integridad física o acabar en la cárcel pero, ¿cuánta gente en el mundo laboral honrado moría o quedaba incapacitada de por vida por la mitad de dinero? Al Capone era en sí mismo la viva imagen de que el crimen compensaba. Cuando vivía en Nueva York casi toda la familia, menor o mayor de edad, tenía que trabajar muy duro para, con suerte, poner una comida en la mesa cada día. En el mejor de los casos, podrían ganar algo más de mil dólares al año. Capone se mudó a Chicago por una promesa de 25.000 dólares al año más la mitad del posible beneficio del contrabando de licores, sólo por trabajar de guardaespaldas. Aquello, que ya parecía un trato más que decente sólo era, si se permite el anacronismo, el “salario base”:

The impecunious hoodlum of 1920, who had thought \$25,000 a year a fairly snug salary, was now disbursing, in the booze traffic alone, \$25,000 a week in payrolls. ... A Capone-Torrio agent was posted in each gambling den, saloon, and brothel. ... By midsummer of 1924, Capone and Torrio were each pocketing \$100,000 a week. The figures are those of government investigators. (Pasley 41)

El ascenso de Capone “from rags to riches” fue, si cabe, tan meteórico como el de Gatsby. Nacido en una familia de inmigrantes pobres cuyo único sustento era la barbería de un padre que sufrió una muerte prematura, había amasado una más que considerable fortuna y no sólo eso, se había convertido en el dueño de Chicago. Obviamente no era el propietario de la ciudad, pero lo era del pueblo, de la policía y de los tribunales. Era dueño de quienes se había ganado el corazón y la mente por los únicos medios de los que disponía: a través del dinero o a través del cañón de una Thompson. Esa era la manera en que el *Self-Made Man* en que se había convertido Capone hacía uso de su comprensión de las leyes mundanas y humanas.

Para otoño de 1927, el sueño de monopolizar el tráfico de un producto, sueño compartido por cualquier contrabandista, era una realidad para Al Capone y sus asociados. Estaban al mando de una fuente de ingresos que se estimaba en más de cien millones de dólares al año, distribuidos como sigue:

Beer and liquor, including alky-cooking.....	\$60,000,000
Gambling establishments and dog-tracks.....	25,000,000
Vice, dance halls, roadhouses, and other resorts.....	10,000,000
Rackets.....	10,000,000 (Pasley 60)

Como se apunta en Pasley, de toda esa cantidad de dinero había que descontar una serie de gastos variables, como variable era la legitimidad de los mismos. Una vez descontados los pagos de nóminas del considerable número de personas que trabajaba para él y el pago de sobornos a policías, agentes federales, jueces y políticos, resultaba complicado determinar las cifras exactas que llegaban a los bolsillos de Capone. No obstante, aquellos que eran de su confianza estimaban una cantidad aproximada a los treinta millones de dólares al año, más de medio millón de dólares a la semana sólo en Chicago (60).

Jay Gatsby tenía la voluntad, la iniciativa, el dinero, la posición social que éste otorga y una gran conciencia del funcionamiento del mundo y de las personas, pero adolecía de la independencia que sólo puede alcanzar el auténtico *Self-Made Man*, dado el hecho de que en realidad no era más que un instrumento, un subalterno de un poder superior. Teniendo presente que Al Capone tenía todo eso y además tenía el poder que le faltaba a Gatsby, ¿cuál era su problema? ¿De qué o de quién dependía Al Capone? ¿Qué impedía su independencia?

Benjamin Franklin aseguraba que el camino hacia la prosperidad es tan importante como la prosperidad misma. De nada sirve alcanzarla si no puede servir de ejemplo para las generaciones venideras. Emerson le dio un enfoque más práctico e individualista al ideal: el individuo puede alcanzar el éxito más absoluto, pero ese éxito no es el final de un camino, es casi un estado anímico: el auténtico *Self-Made Man* vive en comunión con la naturaleza más íntima de la existencia, con el mundo en que se desenvuelve y con un profundo conocimiento de sí mismo. La posterior malinterpretación que se le dio a la filosofía emersioniana derivó en la corriente del *positive thinking*, cuyos libros de autoayuda para la “riqueza rápida” hicieron furor en el siglo XIX y principios del XX. En tales libros el poder de lograr toda la riqueza imaginable reside únicamente en el individuo, independientemente de su entorno o circunstancias materiales, porque daban por sentado que en América, tierra de oportunidades, toda la riqueza estaba al alcance de cualquiera que estuviera dispuesto a estirarse para cogerla. Esto, por supuesto, es una interpretación simplista y reduccionista de las profundas implicaciones del individualismo emersoniano. Sin embargo, su facilidad, tuvo un gran calado en el imaginario popular:

Considerando que todo el poder para obtener riqueza reside en el individuo, ese individuo tiene, pues, el deber de emplear todos los medios que estén a su alcance. Si fracasa, posiblemente lo merezca por no haber hecho lo suficiente. Sin embargo, había quien sí conseguía triunfar, personas como Jay Gatsby o Al Capone. Pero en los libros de autoayuda no se advierte que los medios influirán en el fin: aunque el individualismo exacerbado normalmente no sancione el uso de otras personas como medios, quebrantar las leyes en la mayoría de las ocasiones sí es sancionado. Por lo tanto, se impone retomar esas preguntas que quedaron abiertas: ¿qué impedía a Al Capone disfrutar de la ejemplarizante independencia y autonomía moral del auténtico *Self-Made Man*?

“If I had known” said Capone, the time they tried to bribe the chef in the Little Italy café to put prussic acid<sup>77</sup> in his soup; “what I was stepping into in Chicago I would never have left the Five Points outfit<sup>78</sup>”

There have been more attempts upon his life than upon that of any other gangster. He is the most-shot-at man in America. Except for the interlude in Eastern Penitentiary there has not been a second’s peace of mind for him. Days he lived in an armored car, nights he slept with sentinels at his door. In 1927 there was posted an offer of \$50,000 to any gunman who would accomplish his death. ... The O’Banions launched a furious offensive, whose climax was a daylight attack on Capone’s suburban stronghold by eight carloads of machine-gun squads and sawed-off shotgun crews. Operating with soldierly precision, they poured a thousand slugs and bullets into a block of restaurants, shops, and hotels. ... Nothing like it was ever known before in an American community in peacetime. (Pasley 61)

Resulta casi tragicómico que el único momento en el que Capone, disfrutase de cierta paz y libertad de movimiento fuera precisamente cuando estaba privado de ella. En última instancia, como explica Deirdre M. Capone, su tío fue encarcelado por evasión de impuestos (51) en un tiempo en el que las leyes de los impuestos sobre la renta eran relativamente nuevas, poco comprensibles y no aplicables a quienes ganasen menos de \$5.000 al año—una franja salarial en la que se incluía la mayoría de la población. Obviamente, Al Capone ingresaba una cantidad muy superior, pero había una cláusula en la ley del impuesto sobre la renta en la que se eximía de declarar los ingresos obtenidos ilegalmente, porque hacer semejante cosa sería autoincriminatorio (Capone 51). No obstante, el verdadero obstáculo de Al Capone siempre fue el propio Al Capone. Ese individualismo inherente al mito del *Self-Made Man* quizá sea una de sus facetas más

---

<sup>77</sup> Cianuro.

<sup>78</sup> Los “Five Points” fue la primera banda a la que perteneció Capone. Fundada en el Bajo Manhattan en la primera década del siglo XX por el notorio criminal Paolo Antonio Vaccarelli, alias Paul Kelly, fue donde Capone conoció a Johnny Torrio (Capone 27).

malinterpretadas, lo que, añadido a una etapa histórica concreta como fue la América de los años 20, en la que todo el mundo parecía competir por llegar antes que nadie hasta ese caldero de oro que aguarda al final del arcoíris, da como resultado esa característica mentalidad de que sólo los más válidos triunfan. De dicha creencia se extrae que quien ha triunfado es, por lógica, el más válido. Eso tendría sentido si dicha carrera tuviese lugar en igualdad de oportunidades y si hubiera unas reglas sólidas a las que atenerse y que no pudieran ser violadas. Pero, como ha quedado patente, ascender socialmente en los Estados Unidos de la época requería, en la mayoría de los casos, métodos legalmente censurables, moralmente inexcusables pero absolutamente necesarios para este fin en particular. O, dicho de manera más abreviada—y quizá arriesgada por exceso de simplificación—en los Estados Unidos de la época, la movilidad ascendente entre clases sociales era, sencillamente, ilegal.

Por supuesto, el discurso oficial jamás llegaba a sugerir esa idea, al contrario: sólo en América, la tierra de las oportunidades, se brindaba todo lo necesario para que cualquiera alcanzase la prosperidad si trabajaba lo bastante duro para lograrla. Incluso Herbert Hoover, el que se convertiría en el trigésimo-primer presidente de los Estados Unidos, perturbado por la deriva política mundial, expuso su filosofía en su libro *American Individualism* (1922). El libro es una loa al individualismo, pero no a cualquier individualismo, sino al que sólo se da en los Estados Unidos, donde, por fortuna, es un individualismo sometido al gran principio de la igualdad de oportunidades:

Our individualism differs from all others because it embraces these great ideals: that while we build our society upon the attainment of the individual, we shall safeguard to every individual an equality of opportunity to take that position in the community to which his intelligence, character, ability and ambition entitle him; that we keep the social solution free from frozen strata of classes; that we shall stimulate effort of each individual to achievement; that through an enlarging sense of responsibility and understanding we shall assist him to this attainment; while he in turn must stand up to the emery wheel of competition. (Hoover, *American Individualism* 10)

Según Hoover, el pueblo de Estados Unidos ha aprendido que los más fuertes no son siempre los mejor adaptados, que la sociedad funciona mejor cuando se contiene a aquellos más fuertes para asegurar que todos parten en igualdad de oportunidades. Lo máximo a lo que el individuo puede aspirar por parte de su gobierno es “liberty, justice, intellectual welfare, equality of opportunity and stimulation” (Hoover, *American Individualism* 19). Su afirmación de que la sociedad estadounidense se mantiene libre de los estratos congelados de las clases sociales sólo puede deberse a una extraordinaria cortedad de miras, a la ignorancia o a la mala intención.

Hoover sería elegido presidente en marzo de 1929, sin saber lo que le esperaba el mes de octubre de ese mismo año a él y a toda la nación.

El final de la fiesta de los años veinte estaba cerca, pronto el jazz quedaría ensombrecido por el sonido de la campana de Wall Street, marcando el final del día en la bolsa y, el 24 de octubre de 1929, también marcaría el final de una era.

## 8. Herbert C. Hoover: La Gran Depresión del mito

Si bien la segunda década del siglo XX fue un período que pasaría a la historia por su aparente prosperidad económica, la década que la sucedería sería recordada por estar en las antípodas de dicha prosperidad. La caída de Wall Street y el subsiguiente colapso de la economía en octubre de 1929 marcaron el comienzo de la Gran Depresión. La crisis vino directamente derivada del manejo especulativo irrestricto de la economía por parte de las grandes corporaciones en ese sistema que, según Herbert C. Hoover, estaba profundamente arraigado en las tierras de la justicia social y económica; en ese sistema que no se reducía a un mero *laissez-faire*, sino que representaba el perfecto equilibrio entre el libre mercado y la observancia de las reglas; un sistema en el que grandes magnates como Andrew Mellon decidían cuánto y cómo debían tributar, convirtiendo su voluntad en ley. Los años 30 fueron tiempos aciagos para el pueblo de los Estados Unidos en los que se puso en entredicho ya no sólo el sistema económico y político de la nación, sino los más profundos valores e ideales que la cimentaban. El mito del *Self-Made Man*, su inherente individualismo y hasta sus mismas premisas fundacionales no escaparon al descreimiento generalizado. Herbert C. Hoover fue uno de los más célebres embajadores del mito del *Self-Made Man* de su época, siendo su vida política en las décadas de 1920 y 1930 un fiel retrato del estado del mito a ojos de la sociedad. Su ascenso, su obra escrita, su discurso y su posterior caída en desgracia guardan sorprendente simetría con un sistema de creencias que durante la Gran Depresión se veía prácticamente herido de muerte.

Ingeniero de formación y profesión antes de la política, es innegable que Hoover tenía tanto derecho como cabría tener a creer en el mito del *Self-Made Man*: él mismo era uno de ellos. No nació en una familia especialmente acomodada, no gozó de un trato más favorable del que gozaría cualquier otra persona (siempre que fuera hombre y blanco) en su época, tuvo que trabajar duro para poder graduarse en Stanford, y tuvo que seguir trabajando duro los años siguientes para ganarse la vida. Nada de ello se negará en las siguientes páginas. Pero la principal fortaleza de Hoover, su experiencia vital, su gran motivo de orgullo, acabó siendo su mayor debilidad. Su firme creencia en el individualismo le llevó a discurrir por los caminos de la respuesta fácil, de ese discurso de autoayuda vacío de contenido nacido de una interpretación simplista del pensamiento emersoniano, por los caminos de la cortedad de miras: por paradójico que pueda parecer, su individualismo le llevó a pensar que su ejemplo era aplicable a todas las personas en todo momento y lugar, olvidando que cada persona surge en unas circunstancias—tanto materiales como inmateriales—específicas, y que éstas condicionan, cuando no determinan, el devenir del individuo. La bonanza de los años 20 le dio alas a sus teorías, y así su justo y merecido orgullo degeneró en soberbia.

Hoover se encontró con el hecho de que el mundo real desafiaba a su visión de que los más hábiles, los más preparados, los más perseverantes corredores son los que triunfan en esa carrera que es el ámbito socioeconómico. En octubre de 1929, el trigésimo primer presidente de los Estados Unidos dejó de ser el filósofo de la prosperidad y el individualismo americano, y tuvo que acometer la dura tarea de racionalizar un fracaso de tan desmedidas proporciones. Su interpretación inicial de la Depresión fue, simplemente, que la economía americana estaba bien a nivel sistémico, que esa crisis era un bache temporal debido a circunstancias puramente accidentales y principalmente ajenas a Estados Unidos:

I contend that this American system of ours has demonstrated its validity and superiority over any system yet invented by human mind.

It has demonstrated it in the face of the greatest test of our history—that is the emergency which we have faced in the last three years.

When the political and economic weakness of many nations of Europe, the result of the World War and its aftermath, finally culminated in collapse of their institutions, the delicate adjustments of our economic and social life received a shock unparalleled in our history...

*In spite of all these obstructions we did succeed. Our form of government did prove itself equal to the task. We saved this nation from a quarter of a century of chaos and degeneration, and we preserved the savings, the Insurance policies, gave a fighting chance to men to hold their homes. We saved the integrity of our government and the honesty of the American dollar. (Hoover, *Memoirs* 339)*

Algunos teóricos de la caída de la bolsa del 29, aunque reconocen que la falta de limitación a la actividad especulativa fue un factor clave, también consideran que detrás de esa especulación había un sistema que, de algún modo, era defectuoso. John K. Galbraith, en *The Great Crash 1929* apunta a unas estructuras bancarias y empresariales poco recomendables, unido a poca información sobre el funcionamiento de la economía, un modelo de comercio exterior poco seguro y la “mala distribución de la renta”:

There seems little question that in 1929, modifying a famous cliché, the economy was fundamentally unsound. This is a circumstance of first-rate importance. Many things were wrong, but five weaknesses seem to have had an especially intimate bearing on the ensuing disaster. They are:

(1) The bad distribution of income. In 1929 the rich were indubitably rich. The figures are not entirely satisfactory, but it seems certain that the five percent of the population with the highest incomes in that year received approximately one-third of all personal income. (Galbraith 195)

Visto con perspectiva, que el sistema era defectuoso en cierta medida resulta casi una obviedad. Ya no en el sentido de la desinformación económica que se apunta en Galbraith, sino en el sentido de que el *crack* del 29 supuso la culminación de un interminable conjunto de pánicos financieros y crisis económicas resultantes de éstos (1873, 1893, 1907, 1919, 1929) en las que las soluciones, si es adecuado considerarlas como tales, sólo consistieron en apuntalar la economía (mediante emisiones de bonos, intervenciones gubernamentales insuficientes, etcétera) o aprovechar momentos de inestabilidad geopolítica para intentar sanear las cuentas a través del comercio exterior. La cuestión aquí no es, por tanto, un defecto puntual y aislado, sino sistémico: una doctrina económica impulsada únicamente por el motor de los intereses corporativos es, casi por definición, inestable y ciega ante los intereses y las necesidades de la mayoría. El *crack* del 29 fue la caída del mercado bursátil, pero los años 20, como se ha señalado anteriormente, no supusieron una prosperidad real para gran parte de la población. Esa parte de la población vivía en una “Gran Depresión” constante y permanente, de modo que, a pesar de sus numerosos intentos de “autorreformarse”, la economía estadounidense era aún un sistema enfermo y poco fiable. Tras el colapso de la bolsa en octubre de 1929, la economía quedó profundamente aturdida, prácticamente inmóvil, tanto en Estados Unidos como a nivel global. Según Zinn cerraron en torno a 5.000 sucursales bancarias (387) y, tras ellas, gran cantidad de negocios que se vieron incapaces de afrontar sus pagos o de obtener préstamos. Aquellos que consiguieron mantenerse a flote hicieron fuertes ajustes de plantilla. Quienes consiguieron conservar su empleo verían cómo se recortaba su salario en repetidas ocasiones.

Claramente, aquellos que eran responsables de organizar la economía eran incapaces de determinar a ciencia cierta qué había ocurrido. Se vieron sobrepasados por la situación, se negaron a reconocerla y, como si de los estadios del duelo<sup>79</sup> se tratara, buscaron razones para el desastre que no implicaran admitir que el sistema había fracasado. Poco antes de la crisis, decía Herbert Hoover:

In America today we are nearer a final triumph over poverty than in any land. The poorhouse has vanished from among us; we have reached that goal. But, given a chance to go forward, we shall, with the help of God, be in sight of the day when poverty will be vanished from this nation. (Hoover, *Memoirs* 343)

Poco después, en marzo de 1931, una vez que la crisis ya había desbaratado las optimistas previsiones de Hoover y el desempleo empezaba a hacer mella de manera sensible entre la clase

---

<sup>79</sup> La aproximación más típica a la confrontación del duelo suele constar de cuatro fases: embotamiento mental, caracterizado generalmente por la inaceptación o negación de la realidad, el anhelo y la búsqueda del referente perdido, la desorganización y la desesperación y, por último, la reorganización y aceptación (Gala et al. 45). Resulta ciertamente curioso cómo la política interior de cualquier país en general y de los Estados Unidos en este caso particular sigue un recorrido muy similar en la gestión de las crisis.

trabajadora estadounidense, aseguraba Henry Ford que “the average man won’t really do a day’s work unless he is caught and cannot get out of it. There is plenty of work if people would do it” (Howells y Dearman, 145). Poco después, siguiendo con Howells y Dearman, la Ford Motor Company despediría a 75.000 trabajadores (145). Cualificados o no cualificados, todos los trabajadores empezaron a sentir por igual cómo la agonía del desempleo se apoderaba de los Estados Unidos, la tierra de las oportunidades, la justicia económica y social, el bastión del libre mercado. De este modo podría considerarse que, de manera casi oficial, el gobierno de la nación había abandonado a la clase trabajadora a su suerte. Tras más de un siglo de creencia en la máxima de que la prosperidad se sigue del trabajo duro y la perseverancia, tras aquella afirmación de Abraham Lincoln que aseguraba que “there is no permanent class of hired workers among us” (Cook 264), una gran masa del pueblo estadounidense abrió los ojos al desengaño que suponía la confrontación de la realidad material con el antiguo y venerado mito del *Self-Made Man*, mito que ya sufría ciertos problemas de imagen desde finales del siglo XIX.

Durante la campaña de 1932 para intentar renovar su mandato en la Casa Blanca, Hoover amplió el alcance teórico en su tesis sobre la crisis económica sobrevenida tras el *crack* del 29. Le recordó a sus oponentes del Partido Demócrata los enormes costes de la Guerra Mundial, tanto en vidas humanas como en dinero; las colosales deudas contraídas por el gobierno, la inestabilidad política que había paralizado los mercados, el crecimiento de los ejércitos permanentes en las demás naciones del mundo, las revoluciones y la agitación en China, India, Rusia, etc., la sobreproducción de bienes clave en las Indias, Cuba, Brasil, Ecuador, Congo, Burma (actual Myanmar), Australia y demás partes del mundo. Muchos de esos países gozaban de más recursos que Estados Unidos, lo que facilitaba una sobreproducción que había “crashed into the immutable laws of supply and demand” y por tanto había traído un “inevitable collapse in prices and ... a train of bankruptcies and destruction of buying power of American products” (Hofstadter 300). Mientras tanto, otros países en la esfera occidental, como Inglaterra, cayeron presas del pánico y se dedicaron a vender a pérdida los valores americanos en la bolsa de los Estados Unidos y, en consecuencia, indujeron a preocupación a la población, provocando asaltos bancarios como los vistos en los anteriores pánicos financieros, aunque de menor impacto. De manera que, para Hoover, sería erróneo situar las principales causas de la Depresión en los EE. UU.: “My fellow citizens, I could continue for hours in an analysis of mistaken statements and misinformation from the opposition. ... We did not inaugurate the Great War or the panics in Europe” (Myers y Newton 263). La idea final en la visión de Hoover acerca del fin de la Depresión fue que había sido superada gracias a sus políticas, ya que durante el verano de 1932 hubo un pequeño repunte de la actividad empresarial debido probablemente a un ajuste presupuestario por parte de la administración, detalle que, en cierto modo, le dio algo de color a su creencia de que la Depresión había pasado, aunque de ser así—que no era el caso, sólo en 1932 más de 270.000 personas

perdieron sus hogares (Siracusa y Coleman 13)—asumir que la tendencia al alza continuaría hasta la completa recuperación constituiría más un acto de fe que un hecho demostrable. No obstante, Hoover no presenciara la completa ejecución de su programa, al verse éste interrumpido por el resultado de las elecciones presidenciales de 1932.

Si el sistema americano—el cual, en palabras del propio Hoover, es llamado “capitalismo” por sus enemigos<sup>80</sup>—estaba fundamentalmente en buena forma, todo se reducía al abstracto emocional de la confianza, y la pérdida de ésta por parte de la nación podría llegar a obstaculizar la recuperación. Hoover creía tan fervientemente en la confianza como factor determinante que en el otoño de 1931 viajó desde Washington hasta Filadelfia para asistir a un partido de las Series Mundiales (Myers y Newton 151), porque sentía que su presencia en semejante evento podría servir como demostración pública de su serenidad. Su deseo de estimular la confianza fue la causa de alguna de sus declaraciones más absurdamente optimistas. Poco después de la caída de la bolsa, Hoover hizo una de sus más famosas observaciones: “The fundamental business of the country, that is, production and distribution, is on a sound and prosperous basis” (Myers y Newton 23). Otras declaraciones igual de idealistas siguieron a esta. El 8 de marzo de 1930 Hoover aseguró que la crisis había durado sesenta días, que en aquel momento ya había acabado. Mientras tanto, en los Estados Unidos reales que el presidente se negaba a ver, la producción industrial había caído un 50 %. En “Recent Unemployment Rate Estimates for the 1920s and 1930s” de Gene Smiley se recoge que, de manera acorde a la caída de la producción fabril, para 1933 quizá quince millones de personas—no se conocen las cifras exactas, aunque se estaría hablando de entre un cuarto y un tercio de la fuerza de trabajo del país—estaban desempleadas. Pero, en algunas de las estimaciones recogidas en Smiley y teniendo en cuenta la economía agropecuaria, la tasa de desempleo llegaría a cifras entre el 25 y el 37,6 % en 1933 (488). La Ford Motor Company, que en la primavera de 1929 empleaba a 128.000 trabajadores, pasó a emplear a tan solo 37.000 en agosto de 1931 (Zinn 387). A pesar del empeño de Hoover en simular que la crisis estaba a punto de solucionarse, la situación era crítica y estaba abocada a la catástrofe. Había millones de toneladas de comida, pero no era rentable transportarla para su venta. Los almacenes estaban bien provistos de ropa, pero la población no se podía permitir comprarla. Había casas construidas, pero permanecían deshabitadas, bien porque sus antiguos moradores habían sido desahuciados, bien porque sus compradores potenciales no podían permitírselas. En las afueras de las ciudades, en los márgenes de los ríos, en las inmediaciones de las plantaciones y de los campos, empezaron a florecer asentamientos irregulares conocidos como *Hooverilles*. Estos asentamientos, cuyo nombre estaba lejos de ser

---

<sup>80</sup> “Another term associated by some with *laissez faire* is ‘Capitalism.’ This again is a term of indefinite meaning depending upon who uses it. It is employed by the enemies of the American system for purposes of slur” (Hoover, *Challenge* 51).

honorífico, eran simples poblados de infraviviendas que la gente construía con lo que iba consiguiendo en vertederos.

Se asumió ampliamente por parte de la opinión pública, debido a su serie de declaraciones optimistas—en Hofstadter, al menos, se habla de optimismo (296), aunque tal actitud casi rayaba en el insulto cruel, dada la situación de gran parte de la nación—desde la Casa Blanca, que Hoover no tenía conocimiento alguno de la gravedad de la situación. Sin embargo, sus movimientos oficiosos a veces eran más elocuentes que sus movimientos oficiales. Atribuirle total desconocimiento de la situación es una asunción demasiado rotunda que, hasta en las opiniones más reduccionistas, podría considerarse matizable, como se demuestra en la narrativa elaborada por Myers y Newton a partir de transcripciones de declaraciones del presidente, artículos en la prensa, diarios, y cualquier otro documento o archivo que el propio Hoover puso a disposición de los autores:

*November 15, 1929:* An indication of the seriousness of the situation is shown in a confidential report to the President from the Federal Reserve Officials a few days before, which had started: “The situation is far from liquidated ... it is honeycombed with weak spots ... it will take perhaps months before readjustment is accomplished.” (Myers y Newton 24)

La decisión de Hoover por seguir la “psicología de la confianza” exigió darle al público promesas tranquilizadoras, y el presidente se arriesgó a sacrificar lo que quedaba de su reputación de profeta. Se arriesgó, y perdió, lo que haría que pasase a la posteridad asociado sarcásticamente al lema “prosperity is around the corner<sup>81</sup>”. Nótese sin embargo que los especialistas de la Reserva Federal hablaban de que el reajuste llevaría meses, lo cual viene a demostrar la idea de que ni siquiera aquellos encargados de organizar la economía sabían a ciencia cierta a qué se enfrentaban. Esa es una de las cinco debilidades del sistema estadounidense que se proponen en Galbraith para explicar el *crack* del 29, a saber: una, ya mencionada, la mala distribución de la renta; dos, estructuras corporativas dudosas; tres, estructuras bancarias deficientes; cuatro, un dudoso estado del comercio exterior y cinco, una manifiesta falta de inteligencia económica (199). Ni siquiera las élites intelectuales de la Harvard Economic Society consideraban probable una crisis de la magnitud de la Gran Depresión, porque daban por sentado que “business in most lines has been conducted with prudence and conservatism” (Galbraith 195). De este modo, la observación de que la administración económica estadounidense se encontraba inmovilizada por el pánico parece bastante más plausible que la hipótesis de un Herbert Hoover que sostenía un discurso de cara al público por precaución mientras que, puertas adentro, era plenamente

---

<sup>81</sup> En sus memorias, Hoover niega haber dicho nunca esa frase: “this bit of optimism was later distorted by our opponents to make me say, ‘prosperity is around the corner,’ which I never did say” (Hoover, *Memoirs* 58).

consciente de la situación a la que se enfrentaba. También se puede considerar que el problema no estuvo tanto en las estimaciones oficiales de la magnitud de la crisis por parte de Hoover, sino en la eficacia que le suponía a sus propios remedios. El 21 de noviembre de 1929—muy poco después de la caída de la bolsa, antes siquiera de que hubiera pasado la conmoción por el desastre—convocó una gran conferencia para magnates de los negocios y, de acuerdo con el resumen de sus notas de Myers y Newton, el motivo de la conferencia fue:

The president's statement can be summarized from his prepared note at the time. He outlined the situation. He said that he would not have called them were it not that he viewed the crisis more seriously than a mere stock market crash; that no one could measure the problem before us or the depth of the disaster; that the depression must last for some time; and that there were two or three millions unemployed by the sudden suspension of many activities. (Myers y Newton 26)

Hoover continuó diciendo que se darían pasos para prevenir apuros y mantener “el orden social y la paz industrial”. En primera instancia se pretendió que el peso de la crisis no cayese inmediatamente sobre la clase trabajadora—pretensión que cabría aventurar que no tardó en olvidarse, a la luz de los acontecimientos posteriores y considerando la drástica subida de la tasa de desempleo. Pero sí es cierto que Hoover insistió en no adoptar ese rumbo para intentar mantener el poder adquisitivo de la población y que no se produjera una caída de la demanda de bienes de consumo, algo que sí había ocurrido en crisis anteriores con resultados muy poco positivos:

He explained that “immediate liquidation of labor had been the industrial policy of previous depressions; that his very instinct was opposed to both the term and the policy, for labor was not a commodity. It represented human homes. Moreover, from an economic viewpoint such action would deepen the depression by suddenly reducing purchasing power and, still worse consequence, it would bring about industrial strife, bitterness, disorder, and fear. He put forward his own view that, in our modern economy and on account of the intensified competition from the shrinkage in demand and the inevitable loss of profits due to a depression, the cost of living would fall even if wages were temporarily maintained. Hence if wages were reduced subsequently, and then no more and no faster than the cost of living had previously fallen, the burden would not fall primarily on labor, and values could be “stopped down.” Thereby great hardships and economic and social difficulties would be avoided. In any event the first shock must fall on profits and not on wages. (Myers y Newton 27)

Naturalmente, las empresas hicieron caso omiso a las ideas de Hoover en lo referente a destruir empleos y devaluar salarios. En primer lugar porque esa sagrada libertad de la que Hoover

siempre se había vanagloriado les daba a los grandes conglomerados empresariales la oportunidad de obrar a su voluntad, por muy destructiva que dicha voluntad pudiera ser. En segundo lugar, porque la suposición de Hoover de que la intensificación de la competencia junto con la disminución de la demanda forzaría la bajada de los precios era, en el mejor de los casos, bastante discutible, o de una ingenuidad intolerable en el peor. La estructura de los precios era altamente inflexible en la casi monopolizada industria pesada estadounidense (Hofstadter 297). Muchos economistas<sup>82</sup> atribuyeron la severidad de la Depresión y las dificultades de la recuperación a esta inmovilidad de los precios. Además, el control de los precios requería una considerable intervención del gobierno en la planificación de la economía, estrategia que nunca ha sido tomada en consideración en los Estados Unidos, y a la que Hoover se oponía frontalmente, como se verá en las próximas páginas.

El presidente tenía por fundamental mantener los salarios estables y basar la economía en la construcción, fomentándola al mismo tiempo desde posiciones tanto gubernamentales como empresariales. El empleo disponible debía extenderse tanto como fuera posible, incluso si ello suponía tener que acortar la semana laborable en todo el país. De igual modo, cada sector industrial debía procurar atajar las dificultades entre los trabajadores para intentar amortiguar—por así decirlo—la situación. Tanto el sector empresarial como el sector sindical se comprometieron a observar las medidas propuestas por Hoover, los primeros manteniendo la producción y el nivel salarial; los segundos retirando algunas demandas de mejoras que ya estaban sobre la mesa. Como describe Jonathan D. Rose en “Hoover’s Truce”, el presidente se reunió con “two dozen industrial leaders in the morning, and a dozen labor leaders in the afternoon” (3) para proponer tales acciones. La fiel adherencia a este plan, pensaba Hoover, podría reducir los costes de producción lo suficiente como para poder obtener beneficios en un plazo de tiempo razonable; y el aumento de la oferta reduciría el precio de aquellos valores capitales inflados hasta aproximarse a cifras más reales. Entonces el curso normal de la economía, hacia arriba y hacia adelante, se reanudaría. Como Hoover le diría a la nación:

Depressions are not new experiences, though none has hitherto been so widespread. We have passed through no less than 15 major depressions in the last century. We have learned something as the result of these experiences. From this one we shall gain stiffening and economic discipline, a greater knowledge upon which we must build a better safeguarded system. We have come out of each previous depression into a period of prosperity greater than ever before. We shall do so this time. (Hoover, *Public Papers* 323)

---

<sup>82</sup> Jakob Madsen estudia la relación entre la Gran Depresión y los precios en su artículo “Price and Wage Stickiness during the Great Depression”.

De manera resumida, podría decirse que Hoover le estaba pidiendo a los grandes magnates de la economía que abjurasen de sus inclinaciones naturales. El primer impulso de los grandes empresarios (como el ya mencionado Henry Ford) fue reducir la producción, recortar salarios y plantillas y, en medida de lo posible, mantener intactos los precios. La declaración más esperable en términos empresariales dentro de los consejos de administración vino de Andrew Mellon, que aseguró: “curtailment of output, without question, will correct the present condition within a short time” (Hofstadter 298), mientras él mismo, en su vasto conglomerado empresarial, reducía la producción con admirable celo. Recuérdese que Andrew Mellon fue mencionado en el capítulo anterior ya que, además de empresario, fue Secretario del Tesoro en las administraciones de Calvin Coolidge y Warren G. Harding. En la primera mitad del año 1931 las grandes empresas decidieron que ya habían fingido atenerse al plan de Hoover suficiente tiempo y las reducciones de plantilla comenzaron, así como las revisiones salariales—revisiones a la baja, naturalmente. La producción, sin embargo, era otra cuestión. Las empresas no producirían para un mercado interior inexistente, de modo que los volúmenes de salida de productos se redujeron más que considerablemente, lo que vino a justificar las reducciones salariales. Aquello que decía Hoover en 1929, que la producción y la distribución estaban asentadas sobre bases prósperas, resultó ser una declaración más en su historial de optimismo injustificado.

La disonancia entre el discurso público de Hoover y la realidad material no pasaba inadvertida a los ojos de la población. Resulta muy difícil creer un relato que habla de prosperidad, de crisis solucionada, de los grandes días que estaban por venir si gran parte de la masa que conformaba la clase trabajadora estadounidense de la época estaba viendo cómo crecía el desempleo, la gente perdía sus hogares y sus bienes, o los sueldos disminuían sin un motivo concreto en aquellos casos de “afortunados” que no perdían su trabajo. El escepticismo crecía de manera simétrica tanto hacia el discurso de Hoover como hacia el mito del *Self-Made Man*. Como se ha comentado con anterioridad, una de las grandes debilidades del mito reside en que siempre refiere a cualidades relativas al individuo, nunca a las cualidades del entorno. Al hombre virtuoso, a aquel dotado de talento, siguiendo las líneas del mito, poco le debían importar las circunstancias. Al fin y al cabo, Benjamin Franklin vivió tiempos ciertamente convulsos y supo sacar el máximo provecho de ellos. En teoría, Estados Unidos estaba en mejores condiciones en el siglo XX que en tiempos de Franklin: no estaba en guerra contra ninguna potencia mundial como Inglaterra, disponía de mejores comunicaciones (ferrocarril, vehículos a motor, teléfono...) y además se extendía territorialmente mucho más de lo que Franklin se habría atrevido a soñar en sus días. Cualquiera dotado de su talento tendría muchísimos más recursos a su alcance. El mismo presidente de la nación era testimonio de ello, para aquellos que aún quisieran creer en el mito. Pero, a consecuencia de la Gran Depresión, el mito del *Self-Made Man* pasó a ser algo más fácil de pensar que de hacer. A medida que los hombres virtuosos lo perdían todo y se amontonaban

en las *bread and soup lines*, aquellos sabios que predicaban la doctrina del éxito y la riqueza a través de la virtud, del esfuerzo y el trabajo duro, de la perseverancia, empezaron a guardar silencio. Como apunta I. G. Wyllie en *The Self-Made Man in America*,

Slick magazines printed fewer articles on how to climb the executive ladder, and more on how to make the best of failure. Periodically some journal called attention to a career which proved that “it still happens in America,” but there was a defensive note in such efforts. (Wyllie 172)

Si las principales bases de la economía del país hubieran funcionado correctamente o la misma economía no fuera defectuosa *per se*, quizá el programa de Hoover hubiera podido funcionar. Muy probablemente Hoover esperaba una crisis en la que los precios cayeran rápidamente debido a la sobreproducción, lo que, manteniendo intactos los niveles salariales, significaría una subida de facto del poder adquisitivo. Desafiando toda evidencia en sentido contrario, al final de su mandato da la impresión de que Hoover creía de verdad que sus medidas estaban surtiendo efecto, y pronto, en su característicamente obstinada mentalidad, empezaron a tener lugar una serie de huidas de la realidad que le llevaban cada vez más lejos en su mundo privado, ese mundo en el que las cosas se comportaban de acuerdo a como debían comportarse por pura lógica. Debido a que, en sus postulados, su programa debía haber tenido éxito, continuó hablando como si, efectivamente, fuera así en el mundo real, y cuanto menos funcionaban sus medidas, más enardecidamente las defendía. Medio año después de su conferencia de noviembre, cuando un grupo de “notables” empresariales acudieron a él para solicitar medidas más urgentes y positivas contra el desempleo, respondió, convencido de que la crisis había acabado: “Gentlemen, you have come six weeks too late” (Siracusa y Coleman, 12). Durante el verano de 1931, ignorando la crecida del desempleo y el hecho de que muchos negocios estaban en los umbrales de provocar un pánico de recortes salariales, Hoover alardeaba sobre su administración:

I shall not detain you by long exposition of these very extensive activities of our Government for they are already well known. We have assured the country from panic and its hurricane of bankruptcy by coordinated action between the Treasury, the Federal Reserve System, the banks, the Farm Loan and Farm Board System. We have steadily urged the maintenance of wages and salaries, preserving American standards of living, not alone for its contribution to consumption of goods but with the far greater purpose of maintaining social good will through avoiding industrial conflict with its suffering and social disorder. We are maintaining organized cooperation with industry systematically to distribute the available work so as to give income to as many families as possible. (Hoover, *Public Papers* 325)

Tomar la vía deflacionista para solucionar la crisis habría requerido, como otras veces en el pasado, un “huracán de bancarrotas” de empresas ruinosas, cosa que Hoover decía haber evitado, pero que, en tiempos de precios a la baja, constituía la manera principal en la que una gran parte de la más que considerable carga de deuda que arrastraba el país podía ser liquidada. Pero a medida que la Depresión se agravaba, se volvió evidente que este procedimiento habría de ser de una magnitud tal que conllevaría el inasumible riesgo de derribar completamente la estructura socioeconómica de todo el país. Gran parte de la deuda, se indica en Hofstadter, pesaba sobre cajas de ahorros, compañías de préstamos y/o seguros de vida, en las cuales, de una u otra manera, estaban invertidos los ahorros de millones de personas (299). La quiebra de estas entidades habría sido fatal, por lo tanto. El problema, el error de juicio, venía de mucho antes. Llegar al dilema de dejar caer ciertas entidades que arrastrarían con ellas los ahorros de millones de personas o rescatarlas con fondos gubernamentales “por el bien del pueblo” es la consecuencia directa de no haber hecho nada para limitar la libertad de movimientos de las mencionadas entidades, máxime sabiendo que operaban con dinero ajeno. Galbraith acierta en su observación de que la economía era “fundamentalmente defectuosa” (194), pero el gobierno en ningún caso se planteó, ni se plantearía, la intervención gubernamental de las entidades más allá del saneamiento de cuentas durante apuros puntuales. Así, para apuntalar las estructuras financieras de estas instituciones con créditos federales, Hoover solicitó, al fin, la creación de la Reconstruction Finance Corporation en 1931. En este respecto, la política de *laissez-faire* había de ser abandonada.

Si esta política económica de Hoover no llamaba precisamente a una fuerte intervención gubernamental en asuntos económicos, sí es cierto que requería mucha más iniciativa de la que ningún gobierno anterior había tenido para afrontar cualquier depresión anterior. La política predominante en términos históricos siempre había sido la de un intervencionismo gubernamental mínimo—sin olvidar, por supuesto, que la decisión de Woodrow Wilson de crear la Reserva Federal fue de un considerable atrevimiento—y Hoover fue el primer presidente en la historia de los Estados Unidos en poner algo de liderazgo gubernamental en semejante crisis. Pero, como si de una fiera huidiza se tratara, evitó imponer cualquier obligación en las empresas a cambio de los créditos federales, cuando esa obligación era claramente necesaria incluso en un programa tan modesto como el suyo. Sin un poder legal concreto no podía asegurar que las grandes figuras empresariales mantuvieran la producción y las mismas líneas salariales<sup>83</sup>—cosa que no hicieron—y no podía pronunciarse en el probable escenario de reducciones de plantilla que contradijeran las sugerencias del gobierno—escenario que no tardó en llegar. Para alguien con la filosofía política

---

<sup>83</sup> “The reports of contemporary sources suggest that significant momentum for cuts in hourly wage scales did not gather until April 1931, and a significant round of cuts occurred in September 1931. On hourly earnings in manufacturing industries confirm this” (Rose 4).

de Hoover, imponer esas obligaciones en el mundo de los negocios era simplemente inconcebible. El derecho del empresario a no producir, su derecho a tener su manufactura de bienes detenida era, después de todo, uno de esos antiguos y sagrados derechos a la propiedad privada que Hoover estaba dispuesto a defender a toda costa. Y las costas fueron elevadísimas. Ignorar los efectos de carácter colateral que las decisiones empresariales pudieran tener implicaba desoír el bien de la mayoría en favor del bien de una abrumadora minoría, y no sólo eso: implicaba abandonar a su suerte a una gran cantidad de gente que aspiraba a poder vivir de su trabajo, a poder proporcionar un hogar, comida o educación a su familia, hundir a personas con las más honradas aspiraciones que cabía tener. Implicaba traicionar los ideales mismos del *Self-Made Man*: Hoover estaba mandando el mensaje de que el trabajo, el esfuerzo y la austeridad ya no tenían recompensa, sino que el trabajo era un fin, el esfuerzo una obligación y la austeridad un castigo ineluctable. Y la recompensa, como mucho, era sobrevivir. Los Estados Unidos de la Gran Depresión, en cierto modo, mataron el símbolo que era Benjamin Franklin.

Esta serie de lamentables decisiones en el terreno socioeconómico, junto con una recesión que se ensañó sin piedad con la clase trabajadora al usarla como red que amortiguase la caída de banca y empresariado, muy probablemente sea el principio de ese desencanto con el mito del *Self-Made Man* de los años siguientes. La gente trabajaba duro para percibir menos dinero por ello o para ser igualmente despedida llegado el momento. Despedida, embargada, desahuciada... Sin menoscabo a la economía industrial, el azote de la crisis se sintió de un modo especial en la América rural. Sin embargo, no fueron sus escrúpulos políticos los que refrenaron a Hoover en sus medidas contra la crisis, sino también su doctrina económica. Su tajante rechazo a buscar causas domésticas para la Depresión, y por ende, a buscar remedios formales igualmente domésticos, nacieron obviamente de su teoría de que la crisis, su parte esencial al menos, era una contingencia ajena a los Estados Unidos. De esta premisa que pocos en su gabinete quisieron negar, de este pensamiento de que la depresión mundial había agravado la estadounidense, Hoover razonó la conclusión, hartamente discutible, de que no había ningún defecto grave en la economía doméstica. Se puede buscar entre sus declaraciones públicas, con sus alusiones a las revoluciones en China y Rusia, la sobreproducción de cacao en Ecuador y demás, una apreciación de que había factores internos clave que, al menos secundariamente, habían propiciado esa Gran Depresión subsecuente al *crack* del 29. La búsqueda, muy posiblemente, sea en vano. Más que en ningún otro momento de la historia de la economía estadounidense, la burbuja económica de los años 20 se había basado fundamentalmente en la expansión de los bienes de consumo; y, más que en ninguna otra burbuja económica, el sistema dependía de un consumo sostenido. El nivel de consumo estadounidense era alto, pero no pudo crecer de manera simétrica a la capacidad productiva de su industria. De ello se sigue que las medidas adoptadas por las principales empresas de disminuir plantillas y salarios, además de demostrar un lamentable cortoplacismo,

sólo consiguieran agravar la situación. Además, bajo la próspera superficie de los *Roaring Twenties* había una depresión agraria muy persistente, y el crecimiento real de los salarios durante esa supuesta época de bonanza había sido muy pequeño, como se apuntó en el anterior capítulo. El apogeo económico de los años 20 estaba asentado sobre estos factores, de modo que, siendo unos principios que no estaban en tan buenas condiciones como debieran, podría decirse que el apogeo se construyó sobre unos cimientos que ya eran frágiles antes del colapso de Wall Street. La inversión inmobiliaria, por ejemplo, que era una de las fuentes vitales del *boom*, empezó a caer en 1925, entró en declive drástico tras 1928: en los últimos meses antes del *crack* dicha inversión inmobiliaria estaba prácticamente detenida, ya no sólo en la construcción de viviendas, sino también en la construcción industrial y comercial. Galbraith ilustra este declive de la industria inmobiliaria con el ejemplo de Florida:

This reluctance to concede that the end has come is also in accordance with the classic pattern. The end had come in Florida. In 1925 bank clearings in Miami were \$1,066,528,000; by 1928 to \$143,364,000. Farmers who had sold their land at a handsome price and had condemned themselves as it later sold for double, treble, quadruple the original price, now on occasion through a whole chain of subsequent defaults. Sometimes it was equipped with eloquently named streets and with sidewalks, street lamps, and taxes and assessments amounting to several times its current value. (Galbraith 35)

Por otra parte, la tasa de expansión en la construcción de carreteras y fabricación de automóviles—como otrora ocurriera con el ferrocarril—ya se había estancado antes de octubre de 1929. El país ya tenía lo que se llama un *overstock* (exceso de oferta) antes del *crack*. Tales cosas ya se reflejaban en las inversiones en bienes capitales<sup>84</sup>, que entraron en descenso en 1928. Sin embargo seguía habiendo ahorros que invertir y bienes que vender, y la incapacidad para encontrar buenos recursos de inversión junto con una industria que saturaba el mercado con rapidez condujo al capital a canales más especulativos. Hoover vio estas prácticas tan poco aconsejables y, pese a que no las aprobaba, prefirió poner su mirada fuera de los Estados Unidos en lugar de analizar detenidamente qué estaba pasando debajo de tanta especulación. Aunque es cierto que, de haberlo hecho, no habría encontrado nada que no hubiera pasado antes—o que no volviera a pasar años después:

But it was plain that an increasing number of persons were coming to the conclusion—the conclusion that is the common denominator of all speculative episodes—that they were predestined by luck, an unbeatable system, divine favour, access to inside

---

<sup>84</sup> Se entiende por bien capital aquel bien que sea duradero y que sirva para producir otros bienes; es decir, un medio de producción. Lo opuesto a los bienes capitales serían los bienes fungibles o insumos.

information, or exceptional financial acumen to become rich without work. (Galbraith 13)

Durante su etapa como Secretario de Comercio, Hoover había respondido a la cuestión de la sobreproducción estadounidense con la sencilla contestación de vender en el exterior; y ante el problema de los ahorros acumulados e improductivos reaccionó con un mandato similar: invertir en el exterior. Su tesis de que la crisis comenzó fuera de Estados Unidos, de ser cierta, sería un bumerán: nadie había sido más activo que él en aumentar la presencia estadounidense en ese maremágnum de intereses dispares que son los mercados mundiales. Pero, como se apunta en Hofstadter, la concepción de que la salvación económica de América estaba al otro lado del océano, en los mercados extranjeros, descansaba una vez más sobre una idea errónea de la economía interior de su país (301). Hoover nunca reconoció cuán débil era el poder adquisitivo del pueblo estadounidense en comparación con las fuerzas de producción que habían sido creadas. La idea de fondo era esta cuando en *The Challenge to Liberty* (1934) negó airadamente que hubiera una mala distribución de la riqueza o que, de haberla, fuese verdaderamente relevante en el conjunto poblacional de los Estados Unidos:

That some individuals receive too little and some receive too much for the services they perform is a certainty. The contrast between poverty in a hard-working, thrifty home and the perverse extravagance of the wilful [sic] drones is a blot. ... There has been spread a vast amount of misinformation upon the whole subject of diffusion of income and wealth. That is the natural method of those who are anxious to destroy liberty. A competent study will show that over 90 per cent of the national income goes to persons receiving less than \$10,000 per annum income and over 97 per cent to persons receiving less than \$50,000 annually. These individuals in the higher brackets pay from 30 to 60 per cent of their income away in taxes. A study of the distribution of national wealth shows that about 74 per cent belongs to persons of less than \$10,000 per annum income and 89 per cent to persons receiving less than \$50,000 annual income. (Hoover, *Challenge* 181)

Los tramos de renta escogidos para esta ilustración (10.000 y 50.000 dólares al año) son lo bastante amplios como para poder ocultar cualquier hecho relevante sobre la distribución de ésta y el poder adquisitivo. El estudio de la Brookings Institution *America's Capacity to Consume*, publicado prácticamente a la par que *The Challenge to Liberty*, mostró que las 631.000 familias más ricas del país tenían una renta total anual considerablemente mayor que aquellos 16.000.000 de familias que ocupaban la parte más baja de la pirámide (Hofstadter, 301). Una conclusión del estudio es que había una cantidad considerable de norteamericanos que con sus ingresos no podrían satisfacer necesidades básicas. Obviamente, ante situaciones así, hubiera sido aconsejable alguna medida por parte del gobierno que contribuyese a atenuarlas, pero la aproximación del

ideario de Hoover a la Gran Depresión era inflexible en estas cuestiones, y esto se puede apreciar en dos políticas cruciales: su receta para los problemas en la agricultura y su actitud hacia las ayudas federales. En la primera instancia se vio atrapado en un error de cálculo causado por un optimismo inapropiado para la situación; en la segunda, por su lealtad inquebrantable al folklore americano de la autoayuda.

La política agraria del presidente fue expresada en la Agricultural Marketing Act de 1929, que estableció la Federal Farm Board. Durante los períodos de superabundancia, el Consejo “entraría” en el mercado y compraría el superávit de cultivos, manteniendo así los precios hasta que el mercado regresara a cauces normales<sup>85</sup>. Se dio por sentado—algo muy típico en Hoover, como se ha observado previamente—que cualquier sobreproducción que pudiera ocurrir sería ocasional y no crónica y que, por lo tanto, la posición fundamental de la agricultura americana era la correcta. Esta suposición no tenía sustento en la realidad, especialmente el hecho de pensar que la sobreproducción era una contingencia puntual y no el sostén de todo el sistema económico americano. La agricultura norteamericana desde la Primera Guerra Mundial había superado con creces la suma total de todo su mercado, tanto interior como exterior, debido en parte a que había nuevos competidores en todo el mundo (URSS, China, las colonias de otros países en el continente africano, etcétera), nuevas *fichas en el tablero*—Hoover era consciente de ello, como ya se ha señalado; pero también debido a que la posición de Estados Unidos respecto al resto del mundo había cambiado de país deudor a país acreedor, lo que hacía que otros países tuvieran problemas para importar bienes de manufactura estadounidense. El resultado de las políticas de Hoover, concretamente de la Agricultural Marketing Act de 1929, fue que el gobierno atestó sus almacenes de enormes reservas de trigo y algodón invendibles y perecederos. El superávit no vendido de cada año en los almacenes del gobierno lastraba fuertemente el mercado del año siguiente hasta desastrosos nuevos mínimos. Como se detalla en Hofstadter, finalmente, en 1932, la Cotton Corporation empezó a solicitar a los agricultores producir menos algodón (302). Esta escasez inducida y coordinada que en la administración Hoover se intentó en vano por medio de acción voluntaria, se consiguió en la administración Roosevelt mediante fuertes incentivos o, directamente, por obligación—una medida que a ojos de Hoover resultaría un atentado contra la libertad, obviamente. La clave no está en debatir si era cierto o no que la regulación de los cultivos era una transgresión del sagrado principio fundacional estadounidense que es la libertad; la clave es más profunda: es dilucidar si en un sistema que circunscribe la libertad principalmente al ámbito económico es posible siquiera que tal principio exista. En tanto que una persona, una

---

<sup>85</sup> En Hoffman y Libecap: “This activity was consistent with the dismantling of wartime programs because it relied upon private cooperative organizations to address the problem of falling agricultural prices. The emphasis on cooperatives led to the passage of the Capper-Volstead Act in 1922, the Cooperative Marketing Act of 1926, and the Agricultural Marketing Act of 1929. The alternative was direct intervention by the federal government to limit supplies on the domestic market in order to raise prices” (398).

cantidad importante de la población como fue el caso en los años 30, sea esclava de la agonía de no poder ver satisfechas las más fundamentales necesidades—esto es, vivienda, comida, educación y atención médica—la libertad queda sometida a la tiranía de lo inmediato.

Más que muchas otras cosas, la actitud de Hoover hacia las ayudas económicas en tiempos duros fue lo que le dio forma a una imagen suya que todavía permanece en el imaginario popular. A pesar de las circunstancias que atravesaba el país, su punto de vista fue inamovible tanto en el tema de las ayudas como en casi cualquier otro. Cuando hablaba de éstas en público, lo hacía de manera general, en el ámbito de la teoría política o económica, no en términos de moral o necesidades humanas. Creía firmemente que las ayudas eran trabajo de “the voluntary agencies of the country together with the local and state governments” (Hoover, *Memoirs* 56). Dejó claras sus razones para que el gobierno federal no interviniera en las ayudas en febrero de 1931:

The moment responsibilities of any community, particularly in economic and social questions, are shifted from any part of the Nation to Washington, then that community has subjected itself to a remote bureaucracy with its minimum of understanding and of sympathy. It has lost a large part of its voice and its control of its own destiny. (Hoover, *Public Papers* 109)

La cuidadosa elaboración de este discurso, con un sesgo histórico tan claro en lo relativo a la nación estadounidense es digna de reconocimiento. La alusión a la comunidad sometida a una “burocracia remota” lleva al oyente al período inmediatamente anterior a la Guerra de la Independencia estadounidense. La valía de esta afirmación como una declaración de intenciones o como los hilvanes de toda una teoría política subyacente es indudable. Según señala Hofstadter, las tesorerías de los gobiernos locales estaban prácticamente a cero (303), de manera que eran del todo incapaces de afrontar la carga que suponía adoptar las medidas necesarias en aquel momento de crisis. Hoover sí prometió que, si el momento llegaba (muy probablemente pensaba que ese momento no llegaría), si las agencias locales fallaban, el gobierno federal tomaría las riendas de la situación:

I will accredit to those who advocate Federal charity a natural anxiety for the people of their States. I am willing to pledge myself that if the time should ever come that the voluntary agencies of the country, together with the local and State governments, are unable to find resources with which to prevent hunger and suffering in my country, I will ask the aid of every resource of the Federal Government because I would no more see starvation amongst our countrymen than would any Senator or Congressman. I have the faith in the American People that such a day will not come. (Hoover, *Public Papers* 90)

Pero durante el mandato de Hoover no se llegó a implementar ninguna medida de alivio a nivel federal, ya que las consideraba ineficaces y hasta moralmente censurables: “I am opposed

to any direct or indirect Government dole. The breakdown and increased unemployment in Europe is due in part to such practices” (Hoover, *Public Papers* 589), dijo el presidente con firmeza el 8 de diciembre de 1931. Es de notar la elección de palabras—“charity”, “dole”—como si las ayudas gubernamentales para un pueblo al borde del abismo fueran algo negativo, algo merecedor de desprecio. También es de notar cómo seguía negándose a ver la situación estadounidense de una manera que no fuera sino como consecuencia de la situación en Europa. Dedicar grandes partidas presupuestarias a atajar el creciente desempleo imposibilitaría una economía equilibrada, cosa que Hoover consideraba indispensable para restaurar la confianza, tanto a nivel interior como a nivel internacional.

La peculiar teología económica subyacente a la actitud de Hoover con respecto a las medidas de alivio destacó aún más tras las repercusiones políticas de las sequías que empezaron a hacer mella en las grandes llanuras en 1930 y que, en última instancia, acabarían ocasionando el *Dust Bowl*<sup>86</sup> unos años más tarde. En diciembre Hoover aprobó una apropiación del Congreso por valor de \$45.000.000 para salvar el ganado de los granjeros de Arkansas, pero se opuso a aprobar una partida presupuestaria adicional de \$25.000.000 para ayudar a los propios ganaderos y a sus familias, insistiendo en que era la Cruz Roja quien debía ocuparse de ellos, por ser una entidad privada y formada por personal voluntario. Finalmente, cuando el congreso consiguió sacar a votación una partida de \$20.000.000<sup>87</sup> se estipuló, para satisfacer los escrúpulos presidenciales, que el dinero sería enviado como préstamo, no como “regalo”. Apoyando la idea del préstamo, Hoover hizo hincapié en que dar dinero a fondo perdido:

It would have meant the destruction of the spirit of the Red Cross and it would have been the destruction of something even greater than voluntary service—it would have injured the spiritual responses of the American people. It would have been a step on the pathway of Government doles.

---

<sup>86</sup> No falta literatura ni obras de referencia sobre la catástrofe del *Dust Bowl* en los ya de por sí aciagos años 30. El libro de 1979 *Dust Bowl: The Southern Plains in the 1930s* de Donald Worster (Oxford UP) ofrece una visión bastante completa del fenómeno, tanto a nivel ecológico como humano. Cabe destacar que este acontecimiento no se debió completamente a causas naturales, como se podría deducir del hecho de que haya un factor climático como son las sequías en la ecuación: estudios de toda índole, como es el caso de la obra de Worster, señalan también la contribución de técnicas agrícolas inapropiadas como una de las causas del desastre. El factor humano es analizado también en el estudio de Cook, Miller y Seager titulado “Amplification of the North American ‘Dust Bowl’ drought through human-induced land degradation” (2009). *The Grapes of Wrath* (1939, Penguin), de John Steinbeck, es una de las uno de los textos literarios más estudiados con el *Dust Bowl* como hilo conductor. *Whose Names Are Unknown* (2004, Oklahoma UP) de Sanora Babb también emplea esta temática.

<sup>87</sup> Roger Lambert escribió sendos artículos detallando la situación en Arkansas y la actitud presidencial durante la sequía de Arkansas: “Hoover and the Red Cross in the Arkansas Drought of 1930” (1970) y “Hoover, the Red Cross and Food for the Hungry” (1979). En Siracusa y Coleman también se comenta la cuestión: “Hoover did consent to federal loans to buy seeds and tools for farmers stricken by the great drought in the Southwest’s Dust Bowl in 1931, but he balked at a proposal to feed the farmers and their families or to extend direct relief to the unemployed” (12).

In problems of this kind we are dealing with the intangibles of life and ideals. We are dealing also with the highest thing in our civilization, that is, the sense of personal responsibility of neighbor for neighbor, the spirit of charity and benevolence in the individual, the holding alight the lamp of voluntary action in American life. A voluntary deed by a man impressed with the sense of responsibility and brotherhood of man is infinitely more precious to our national ideals and national spirit than a thousandfold [sic] poured from the Treasury of the Government under the compulsion of law. (Hoover, *Public Papers* 207)

Semejante discurso, pronunciado desde el púlpito de una iglesia en formato de sermón, sería adecuado y hasta pertinente. Pero, habiendo familias enteras padeciendo hambre, habiendo regiones del país en una situación rayana en la crisis humanitaria, quizá hubiera sido de agradecer un mínimo de reflexión por parte de Hoover, antes de pronunciar estas palabras en calidad de presidente. Incluso para un pueblo que vivía inmerso en el mismo folklore ruralista—que sería fácilmente rastreable hasta el periodo prerrevolucionario—cada vez resultaba más complicado comprender la “mística” de Hoover. El presidente nunca había apelado con tanta vehemencia a lo espiritual, a lo casi metafísico, cuando se dirigía a los empresarios y hombres de negocios que se habían beneficiado de subsidios federales o de las sustanciosas rebajas fiscales habidas gracias al *Mellon Plan* (conocido formalmente como *Federal Revenue Act*, 1924). Y la idea de que los receptores de ayudas del gobierno estaban haciendo algo corrosivo tanto para el espíritu individual como para los más elevados ideales de la nación americana—no así con las ayudas de una entidad privada como la Cruz Roja—parecía demasiado antojadiza como para pretender que fuera tomada en serio. El resentimiento se agravaba a medida que Hoover ahondaba en sus ideas políticas poco meditadas. La debacle electoral de Hoover y del Partido Republicano a estas alturas era ya inevitable.

Tras el descrédito final de su faceta conservadora-utópica, Hoover asumió en su carrera post-presidencial el papel de profeta de la esperanza. Cuando perdió la carrera hacia la Casa Blanca a manos de esos temerarios y derrochadores que eran a ojos de Hoover los políticos del Partido Demócrata, se dedicó a aprovechar prácticamente cada ocasión que se presentaba para dar algún tipo de consejo o aviso. En su fervorosa obra *The Challenge to Liberty* (1934) y en una serie de discursos para convenciones del Partido Republicano predijo que la economía “planificada” que se presagiaba con el *New Deal* vendría, por necesidad, a destruir la libertad económica, siendo esta la base fundamental de cualquiera de las demás libertades; y que esa manipulación de la economía con “métodos socialistas” sólo traería una reacción de deriva de las clases medias hacia el fascismo<sup>88</sup>. Según el pensamiento de Hoover, sólo la libertad económica

---

<sup>88</sup> “The penetration of Socialist methods even to a partial degree will demoralize the economic system, the legislative bodies, and in fact the whole system of ordered Liberty. No people will for long permit

se puede erigir como la hipóstasis de todas las demás libertades. Teorizar de esa manera sobre el fascismo como resultado del socialismo y equiparable a éste en tanto que ambos coartan la libertad Hoover no sólo demuestra un conocimiento bastante deficiente sobre la geopolítica de su tiempo, sino que demuestra una lamentable ceguera hacia lo que ya estaba ocurriendo en los propios Estados Unidos, y que no había causado el *New Deal* precisamente. Ese modo de advertir a las clases medias de los peligros del fascismo parece nacer de la ignorancia de lo que ocurría en las fábricas de la Ford Motor Company, que funcionaban prácticamente como microestados de corte fascista<sup>89</sup>; o de lo que estaba ocurriendo en algunos de los estados que no habían sido azotados por el *Dust Bowl*, en los que ya en los años 30 se estaban cometiendo atrocidades dignas de campos de concentración con el consentimiento—y hasta con la ayuda—de las autoridades locales. En las diversas plantaciones de California, el estado que más migración interna recibió a causa del *Dust Bowl*, había una estructura agraria que requería la existencia de una ingente cantidad de mano de obra “nómada”, una mano de obra que sólo era necesaria durante un breve lapso de tiempo, y que, al no tener una residencia permanente, carecía de existencia a nivel burocrático y de todos los derechos que ello pueda otorgar, como sanidad, coberturas por desempleo, educación, etcétera. Se puede encontrar una descripción de esta situación en la colección de artículos “The Harvest Gypsies” (1936), de John Steinbeck, uno de los mejores y más experimentados narradores de los efectos del *Dust Bowl* que vio su época:

The unique nature of California agriculture requires that these migrants exist, and requires that they move about. Peaches and grapes, hops and cotton cannot be harvested by a resident population of laborers. For example, a large peach orchard which requires the work of 20 men the year round will need as many as 2,000 for the brief time of picking and packing. And if the migration of the 2,000 should not occur, if it should be delayed even a week, the crop will rot and be lost. (Steinbeck 20)

Al ser mano de obra irregular—en Steinbeck se la denomina “peon class”, en términos prácticos resultaba ser mano de obra semiesclava<sup>90</sup>. Los dueños de plantaciones y cultivos tenían por costumbre solicitar el doble de la mano de obra necesaria como reclamo para una afluencia

---

demoralization. In the United States the reaction from such chaos will not be more Socialism but will be toward Fascism. That inevitability is not only establishable [sic] from internal study of the forces in the United States but it has been the invariable turn in foreign countries where there is a considerable economic middle class. And this group is proportionately larger in the United States than in any other country in the world. The path of Socialism leads straight to its own downfall together with the pillars of Liberty.” (Hoover, *Challenge* 61).

<sup>89</sup> “An earlier and extreme example of the alignment of work with the organization is that of American icon Henry Ford and his company’s famous Sociological Department. Staff from the department, dubbed ‘social workers,’ were sent to the employees’ homes to make sure Ford’s workers were not ‘living in sin’, engaging in premarital sex, drinking, smoking or making purchases on installment plans. Employees were expected ... to prove they were adhering to Ford’s ‘Rules of Living’” (Lipton 76).

<sup>90</sup> La aplicación del prefijo semi- quizá sea una consideración demasiado generosa dadas las condiciones de vida a las que era sometida la mano de obra migrante en los cultivos californianos.

masiva de trabajadores, lo que hacía desplomarse los salarios. Los sueldos ínfimos y la necesidad de desplazarse de una parte a otra significaban que los trabajadores y sus familias habían de improvisar viviendas con lo que encontrasen (escombros, cajas, ramas) en asentamientos irregulares cercanos a los cultivos o en las márgenes de los ríos. Tales asentamientos no disponían de agua corriente ni saneamientos de ningún tipo, por lo que las enfermedades derivadas de las condiciones insalubres y la malnutrición eran la norma: tifus, escarlatina, tosferina, sarampión, cólera, disentería, parásitos de toda clase... En las grandes plantaciones, según Steinbeck, la administración de estos asentamientos estaba prácticamente militarizada para evitar disturbios, huelgas o manifestaciones:

The arrival of the migrant on such a ranch is something like this—he ... finds the ranch heavily policed by deputized employees. The will of the ranch owner, then, is law; for these deputies are always on hand, their guns conspicuous. A disagreement constitutes resisting an officer. A glance at the list of migrants shot during a single year in California for “resisting an officer” will give a fair idea of the casualness of these “officers” in shooting workers. (Steinbeck 35)

Mientras a Herbert Hoover le preocupaba que la ínfima planificación económica que supuso el *New Deal* (más a nivel paliativo de un daño que ya era prácticamente irreparable) significase una deriva “social-fascista” de la clase media estadounidense, una parte importante de la clase media *real* estadounidense se moría de hambre en las *hooverilles* californianas, era tiroteada a la discreción de capataces a sueldo de lobbies agrícolas—lobbies que, como explica Steinbeck, estaban dirigidos a la postre por las grandes entidades bancarias que habían adquirido latifundios a través de embargos—o sufría la represión de comandos parapoliciales dedicados al terrorismo anti-sindicalista. Una de las razones por las que se empezó a emplear preferentemente mano de obra estadounidense en las explotaciones agrícolas fue por la tendencia de la mano de obra inmigrante a organizarse de manera colectiva:

Recently, led by the example of the workers in Mexico the Mexicans in California have begun to organize. Their organization in Southern California has been met with vigilante terrorism and savagery unbelievable in a civilized state. Concerning these repressive activities of the large growers, a special commission’s report to the National Labor Board has this to say: “Fundamentally, much of the trouble with Mexican labor in the Imperial Valley lies in the natural desire of the workers to organize.” (Steinbeck 54)

Una vez más se puede ver cómo el individualismo americano del que Hoover se vanagloriaba, al que incluso dedicó un libro (*American Individualism*, 1922), es un constructo ideológico tan conveniente en términos económicos y sociológicos que hay que imponer, aunque sea por la fuerza, en detrimento de cualquier otra tendencia a la asociación. Esta es una de las

razones que explican la pervivencia del mito del *Self-Made Man*, su constante renovación y adaptación a los tiempos, su legión de adeptos y predicadores: es bueno para la sociedad en tanto que fomenta el progreso pero, dada su naturaleza individualista, no anima a la asociación. Algunos sectores de la economía industrial también mostraban preocupantes síntomas de deriva hacia métodos similares a aquellos que también se verían en la Alemania nazi antes de la puesta en marcha de ese plan económico “socialista” que, según Hoover, era el *New Deal*. Las fábricas de la Ford Motor Company se convirtieron en una suerte de híbridos a medio camino entre las plantaciones de esclavos del siglo XIX y las fábricas modernas que se construirían en los campos de concentración alemanes<sup>91</sup>, aderezado todo ello con un relato de fondo de masculinidad exacerbada, superioridades raciales y fomento de la competitividad agresiva entre trabajadores:

At the same time differences ripened among men in the style and pitch through which masculinity was to be expressed. ... Fighting became, for example, a big problem in the factory. But Henry professed to regard it with equanimity, adding that managers were encouraged to find disciplinary mechanisms that did not penalize the family by loss of a breadwinner and did not involve time away from work. Said to be set by scientific criteria, such rules nonetheless allowed for and sometimes encouraged the physical “letting off of steam”. (Esch 62)

Asimismo, en los criterios de admisión de trabajadores para la Ford Motor Company, se consideraba a la población afroamericana personas con discapacidad (Esch 59), se fomentaban las tensiones raciales o las tensiones entre las distintas nacionalidades europeas (Esch 63) o se descartaba de manera abierta y activa a las mujeres sin más motivo que el hecho de ser mujeres: “in no industry studied was there found such violent prejudice against employment of women [by employers] because of the mere fact that they were women” (Esch 62). Nada de esto preocupaba a Hoover, al Partido Republicano, ni al gobierno de los Estados Unidos por extensión tanto como la intervención de la economía para poner en marcha medidas de alivio que atajasen los estragos de la Gran Depresión.

Cuando los asuntos exteriores atrajeron las miradas políticas y quitaron el foco de las potenciales “transgresiones” hacia la libertad económica que los correligionarios del *New Deal* estarían dispuestos después a perpetrar, Hoover adoptó inicialmente la tan británica doctrina del “espléndido aislamiento”<sup>92</sup>. No obstante, tras el estallido de la guerra<sup>93</sup>, se replegó hacia una posición algo más equívoca. Hoover se dirigió a su gabinete respecto al conflicto hablando en

---

<sup>91</sup> Los supervisores en las fábricas de la Ford Motor Company no tenían problema usar el miedo o amenazar a los trabajadores con el uso de la fuerza para aumentar la producción, como se apunta en Esch.

<sup>92</sup> *Splendid isolation* hace referencia a una política diplomática británica adoptada en el siglo XIX, característica por sus reticencias a las alianzas permanentes o a las tomas claras de posición.

<sup>93</sup> Cabe recordar que las primeras agresiones alemanas, italianas y japonesas, como la invasión de Manchuria en 1931, tuvieron lugar durante la administración de Hoover.

términos de “inmoral”, “escandaloso”, etcétera; pero suavizó el discurso añadiendo que la invasión de Manchuria era una controversia que concernía principalmente a China y a Japón, que Japón no podía dominar a China, y que aun así, el bando japonés—teniendo en cuenta que Japón acabaría aliándose con el Tercer Reich—tenía algo de razón (Myers 157).

We can no longer endure these treaties and we must give notice that China has failed to establish the internal order these treaties contemplated. Half her area is Bolshevist and co-operating with Russia, the government of Manchuria is in the hands of a military adventurer who ignores the Chinese Government, and China makes no effort to assert her will. That territory in a state of anarchy is intolerable. (Myers 157)

La razón del alineamiento de Hoover con los aliados del Tercer Reich en aquel momento era fundamentalmente económica. Si China adoptaba un modelo económico más en la línea de aquél adoptado por Rusia, el comercio exterior estadounidense podría verse gravemente afectado. Hoover concluyó diciendo que el papel de los Estados Unidos en el conflicto habría de ser uno de cooperación con la Sociedad de Naciones, de conciliación y negociación, “but that is the limit. We will not go along on war or any of the sanctions either economic or military, for those are the roads to war” (Myers 159). En el momento en que se propusieron sanciones económicas, Hoover se opuso a ellas con vehemencia proponiendo en su lugar sanciones morales, es decir, rechazar el reconocimiento de los territorios anexionados con la invasión. En cualquier caso, y en defensa de Hoover, la reputación de cualquier estadista atrapado en el fuego cruzado de una crisis económica severa en el ámbito nacional y un conflicto bélico de carácter global casi siempre se va a ver seriamente perjudicada, independientemente de sus decisiones, puesto que prácticamente ninguna va a ser inocua ni perfecta y, por lo tanto, nunca va a estar exenta de crítica. De haber adoptado Hoover una posición más beligerante respecto a Japón, como se apunta en Hofstadter, sus críticos podrían haber argüido que pretendía usar las “fricciones”—por así decirlo—en el exterior para intentar desviar la atención de la crisis en los Estados Unidos. No obstante, si se da un paso atrás para intentar tener una visión más completa de todo el asunto, quizá se pudiera aventurar que las reticencias del entonces presidente para posicionarse de manera más clara y tomar partido fuese uno más de sus denodados intentos por mantener una posición de algún modo ventajosa en el comercio exterior. Hasta el ataque a Pearl Harbor (1941), Hoover no adoptaría una posición verdaderamente definida respecto al conflicto (Hofstadter 308), aunque semejante posicionamiento ya resultaba un tanto ocioso, puesto que para entonces ya hacía casi diez años que Hoover había perdido la presidencia.

En 1938 el expresidente emprendería un viaje que le llevaría a entrevistarse con diversos mandatarios y personalidades de diez países europeos. Adolf Hitler le concedió el dudoso privilegio de una entrevista de cuarenta minutos, después de la cual Hoover emitió un comunicado

reafirmando su creencia en la libertad y el gobierno democrático. Tras su llegada a los Estados Unidos, Hoover emprendió una campaña contra la intervención del país en Europa. La idea de una seguridad colectiva a escala global, ya fuera a través de la acción económica o militar, aseguró, estaba muerta (Hofstadter 305). Además, Hoover albergaba la convicción de que las agresiones del Eje irían dirigidas hacia otros países, nunca hacia Estados Unidos: “The face of Germany is turned more East than toward Western Europe. The face of Japan is turned west into Asia” (Hoover, *Further Addresses* 100). Incluso suponiendo que las democracias hubieran de alinearse contra los estados totalitarios, Estados Unidos debía mantenerse al margen de la guerra en Europa porque, de obrar en sentido contrario, podría convertirse “into practically a Fascist government” (Hoover, *Further Addresses* 89); de manera que lo más aconsejable era mantener la neutralidad: “If the world is to keep the peace, then we must keep the peace with dictatorships as well as with popular governments. The forms of government which other peoples pass through in working out their destinies are not of our business” (Hoover, *Addresses* 319). Para el expresidente el fascismo, como esa otra herejía del socialismo, acabarían cayendo por sí solos sin necesidad de intervención externa. A sus ojos, casi cualquier sistema distinto del estadounidense sofocaba el progreso intelectual, reprimía los espíritus de las personas y destruía la iniciativa y el emprendimiento, lo que en última instancia suprimiría cualquier otra ventaja que pudiera tener la economía planificada—si es que tal cosa era mínimamente plausible. Hoover pronunció en un discurso titulado “Foreign Policies for America” el 31 de marzo de 1938: “Even economic life cannot succeed where criticism has disappeared and where individual responsibility is constantly shirked for fear of the state. Even in Fascist countries liberal ideas are not dead and will not be downed” (Hoover, *Addresses* 324). Esta alocución fue emitida en un momento en el que lo peor del *Dust Bowl* aún no había pasado, pero el gobierno estadounidense ya se había puesto a sí mismo en evidencia a través de sus actitudes para con los grandes terratenientes. Los ensayos de Steinbeck “The Harvest Gypsies” ya habían sido publicados en 1936. Las historias de capataces y vigilantes militarizados ya habían sido expuestas. Las deportaciones masivas, el terrorismo anti-sindical, los crímenes contra la humanidad amparados por las autoridades... todo aquello ya había sido perpetrado. Y con todos esos hechos sobre la mesa, Hoover se atrevía a usar a los Estados Unidos como ejemplo de país en el que no se reprimían los espíritus del pueblo, en el que no se sofocaba el progreso intelectual y en el que no se destruía la iniciativa. Una economía que no era capaz de proporcionar una vida mínimamente digna a quienes cultivaban su alimento o a quienes movían su industria, que reprimía violentamente cualquier conato de organización de los desposeídos quizá, y sólo quizá, no gozaba de autoridad moral suficiente como para advertir de los peligros de la planificación económica frente a su concepción de la economía como una suma de responsabilidades individuales.

De este modo, Hoover instó a los estadounidenses a aferrarse a sus libertades tradicionales, algo que para él era un factor clave a la hora de revitalizar la democracia en el país, ya que, tras la firma de los Acuerdos de Múnich<sup>94</sup>, se podía ver al fin una paz duradera para Europa que serviría para consolidar las democracias ya existentes. El 28 de octubre de 1938 afirmó Hoover: “according to all public information there is more realistic hope of military peace for the next few years than there has been for some time” (Hoover, *Further Addresses* 93). Un año después, Europa entraría en Guerra.

Como ocurrió con otras contiendas anteriores, la Segunda Guerra Mundial contribuyó a aliviar los apuros económicos del país, aunque el sector agrícola, azotado al mismo tiempo por la crisis económica y la climatología, necesitaría bastantes más años para recuperarse. De manera paralela, el mito del *Self-Made Man* también atravesó un período de perfil bajo durante esta difícil época ya que el choque de sus máximas contra la realidad material era demasiado obvio como para poder pasar inadvertido. La Gran Depresión y el *Dust Bowl* pusieron en evidencia las debilidades del mito del *Self-Made Man*, y lo hicieron de la manera más habitual, a través del sufrimiento de aquellos a quienes tradicionalmente se animaba a vivir por ese credo, al pueblo, a los hombres y mujeres que trataban de ganarse la vida con su trabajo. Una amarga ironía fue que aquellos con quienes la crisis económica se ensañó de la manera más impía fueron los agricultores, aquellos cuya manera de vivir recordaba a la América original, la de las colonias, aquella América agraria de gente sencilla y trabajadora, de granjeros como los que describió Crèvecoeur en su día. O, en palabras de John Steinbeck: “They are small farmers who have lost their farms, or farm hands who have lived with the family in the old American way. They are men who have worked hard on their own farms and have felt the pride of possessing and living in close touch with the land” (Steinbeck 22). A pesar de su trabajo duro acabarían viendo cómo sus tierras se convertían en polvo, cómo las mismas entidades financieras cuyos siniestros manejos habían llevado al país al borde del abismo aún tenían derecho a embargarles su único sustento. Pero, si algo ha caracterizado a la nación estadounidense a lo largo de los siglos, desde su nacimiento mismo, es su espíritu irreductible. Movidos por ese espíritu, esa masa de agricultores desposeídos

---

<sup>94</sup> Como se detalla en Siracusa y Coleman, los Acuerdos de Múnich surgieron de una reunión celebrada el 30 de septiembre de 1938 entre los gobiernos de Reino Unido, Italia, Francia y Alemania con el objetivo de solucionar la crisis de los Sudetes. Con mediación de Benito Mussolini y a petición de Hermann Göring, Arthur Neville Chamberlain, primer ministro británico, y su homólogo francés, Édouard Daladier, se aprobó la anexión de los Sudetes a Alemania. Aunque la región pertenecía a Checoslovaquia y su cesión a Alemania comprometía seriamente su existencia, la reunión no contó con ningún representante del país centroeuropeo. El criterio principal para autorizar la anexión fue que gran parte de sus habitantes eran germanoparlantes. Los gobiernos de Francia e Inglaterra se mostraron serviles con el alemán y consideraron esta reunión una revisión parcial del Tratado de Versalles, siendo el objetivo real de los Acuerdos complacer al Eje para evitar una guerra a toda costa (64), aunque ello supusiera sacrificar la existencia de Checoslovaquia. Este acontecimiento, junto con el bombardeo del distrito de Vinohrady (Praga) en 1945 por parte de Estados Unidos creyendo que se trataba de la ciudad alemana de Dresde, explica en gran medida la posterior adhesión de Checoslovaquia a los países del bloque soviético y al Pacto de Varsovia.

intentó huir del hambre emulando a aquellos hombres de la frontera en busca de tierras más fértiles en el oeste, de nuevas oportunidades. Al final del camino sólo les esperaba más hambre, maltrato, explotación, miseria y muerte. Y el gobierno, con un auténtico *Self-Made Man* como Herbert Hoover se veía a sí mismo, lejos de empatizar con aquellos que compartían las que fueran sus aspiraciones, ganarse la vida y alcanzar la prosperidad con el trabajo duro, no hizo sino abandonarlos a su suerte. El mismo Hoover que, no mucho tiempo atrás, aseguraba que lo que hacía grande a la sociedad estadounidense era que su individualismo, a diferencia de cualquier otro, abrazaba los elevados ideales de cuidar la realización del individuo mientras salvaguardaba la igualdad de oportunidades para que cualquiera pudiera alcanzar esa posición en la sociedad de la que su inteligencia, carácter y habilidad le hicieran digno (Hoover, *American Individualism* 9). En esa celebrada sociedad que, según Lincoln, permitía un nivel de movilidad tal que no había una clase permanente de trabajadores asalariados; en la que, según Hoover, no existían esos estratos congelados que son las clases sociales, una gran mayoría de la población se encontró con el hecho de que el sustento económico del país ya no es que contradijese las máximas del *Self-Made Man* repetidas a lo largo de siglos, es que *necesitaba* contradecirlas para poder funcionar. Muchas personas durante la Gran Depresión abrieron los ojos a una durísima realidad: la estructura socioeconómica del país estaba basada en mantener a una parte importante de su clase trabajadora por debajo del umbral de la pobreza. El *Self-Made Man* exitoso y próspero era una anomalía estadística, la excepción y no la regla; sombras proyectadas en la pared para distraer del mundo real. La supervivencia del mito a esta etapa histórica se debe, aparte de a la conveniencia ideológica, a la necesidad de creer en él por parte de la población. Los hechos son aburridos y tristes, la fe es el mejor motor: “Belief in the self-made man requires only an act of faith, and, as every Sunday School boy knows, faith is only the substance of things hoped for, the evidence of things not seen” (Wyllie 174). La negación y esperanza son partes casi indisolubles de la naturaleza humana. Rechazar que la realidad no depara sino años de trabajo duro sin más recompensa que la supervivencia, y abrazar la esperanza de que, en algún momento, se logrará la prosperidad como justa recompensa de ese trabajo, es otro factor clave para la perdurabilidad del mito del *Self-Made Man*.



## 9. Trescientos años de *Self-Made Men*: Reescribiendo a Franklin desde el postmodernismo

The country needs, and, unless I mistake its temper, the country demands bold, persistent experimentation. It is common sense to take a method and try it. If it fails, admit it frankly and try another. But, above all, try something. (Franklin Delano Roosevelt, citado en Pederson 311)

Pocas personalidades han representado mejor que Franklin Delano Roosevelt el temperamento popular norteamericano en un discurso tan bien articulado y tan agudo. En la era del *New Deal* el liderazgo reformista de la nación fue totalmente monopolizado por Roosevelt, cuyo paso por la política dejó al liberalismo económico estadounidense totalmente desmoralizado e impotente—si bien es cierto que este pensamiento económico ya había quedado ciertamente maltrecho tras la administración Hoover. Aunque Roosevelt se había formado políticamente en una filosofía económica y social bastante similar a la de Hoover, tuvo más éxito a la hora de crear la imagen de que el temperamento de ambas figuras políticas era prácticamente antitético. Cuando Hoover apelaba torpemente al abstracto emocional de “recuperar la confianza”, la nación reía con amargura. Cuando Roosevelt dijo: “So, first of all, let me assert my firm belief that the only thing we have to fear is fear itself—nameless, unreasoning, unjustified terror which paralyzes needed effort to convert retreat into advance” (MacGregor 163), aquello, en sentido estricto, se trataba de la misma idea fácil, abstracta e incierta de Hoover, pero la nación se emocionó. Algo que sí demostró Roosevelt fue que su capacidad para el crecimiento, para el cambio, era inmensa. A Hoover le faltó movimiento, a Roosevelt le faltó dirección. La flexibilidad constituyó a la vez su mayor fuerza y su mayor debilidad. Hoover había sido distante e indeterminado, un doctrinario que pensaba en función de principios sólidos y que se movía con cautela en el ambiente enrarecido de las clases dirigentes, inquieto en tiempos tranquilos, y pensativo en tiempos difíciles. De Roosevelt se dice que, por el contrario, sabía decir “my old friend” en once idiomas (Hofstadter 312). Hoover a menudo tenía problemas para transmitir a las masas qué estaba intentando hacer exactamente, en qué consistían sus planes; a Roosevelt no le suponía demasiado esfuerzo sugerir una línea política clara y vigorosa, aun cuando ésta ni siquiera existía. Durante su etapa presidencial la nación se enfrentaba a una situación completamente nueva (y desesperada) para la cual las políticas tradicionales, la filosofía comúnmente aceptada, ya no servían de guía. Una era convulsa en la que en muchos casos no se podía aspirar a más que superar pequeñas metas, poco a poco, día a día. El cortoplacismo era un mal necesario en el que era inevitable caer en alguna ocasión. Sólo un líder con un temperamento proclive a la experimentación podía hacer posible el *New Deal*.

En una de sus conferencias de prensa, Roosevelt se comparó a sí mismo con el *quarterback* de un equipo de fútbol americano. El *quarterback* sabe cuál será la próxima jugada, pero más allá de ella no puede hacer planes demasiado rígidos porque “future plays will depend on how the next one works” (Hofstadter, 327). Sirve muy bien como detalle de su esquema mental el hecho de que usase como fundamento para la metáfora un deporte en el que las decisiones en corto juegan un papel tan importante. El *New Deal* no debe entenderse como una sola línea política, un plan con la mirada puesta en el horizonte e imbuido de una profunda voluntad reformista. Fue una serie de improvisaciones, muchas adoptadas casi de repente, algunas contradictorias. La gran uniformidad y unidad residían en la estrategia política, no en la praxis económica.

Las reformas de Roosevelt fueron más allá de lo que cualquier legislación previa hubiera llegado antes. Tenían que atajar dos necesidades apremiantes: reorganizar el capitalismo americano de manera tal que se superase la crisis y que el sistema se mantuviera estable. También había que ponerle cerco al alarmante crecimiento de la rebelión espontánea en los años tempranos de la administración Roosevelt: organizaciones de ganaderos y trabajadores del campo, desempleados, movimientos ciudadanos, o huelgas generales en diversas ciudades. Que el primer objetivo era estabilizar el sistema para su propia protección se hizo patente en la National Recovery Act (NRA). Estaba diseñada para tomar el control de la economía (algo que Hoover ya temía en su momento) a través de acuerdos trilaterales entre gobierno, empresas y sindicatos. Estos acuerdos fijarían precios y salarios, y limitarían la competencia—ya muy limitada *per se* en los Estados Unidos, como se señaló en el capítulo anterior. Desde el principio, la NRA estuvo dominada por las grandes empresas, y sirvió a sus intereses:

Roosevelt pinned his main hopes for quick knockout victory over the depression on the National Industrial Recovery Act (NIRA), passed by Congress in June 1933. The idea, another example of the influence of the progressive era on the New Deal, derived from the War Industries Board of World War I that had been remarkably successful in obtaining business and governmental cooperation during that great emergency. Now, a new and equally great emergency seemed to require a similar mobilization. The National Recovery Administration ... undoubtedly constituted a departure from the *laissez-faire* attitudes of the past. (Siracusa y Coleman, 12)

A pesar de ser un conjunto de medidas de cooperación entre gobierno y corporaciones en el que las propias corporaciones industriales se beneficiaban de la estabilidad que proporcionaba el gobierno a través de cuotas de producción y cuantía salarial controlada, o los grandes terratenientes, para quienes las ayudas gubernamentales fluían en función de la extensión de tierra que poseyeran, el *New Deal* no estuvo exento de críticas. Los conservadores más acérrimos

consideraban que este tipo de planificación regional por parte del gobierno era socialismo. No obstante, este vasto experimento despertó el interés de la comunidad internacional porque el aparente equilibrio entre intervencionismo gubernamental y libre mercado estaba probando ser eficiente en términos productivos. La National Recovery Act constituyó así la columna vertebral del *New Deal*, siendo considerada por Roosevelt “the most important and far-reaching legislation ever enacted by the American Congress” (MacGregor, 180), “a supreme effort to stabilize for all time the many factors which make for the prosperity of the nation” (Hofstadter 329). En esencia, la National Recovery Act supuso la ejecución de la idea de muchos grandes empresarios de que la recuperación pasaba por la monopolización sistemática, mantener los precios altos y la producción controlada y a la baja. El consenso en la esfera empresarial no era completo, en Siracusa y Coleman se apunta que grandes industriales como Henry Ford tenían objeciones hacia estas “injerencias” gubernamentales (28), pero era, sin duda, un consenso lo suficiente amplio como para poder sacar adelante semejante paquete de reformas. Pese al entusiasmo con el que se recibió esta faceta planificadora del gobierno estadounidense, la realidad es que en términos generales lastró la recuperación debido al estancamiento salarial anteriormente mencionado.

A pesar de los denodados esfuerzos de Roosevelt, la nación se dividía persistentemente en izquierda y derecha, y la confusa posición del presidente se volvió cada vez más difícil de mantener. La presión de una izquierda organizada y potente se hacía patente, tanto que hasta el propio Roosevelt, en su afán planificador, estaba dando un giro casi izquierdista. Aunque no es menos cierto que ese giro también guardase cierta relación de causalidad con el comportamiento del ala más conservadora de la política y la economía estadounidense. Roosevelt se vio sorprendido—y hasta herido—por la manera en que las clases altas le dieron la espalda:

It has often been said that he betrayed his class; but if by his class one means the whole policy-making, power-wielding stratum, it would be just as true to say that his class betrayed him. (Hofstadter 330)

Cuando Roosevelt comenzó su mandato, la maquinaria económica de la nación, prácticamente sin excepciones, estaba atascada, casi rota, y la estructura política había entrado en una deriva de desintegración que discurría paralela al decrecimiento de la población para con ésta—un decrecimiento justificado, considerando el abandono sufrido durante la Gran Depresión y el *Dust Bowl*. La gente que aún tenía algo que perder estaba asustada y dispuesta a aceptar cualquier salida que les permitiese conservar alguna posesión; por otro lado, había una más que considerable cantidad de personas en una situación desesperada o rayana en lo inhumano. Durante la emergencia de la Gran Depresión, Roosevelt había tenido poderes prácticamente dictatoriales. No obstante, rectificó el rumbo económico y devolvió la vida política a su curso normal. El ostracismo al que fue sometido por su clase social fue, cuanto menos, injustificado. Aunque

adoptó muchas medidas innovadoras y arriesgadas, otrora impensables en el panorama económico estadounidense, no es menos cierto que evitó interrupciones serias de los intereses económicos de las élites. Por ejemplo, tuvo la oportunidad de resolver la crisis bancaria a través de la nacionalización, y en lugar de ello, siguió una política liberal lo bastante ortodoxa como para ganar la bendición del mismísimo Herbert Hoover. Sus políticas fundamentales habían sido diseñadas a partir de modelos de industria y agricultura proporcionados por grandes corporaciones y grupos empresariales. Obviamente, también adoptó medidas reformistas y de alivio para con los afectados por el *Dust Bowl*, pero fueron medidas de esa clase que cualquier conservador con una mínima noción de humanidad y con cierta visión a largo plazo hubiera aprobado, y que hasta habría considerado necesarias. Ciertamente, había cargado contra los acaparadores y los “cambistas<sup>95</sup>”, pero también había procurado identificarlos como una figura minoritaria entre los titanes empresariales. Después de todo, no fue Roosevelt, sino el terrible sufrimiento que trajo la Gran Depresión, la causa del descontento generalizado y el descreimiento hacia la política. Cualquier estadista versado en reconocer el sentir común sabría que en tiempos difíciles unas cuantas palabras contra los “malvados plutócratas” y sus nefarios intereses—sin ahondar más, sin dar nombres ni apellidos, como concepto abstracto—pueden obrar maravillas en la imagen de cara a la opinión pública.

Nada de lo que Roosevelt había hecho, ninguna de sus medidas, por sí solas o en su conjunto, le hacía merecedor del vituperio al que pronto fue sometido en la prensa conservadora o de las exageraciones que se difundieron sobre él en lo que en Hofstadter se denominan “hate-Roosevelt maniacs” (331). Sus medidas probaron ser efectivas (en términos generales y tras algunas rectificaciones), si bien es cierto que, como ocurrió durante la administración de Woodrow Wilson, hizo falta un conflicto bélico a escala global para sacar adelante la economía estadounidense. La maquinaria de la guerra requirió un vasto incremento en la producción, así como una conversión industrial para satisfacer dicho incremento. Como se apunta en Siracusa y Coleman:

Only then, under the lash of mobilization, did the huge unemployment of the Great Depression disappear, moving from eight million unemployed persons in 1940 to an increase of the civilian work force by nearly seven million in 1945. (Siracusa y Coleman 91)

Fue también durante la administración Roosevelt cuando se crearon agencias gubernamentales *ad-hoc*, como el War Resources Board/Office of Production Management para acondicionar la conversión de la industria civil en la industria para la guerra; la Office of War

---

<sup>95</sup> “The money changers have fled from their high seats in the temple of our civilization” (MacGregor 163). Entiéndase esta elección de palabras como una metáfora de los mercaderes a los que Jesucristo expulsó del templo en el pasaje bíblico.

Mobilization para asumir el control económico del esfuerzo bélico; o la Office of Scientific Research and Development para combinar el desarrollo científico con la maquinaria del exterminio. La producción industrial alcanzó prodigiosas cotas. La salida de producto hablaba por sí sola: la nación producía un total de 296.000 aeronaves y 5.400 navíos mercantes, además de las 71.000 embarcaciones de combate de dimensiones diversas: “The latter [naval craft] included, by 1945, 28 aircraft carriers, 70 escort carriers, 72 cruisers, 373 destroyers, 365 destroyer escorts, 240 submarines, and 23 battleships” (Siracusa y Coleman 91). Del mismo modo, para contener la inflación propia de los tiempos de guerra, los precios, los salarios y los alquileres quedaron bajo control de la Office of Price Administration en 1942. Para aquel momento, los precios ya habían subido un 25 %, pero aquella subida se contuvo desde entonces en adelante. Un sistema de racionamiento, relativamente llevadero en comparación con otros períodos de guerra pasados, controlaba los suministros de mercancías escasas como el azúcar, el café, la gasolina o los neumáticos. La agricultura prosperó con el estímulo bélico, y lo haría aún más con los altos precios de paridad<sup>96</sup> y las ayudas gubernamentales ya mencionadas. La producción industrial también alcanzó nuevos máximos a pesar del descenso en la disponibilidad de mano de obra, debido en parte a un uso sin precedentes de maquinaria y fertilizantes. Entre 1939 y 1945, la producción fabril se dobló, mientras que la producción agraria subió un 22 % (Siracusa y Coleman 91).

Durante el curso de la guerra, el trabajo, la mano de obra, era asignada por la War Manpower Commission. La National War Labor Relations Board, de entrada, preservó la paz industrial (como Hoover pretendiera en su momento) y mantuvo el número de huelgas por debajo de los rangos habituales. Aun así, 1943 presencié un aumento de las huelgas debido a que la mano de obra se sentía—aunque posiblemente fuera más que un sentimiento—exprimida por la inflación. La mayoría de las interrupciones laborales no se autorizaban, de modo que eran consideradas “wildcat strikes” (huelgas salvajes). Así, ante una huelga no autorizada, las autoridades obraban en consecuencia:

Unions were not wanted by employers, but they were more controllable—more stabilizing for the system than the wildcat strikes, the factory occupations of the rank and file. In the spring of 1937, a New York Times article carried the headline “Unauthorized Sit-Downs Fought by CIO<sup>97</sup> Unions”. The story read: “Strict orders have been issued to all organizers and representatives that they will be dismissed if they authorize any

---

<sup>96</sup> La doctrina de paridad se usaba en EE. UU. para justificar el control de los precios en la economía agraria. La presión política para implementar la paridad disminuyó durante las décadas de 1940 y 1950 a medida que subían los precios de las mercancías. Sin embargo, los programas del *New Deal* se mantuvieron durante cierto tiempo, regulando los precios en la economía agropecuaria (Bordo et al. 191).

<sup>97</sup> Congress of Industrial Organizations: federación sindical estadounidense y canadiense que agrupaba y organizaba a todos los sindicatos industriales.

stoppages of work without the consent of the international officers”. The Times quoted John L. Lewis, a dynamic leader of the CIO: “A CIO contract is adequate protection against sit-downs, lie-downs or any other kind of strike”. (Zinn 401)

En cualquier caso, y hablando en los términos de conjunto proporcionados en Siracusa y Coleman, el mundo laboral estaba funcionando “bien” a la luz de los números: “disruptions did not cause impair war productivity” (92). Es de notar, sin embargo, que habiendo una amenaza real de represión de las huelgas ya sea directa (vía fuerzas policiales) o indirecta (vía despidos u otras represalias laborales), asumir que la baja incidencia de fenómenos disruptivos del ciclo productivo es señal de que el mundo laboral se encuentra en buen funcionamiento quizá sea un tanto arriesgado, en el mejor de los casos, o más bien debido a una ceguera cómplice.

La Segunda Guerra Mundial, a pesar de todo, debilitó la normal militancia de la clase trabajadora conforme a cómo era en los años 30 porque la economía bélica creó millones de nuevos empleos con salarios inadecuados al coste de la vida, pero mucho mejores que aquellos de la Gran Depresión. El *New Deal* fue exitoso en la medida que incorporó a gran cantidad de personas desempleadas al mundo laboral, bajando el paro de trece a nueve millones (Zinn 402). Tras la Gran Depresión, parecía que de nuevo había esperanza para el hombre corriente de poder vivir de su trabajo y, quizá, hasta de amasar fortuna. Pero la guerra, además de ser un factor crucial en la creación de empleo, aportó algo más: desempolvó el patriotismo, el aglutinante que uniría personas de toda clase social y condición contra ese adversario al otro lado del mundo, contra los enemigos de la libertad, del estilo de vida americano, o de cualquier otredad conveniente que pudiera ser instrumentalizada a la discreción de unos intereses concretos. De esta manera, el mito del *Self-Made Man*, un concepto tan estadounidense como la Declaración de Independencia, resurgiría como ese clásico factor aglutinante—paradójicamente, dada su naturaleza individualista—tan antiguo como necesario. Pero, a pesar de todo, la clase trabajadora, la principal fuente de creyentes en el mito, seguía sufriendo apuros. El control de los salarios en desequilibrio con el coste de la vida evidenciaba que sus ingresos se estaban controlando con más voluntad y determinación que los precios, lo que dejaba la huelga como única alternativa. Incluso teniendo en cuenta que la mayoría de las huelgas no se autorizaban debido a pretextos coyunturales, “there were more strikes in 1944 than in any previous year in American history” (Zinn 403), lo que muestra claramente el dilema de la clase trabajadora estadounidense de la época: su principal voluntad era vivir de su trabajo, poder participar de la máxima tantas veces repetida de que la prosperidad es el justo fruto de la labor y la honradez en América. Sin embargo, el gobierno limitaba sus salarios sin mostrar la misma determinación con el precio de los bienes de consumo. El sistema respondía a sus necesidades, a la reclamación de sus legítimos derechos, con el silencio, el menoscabo o todo el rigor de la ley y la fuerza.

El gran pecado de Roosevelt, aquello que le hizo granjearse el odio de las élites económicas más conservadoras, fue, quizá, el hecho de poner algo de control gubernamental donde antes sólo había un dominio corporativo que no respondía ante nadie—y al que no se le obligaba a responder.

Para 1945, Estados Unidos se encontraba cerca de la victoria en el teatro bélico y la Gran Depresión ya no era sino poco más que un mal recuerdo. La agitación daba paso a una promesa tangible de paz para los años venideros, pero cumplirla no sería tarea fácil. Cuando Harry S. Truman asumió la presidencia tras la muerte de Roosevelt en 1945, estaba relativamente poco preparado para el cargo—y la nación estadounidense estaba igual de mal preparada para un nuevo presidente. Aun así, las circunstancias dictaron que Truman supervisara aquel período de extraordinaria transición. La victoria en Europa y en el Pacífico, la devolución de la economía de guerra a la economía convencional, el amanecer de la Guerra Fría, el comienzo de la era nuclear, la desmovilización masiva de las fuerzas armadas, la rápida incorporación de la tecnología a la vida diaria y a cada vez más dimensiones de la cotidianidad, los nuevos signos de abundancia en general fueron sólo algunos de los desafíos—y oportunidades—que América afrontaría en los años de la posguerra. Para bien o para mal (o para ambos, quizá), las decisiones que tomó Truman y las acciones que emprendió resonarían en la sociedad americana y su política durante las décadas que estaban por venir.

Cualquier gran guerra tiene efectos inmediatos tras su final. En el caso de la Segunda Guerra Mundial, el paradigma geopolítico y económico quedó reconfigurado a nivel global de un modo tan profundo que puede detectarse con facilidad incluso más de medio siglo más tarde. Cuando acaba la batalla, cuando el polvo se asienta, cuando el conflicto empieza a desvanecerse de los titulares de la prensa, sólo queda lo perdurable, lo que impactará en dominios espaciotemporales más amplios. Por ejemplo, la inversión en maquinaria militar viene unida de manera indisoluble al aumento de la investigación y el desarrollo tecnológico. Tómese como ejemplo el Proyecto Manhattan para el desarrollo de armamento nuclear. Cumplió con su cometido más inmediato, esto es, la bomba atómica, hallazgo de devastadores efectos para la raza humana. De manera colateral, también trajo las centrales nucleares, cuya implantación supuso prácticamente una revolución industrial en sí misma. Van Raemdonck y Diehl, en su estudio sobre el crecimiento económico posbélico, hacen notar que:

The theme of technological progress is echoed by many people. ... Obsolescent plants and industrial equipment may be destroyed and replaced by a more advanced and efficient industrial infrastructure. This in turn may lead to greater productivity after a war than before. ... Beyond the real capital improvements that are thought to emanate from war participation, other scholars emphasize advances in human capital. ... Improvements in

managerial and organizational skills have been borne out by recent experience. For example, the operations management/decisions sciences discipline has its origin in the Allied efforts made during World War II. (Van Raemdonck y Diehl 251)

Además, en el caso de una guerra en territorio extranjero y/o de corte imperialista, como fue el caso en la participación de Estados Unidos de la Segunda Guerra Mundial, el fin del enfrentamiento proporcionará al país vencedor nuevos territorios (con sus correspondientes recursos) y abrirá nuevas líneas de mercado, todo ello sin el inconveniente de tener que afrontar los mismos costes de reconstrucción que supondría una conflagración dentro de las fronteras del país. De esta forma, el fin de la Segunda Guerra Mundial trajo un crecimiento económico sin precedentes a Estados Unidos, iniciando lo que pasó a conocerse como la edad de oro del capitalismo. Como señalan Stephen A. Marglin y Juliet B. Schor en *The Golden Age of Capitalism* (1991), entre 1950 y 1975 tuvo lugar un período de prosperidad y expansión económica sin parangón. Las políticas de corte keynesiano<sup>98</sup> adoptadas por el gobierno estadounidense contribuyeron en gran medida a la estabilización de los mercados financieros y de los intereses en las relaciones de deuda. Dado el buen funcionamiento de la asociación entre gobierno e industria militar, las grandes corporaciones industriales no se opusieron a que dicha asociación continuase aun en tiempos de paz, por lo que Estados Unidos entró en una dinámica denominada “keynesianismo militar”, dinámica que contribuyó en gran medida a ese inusitado período de prosperidad que fue la mencionada Edad de Oro del capitalismo:

Military expenditures are used as a countercyclical fiscal tool to regulate unemployment within organized labor and the rate of growth of monopoly profits and not directly to offset aggregate economic stagnation. Contemporary American capitalism is dualistic; monopoly capital unequally competes alongside competitive capital. (Griffin et al. 146)

De este modo, el gobierno intervendrá en la economía sólo en los términos en que resulte conveniente, es decir, en la industria militar que contribuya a consolidar su posición predominante en la política global; mientras que se deja al resto de industrias, a aquellas de menor calado, a merced del supuestamente “libre” mercado, en una competencia manifiestamente desigual. Por lo tanto, en ese crecimiento desbocado propiciado por el mencionado keynesianismo militar, la

---

<sup>98</sup> John Maynard Keynes, en *General Theory of Employment, Interest and Money* (1936) desarrolló el modelo que le daría forma a la macroeconomía moderna: “The *General Theory* argued that the volume of output and employment depends on effective demand, and that without activist, stabilizing fiscal and monetary policy a monetary economy might not return to full employment after a shock. Keynes thus challenged those economists who, appealing to some version of Say’s Law that the value of aggregate excess supply is zero, held that market forces would return the economy to full employment unless interfered with by destabilizing government intervention” (Glasner 356). Las teorías keynesianas fueron elaboradas en más profundidad por Abba Lerner en 1941 en lo que se denominó la política “Functional Finance”, en la que el gobierno, en teoría, podría intervenir en las relaciones de deuda para mantener la estabilidad económica (Glasner 258).

economía estadounidense estaba, conscientemente o no, *dividiéndose* en dos esferas: la esfera de los monopolios industriales blindados por el gobierno de la nación, la de los titanes empresariales que gobernaban con un poder absoluto e indiscutible. Al igual que los titanes de la mitología griega en su legendaria edad de oro, el devenir de todas las cosas estaba en sus manos. En la otra esfera estaba el resto de la economía. En encarnizada lucha, sin la protección gubernamental, en constante competencia por llegar a una cima que en realidad era inalcanzable, porque ambas esferas eran—son—estancas y coexisten de manera paralela. Sin embargo, el predicamento del libre mercado y la igualdad de oportunidades seguían siendo el discurso oficial. Teniendo esto presente, considérese el escenario que quedó en ese cuarto de siglo de la edad de oro del capitalismo: un estamento superior plutocrático controlando la socioeconomía del país, y además protegido por el gobierno. En ese estamento, la cuestión no radicaba en *llegar*, en alcanzarlo, sino en *pertenecer*. Esa pertenencia no se ganaba, no se luchaba por ella, no se trabajaba por ella. Estar en ese estamento, la razón última de la pertenencia, siempre había sido una pregunta incómoda que normalmente se evitaba formular. En el otro estamento estaba el grueso de la población: la masa productiva que le daba el valor auténtico a la economía. Pertenecer a esa clase tampoco era algo que se pudiera elegir. A pesar de ese momento económico de crecimiento nunca visto, a pesar de ese cuarto de siglo de bonanza, la sociedad y la economía estadounidense seguían basándose en una clase permanente de trabajadores asalariados. Seguía sin haber cabida para el auténtico *Self-Made Man* en tanto que se coartaba la movilidad social. Empezar desde cero, como siempre, no era un punto concreto en términos absolutos. El “cero” de cada hombre, el punto de partida, era distinto en cada caso, y no era una cuestión de elección. En una carrera así, la vida y su devenir no son sino la suma de las decisiones que se *pueden* tomar en relación directa e indisoluble con las circunstancias materiales en las que cada persona nace. Asumir que, habiendo—por ejemplo—un sistema público de educación el hijo de un gran empresario y el hijo de un obrero industrial o de un agricultor tienen las mismas oportunidades en la vida, es una idea simplista que ha sido refutada no pocas veces a lo largo del tiempo. Asumir, en el caso concreto de los Estados Unidos, que cualquiera puede alcanzar la prosperidad empezando desde cero gracias al sistema de libertades y de igualdad que impera en la nación implica una percepción de la realidad miope, ilusoria o interesada. El mito del *Self-Made Man* en la mayoría de los casos no ha sido mucho más que una profecía autocumplida, una máxima en la que el éxito es más una excepción que la norma. La edad de oro del capitalismo, haciendo cada vez más evidente esa división entre aquellos que ya nacían elegidos para alcanzar la prosperidad y aquellos que nacían para luchar—muchas veces en vano—por conseguirla, contribuyó al resurgir del mito frankliniano en los albores de su tricentésimo aniversario.

Si se habla de una Edad de Oro del capitalismo, y si es necesario abstraerse del contexto internacional para centrarse únicamente en el contexto estadounidense, es inevitable que la propia semántica acabe conduciendo al corazón del capitalismo norteamericano—y, en ocasiones,

mundial: Wall Street y la ciudad de Nueva York. Si la economía capitalista a nivel global disfrutaba de un dulce momento, Wall Street también, hasta el punto de poder considerar, sin incurrir en exageración, que estaba experimentando una segunda edad de oro en su historia, un frenesí muy similar a aquél experimentado en la década de 1920. Aunque el crecimiento real en Estados Unidos fue moderado en comparación con el de otros países, las posibilidades del mercado bursátil podían ser igualmente provechosas:

Of course such Golden age took place at very different rates in different countries (fastest in Japan, slowest in the US and UK with continental European countries somewhere between). Growth was mainly centered on the domestic market. Although international trade grew rapidly, it began from a very low base, so that for individual countries (other than the very small ones) the domestic market dominated the overall growth of demand. Moreover, an increasing proportion of international trade took place between the advanced countries. Thus it was the internal market of the advanced countries as a group that provided the demand necessary to justify the investment. (Marglin y Schor 48)

Intentar aprehender todo el cambio sociopolítico ocurrido entre las décadas que quedaron comprendidas en el período de la Edad de Oro del capitalismo, y plasmarlo de manera rigurosa, sería una tarea que se materializaría en numerosos volúmenes de considerable grosor. Desde mediados de los cincuenta hasta finales de los sesenta, en aquella época conocida como los *long sixties*, la sociedad estadounidense—y su cultura, por ende—sufrieron cambios radicales en la percepción de convenciones tradicionales, como la familia, la sexualidad, etcétera. El mito del *Self-Made Man*, convención cuyo tradicionalismo desafía cualquier comparación, no estuvo exento de crítica en tanto que los *long sixties* fueron un momento álgido para los movimientos contraculturales (como el movimiento hippie o aquellos por los derechos civiles, por ejemplo, pero no únicamente) que rechazaban el materialismo y los modelos de éxito clásicos basados en dicho materialismo. La Guerra de Vietnam (1955–1975), la caída Richard Nixon en el Caso Watergate (1972) sirven de ejemplo para justificar esa oleada de descreimiento hacia los valores estadounidenses. De este modo, el mito del *Self-Made Man* volvió a adoptar el perfil bajo que ya había adoptado en otros momentos históricos como la Gran Depresión. No fue, sin embargo, un abandono total del mito, sino una revisión paralela a éste en función de los intereses culturales del momento. Steven Tipton, respecto a la cuestión del *Self-Made Man*, afirma en *Getting Saved from the Sixties* (1984): “Exploded by the sixties counterculture, the old economic myth of the self-made man is recast into the new consciousness myth of the self-made Self” (Tipton 217). Ese concepto del *self-made Self* tampoco puede decirse que sea totalmente nuevo: como ya se comentó en el capítulo sobre R.W. Emerson, su pensamiento ya deambulaba por los lares del hacerse a uno mismo en el más estricto de los sentidos, empezar en el *self*, esto es, no sólo alcanzar la prosperidad económica, sino en ser una persona consciente y segura, del funcionamiento de las

leyes humanas y naturales, una persona en comunión con la naturaleza, el mundo y consigo misma: “Nothing is at last sacred but the integrity of your own mind. Absolve you to yourself and you shall have the suffrage of the world” (Emerson 135). Esa búsqueda del *self* se tradujo en una gran prosperidad para el negocio de la autoayuda, que precisamente se nutría de la simplificación del pensamiento emersoniano. En términos académicos, el mito del *Self-Made Man* en los años sesenta se considera algo sólido, lo bastante para hacer estudios con aproximación diacrónica como *The Self-Made Man in America* (1954) de Irvin G. Wyllie o *Apostles of the Self-Made Man* (1965) de John G. Cawelti, utilizados ambos en este trabajo y en los que se habla del mito frankliniano como algo ya superado. Obviamente, el giro ultraconservador que darían la política y sociedad estadounidenses en los años ochenta, algo que, obviamente, los autores no pudieron prever en su día, traerán de nuevo una recuperación de los valores tradicionales, incluida una nueva revisión del mito del *Self-Made Man*.

No obstante, en términos culturales, hay un concepto que engloba de manera muy eficiente todo lo que estos cambios sociopolíticos supusieron: el postmodernismo. El postmodernismo, como aparece definido en el libro *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism* de Frederic Jameson, es “the internal and superstructural expression of a new whole way of American military and economic domination throughout the world: in this sense, as throughout class history, the underside of culture is blood, torture, death and terror” (Jameson 5). Por lo tanto, el postmodernismo sería la vertiente cultural, más o menos abstracta, del sistema económico vigente que algunos teóricos como Ernest Mandel<sup>99</sup> o el propio Frederic Jameson denominarían “capitalismo tardío” o “capitalismo avanzado”. Pero antes de manifestarse como una lógica cultural dominante el postmodernismo se fue desarrollando mediante lo que en algunos estudios como el de Elizabeth C. Hirschman se denomina *affluence* (opulencia, abundancia):

[The ideology of affluence] identified entrepreneurial achievement, the achievement of celebrity status via consumption. The ideology of affluence was found to promote the seeking of personal secular immortality through the cultural celebration of achievement, wealth, and the accumulation of possessions. (Hirschman 31)

Esa ideología de la abundancia que empezaría a impregnar el imaginario estadounidense es fácilmente rastreable hasta los propios años cincuenta, durante la administración de Dwight Eisenhower. En un ambiente de guerra interior y exterior de los Estados Unidos contra el comunismo en nombre de la libertad, el malestar entre la población era, en el peor de los casos— y siempre hablando en términos generales—moderado. A pesar de ello, como se asegura en

---

<sup>99</sup> El mayor desarrollo del concepto de “capitalismo tardío” se puede encontrar en el trabajo de Mandel *Late Capitalism* (1978).

Siracusa y Coleman, los años cincuenta fueron una era de impresionante prosperidad, especialmente para el 20 % de la esfera superior de la población (146). Y no sólo eso:

The swelling ranks of the American middle class were on the whole becoming content with their own way of life, perceived as an ideal blend of private initiative and government regulation, with provision for a limited program of social welfare. Not only people were becoming prosperous, but the fruits of wartime technology were now reaped by the general public in the form of supercars, superhighways, and inexpensive housing, mainly in the suburbs—the faceless dormitories of the middle class who commuted to the city to work. (Siracusa y Coleman 146)

Lo expuesto en Hirschman, esa llegada de la ideología de la afluencia, del consumismo acumulativo, y la situación descrita en Siracusa y Coleman, de una clase media creciente y ciertamente satisfecha con su estatus, pueden ser considerados a la luz del mito del *Self-Made Man*. El *Self-Made Man* superior, la culminación del mito, era alcanzar la prosperidad material, tal y como hiciera Benjamin Franklin en su momento. Y, ¿qué mejor manera de materializar dicha prosperidad que a través de la adquisición de mercancías, de bienes de consumo? Fue esta ideología de la afluencia, en parte, la que comenzó a distorsionar el mito hasta el más puro destilado que servirá de acompañamiento a esa fase tardía del capitalismo que empezaba a desarrollarse. En esta fase, las divisiones clasistas típicas empezaron a adoptar nuevos subtipos más allá de esa división en el trilema clase alta/clase media/clase baja.

Warner<sup>100</sup> described the American class system as follows: “at the top is an aristocracy of birth and wealth ... the so-called ‘old family class’ ... the families into which they were born can trace their lineage through many generations back to a generation marking the lowly beginnings out of which their Founder came. . . .” Those just below this upper-upper class were “the new families, the lower level of the Upper class, which came up through the new industries. . . . They are consciously aware that their money is too new and too recently earned to have the sacrosanct quality of wealth inherited from a long line of ancestors. . . . In the adjacent strata were “the members of the solid, highly respectable Upper-Middle class. . . . They aspire to the classes above and hope their good deeds, civic activities, and high moral principles will somehow be recognized . . . and that they will be invited by those above them into the intimacies of upper-class cliques and exclusive clubs. (Hirschman 33)

Esta es la división que se ofrece en Hirschman sobre lo que habría debajo del hiperónimo “clases altas”, ese 20 % más adinerado de la sociedad estadounidense anteriormente mencionado.

---

<sup>100</sup> En Hirschman se toma como una de las referencias el trabajo *Social Class in America*, de W. L. Warner, Marcia Meeker y Kenneth Eels (1949).

En el otro estrato, el del—por así decirlo—hombre común, la creencia en la obtención de prestigio social a través del esfuerzo, del mérito personal, del trabajo, “was largely restricted to the ideologies of the lower-upper and upper-middle classes” (Hirschman 33). Los miembros de las clases altas (sic *upper-upper*) ya no tenían margen de ascenso, y aquellos miembros salidos de los niveles expresados en términos de “hombre común” eran vistos, tanto por sí mismos como por sus superiores en el rango social, como gente con pocas oportunidades verdaderas de ascenso social. En este aspecto, las sociedades pueden cambiar de época, avanzar tecnológicamente, obrar maravillas impensables un siglo atrás, pero la igualdad de oportunidades siempre acaba reducida a un mero eslogan. Del mismo modo, es en estos estratos de la sociedad sin posibilidades reales de ascender donde el mito del *Self-Made Man* adquiere su mayor significancia al añadirle la ideología de la afluencia y el fetichismo de la mercancía<sup>101</sup>.

Con el auge imparable del capitalismo multinacional, el conjunto corporativo estadounidense, aquella esfera estanca que había gozado del apoyo sempiterno e incondicional de las distintas administraciones del gobierno estadounidense, empezó a tener la visión colectiva de que la economía planificada e intervenida era el gran enemigo y el obstáculo principal en el camino a la prosperidad (cabría preguntar hacia la prosperidad de quién), generando un rechazo hacia cualquier política económica que pudiera ser sospechosa de tener influencia keynesiana. Esto allanaría el camino para aplicar, de nuevo, políticas de *laissez-faire* en los mercados bursátiles. La segunda edad de oro de Wall Street había llegado.

En este maremágnum de esferas sociales estancas con sus subtipos, lucha por la abundancia, clases medias-altas, reales o aspiracionales, se sitúa el trabajo de Tom Wolfe, *The Bonfire of the Vanities*. La novela fue publicada inicialmente en la revista *Rolling Stone* en 27 entregas. La historia sigue un planteamiento novelesco, con ciertos tintes dramáticos en algunos aspectos y, en ocasiones, incluso satíricos, sobre la ambición, el racismo, las clases sociales, la política y la codicia en la ciudad de Nueva York de los años ochenta. Se centra en las historias, inicialmente inconexas entre sí, del adinerado corredor de bolsa Sherman McCoy, el abogado y asistente de fiscal Larry Kramer, el periodista Peter Fallow y el reverendo Reginald Bacon. Siendo una obra de ficción, *The Bonfire of the Vanities* mantiene en cierta medida el comentario social de obras previas de Wolfe<sup>102</sup>. De manera prácticamente unánime, la crítica considera este libro

---

<sup>101</sup> El fetichismo de la mercancía es el proceso mediante el cual los bienes, los objetos, las mercancías, reflejan las características sociales de dicho bien más allá de las características objetivas del propio producto. Es decir, los objetos están revestidos de un halo casi metafísico con el que, al poseerlos, al adquirirlos, trascienden de su uso, de sus características físicas y tangibles, de su naturaleza fungible, a ser una señal de estatus, de prestigio, de poder adquisitivo de su portador. Debo esta reflexión al ensayo de Francis Mulhern “Critical Considerations on the Fetishism of Commodities”, publicado en el volumen 17 de *ELH*, 2007, pp. 479–492.

<sup>102</sup> Véanse *The Electric Kool-Aid Acid Test* (1968), novela centrada en el nacimiento y desarrollo de la cultura hippie; o *The Right Stuff* (1979), novela basada en una ardua investigación sobre la preparación para formar parte del programa espacial estadounidense.

una de las novelas que mejor reflejan la idiosincrasia de ese microuniverso que constituye la ciudad de Nueva York, impregnada toda ella de una crítica aguda y cortante de la alta sociedad estadounidense durante los años de ese repliegue conservador que fue la administración Reagan, como se señala en *Depression to Cold War*:

After the presidencies of Richard Nixon, Gerald Ford, and Jimmy Carter, many Americans perceived the nation to be on a downward slide. Ronald Reagan came to office with the promise of putting America back on track. Hailed by many as a new “golden age”, the Reagan era thrived on nostalgia for simpler times. Reacting against big government as practiced by the Democrats and also against the Carter administration’s records, American voters in 1980 opted for Republican conservatism, led by an affable and personable former movie star, Ronald Reagan. His formula ... was “Reaganomics”, an easily explicable policy based on the theory of supply-side economics and cutting taxes to stimulate spending. (Siracusa y Coleman 245)

El título de la obra traslada al lector directamente al Renacimiento, al ritual en el que los católicos más acérrimos quemaban públicamente objetos considerados “vanidosos”, como libros seculares, espejos o ropajes innecesariamente extravagantes. La más famosa de estas hogueras de las vanidades ocurrió en Italia, bajo las órdenes del clérigo Savoranola. En la novela de Wolfe, la hoguera a la que se hace referencia en el título es una alegoría de la vida de placeres vanos de uno de los protagonistas (y de todos, cada uno a su manera), Sherman McCoy, y de cómo ésta se reduce a cenizas a raíz del escándalo mediático provocado por un accidente—atropello con fuga concretamente—ocurrido en el Bronx mientras viajaba con su amante, Maria Ruskin:

Maria shoved the Mercedes into first gear and squealed forward. The youth leaped to one side. The car was heading straight for the trash cans. Maria hit the brakes. Sherman was thrown against the dash. ... Maria threw the car into reverse. It shot backward. He glanced to his right. The skinny one... the skinny boy was standing there staring at him... pure fear on his delicate face... Maria shoved it into first gear again... ... Maria cut the wheel to the left, to keep from hitting the cans... The Skinny one standing right there... The rear end fishtailed... *thok!* ... The skinny boy was no longer standing. (Wolfe 93)

El accidente de McCoy sirve de hilo conductor para un viaje a través de la hipocresía mediática con respecto a las relaciones raciales y la lucha de clases del Nueva York de los ochenta. Si bien es cierto que en algunos momentos de la historia las deformidades de la sociedad retratada se exageran hasta alcanzar lo caricaturesco—una técnica de común uso y con propósitos narratológicos—también es pertinente destacar el hecho de que las grotescas realidades reflejadas en la novela eran un mal endémico en la Norteamérica urbanita de la década de los ochenta, un mal que, sin embargo, aún era una crisálida que estaba por eclosionar en los años venideros. Más

allá de un texto narrativo, *The Bonfire of the Vanities* capta de destacable manera el grado de desarrollo de esa ideología de la afluencia anteriormente mencionada en Hirschman y cómo afecta todo ello al *Self-Made Man* en una sociedad donde el fetichismo de la mercancía reina soberano y el éxito *necesariamente* ha de expresarse de forma material vía consumo. El *Self-Made Man* tiene el objetivo último de alcanzar la prosperidad mediante las consabidas virtudes personales. Pero la economía moderna cada vez deja menos espacio a la virtud para cedérselo a la productividad, al valor del hombre trabajador como mercancía valorada en función de la ganancia que pueda generar su adquisición:

Since Fromm<sup>103</sup>, the measurement of personality characteristics in order to select whom to employ has become a million-pound industry. Although he was writing before the replacement of manufacturing by a service economy, Fromm anticipated the dangers: ‘Skill and equipment for performing a given task are not sufficient; one must be able to “put one’s personality across” in competition with many others in order to have success ... a person is not concerned with his or her life happiness, but with becoming saleable ... the identity crisis of modern society is actually the crisis produced by the fact that its members have become selfless instruments, whose identity rests upon their participation in the corporations. (James 48)

Esta concepción del hombre presentándose prácticamente como una marca comercial queda reservada a esa esfera de la sociedad en la que la gente ha de ser contratada para obtener un empleo y ser compensada económicamente en función de su desempeño—desempeño que en cualquier caso siempre estará sujeto al criterio del empleador y no será un concepto cuantificable en términos absolutos. Así, la única manera de exteriorizar que ciertamente se ha logrado el éxito y, por ende, la prosperidad, es mediante la adquisición de ciertos bienes-fetichismo con las consabidas connotaciones de estatus que a ellos van asociadas. Este bien podría ser el ejemplo de uno de los personajes principales de *The Bonfire of the Vanities*, el asistente del Fiscal del Distrito Larry Kramer. Su apartamento, más que una vivienda digna, es un símbolo de estatus, un piso que responde a unas expectativas concretas respecto a la vivienda que “correspondería” a un hombre con su empleo:

But it cost them \$800 a month, rent-stabilized. If it hadn’t been for the rent-stabilization law, it would have cost probably \$1,500, which would be out of the question. And they had been happy to find it! My God, there were college graduates his age, thirty-two, all over New York who were dying to find an apartment like this, a 3<sup>1/2</sup>, with a view, in a town house, with high ceilings, rent-stabilized, in the West Seventies! (Wolfe 31)

---

<sup>103</sup> Erich Fromm. El libro al que se cita en el fragmento seleccionado de la obra de James es *The Sane Society* (Routledge, 1956).

En teoría, Larry Kramer posee, a sus treintaidós años de edad en el relato, todo lo que cabría esperar en un hombre exitoso: hogar, matrimonio, descendencia y un trabajo respetable. En términos sociológicos se le puede considerar una persona más que apta, completamente adaptada. Pero el sistema socioeconómico, la esfera de población en la que se desenvuelve, no le proporciona más opciones, le pone un límite a su realización, es decir, al desarrollo completo del que se supone que es todo su potencial en función a esa impronta de lo comúnmente aceptable y aceptado: estudiar, encontrar un trabajo, formar una familia, etcétera. He aquí que el individuo cae en la trampa del mito del *Self-Made Man* en la América del capitalismo avanzado: el credo que lleva más de tres siglos repitiéndose insta a cada uno a dar lo mejor de sí, a esforzarse, a abrirse camino hasta la cima, hasta la prosperidad, hasta la realización. Pero la esfera social en la que Larry Kramer tiene que desenvolverse ese desarrollo está limitado en tanto que el individuo desempeñe un rol y unas funciones determinadas. Es decir, la capacidad de elección no es abolida, como tampoco lo es la competencia entre individuos, pero el número de opciones elegibles es considerablemente reducido y siempre controlado. De este modo se puede seguir predicando en nombre de la libertad y las oportunidades, aunque la realidad sea diametralmente opuesta al mensaje del discurso. Larry Kramer se sabe preso en una maquinaria en la que él no representa más que el diente de un engranaje. Su iniciativa, su inventiva, su voluntad, etcétera, no tienen cabida en esa maquinaria. Él es perfectamente prescindible y reemplazable. Asumir esta realidad, aunque sea de modo inconsciente, conduce al individuo a la insatisfacción, al tedio, al, por así decirlo, “sentimiento de su sinsentido”. Por lo tanto trata de buscar un cometido, como dejarse llevar por el espectáculo mediático en torno al caso Lamb, en el que se retrataba una versión del joven muy distinta y adornada para darle más dramatismo al incidente; o bien buscar la satisfacción a través del consumo, ya sea de bienes o de personas. De ahí nace su adulterio en grado de tentativa—en realidad más fantasía que intento real—con una de los miembros del jurado, Shelly Thomas, su patético intento de impresionarla con una cena en un restaurante prohibitivamente caro con una preocupación de fondo por si el asunto trascendiera más allá de la mera ingesta de alimentos:

He [Kramer] kept shaking his head and smiling... even more significantly... In fact, he was embarrassed, although not over the fact that others had noticed how possessed with her he had been in the courtroom. Where to *go*—that was what he was embarrassed about. She didn't have an apartment, and of course there was no way in God's world he could take her to his ant colony. A hotel?—far too gross, and besides, how the hell could he afford it? Even a second-rate hotel was almost a hundred dollars a room. God only knew what this meal was going to cost. The menu had an artless hand-lettered look that set-off an alarm in Kramer's central nervous system: *money*. Somehow, he knew, based on very little experience, that this *faux*-casual shit spelled *money*. (Wolfe 284)

A pesar del aparente ensañamiento con el personaje de Larry Kramer, Wolfe reserva sus más feroces críticas contra aquellos más afortunados en términos económicos, los elegidos, los Amos del Universo<sup>104</sup> con sus extravagantes fiestas de alta sociedad, sus centros de mesa florales de miles de dólares la unidad (Wolfe 375) y su necesidad de utilizar una limusina con chófer para desplazarse seis manzanas (Wolfe 358). El reverendo Reginald Bacon, por su parte, da la impresión de estar ciertamente preocupado por la problemática del ciudadano afroamericano, por construir la guardería (Little Shepherd Day Care Center, Wolfe 149) y por muchos otros programas de bienestar social en Harlem. Sin embargo, la primera descripción que se ofrece de su persona no evoca precisamente la imagen de un filántropo, sino más bien la de un gánster:

His high-backed swivel chair was upholstered in a rich oxblood-colored leather. There wasn't a trace of emotion on his face. He was one of those thin, rawboned men who look powerful without being muscular. His receding black hair was combed straight back for about two inches before it broke into ruffles of small curls. He wore a black double-breasted suit with peaked lapels, a white shirt with a high starched spread collar, and a black necktie with broad white diagonal stripes. On his left wrist was a watch with enough gold to read a meter by. (Wolfe 150)

La hipocresía de la sociedad neoyorquina de la época que la novela intenta transmitir se muestra de manera más notable precisamente con el personaje de Bacon o con el alcalde de la ciudad de Nueva York. A pesar de sus respectivos discursos, no parece que a ninguno de los dos les preocupe la población a la que se deben si no es de manera puramente propagandística. Ambos se erigen como paladines del pueblo y voz de los silenciados, pero ambos usan sus respectivas posiciones en los bandos opuestos entre sí para un mismo fin: mantener su posición privilegiada, medrar. Aquellos que disfrutaban de la vida en esa hermética esfera dorada que los mantiene a una distancia prudente del pueblo llano: los ricos más ricos, como los McCoy, los Bavardage o los Ruskin son retratados a través los ojos de Peter Fallow como personajes extremadamente rapaces, codiciosos y superficiales. Intentan aislarse lo máximo posible de la injusticia y las desigualdades—tanto sociales como raciales—que plagan la ciudad. Muy pocos personajes de la obra de Wolfe están exentos de la mácula de la pretensión y la egolatría, y este énfasis en la hipocresía afila aún más, si cabe, el tono satírico de la novela. Como apunta Joshua J. Masters en su artículo “Race and the Infernal City in Tom Wolfe’s *Bonfire of the Vanities*”:

---

<sup>104</sup> Sherman McCoy se entiende a sí mismo, y a sus semejantes en lo que a clase social y poder refiere, en términos de *Masters of the Universe*. Este concepto se plantea desde el inicio mismo del relato: “The world was upside down. What was he, a Master of the Universe, doing down here on the floor, reduced to ransacking his brain for white lies to circumvent the sweet logic of his wife?” (Wolfe, 12).

*Bonfire* satirized every sector of New York society: the self-satisfied egotism and excess of the upper class, the maudlin envy of the bourgeoisie, the dogged but witless tenacity of the working class, and the brute animality of the so-called “underclass.” (Masters 2)

Otra marca de clase social usada en la novela es el lenguaje: El autor intenta reflejar del modo más fiel posible los diferentes discursos y registros entre los estratos sociales neoyorquinos, hasta el punto de recrear acentos regionales por escrito, como el de Maria Ruskin cuando habla de *Shuhmun* (Sherman); o los patrones de habla de otros colectivos, como los policías irlandeses, los judíos o los afroamericanos. Sin embargo, y siguiendo con los términos satirizados en *Bonfire of the Vanities*, otros autores como Liam Kennedy aseguran que la intención principal de Wolfe no es tanto el análisis de clases sociales en general—si bien es algo que no niega por evidente— como caricaturizar los estilos de vida de la clase media-alta en el Nueva York de los años 80 en particular:

He [Tom Wolfe] is less interested in class analysis, though, than in satirizing the lifestyles of what he views as an elite urban subculture, more popularly recognized as the “yuppies”. He depicts them as the shallow avatars of a postmodern culture of stylish materialism, caricature figures of narcissism, totemism, and vanity. It is this satirical critique of yuppie lifestyles which won Wolfe the widest praise for his novel. (Kennedy 6)

En lo concerniente al mito fundacional norteamericano del *Self-Made Man*, hay ciertos aspectos en la narrativa de Wolfe que no han de ser pasados por alto, especialmente en el caso de Sherman McCoy. McCoy pertenece a esa (no tan) nueva generación de hombres que no tienen reparo en arrogarse la pátina de persona trabajadora, ahorradora y sobria, convirtiendo la máxima frankliniana en mera impostura, algo que se volverá cada vez más frecuente en las sucesivas décadas. McCoy es un ejecutivo de Wall Street en un período de tiempo en el que el mercado de valores neoyorquino disfrutaba de una segunda edad de oro. Trabaja vendiendo bonos en la firma Pierce & Pierce y, en términos objetivos, Sherman posee todo lo que un hombre de su posición y recursos pudiera desear: procede de ese antiguo linaje conocido como los *Wasp* (*White, AngloSaxons Protestants*), tiene una considerable suma de dinero a su disposición, ha recibido una educación en Yale que no mucha gente podría permitirse, está casado y su matrimonio ha sido bendecido con una hija—Campbell—que en la novela es retratada casi como un ángel sin alas. Vive en un fastuoso apartamento en Park Avenue con coches de alta gama en el garaje y además tiene una amante, la ya mencionada Maria Ruskin. Sherman se ve a sí mismo como la élite, la élite de Nueva York, de América y prácticamente del mundo libre: un *Master of the Universe*. Como apunta Caroline Wintersgill en su estudio *Modernism, Decandence and the Rebirth of History in the New York Novel*, “McCoy thinks himself an inviolable Master of the Universe, but his empire is built upon sand, and one fatal mistake, compounded by a cross-current

of powerful political forces, leads to his downfall” (28). Alguien que lo tiene todo es, por lo tanto, alguien que tiene mucho que perder, y tal vez sea ese el motivo por el que Sherman McCoy es representado como una persona que participa de todos los prejuicios imaginables: étnicos, religiosos, sociales, económicos y de género, algo de lo que el autor nos hace partícipes desde el mismo comienzo de la novela:

All at once Sherman was aware of a figure approaching him on the sidewalk, in the wet black shadows of the town houses and the trees. Even from fifty feet away, in the darkness, he could tell. It was that deep worry that lives in the base of the skull of every resident of Park Avenue south of Ninety-Sixth Street—a black youth, tall, rangy, wearing white snickers. Now he was forty feet away, thirty-five. Sherman stared at him. Well, let him come! I’m not budging! It’s my territory! I’m not giving way for any street punks!

The black youth suddenly made a ninety-degree turn and cut straight across the street to the sidewalk on the other side. The feeble yellow of a sodium-vapor streetlight reflected for an instant on his face as he checked Sherman out. He had crossed over! What a stroke of luck! (Wolfe 17)

Sherman McCoy, vendedor estrella de Pierce & Pierce, *Master of the Universe*, no es capaz de lidiar con un encuentro casual en la calle con un afroamericano. Pero él puede poseer todo aquello en lo que se detenga su vista, ya sean cosas o personas. Y esto es debido a su creencia de ser un *Self-Made Man*, un hombre que ha peleado por conseguir todo lo que tiene y que ha conseguido llegar aún más lejos que su padre, John Campbell McCoy, el León de Dunning, Sponget & Leach, quien es presentado en el relato como un referente de los valores del pasado. En el citado estudio de Elizabeth Hirschman se hace notar que los autoproclamados *Self-Made Men* que alcanzan la prosperidad empezando “solamente” con una fortuna heredada y un apellido de renombre no son exclusivamente una ficción literaria como Sherman McCoy, sino una tendencia:

In discussing American class stratification, Warner made some cogent observations regarding its social dynamics as well. ... Warner noted that lineages of the upper-upper class originated from a founder, almost invariably a capitalist entrepreneur, who had made the family fortune and name and established its affluent style of consumption. As Warner ... noted, “It takes several generations for ... the family, its name, and its lineage ... to become identified in the public mind as being above ordinary mortals.” (Hirschman 34)

De obviar el hecho de que, a tenor de lo dicho sobre su linaje familiar, Sherman McCoy ya goza de una posición inicial ventajosa en la que de ningún modo podría hacer suyo aquel antiguo “from rags to riches”, su solo estilo de vida ya es una violación sistemática de las máximas propuestas trescientos años atrás por Franklin, aquellas de la vida sencilla basada en la humildad,

el ahorro, la sobriedad y la honradez. Sirva como ejemplo de ello la descripción que se ofrece de su apartamento en Park Avenue:

Christ! If his father ever found out how much he had paid for his apartment and how he had financed it, he'd have a stroke! Two million six hundred thousand dollars, with \$1,800,000 of it borrowed... \$21,000 a month in principal and interest with a million-dollar balloon payment due in two years...The Lion of Dunning Sponget would be appalled... and, worse than appalled, wounded... wounded at the thought of how his endlessly repeated lessons concerning duty, debt, ostentation, and proportion had whistled straight through his son's skull... (Wolfe 57)

¿Es John Campbell McCoy, León de Dunning Sponget, una figura que sirve de recordatorio de todos esos valores fundacionales norteamericanos que se han perdido en los tiempos modernos? Muy posiblemente. De hecho, las múltiples descripciones aportadas por Sherman respecto a su padre dejan entrever, más allá de toda duda, que El León, al menos a ojos de su hijo, parece ser el último hombre que podría llamarse “frankliniano” de los Estados Unidos:

Only recently had it dawned on him that back in 1948, when his parents had bought and renovated that house, they had been a mildly adventurous young couple, tackling what at the time was an old wreck in a down-at-the-heels block, keeping a stern eye on costs every step of the way, and taking pride in what a proper house they had created for a relatively modest amount. (Wolfe 58)

John Campbell McCoy, el hombre que hizo fortuna a base de trabajo duro, ahorro y sobriedad. El hombre que todos los días de su vida había tomado el metro para ir a trabajar (Wolfe, 56). El León. No obstante, siguiendo con la analogía del hombre frankliniano, hay un detalle diferencial digno de mención en la historia de Sherman McCoy que la distingue de la de su padre: él desanda el camino de la prosperidad, sus problemas legales le hacen descender “from riches to rags”: “sources close to Mr. McCoy, whose worth was \$8,000,000, said that a year of extraordinary legal expenses and entanglements has left him ‘barely able to pay the rent.’” (Wolfe 717). En el análisis de Joshua Masters, este giro drástico en el estilo de vida de Sherman puede deberse a un intento de Wolfe de redimir al menos a un personaje de la novela:

Despite Wolfe's satiric treatment of Sherman, ultimately we are asked to identify with him. After all, he is the only character who enjoys an authentic, genuine emotion in the entire novel, which we discover in his “fears and love” for his daughter, the innocent Campbell. Sherman is also the only character whose consciousness undergoes any sort of transformation or exhibits any signs of growth. He will eventually develop “the heart for this shit” ... His new status as “The Great White Defendant,” in fact, enhances his

understanding of the city, and like a prophet, he begins to see “the things of everyday life more clearly”. (Masters 15)

Teniendo esta idea de Masters en cuenta, no es osado aventurar que hasta en *The Bonfire of the Vanities* se sigue creyendo en la “salvación” del *Self-Made Man* pese a que, en este caso, se trate de un *Self-Made Man* autoproclamado y que poco tiene que ver ya con los ideales fundacionales del mito. Aunque, como se ha señalado anteriormente, no sólo la historia de Sherman McCoy (al menos en su mayor parte) está empapada de ese cinismo universal que contamina la práctica totalidad de la obra. Larry Kramer sigue empeñado por vivir por encima de sus posibilidades sólo para mantener esa farsa en la que es un hombre que ha llegado a lo más alto y es dueño de su destino. Wolfe ha hecho que dos de los personajes principales de la obra como son McCoy y Kramer vivan en un cuestionamiento sistemático de la vida que ellos mismos han construido para sí, aunque la naturaleza de dicho cuestionamiento es bien distinta: McCoy, cuando ve que todo su mundo se tambalea a raíz del caso Lamb, empieza a renegar de esa vida de lujos de la cual hasta entonces se enorgullecía sobremedida. Es un cuestionamiento que nace de la confrontación con las consecuencias de sus actos, de una permeabilidad inesperada entre su mundo de Amos del Universo y el mundo de la gente normal. Por su lado, Kramer se resiste a admitir que su ascenso en la vida tiene un límite, hecho que contradice todo el discurso dominante respecto a la igualdad de oportunidades. Además, tanto McCoy como Kramer—quizá este último en mayor grado—carecen totalmente de la madurez y disposición necesarias para asumir sus respectivos roles de cabeza de familia. Viven en una constante búsqueda de nuevas parejas con la leve diferencia de que en el caso de Sherman el adulterio es *de facto* y en el de Kramer no llega a materializarse. Y esto no deja de resultar ciertamente chocante, porque a ninguno de los dos sus actuales vidas les han sido impuestas por la necesidad o la miseria. Ambos han perseguido sus profesiones, ambos están casados con mujeres a las que ambos reconocen amar; sin embargo, tanto McCoy como Kramer son lo bastante inteligentes como para reconocer que, en el caso del primero, su idílica vida en Park Avenue, su implacable riqueza y el descontrolado gasto de la misma apenas consiguen enmascarar una vida vacía de contenido; en el caso del segundo, el desempeño de su labor al servicio de la ley—que no de la justicia—le convierte, en el mejor de los casos, en una herramienta del sistema que le somete a él y a los que son como él. Sin embargo, ni Sherman McCoy ni Larry Kramer tienen el coraje suficiente en ningún momento del relato para renunciar a sus respectivas vidas y hacer algo distinto, algo más honrado quizá. Porque el dinero de Sherman deriva de la especulación bursátil que, aunque no es un negocio ilegal, ha demostrado históricamente tener la capacidad de dañar profundamente la economía de la nación al completo y, además, de atraer a un tipo concreto de personas de muy dudosa moralidad; y Larry, en lo más profundo de su ser, es consciente de que en la realidad que le ha tocado vivir, ley y justicia no son conceptos sinónimos, que la primera se impone y la segunda se compra.

Llegado el momento, quizá en un penoso intento de retorcida redención, Larry Kramer prefiere seguir con un proceso judicial, usando las palabras de la novela, “viciado de nulidad<sup>105</sup>” por el simple hecho de que va a ser lo que mejor reputación le otorgue de cara al circo mediático conjurado por el periodista Peter Fallow.

Los comportamientos de Sherman McCoy y Larry Kramer, salvando las distancias obvias, son paralelos en tanto que ambos insisten en llevar una vida de derroche—cada uno a su manera—e intentan satisfacer la frustración de su ego con relaciones extramatrimoniales. Sus fracasos morales son fenómenos comunes a todas las clases sociales retratadas en la novela y, en un sentido más general, son tan solo el reflejo de una sociedad enferma de cobardía, apatía, avaricia y egoísmo. Observando esta enfermedad que aqueja a la sociedad estadounidense de finales del siglo XX con cierta perspectiva, es cabal albergar la idea de que esa ideología del individualismo en pos de la prosperidad material que se ha estado fomentando durante tres siglos a través del mito del *Self-Made Man* (en particular, pero no únicamente) haya cristalizado en una sociedad que lo instrumentaliza, dependiendo de las circunstancias, como una pose vacía de contenido o como un método de control de masas, teniendo presente la ya señalada conveniencia de resaltar la vertiente más individualista del mito.

Peter Fallow, el periodista alcohólico británico que sirve como hilo conductor entre los personajes principales de la novela, tampoco está exento de esta hipocresía endémica por el hecho de ser un expatriado del continente europeo. En un ejercicio de flagrante irresponsabilidad digna del más lacerante de los tabloides ingleses, distorsiona el caso Lamb para beneficiar a Vogel, al Reverendo Bacon, a sí mismo, y en última instancia, de un modo casi colateral, a la familia Lamb. Sus intenciones se hacen evidentes en el momento que llega a sus oídos la historia de boca de Al Vogel, cuando decide entrevistar al profesor del joven Henry Lamb:

“How do you think he would have fared as a college student?”

A sigh. “I don’t know. I can’t imagine what happens with these kids when they enter City College.”

“Well, Mr. Rifkind, can you tell me anything at *all* about Henry Lamb or his aptitude, anything at *all*?”

... “How was Henry Lamb’s reading comprehension?”

“I’d had to look it up. Not bad, if I had to guess.”

“Better than most? Or about average? Or what would you say?”

“Naturally—or I guess it’s natural—you’re used to levels of excellence and so forth. But these kids haven’t reached the level where it’s worth emphasizing the kind of comparisons

---

<sup>105</sup> El concepto “viciado de nulidad” aparece en la página 123 de la edición en español (*La Hoguera de las Vanidades*, Anagrama, 2013), traducida por Enrique Murillo. En el original se emplea el término “mistrial” (Wolfe 133).

you are talking about. ... But at Colonel Jacob Ruppert High School, an honor student is somebody who attends class, isn't disruptive, tries to learn, and does all right at reading and arithmetic."

"Well, let's use that standard. By that standard, is Henry Lamb an honor student?"

"By that standard, yes."

"Thank you very much, Mr. Rifkind." (Wolfe 240)

En esta sola muestra de diálogo de Fallow con el profesor de Lamb ya se puede adivinar perfectamente cuáles son las intenciones del periodista y el sesgo sensacionalista que pretende darle a la noticia. Efectivamente, Henry Lamb es un alumno brillante, pero lo es según los estándares de su instituto, estándares que son desoladoramente bajos. Dos capítulos después, Sherman McCoy se topa, de un modo puramente casual, con el artículo de Fallow:

HONOR STUDENT'S MOM:

COPS SIT ON HIT'N'RUN

... Fighting back tears, a Bronx widow told *The City Light* yesterday how her honor-student son was run down by a speeding luxury sedan—and accused police on the Bronx District Attorney's Office of sitting on the case. (Wolfe 261)

Este detalle pone de manifiesto que Peter Fallow, pese a ser quizá el personaje de más honrada profesión de todos los protagonistas de la obra, no vacila un solo momento a la hora de traicionar la integridad y la honestidad que supuestamente han de acompañar al oficio de informador. El caso de Henry Lamb llega a ser objeto de tal deformación, exageración y sesgo que el propio Henry Lamb real se desdobla en una segunda versión de sí mismo: el Henry Lamb conceptual. Ese desdoblamiento responde sorprendentemente bien al concepto de simulacro anticipado en 1978 por Jean Baudrillard en *Cultura y Simulacro*:

La metafísica entera desaparece. No más espejo del ser y de las apariencias, de lo real y de su concepto. No más coincidencia imaginaria: la verdadera dimensión de la simulación es la miniaturización genética. Lo real es producido a partir de células miniaturizadas, de matrices y de memorias, de modelos de encargo—y a partir de ahí puede ser reproducido un número infinito de veces. No posee entidad racional al no ponerse a prueba en proceso alguno, ideal o negativo. Ya no es más que algo operativo que ni siquiera es real puesto que nada imaginario lo envuelve. Es un hiperreal, el producto de una síntesis irradiante de modelos combinatorios en un hiperespacio sin atmósfera. (Baudrillard 11)

El Henry Lamb real desaparece porque su simulacro, un prometedor, noble y académicamente brillante adolescente afroamericano sacrificado a una despiadada sociedad supremacista blanca, resulta ser mucho más útil para los intereses de Bacon, Kramer, Weiss, y el

propio Fallow. La desaparición de Henry Lamb en favor de—por expresarlo en los términos de Baudrillard—su hiperreal es tal que el lector nunca llega a saber quién era realmente, cómo era, qué hacía la noche del atropello en aquel preciso lugar ni cuáles eran sus intenciones y las de su amigo para con Sherman McCoy y Maria Ruskin aquella fatídica noche. Todo queda, en palabras de Wallace Stevens, “en las intrincadas evasiones del según”<sup>106</sup>. Es digno de mención cómo, en la tierra de los hombres hechos a sí mismos, también ocurre que algunos hombres pueden verse hechos versiones de sí mismos en un guion escrito por manos ajenas. De esta manera, en *Bonfire of the Vanities*, Tom Wolfe muestra un retrato novelado de la Ciudad de Nueva York de los años ochenta, con agudas observaciones sobre la estructura socioeconómica del momento que reflejan los valores y pretensiones de las clases altas, medias y bajas. En dicho retrato, el espacio en el que se desenvuelven los protagonistas se revela como un personaje más que interactúa, y hasta determina, el devenir de sus historias: el Park Avenue de Sherman McCoy, el Olimpo para los *Masters of the Universe*, caricaturescamente idílico y exclusivo para hacer resaltar la sátira de los *yuppies*; el mundo de Larry Kramer, abarrotado, kafkiano, casi asfixiante; el Bronx, oscuro e implacable, donde las clases menos favorecidas contemplan al resto de Nueva York como “barbarians gathering at the gates of the city” (Kennedy 6). Y Peter Fallow, el periodista que, como si de un narrador subjetivo se tratara, se mueve entre los distintos mundos del relato, a veces incluso con la capacidad de “reescribirlos” a su voluntad. Más allá de la trama, las historias se encuentran en un punto en el que los personajes intentan, cada uno por sus medios, reformular su realidad material, ya sea mediante el uso y consumo de bienes y personas o bien mediante la simulación.

En el siglo XX, el tricentenario del mito del *Self-Made Man* trajo una versión renovada del hombre frankliniano, especialmente en aquellas facetas más susceptibles de ser aprovechadas ideológicamente y que más útiles resultan en una sociedad en la que conviene fomentar el individualismo, lo personal frente a lo colectivo, los factores diferenciales frente a las características comunes, la competición frente a la cooperación, la instrumentalización frente a la colaboración, la exhibición del éxito pretendido a través del consumo que la consecución de éste a través del ahorro, la frugalidad y el trabajo duro. De esta manera, la llegada del siglo XXI traerá a los *Self-Made Men* del capitalismo tardío, un mundo en el que el mito se acerca peligrosamente a una posible devaluación definitiva en tanto que se ha convertido en un simulacro, un bien de consumo más, en un disfraz resultadista que disimula—muchas veces en vano—los medios para conseguir ese fin que es el éxito y la prosperidad material. En esta última fase se invadirá la contemporaneidad, resaltando cómo el mito ha quedado reservado, más si cabe, para esa esfera

---

<sup>106</sup> “As it is, in the intricate evasions of as, / In things seen and unseen, created for nothingness, / The heavens, the hells, the worlds, the longed-for lands.” Wallace Stevens, en “An Ordinary Evening in New Haven”, 1950.

hermética habitada por los ejecutivos de Wall Street y las grandes élites empresariales, quienes consideran que heredar una fortuna familiar y hacerla crecer en lugar de dilapidarla de inmediato ya es motivo suficiente para considerarse auténticos hombres franklinianos que hicieron ese viaje “from rags to riches”. Por razones que se dilucidarán en la próxima sección, estas élites empresariales y financieras han conseguido entrar en el imaginario colectivo como los más fieles representantes contemporáneos del *Self-Made Man*.



## **10. *Self-Made Men* del capitalismo tardío: Benjamin Franklin como artículo de consumo**

I would tell you, plain and simple, that it's my pleasure to join up with the old world. Avant-garde, if you will. The twentieth-century werewolves of forgotten lore. The ones who saved us from corporate nihilism. (Sam Shepard en *The One Inside*, 78)

Con el auge del capitalismo multinacional, la visión colectiva en el conjunto corporativo de que la economía planificada e intervenida era el principal obstáculo en el camino a la prosperidad cobró fuerza. Esto trajo una era de rechazo generalizado a las políticas de corte keynesiano, sea cual fuere su naturaleza, que comenzó su fase embrionaria a mediados del siglo XX, cuando, a pesar del éxito económico del llamado “keynesianismo militar” (explicado en el capítulo anterior), las voces discordantes, aquellas favorables a la desregulación y al *laissez-faire* total, acabaron por imponerse. Finalmente, durante la administración Reagan (1981–1989), se llevó a cabo toda política anti-keynesiana que dicha administración fue capaz de sacar adelante:

In its two years, which ended just before the closing days of 1982, the 97<sup>th</sup> Congress implemented more tax changes than any other congress. During the first half of the two-year session, Congress under the lash of Reaganomics approved the largest tax cut in American history, an estimated \$750 billion over five years. Skillfully utilizing the wave of sympathy that followed an assassination attempt on his life in late March by John W. Hinckley, ... the president persuaded lawmakers to pass a 90 percent of his economic program. (Siracusa y Coleman 252)

De este modo, en la escuela de economía de Chicago se empezó a gestar un pensamiento económico que, partiendo del liberalismo clásico teorizado por Adam Smith, abogaba por una economía fundamentada en el libre mercado dentro de, eso sí, un régimen monetario estricto que determinaría un gobierno dado. La otra escuela económica más influyente dentro del marco del liberalismo es la austriaca, que no comparte con la de Chicago su visión sobre los regímenes monetarios controlados por el Estado, por ejemplo, por considerarlos una intervención gubernamental *de facto* en la economía y, por tanto, un obstáculo para la libertad económica verdadera. Los críticos de la escuela deploran sus heterodoxos métodos de análisis que, lejos de estar basados en estadísticas o cualquier otra prueba empírica, se fundamentan en el individualismo metodológico—principio analítico que reduce toda causalidad al individuo—y la reflexión lógica-inductiva:

The major cornerstones of Austrian economics are methodological individualism, methodological subjectivism and an emphasis on processes rather than on end states. ... Economics, to an Austrian economist, is the study of purposeful human action in its

broadest sense. Since only individuals act, the focus of study for the Austrian economist is always on the individual. (Henderson 60)

No sería osado asegurar que el marcado énfasis del liberalismo económico sobre la figura del individuo podría sacar todo el provecho posible a la figura mítica del *Self-Made Man* para adaptarlo, actualizarlo—una vez más—y usarlo a su discreción. En Estados Unidos, como se ha señalado anteriormente, la praxis económica difería en algunos aspectos de la doctrina austriaca. Uno de los grandes logros de la Escuela de Chicago es el monetarismo y la llamada “Teoría de las Expectativas Racionales” de John F. Muth, en la década de 1960. El monetarismo es un método de análisis que se encarga de estudiar los efectos del dinero a nivel macroeconómico, es decir, sobre los precios, la producción, el empleo, etcétera (Glasner 450). La teoría de las expectativas racionales, se apunta también en Glasner, sugiere que es posible hacer predicciones respecto al valor futuro de unas variables o activos económicos dados basadas en la observación de su comportamiento presente y pasado, y cuanta información sea posible reunir sobre éstos. Si se concluye que el comportamiento es razonablemente sistemático, se entiende que lo más probable es que el elemento observado se atenga a cierto patrón, y las predicciones formuladas, o expectativas, se tendrán por válidas en tanto que informadas. Estas teorías de la Escuela de Chicago serían afectuosamente acogidas en su momento por organismos de tanto calado como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, así como por los gobiernos del ya mencionado Ronald Reagan, Margaret Thatcher o Augusto Pinochet. La adopción de las teorías económicas salidas de la Escuela de Chicago por gran parte del mundo occidental, sumada al fenómeno creciente de las corporaciones multinacionales en la economía global explica, en gran medida, los cambios no sólo económicos, sino también culturales y sociales de los que el mundo sería testigo en los años que estaban por venir.

La existencia de un régimen económico que opere prácticamente a nivel global puede tener sus ventajas, pero indudablemente también tiene sus inconvenientes. Cuando un factor falla se produce una reacción en cadena cuyas ramificaciones se extienden de manera inexorable hasta provocar una crisis sistémica, comprometiendo el funcionamiento de la totalidad del sistema. Por muy dramáticos que puedan parecer los efectos a gran escala de una crisis—y lo son, como ha quedado demostrado tantas veces a lo largo de la historia, para la mayoría de la población—siempre hay personas, asociaciones, entidades o corporaciones capaces de extraer beneficios de tan negativas circunstancias. En ocasiones, las circunstancias negativas no hacen sino maximizar dichos beneficios, y es que el último tercio del siglo XX fue una época dorada para la especulación financiera. La cálida acogida que EE. UU., en un momento que ostentaba la posición de ser prácticamente la primera potencia mundial, le brindó al neoliberalismo, trajo un período de muy escasa injerencia del gobierno en los asuntos económicos y financieros de Wall Street, lo que facilitó un sobredimensionamiento de las operaciones bursátiles, tanto en su calado como en su

cuantía económica. Se alcanzó un punto en el que se estaba comerciando con dinero inexistente, dinero que simplemente estaba basado en estimaciones sobre intereses en relaciones de deuda. Finalmente, el 19 de octubre de 1987 tuvo lugar el llamado *Black Monday*. Los mercados bursátiles de todo el mundo experimentaron una caída repentina que prácticamente colapsó la economía mundial. La onda expansiva del desplome dio la vuelta al mundo siguiendo los husos horarios y coincidiendo con las aperturas de las distintas bolsas hasta llegar a Japón al día siguiente (Schaede 42). Semejante caída bursátil sólo tenía un precedente similar en términos históricos, el *crack* de 1929:

On Monday, 19 October 1987, the Dow Jones Industrial Average (DJIA) dropped 508 points, or 22.6 percent. From the close of trading on Tuesday, 13 October (*four trading days*), the DJIA fell 769 points, or 31 percent, representing a drop ... of some \$1 trillion. Only the 12.8 percent drop in the Dow on 28 October 1929, and the fall of 11.7 percent on the following day, which together constituted the crash of 1929, have approached the October 1987 decline in magnitude. (Glasner 656)

A raíz del *Black Monday*, se apunta en Glasner, el gobierno federal decidió tomar ciertas medidas, como animar a los bancos a seguir prestándose dinero entre sí como llevaban haciendo hasta entonces. La caída de la bolsa se interpretó como un retorno lógico a los cauces normales de unos precios que eran “incredibly high by usual standards” (Glasner 657). Lo que no se investigó, o no se explicó de manera oficial, fue qué llevó a los precios a esos niveles tan increíblemente altos. Ya en 1988 se aprobaron protocolos de compensación para dar uniformidad a los valores más destacados de los mercados: el hecho de que los bancos siguieran con sus operaciones como habían hecho hasta el *Black Monday* ocasionaría pérdidas al propio sistema bancario, pero la medida estaba pensada más en términos simbólicos que económicos: había que demostrar que los grandes titanes bancarios y empresariales aún manejaban el timón con mano firme y tenían la capacidad de lidiar con las circunstancias adversas para sobreponerse a las fluctuaciones del mercado financiero. También se elaboraron una serie de reglas (conocidas como *circuit breakers* o cortafuegos) que permitieran detener el comercio de manera temporal en casos excepcionales como caídas severas y repentinas de precios, con el fin de permitir a los inversores tomar decisiones debidamente informadas y meditadas en períodos de inestabilidad bursátil. Por ejemplo, una caída del 7 % en los valores pondría en marcha el cortafuego de nivel 1 y detendría las transacciones quince minutos. Una caída del 20 % activaría el cortafuego de nivel 3 y detendría las transacciones el resto de la jornada (Glasner 657).

El liberalismo, el auge del capitalismo multinacional y, en última instancia, la edad de oro de Wall Street, tuvieron implicaciones muy notables más allá de lo estrictamente económico, como es la génesis de una nueva subclase social: el ejecutivo, el hombre de Wall Street. Pero no

sólo eso, más allá de ese centro neurálgico económico estadounidense también surgirán numerosos personajes clave para la economía, nuevos gigantes empresariales que adoptarán el discurso del *Self-Made Man* como estrategia de marketing *a posteriori*, como relato artificial que justifique su posición, valide su discurso y/o modo de proceder y le proporcione un halo de honorabilidad y ejemplaridad al personaje—que no a la entidad real que representa el papel—que demuestre que en la América moderna, a pesar de los siglos que la separan de Benjamin Franklin, sigue siendo una tierra de igualdad y oportunidades para todo aquel que esté dispuesto a trabajar por ellas.

El patrón del viejo imperialismo, aquel de coaliciones entre estados con niveles comparables de capacidad económica y militar, empezó a quedar obsoleto. En el mundo de finales del siglo XX se hizo patente la gran desigualdad entre, incluso, las consideradas grandes potencias en lo tocante a su capacidad para favorecer los intereses de sus capitales nacionales. En la cima de la jerarquía mundial se situaba el Estado con mayor capacidad para abrirse su propio camino, Estados Unidos. En la base, los estados más débiles, que esperaban tener la capacidad para pedirle amparo a aquellos que estaban por encima. Los estados en el medio de la jerarquía, teniendo disputas ocasionales entre sí por su posición en el reparto de la economía global y formando alianzas *ad-hoc* con la esperanza de lograr concesiones de aquellos en el nivel superior. Semejante “organigrama” no puede ser estable. La disparidad en las tasas de crecimiento—o contracción—de la economía en un período de crisis recurrentes significa que el equilibrio de fuerzas entre los diferentes estados está en permanente cambio. La mayor fuente de inestabilidad a nivel mundial ha sido el modo en que Estados Unidos ha intentado de manera constante mantener y consolidar su posición al frente del orden económico global. Esa posición se antojaba inexpugnable al final de la Segunda Guerra Mundial, pero no tardaría mucho en empezar a debilitarse:

The US feared successive challenges from other states which were growing much more rapidly than it was. Russia was seen as an economic (as well as military) threat in the 1950s, however absurd that might seem today, Japan in the 1980s, and more recently China. The determination of the US state not to risk losing its position explains its massive levels of arms expenditure and the wars it has waged in the Global South. (Harman 271)

La historia de los Estados Unidos desde entonces ha sido en gran medida la historia de sus intentos de restaurar su posición preeminente en el mundo actual, un mundo marcado por la repetición cíclica de crisis económicas y generalmente entre tasas de acumulación en declive. Dichos intentos han implicado la alternancia de fases de disminución del gasto armamentístico para atenuar las dificultades económicas—desde finales de los 60 hasta finales de los 70 y desde finales de los 80 hasta el 2000, se apunta en Harman; y de aumentarlo con la creencia de que ello podría estimular el poder estadounidense a nivel general y el poder de sus corporaciones a nivel

particular. En todas estas fases Estados Unidos consiguió ganancias para sus grandes corporaciones. En ninguna de ellas las ganancias fueron suficientes para compensar su declive relativo a largo plazo (Harman 271)<sup>107</sup>. Además, tras casi un cuarto de siglo de creciente internacionalización de las finanzas, la inversión, el comercio y la producción, Estados Unidos y su sistema económico se encontraron con el hecho de que, gracias a esta internacionalización, eran vulnerables a eventualidades y contingencias fuera de sus fronteras. No obstante, todos los países capitalistas avanzados aún mantienen, a nivel histórico, muy altos niveles de inversión por parte del Estado en empresas privadas, niveles que sólo son superables en tiempos de conflictos bélicos. Y, aunque la esfera empresarial siempre ha hablado con amargura de los impuestos, nunca ha llegado a sugerir seriamente volver a los niveles tributarios de principios del siglo XX o ni siquiera a aquellos previos a Reagan, por ejemplo. La razón es que esta esfera empresarial contemporánea, lejos de no necesitar al Estado, lo requiere tanto o más que en cualquier otro momento. En primer lugar, porque la continua concentración de capitales en puntos geográficos concretos requiere instalaciones e infraestructuras que no son automáticamente proporcionadas por la operación del mercado: policía, sistemas judiciales, un marco legislativo de referencia que limite posibles prácticas fraudulentas de unos capitales hacia otros, al menos una mínima regulación del sistema crediticio o la provisión de una divisa más o menos estable. Además, son necesarias algunas de las funciones que el Estado lleva a cabo durante cualquier período de economía dirigida: regulación del mercado laboral, propiciar ciertos “mínimos” que garanticen la reproducción de la siguiente generación de fuerza de trabajo, provisión de infraestructuras secundarias que aporten transporte, comunicaciones, agua y electricidad. En la Gran Depresión quedó demostrado que si las empresas sólo proporcionan el trabajo y el Estado se desentiende del resto de lo necesario, de unas condiciones fundamentales de bienestar de la mano de obra, las empresas no van a cubrir ese vacío, dando lugar, de este modo, a una catástrofe humanitaria siempre que el margen de beneficio siga siendo extraído. La pertinencia del discurso frankliniano en este marco contemporáneo pierde valor en el sentido de que Franklin habló en un tiempo y en un “lugar”—entiéndase el término más allá de las meras coordenadas geográficas—muy distintos al escenario moderno. En la América prerrevolucionaria había (más) espacio relativo para que el *Self-Made Man* se abriera camino hacia la prosperidad por medio del trabajo y el esfuerzo. En el marco contemporáneo la gran mayoría de la población es llamada a *emprender* el camino de Franklin, pero las oportunidades ya son prácticamente inexistentes, porque Franklin hablaba fundamentalmente de *crear* valor, mientras que hoy día a lo máximo que se puede aspirar es a *añadirlo*, a formar parte de una maquinaria, a interpretar de principio a fin un guion escrito por manos ajenas. Los caminos elegibles son cada vez más escasos.

---

<sup>107</sup> El declive relativo estadounidense se estudia más a fondo en el trabajo *The Unwinding: Thirty Years of American Decline*, por George Packer (Faber & Faber, 2013).

Una fuente de valor—de beneficios—para aquellos que sí pueden obtenerlo está en los contratos militares<sup>108</sup> con el Estado. Incluso las grandes multinacionales con la mitad o más de su producción y ventas en el exterior aún dependen en gran medida de las operaciones en sus países de origen para ser verdaderamente rentables, y por lo tanto dependen de lo que el Estado les pueda proporcionar:

Along with these functions there is continued massive support by any state for its capital's domestic accumulation—and this was true long before the most recent turn to Keynesianism. So the Pentagon played a key role in resuscitating the microchip industry in the late 1980s by putting pressure on firms to merge, to invest and to innovate—and received strong industrial support. (Harman 265)

La importancia de estas conexiones capital-Estado se hace verdaderamente visible durante las crisis económicas. Ya que los estados por sí solos ya no gozan de un control de los recursos suficiente como para poder asumir la quiebra de un gigante empresarial o una gran entidad bancaria—y que la quiebra arrastre consigo complejos financieros o industriales al completo—la historia de las recesiones económicas, especialmente desde el último tercio del siglo XX, ha sido la de entidades gubernamentales sacando de apuros a compañías en peligro o presionando a otras compañías en las llamadas “lifeboat operations” (Harman, 267) a que inviertan o controlen precios para poder mantener a flote a aquellas con dificultades. Debido a que el período del capitalismo transnacional, la globalización, ha sido uno de crisis mucho más agudas que las habidas en las décadas posteriores a la posguerra, la confianza de las grandes corporaciones en los gobiernos también ha aumentado mucho. Valga como ejemplo la transformación de la crisis crediticia de 2007 en el desastre bancario de 2008: con la caída de Lehman Brothers se demostró cuán grande es la confianza en que el Estado siempre acudirá al rescate. La evolución del capitalismo de mediados del siglo XX a su etapa de—según autores—capitalismo tardío (Jameson), capitalismo transnacional (Sklair), realismo capitalista (Fisher) o capitalismo egoísta (James)<sup>109</sup> no ha sido en un sentido hacia una especie de capitalismo anti-estatista, como apuntaban las escuelas del liberalismo en Chicago o Austria; sino a un sistema en el que el capital confía en el Estado más que nunca, a una relación de interdependencia entre

---

<sup>108</sup> Hasta Amazon, uno de los mayores gigantes económicos de la historia, tiene una división militar, pese a ser una empresa fundada como librería online. En 2018 entró en competición con otros gigantes como Oracle o Microsoft por un contrato de diez mil millones de dólares con el Pentágono (“There's a New Snag for Amazon in the Winner-Take-All \$10 Billion Pentagon Cloud Contract, and It Could Be Good News for Microsoft.” Business Insider, 20 Feb. 2019, [www.businessinsider.es/amazon-jedi-cloud-contract-snap-2019-2?r=US&IR=T](http://www.businessinsider.es/amazon-jedi-cloud-contract-snap-2019-2?r=US&IR=T)).

<sup>109</sup> Respectivamente, *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Frederic Jameson, 1991; “Democracy and the Transnational Capitalist Class”, Leslie Sklair, 2002; *Capitalist Realism: Is There No Alternative?*, Mark Fisher, 2009 y *The Selfish Capitalist*, Oliver James, 2008.

conglomerados empresariales dependientes de distintos estados en el mundo formando inextricables marañas de vínculos con otras empresas, sus filiales o sus divisiones.

Entretanto, los compartimentos estancos que imposibilitan la movilidad social, que determinan cuál es la cima que cada individuo puede permitirse alcanzar, ya no es únicamente que gocen de plena vigencia, es que cada vez disfrutan de mejor salud y su estancueidad es cada vez más impenetrable. Pero el discurso oficial de loa al *Self-Made Man* sigue siendo generalizado por esa sublime conveniencia ideológica de perpetuar el sistema que protege a quienes no lo necesitan y no sólo desatiende al grueso de la población, sino que deposita en ella la responsabilidad de su situación.

En la década de 1930, John Maynard Keynes predijo que, para finales de siglo, la tecnología habría avanzado lo suficiente como para que en países como Inglaterra o los Estados Unidos se hubiera logrado la jornada laboral de quince horas a la semana. En rigor, pensaba Keynes, habría que “reajustar” la mentalidad humana para poder disfrutar del ocio y la abundancia que estaban por venir gracias a los avances tecnológicos que librarían a la población de gran parte de su carga de trabajo:

Will this be a benefit? If one believes at all in the real values of life, the prospect at least opens up the possibility of benefit. Yet I think with dread of the readjustment of the habits and instincts of the ordinary man, bred into him from countless generations, which he may be asked to discard within a few decades. ... For many ages to come the old Adam will be so strong in us that everybody will need to do some work if he is to be contented. We shall do more things for ourselves than is usual with the rich today, only too glad to have small duties and tasks and routines. But beyond this, we shall endeavour to spread the bread thin on the butter—to make what work there is still to be done to be as widely shared as possible. Three-hour shifts or a fifteen-hour week may put off the problem for a great while. For three hours a day is quite enough to satisfy the old Adam in most of us!  
(Keynes 369)

En un sentido estricto, las palabras de Keynes no están carentes de lógica. Ya en sus días vio cómo la llegada de los electrodomésticos aliviaba gran parte del trabajo doméstico. Elaborar una prognosis como la suya, a casi un siglo vista, era cabal solamente basándose en lo que ya existía entonces. Y, en términos tecnológicos, la humanidad, hoy día, tiene cierta capacidad para realizar esta visión. Tal cosa ni siquiera se considera realista, pero sin embargo, de algún modo, la tecnología sí se está empleando para inventar maneras de hacer que la gente, de manera contraria a los augurios de Keynes, trabaje más. Para conseguir tal cosa se han creado empleos que son, en gran medida, carentes de sentido. Grandes cantidades de personas pasan la totalidad

de su vida laboral llevando a cabo tareas que, en secreto, creen que son inútiles, realidad que constata Oliver James en *The Selfish Capitalist*:

I know many people who make no pretence that they find their work interesting but who deliberately sought it because they wanted to be able to afford an upper-middle class house and lifestyle. ... The high earners I know would dearly love to be able to do something interesting but feel, for all sorts of reasons, that they must put that to one side and pursue money-making occupations are often deeply unhappy, although they are not always aware of it. (James 115)

¿Por qué esa utopía keynesiana no llegó a trasladarse al plano de lo real? El pensamiento más generalizado hoy día es que Keynes no previó el masivo incremento del consumismo. Teóricamente, en algún momento, se ha llegado a un consenso tácito en el que la sociedad en su conjunto ha elegido más horas de trabajo a cambio de más bienes de consumo. La humanidad ha presenciado la creación de un sinfín de nuevas variedades de empleos e industrias en el transcurso del siglo XX, pero muy pocas están relacionadas con la creación o la distribución de dichos bienes de consumo: ordenadores, teléfonos móviles, todo tipo de dispositivos electrónicos, ropa y un largo etcétera. Los trabajos “productivos” en un sentido estricto, tal y como predijo Keynes, han sido considerablemente automatizados; ni siquiera contando las ingentes masas trabajadoras en países como India o China se alcanzarían los números de hace menos de un siglo en términos porcentuales de la población mundial. Pero la automatización del trabajo, más que permitir una reducción masiva de las horas laborales, liberando así a la población para que persiga sus propios proyectos, intereses, visiones, ideas o, simplemente, el mero goce del tiempo de ocio, ha dado lugar a toda una nueva variedad de empleos de naturaleza administrativa, creando industrias completas como los servicios financieros, el telemarketing, o la expansión sin precedentes de sectores como el derecho corporativo, administración académica y sanitaria, recursos humanos, o relaciones públicas. A su vez, y de manera colateral, estos nuevos sectores crean empleos destinados al servicio técnico, administrativo, o de seguridad. Pudiera dar la impresión de que se están creando empleos sin sentido por el simple hecho de mantener a la gente trabajando, como si de una retorcida broma de humor kafkiano se tratara. Esta situación, a la postre, no deja de resultar ciertamente irónica: el neoliberalismo auspiciado y ejecutado en forma de thatcherismo o *Reaganomics* había venido, en teoría, a acabar con la ineficiencia de los sistemas excesivamente burocratizados:

Initially, it might appear to be a mystery that bureaucratic measures should have *intensified* under neoliberal governments that have presented themselves as anti-bureaucratic and anti-Stalinist. Yet new kinds of bureaucracy—‘aims and objectives’, ‘outcomes’, ‘mission statements’—have proliferated, even as neoliberal rhetoric about

the end of top-down, centralized control has gained pre-eminence. It might seem that bureaucracy is a kind of return of the repressed, ironically re-emerging at the heart of a system which has professed to destroy it. But the resurgence of bureaucracy in neoliberalism is more than an atavism or an anomaly. (Fisher 41)

A pesar de esta curiosa—por así decirlo—tendencia a la “hiperburocratización”, las empresas siguen insistiendo en el minimalismo, de modo que los ajustes de plantilla o la intensificación de la productividad caen, de manera ineludible, sobre quienes están realmente fabricando, transportando, entregando, reparando, y manteniendo su maquinaria o sus servicios. En la cima de la pirámide empresarial, por algún incómodo motivo que se suele preferir no preguntar, cada vez más empleados en puestos administrativos o directivos se encuentran trabajando cuarenta o hasta cincuenta horas semanales, de las cuales quizá sólo acaben siendo productivas quince, si se considera que el resto de éstas se ocupan en acudir a seminarios motivacionales, *coaching*, charlas TED<sup>110</sup>, etcétera.

La respuesta a esta situación no es meramente económica: es moral y política. La clase dominante ha comprendido que, hablando en términos históricos, una población feliz y productiva es un peligro mortal: los años 60, con todo su historial de reivindicaciones sociales<sup>111</sup>, ya sirvieron como aviso. Por otro lado, la idea de que el trabajo es un valor moral, un fin en sí mismo, la idea de que cualquiera que no esté en disposición de no someterse a alguna clase de severa disciplina laboral que ocupe la mayor cantidad posible de horas en su día *no merece nada*, resulta extraordinariamente conveniente en los términos ideológicos prevalecientes en el contexto actual. Así, el mito del *Self-Made Man* con toda su retórica sobre el trabajo incansable, la disciplina, el individualismo, la persecución de la prosperidad y la meritocracia se erige, una vez más, como una muy poderosa herramienta de control de masas.

A la luz de toda esta revolución tecnológica y su impacto socioeconómico se ambienta la novela de 2003 de Donald Richard “Don” DeLillo, *Cosmopolis*. El relato se sitúa, supuestamente, en el año 2000, aunque la descripción que se nos ofrece de la limusina de Eric Packer, lugar en el que transcurre la mayoría de la trama, sugiere un espacio cuasifuturista. No obstante, la novela es, indefectiblemente, hija de su tiempo. Si se tuviera que categorizar la década que vio nacer *Cosmopolis* en base a una serie de palabras clave, las más adecuadas serían “globalización”, “internet” y, sobre todo, tras el 11 de septiembre de 2001, “miedo”. En términos generales, se puede afirmar que la primera década del siglo XXI fue en gran medida la continuación de unos

---

<sup>110</sup> El acrónimo “TED” responde a “Technology, Entertainment, Design”. Aunque en muchos casos las Charlas TED tienen el cometido de la divulgación en sus diversas disciplinas, en otros casos son un destilado moderno de la autoayuda orientado al entorno empresarial.

<sup>111</sup> El movimiento hippie, el Black Panther Party, los disturbios en Stonewall Inn, cuyo quincuagésimo aniversario se conmemora en el presente año, etcétera.

cambios tecnológicos y socioeconómicos que ya se podían prever en la década de 1980, pero que se aceleraron drásticamente en la siguiente década. Dichos cambios tecnológicos y socioeconómicos no son fenómenos independientes, sino que guardan relación de causalidad, en tanto que los primeros propiciaron y aceleraron los segundos. Así, la mayoría de países a escala mundial establecieron relaciones de comunicación e interdependencia entre sí aún más acusadas que las existentes hasta entonces, uniendo mercados, sociedades y culturas:

A wide and diverse range of social theorists are arguing that today's world is organized by accelerated globalization, which is strengthening the dominance of a world capitalist economic system, supplanting the primacy of the nation-state with transnational corporations and organizations, and eroding local cultures and traditions through a global culture. (Kellner 2)

Sin embargo, a pesar de que en términos financieros la globalización hizo el mundo más pequeño, el ataque terrorista al World Trade Center en 2001 puso de manifiesto que aún seguía siendo demasiado grande como para poder prever ciertas contingencias. Estados Unidos, cuyo poderío económico y militar reinaba soberano e incontestable desde la caída de la URSS, sufrió el peor ataque en su territorio desde Pearl Harbor, pero esta vez no fue en tiempos de guerra. La confianza y el sentimiento de seguridad se desplomaron junto con las hasta entonces emblemáticas torres neoyorquinas. Aquel fatídico evento marcó a la sociedad estadounidense de un modo perdurable—y no sería osado considerarlo irreversible—creando un ambiente de miedo y paranoia constantes. El terrorismo persigue, como su mismo nombre indica, el terror más allá de la destrucción o de la muerte que provoquen sus atentados o amenazas. En este sentido, lamentablemente, el 11 de Septiembre cumplió con su cometido:

One would have to be very daft or very deft neither to recognize nor experience the lingering effects of 9/11 in the everyday life of the United States and Canada today. “Security” has become the stated goal of policy makers, an aspirational ideal of the managers of the republic where not a category of normalized identity for the managed: Airport Security; Border Security . . . . Public discourse encourages greater attentiveness to the monstrous and the mundane: Amber alerts; alertness to the “suspicious”; alertness to unattended bags in train stations. (Traister 2)

Este clima de ansiedad generalizada tiene un claro reflejo en *Cosmopolis*. La novela narra un día en la vida de David Packer, de veintiocho años de edad, dedicado a la gestión de activos bursátiles en Manhattan y multimillonario ocasional en función de los dictados de la bolsa. Pero la trama no sólo retrata un día en la vida del protagonista, sino que también es una mirada con lupa a un día normal con un ajetreo anormal en la ciudad de Nueva York. Tal ajetreo no hace sino contribuir a la atmósfera claustrofóbica del relato, cuya mayor parte transcurre en el interior de la

limusina acorazada e insonorizada de Packer. Además, las maneras de proceder del protagonista sirven como un muy ilustrativo ejemplo de cómo los principios del capitalismo liberal moderno pueden acabar siendo el medio más cómodo para la corrupción, la misantropía o la más absoluta maldad. Como se puede percibir desde el mismo inicio del relato, Eric Packer opera más allá de lo que se puede considerar el conjunto de conductas aceptables dentro de los contratos sociales que gobiernan las esferas públicas y privadas de la vida. Este comportamiento no es una ficción, una exageración o una licencia narrativa, es la figura evolucionada del hombre de negocios moderno a quien, según analiza Mark Lipton en *Mean Men* (2017) cualquier conducta corrosiva para la moral ya no sólo se le permite, sino que se le aplaude:

Mean men are hardly a new phenomenon, and the tyrannical boss has been a familiar archetype in American culture ever since the invention of the modern industrial-era workplace. ... Yet powerful forces have been at work in American society that have fueled bad behavior in high places, allowing more mean men to get to the top and stay there, even as they create misery all around them. ... Thanks to a combination of economic and cultural changes, men in particular feel more license to exhibit outsized personality traits, including very negative ones. They can now more easily get away with bad behavior, so long as they get results. (Lipton 73)

Packer, como gestor de activos en el sector privado—sector que, sin embargo, está también sujeto a la legislación pública—viola sus responsabilidades fiduciarias tanto a nivel legal como profesional, comprometiendo los intereses de sus clientes mediante una estrategia de inversión manifiestamente imprudente, al no estar basada en el análisis informado y en el cálculo, sino en la arrogancia y en la simple corazonada, en el hecho de creer que todo el mundo es susceptible de equivocarse salvo él. La conversación que Packer mantiene al principio de la novela con su analista de divisas respecto a sus maniobras con el yen es reveladora de esta manera de pensar:

Michael Chin was in the jump seat now, his currency analyst, calmly modeling a certain sizable disquiet.

“I know that smile, Michael.”

“I think the yen. I mean there’s reason to believe we may be leveraging too rashly.”

“What is happening doesn’t chart.”

...

“It charts. You have to search a little harder. Don’t trust standard models. Think outside the limits. The yen is making a statement. Read it. Then leap.”

“We are betting big-time here.”

“I know that smile. I want to respect it. But the yen can’t go any higher.”

“We are borrowing enormous, enormous sums.”

“Any assault on the borders of perception is going to seem rash at first.”

“Eric, come on. We are speculating into the void.” (DeLillo 21)

La actitud de Packer para con su corazonada acerca del yen se mantiene firme a lo largo del relato, a pesar de que no parece haber explicación racional alguna sobre la caída de la divisa nipona aparte de que es lo que el protagonista espera. Todos sus equipos de alta tecnología y analistas expertos en divisa extranjeras quedan vencidos por algo que se reduce a una cuestión de fe, a algo que, según Packer, *tenía* que tener alguna explicación, una suerte de determinismo causal rayano en lo religioso:

One of the screens showed a column of rusty sludge geysering high from a hole in the ground. He felt good about this. The other screens showed money moving. There were numbers gliding horizontally and bar charts pumping up and down. He knew there was something no one had detected, a pattern latent in nature itself, a leap of pictorial language that went beyond the standard models of technical analysis and out-predicted even the arcane charting of his own followers in the field. There had to be a way to explain the yen. (DeLillo 63)

Una característica muy frecuente del hombre de negocios moderno y del “emprendedor en serie”<sup>112</sup> (uno de los arquetipos contemporáneos del *Self-Made Man*) es el exceso de confianza en sí mismo. En Lipton se apunta que los empresarios jóvenes tienden a ser demasiado confiados respecto a sus capacidades, lo que hace que estén más dispuestos a las apuestas arriesgadas—o suicidas—por tener una visión irreal de su capacidad para gestionar los posibles malos resultados o bien por infravalorar las posibilidades de error. Como se ha comentado en capítulos anteriores, la confianza en uno mismo se ha tenido por valor fundamental desde tiempos de Emerson y su ensayo “Self Reliance” (1841), pero no es menos cierto que “marked overconfidence is a genuine psychological hazard. And ... indicates that an entrepreneur may not be in touch with reality” (Lipton 30). De este modo, Packer no busca que su arriesgada apuesta contra el yen japonés sea comprendida porque sólo él la comprende, y con eso es más que suficiente. Ni su analista de divisas, ni siquiera la misma realidad van a hacer que admita el error. Ese individualismo que ha guiado el camino del *Self-Made Man* desde su nacimiento ha dado lugar a una concepción de la realidad en la que el *Self-Made Man* (ya sea consumado o en proceso de formación) contemporáneo no es capaz ni siquiera de considerar la posibilidad de equivocación, lo que

---

<sup>112</sup> El concepto de emprendedor en serie o *serial entrepreneur* fue acuñado, según el relato popular, por la revista Forbes a propósito de Evan Williams, y refiere a personas que fundan un negocio de cualquier naturaleza y, cuando éste está consolidado, delegan su gestión para embarcarse en el siguiente proyecto. Evan Williams fundó Blogger, cofundó Twitter y desarrolló la plataforma de creación de contenidos Medium.

también lo convierte en incapaz de asumir la responsabilidad en el caso de fracasar. Según los datos que se proporcionan en Lipton,

The examination of approximately three thousand entrepreneurs found that 81 percent thought that their business had at least a 75 percent of success, and one-third thought there was *no chance* they would fail, data that bear no relation with reality. (Lipton 30)

En la esfera de lo personal, materializada en su impenetrable apartamento y en su inexpugnable limusina, Packer demuestra que sólo sirve a las reglas que beneficien a sus intereses personales, que en términos generales orbitan cercanos a la psicopatía en la medida que Packer no parece mostrar ningún reparo moral en ningún momento del relato. Sin embargo, como suele ocurrir en la mayoría de perfiles de psicópatas subclínicos<sup>113</sup>, Packer muestra una marcada obsesión por el control y su seguridad personal: aparte de su fijación con los chequeos médicos diarios (DeLillo 202),

He shifted position in his chair and watched the surveillance camera adjust. His image used to be accessible nearly all the time, videostreamed worldwide from the car, the plane, the office and selected sites in his apartment. ... A nurse and two armed guards were on constant watch at three monitors in a windowless room at the office. (DeLillo 15)

No obstante, como se ha apuntado anteriormente, el comportamiento de individuos como Eric Packer no sólo no es censurado en los tiempos modernos, sino que además es recompensado socialmente, convirtiéndose en modelos a seguir. El devenir histórico del mito del *Self-Made Man* como lo propuso Franklin ha consistido en ir despojándolo de aquello que se ha considerado prescindible, es decir, aquellas partes orientadas a la contribución con el capital social<sup>114</sup>, a la honradez, al trabajo duro, y potenciar aquellas facetas del mito que pudieran ser más ideológicamente convenientes en los diferentes marcos socioeconómicos por los que ha pasado a lo largo del tiempo. En el mundo contemporáneo del capitalismo tardío, el mantra que más

---

<sup>113</sup> La psicopatía no siempre tiene por qué ir acompañada de criminalidad. Puede presentarse en individuos bien integrados y exitosos en términos económicos, laborales e incluso sociales: “The second theme of noncriminal psychopathy proposed by Hall and Benning was noncriminal psychopathy as a moderated expression of the full disorder. ... The authors suggested that criminal and noncriminal psychopathy was based on a common etiology, however, the manifestation of traits was moderated by compensatory factors such as education, intelligence and socio-economic status” (Brooks 25). En Lipton se ofrece también el siguiente desarrollo del concepto: “What we are seeing here is *subclinical psychopathy*. As I noted before, they may appear to the casual observer to be upstanding high achievers, if a bit eccentric. ... Those afflicted may conduct themselves with decency and propriety in certain spheres, but in the moral or active principles of the mind they are still strangely perverted or depraved” (Lipton 58).

<sup>114</sup> El concepto de capital social fue acuñado por Francis Fukuyama en referencia a la tendencia natural del ser humano a la colaboración cuando vive en sociedad: “social capital is an instantiated informal norm that promotes cooperation between two or more individuals. The norms that constitute social capital can range from a norm of reciprocity between two friends, all the way to complex and elaborately articulated doctrines like Christianity or Confucianism. These norms must be instantiated in an actual human relationship: the norm of reciprocity exists in potentia in my dealings with all people” (Fukuyama 3).

persistentemente parece haber permanecido es aquel *From Rags to Riches*, con una marcada influencia de la literatura de autoayuda y todo ello embebido de un individualismo inapelable. En la época de Franklin se aspiraba a una sociedad en la que la perseverancia y la fuerza del individuo acabarían convocando, al mismo tiempo, a una justa recompensa y a muchos otros que seguirían su ejemplo. Poco tiempo después, Emerson tuvo una visión en “Self Reliance”: la confianza del individuo en sí mismo era la auténtica clave para triunfar en todos los aspectos de la vida, ya no sólo en el económico, sino en el personal y el espiritual: “Nothing is at last sacred but the integrity of your own mind. Absolve you to yourself, and you shall have the suffrage of the world.” (Emerson 135). El hombre admirable, el verdadero *Self-Made Man*, era el hombre que confiaba en sí mismo y en sus capacidades, que conocía su camino. En los tiempos modernos, todo este discurso ya sólo gira en torno a la figura del empresario o del emprendedor, adecentado con la retórica del “sé tu propio jefe”. Cuando el individualismo de siglos anteriores pierde lo que se ha pasado a concebir como lastre, aquel que le recordaba al individuo su pertenencia a una comunidad y, por ende, su parte de responsabilidad social, lo que quedan son muchos individuos mirando únicamente por sus intereses y percibiendo a quienes les rodean bien como obstáculos o bien como herramientas:

“Do your own thing” came to have more traction than “Do the right thing”. ... The growing embrace of libertarian ideology has offered a robust rationalization for self-interested behavior, which thinkers like Ayn Rand argued was not at odds with being moral—but rather the very foundation of morality. ... Libertarianism also thrives in finance, where hedge funds have proliferated as more would-be masters of the universe have left the confines of major firms to strike out on their own ... with an ideology that legitimizes selfish and even rapacious behavior. (Lipton 81)

Con esta ideología del individualismo disfrazado de “franklinianismo” con el enriquecimiento a toda costa como única meta, sin importar el medio, se llega a la depravación última del mito del *Self-Made Man*. Es cierto que Eric Packer se puede considerar una persona trabajadora, a lo largo de la novela el lector toma conciencia de que es un hombre que nunca llega a desconectar totalmente de su trabajo—lo que, por otro lado, confirma lo anteriormente dicho sobre cómo la tecnología ha conseguido lo contrario de lo que en teoría fue su cometido primigenio: aliviar la carga de trabajo—pero no es menos cierto que los métodos de lo que el protagonista se sirve para enriquecerse pasan por arriesgar, principalmente, el dinero de los demás (el suyo también, pero en menor medida). Las maniobras arriesgadas requieren audacia, sin duda; pero una personalidad como la de Eric Packer que, como se ha apuntado antes, está dotada de un peligroso exceso de confianza, es manifiestamente incapaz de admitir un error y adoptar posturas algo más conservadoras. De este modo, su especulación bursátil acaba por trascender las fronteras

inmediatas a él y compromete ya no sólo sus actividades y el dinero de sus clientes, sino la totalidad mercados prácticamente a nivel mundial:

But he could think now, well enough to understand what was happening. There were currencies tumbling everywhere. Bank failures were spreading. He found the humidors and lit a cigar. Strategists could not explain the speed and depth of the fall. They opened their mouths and words came out. He knew it was the yen. His actions regarding the yen were causing storms of disorder. He was so leveraged, his firm's portfolio large and sprawling, linked crucially to the affairs of so many key institutions, all reciprocally vulnerable, that the whole system was in danger. (DeLillo 116)

El hecho de que las prácticas de un solo individuo pongan en peligro la estabilidad económica de casi la totalidad de los mercados financieros y entidades bancarias a nivel mundial puede entenderse de dos maneras: una, como una advertencia velada sobre las contraindicaciones de la economía globalizada; la otra—menos probable—como un augurio de lo que estaría por venir unos pocos años más tarde en la explosión de la burbuja hipotecaria en 2007, teniendo presente que, como señala Harman la caída de una sola corporación—Lehman Brothers—provocó un tsunami financiero que dejó al borde de la quiebra a entidades bancarias de todo el mundo (277).

Aparte de su adicción a un trabajo que, en el caso de Packer, no queda muy claro cuáles son las tareas que lo conforman, pero en el que pasa la mayor parte del tiempo, podría decirse que el protagonista de *Cosmopolis* se aparta bastante de las máximas franklinianas de la frugalidad, del atenerse sólo a lo exclusivamente necesario para vivir:

He walked through the apartment, forty-eight rooms. He did this when he felt hesitant and depressed, striding past the lap pool, the card parlor, the gymnasium, past the shark tank and screening room. He stopped at the borzoi pen and talked to his dogs. Then he went to the annex, where there were currencies to track and research reports to examine. (DeLillo 7)

La descripción del apartamento de tres plantas de Eric Packer indica que su morador es la antítesis de la austeridad. Además, como se viene apuntando en capítulos anteriores, encontramos a un hombre que se realiza personalmente a través del consumo, algo que ya se adivinaba en *The Great Gatsby* y se hacía evidente en *The Bonfire of the Vanities*. El deseo materialista de Packer, contrariamente a lo que ocurría con el de Sherman McCoy en la novela de Wolfe, no es un deseo como medio, sino que se ha convertido en una forma de vida. Es decir, desde un punto de vista objetivo podría asegurarse que lo tiene todo—incluyendo cosas manifiestamente inútiles, como una piscina con tiburones o un bombardero ruso (DeLillo 103) oxidándose en el desierto—pero, sin embargo, el personaje irradia una insatisfacción constante.

En cierta medida, esta situación emocional deriva de un sistema económico que basa el estatus la *demonstración* de poder adquisitivo, esto es, no en el poder adquisitivo *per se*, sino en la exhibición de éste a través de la adquisición de unos u otros bienes. El problema llega cuando la adquisición de tales bienes no supone esfuerzo ni tiene límites, como apunta James:

An important by-product of industrialisation and a correlate of materialism, suggest that it reduces well-being. Such societies rapidly become more unequal, inter-class tensions increase, and with the arrival of the consumer frustration and resulting stress that we all now take for granted ... come higher rates of emotional distress. ... Then industrialisation would seem to exact a very large toll in exchange for the material benefits it supplies. (James 40)

En la sociedad en la que Packer se desenvuelve, el máximo terror del deseo (inducido) es verse satisfecho<sup>115</sup>. De este modo, se infiere que en realidad Eric no quiere las cosas que tiene más que en la distancia, en tanto que sean objetos prohibidos, inaccesibles o excesivos: es adicto a los símbolos de estatus. Pero da la impresión de que en el momento en que se vuelven parte de su haber pierden la práctica totalidad de su valor. Esto es aplicable tanto a los de los que se rodea como a las personas con las que interactúa. Ejemplo de ello es la conversación que mantiene con su marchante, Didi Fanher, sobre la posible adquisición de una pintura de Rothko. Sin embargo, Packer no se conforma con la adquisición de un solo lienzo, sino que quiere trasladar una obra completa, consistente en catorce cuadros, a su apartamento:

“I know something you want to know.”

He said, “What?”

“There's a Rothko in private hands that I have privileged knowledge of. It is about to become available.”

“You've seen it.”

“Three or four years ago. Yes. And it is luminous.” He said, “What about the chapel?”

“What about it?”

“I've been thinking about the chapel.”

“You can't buy the goddamn chapel.”

“How do you know? Contact the principals.”

“I thought you'd be thrilled about the painting. One painting. You don't have an important Rothko.”

“You've always wanted one. We've talked about this.”

---

<sup>115</sup> En el ya citado trabajo de Oliver James se ofrece una visión muy interesante sobre la cuestión de la satisfacción de deseos en el marco socioeconómico actual, que él denomina *Selfish Capitalism*: “Selfish Capitalism cannot afford for us to be satisfied, for that would stifle rampant consumerism and materialist values, which are essential for its operation” (121).

“How many paintings in his chapel?”

“I don't know. Fourteen, fifteen.”

“If they sell me the chapel, I'll keep it intact. Tell them.”

“Keep it intact where?”

“In my apartment. There's sufficient space. I can make more space.” (DeLillo 27)

En suma, lo que se puede extraer de la mentalidad de Packer es que ha decidido quererlo todo, tenerlo todo, y no dejar nada a nadie. Es decir, ha decidido ejecutar la impronta subyacente del neoliberalismo. Como sostiene Ayn Rand<sup>116</sup>, una de las grandes fuentes teóricas de este pensamiento socioeconómico, en *The Virtue of Selfishness* (1964), “altruism is incompatible with freedom, with capitalism and with individual rights. One cannot combine the pursuit of happiness with the moral status of a sacrificial animal” (Rand 91)<sup>117</sup>. Este individualismo de Packer habría chocado en parte con las ideas franklinianas originales en tanto que el individuo, a pesar de hacerse a sí mismo en solitario, debía estar en cierta medida al servicio de la sociedad o serle útil de algún modo. El ideal no consistía únicamente en trabajar duro y amasar fortuna—si bien el cambio de paradigma en el mundo laboral desde los tiempos de Franklin muy probablemente ha reconfigurado los términos del concepto “trabajar duro”—sino en obrar bien, esto es, ser bueno y útil en términos del anteriormente mencionado capital social, y además ser humilde y servir de ejemplo para los que vengan después. Packer, en cambio, no sólo obra estrictamente según sus intereses, sino que además ataca activamente a aquellos que osen amenazar mínimamente su autoestima, la elevada imagen que tiene de sí mismo, o su visión de las cosas en general. Se pueden encontrar dos ejemplos significativos de ello. El primero concierne a su jefe de seguridad, Torval, a quien mata a sangre fría como en un *acte gratuit* novelado por Albert Camus:

“You will have to draw your weapon.”

“This is true,” Torval said.

“Let me see the thing.”

“Let you see the thing. Okay. Why not? You paid for it.”

... “Manufactured in the Czech Republic.”

“Nice.”

... “Voice recognition.”

---

<sup>116</sup> Jennifer Burns analiza el ascenso de Ayn Rand hasta los altares de la (ultra)derecha norteamericana desde su infancia en *Goddess of the Market: Ayn Rand and the American Right* (Oxford, 2009).

<sup>117</sup> El individualismo en Rand cobra especial importancia como influencia en el mito del *Self-Made Man* hacia su versión más individualista. Sus dos novelas, *Fountainhead* (1943) y *Atlas Shrugged* (1957), cuentan la historia de personas que, en solitario, persiguen sus objetivos de manera heroica y siguiendo los principios filosóficos propuestos por su autora. Para Rand, la búsqueda de la felicidad ha de basarse en el egoísmo racional, es decir, que cada persona viva por y para sí misma sin sacrificarse ni sacrificar a otras personas. Teniendo esto en mente, es fácil relacionar la deformación del mito del *Self-Made Man* hacia su vertiente más individualista a través de la apropiación por parte del pensamiento neoliberal de los pilares fundamentales de la filosofía randiana.

“That's right. ... Only my voice matches.”

“Do you have to speak Czech before it fires?”

“But the voice is only half the operation,” Torval said, then paused invitingly.

“You're saying there's a code as well.” “A preprogrammed spoken code.” Eric put on the glasses. “What is it?”

Torval smiled privately this time, then raised his eyes to Eric, who leveled the weapon now.

“Nancy Babich.”

He shot the man. A small white terror of disbelief flickered in Torval's eye. He fired once and the man went down. All authority drained out of him. He looked foolish and confused. (DeLillo 146)

El sinsentido que rodea al asesinato de Torval puede guardar cierta relación con los acontecimientos inmediatamente anteriores en el relato: Eric Packer acababa de ser alcanzado por una tarta lanzada por un activista. Un momento de humillación pública y de pérdida de control que alguien con ese perfil de personalidad rayano en lo psicopático como es Packer no puede gestionar de un modo racional. Eric mató a Torval de la manera más humillante que cabía en aquellas circunstancias concretas: con su propia pistola, que además estaba dotada de un mecanismo de seguridad biométrico para que nadie que no fuera él pudiera usarla. Y fue el propio Torval quien le quitó el seguro. “All authority drained out of him”, toda su fuerza, su aplomo, todo su poder como jefe de seguridad se derramó a través del orificio de bala. La retorcida “ejemplaridad” de Eric Packer como *Self-Made Man* no puede tolerar que un empleado suyo sea testigo de su humillación y le siga viendo cada día. Torval queda reducido casi a daño colateral del lanzamiento de la tarta contra Packer.

El otro ejemplo de cómo Packer puede acabar sin ningún miramiento con cualquiera que cuestione su superioridad está en su propia esposa, Elise Shifrin. Elise es una acaudalada joven procedente de una muy acomodada familia de ascendencia europea. Como ocurriera con Tom Buchanan en *The Great Gatsby* o los asistentes a las fiestas de los Bavardage en *The Bonfire of the Vanities*, Elise debe su fortuna, su “dinero viejo”, a su apellido, al legado familiar. En este caso ella no corre la misma suerte que Torval, sino que, con malas artes, es desposeída de su fortuna y arruinada en última instancia por su propio marido:

“I lost all your money,” he told her.

He heard her laugh. ... “I lose things all the time,” she said. “I lost my car this morning. Did we talk about this? I don't remember.”

... “First I stole the money, then I lost it.”

She said laughingly, “Where?”

“In the market.”

“But where?” she said. “Where does it go when you lose it?” (DeLillo 178)

Packer, guiado por el ansia de amasar riqueza—y de dilapidarla a través de la adquisición compulsiva de bienes, como se ha señalado anteriormente—no duda en apropiarse ilegítimamente de los bienes de otra persona, su esposa nada menos, para satisfacer su voluntad individual. Elise, entretanto, parece atrapada en una dinámica de negación, o acaso incredulidad, ante lo que ha hecho su propio marido.

De este modo, Eric Packer se puede entender como la versión más depravada del mito frankliniano en los tiempos modernos: es la encarnación del mal contemporáneo: siguiendo los razonamientos anteriormente expuestos en Lipton y Brooks, tenemos en Packer a un psicópata subclínico y totalitario que juega a realizar sus fantasías de dominación sádica y hegemonía personal con ese coliseo que son los mercados bursátiles y las finanzas globales como telón de fondo. *Cosmopolis*, en este sentido, puede servir como una advertencia novelada, un recordatorio de que el triunfo incontestable del capitalismo tardío ha permitido que éste se hipertrofie de tal manera que ha invadido y arrasado los territorios de la humanidad y el sentido de la comunidad. La novela de DeLillo muestra un revelador diagnóstico de una era en la que la idea de equilibrio y armonía entre el hombre como individuo y su sociedad ha sido abandonada por completo para rendirse a la gratificación inmediata “in the sound and the fury of financial exchange and its mediating technologies, in the libertarian pursuit of cybercapitalism” (Varsava 108).

Eric Packer no deja de ser un personaje ficticio, pero en ese microuniverso que es Wall Street, ese personaje se podría elevar a la categoría de metáfora. Si la meta última en el imaginario contemporáneo estadounidense es obtener riqueza en proporcionalidad inversa al esfuerzo, no hay lugar como Wall Street para intentar alcanzarla. Gracias a todos los antecedentes de desregulación o de no-intervención asentados en las distintas administraciones gubernamentales, el parque neoyorquino tiene la extraña virtud de congregarse a una clase muy concreta de personas, como Eric Packer en lo literario o Jordan Belfort en el terreno de lo real, más conocido con el sobrenombre de “El Lobo de Wall Street” gracias a un artículo de la revista *Forbes* que a su vez le daría título a sus memorias y a la película homónima. Jordan Belfort es un exbróker de Wall Street condenado por manipulación de los mercados bursátiles, por poner en funcionamiento un sistema de inversiones basado en una estafa relativa a acciones de las llamadas *dicey stocks*, *penny stocks* o valores de a centavo y por blanqueo de capitales (Belfort 511).

Lo que hace digno de mención al caso de Jordan Belfort en el contexto del *Self-Made Man* es que llegó a amasar una más que considerable fortuna empezando prácticamente desde cero y desempeñando, en el mismo microuniverso que es Wall Street, una labor muy similar a la de Eric Packer en *Cosmopolis*. Belfort nació en el Bronx y fue criado en Bayside, Queens, en el

seno de una familia media (Belfort 10), de modo que no puede decirse que gozase de ese “dinero viejo” o de una larga, honorable y acaudalada estirpe al estilo de otros personajes como Tom Buchanan (*The Great Gatsby*) o Sherman McCoy (*The Bonfire of the Vanities*). Aunque el propio Belfort, desde el principio de sus memorias, no oculta su firme intención de llegar a ser un *Master of the Universe*, al estilo de Sherman McCoy en la novela de Wolfe, un ser superior con dinero y poder para obrar a su voluntad y—con suerte—sin preocuparse por la repercusión de sus actos:

They had their suit jackets off, and at this hour of morning—9:20 a.m.—they were leaning back in their seats, reading their *Wall Street Journals*, and congratulating themselves for being young Masters of the Universe. Being a Master of the Universe; it seemed like a noble pursuit, and as I walked past the Masters, in my cheap blue suit and clodhopper shoes, I found myself wishing I were one of them. (Belfort 1)

Pero Belfort no nació *Master of the Universe*. Sus andanzas en Wall Street comenzaron en la firma L. F. Rothschild en 1987, año que resultó ser especialmente duro para las finanzas por el *Black Monday*, mencionado anteriormente en este capítulo. Finalmente, L. F. Rothschild se declaró en bancarrota al año siguiente, siendo adquirida por una tercera firma y ejecutando un severo ajuste de plantilla que dejaría a Belfort fuera de Wall Street durante un tiempo. El propio autor ironiza sobre el hecho de que aquellos *Masters of the Universe* de Rothschild acabasen trabajando para él tras fundar Stratton Oakmont:

In that very instant if someone told me that in just few short years I would end up owning the very restaurant I was now sitting in and that Mark Hanna, along with the other brokers at LF Rothschild would end up working for me, I would have said they were crazy. And if someone told me that I would be snorting lines of cocaine off the bar in this very restaurant, while a dozen high-class hookers looked on in admiration, I would say they had lost their fucking mind. (Belfort 10)

La fundación de su empresa de corretaje, Stratton Oakmont, tuvo lugar en 1990. La principal actividad de la agencia de inversiones se basaba en la venta de valores extrabursátiles—los mencionados *penny stocks* o acciones de a centavo—mediante tácticas legalmente ofensivas. En última instancia serían estas actividades las que le llevarían a cumplir condena durante veintidós meses por delitos fiscales (Belfort 515) y a ser inhabilitado de por vida para ejercer la labor de bróker. Las memorias del Lobo muestran la historia del ascenso y caída de un hombre que, de entrada, bien puede servir como ejemplo del hombre frankliniano que se ha venido estudiando en esta tesis: empezó desde una posición modesta, obtuvo un empleo decente, trabajó duro y acabó estableciéndose por su cuenta. En términos estadounidenses, la historia de Belfort—salvo su caída—está en buena sintonía con la imagen contemporánea del *Self-Made Man* en tanto que narra al individuo que asciende hasta lo más alto, en solitario, desde una posición media y

aparentemente movido por dos impulsos principales: el inconformismo con su estatus inicial y la voluntad de prosperar. Como se apunta en Lipton:

Entrepreneurship or entrepreneurial leadership is all about standing alone. It requires aggressiveness and innovativeness in the face of possible failure. It adheres to the assumption that standout personal achievement is valued over the success of a group, with vision and leadership seen as virtues of the *individual*. Especially as Americans, we like to see ourselves as born mavericks and innovators, never satisfied to live with the status quo. (Lipton 7)

Teniendo presente la evolución del prototipo de *Self-Made Man* desde mediados del siglo XX sería cabal preguntarse si acaso existen ciertas profesiones concretas, como la de bróker, o ciertos sectores, como el de empresario, que de alguna manera “corrompen” o inducen a ciertos tipos de comportamiento considerados censurables. Oliver James sostiene en *The Selfish Capitalist* (2008) la postura contraria, que hay ciertas profesiones o sectores profesionales cuya naturaleza suele atraer a un tipo determinado de personas. Para apoyar ese argumento diferencia entre los objetivos “intrínsecos” y “extrínsecos” (111). El concepto de objetivo intrínseco refiere al perseguir el bienestar, el sentido de utilidad, la satisfacción personal; mientras que el concepto de objetivo extrínseco implica perseguir el éxito financiero y material, la admiración y/o la fama, la satisfacción a terceros—los padres, por ejemplo. Así,

People with extrinsic goals also usually have extrinsic motives. In other words, the sort of person who decides to become a stockbroker with the motive of making oodles of dosh also tends to be the sort of person with that goal; by implication the person with intrinsic motivation and extrinsic goals is an exception. (James 116)

Siguiendo el razonamiento de James se puede inferir que uno de los factores clave en la elección de ciertas profesiones en las que, a su vez, hay una clara incidencia de cierto tipo de comportamientos, es fundamentalmente una cuestión de educación y cultura. De este modo, se explica cómo la deformación contemporánea de mito del *Self-Made Man*, en la que se enfatizan los valores más individualistas y materialistas del mito en detrimento de los sociales y comunitarios, acaba tomando como ejemplos de realización del mito a personajes extraídos, precisamente, de esos entornos tan concretos como los expuestos en este capítulo.

En suma y conclusión, y teniendo la anterior cita presente, no es de extrañar que, dada la evolución que ha ido teniendo el mito del *Self-Made Man* desde sus inicios hasta la actualidad, el foco que se ha ido poniendo en el individuo y la prosperidad exclusivamente económica y material dejando de lado lo concerniente al conjunto de la comunidad y la sociedad, el nuevo prototipo de hombre frankliniano siempre acabe refiriendo a hombres de negocios o empresarios que han logrado la meta de amasar grandes fortunas, dejando de lado los medios empleados para conseguir

esa meta. La cuestión ha dejado de radicar en la simple dicotomía “obrar bien/obrar mal”, sino en el hecho de que obrar mal ya no es que no importe a ojos de los demás, es que incluso se valora y aplaude. La visión general, al igual que los tiempos, se ha vuelto resultadista. No importa cómo se ha hecho algo, importa que se ha hecho. Se valora a los líderes en la medida de su eficacia y agresividad, excusándoles con clichés de supuesta sabiduría popular, como aquél de hacer tortillas y romper huevos. La visión del *Self-Made Man* sigue tan presente en el imaginario de hoy como lo estaba en el de tiempos de Franklin, lo que ha cambiado es el concepto del éxito en los términos americanos—si bien cabe destacar que tales términos se han extendido a la mayor parte del mundo occidental. En el Olimpo de los grandes ídolos contemporáneos los magnates y empresarios son mayoría. Y el individualismo es apreciable en el hecho de que, actualmente, se valore positivamente el abrirse camino hasta la cima a costa de otros—empleados, socios, equipo—considerándolo “dotes de liderazgo” o “pensamiento independiente”. Se admira la dureza y la fuerza bruta; se peyora la vulnerabilidad o el reconocimiento de errores. Aunque muy frecuentemente se habla de solidaridad, generosidad, colaboración o respeto, la realidad contradice a estos predicamentos en los patrones de consumo, las audiencias de algunos programas televisivos, la elección de los mencionados ídolos o los resultados electorales. En promedio, se tiende a ver con buenos ojos a aquellos que se autodenominan “políticamente incorrectos” por exhibir argumentarios marcadamente racistas, sexistas o clasistas. El resultado de las elecciones presidenciales de 2016 en Estados Unidos da buena cuenta del calado de determinados discursos pronunciados por hombres de éxito. Se comenta en Lipton unas infames declaraciones por parte del presidente Donald Trump:

FOX News anchor Megyn Kelly, who, after pulling no punches in a debate questioning Trump on his poor treatment of women, had her tough journalism chalked up to menstrual rage by the unamused candidate: “She gets out, and she starts asking me all sorts of ridiculous questions and, you know, you could see there was blood coming out of her eyes, blood coming out of her whatever....” ... Political affiliations aside, Trump’s success is the very best recent example of this: every news story about his ruthlessness seemed to only bolster his appeal. (Lipton 66)

Las acusaciones de fraude, racismo, los testimonios de mujeres violentadas por el actual presidente de los Estados Unidos, sus propias e infames declaraciones públicas, no han lastrado su popularidad, más bien al contrario. Ante la incapacidad de refutar la revelación de que no había pagado el impuesto sobre la renta en décadas, respondió: “That makes me smart”, y la opinión pública pareció concordante (Lipton 66). Sirva el ejemplo de Donald Trump para retomar la tesis inicial del presente capítulo sobre la degradación del mito del *Self-Made Man*: de ideal a bien de consumo, a estrategia de lavado de imagen *a posteriori*. Según una investigación llevada a cabo por el diario *New York Times* en 2018, el actual presidente de los Estados Unidos nunca ha tenido

el más mínimo pudor en arrogarse el hábito de hombre hecho a sí mismo, a pesar de haber recibido por parte de su padre y su imperio inmobiliario una cantidad aproximada a los 43 millones de dólares<sup>118</sup>. Su victoria en las presidenciales pudo sorprender a mucha gente, pero quizá no debería resultar tan sorprendente: personalidades como Donald Trump y similares son la encarnación del mito del *Self-Made Man* en los tiempos modernos en tanto que sólo se otorga prestigio en función de los resultados independientemente de los medios para obtenerlos, hayan sido éstos legítimos o ilegítimos, ciertos o falsos. Así, cuando una persona dada obtiene dicho prestigio, sea Donald Trump, Steve Jobs, Elon Musk, Jordan Belfort, Jeff Bezos o cualquier otro ídolo moderno, todo cuanto diga o haga estará dotado de un crédito conmensurado a aquél que dé su emisor o agente, porque alguien de su posición jamás diría nada descabellado, o porque esa posición, no se alcanza tomando decisiones inadecuadas o poco útiles. Si además ha sabido articular el discurso del *Self-Made Man* aplicándolo para sí de manera adecuada, apelando a gestas que de tanto utilizarlas tantos hombres, tantas veces, han quedado devaluadas a puro cliché—“empecé en un garaje”, “a mí nadie me ha regalado nada”, etcétera—su cotización en el mercado de la opinión pública alcanza cotas estratosféricas. El énfasis contemporáneo en el individualismo extremo que deriva de la deformación del mito del *Self-Made Man* es tan prevalente en la cultura occidental en lo general, y en la de los Estados Unidos en lo particular, que el reconocer, aunque sea de manera soslayada, la colaboración de terceros es capaz de desprestigiar hasta el mayor de los logros, al tiempo que se pasa por alto cualquier comportamiento legal o humanamente ofensivo porque se entiende que es lo necesario para conseguir el resultado perseguido. La distancia de los siglos ha vuelto borrosa la imagen de Benjamin Franklin, de sus ideas y de su discurso sobre progresar como individuo para beneficiar a la comunidad. La cuestión en la actualidad, pues, radica en alcanzar la fama y la prosperidad material de cualquier modo y a cualquier costa. Una vez esté hecho, siempre habrá tiempo para comprar una buena y edificante historia en el mercado de las relaciones públicas. La verdad, a fin de cuentas, es lo de menos.

---

<sup>118</sup> David Barstow, Susanne Craig y Russ Buettner en su artículo de investigación publicado el 8 de octubre de 2018 “Trump Engaged in Suspect Tax Schemes as He Reaped Riches From His Father” para *The New York Times*: “The president has long sold himself as a self-made billionaire, but a Times investigation found that he received at least \$413 million in today’s dollars from his father’s real estate empire, much of it through tax dodges in the 1990s”.



## Conclusiones

El origen de los Estados Unidos de América como nación tuvo ciertos rasgos distintivos concretos que, en comparación con cualquier otra nación de su época, convierten su historia y cultura en cuestiones sumamente interesantes. En lo formal, esto es, en lo concerniente a hechos históricos, de naturaleza geopolítica y hablando de un modo puramente objetivo, la sucesión de acontecimientos que se tradujo en el nacimiento de un nuevo país no encierra particularidad alguna: asentamiento, colonización, insurrección, revolución, guerra, independencia. Sin embargo, la historia, la literatura, la cultura, consisten en algo más que una concatenación de palabras clave. Lo que en este trabajo se ha estudiado es cómo un concepto, un ideal, un mito, se gestó al mismo tiempo que la propia nación a la que sostiene como uno de sus pilares fundacionales: el mito del *Self-Made Man*. Debido a ello, analizar el mito, desde su fase embrionaria hasta su edad adulta es analizar la historia y la cultura de la nación que lo alberga, y viceversa, puesto que estas entidades coexisten tan íntimamente entrelazadas que es complicado determinar dónde están las líneas fronterizas entre ellas—si es que acaso las hubiera a nivel simbólico. La historia son los hechos, la cultura refleja el impacto de éstos sobre la sociedad y la literatura es una de sus más representativas rendiciones de cuentas; por consiguiente, analizar el mito del *Self-Made Man* implica abrir cuatro frentes coaligados: el mito en sí, la historia que le acompaña, la cultura en la que influye y la literatura que lo expresa. Es por ello que en este trabajo se han estudiado las cuatro instancias en proporciones variables, con el propósito de ahondar en cómo aquello que nació—o eso se suele asumir—de las particularidades de un hombre, Benjamin Franklin, arraigó de manera tan profunda que tendría una presencia clara y palpable a lo largo de los siglos y hasta la época presente; si esas máximas franklinianas son realizables por todas las personas en todo momento; de no serlo, determinar cuánto hay de mítico en dichas máximas; y por último, de ser un mito, a qué efectos y en función a qué agentes se ha mantenido vivo tanto tiempo.

Debido a ello, se ha considerado fundamental remontarse al mismo nacimiento de las primeras colonias inglesas en América: la creación y consolidación de los primeros asentamientos, su crecimiento hasta convertirse en ciudades, su expansión y transformación. La llegada de los primeros peregrinos en busca de libertad—religiosa—será un concepto de importancia suma para el ideario estadounidense en general y para el del *Self-Made Man* en particular: la misma Revolución ya se pretextó en la propia libertad y en el recuerdo de aquellos que atravesaron el océano en busca de ella. El mito del *Self-Made Man*, al menos en su versión más primigenia, alberga en su seno este mismo mensaje: libertad, independencia, tanto económica como de pensamiento, no deberse a nadie más que a uno mismo ni hallarse encadenado por la deuda y la servidumbre que ésta lleva implícita. Otro de los temas centrales de la Revolución

Americana que también tendrá un reflejo más que evidente en el mito frankliniano es precisamente es aquél referido a lo más mundano: la economía. El pueblo estadounidense, concepto que, como la historia ha demostrado y documentado, es una noción previa a la nación estadounidense, empezó a desarrollar un sentimiento, de desapego en primera instancia, de aversión después, hacia Inglaterra como hiperónimo de corona, administración y gobierno. Tal sentimiento estaba íntimamente ligado a la enajenación de los frutos del trabajo—de *su* trabajo como granjeros, pescadores, comerciantes y artesanos americanos. Inglaterra se convirtió no sólo en un leviatán insaciable, sino en una amenaza real a toda una forma de vida que era legítima en tanto que se basaba en el trabajo y en la lucha contra los elementos de un territorio tan fértil como despiadado. No obstante, mientras autores como Crèvecoeur hablaban de una nueva raza de hombres, la realidad no era tan sencilla ni tan idílica. Como se ha demostrado, esa *Self-Made Nation*, ese “Nuevo” Mundo, se empeñaba de manera denodada en repetir los errores del antiguo: servidumbre por contrato, reclutamientos forzosos, trata de esclavos... Las colonias albergaban a una considerable cantidad de personas que, efectivamente, llevaban vidas modestas, trabajaban duro y encontraron en América la vida que el viejo continente les negaba, pero la aristocracia de grandes terratenientes que vivía del trabajo de otros o la gente para la cual hasta el concepto “malvivir” escapaba a sus posibilidades también eran una parte importante de la población en las colonias, una parte a la que los escritos propagandísticos solían obviar.

El ideario sobre vidas modestas, trabajo duro, honradez y prosperidad como recompensa a todo ello ya flotaba en el aire y ocupaba un lugar difuso en el imaginario colectivo, y fue Benjamin Franklin quien lo recolectó, cohesionó y creó con él su *opus magnum*: el mito del *Self-Made Man*. Las consideraciones de Franklin a este respecto, voluntaria o involuntariamente y a pesar de que ya desde el mismo momento del nacimiento del mito se tuvieran por universales, tenían—tienen—un público objetivo muy concreto: la llamada “clase media”, entendiendo como tal a ese agregado social altamente heterogéneo que funciona como puente entre las clases más adineradas y aquellas más depauperadas. En el tiempo de Franklin, a este conjunto pertenecían pequeños terratenientes, pequeños comerciantes y artesanos/trabajadores cualificados. La diferencia de la llamada clase media con la clase trabajadora, si es que se las menciona como instancias diferentes, no es verdaderamente sustancial en tanto que ambas clases dependen de su trabajo para vivir; pero allí donde la clase trabajadora tiene como objetivo último la mera supervivencia, las aspiraciones de la clase media suelen ir más en el sentido de trascender, de mejorar su estatus. Al fin y al cabo, como se ha acreditado, el propio Franklin pertenecía a esta franja poblacional. Si se tienen en mente los oídos a los que hablaba Franklin, se pueden entender casi todos los aspectos de su ideal del *Self-Made Man*, especialmente aquellos contradictorios en apariencia, como puede ser su oposición, por ejemplo, a que las clases trabajadoras—“the labouring poor”, como él mismo las denominaba—obtuvieran mayores salarios por su trabajo. En

su esquema mental, el hecho de sacarle mayor rendimiento económico al trabajo suponía el riesgo de disminuir la necesidad de trabajar, lo que significaría más tiempo libre para el trabajador, es decir, más ocio, lo cual, para Franklin, era potencialmente peligroso y corrosivo para el espíritu. Teniendo en cuenta el más que célebre horario que aparece en su autobiografía (1791), horario que Franklin aseguraba autoimponerse, no cabe la menor duda de que creía firmemente en el carácter pernicioso del tiempo libre, creencia que ya queda patente en otras obras suyas, como *Poor Richard's Almanack*. La piedra angular de todo el pensamiento frankliniano, pues, es la buena disposición para el trabajo y la frugalidad. Lo que verdaderamente evidencia a qué público se dirigía Franklin y a qué público omitía es su asunción de que las personas son dueñas y administradoras únicas de su tiempo, así como la de considerar la frugalidad como una opción cuando, en la mayoría de la población, tal cosa era una imposición. Considérense esas virtudes nucleares del *Self-Made Man*, “industry and frugality” en contraposición con el mencionado concepto “labouring poor”: la denominación de los segundos connota menos bondad, menos deferencia por parte del autor, cuando en términos absolutos y connotaciones aparte, se trata fundamentalmente del mismo concepto, el de personas que trabajan duro y no malgastan el dinero en lujos vacuos. El hecho de que Franklin mostrase tan claro trato de favor a la clase media no es extraño ni negativo en sí mismo, considerando sus orígenes; pero sí es tremendamente revelador de algo que ha sido uno de los hilos conductores de este trabajo: en esa inmortal máxima que es “from rags to riches”, “rags” nunca ha sido—ni será—un término absoluto, y la magnitud de “riches” estará seriamente condicionada, incluso determinada, por el punto de partida y por los métodos empleados para tal fin. Como se puede extraer de sus memorias, uno de los pilares fundamentales del pensamiento frankliniano es el individualismo. Pero no es un individualismo cualquiera, considerando que, hoy en día, las connotaciones más frecuentes del término suelen ser más bien negativas. El individualismo en Franklin era más parecido a la noción—casi rayana en lo religioso—del examen de conciencia, el cuestionarse a uno mismo qué puede hacer por el mundo, qué bien se puede hacer por la comunidad, y, una vez hallada la respuesta, trabajar para trasladarla de lo abstracto a lo real. Teniendo esto en debida consideración, no se puede aseverar que el ideario frankliniano fuera intrínsecamente malo. En la inherente imperfección de la condición humana, Franklin quizá cometió algunos errores de juicio y en algunos aspectos incluso puede atribuírsele cierta cortedad de miras, pero sus ideas sobre el *Self-Made Man* no estaban orientadas únicamente a la mundanidad de lo pecuniario, sino a la comunidad, a su articulación, a la colaboración, y al bien de la mayoría. Pero los años alteran las ideas, los tiempos definen a las personas (y viceversa) y, a medida que aumenta la distancia, el punto de partida se hace más borroso. El concepto del *Self-Made Man*, aunque perdurable, no estaba destinado a preservar su esencia más allá de la vida de su principal artífice.

La demostración palpable de que la prosperidad, su magnitud, guarda correlación con el punto de partida que se puede encontrar en el capítulo dedicado a Frederick Douglass, que, al igual que todas las personas que nacían en el seno del sistema esclavista, tenían que hacerse a sí mismas en el más estricto de los sentidos: tenían que empezar por reclamar su misma humanidad. Además de la razón económica, uno de los principales sustentos “morales” de la amoralidad del esclavismo es ver al esclavo/a como herramienta, mano de obra, medio de producción... cualquier contingencia que le mantenga siempre un escalón por debajo de la condición de ser humano: así lo atestigua la documentación recabada en el capítulo al respecto. Ante tal realidad, no pocos intentaban huir, aunque no muchos lo conseguían. Pero lograr huir no brindaba más que una libertad relativa: aún en los estados del norte podían ser capturados y devueltos a su estado anterior, en virtud de la Fugitive Slave Act de 1850. Por ello se puede considerar a Frederick Douglass en particular, y a todos aquellos que antes y después de él encontrasen el camino a la libertad, verdaderos *Self-Made Men* en tanto que ejercieron el inalienable derecho de reivindicar esa humanidad que se les negaba desde su mismo nacimiento. Muchos de aquellos hombres hechos a sí mismos, ya sean así considerados por consenso o por autoproclamación, olvidan ciertos privilegios—que son tales por contraste con aquellos a quienes se les niegan—o ayudas tan interiorizadas y normalizadas que son consideradas “empezar desde cero”, algo que ya ocurría, como se ha señalado, con el propio Benjamin Franklin. Frederick Douglass, en su discurso del Día de la Independencia de 1852, es ya destacable en el sentido de que cuestiona los pilares fundacionales de los Estados Unidos, aquellos de la libertad y la justicia natural, cuando el país aún no había cumplido los cien años de vida. La mera existencia de Douglass, su relato, todo el sistema esclavista, era un desafío abierto no sólo a todas aquellas premisas que justificaron la Revolución, también al propio sistema de creencias estadounidense del trabajo, la honradez y la prosperidad. El gobierno de su tiempo no sólo consentía la esclavitud, sino que también reducía la libertad a una mera contingencia y traicionaba el relato de la cultura del esfuerzo al situar a todo un sistema económico y político, con sus consiguientes—y cruelmente rigurosos—cuerpos represivos con el único propósito de evitar que una parte importante de la población pudiera alcanzar ya no la prosperidad, sino el mero reconocimiento de su condición humana.

En el contexto de esos Estados Unidos esclavistas, una personalidad destaca entre todas las demás y constituye prácticamente el polo opuesto de la historia de Frederick Douglass: Abraham Lincoln, uno de los más reverenciados políticos de la cultura norteamericana—y casi mundial, si se permite el atrevimiento. Como se ha detallado en el correspondiente capítulo, el motivo por el que se puede situar la vida de Lincoln en el polo opuesto a la de Douglass no es su posición respecto a la esclavitud, sino las circunstancias en las que se tuvieron que desenvolver uno y otro. Lincoln bien puede ser digno valedor de los ideales franklinianos en tanto que ambos fueron hombres blancos provenientes de una clase media en el contexto de una época en la que

sus oportunidades eran, sin duda alguna, infinitamente más prometedoras que las de un hombre nacido en esclavitud. Además, la vida de Lincoln, su trágico desenlace, contribuyeron enormemente a la formación de una leyenda en torno a una ya más que memorable figura política. No obstante, como se ha demostrado, gran parte de la leyenda de Lincoln es casi más un constructo ideológico *a posteriori* y con tintes casi religiosos, mera simbología conmemorativa, que hechos reales y contrastables. Y la primera piedra de este constructo, sin embargo, la puso el propio Lincoln en vida. Al igual que Franklin, también Lincoln hizo de su sencillez una imagen de marca que ocultaba un carácter lo bastante complejo como para ser consciente de cuán valiosa puede ser dicha sencillez. Parfraseando a Ortega y Gasset, “la claridad es la cortesía del filósofo<sup>119</sup>”, y la vida política de Lincoln es claro reflejo de su capacidad de cálculo al tiempo que mantenía esa imagen de simplicidad: con la Proclamación de Emancipación de 1862 consiguió el casi imposible objetivo de satisfacer, al mismo tiempo, a abolicionistas y esclavos, mientras perjudicaba al bando confederado en la Guerra de Secesión y beneficiaba a las élites económicas del norte, siendo estos últimos a quienes Lincoln se debía en última instancia. Y es por esto que Lincoln ocupa un lugar preeminente no sólo en la política, sino en la mitología del *Self-Made Man*: ascendió de manera meteórica desde el anonimato a lo egregio, se *construyó* a sí mismo en tanto que averiguó qué facetas suyas había de potenciar para lograr sus objetivos y procuró el bien del prójimo—siempre que ello contribuyese a sus objetivos, como se ha demostrado. Al igual que Franklin y al contrario que Douglass, Lincoln también disfrutó de todo un sistema social, político y económico en el que todo estaba dispuesto para favorecer a un varón blanco con formación académica.

El legado que Lincoln dejó tras de sí es indiscutible, no así el de Franklin y el *Self-Made Man*, que en la etapa de la Reconstrucción tras la Guerra de Secesión empezó a ser cuestionado por autores como Francis Parkman o James Fenimore Cooper, que veían en el ideal frankliniano un retraso cultural para una sociedad que estaba demasiado ocupada en satisfacer sus más inmediatas y mundanas necesidades como para poder centrarse debidamente en causas más elevadas, una sociedad cuya adoración acrítica al *Self-Made Man* acabaría abocándola hacia una mera plutocracia sin más criterio cultural que la adoración al dinero. De este modo, la posición de Cooper y Parkman al respecto consistía en fomentar una clase intelectual que se dedicase a la generación, difusión y preservación del conocimiento y ampliase los estándares culturales de la joven nación. En el “bando” opuesto—si es que tal término fuera aplicable, ya que no era un debate abierto, sino perspectivas que, como se ha demostrado, podían ser complementarias en algunos aspectos—se situaban autores como Walt Whitman y Ralph Waldo Emerson. Para ellos la manera de conseguir los fines propuestos por Parkman y Cooper no pasaba por la creación de

---

<sup>119</sup> En *Ortega y Gasset, el gran maestro*, de Agapito Maestre. Almuzara, 2019.

un “sacerdocio” intelectual, sino por la universalización del saber, de la cultura. Las visiones de Whitman y Emerson eran las que más en sintonía se hallaban con el legado de Franklin en tanto que, como se ha desarrollado, apelaban al desarrollo del potencial del individuo en el más estricto de los sentidos, incluido el cultural y moral. Whitman defendía en *Democratic Vistas* (1871) que el maniaco apetito de dinero prevalente en los Estados Unidos suponía un obstáculo para el verdadero progreso y que sólo con una planificación eficiente que satisficiera las necesidades más fundamentales del pueblo la democracia podría evolucionar. Ni para Emerson ni para Whitman la riqueza ni la voluntad de obtenerla eran algo negativo *per se*, pero ambos, Emerson especialmente, consideraban que dicha riqueza no podía ser obtenida por cualquier medio, y que era vital que el individuo fuera *rico* a nivel moral y espiritual si quería lograr una prosperidad auténtica que, además, sirviera para el bien de toda la sociedad. Debido a ello, Emerson sostenía—de un modo muy similar al que ya hiciera Franklin en su momento—que la prosperidad empezaba en el individuo, en su manera de ser, de confiar en sí mismo, de comprender el mundo y de relacionarse con él. A lo largo de su obra, Emerson demostró una profunda comprensión de lo que verdaderamente debía ser el *Self-Made Man*, quizá incluso mayor que la del propio Franklin. Lamentablemente, y por causas de las cuales no cabría en absoluto culparle, su corriente de pensamiento, centrada en el individuo y su visión del mundo como principio motor en del camino hacia la prosperidad, abrió la puerta a toda una corriente de pensamiento basada en la mala interpretación y simplificación del universo conceptual emersoniano, conocida en su primera etapa como *New Thought*, y que supondría el germen de todo el género de la autoayuda, escuela “filosófica” que no sólo ha pervivido hasta el presente, sino que cada vez goza de mejor salud.

Una de las muchas cosas en las que Whitman, Emerson y adláteres tenían razón era en su consideración de que la búsqueda desmesurada de riqueza por cualquier medio era dolosa para el progreso cultural, y especialmente social, de la nación estadounidense. A la luz de este pensamiento se ha analizado la obra *The Gilded Age: A Tale of Today* (1873), de Mark Twain y Charles Dudley Warner, así como la época que debe su nombre a la obra y ciertos aspectos biográficos del propio Twain bajo la perspectiva del mito del *Self-Made Man*. Ambientada en ese período de moderado crecimiento económico que se experimentó en Estados Unidos en la Reconstrucción, tras la Guerra de Secesión y con ese tono satírico tan característico de Twain, el relato describe de una manera muy aguda qué supuso, por un lado, el desarrollo industrial y territorial encabezado por el ferrocarril, y, por otro lado, un claro ejemplo de qué implicaba esa mala interpretación de la escuela de pensamiento emersoniana en lo concerniente al *Self-Made Man* a través del personaje Beriah Sellers. Esa Era dorada, nombre verdaderamente apropiado en tanto que no tiene de oro más que una leve pátina, no sólo fue un período de cuestionable bonanza económica—considerando que, como se ha explicado, los años posteriores a un conflicto bélico normalmente implican cierto crecimiento económico—sino que además conformaría los

cimientos de una fase de la economía estadounidense extraordinariamente débil, volátil e impredecible, que irá encadenando pánicos bancarios, recesiones y crisis hasta su derrumbe absoluto en 1929, con un impacto en la sociedad más que evidente. *The Gilded Age* muestra, a través de la narración de las historias entrelazadas de distintos personajes, hasta qué punto se estaba degradando el ideario frankliniano en el atardecer decimonónico: el relato de obtener la riqueza a través del trabajo duro, la honradez y la constancia había quedado reducido a un ideario teórico comúnmente aceptado, a un consenso tácito, mientras que en la práctica la voluntad imperante era la de lograr la riqueza a costa de todo y de todos, relegando el discurso del *Self-Made Man* a una impostura adoptable a hechos consumados. Resulta curiosa—y reveladora—la manera en que Twain hace que todos los personajes sean, a la vez, perpetuadores y víctimas del relato de autosuperación de un modo muy similar al que él mismo sufriera en primera persona con sus múltiples aventuras empresariales fallidas. El poso general del relato es el desencanto de Twain para con esa “cultura del esfuerzo” de la que siempre se ha vanagloriado el ideario estadounidense y que siempre ha tenido como uno de sus pilares fundacionales. También es de destacar otro detalle muy interesante del relato a propósito del *Self-Made Man*: es un mito de naturaleza resultadista, una ideología que sólo necesita de un triunfo individual para autoafirmarse y reivindicarse como válida, mientras que un millón de historias fallidas jamás constituirán una refutación aceptable.

Con esta mentalidad de la riqueza a cualquier precio, del individualismo exacerbado y la inestabilidad de un capitalismo financiero que invitaba a los modelos económicos y empresariales fundamentados en el enriquecimiento rápido (o *get rich quick*), los Estados Unidos entraron en el siglo XX. A pesar de los denodados esfuerzos del gobierno encabezado por Woodrow Wilson, el comportamiento de la economía del país seguía siendo algo sumamente abstruso en lo que intervenían múltiples factores nacionales e internacionales, los intereses de aquellos magnates conocidos como *robber barons* por un lado, y las caóticas relaciones globales por el otro, que tornaron más caóticas aún tras la Primera Guerra Mundial. Para intentar paliar las tendencias monopolísticas inherentes a las economías de mercado, el gobierno se centraba en fomentar la creación de nuevas empresas en aras de aumentar la oferta y fomentar la competencia, algo teóricamente posible pero prácticamente irrealizable si no se aplicaban fuertes regulaciones a la economía para que los grandes titanes corporativos no asfixiaran a los pequeños negocios. A pesar de todo ello, los años veinte presenciaron una mejora relativa de la economía, al menos en una franja poblacional lo bastante amplia como para ser considerada la mayoría, cosa que, como se ha detallado, estaba lejos de ser la realidad. La aparente despreocupación y pujanza de los *Roaring Twenties* consistía fundamentalmente en una economía apuntalada sobre la marcha que caminaba hacia el desastre, cosa que ya destacaron autores como Francis Scott Fitzgerald en “Echoes of the Jazz Age” (1931) y *The Great Gatsby* (1925). En esa bonanza fingida, a la sombra de la Ley Seca

y con la riqueza como única meta surgieron dos arquetipos más de *Self-Made Man*, Jay Gatsby y Al Capone, cuyas historias, una ficcional, la otra real, sirven de demostración del estado en el que se hallaba el mito frankliniano en el primer tercio del siglo XX. Ambos personajes comparten de manera paralela varios factores destacables considerando las bases sentadas por Franklin y su ulterior elaboración por parte de la escuela de pensamiento emersoniana: voluntad, iniciativa, compromiso, disciplina y visión. Ambos, de igual modo, recorren el sendero que discurre “from rags to riches” de una manera que podría considerarse el resultado de una interpretación interesada—y no obstante, comprensible—del individualismo exacerbado con la riqueza como única meta. Tal interpretación deriva de esa simplificación a la que el mito del *Self-Made Man* fue sometido para reducirlo a mera autoayuda, desembarazándolo de todo aquello que pudiera no resultar económicamente productivo, provechoso o propagandístico de lo que posteriormente se denominaría *The American Way*: el bien de la comunidad, la colaboración, el asociacionismo. A través de las historias de ambos personajes también se ha constatado otro hecho que es sumamente elocuente de esa ilusión de la movilidad social en Estados Unidos: tanto Gatsby como Capone se hicieron a sí mismos en tanto que ambos alcanzaron la riqueza desde unos orígenes humildes, pero las esferas que alcanzaron nunca llegaron a aceptarles en su seno. Incluso ambos cumplían— a su manera—con esas máximas emersonianas según las cuales el éxito es un resultado de la comprensión más profunda e íntima de las reglas de la naturaleza y de las personas. Ellos, sin duda, comprendían cómo funcionaba su entorno y lo utilizaron en su favor. Sus historias ponen en evidencia un relato que ha sido una constante histórica, aquel de que sólo los mejores y los más aptos consiguen triunfar, cosa que tal vez tendría sentido en un escenario de igualdad de oportunidades real y con unas reglas sólidas e inviolables pero, como sus historias denotan, y otras historias harán después de las suyas, la movilidad social es prácticamente ilegal en tanto que lograrla en muchos casos implica recurrir a métodos ilegales.

Naturalmente, este pensamiento jamás ha llegado a ser reconocido ni mínimamente sugerido por los grandes creyentes del mito del *Self-Made Man*, como Herbert C. Hoover, quien albergaba una ferviente devoción por la excepcionalidad del individualismo americano, el único que, a sus ojos, garantizaba la igualdad de oportunidades y el triunfo de los más válidos en un entorno de libertad y prosperidad con una tutela suficiente para evitar abusos sin llegar a ser coercitiva ni estricta en exceso. El colapso de la economía estadounidense en 1929 no tardaría en quitarle la razón, aunque Hoover, en sí mismo una representación viviente del mito del *Self-Made Man*, permaneció inasequible al desaliento frente a los azotes de realidad que le acosaban en los años de la Gran Depresión. Él mismo se sabía una demostración moderna del ideal frankliniano, él, que proveniente de una familia de clase media, se abrió camino por sus propios medios, como ya hiciera Lincoln—teóricamente—en su momento hacia la presidencia de su país, la más

honorable posición a la que un estadounidense de bien podía aspirar. En ningún lugar de este trabajo se ha puesto en duda ni menoscabado tal hazaña, sino que se le ha aplicado cierto y necesario contraste. La firme creencia de Herbert C. Hoover en el “individualismo americano” (creencia que dio nombre a uno de sus libros) le llevó a los lares de la respuesta fácil y la generalización injustificable, nacidas de una simplificación del pensamiento emersoniano en la que su historia, sus circunstancias, *tenían* que ser aplicables a todas las personas, de todos los géneros, razas, clase social, procedencia, en todos los momentos, de todas, en fin, circunstancias tanto materiales como inmateriales. Como si de una variante del sesgo del superviviente se tratara, pensó que si alguien de sus orígenes podía haber llegado a la presidencia de los Estados Unidos, cualquier persona podía. La Gran Depresión y el *Dust Bowl* pusieron de manifiesto varios factores relevantes en lo relativo al mito del *Self-Made Man*: en primer lugar, que aquella movilidad social que llevó a Lincoln en su momento a asegurar que en los Estados Unidos no existía una clase permanente de trabajadores asalariados era absolutamente ilusoria. En segundo lugar, que la economía y la política estadounidenses son altamente indulgentes con los titanes empresariales e injustificablemente severas con aquellos que trabajan duramente para lograr su sustento, lo que, en tercer lugar, supone no sólo una contradicción directa al mito fundacional del *Self-Made Man*, sino una necesidad manifiesta de contradecirlo. En cuarto lugar y considerando que la Gran Depresión encontró su final en el *New Deal* y su subsecuente keynesianismo militar, que la economía estadounidense requiere de conflictos bélicos—como la Primera y la Segunda Guerra Mundial—para mantenerse y, en quinto lugar, que un *Self-Made Man* de pleno derecho, exitoso y próspero, útil y ejemplar para la comunidad, no es sino una mera anomalía estadística. Debido a ello, la Gran Depresión y sus rigores para con el pueblo estadounidense hirieron severamente al mito frankliniano prácticamente hasta su tricentenario, haciéndolo pasar a perfil relativamente bajo hasta su gran renacer durante la segunda edad de oro de Wall Street.

Con el auge del capitalismo multinacional que se había estado gestando durante décadas, la esfera de las grandes corporaciones en el marco estadounidense empezó a redefinir ciertos conceptos grabados a fuego en el imaginario colectivo estadounidense, como las nociones de “independencia” o “libertad”. Así, auspiciados por una era (ultra) conservadora del mundo occidental con Ronald Reagan o Margaret Thatcher como referentes políticos y que se antoja un contrapunto a aquellos *long sixties* de reclamación de derechos sociales y políticas de corte más progresista en los que el mito frankliniano cayó un poco en desuso debido a la propia oleada de reivindicaciones sobre igualdad racial, feminismo, etcétera. En aquellas décadas de los 60 y 70 el mito del *Self-Made Man* empezó a ser visto con recelo, al ser un pilar fundacional del imaginario estadounidense y debido a su marcada orientación al hombre blanco y a los valores tradicionales. Acabados aquellos *long sixties*, el mito del *Self-Made Man* experimentó otra reelaboración que lo prepararía para afrontar los tiempos que estaban por venir. Tal reelaboración, considerada a

*posteriori*, se puede considerar muy lógica si se tienen presentes aquellos rasgos de su corpus ideológico que, como se ha estudiado en este trabajo, se han ido potenciando a lo largo de la historia en detrimento de otros que quizá podrían resultar menos productivos o convenientes: el individualismo, la riqueza como meta máxima y la meritocracia sólo como relato a hechos consumados y siempre que sirva de justificación. Así, en una sociedad de clases con intereses comunes pero con muy disparejos para lograrlos, la prosperidad no es tal si no se puede demostrar a través del consumo y/o la exhibición, tanto de bienes como de personas, como señal de estatus y de diferenciación. Todo ello queda excelentemente plasmado en *The Bonfire of the Vanities* (1987), de Tom Wolfe, donde se muestra a esa sociedad neoyorquina de los años ochenta estratificada, en conflicto y estanca, con sus subtipos de clase social y con un interés común: la riqueza a cualquier precio. En lo concerniente al mito del *Self-Made Man*, la novela de Wolfe retrata a un sistema socioeconómico donde el fetichismo de la mercancía reina soberano, donde las virtudes personales que han de acompañar necesariamente al mito frankliniano cada vez gozan de menos espacio, y donde el trabajo duro para lograr la independencia del individuo y el bien de la comunidad se empieza a ver sustituido por la noción de la productividad, donde el individuo—especialmente aquel de clase trabajadora—es valorado como una mercancía útil en la misma cuantía que beneficio pueda extraerse de ella. Así, la realización personal empezó a convertirse en una contingencia externa al individuo y no identificable en términos objetivos y absolutos, sino mediante la valoración de terceros dentro del contrato social de la adquisición de bienes-fetichismo. Sin embargo, en la novela de Wolfe estas circunstancias sólo se sugieren de manera novelada y casi paródica, lo que no las hace menos ciertas, pero sí más sutiles y menos premonitorias. Pero Wolfe, en *The Bonfire of the Vanities*, de manera indudablemente consciente, estaba criticando estos valores—o acaso su falta—concretos que ya estaban deshumanizando a la sociedad, al *Self-Made Man* por ende, y que continuarían evolucionando hasta alcanzar su más perfecto destilado en los tiempos presentes, en los tiempos del capitalismo tardío.

El liberalismo económico, caracterizado por poner un marcado énfasis sobre el individuo por encima del colectivo, fue uno de los grandes artífices y beneficiarios de la reelaboración del mito del *Self-Made Man* a finales del siglo XX. Dicha reelaboración lo centró más que nunca en el individualismo como medida para todo y en la obtención de riqueza como la más elevada meta a la que se podía aspirar, desembarazándolo definitivamente de todo aquello enfocado a lo socialmente beneficioso que el propio Franklin, Emerson o Whitman intentarían implantar en el ideario del mito a lo largo de su historia. Este enfoque estrictamente centrado en lo económico supuso, como ya se pudo vislumbrar en el capítulo dedicado al trabajo de Tom Wolfe, que toda una “nueva raza”—tomando el concepto de Crèvecoeur—de potenciales *Self-Made Men* surgiera en el panorama estadounidense: el ejecutivo de Wall Street. Por ello, en la contemporaneidad, las historias sobre hombres de orígenes modestos y éxitos estratosféricos suelen estar copadas por

ejemplos provenientes de sectores de actividad como el bursátil o el empresarial. No en vano, y como ya se hizo en otras ocasiones a lo largo de esta investigación, el capítulo final está dedicado a dos personalidades, una literaria y otra real, relacionadas con el mencionado microuniverso: Eric Packer, protagonista de la novela de Don DeLillo *Cosmopolis* (2003); y Jordan Belfort, más conocido por el sobrenombre “The Wolf of Wall Street”, que también da título a su relato autobiográfico (2007). Ambas entidades se hallan en buena sintonía con los términos contemporáneos del mito del *Self-Made Man* en tanto que ambos detentan una más que considerable prosperidad que han conseguido con su trabajo, un trabajo hacia el que ambos muestran signos adicción y, por lo tanto, a ojos de la sociedad, se puede considerar que trabajan duro y que su riqueza es merecida. Esto es revelador de la dimensión resultadista en la que entró el mito del *Self-Made Man* con el nuevo milenio: los métodos no importan en tanto que se consiga el objetivo. Además, tanto Jordan Belfort como Eric Packer hacen ostentación de su riqueza a través de la adquisición de bienes de lujo, algo imprescindible para servir como ejemplo a todos aquellos que aspiren a alcanzar su estatus algún día. Otro detalle destacable acerca del estado actual del mito es que el éxito ha de ser individual. Belfort, Packer, y casi cualquier otro ejemplo contemporáneo de *Self-Made Man* han llegado solos a la cima. En algún momento de su ascenso pueden haber tenido algún tipo de asociación o cooperación con cualquier persona o personas, pero en el impulso final hasta lo más alto el equipo es un lastre del que hay que deshacerse. Que sólo se admita compañía en calidad de subordinación no es sino la más lógica consecuencia de siglos de fomento del individualismo en un ideal que ya era individualista *per se* desde su mismo inicio, aunque, como se ha demostrado, de un modo menos pernicioso y con objetivos claramente enfocados a la comunidad.

No es de extrañar que el mito del *Self-Made Man*, más de tres siglos después de su nacimiento, no sólo siga vigente, sino que goce de una inusitada buena salud. El plano socioeconómico actual necesita desesperadamente modelos de comportamiento que justifiquen sus exigencias y las disfracen de valores. Por un lado, se rinde culto al trabajo, elevándolo a la categoría de valor moral y asumiendo que cualquiera que no se someta gustoso a una disciplina laboral que ocupe la mayor cantidad de horas de su vida no es verdaderamente digno ni está participando de ese concepto imperante que es la llamada “cultura del esfuerzo”. La retórica de Franklin acerca de lo dañino del ocio parece seguir intacta en este aspecto, lo cual, habida cuenta del panorama actual, es de una sublime conveniencia ideológica y económica: se aplauden abiertamente y con todo descaro historias de personas con dos o más empleos como paradigma del esfuerzo y la voluntad de superación, obviando así la problemática e incómoda raíz de semejantes situaciones: en pos de seguir aumentando las tasas de ganancia se está consiguiendo que una cantidad nada desdeñable de población no pueda vivir de su trabajo.

Dentro de esa mencionada cultura del esfuerzo o meritocracia también entra la noción de la frugalidad y el ahorro, que ha convertido en aceptable y hasta necesaria la precariedad, siendo vista con total naturalidad, invistiéndola con una suerte de carácter pedagógico—recuérdense las consideraciones de Emerson acerca del valor de la necesidad como factor de enriquecimiento espiritual—y romantizando la pobreza como hipóstasis del conocimiento de aquello que es verdaderamente importante. Mientras tanto y no obstante, el concepto de la afluencia material como sinónimo del éxito sigue siendo la tónica general, de tal modo que se fomenta el pensamiento de que la posesión y/o acumulación de ciertos bienes de consumo es sinónimo de estatus, y el estatus, por lo tanto, es el reflejo del éxito. Este renombre que otorga la tenencia de ciertos artículos no hace sino extrañar al individuo de su realidad social, induciéndole un sentimiento de ilusorio prestigio que le lleve a identificarse precisamente con esa maquinaria que le humilla y adocena y no con sus semejantes, lo que en fin y a la postre consigue que una gran mayoría de individuos acepten el sistema y hasta lo defiendan, y relega a la marginalidad cualquier cuestionamiento o amenaza potencial.

La llamada cultura del esfuerzo evolucionada desde los planteamientos de Franklin se acaba revelando como una suplantación moderna de la mística y la alienación religiosas proyectadas sobre el ámbito económico, social y personal. De una manera sorprendentemente análoga a la de un sistema de creencias de naturaleza teológica, la vida, el goce, son pospuestos al plano temporal futuro, mientras que la totalidad del presente es ocupada por un omnipresente mundo laboral que metastatiza en todos y cada uno de los aspectos de la vida del individuo. Esta situación se presenta como el sacrificio necesario para merecer la dicha futura, para cumplir una suerte de pacto tácito con esa deidad contemporánea que es la economía—en el caso de los Estados Unidos, cuya cultura se ha analizado en este trabajo, esa mentalidad del pacto en su sentido religioso es rastreable hasta el *Mayflower*.

Por último, el mito del *Self-Made Man* es, y siempre será, necesario por la cantidad de contradicciones sistémicas que es capaz de solucionar con su genial simplicidad. El discurso económico y político actual necesita disfrazar su absoluta incapacidad para proporcionar una vida digna a quienes lo mantienen en funcionamiento valorando por encima de todo la iniciativa individual, el llamado emprendimiento o ímpetu empresarial. Son de gran utilidad historias de comienzos desde cero, empresas fundadas en garajes y cualquier relato que confirme la célebre máxima de “from rags to riches” para demostrar que tales hazañas aún son posibles (si bien es cierto que, como se ha venido demostrando, el concepto de *Self-Made Man* en la contemporaneidad ha quedado reducido a bien de consumo y a impostura adoptada *a posteriori*). Al igual que Franklin en su momento, la mayoría de arquetipos modernos de hombre hecho a sí mismo suelen ser personajes de genial excentricidad y, como ya apuntó Mark Twain, el solo hecho de imitar las costumbres de Benjamin Franklin no va a convertir a nadie en Benjamin Franklin.

Dentro de esa excentricidad, hoy en día, caben toda clase de comportamientos éticamente cuestionables, legalmente ofensivos e, incluso, socialmente corrosivos. No pocos de los dioses del Olimpo del *Self-Made Man* contemporáneo son célebres por su carácter despiadado y abusivo: Steve Jobs, Jeff Bezos, Elon Musk, Donald Trump... Sin embargo, ese carácter es perdonado y hasta aplaudido porque se da por sentado que son un mal necesario, que esos hombres han tenido la voluntad y las agallas de hacer lo que había que hacer para cumplir su visión. Además, en muchos casos, esos grandes *Self-Made Man* “cumplen” con la voluntad de Franklin de, una vez alcanzada la prosperidad, buscar el bien de la comunidad: destinar una ínfima parte de los beneficios a cualquier obra de caridad expía toda culpa de cara a la opinión pública y valida automáticamente todo método, transgresión o abuso. Este sistema de validación funciona en más de un sentido: cualquier hombre exitoso que sepa instrumentalizar en su favor el mito del *Self-Made Man* no hará sino corroborar su factibilidad. Todos aquellos que no lo han conseguido, aunque sean una abrumadora mayoría, no lo desmienten, sino que lo corroboran en tanto que se les hace responsables de su propio fracaso, bien mediante los mecanismos de la mencionada cultura del esfuerzo o meritocracia, o bien por retórica de las agallas, la hombría—aún en pleno siglo XXI sigue siendo frecuente hablar en tales términos—o el “hacer lo necesario”. A partir de este detalle, se pueden, y se deben, abrir líneas de estudio adicionales a la aquí presentada sobre el mito del *Self-Made Man*: una, la más inmediata quizá, sobre el *Self-Made Man* desde una perspectiva de estudio de la construcción de la masculinidad. En el mencionado trabajo de Mark Lipton (*Mean Men*) se comenta cómo la muestra de determinados rasgos comportamentales está notablemente ligada a la testosterona considerando que, al tratarse de una hormona esteroidea, afecta tanto a nivel neurológico como fisiológico, desde la agresividad a la masa ósea. De ahí la necesidad de contemplar el mito del *Self-Made Man* desde una perspectiva de construcción de la masculinidad: más allá de lo biológicamente observable y demostrable hay toda una ideología falsaria construida a su alrededor, basada en una suerte de “determinismo genético”, en la que se fomentan, justifican y aplauden determinadas actitudes, como las mencionadas “agallas”, comportamientos socialmente tóxicos, abusivos o incluso predatorios, que se consideran parte intrínseca del género masculino y que hasta se tienen por necesarios en eso que se denomina “ser un hombre”.

Esta evidente interacción entre el mito del *Self-Made Man* y la construcción de la masculinidad abre el camino a otra línea de investigación tan obvia como necesaria: la *Self-Made Woman*. El mito frankliniano y el “relato *Self-Made*” han sido eminentemente masculinos desde su misma creación. Sin embargo, la literatura, la cultura, han mostrado historias de *Self-Made Women* cuyos logros han discurrido más por los senderos de la emancipación o de la realización. En el caso de las mujeres de negocios que han amasado fortuna es verdaderamente destacable cómo sus historias son contadas en términos de asimilación de la otredad: mujeres abriéndose

camino “en un mundo de hombres”. Dentro de la terminología de la emancipación, otra línea de investigación ha de ser explorada: el mito del *Self-Made Man* desde un enfoque étnico. En este trabajo es algo que se ha mencionado de manera muy breve en comparación con las historias de hombres blancos, y no es casualidad. Como el capítulo dedicado a la figura de Frederick Douglass pone de manifiesto, lo que en el caso de personalidades como Franklin o Lincoln se considera empezar desde cero, en el caso de personas de otros grupos étnicos lograr ese “cero” era la verdadera hazaña. El estudio del *Self-Made Man* desde la perspectiva étnica constituye, sin duda, una fuente de investigación que dará lugar a no pocas e interesantes conclusiones, relevantes tanto para ahondar en la comprensión de la historia estadounidense como para una mejor y más profunda comprensión del presente.

Quede demostrado, a tenor de todo lo dicho y de todo aquello que esté por venir, por qué el relato del *Self-Made Man* se puede considerar un mito ya desde sus mismos inicios y por qué, a pesar de todo ello, sigue teniendo la misma vigencia hoy en día que la que tuvo en tiempos de Franklin, y es dudoso que en un futuro cercano vaya a ser desechado del imaginario estadounidense en lo particular y de la cultura occidental en lo más amplio, dada su demostrada conveniencia ideológica, política, económica y social. El relato del hombre que se abre camino a la cima por sus propios medios y contra todo pronóstico no sólo resulta inspirador e invita a la emulación, es productivo en tanto que tiende a desactivar la voluntad de cooperación, de asociación, y convierte el éxito compartido en un demérito o en el peldaño inmediatamente anterior al éxito verdadero, en el que el hombre hecho a sí mismo se desprende del lastre y alcanza la cumbre. Del mismo modo, su enfoque individualista también consigue que las ingentes masas de personas que se quedan en el camino, que no alcanzan la prosperidad, no sirvan de refutación para el relato, sino de confirmación pasiva: el método no fue el adecuado, la disciplina fue insuficiente, la idea no fue buena, etcétera. Por ello, por ahora, esta investigación no ha de considerarse acabada, sino a la espera de que el futuro vaya proporcionando nuevas historias, a la espera de que las perspectivas complementarias propuestas—género, etnia, etcétera—y otras provean a este estudio de una necesaria y mayor amplitud de miras.

## Conclusions

The origin of the United States of America as a nation had precise distinctive features that, in comparison with any other nation of its time, raise interesting questions in its history and culture. In the formal aspects, that is, in regard to historical events, those questions of geopolitical nature and speaking in a purely objective manner, the succession of events that resulted in the birth of a new country has no particular features: settlement, colonization, insurrection, revolution, war, independence. However, history, literature, culture, consist of something more than a concatenation of keywords. What has been studied in this work is how a concept, an ideal, a myth, was created at the very same time as the nation itself, supporting it as one of its foundational cornerstones: the myth of the Self-Made Man. Because of this, analyzing the myth, from its embryonic phase to its adulthood, is to analyze the history and culture of the nation that harbors it, and vice versa, since these entities coexist so intimately intertwined that it is difficult to determine where the border lines are between them—if there were at all at a symbolic level. History is the facts, culture reflects their impact on society, and literature is one of their most representative accounts; therefore, analyzing the myth of the Self-Made Man involves opening four coalesced fronts: the myth itself, the history that accompanies it, the culture it influences and the literature that expresses it. That is why this work has studied the four instances in varying proportions, with the purpose of delving into the causes of how that myth—presumably—born from the idiosyncratic features of a man, Benjamin Franklin, became ingrained so deeply that it would have so clear and palpable a presence throughout the centuries and up to the present; whether realizing those Franklinian maxims is possible by all people at all times; if not, determining how much of the mythical there is in these maxims; and, finally, in case it is a myth, to find out which purposes it serves and to what agents it owes its long life.

Due to the aforementioned reasons, it was deemed fundamental to go back to the very birth of the first English colonies in America: the creation and consolidation of the first settlements, their growth into cities, their expansion and transformation. The arrival of the first Pilgrims in search of—mostly religious—freedom will be a concept of utmost importance for the American imaginary in general and for that of the Self-Made Man in particular: the Revolution itself was already based in the freedom and in the memory of those who crossed the ocean in search of it. The myth of the Self-Made Man, at least in its most primal version, is the refuge of this same message: freedom, independence, both economic and of thought, owing nothing to no one but to oneself, not being chained by debt and the servitude debt entails. The other central theme of the American Revolution that will also have a more than evident reflection on the Franklinian myth is precisely that referring to one of the most mundane affairs: the economy. The American people, a concept that, as history has proved and documented, predates the American nation, began to develop a feeling of detachment first, of aversion later, towards England as a

hyperonym of the Crown, administration and government. Such feeling was intimately linked to the alienation of the fruits of labor—from *their* labor as American farmers, fishermen, merchants and craftsmen. England became not only an insatiable juggernaut, but a real threat to a whole way of life that was legitimate insofar as it was based on work and on the struggle against the elements of a territory which was as fertile as it was ruthless. However, while such authors as Crèvecoeur spoke about a new race of men, reality was neither so simple nor idyllic. As shown, that Self-Made Nation, that “New” World, was determined to repeat the mistakes of the old one: indentured servitude, forced recruitment, slave trade... The colonies housed a considerable number of people who, indeed, led modest lives, worked hard, and found in America the life that Europe denied them, but the aristocracy of large landowners who lived on the work of others, or the people for whom even the concept of “survival” was out of reach, were also an important part of colonial population, a part which propaganda often obviated.

All that ideology about modest lives, hard work, honesty and prosperity as a reward for all that was already in the air and occupied a diffuse place in collective imagination, and it was Benjamin Franklin who collected it, cohered it, and created with it his *opus magnum*: the myth of the Self-Made Man. The considerations of Franklin’s in this respect, voluntarily or involuntarily and in spite of being considered universal from their very birth, had—have—a very specific target audiences: the so-called “middle class”, understanding as such that highly heterogeneous social aggregate that works as a bridge between the wealthiest and the most impoverished classes. In Franklin’s time, small landowners, small merchants, and skilled craftsmen/workers belonged to this group. The difference between the so-called middle class and the working class, if they are mentioned as different instances, is not truly substantial insofar both classes depend on their work to live; but while the working class has mere survival as its ultimate goal, the aspirations of the middle class tend to aim in the direction of transcending, of improving their status. After all, as has been proven, Franklin himself belonged to this group. Keeping in mind the ears for which Franklin spoke, almost every aspect of the Self-Made Man ideal can be easily understood, especially those apparently contradictory, such as his opposition to the perception of higher wages by the working class—“the labouring poor,” as he called them—for their work. In his mental scheme, the fact of extracting a better economic output out of labor implied a risk of reducing the need to work, which in turn could mean more free time for the worker, that is, more leisure, which, for Franklin, was potentially dangerous and spiritually corrosive. Taking into account the more than famous schedule that appears in his *Autobiography* (1791), a schedule that Franklin claimed to be self-imposed, there is no doubt that he firmly believed in the pernicious nature of leisure, a belief that is already evident in his other works, like *Poor Richard’s Almanack* (1732). The cornerstone of all Franklinian thought, thus, is the good disposition towards work and frugality. What really testifies to who the actual target audience of Franklin’s discourse is his assumption

that people in general are the sole owners and administrators of their time, as well as considering frugality an option when, in the vast majority of the population, such thing was an imposition. If those core virtues of the Self-Made Man, “industry and frugality,” are taken into consideration as opposed to the concept “labouring poor”, the denomination of the working people connotes less kindness, less deference on the author’s part, when, if talking in absolute terms and apart from connotations, both “industry and frugality” and “labouring poor” express fundamentally the very same concept, a concept of people who work hard and do not waste money on empty luxury. The fact that Franklin showed such clearly favorable treatment towards the middle class is not strange or negative *per se*, considering his origins, but it is tremendously significant of something that has been one of the threads of this investigation: in that immortal maxim of “from rags to riches”, “rags” has never been—nor will be—an absolute term, and the magnitude of “riches” will be seriously conditioned, if not determined, by the starting point and the methods used for attaining prosperity. Another main point in Franklinian thought, which can be easily extracted from the reading of his memoirs, is individualism. It is not an abstract individualism, nor a negative one considering how that term is perceived nowadays. Individualism in Franklin was more like the notion—quite close to the religious terminology—of self-examination, the questioning of one’s acts, of what can be done for the world, what good there is to do for the community, and, once the answer is found, of the need of working to bring it forward from the abstract to the real. Bearing this in mind, it cannot be clearly asserted that the Franklinian ideology was intrinsically evil. In the inherent imperfection of the human condition, Franklin could have made judgmental mistakes and in some aspects he could have been even ashamed of his views, but his ideas about the Self-Made Man were not oriented only to the worldliness of the pecuniary, but to the community, its articulation, collaboration, and the welfare of the majority. However, years alter the ideas, people are defined by the times (and vice versa) and, as the distance increases, the starting point becomes more blurred. The concept of the Self-Made Man, although lasting, was not destined to preserve its true essence beyond the life of its main architect.

The clearest and earliest demonstration that prosperity, its magnitude, correlates with the starting point can be found in the chapter dedicated to Frederick Douglass who, like all people born in slavery, had to make himself in the strictest of senses: he had to start by claiming his very humanity. In addition to economic causes, one of the main “moral” sustenance for the amorality of slavery is to see the slave as a tool, as workforce, as a means of production... any contingency that always keeps them a step below the condition of human beings, as the documentation gathered in the chapter on this subject attests. That is why Frederick Douglass in particular, and all those who found the way to freedom before and after him in general, can be considered true Self-Made Men, as they exercised the right to claim that humanity that was denied to them from their very birth. Many self-made men, whether considered as such by consensus or by self-

proclamation, forget certain privileges—which should be inalienable rights—or external help which are so normalized or interiorized that are considered “starting from scratch”, something that was already happening, as has been pointed out, even with Benjamin Franklin. It is remarkable that Frederick Douglass himself, in his 1852 Independence Day address, is already questioning the foundational pillars of the United States, those of liberty and natural justice, when the country had not yet reached its hundred years of age. The mere existence of Douglass, his story, the entire slave system, was an open defiance not only to those premises that justified the Revolution, but also to the American system of beliefs in work, honesty and prosperity. The government of his time not only consented to slavery, but also reduced freedom to a mere contingency and betrayed the narrative of the culture of effort by placing an entire economic and political system before this freedom, with its consequent—and cruelly rigorous—repressive bodies with the sole purpose of preventing a significant part of the population from achieving the acknowledgement of their human condition—no need to talk about prosperity. In the context of these United (Slave-Holding) States of America, one personality stands out high above any other and is practically the exact opposite to Frederick Douglass’ story: Abraham Lincoln, one of the most revered politicians in American—and almost worldwide—culture. As detailed in the corresponding chapter, the reason why Lincoln’s life can be placed in the polar opposite of Douglass’ is not his position regarding slavery, but the circumstances in which each one had to develop. Lincoln may well be a worthy defender of the Franklinian ideals inasmuch as both were white, middle-class men in the context of a time when their opportunities were infinitely more promising than those of a man born in slavery. In addition, the life of Lincoln, its tragic outcome, contributed enormously to the formation of a legend around an already more than memorable political figure. However, as has been shown, much of the Lincoln legend is more an ideological, *a posteriori* construct with quasi-religious overtones, mere commemorative symbolism, than real and verifiable facts. And the foundations of this construct, nonetheless, were laid by Lincoln himself during his life. Like Franklin, Lincoln made his simplicity a brand image that concealed a character complex enough to be aware of how valuable such simplicity can be. The political persona of Abraham Lincoln made it possible to satisfy, at the same time, abolitionists and slaves while damaging Confederates during the Civil War and granting benefits to northern economical elites, the ones who Lincoln had to satisfy ultimately. And this is why Lincoln occupies a pre-eminent place not only in politics, but in the altars of the Self-Made Man: he rocketed from the anonymous to the egregious, he *built* himself inasmuch as he found which features of his were to be promoted to achieve his objectives and procure the good to his fellowmen—as long as it contributed to his objectives, as has been demonstrated. In a like manner to Franklin and unlike Douglass, Lincoln enjoyed a whole social, political and economic system in which everything was arranged to favor a white male with culture or education.

Lincoln's legacy is undisputable, but it is not so in the case of Franklin's and the Self-Made Man. During the Reconstruction, the myth began to be seriously questioned by reputed authors such as Francis Parkman or James Fenimore Cooper, who regarded the Franklinian ideal as a barrier to true cultural progress in a society which was too busy satisfying its most immediate and mundane needs to be able to focus properly on more elevated causes, a society whose uncritical deification of the Self-Made Man would end up turning it into a mere and brute plutocracy, with no more cultural criteria than the worship of money. Thus, the position in this regard was, from Cooper and Parkman's point of view, to promote an intellectual class devoted to the generation, dissemination and preservation of knowledge, to expand the cultural standards of the young nation. On the opposite "side"—if such term were remotely appropriate, for it was not an open debate but perspectives which, as will be shown, could certainly be complementary in some respects—were authors as Ralph Waldo Emerson and Walt Whitman. According to them, the way to achieve those goals proposed by Parkman and Cooper was *not* by means of an intellectual "priesthood," but through the universalization of knowledge, of culture. That vision of Whitman's and Emerson's can be considered the one most attuned to Franklin's legacy as they appealed to the development of individual potential in its strictest sense, including the cultural and moral. Whitman argued in *Democratic Vistas* (1871) that the maniacal appetite for money prevalent in the United States was an obstacle to real progress and that only an efficient planning to satisfy the most fundamental needs of the people could allow democracy to evolve. Neither Emerson nor Whitman thought wealth or the will to obtain it were something negative *per se*, but both, Emerson especially, considered that such wealth could not be obtained by any means, and that it was crucial for the individual to be rich moral and spiritually in order to achieve an authentic prosperity that, in addition, would serve for the good of society as a whole. Because of this, Emerson argued—in a very similar way to that of Franklin's—that prosperity began in the individual, in his way of being, in his self-reliance, in his understanding and relation with nature and the world. Throughout his work, Emerson demonstrated a deep understanding of what the Self-Made Man should really be, perhaps even greater than Franklin did. Regrettably, and for reasons which he could not be the one to blame, his rich current of thought, centered on the individual, his vision and his comprehension of the world as the driving force on the pathway to prosperity, sparked a whole "philosophy" based on the oversimplification and misinterpretation of the Emersonian conceptual universe, known in its first stage as "New Thought", and the germ of the whole genre of self-help paraphernalia, which even today enjoys an increasingly good health.

One thing, particularly, was true in Emerson, Whitman, Parkman or Cooper, and others: the excessive pursuit of wealth by any means was malicious for the cultural, and especially social, progress of the American nation. *The Gilded Age: A Tale of Today* (1873), by Mark Twain and

Charles Dudley Warner, illustrates the concept of that maniacal chase after money. *The Gilded Age* depicts a time that owes its name to the title, as well as some aspects of the life of Mark Twain himself, under the perspective of the Self-Made Man. Set in a period of moderate economic growth fostered by the Reconstruction, and with those satirical undertones so characteristic of Twain, the book narrates in a very acute manner the industrial and territorial development led by the railroad, and, on the other hand, stands as a clear example of what the misinterpretation of the Emersonian school of thought entails concerning the myth of the Self-Made Man, incarnated in Beriah Sellers, a Dickensian Wilkins Micawber-fashioned chatterbox. Such Golden Age, a truly appropriate name insofar as it had only a slight patina of gold, was not only a period of questionable economic bonanza, but also would conform the foundations of an extraordinarily weak, volatile and unpredictable economic system in the United States which ultimately collapsed in 1929. *The Gilded Age* shows, through the narration of the interwoven stories of different characters, to what extent the Franklinian ideology was being debased at the end of the nineteenth century: the story of obtaining wealth through hard work, honesty and perseverance had been reduced to a commonly accepted theoretical ideology, to a tacit consensus, while in practice the prevailing will was to achieve wealth at the expenses of everything and everyone, relegating the discourse of the Self-Made Man to a *fait-accomplis* imposture. It is curious—and revealing—the way in which Twain makes all the characters be, at the same time, perpetrators and victims of the self-improvement story in a very similar way to the one he suffered in first person with his multiple failed entrepreneurial adventures. The general taste of *The Gilded Age* is Twain's disenchantment with that "culture of effort" American ideology has always boasted of and which has always been one of its fundamental pillars. There is also a remarkable detail concerning the Self-Made Man narrative: it is a result-oriented myth, an ideology that only needs an individual triumph to claim itself valid, while a million failed stories will never constitute a valid rebuttal.

This mentality of attaining wealth at any cost, exacerbated individualism and the instability of financial capitalism that bred "get-rich-quick" economic and business models shaped the entrance of the United States into the twentieth century. Despite the strenuous efforts of the government headed by Woodrow Wilson, the behavior of the country's economy remained extremely abstruse, involving multiple national and international factors, the interests of those moguls known as robber barons on the one hand, and chaotic global relations on the other, which turned even more chaotic after the First World War. To try to mitigate the monopolistic tendencies inherent in market economies, the government focused on encouraging the creation of new companies in order to increase supply and stimulate competition, something theoretically possible but practically impossible if strong regulations were not applied to the economy so that the corporate juggernauts would not smother small businesses. In spite of all this, the 1920s witnessed a relative improvement in the economy, at least in a sector of population wide enough to be

considered the majority. Such improvement was, as detailed, far away from reality. The apparent carelessness and drive of the Roaring Twenties consisted mainly of an economy propped up on the go that was heading towards disaster, something authors like Francis Scott Fitzgerald already pointed out in “Echoes of the Jazz Age” (1931) and *The Great Gatsby* (1925). In that feigned bonanza, beneath the shadow of the Prohibition and with wealth as the only goal arose two more archetypes of the Self-Made Man, Jay Gatsby and Al Capone, whose stories, one fictional, the other real, serve as demonstration of the state in which the Franklinian myth was in the first third of the twentieth century. Both characters share several important factors considering the foundations laid by Franklin and its further elaboration by the Emersonian school of thought: volition, initiative, commitment, discipline and vision. Both, likewise, walk the road that goes from rags to riches in a way that could be considered the result of interested—and nonetheless, understandable—interpretation of exacerbated individualism with wealth as the only goal. This interpretation derives from a reading of the myth which reduces the Franklinian maxims to mere self-help, denuding them of all that could not be economically productive, profitable or propagandistic of what would later be called “The American Way”; getting rid of every sense of common good, collaboration, associationism. A highly eloquent fact about the illusion of social mobility in the United States emerges from the stories of Gatsby and Capone: both of them were Self-Made Men since both reached wealth starting from humble origins, but the spheres they reached never came to accept them. They even accomplished—in their own way—those Emersonian maxims according to which success is a result of the deepest and most intimate understanding of natural and human rules. Gatsby and Capone, undoubtedly, had a deep understanding of how their sociopolitical environment worked and used it in their own private benefit. Their stories are highly eloquent of a so-called historical truth, an ever-lasting narration about how the best and the fittest are the ones who prevail; but such a thing would make more sense in a scenario of real equality of opportunity and well-established rules. Thus, their stories, and those stories to come, will demonstrate that social mobility is theoretically plausible but practically illegal inasmuch as the means to achieve that upward mobility, very frequently, implies breaking the law.

Naturally, this idea has never been recognized or minimally implied by the great believers in the Self-Made Man, such as Herbert C. Hoover, who harbored a fervent devotion for the exceptionality of American individualism, the only one which, in his eyes, guaranteed the equality of opportunity and triumph of meritocracy in an environment of freedom and prosperity with sufficient observation and guardianship of the rules to avoid abuse without being coercive or excessively strict. Hoover himself knew that he was a modern realization of the Franklinian ideal; he, coming from a middle-class family, made his own way, as Lincoln—theoretically—did in his time toward the presidency of the nation, the most honorable position to which an American

citizen could possibly aspire. By no means does this dissertation attempt to question or undermine such a feat, but to apply a certain and necessary contrast. Herbert C. Hoover's firm belief in "American individualism" (a belief that gave name to one of his books) led him into the grounds of the easy answer and the unjustifiable generalization, born of a simplification of Emersonian thought in which his story, his circumstances, had to be applicable to all people of all genders, races, social classes, origins, at all times: of all, in short, material and immaterial circumstances. As if it were some kind of cognitive bias, Hoover thought that if someone with his origins could reach the presidency of the United States, anyone could. The Great Depression and the Dust Bowl revealed several relevant factors in relation with the myth of the Self-Made Man: first, that that social mobility which led Lincoln to ensure that in the United States there was no permanent class of hired workers was completely illusory. Second, that the American economy and politics were—are—highly indulgent with entrepreneurial titans, which, in the third place, supposes not only a direct contradiction to the foundational myth of the Self-Made Man, but a clear need to contradict it. In the fourth place, and bearing in mind that the Great Depression found its end in the New Deal and its subsequent military Keynesianism, that the US economy requires warmongering—see the First and Second World War, Vietnam and so on—to maintain itself afloat and, fifthly, that a full-fledged Self Made Man, successful and prosperous, exemplary and useful for the community, is nothing but a mere statistical anomaly.

The "Dirty Thirties", and its rigors against the people of the United States, almost dealt the myth of the Self-Made Man its mortal blow, leaving the Franklidian ideal severely wounded until its tercentenary, making it fall to a relatively low profile until its great rebirth during Wall Street's second golden age in the 1980s. Those so called *Long Sixties*—that is, the span extending from the late 50s to mid-70s—were a period of progress, of a long-postponed conquest of civil rights, a period in which traditional figures and patterns almost fell to ostracism. The myth of the Self-Made Man being, as it is, a fundamentally middle-class, male, white ideal, became outdated for a long while. But in the eighties, the conservative turn of American politics during the Reagan administration (1981–1989) gave momentum to a new and ready for the twenty-first century version of the Self-Made Man. Such new version, if thought *a posteriori*, can be considered a very logical one taking into account those features of its ideological corpus that, as this dissertation has studied, have been promoted throughout history to the detriment of others that could be less productive or convenient: individualism, wealth as the ultimate goal and meritocracy only as a *fait-accompli* story and only as long as it serves as a justification. Thus, in a class society with common interests but with highly unequal means to achieve them, prosperity is not such if it cannot be displayed through consumption and/or exhibition, both of goods and people, a sign of status and of differentiation. All this is excellently reflected in Tom Wolfe's *The Bonfire of the Vanities* (1987), which shows that stratified, warring and stagnant New York society of the

eighties, with its social-class subtypes and their common interest: attaining wealth by any means. Concerning the myth of the Self-Made Man, Wolfe's novel portrays a socio-economic system where commodity fetishism reigns supreme, where the personal virtues that must necessarily accompany the Franklinian man have their space increasingly reduced, and where the hard work to achieve the independence of the individual is beginning to be replaced by the notion of productivity, where those very individuals—especially the working class—are valued as commodities which are considered useful for the amount of economic output that can be extracted from them. Personal fulfillment began to become a contingency external to the individual and not identifiable in objective and absolute terms, but through the valuation of third parties within the social contract of the acquisition of fetish-goods. However, in Wolfe's novel these circumstances are only suggested in a fictionalized and almost parodic manner, which does not make them less certain, but more subtle and less premonitory. But Wolfe, in *The Bonfire of the Vanities*, in an undoubtedly conscious way, was criticizing these values—or, perhaps the lack of them—that were already dehumanizing society and therefore the Self-Made Man, which would continue to evolve and reach their highest ground in the times of late capitalism.

This strictly economic, individual-oriented focus entailed the emergency of a whole “new race”—taking the concept from Crèvecoeur—of potential Self-Made Men in the American scene: the Wall Street executive. For this reason, in contemporaneity, the stories about men of modest origins and great achievements are usually centered in examples taken from the entrepreneurial sector. Thus, as already done in prior occasions throughout this investigation, the final chapter is dedicated to two personalities, one literary, the other real, related to the aforementioned micro-universe: Eric Packer, protagonist of the novel *Cosmopolis* (2003) by Don DeLillo, and Jordan Belfort, better known by the nickname “The Wolf of Wall Street”, the title of his 2007 autobiographical narrative. Both entities are in a good relationship with the contemporary terms of the Self-Made Man as both achieved a considerable prosperity with their work, a work to which both of them seem to be addicted and, therefore, in the eyes of society, it can be considered that they are hard workers and that their wealth is well deserved. This illustrates the result-oriented dimension in which the myth of the Self-Made Man entered the new millennium: means do not matter as long as the objective is achieved. In addition, both Jordan Belfort and Eric Packer flaunt their wealth through the acquisition of luxury goods, something essential to serve as an example to all those who aspire to reach their status someday. Another remarkable detail about the current state of the myth is that success must be individual. Belfort, Packer, and almost every other contemporary example of the Self-Made Man has reached—must reach—the top alone. At some point in their ascent they may have had some kind of partner, association or cooperators, but in the final pull to the zenith, a team is a burden to get rid of. Admitting company or partners only as subordinates is nothing but the most logical consequence of centuries of individualism fostering

an ideal that was already individualist *per se* from its very beginning, albeit, as demonstrated, in a less pernicious way and with objectives clearly focused on the community.

It is not surprising that the myth of the Self-Made Man, more than three centuries after its birth, is not only supported, but also enjoys extraordinary good health. The current socioeconomic situation desperately needs models of behavior to justify its demands, disguising them as values. On the one hand, work is worshipped, elevated to the category of moral value, assuming that anyone who does not willingly submit to a strict labor discipline that occupies as large an amount of hours of life as possible is neither truly dignified nor participating in that prevailing concept that is the so-called “culture of effort.” Franklin’s rhetoric about the perniciousness of leisure seems to remain intact in this regard, which, bearing in mind the current panorama, is of sublime ideological and economic convenience: stories of people with two or more jobs are openly and blatantly applauded as an archetype of effort and will to ameliorate, thus obviating the troublesome and uncomfortable root of such situations: in pursuit of keeping rates of profit increasing, a large amount of people is unable to live off their work.

Within the aforementioned culture of effort or meritocracy is the notion of frugality and saving, which in turn makes precariousness acceptable and even necessary, viewed with complete normalcy, investing it with a sort of pedagogical character—echoing those Emersonian considerations about the value of necessity as a factor of spiritual enrichment—and romanticizing, recently in the guise of simplicity or minimalism, plain and simple poverty as the source of knowledge about the truly important things in life. In the meantime and nonetheless, the concept of material affluence as a synonym of success remains the general trend, fostering the idea that possession and/or accumulation of certain consumer goods is synonymous of status, and status, therefore, is the reflection of success. This prestige bestowed by the possession of certain commodities does nothing but alienate the individual from his social reality, inducing a sense of illusory status that leads him to identify precisely with that machinery that humiliates him, and not with his peers, which eventually leads a large majority of individuals to the acceptance of the system and even to the defense of it, relegating any questioning or potential threat to marginality.

The so-called culture of effort evolved from Franklin’s predications turns out to be a modern substitution of the religious mysticism and alienation projected on the economic, social and personal spheres. In a way surprisingly analogous to that of theological system of beliefs in which life, enjoyment, are postponed to an unspecific future, while the whole present is occupied by the ubiquitous presence of a job that metastasizes to each and every one of the aspects of the individual’s life. This situation is presented as the necessary sacrifice to deserve future happiness, to fulfill some sort of covenant with that contemporary deity known as the economy—in the case

of the United States, which culture has been analyzed in this dissertation, that mentality of the covenant in its religious sense is easily traceable back to the very *Mayflower*.

Finally, the myth of the Self-Made Man is, and will always be, necessary for the amount of systemic contradictions that is capable of solving with its brilliant simplicity. The current economic and political discourse needs to disguise its absolute inability to provide a dignified life to those who keep it functioning by appraising individual initiative and the so-called entrepreneurial impetus. Stories about starting from nothing, companies founded in garages, and any narrative that confirms the famous maxim “from rags to riches” are highly useful to show that such feats are still possible (although, as this study has been showing, the concept of Self-Made Man in the contemporaneity has been reduced to a commodity or an *a posteriori* imposture). In a similar manner to that of Franklin’s in his time, most modern archetypes of Self-Made Men are usually characters of brilliant eccentricity, and, as Mark Twain already pointed out, the mere fact of imitating Benjamin Franklin’s habits will not turn anyone into a Benjamin Franklin. Nowadays, all kinds of behavior tend to be included within the semantic field of “eccentricity”, either ethically questionable, legally offensive or even socially corrosive. Many of the contemporary gods in the altars of the Self-Made Man are famous for their ruthless and abusive character: Steve Jobs, Jeff Bezos, Elon Musk, Donald Trump, and so on. However, those traits of personality are usually forgiven and even applauded because it is taken for granted that they are a necessary evil, that those men have had the will and the guts to do what had to be done to fulfill their vision. In addition, in many cases, those great Self-Made Men “comply” with Franklin’s will to, once their individual prosperity has been reached, seek the good of the community: investing a derisory part of profits in any good cause or charity atones all blame in the face of public opinion and automatically validates any method, transgression or abuse. This validation system works in more ways than one: any successful man who knows how to use the myth of the Self-Made Man in his favor will only corroborate its feasibility. All those who have failed, even if they are an overwhelming majority, do not serve as a refutation but as further corroboration, in so far as they are held responsible for their own failure, either through the aforementioned mechanism of culture of effort or meritocracy, or by the rhetoric of guts, manliness—even in the twenty-first century it is still frequent to speak in such terms—or the commonplace “doing whatever it takes.” From the point of manliness, additional research lines to the one presented in this study can and should, be opened: one, the most immediate perhaps, approaching the concept of the Self-Made Man from using Masculinity Studies. In the previously mentioned work by Mark Lipton (*Mean Men*) the author comments on how showing certain behavioral traits is remarkably linked to testosterone considering that, being a steroid hormone, it affects both neurologically and physiologically, from aggressiveness to bone mass. Hence the necessity to contemplate the myth of the Self-Made Man from the perspective of the construction of masculinity: beyond the biologically observable and

demonstrable there is a whole fraudulent ideology built upon it, based on some kind of “genetic determinism” in which certain attitudes are encouraged, justified and endorsed, such as the aforementioned “guts” or socially toxic, abusive or even predatory behaviors which are considered an intrinsic part of the masculine gender and even deemed necessary in what is called “being a man.”

This evident interaction between the myth of the Self-Made Man and the construction of masculinity opens the way to another line of research as evident as necessary: the Self-Made Woman. The Franklinian myth and the “Self-Made narrative” have been eminently masculine since their very creation. Nevertheless, literature, culture, have shown stories of Self-Made Women whose achievements have gone along the paths of emancipation or self-realization. In the case of businesswomen who have amassed wealth, it is certainly remarkable how their stories are often told in terms of the assimilation of otherness: women making their way “in a men’s world.” Within the terminology of emancipation, another line of research has to be explored: the myth of the Self-Made Man/Woman from an ethnic perspective. In this dissertation this perspective has been mentioned very briefly if compared with those stories of white men, but that is not accidental. As the chapter about Frederick Douglass has shown, what in cases like Franklin’s or Lincoln’s was considered a start from scratch, was a real feat in case of people belonging to other ethnic groups. The study of the Self-Made Man from an ethnic perspective is undoubtedly a promising research source that will lead to numerous and interesting conclusions, relevant both to go deeper in the understanding of American history and to a better understanding of the present.

As hopefully demonstrated with this dissertation, the narrative of the Self-Made Man can be considered a myth from its very beginnings but has, nonetheless, the same validity today as it had in Franklin’s days, and it is unlikely that it will be discarded from the American imaginary in particular and from Western culture in the broadest sense in near future, given its proven ideological, political, economic and social convenience. The story of the man who makes his way to the top by his own means and against all odds is not only inspiring and invites emulation, it is productive inasmuch as it tends to deactivate the will to cooperate, to associate, and converts the shared success in a demerit or in the step immediately prior to true success, in which the Self-Made Man detaches himself from the ballast and reaches the summit. In a like manner, the individualistic approach of the myth also makes the huge masses of people who fail, who do not reach prosperity, serve not as a refutation for the story, but as a passive confirmation: the method was not adequate, the discipline was insufficient, the idea was not good enough, and so on. Therefore, for now, this research should not be considered fully complete, but open for the future to provide new stories, waiting for the proposed complementary perspectives—gender, ethnicity, etcetera—to provide this study with a necessary and greater breadth of vision.

## Bibliografía

Amasa Walker, Francis. *The Statistics of the Population of the United States, Embracing the Tables of Race, Nationality, Sex, Selected Ages, and Occupations, to which Are Added the Statistics of School Attendance and Illiteracy, of Schools, Libraries, Newspapers and Periodicals, Churches, Pauperism and Crime, and of Areas, Families, and Dwellings, Compiled, From the Original Returns of the Ninth Census, 1870.* Federal Depository Library, 1872.

Aptheker, Herbert. *American Negro Slave Revolts.* International Publishers, 1983.

---. *Herbert Aptheker on Race and Democracy: A Reader.* University of Illinois Press, 2006.

Auerbach, Frank Ludwig. *Immigration Laws of the United States; a Textbook Integrating Statutes, Regulations, Administrative Decisions, With a Comprehensive Index, Citation Guide and Bibliography.* Bobbs-Merrill Co., 1961.

Bailyn, Bernard. *The Ideological Origins of the American Revolution.* Harvard University Press, 2012.

Basler, Roy P. *The Collected Works of Abraham Lincoln.* The Abraham Lincoln Association, 1953. 8 vols.

Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro.* Kairós, 1978.

Belfort, Jordan. *The Wolf of Wall Street.* Hodder & Stoughton, 2008.

Beveridge, Albert J. *Abraham Lincoln: 1809–1858.* Houghton Mifflin Company—The Riverside Press Cambridge, 1928.

Blumental, Sidney. *A Self-Made Man: The Political Life of Abraham Lincoln, 1809–1849.* Simon & Schuster Paperbacks, 2016.

Boghardt, Thomas. “The Zimmermann Telegram: Diplomacy, Intelligence and the American Entry into World War I.” Georgetown University Press, 2003.

Bordo, Michel D. et al. *The Defining Moment: The Great Depression and the American Economy in the Twentieth Century.* University of Chicago Press, 1998.

Bradford, Sarah H. *Harriet Tubman: The Moses of Her People.* Applewood Books, 1993.

Bradford, William et al. “The Mayflower Compact.” *The Journal of Education*, Vol. 56, N° 19, 1902, p. 315.

Bradford, William. *Of Plymouth Plantation.* Gordon College, 2002.

- Brooks, Nathan. *Understanding the Manifestation of Psychopathic Personality Characteristics across Populations*. Doctoral dissertation. Bond University, 2017.
- Brooks, Van Wick. *The Ordeal of Mark Twain*. E. P. Dutton & Company, 2009.
- Burns, Jennifer. *Goddess of the Market: Ayn Rand and the American Right*. Oxford University Press, 2009.
- Burstow, David; Craig, Susanne y Buettner, Russ. "Trump Engaged in Suspect Tax Schemes as He Reaped Riches From His Father." *The New York Times*, 2 de octubre de 2007.
- Campbell, James. *Benjamin Franklin: An Exploration of a Life of Service and Science*. Open Court Publishing, 1999.
- Campbell, Donna M. "Charles Dudley Warner". Washington State University, 2015.
- Capone, Deirdre Marie. *Uncle Al Capone: The Untold Story from Inside His Family*. Recap Publishing Co., 2011.
- Carrington, Walter. "The Aftermath of the Eighteenth Amendment." *The Virginia Law Register*, vol. 8, N° 1, 1922, pp. 1–6.
- Castiglione, Baldassarre. *Los cuatro libros del cortesano*. Durán, 1873.
- Cattano, James V. "The Rhetoric of Masculinity: Origins, Institutions and the Myth of the Self-Made Man." *College English*; Vol. 4, pp. 421–436.
- Cawelti, John G. *Apostles of the Self-Made Man: Changing Concepts of Success in America*. The University of Chicago Press, 1965.
- Channing, William Ellery. *Self-Culture*. James Munroe & Co., 1839.
- Clinton, Catherine. *Harriet Tubman: The Road to Freedom*. Hachette, 2004.
- Cohen, Lester H. "The American Revolution and Natural Law Theory." *Journal of the History of Ideas*, Vol. 39, N° 3, 1978, pp. 491–502.
- Coleridge, Samuel Taylor. *On the Constitution of the Church and State, According to the Idea of Each*. London W. Pickering, 1839.
- Collier, Paul, "On the Economic Consequences of Civil War." *Oxford Economic Papers*, Vol. 51, N° 1, 1999, pp. 168–183.
- Cook, Benjamin I. et al. "Amplification of the North American 'Dust Bowl' drought through Human-Induced Land Degradation." *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 106, N° 13, 2009, pp. 4997–5001.

- Cook, Eli. *The Pricing of Progress: Economic Indicators and the Capitalization of American Life*. Harvard University Press, 2017.
- Cooper, James Fenimore. *The American Democrat; or, Hints on the Social and Civic Relations of the United States of America*. Leopold Classic Library, 2008.
- Crèvecoeur, John Hector St. John de. *Letters from an American Farmer*. Oxford University Press, 2009.
- DeLillo, Don. *Cosmopolis*. Picador, 2003.
- Douglass, Frederick. *Narrative of the Life of Frederick Douglass, An American Slave*. Oxford University Press, 2009.
- . "Independence Day Address". CreateSpace Independent Publishing Platform, 2015.
- . "Two Speeches by Frederick Douglass." Central Library of Rochester and Monroe County: Historic Monographs Collection, 1857.
- . "What the Black Man Wants: Speech of Frederick Douglass, Before the Annual Meeting of the Massachusetts Anti-Slavery Society at Boston." A. Moore, 1865.
- . *The Speeches of Frederick Douglass: A Critical Edition*. Yale University Press, 2018.
- Drew, Benjamin. *Narrative of Fugitive Slaves in Canada*. Dundurn, 2008.
- Du Bois, W. E. B. *John Brown*. George W. Jacobs & Company, 1909.
- Duberman, Martin B. *The Antislavery Vanguard: New Essays on the Abolitionists*. Princeton University Press, 2015.
- Emerson, Ralph Waldo. *Essays and Lectures: Nature: Addresses and Lectures, Essays: First and Second Series, Representative Men, English Traits, and The Conduct of Life*. Digireads.com Publishing, 2009.
- . *Natural History of Intellect and Other Papers*. Boston and New York Houghton Mifflin and Company, 1893.
- . *Society and Solitude*. Boston, Houghton, Mifflin and Company, 1884.
- Ernest, John. *A Nation Within a Nation: Organizing African-American Communities Before the Civil War*. Government Institutes, 2011.
- Esch, Elizabeth D. *The Color Line and the Assembly Line: Managing Race in the Ford Empire*. University of California Press, 2018.
- Farnham, Charles Haight. *A Life of Francis Parkman*. Boston Little, Brown and Company, 1923.

- Fisher, Mark. *Capitalist Realism: Is There No Alternative?* Zero Books, 2009.
- Fishkin, Shelley F. *Lighting Out for the Territory: Reflections on Mark Twain and American Culture*. OUP USA, 1998.
- Fitzgerald, Francis Scott. *The Great Gatsby*, 1925. Penguin Books, 2000.
- . *The Jazz Age*, 1931. New Directions Publishing Corp., 1996.
- Forbes, Robert Pierce. *The Missouri Compromise and Its Aftermath: Slavery and the Meaning of America*. University of North Carolina Press, 2009.
- Fox, Dixon Ryan. "The Negro Vote in Old New York." *Political Science Quarterly*, Vol. 32. Julio 1917, pp. 252–275.
- Franklin, Benjamin. *The Autobiography of Benjamin Franklin*. Amazon Classics, 2017.
- . "Observations Concerning the Increase of Mankind, Peopling of Countries &c." William Abbat, 1918.
- . "On the Labouring Poor." *The Gentleman's Magazine, and Historical Chronicle*. Vol. 38, 1768, pp 156–157.
- . *Poor Richard's Almanack*. Skyhorse Publishing, 2007.
- Franklin, John Hope. *From Slavery to Freedom*. McGraw-Hill, 1994.
- Fukuyama, Francis. "Social Capital and Civil Society." IMF Institute, 2000.
- Gala León, F.J. et al. "Actitudes psicológicas ante la muerte y el duelo: una revisión conceptual." *Cuadernos de Medicina Forense*, Nº 30, 2002, pp. 39–50.
- Galbraith, John Kenneth. *The Great Crash 1929*. Penguin Books, 1954.
- Gallego, Gregorio. *Benjamín Franklin*. Editorial Labor, 1992.
- Genovese, Eugene D. *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*. Vintage Books, 1976.
- Glasner, David. *Business Cycles and Depressions: An Encyclopedia*. Routledge, 2013.
- Grabo, Norman S. "Crèvecoeur's American: Beginning the World Anew." *The William and Mary Quarterly*, Vol. 48, Nº 2, 1991, pp. 159–172.
- Gramm, Marshall y Gramm, Phil. "The Free Silver Movement in America: A Reinterpretation." *The Journal of Economic History*, vol. 64, Nº 4, diciembre de 2004, pp. 1108–1129.
- Greene, Jack P. "The Social Origins of the American Revolution: An Evaluation and Interpretation." *Political Science Quarterly*, vol. 88, 1973, pp.20 1–22.

- Griffin, Larry J. et al. "Monopoly Capital, Organized Labor, and Military Expenditures in the United States, 1949–1976." *American Journal of Sociology*, vol. 88, 1982, pp. 113–156.
- Gualberto Valverde, Rebeca. *Representation of the Waste Land Myth in Anglo American Literature*. Tesis doctoral, 2015. Universidad Complutense de Madrid.
- Gutman, Herbert George. *Slavery and the Numbers Game: A Critique of Time on the Cross*. University of Illinois Press, 1975.
- Harman, Chris. *Zombie Capitalism: Global Crisis and the Relevance of Marx*. Haymarket Books, 2010.
- Hart, Albert Bushnell. *Selected Addresses and Public Papers of Woodrow Wilson*. Boni and Liverlight, Inc., 1918.
- Hart, James D. *The Oxford Companion to American Literature*. Oxford University Press, 1941.
- Henderson, David R. *The Fortune Encyclopedia of Economics*. Warner Books, 1993.
- Herndon, William H. *Herndon's Lincoln: The True Story of a Great Life*. The Herndon's Lincoln Publishing Company, 1920.
- Hertz, Emanuel. *The Hidden Lincoln*. Blue Ribbon Books, 1940.
- Hirschman, Elizabeth C. "Secular Immortality and the American Ideology of Affluence." *Journal of Consumer Research*, vol. 17, N° 1, 1990, pp. 31–42.
- Hoffman, Elizabeth y Libecap, Gary D. "Institutional Choice and the Development of U.S. Agricultural Policies in the 1920s." *The Journal of Economic History*, vol. 51, N°2, 1991, pp. 397–411.
- Hoffmann, Charles. "The Depression of the Nineties." *The Journal of Economic History*, vol. 16, N° 2, enero de 1956, pp. 137–164.
- Hofstadter, Richard. *America at 1750: A Social Portrait*. Knoph Doubleday Publishing Group, 2012.
- . *The American Political Tradition and the Men Who Made It*. Jonathan Cape Paperback, 1967.
- Hoover, Herbert C. *Addresses upon the American Road, 1933–1938*. Charles Scribner's Sons, 1938.
- . *American Individualism*. Doubleday, Page & Company, 1922.
- . *American Individualism*. Doubleday, Page & Company, 1922.
- . *Further Addresses upon the American Road, 1938–1940*. Charles Scribner's Sons, 1940.

- . *Public Papers of the Presidents of the United States: Herbert Hoover, Containing the Public Messages, Speeches and Statements of the President*. United States Printing Office, 1976.
- . *The Challenge to Liberty*. Charles Scribner's Sons, 1934.
- . *The Memoirs of Herbert Hoover, the Great Depression: 1929–1941*. The Macmillan Company, 1952.
- Howells, John M. y Dearman, Marion. *Tramp Printers*. Discovery Press, 1996.
- Isaacson, Walter. *Benjamin Franklin: An American Life*. Simon & Schuster Paperbacks, 2004.
- James, Oliver. *The Selfish Capitalist: Origins of Affluenza*. Vermilion, 2008.
- Jameson, Frederic. *Postmodernism, Or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Duke University Press, 1991.
- Josephson, Matthew. *The Robber Barons: The Great American Capitalists, 1861–1901*. Harcourt, Brace & Company, 2010.
- Kellner, Douglas. "Theorizing Globalization." *Sociological Theory*, vol. 20, 2002, pp. 285–205.
- Kennedy, Liam. "It's the Third World Down Here!: Urban Decline and (Post)national Mythologies in *Bonfire of the Vanities*." *MFS Modern Fiction Studies*, vol. 43, N° 1, 1997, pp. 93–111.
- Keynes, John Maynard. *Essays in Persuasion*. MacMillan, 1933.
- Kirkland, Edward C. "The Robber Barons Revisited." *The American Historical Review*, vol. 66, N° 1, 1960, pp. 68–73.
- Koch, Daniel. *Ralph Waldo Emerson in Europe: Class, Race and Revolution in the Making of an American Thinker*. I.B. Tauris, 2012.
- Krumme, Katherine. "Mark Twain and Nikola Tesla: Thunder and Lightning." *Engineering* 24, December 4, 2000. University of California. <http://nunia.sdf-us.org/trans/Mark%20Twain%20and%20Nikola%20Tesla.pdf>
- Kurtz, Stephen G. y Hutson, James H. *Essays on the American Revolution*. Norton, 1973.
- Lauck, William Jett. *The Causes of the Panic of 1893*. Houghton, Mifflin and Company, The Riverside Press, Cambridge, 1907.
- Lippmann, Walter. *Drift and Mastery: An Attempt to Diagnose the Current Unrest*. Mitchell Kennerley, 1914.
- Lipton, Mark. *Mean Men: The Perversion of America's Self-Made Man*. Voussoir Press, 2017.

- Lockridge, Kenneth A. *A New England Town: The First Hundred Years: Dedham, Massachusetts, 1636–1736*. Norton, 1985.
- Loth, David. *Woodrow Wilson: The Fifteenth Point*. J. B. Lippincott Company, 1941.
- MacGregor Burns, James. *Roosevelt: The Lion and the Fox*. Harcourt, Brace & World, Inc. 1956.
- Madsen, Jakob B. “Price and Wage Stickiness during the Great Depression.” *European Review of Economic History*, vol. 8, N° 3, 2004, pp. 263–295.
- Maestre, Agapito. *Ortega y Gasset, el gran maestro*. Almuzara, 2019.
- Mandel, Ernest. *Late Capitalism*. Verso, 1998.
- Marglin, Stephen A. y Schor, Juliet B. *The Golden Age of Capitalism: Reinterpreting the Postwar Experience*. Clarendon Press, 1991.
- Masters, Joshua J. “Race and the Infernal City in Tom Wolfe’s *Bonfire of the Vanities*.” *Journal of Narrative Theory*, vol. 29, N° 2, 1999, pp. 208–227.
- McCullough, David. *John Adams*. Simon and Schuster, 2001.
- McElroy, Robert. *Grover Cleveland: The Man and the Statesman. An Authorized Biography*, vol. 2. Harper & Brothers, 1923.
- Miquel Baldellou, Marta. “From Boys to Men in Edward Bulwer-Lytton’s *Pelham* and Horatio Alger’s *Struggling Upward: The Dandy and the Self-Made Man Coming of Age*”. *E. H. Filología*, N° 30, 2008, pp. 401–412.
- Morgan, Edmund S. *American Slavery, American Freedom*. W. W. Norton & Company, 2003.
- Morris, Christopher D. “Hermeneutic Delusion in Mark Twain and Charles Dudley Warner’s *The Gilded Age*.” *Nineteenth-Century Literature*, Vol. 66, N° 2, 2011, pp. 219–243.
- Morris, Richard Brandon. *Government and Labor in Early America*. Northeastern University Press, 1946.
- Mulhern, Francis. “Critical Considerations on the Fetishism of Commodities.” *ELH*, vol. 17, N° 1, 2007, pp. 479–492.
- Murphey, Murray G. “The Psychodynamics of Puritan Conversion.” *American Quarterly*, Vol. 31, N° 2, verano 1979, pp. 135–147.
- Myers, William Starr y Walter H. Newton. *The Hoover Administration, A Documented Narrative*. Charles Scribner’s Sons, 1936.

- Myers, William Starr. *The Foreign Policies of Herbert Hoover, 1929–1933*. Charles Scribner's Sons, 1940.
- Nicolay, John G. y Hay, John. *Complete Works of Abraham Lincoln*. Francis D. Tandy Company, 1905.
- Norton, Thomas James. *The Constitution of the United States: Its Sources and Its Application*. Little, Brown and Company, 1922.
- Odell, Kerry A. y Weidenmier, Marc D. "Real Shock, Monetary Aftershock: The 1906 San Francisco Earthquake and the Panic of 1907." *The Journal of Economic History*, vol. 64, N° 4, diciembre de 2004, pp. 1002–1027.
- Packer, George. *The Unwinding: Thirty Years of American Decline*. Faber & Faber, 2013.
- Parkinson, Thomas I. "The Federal Child-Labor Law." *Political Science Quarterly*, vol. 31, N° 4, 1916, pp. 519–540.
- Parkman, Francis. "The Failure of Universal Suffrage." *North American Review*, N° 263, julio-agosto 1878, pp. 1–20.
- Paskoff, Paul F.: "Measures of War: A Quantitative Examination of the Civil War's Destructiveness in the Confederacy" *Civil War History*, Vol. 54, N° 1, 2008, pp. 35–62.
- Pasley, Fred D. *Al Capone: The Biography of a Self-Made Man*. Vail-Ballou Press, 2018.
- Paul, Heike. *The Myths That Made America: An Introduction to American Studies*. Verlag, 2014.
- Pederson, William D. *The FDR Years*. Infobase Publishing, 2009.
- Perry, Thomas W. "New Plymouth and Old England: A Suggestion." *The William and Mary Quarterly*, Vol. 18, N° 2, 1961, pp. 251–265.
- Peterson, Merrill D. *Lincoln in American Memory*. Oxford University Press, 1994.
- Phelps, William Lyon. "Mark Twain." *The North American Review*, vol. 185, N° 618, 1907, pp. 540–548.
- Pullon Fitch, Suzanne y Mandziuk, Roseann M. *Sojourner Truth as Orator: Wit, Story and Song*. Greenwood Publishing Group, 1997.
- Rand, Ayn. *The Virtue of Selfishness: A New Concept of Egoism*. Signet, 1961.
- Rasmussen, R. Kent. *Critical Companion to Mark Twain: A Literary Reference to His Life and Work*. Infobase Publishing, 2014.

- Rawick, George P. *A Composite Autobiography: From Sundown to Sunup; the Making of the Black Community*. Greenwood Publishing Co., 1972.
- Ripley, C. Peter. *The Black Abolitionist Papers: The United States, 1847–1858*. University of North Carolina Press, 1992.
- Robertson, Susan L. *Emerson in His Sermons: A Man-Made Self*. University of Missouri Press, Columbia and London, 1995.
- Rochester, Anna. *Rulers of America: A Study of Finance Capital*. International Publishers Company, 1936.
- Rose, Jonathan D. “Hoover's Truce: Wage Rigidity in the Onset of the Great Depression.” *The Journal of Economic History*, vol. 70, N° 4, 2010, pp 843–870.
- Sandburg, Carl. *Abraham Lincoln, Volume I: The Prairie Years*. Dell Publishing Company, 1926.
- Schaede, Ulrike. “Black Monday in New York, Blue Tuesday in Tokyo: The October 1987 Crash in Japan.” *California Management Review*, N° 33, 1991, pp. 39–57.
- Schuman, Howard; Schwartz, Barry. “History, Commemoration, and Belief: Abraham Lincoln in American Memory, 1945–2001.” *American Sociological Review*, Vol. 70, N° 2, pp. 183–203.
- Shepard, Sam. *The One Inside*. Knopf, 2017.
- Shurr, William H. “‘Now, Gods, Stand Up for Bastards’: Reinterpreting Benjamin Franklin’s Autobiography.” *American Literature*, vol. 64, N° 3, 1992, pp. 435–451.
- Siracusa, Joseph M. y Coleman, David G. *Depression to Cold War. A History of America from Herbert Hoover to Ronald Reagan*. Preager Publishers, 2002.
- Skocpol, Theda, et al. “A Nation of Organizers: The Institutional Origins of Civic Voluntarism in the United States.” *The American Political Science Review*, vol. 94, N°. 3, 2000, pp. 527–546.
- Smiley, Gene. “Recent Unemployment Rate Estimates for the 1920s and 1930s. *The Journal of Economic History*, vol. 43, N° 2, junio 1983, pp. 487–493.
- Smith, Abbott Emerson. *Colonists in Bondage: White Servitude and Convict Labor in America, 1607–1776*. UNC Press Books, 2014.
- Steinbeck, John Ernst. “The Harvest Gypsies: On the Road to *The Grapes of Wrath* (Introduction by Charles Wollenberg).” Heyday, 1988.

- Stevens, W. H. S. "The Clayton Act." *The American Economic Review*, vol. 5, N° 1, 1915, pp. 38–54.
- Strunsky, Rose. *Abraham Lincoln*. Methuen & Co. Ltd., 1914.
- Temin, Peter: "The Post-Bellum Recovery of the South and the Cost of the Civil War." *The Journal of Economic History*, vol. 36, N° 4, 1976, pp. 898–907.
- Tipton, Steven M. *Getting Saved from the Sixties: Moral Meaning in Conversion and Cultural Change*. University of California Press, 1984.
- Tocqueville, Alexis de. *Democracy in America*. Library of America, 2004.
- Traister, Bryce. "States of Exception: Anxiety, Panic and the Nation." *Canadian Review of American Studies*, Vol. 42, N° 1, 2012, pp. 1–6.
- Trombley, Laura E. Skandera y Kiskis, Michael J. *Constructing Mark Twain: New Directions in Scholarship*. University of Missouri Press, 2011.
- Tumulty, Joseph Patrick. *Woodrow Wilson As I Know Him*. Doubleday, Page & Company, 1921.
- Twain, Mark y Warner, Charles Dudley. *The Gilded Age: A Tale of Today*. Loki's Publishing, 2014.
- Twain, Mark. *Merry Tales*. Charles L. Cornell University Press, 2001.
- . *Sketches New and Old*. 1<sup>st</sup> World Publishing, 2004.
- . *What Is Man? And Other Essays*. Harper & Brothers Publishers, 1917.
- Van Doren Stern, Philip. *The Life and Writings of Abraham Lincoln*. The Modern Library New York, 1940.
- Van Raemdonck, Dirk C. y Diehl, Paul F. "After the Shooting Stops: Insights on Postwar Economic Growth." *Journal of Peace Research*, vol. 26, N° 3, 1989, pp. 249–264.
- Varsava, Jerry A. "The 'Saturated Self': Don DeLillo on the Problem of Rogue Capitalism." *Contemporary Literature*, Vol. 46, N° 1, 2005, pp. 78–107.
- Voorhees, Daniel Worsey. "A Plea for Free Silver." *The North American Review*, N° 420, noviembre de 1901, pp. 524–535.
- Walker, David. *Walker's Appeal, with a Brief Sketch of His Life and Also Garnet's Address to the Slaves of the United States of America*. Tredition Classics, 2011.
- Warren, Robert Penn. *The Legacy of the Civil War*. Bison Books, 1998.

- Weinberger, Jerry. "Benjamin Franklin: Philosopher of Progress." *The Good Society*, vol. 17, N° 1, 2008, pp. 20–25.
- Whitehead, Colson. *The Underground Railroad*. Fleet, 2016.
- Whitman, Walt. *Democratic Vistas*. Scholar Select, 2015.
- Wilmans, Helen. *The Conquest of Poverty, by Helen Wilmans*. Seabreeze, Florida: Wilmans Publishing House, 1901.
- Wilson, Christopher P. "American Naturalism and the Problem of Sincerity." *American Literature*, Vol. 54, N° 4, 1982, pp. 511–527.
- Wilson, Douglas L. *Honor's Voice: The Transformation of Abraham Lincoln*. Knopf Doubleday Publishing Group, 2011.
- Wintersgill, Caroline. *After the Fall: Modernism, Decadence and the Rebirth of History in the New York Novel*. University of Winchester, 2011.
- Wolf, Edwin. "At the Instance of Benjamin Franklin: A Brief History of the Library Company of Philadelphia." *The Library Company of Philadelphia*, 1976.
- Wolfe, Tom. *The Bonfire of the Vanities*. Vintage Books, 1988.
- Wonham, Henry B. "Mark Twain and Economy." *American Literary Realism*, Vol. 47, N° 1, 2014, pp. 1–2.
- Wonning, Paul R. *Colonial American History Stories, 1665–1753: Forgotten and Famous Historical Events*. Mossy Feet Books, 2017.
- Wood, Gordon S. *The American Revolution: A History*. Modern Library, 2003.
- Wyllie, Irving G. *The Self-Made Man in America: The Myth of Rags to Riches*. Collier-MacMillan, 1966.
- Zinn, Howard. *A People's History of the United States*. Harper Collins, 2003.